

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Departamento de Filosofía IV



EL CONCEPTO DE PULSIÓN EN LA OBRA DE FREUD

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

María Nadeja Pereira Barbosa

Bajo la dirección de los doctores

Eduardo Chamorro Romero

Alberto Advíncula Reis

Madrid, 2001

ISBN: 84-669-2382-9

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA IV**

EL CONCEPTO DE PULSIÓN EN LA OBRA DE FREUD

Maria Nadeje Pereira Barbosa
Madrid, 2000

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Tesis para la obtención del Grado de Doctor en Psicología

EL CONCEPTO DE PULSIÓN EN LA OBRA DE FREUD

Director: Dr. Eduardo Chamorro Romero
Codirector: Dr. Alberto Advíncula Reis
Doctoranda: Maria Nadeje Pereria Barbosa
Mayo de 2000

AGRADECIMIENTOS

Expreso mi gratitud:

- Al prof. Dr. Eduardo Chamorro Romero, director de este trabajo, por haber revisado detenidamente y no sin agudeza las diversas fases elaboración de esta tesis a lo largo de estos años.
- Al prof. Dr. Alberto Advíncula Reis, codirector de este trabajo, por el honor que me ha dado al aceptar codirigir esta tesis y por el modo serio y cuidadoso con que ha realizado esta tarea.
- Al prof. Dr. Pedro Chacón Fuertes, tutor de este trabajo, que por la cordial acogida, ha dejado huellas positivas en esta tesis.
- A CAPES (Coordinación de Perfeccionamiento de Personal de Nivel Superior), por la beca de estudios que me ha concedido entre septiembre de 1994 a diciembre de 1997.
- A mis padres, así como a los colegas y a los maestros que de un modo o de otro han contribuido en la realización de este trabajo.

*Willst du ins Unendliche schreiten
Geh' nur im Endlichen nach allen Seiten.**

*Willst du dich am Ganzen erquicken,
So musst du das Ganze im Kleinsten erblicken.***

Goethe (*Aforismos*)

* “Si quieres adentrarte en lo infinito, recorre de cabo a rabo lo finito”.

** “Si quieres deleitarte en el todo, has de aprender a descubrir el todo en lo más diminuto”.

SUMARIO

Introducción.....	1
Organización de la tesis.....	13
 Capítulo I: El Descubrimiento de la Sexualidad.....	37
 I.1. Introducción del término <i>Trieb</i> como una de las variantes teórico-clínicas que conducirán al establecimiento de la teoría de la defensa a partir de la lectura de <i>Estudios sobre la histeria</i> (1893-1895).....	37
I.1.1. Contexto que privilegia a la histeria como objeto de investigación: las aportaciones de las Escuelas de Helmholtz, de Salpêtrière y de Nancy.....	37
<i>Panorama del pensamiento freudiano a inicios de 1890: las primeras investigaciones neurofisiológicas y psicológicas, junto con la importancia dada a la observación clínica, confluyen en el interés por los fenómenos de la sugestión.....</i>	37
I.1.2. Marco teórico-clínico del estudio sobre los fenómenos histéricos: La “Comunicación preliminar” (1893-1895).....	48
<i>La insuficiencia teórico-clínica de la sugestión y las coordinadas que empujarán a Freud hacia la catarsis breuriana.....</i>	48
<i>Presentación de la teoría sobre el trauma psíquico, expuesta en la “Comunicación preliminar” de los <u>Estudios sobre la histeria</u> (resultado del intercambio intelectual entre Freud y Breuer).....</i>	50
<i>La teoría del trauma psíquico será el foco en que se concentrarán las primeras conjeturas sobre el inconsciente.....</i>	58
I.1.3. La introducción del término <i>Trieb</i> en el historial clínico sobre Emmy von N.....	62
<i>El marco clínico en que se asienta la primera formulación sobre la pulsión reflejará las dudas de Freud acerca de la sugestión y señalará las limitaciones del método catártico.....</i>	62
<i>El vínculo de la pulsión con lo sexual se inscribe dentro de una concepción profana de la sexualidad que se define en los términos de un “cuerpo extraño” que ataca al yo.....</i>	67
I.2. La teoría de la defensa y los comienzos del psicoanálisis.....	73
I.2.1. Entre los estados hipnoides y la represión.....	73
<i>El distanciamiento con respecto a las hipótesis de Janet (escisión de los contenidos de la conciencia) y de Breuer (teoría de los estadios hipnoides) posibilita el camino hacia una teoría de la represión.....</i>	73
<i>La decisiva contribución de las observaciones clínicas sobre la resistencia en</i>	

<i>el establecimiento de la teoría de la defensa.....</i>	<i>76</i>
<i>Puntualizaciones sobre las iniciales vicisitudes de la “cosa sexual” en el pensamiento freudiano.....</i>	<i>80</i>
<i>Observaciones sobre las relaciones entre la teoría del trauma y la teoría del conflicto psíquico en el proceso de constitución del síntoma neurótico.....</i>	<i>83</i>
<i>I.3. Desarrollos de la noción de “aparato psíquico”.....</i>	<i>85</i>
<i>I.3.1. Los fundamentos “científicos” del sufrimiento.....</i>	<i>85</i>
<i>La relación epistolar entre Freud y Breuer revela el contexto en el que se produce el paso de una concepción fenomenológica del padecer histérico al establecimiento de las leyes que gobiernan el psiquismo.....</i>	<i>85</i>
<i>I.3.2. Los engranajes del “aparato neuronal” en el “Proyecto de psicología” (1950a [1887-1902]).....</i>	<i>89</i>
<i>Ideas rectoras que enmarcan la inquietud científica de Freud en fundar una “psicología para neurólogos” según el modelo de las ciencias físico-químicas: las nociones de cantidad y de neurona.....</i>	<i>89</i>
<i>Matizaciones sobre la terminología empleada por Freud para explicar el factor cuantitativo.....</i>	<i>92</i>
<i>La topografía del aparato neuronal o el marco teórico de la primera formulación sobre la pulsión.....</i>	<i>100</i>
<i>Primeros esbozos del vínculo entre la pulsión y la constitución del yo.....</i>	<i>104</i>
<i>I.3.3. El despliegue de una nueva modalidad escriturística con la topografía mental del “aparato de memoria”.....</i>	<i>117</i>
<i>La Carta 112/52 como el puente entre una concepción neurológica y una concepción metapsicológica del funcionamiento mental.....</i>	<i>117</i>
<i>El abandono de la teoría de la seducción y el autoanálisis sistemático de Freud.....</i>	<i>122</i>
<i>I.3.4. Estructura y función del “aparato psíquico”.....</i>	<i>125</i>
<i>El capítulo VII de <u>La interpretación de los sueños</u> (1900a [1899]): despliegue del concepto de regresión y sus diversas acepciones.....</i>	<i>125</i>
<i>Consolidación de un nuevo orden conceptual que redistribuye determinados términos y los traduce en un lenguaje metapsicológico para dar cuenta de la génesis y de la evolución del aparato psíquico.....</i>	<i>132</i>
<i>Primeros bosquejos acerca de la operación de descentramiento que la Trieb freudiana sufrirá a partir del descubrimiento del inconsciente.....</i>	<i>136</i>

II.1. Presentación y desarrollos conceptuales de la teoría en que se inserta la primera formulación psicoanalítica sobre la pulsión.....	142
II.1.1. Teoría de la sexualidad en la primera versión de los <i>Tres ensayos de teoría sexual</i> (1905d).....	142
<i>Consideraciones sobre la singularidad de los Tres ensayos (1905d) con relación a otros textos</i>	142
<i>Primer ensayo: El estudio de las perversiones o el marco en que se asienta la primera formulación psicoanalítica sobre la pulsión</i>	148
<i>Segundo ensayo: La contribución del estudio sobre la sexualidad infantil en el desarrollo de los conceptos derivados de la Trieb freudiana</i>	157
<i>Tercer ensayo: El deseo, “movimiento” psíquico de la pulsión: Su instauración y sus vicisitudes en el proceso de reencuentro con el objeto de la sexualidad adulta</i>	166
II.1.2. Génesis y evolución de la pulsión sexual y su relación con las fantasías.....	177
<i>Discusión sobre los problemas teóricos que versan sobre la base evolucionista en que se basa la primera formulación psicoanalítica de la pulsión y su relación con la dimensión fantasmática</i>	177
<i>Primera proposición: Freud toma prestado términos de la biología más para delimitar su campo de estudio y especificar la disciplina fundada por él, el psicoanálisis</i>	187
<i>Segunda proposición: La hipótesis misma sobre la sexualidad inconsciente altera el significado original de algunos conceptos</i>	194
<i>Tercera proposición: La introducción de la categoría de “solicitud somática” constituirá el hilo que une la pregunta sobre la pulsión con la pregunta sobre el origen de los síntomas histéricos</i>	203
II.2. Conflicto pulsional (pulsiones sexuales, pulsiones yoicas, pulsiones de autoconservación) y relaciones del yo con la realidad.....	208
II.2.1. Deslizamientos entre pulsión y adaptación: “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis” (1910i).....	208
<i>La teoría de la represión: Telón de fondo del primer dualismo pulsional</i>	208
<i>¿Conflicto pulsional o conflicto entre funciones? Consideraciones sobre “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis” (1910i)</i>	214
<i>Los elementos que están en juego en la noción de conflicto pulsional: presentación de las diferencias entre pulsión, instinto y función</i>	220
II.2.2. De la psicología genética a las vacilaciones de la teoría de la libido: “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico (1911b).....	226
<i>Consideraciones sobre la “psicología genética” planteada por Freud en</i>	

<i>“Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” (1911b).....</i>	<i>226</i>
<i>El paulatino avance de la teoría de la libido en discordancia con el modelo pulsional conducirá a una actitud más prudente de Freud respecto a la biología, pero a la vez le llevará a recurrir a los modelos de la biología para fundamentar el origen de la sexualidad humana.....</i>	<i>231</i>
<i>Reconsideraciones sobre los aspectos de la teoría evolucionista incompatibles con la hipótesis estructural sobre la sexualidad inconsciente.....</i>	<i>237</i>
<i>II.3. El estatuto del yo en “Introducción del narcisismo” (1914c).....</i>	<i>242</i>
<i>II.3.1. La construcción del concepto de narcisismo.....</i>	<i>242</i>
<i>Generalidades sobre “Introducción del narcisismo” (1914c).....</i>	<i>242</i>
<i>En las primeras aproximaciones de Freud al concepto de narcisismo (sea en el análisis sobre la génesis de la homosexualidad, sea en el proceso de contracción de la paranoia) éste será considerado como uno de los estadios de la historia evolutiva de la libido, convirtiéndose así en motivo central del distanciamiento de Freud respecto a la Escuela de Zurich.....</i>	<i>245</i>
<i>La decisiva contribución de la doctrina de la represión en la introducción del concepto de narcisismo desde el punto de vista estructural.....</i>	<i>253</i>
<i>II.3.2. La participación del otro en la constitución de la sexualidad humana.....</i>	<i>258</i>
<i>Presentación de la primera hipótesis sobre el narcisismo primario y su relación con el narcisismo secundario.....</i>	<i>258</i>
<i>La distinción entre libido yoica y libido objetal confirmará de modo rotundo la insuficiencia del primer dualismo pulsional.....</i>	<i>262</i>
<i>Discusión sobre la relación de equivalencia entre narcisismo, advenimiento del yo y constitución de la sexualidad humana.....</i>	<i>265</i>
<i>Comentarios sobre la ubicación del autoerotismo respecto al narcisismo.....</i>	<i>269</i>
<i>Presentación y discusión de la segunda hipótesis sobre el narcisismo primario.....</i>	<i>271</i>
<i>Puntualizaciones sobre los conceptos de yo ideal y de conciencia moral en el marco de la reflexión sobre el narcisismo.....</i>	<i>273</i>
<i>II.4. Hacia una fundamentación de la pulsión: “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c).....</i>	<i>277</i>
<i>II.4.1. Los fundamentos de la primera tópica.....</i>	<i>277</i>
<i>Consideraciones preliminares sobre “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c) y sobre su ubicación en la serie de los trabajos metapsicológicos.....</i>	<i>277</i>
<i>A partir del vínculo de la pulsión con la biología y con la actividad psíquica (represión primordial) es posible vislumbrar un tercer elemento de la teoría</i>	

<i>evolucionista incompatible con la hipótesis estructural sobre la sexualidad inconsciente.....</i>	<i>279</i>
<i>El análisis de los conceptos de “represión” e “inconsciente” posibilita la articulación entre los sistemas psíquicos y el establecimiento de la triple perspectiva: tónica, dinámica y económica. Se amplían, así, los límites del dominio inconsciente con la noción de “inconsciente reprimido” y que pertenece al yo.....</i>	<i>283</i>
<i>II.4.2. El circuito de la pulsión en los orígenes de la vida y de la sexualidad.....</i>	<i>290</i>
<i>Sobre el proceso de elaboración del concepto de pulsión en la teoría psicoanalítica.....</i>	<i>290</i>
<i>Presentación de los términos de la pulsión: objeto, meta, esfuerzo y fuente.....</i>	<i>296</i>
<i>Presentación de los destinos “transtorno hacia lo contrario” (vuelta de la actividad a la pasividad y transtorno en cuanto al contenido) y “vuelta hacia la persona propia”.....</i>	<i>298</i>
<i>El circuito de la pulsión de apropiación.....</i>	<i>300</i>
<i>El circuito de la pulsión escópica.....</i>	<i>303</i>
<i>La transposición del amor en odio.....</i>	<i>305</i>
<i>Los tres momentos de constitución del yo.....</i>	<i>307</i>
<i>II.4.3. Derivaciones conceptuales suscitadas con el concepto de pulsión.....</i>	<i>310</i>
<i>Puntualizaciones sobre la definición freudiana de “pulsión”.....</i>	<i>310</i>
<i>Puntualizaciones sobre la relación entre pulsión y afecto en el marco de los trabajos metapsicológicos.....</i>	<i>317</i>
<i>Discusión sobre el circuito de la pulsión en la génesis del aparato psíquico.....</i>	<i>324</i>

Capítulo III: Vida y muerte: El nuevo dualismo pulsional.....339

<i>III.1. Variaciones teórico-clínicas que han dado lugar al establecimiento del segundo dualismo pulsional.....</i>	<i>339</i>
<i>III.1.1. Texto y contexto de <u>Más allá del principio de placer</u> (1920g).....</i>	<i>339</i>
<i><u>Los contornos de Más allá del principio de placer</u> (1920g).....</i>	<i>339</i>
<i>Primera proposición: <u>Más allá del principio de placer</u> (1920g) está ubicado en un marco temporal específico: Es testigo tanto del giro teórico-clínico emprendido ante la necesidad de reformular la dinámica conceptual del psicoanálisis, como respecto a la experiencia subjetiva de Freud con relación a los hechos de la guerra.....</i>	<i>343</i>
<i>Segunda proposición: <u>Más allá del principio de placer</u> (1920g) debe ser tomado como un eslabón dentro de una cadena de escritos, “Pegan a un</i>	

<i>niño” (1919e) y “Lo ominoso” (1919h), escritos prácticamente en el mismo periodo que <u>Más allá del principio de placer</u> y que, de igual modo, apuntan hacia el destronamiento del principio del placer.....</i>	348
<i>Tercera proposición: <u>Más allá del principio de placer</u> (1920g) será la culminación del interés de Freud sobre los orígenes; interés que une trabajo clínico y reflexión metapsicológica por la importancia de la función de la resistencia y sobre la teoría de la represión.....</i>	355
III.1.2. La ampliación del punto de vista económico.....	358
<i>La función homeostática del principio del placer y su relación con la fuerza que le supera.....</i>	358
<i>Deslizamientos de sentido del concepto psicoanalítico de repetición. Repetición y principio de placer.....</i>	361
III.2. Designios de la pulsión de muerte.....	364
III.2.1. El primer designio de la pulsión de muerte: La compulsión de repetición.....	364
<i>El vínculo entre la noción de trauma con la pulsión de muerte o la compulsión de repetición concebida como exceso y como retorno hacia lo inorgánico.....</i>	364
<i>La doble tendencia de la compulsión de repetición: Su función de engarce y sus vínculos con la pulsión de muerte.....</i>	369
III.2.2. El segundo designio de la pulsión de muerte: El principio de Nirvana.....	372
<i>A partir de las preguntas que abre la compulsión de repetición, se impone distinguir entre pulsiones de vida y pulsión de muerte, si bien en el marco de una única energía, la libido.....</i>	372
III.2.3. El tercer designio de la pulsión de muerte: La concepción freudiana de la agresividad.....	382
<i>Reconsideraciones sobre la fundamentación heurística del concepto de masoquismo y aproximaciones del concepto psicoanalítico de pulsión de muerte hacia los hechos de la experiencia: “El problema económico del masoquismo” (1924c) y en <u>El malestar en la cultura</u> (1930a [1929]).....</i>	382
III.3. La naturaleza de las pulsiones en el ámbito del antagonismo entre vida y muerte.....	395
III.3.1. El fundamento heurístico del segundo dualismo pulsional.....	395
<i>Los cambios teóricos producidos con la introducción del segundo dualismo pulsional, remiten no sólo a la discusión sobre la energía que estará al servicio de la pulsión de muerte -la libido-, sino también a algunas reconsideraciones sobre la noción de sexualidad.....</i>	396
<i>Presentación de las teorías de J. Laplanche, de A. Green y de M. Klein sobre la pulsión de muerte.....</i>	407
<i>La discusión sobre los aspectos que caracterizan la polémica tendencia</i>	

<i>regresiva de las pulsiones introduce dos cuestiones como objeto de debate.</i>	
<i>Primera cuestión: Sobre el ámbito específico de la compulsión de repetición.</i>	
<i>Segunda cuestión: Sobre el empuje constante de la pulsión.....</i>	415
<i>La discusión sobre las bases metabiológicas y metapsicológicas que sostienen el concepto de pulsión de muerte remite a la necesidad de resituar su fundamento heurístico.....</i>	420

Capítulo IV: Yo, angustia y vida pulsional: Desarrollos freudianos de la pulsión con la segunda tópica.....431

IV.1. La noción de conflicto y el estatuto de la pulsión en el paso de la primera a la segunda tópica: *El yo y el ello* (1923b).....431

IV.1.1. Los fundamentos de la segunda tópica: *El yo y el ello* (1923b).....432

El yo y el ello (1923b), abre interrogantes acerca del entramado conceptual que permitió el paso de la primera a la segunda tópica o, de otra manera, el paso de una tópica de sistemas a una tópica de instancias.....432

Serán dos los factores, relacionados con la reflexión freudiana sobre las pulsiones, los que revelarán la amplitud de miras de la noción de yo: 1º) la nueva concepción del yo unido a los designios de la sexualidad; 2º) la concepción de un yo que desconoce su saber mismo acerca del síntoma y que no logra la tarea de nombrar los afectos que habitan en él, desconociendo así, su autenticidad.....

IV.1.2. La segunda tópica o el establecimiento de la hipótesis estructural del aparato psíquico.....443

Presentación de los nuevos protagonistas que compondrán la perspectiva intrasubjetiva del conflicto psíquico: El yo, el ello y el superyó.....

Si la tendencia a la “antropomorfización” de las instancias que componen la segunda tópica es llevada al límite, se llega a obnubilar la dimensión pulsional de las mismas.....

IV.2. La constitución del yo como función y como efecto de identificaciones.....459

IV.2.1. La constitución del yo y de lo inconsciente que habita en él.....459

Presentación de tres vectores que atestiguan la complejidad de la noción de yo en el pensamiento freudiano: a.) el yo como efecto de identificaciones y su relación con las instancias ideales; b.) el yo concebido como función; c.) el yo como sede de los afectos y, en particular, de la angustia.....

El yo, proyección psíquica de la superficie del cuerpo, representa, además, la superficie del aparato psíquico.....

<i>Puntualizaciones sobre el desarrollo del concepto de “percepción” en la “La negación” (1925h).....</i>	<i>467</i>
<i>La participación del otro en la constitución de la sexualidad, I.....</i>	<i>473</i>
<i>IV.2.2. El yo como efecto y como propulsor de las mismas identificaciones.....</i>	<i>479</i>
<i>Puntualizaciones sobre el concepto psicoanalítico de identificación en “Duelo y melancolía” (1917a [1915]) y <u>Psicología de las masas y análisis del yo</u> (1921c).....</i>	<i>479</i>
<i>En <u>El yo y el ello</u> (1923b) Freud estudia la identificación (primaria y secundaria) y el complejo de Edipo -en su relación con la bisexualidad- en una perspectiva metapsicológica.....</i>	<i>487</i>
<i>Otras precisiones sobre los conceptos de identificación primaria y secundaria.....</i>	<i>496</i>
<i>Lo que fundamenta el concepto de identificación desde el punto de vista metapsicológico es su dimensión pulsional.....</i>	<i>499</i>
<i>Puntualizaciones sobre la identificación y las relaciones de objeto.....</i>	<i>502</i>
<i>Paradojas que plantea la cuestión de la génesis del superyó. Las posturas de Laplanche y de Klein.....</i>	<i>504</i>
<i>IV.2.3. La concepción del yo como sede de funciones.....</i>	<i>510</i>
<i>La contribución del pensamiento de Jacques Lacan al poner de relieve la función de desconocimiento del yo, lleva a ciertas precisiones sobre el concepto de yo freudiano.....</i>	<i>510</i>
<i>Precisiones terminológicas sobre el concepto de yo.....</i>	<i>516</i>
<i>IV.3. Reformulaciones sobre la angustia en el marco de las dos teorías pulsionales.....</i>	<i>530</i>
<i>IV.3.1. Los antecedentes de <u>Inhibición, síntoma y angustia</u> (1926d): Teorías de la angustia y desarrollo de la teoría de los afectos.....</i>	<i>530</i>
<i><u>Puntualizaciones sobre una posible lectura de <u>Inhibición, síntoma y angustia</u> (1926d).....</u></i>	<i><u>530</u></i>
<i>Variantes de la hipótesis sobre el factor cuantitativo a partir de la relación entre punto de vista económico y teoría de los afectos.....</i>	<i>531</i>
<i>Primera teoría sobre la angustia: La angustia es concebida como un mecanismo de transformación automática y de descarga de la excitación sexual.....</i>	<i>535</i>
<i>Segunda teoría sobre la angustia: A partir de su relación con la teoría de la libido, la angustia será entendida como consecuencia de la represión y como el resultado de la disociación entre afecto y representación.....</i>	<i>540</i>
<i>IV.4. Perspectivas, categorías y formas de angustia bajo la égida de las</i>	

“situaciones de peligro”: <i>Inhibición, síntoma y angustia</i> (1926d).....	545
IV.4.1. Derivaciones entre concepción económica y concepción histórica de la angustia.....	545
<i>Generalidades sobre el paso de la segunda a la tercera teoría de la angustia y sobre la relación entre pulsión, afecto en el marco de la segunda tópica</i>	545
<i>Las concepciones económica e histórica de la angustia derivan del estudio sobre las complejas relaciones entre angustia y displacer</i>	550
<i>Manifestaciones de la angustia automática en el desarrollo del sujeto</i>	555
<i>La génesis de la angustia puede ser explicada a partir de sus dos variedades: La angustia automática y la angustia señal</i>	558
<i>Derivaciones entre la angustia de nacimiento, angustia de separación y angustia de castración bajo la característica común de las “situaciones de peligro”</i>	561
IV.4.2. Yo, angustia, pulsión y complejo de castración.....	571
<i>Correlaciones entre la tópica de la angustia y la tópica de la pulsión</i>	571
<i>El dolor, definido por Freud como pseudopulsión, es correlativo al sufrimiento psíquico</i>	574
<i>El papel de la pulsión de muerte en los primeros momentos de la vida es equivalente al proceso de emergencia de lo sexual</i>	577
<i>La participación del otro en la constitución de la sexualidad, II</i>	581
<i>Desarrollos de la angustia de nacimiento a la angustia de castración bajo la óptica de la seducción que la madre ejerce sobre el niño</i>	584
<i>La angustia es un afecto necesario que abre un abanico de posibilidades de simbolización</i>	588
 Capítulo V: Conclusión.....	 591
 Capítulo VI: Referencias Bibliográficas.....	 597
VI.1. Textos de Freud.....	597
VI.2. Literatura Crítica.....	600

INTRODUCCIÓN

Desde su introducción en el pensamiento freudiano la pulsión ha demostrado una muy fecunda elasticidad conceptual, constituyéndose como la base en que se asienta toda la reflexión psicoanalítica. Sin embargo, en algunos de sus escritos, Freud expresa las dificultades que se anteponen cuando se pretende dar una definición satisfactoria sobre las pulsiones. Así, en “Introducción del narcisismo” (1914c) lamenta “la total inexistencia de una doctrina de las pulsiones que de algún modo nos oriente” (1914c: 75). El establecimiento de la oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas o de autoconservación y, posteriormente, entre pulsiones de vida y pulsión de muerte, la consecuente manutención del esquema dualista y, sobre todo, su constante preocupación sobre el tema de los orígenes, tampoco le permitió dar por asentado un entendimiento cabal sobre este concepto. En *Más allá del principio de placer* (1920g), este problema epistemológico le empuja a subrayar a las pulsiones como “el elemento más importante y oscuro de la investigación psicológica” (1920g: 34). ¿Cuál es el velo que cubre el verdadero significado de este concepto?

No hay para el psicoanálisis necesidad más sentida que la de una

doctrina sólida de las pulsiones sobre la cual se pudiera seguir construyendo. Pero nada de eso preexiste, y el psicoanálisis tiene que empeñarse en obtenerla mediante tanteos (1925*d* [1924]: 53).

Esta referencia se perfila como una sugerencia por parte de Freud en continuar su tarea inaugural de elaborar la teoría de las pulsiones. A la vez, confirma que el establecimiento de la hipótesis estructural sobre el inconsciente no es una operación acabada, sino que requiere una continua tarea de reformulación conceptual que sea compatible con tal descubrimiento.

Insinúa, también, que no se trata de un obstáculo que se eliminaría al levantar la punta del velo que oscurece el entendimiento sobre la pulsión, sino apunta hacia la ausencia de transparencia como su rasgo característico, de modo que sólo es posible acceder a la pulsión mediante rodeos. Analizar el circuito de la pulsión para comprender la situación analítica, ir y venir sobre el material que he elegido como fundamental para acceder a la teoría de las pulsiones: los textos de Freud.

Como investigadora en teoría psicoanalítica y alejada de mi país, Brasil, precisamente para llevar a cabo la presente investigación, considero un privilegio intelectual dedicarse en esta tan estimulante tarea de analizar los textos de Freud. Tarea no sin obstáculos... Desde luego, la serenidad que

refleja la configuración final de un trabajo de investigación, es el resultado de un trabajo caracterizado por momentos singulares de vacilaciones y de dudas, de inquietud y preocupación continua acerca del tema abordado. Pero, afortunadamente, incluso los obstáculos han servido como fuente de continua de reflexión, sobre todo considerando mi fuerte convicción en la fecundidad de las ideas introducidas por Freud, así como en el reconocimiento de su carácter definitivo. En la misma línea, toda cosecha requiere un cierto tiempo maduración. Como señala Guignard, hace falta

un considerable trabajo que pasa, sucesivamente, por la *ingestión canibálica* (...), después la *digestión*, el *duelo* y la *represión* de este objeto de pensamiento, con la esperanza de que finalmente se integre en nuestras *identificaciones introyectivas*, es decir, en “lo que queda cuando se ha olvidado todo” (1994: 620).

La preocupación en no falsear ni esquematizar los textos de Freud fue una constante, siguiendo la propuesta de Etcheverry (1978), a saber, el respeto por los textos y por su “literalidad problemática”, sobre todo al toparme con la necesidad de realizar un minucioso trabajo de desvelamiento acerca de las “traducciones” sobre determinadas ideas de Freud.

Es sabido que, como concepto fundamental, la pulsión ha sido objeto de un muy significativo interés en los desarrollos psicoanalíticos posteriores a Freud.

El debate acerca de su origen endógeno y biológico, la polémica que se tejó acerca del concepto de pulsión de muerte, las variantes psicológicas de la pulsión, la discusión acerca de la articulación entre pulsión y clínica se encuentran esbozadas en gran parte de los estudios realizados en materia pulsional. Hasta el punto que se puede decir que la expansión del psicoanálisis es correlativa con la preocupación teórico-clínica sobre el estatuto de la pulsión.

El estudio de tales líneas de interés conduce hacia el establecimiento de una versión “oficial” de este concepto, pero que adquiere una muy particular significación cuando confluye con la “resonancia afectiva” del concepto de pulsión, es decir, la versión “subjetiva” que cada psicoanalista tiene sobre este concepto en su trabajo clínico y en sus reflexiones.

Sin embargo, no se trata de una tarea librada de obstáculos, bien sea los que Freud mismo advierte a lo largo de su obra, bien sea acerca de determinados planteamientos ambiguos que subyacen en su reflexión misma sobre las pulsiones. Lo cual, revela que, pese a la constante reflexión acerca del estatuto del concepto de pulsión, algunos autores se han contentado con una teoría “insuficiente” de las pulsiones. Es decir, en lugar de salir de las ambigüedades existentes en materia pulsional y fundamentar con bases más sólidas la

metapsicología, se buscó recubrir un edificio conceptual todavía incierto con nuevos conceptos, sin atenerse a la coherencia de éstos respecto al conjunto de la obra. El resultado es un almagama indiscriminado de conceptos que más confunden que esclarecen.

Dentro de este mismo orden de consideraciones, puesto que el testigo que se dispone para acercarse a las formulaciones de Freud son sus textos, es lícito investigar con detenimiento las líneas que conducen hacia el establecimiento de una modalidad de análisis textual que no sólo permita tratar el texto freudiano en su especificidad sino también articular los textos entre sí a partir del contenido de sus proposiciones. Tarea que se delinea como necesaria ya que la ausencia de criterio en el análisis de los textos de Freud (S. Bleichmar, 1990: 9) conduce hacia las más variadas lecturas de su obra.

Desde luego, el abanico de lecturas acerca de su pensamiento es lugar común del psicoanálisis. Prueba de ello es la construcción de líneas de pensamiento psicoanalíticas que, aunque partiendo de una misma fuente, los textos de Freud, se perfilan, incluso, como opuestas entre sí. Esta diversidad también señala la fecundidad teórica y clínica de esta disciplina, aunque también revela el sesgo ideológico del contexto en tales teorías fueron concebidas. Eso no se delinearía como problemático si no se desplazase la “intención discursiva” del

fundador del psicoanálisis hacia los más variados modos de concebir la “cosa psíquica” utilizando, en esta tarea, la palabra de Freud como recurso a la autoridad, para precisamente prescindir de ella o, lo que es lo mismo, empleando fragmentos del texto sin la visión del conjunto de la obra y de su contexto. El texto freudiano, si bien es concebido como la referencia por excelencia del desarrollo de las ideas psicoanalíticas, se convierte así en el lugar a partir del cual se interpreta los enunciados de modo aleatorio.

Este problema de orden metodológico está estrechamente vinculado con la heterogeneidad del discurso posfreudiano sobre la pulsión y sobre otros conceptos psicoanalíticos; prueba cabal de que plantear el objeto de modo independiente del método puede producir concepciones distintas del objeto o, en el peor de los casos, en la desfiguración misma del objeto. Dicho en otros términos, el método está indisolublemente vinculado con el objeto de estudio. Esto produce no sólo un distanciamiento de los problemas que Freud ha introducido en su reflexión sobre este concepto - que todavía demandan esclarecimiento- y una confusión del lenguaje psicoanalítico propiamente dicho- debido a su particularismo-, sino también la pérdida de especificidad teórico-clínica de la pulsión.

Por eso, los objetivos del presente trabajo son los siguientes:

- *analizar* los textos de Freud en que se perfila directa o indirectamente el concepto de pulsión, tratándolos en su especificidad conceptual e histórica;
- *comparar* la reflexión de Freud sobre la pulsión y de los problemas conceptuales y terminológicos suscitados por este concepto con la de sus seguidores;
- *sistematizar* lo pensado sobre este concepto en lugar de cubrir los “huecos” de la teoría con nuevas definiciones.
- *aportar* datos significativos a partir de los objetivos anteriormente citados.

Así, pues, la elección de los textos de Freud en materia de pulsión no fue aleatoria; surge de la necesidad de acercarse a las contradicciones “sincrónicas” e “históricas” que Freud ha tejido en materia pulsional, tratándolo en su especificidad conceptual e histórica. Desde luego, el discurso freudiano sobre la pulsión, es pasible de ser concebido a partir de momentos temporales; en cada uno de los cuales, Freud establece teorías del funcionamiento psíquico que repercuten directamente en su reflexión sobre la pulsión. Sin embargo, este modo de proceder, no implica considerar los momentos temporales que caracterizan su obra como un proceso de construcción linear y armonioso, sino más bien como momentos de discontinuidad. La palabra misma “construcción” supone tornar inteligible un orden ajeno, discontinuo y sobredeterminado.

Dentro de este mismo orden de consideraciones, la estructura molecular de cada texto debe estar siempre puesta en relación con los conceptos allí tratados. Así, pues, el análisis de un texto requiere el esbozo histórico de cada uno de sus conceptos, en específico, de su génesis y de su desarrollo a lo largo del texto y de la totalidad de la obra, que si bien deben respetar los movimientos de la cronología no se limita a él. No sin mencionar el movimiento centrífugo que va desde el texto hacia sus contornos. De ahí es posible vislumbrar cuando el texto anticipa la formulación de determinados conceptos o cuando el texto apunta hacia nuevos descubrimientos. Incluso apercibirse que un nuevo descubrimiento nunca es “nuevo” en el sentido estricto del término, sino que presenta huellas en trabajos anteriores.

Desde luego, estos aspectos constituyen un texto y es posible recurrir a ellos sin incurrir en una cierta tendencia reduccionista. Como señala Laplanche (1986: 16), la singularidad del pensamiento freudiano no se inserta en una cronología, mera sumación de sus descubrimientos. Del mismo modo que el desarrollo de sus hipótesis no implica en una “dialéctica” en que lo más reciente sería la superación de lo anterior. El entramado conceptual sobrepasa, así, las fronteras del texto y exige una modalidad de abordaje “problemática”, “histórica” y “crítica” (Laplanche, 1986: 16).

Tanto es así que en determinados escritos como “Recordar, repetir, reelaborar” (1914g), Freud mismo considera relevante sintetizar su experiencia para de ahí aportar algo nuevo; necesita *hacer historia*. Evoca sus propios percances en el campo de la clínica para, de ahí, aportar algo nuevo, el concepto de repetición.

Hacer historia; necesidad compartida por todos que, de un modo o de otro, se dedican al psicoanálisis, sea en la investigación, sea en la clínica, sea en ambos a la vez. Estas cuestiones remiten directamente a la peculiaridad del psicoanálisis en cuanto objeto de estudio. Remiten también al lugar en que se sitúa el sujeto de la investigación. Freud mismo la ha tratado de dilucidar en una carta a Pfister del 5.6.1910 y que consiste en una crítica, no sin tacto, sobre el exceso de discreción por parte de su amigo en la confección de un trabajo psicoanalítico. Hela aquí:

Ahora bien, estos asuntos psicoanalíticos sólo son comprensibles dentro de una cierta integridad y prolijidad, así como el análisis sólo puede realizarse cuando el enfermo desciende de las abstracciones sustitutivas a los pequeños detalles. La discreción no se concilia, por lo tanto, con la exposición de un psicoanálisis; es necesario volverse un mal sujeto, transformarse, renunciar, comportarse como un artista que compra pinturas con el dinero de la asignación de su mujer, o que hace fuego con los muebles para que no sienta frío su modelo. Sin un poco de esa cualidad de malhechor no se obtiene un resultado correcto (1997b [1909-1914]: 167; Carta 1085).

Como fundador de una disciplina que pone al descubierto la existencia de procesos psíquicos inconscientes, procura conducir su colaborador hacia un método de construcción análogo a la situación analítica (Mezan, 1993a: 129). Se trata del método psicoanalítico propiamente dicho, un método deconstructivo caracterizado por la atención flotante y la asociación libre y que consiste en desmotar los engranajes del discurso manifiesto.

Ahora bien, a partir de este orden de consideraciones y del supuesto según el cual el texto presenta un discurso inconsciente, lo que podría ser designado como “contratexto”, que Jean Laplanche (1980a: 31) introduce la propuesta de “hacer trabajar un texto” con la misma metodología empleada en la situación analítica, lo que implica en volver a Freud, “interpretar a Freud con el método de Freud”.

El presente trabajo, si bien se trata de una “exégesis” (Rezende, 1993: 108) de la reflexión freudiana sobre las pulsiones, es decir en la lectura y en esbozo crítico sobre el movimiento del pensamiento de Freud respecto a la pulsión, no pretende buscar el sentido oculto de su descubrimiento o desvelar las entrelíneas de su discurso. Tampoco busca traducir el discurso freudiano a partir de otro discurso, como, por ejemplo, la lectura de la obra de Freud desde la perspectiva de Melanie Klein o de Jacques Lacan o de “psicoanalizar” a

Freud, sino *precisar* -lo que Laplanche (1980a: 31) define como “exigencia teórica” - qué derroteros se ha topado Freud en la construcción de su objeto de estudio y de los problemas que enfrentaba.

En la misma línea, si bien trata de recopilar los textos de Freud en que la pulsión aparece perfilada, no se trata de repetir lisa y llanamente sus enunciados. Abordar en texto de modo problemático, histórico y crítico es también introducir un término como el de “dialéctica”. De una dialéctica muy peculiar que también pasa por la repetición, pero para alcanzar otra dimensión, no sin recopilar las dimensiones precedentes. Con este proceder, se confirma la necesidad de resituar muchos aspectos del pensamiento freudiano. Sobre este propósito, Laplanche emplea la metáfora de la espiral para especificar lo que se entiende por dialéctica en psicoanálisis, “una espiral que sin descanso vuelve a pasar sobre las mismas verticales, que por lo tanto es esencialmente repetitiva, pero que se empeña, al menos en ciertos momentos, en cambiar de plano” (Laplanche, 1987b: 28). El problema consiste, pues, en mantener la singularidad discursiva de los enunciados freudianos sin escotomizar su discurso, sin transformar el estilo discursivo del fundador del psicoanálisis en meras “abstracciones sustitutivas” que mantienen las defensas intactas, impidiendo que se efectúe un trabajo de de-construcción de su discurso.

Esta investigación, se compone, así, de dos partes. La primera consiste en el estudio sobre el concepto de pulsión teniendo como marco los textos de Freud. La segunda es el análisis de las elaboraciones posfreudianas sobre la pulsión y de las temáticas interligadas a este concepto, como instrumento imprescindible para descubrir otras dimensiones de la obra de Freud. Tarea que requiere un método de análisis que pueda reunir en una unidad los textos de Freud y de la literatura crítica.

En la misma línea, si bien se trata de volver a los textos de Freud, no se refiere a una vuelta al pasado con el tono nostálgico, como si se tratara de la búsqueda de un saber perdido, sino de comparar este saber con el presente, es decir, la literatura crítica, para, de ahí, aportar algo nuevo. No sin desvelar las preconcepciones que se han tejido alrededor de su obra que más turban y descentran el legado de Freud que procuran esclarecer los verdaderos problemas que el fundador del psicoanálisis plantea en materia pulsional y que todavía revelan su pertinencia. Esta lectura “retroactiva” concibe el texto freudiano como la apertura de algo que sólo adquiere su verdadera dimensión a partir del presente (Hornstein, 1991: 24).

El problema reside en que el texto pasado, es decir, reflexión freudiana sobre

la pulsión también requiere esclarecimiento. De ahí las dos partes anteriormente citadas; por una parte volver sobre los textos de Freud con el método de Freud; por otra parte, realizar una lectura retroactiva de su legado, tarea que se logra gracias a las elaboraciones contemporáneas. Estas perspectivas cuando articuladas permiten no sólo acercarse a las ambigüedades existentes en el texto freudiano y buscar una suerte de resignificación, sino también aportar, a través de la literatura crítica, datos significativos sobre el tema tratado.

Son éstas las convicciones que sustentaron el trabajo de investigación que ahora presento. Las etapas que aquí se presentan procuran defender la posibilidad de volver sobre los textos de Freud de modo problemático, histórico y crítico, y ensayar las sendas que van en esa dirección.

<i>Organización de la tesis.</i>

El **primer capítulo**, tiene por objetivo esbozar cómo Freud introduce la pulsión en su discurso, cuál es el punto de partida de las formulaciones en las cuales la pulsión aparece. Si bien es cierto que el concepto de pulsión presenta un histórico en la obra de Freud, aún más lícito sería afirmar que en este momento temporal no está desarrollado plenamente como un concepto. Sin

embargo, su estrecho vínculo con la teoría de la defensa y con los primeros tanteos hacia el establecimiento de la teoría de la constitución del yo, atestigua su fecunda elasticidad, que en lo sucesivo será su emblema. A la vez que discute el dispositivo freudiano de trasmutar un término como el de pulsión, presente no sólo en las teorizaciones filosóficas sino también en las propiamente científicas, este capítulo trata también de revelar las líneas maestras que enmarcarán la pulsión en el cruce de teorizaciones mecanicistas y biologicistas. Existe un conjunto relativamente organizado de argumentos que versan sobre la introducción de la pulsión en el pensamiento freudiano, asociándola sea con la sexualidad (en aquel periodo concebida como apetito sexual), sea con una cantidad de energía indiferente. Pero que en todos los casos remiten al vínculo entre pulsión y tópica psíquica. Por lo tanto, se revelan como verdaderos desafíos teóricos y clínicos, sobre todo teniéndose en cuenta que la condición de surgimiento del psicoanálisis se asienta en el descubrimiento del inconsciente.

Así, en la **sección I.1.** pretendo mostrar que la introducción de la pulsión en el discurso de Freud se inserta en un momento de su trayectoria en que ya es posible distinguir las perspectivas económica, dinámica y tópica. Revelo cómo Freud fue buscando una suerte de conciliación entre la interpretación fisiológica de la Escuela Helmholtz, la observación clínica de la Escuela de

Salpêtrière y la sugestión hipnótica de la Escuela de Nancy bajo el suelo común de los fenómenos histéricos y haciéndose el camino que le conducirá al método catártico, inaugurado por Breuer. Trato de señalar, a partir de la lectura del texto “Comunicación preliminar” (1893-1895), que el relieve de la noción de “trauma psíquico” (*psychische Trauma*) es correlativo a las primeras conjeturas sobre el inconsciente, en este importante momento temporal de la obra de Freud. Me sirvo de la exposición sucinta del historial de Emmy von N. para precisar la introducción del término “pulsión” (*Trieb*) en el pensamiento freudiano y de ahí mostrar, a mi modo de entender, que Freud y su teoría incipiente sobre la sexualidad son hijos de su tiempo.

En la **sección I.2.** examino el progresivo distanciamiento de Freud respecto a las hipótesis de Janet sobre la escisión de los contenidos de la conciencia y la teoría de los estados hipnoides de Breuer, así como la concomitante consolidación de su teoría de la defensa gracias a la observación clínica de los fenómenos de resistencia para explicar el proceso de escisión de la conciencia. Del mismo modo, esbozo los vínculos entre la teoría del trauma y la teoría del conflicto psíquico. La búsqueda creciente de un saber sobre la sexualidad, todavía concebida como apetito sexual y, por lo tanto, asimilada a lo biológico, se traduce en este momento por el interés en profundizar el estudio acerca de la naturaleza sexual de los síntomas histéricos. A partir de entonces, se

perfilará toda la originalidad del fundador del psicoanálisis; el camino elegido por él fue el de analizar su posición tópica, perspectiva que en lo sucesivo se convertirá en el baluarte de la concepción estructural del psiquismo.

Es en esa misma dirección que en la **sección I.3.** tomo por objeto el desarrollo de la noción de “aparato psíquico” (*psychischer Apparat*). Examino el paso de una concepción neurológica hacia una concepción metapsicológica propiamente dicha del aparato psíquico a partir de la lectura de tres escritos de Freud, a saber, el “Proyecto de psicología” (1950a [1887-1902]), la Carta 112/52 y *La interpretación de los sueños* (1900a [1899]). Además de evocar las contingencias históricas que sitúan el “Proyecto” como resultado de la relación epistolar entre Freud y Fliess y del intento de Freud en ir más allá de la fenomenología, al establecer leyes para acercarse al funcionamiento neuronal, presento y discuto las ideas rectoras que rigen la “psicología para neurólogos” a saber, las de “cantidad” y de “neurona”, así como el funcionamiento de este aparato neuronal y sus diferentes sistemas – ψ , ω y ϕ . Pretendo mostrar en líneas generales el interés de Freud por el factor cuantitativo, cuestión que se extiende a lo largo de su obra, particularmente sobre el problema que reviste el planteamiento sobre la cantidad de energía indiferente al referirse a la pulsión. En este momento, la pulsión presenta características que, en lo sucesivo, será su emblema. Así, pues, demuestro que

el hecho de que la pulsión no esté cabalmente formulada no impide obnubilar su relieve temprano ya que es uno de los factores clave que posibilitarán a Freud desatarse de una concepción mecanicista y direccionarse hacia una concepción psicobiológica acerca de la génesis del yo. Otro factor, estrechamente vinculado con lo anterior, será la necesidad de recurrir a otra modalidad escriturística en el establecimiento de la tópica psíquica. Para esta tarea, tomo por examen los ejes principales de la Carta 112/52, que inicia la referida sustitución de un lenguaje neurológico por supuestos generales acerca de los sistemas de escritura. Como telón de fondo, contextualizo este importante período en la vida y en la obra Freud dados por el abandono de la teoría de la seducción y los comienzos de su autoanálisis. Aspectos que, reunidos, darán lugar al descubrimiento del inconsciente tal y como trato de examinar en el apartado dedicado a exponer las tesis principales del capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900a [1899]). En este momento temporal de la obra de Freud, la noción de aparato psíquico se encuentra plenamente desarrollada, de modo que la génesis, estructura y función del aparato psíquico y los sistemas que le componen -preconsciente, consciente e inconsciente- serán allí examinados. Eso no sin situar la pulsión en esta nueva representación topográfica del aparato psíquico y la noción de “regresión” (*Regression*) en sus diversas modalidades -tópica, formal y temporal. Sostengo que la relación entre pulsión, deseo y representación conducirá a

Freud no sólo a ubicar la pulsión en la frontera entre dos dominios, lo somático y lo psíquico, sino también a llegar a la intelección según la cual la “cosa sexual” no se reduce entendimiento sobre la sexualidad entendida en los términos de apetito sexual. Finalizo el tratamiento inaugural de la pulsión en este capítulo esbozando las condiciones que han posibilitado incluir este concepto en el núcleo de su teoría.

En el intento de analizar las condiciones bajo las cuales Freud llega a la intelección de que, en lo que respecta a su hipótesis sobre la sexualidad inconsciente, no existe saber forjado en las calderas del *cogito* cartesiano que colme todos los interrogantes sobre el devenir sexual de los seres humanos, que el **segundo capítulo** propone una serie de desarrollos en estrecho vínculo con la formulación propiamente psicoanalítica sobre el concepto de pulsión. Muestra el modo en que Freud inicia la elaboración de este concepto desde el punto de vista propiamente psicoanalítico; proceso que se inicia precisamente en una teoría que versa sobre la “génesis” y la “evolución” de la sexualidad humana. Pero también revela las dificultades inherentes a este proceso de elaboración. Éstas vienen dadas precisamente por el lugar que ocupa la dimensión biológica en su pensamiento, que si bien se perfila como esencial en la reflexión sobre la pulsión no deja de engendrar dificultades de entendimiento ya que existen aspectos de la biología incompatibles con la

hipótesis estructural sobre la sexualidad inconsciente. Así, los diferentes ámbitos del pensamiento freudiano sobre la pulsión en los que la biología marca su presencia, será allí detenidamente analizados. Los niveles de teorización presentan como hilo conductor el proceso de introducción, desarrollo y pruebas rotundas sobre la insuficiencia del primer dualismo pulsional (pulsiones sexuales y pulsiones yoicas o de autoconservación) dadas por introducción del concepto de narcisismo. En definitiva, este capítulo pretende mostrar que mediante el análisis de sus textos es posible vislumbrar el recorrido de Freud en el intento de desarrollar y, a la vez, de mantener la especificidad de su objeto de estudio no sin discutir ampliamente su preocupación constante sobre el tema de los orígenes, preocupación que ubicará a pulsión del lado de lo endógeno.

Así, en la **sección II.1.** me sirvo de la lectura de la obra que introduce el discurso de la pulsión en el pensamiento psicoanalítico, los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), en concreto su primera versión, de 1905. Todo el entramado conceptual ocurre en función del concepto de pulsión, lo cual revela que el desarrollo de determinados conceptos, tales como “zonas erógenas”, “autoerotismo”, “libido”, así como la noción de “apuntalamiento” son derivados de la *Trieb* freudiana. Revela que la estructura de los ensayos que componen esta obra, respectivamente el estudio de las perversiones, de la

sexualidad infantil y de la elección de objeto en la sexualidad adulta, apunta a la estrategia argumentativa elegida por Freud para desovillar el enigma de la sexualidad inconsciente y sostener la tesis central de esta obra, la contingencia del objeto de la pulsión. Ocurre, sin embargo, que esta tesis está insertada en una teoría que versa sobre la “génesis” y la “evolución” de la pulsión sexual, lo cual subraya la base evolucionista en que la primera formulación sobre la pulsión se asienta. Por eso, sostengo que a pesar del carácter subversivo de su teoría sobre la sexualidad, la ruptura de Freud con el pensamiento clásico al remplazar la noción de instinto por la de pulsión no constituye una operación acabada. Advierto que, si bien la biología es la dimensión a partir de la cual se detecta planteamientos incompatibles con la hipótesis estructural sobre la sexualidad inconsciente, es imposible no hacerse cargo de la importancia que reviste dicha dimensión en el pensamiento freudiano y en el psicoanálisis. Por eso, a partir de esta sección, buscaré detectar cuáles elementos de la biología incompatibles con la hipótesis sobre la sexualidad inconsciente. En esta misma línea, presento tres proposiciones con la finalidad de situar el lugar que ocupa la biología en el pensamiento freudiano. En ellas, examino detenidamente la polémica hipótesis sobre las fantasías originarias, no sin recurrir a la significativa aportación de Jean Laplanche sobre el tema; discuto los términos de la pulsión (objeto, meta, esfuerzo y fuente) y dos de sus destinos (represión y sublimación); y señalo que la búsqueda continua, por parte de Freud, de un

sistema teórico que permitiese un entendimiento cabal sobre la pulsión le conduce a establecer otras vías de acceso para acceder a este concepto, tal y como revela su pregunta sobre el origen de los síntomas histéricos y su relación con las fantasías, recurriendo a la categoría de “solicitud somática”.

Siguiendo este razonamiento, en la **sección II.2.** continúa el tratamiento sobre el desarrollo del concepto de pulsión con un examen general sobre la concepción de sexualidad, en concreto, de sus vínculos con la represión y con la cultura, para de ahí exponer dos ejes argumentativos: la noción de conflicto psíquico y las relaciones del yo con la realidad. Para profundizar al primero, Freud establece el primer dualismo pulsional basado en su intuición básica sobre la oposición entre dos fuerzas primordiales: hambre y amor. Así, me sirvo del texto “Las perturbaciones psicógenas de la visión según el psicoanálisis” (1910*i*) para examinar la oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas o de autoconservación. Recorro a la contribución que Jean Laplanche ofrece sobre el tema, sobre todo en lo que se refiere al papel que juega la autoconservación en el conflicto. Discuto la legitimidad misma del término *Trieb* para designar lo no sexual y profundizo la distinción entre pulsión, instinto y función. En cuanto al segundo eje argumentativo, tomo por examen “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” (1911*b*), en concreto, las consideraciones que versan sobre las relaciones del

yo con la realidad a partir de la génesis del aparato psíquico. Pretendo mostrar los problemas de integración del conflicto pulsional en la perspectiva genética para de ahí introducir los obstáculos encontrados por Freud en desarrollar cabalmente la primera teoría pulsional al forjar la simetría entre pulsiones sexuales/pulsiones egoicas o de autoconservación y principio de placer/principio de realidad. Esta problemática también se ve reflejada cuando Freud importa modelos de la biología, a pesar de su prudencia respecto a esta disciplina; señal que lo biológico siempre ocupará un lugar preeminente en su reflexión. A partir de este orden de consideraciones, presento otro elemento de la teoría de la evolución incompatible con la hipótesis sobre la sexualidad inconsciente.

La teoría de la libido muestra paulatinamente la insuficiencia de la primera teoría de las pulsiones y adquiere una nueva perspectiva con la introducción del concepto de narcisismo. Así, en la **sección II.3.** discuto pormenorizadamente la introducción del concepto de narcisismo en la teoría psicoanalítica, sea a partir de la génesis de la homosexualidad, sea a partir del proceso de contracción de la paranoia. De ahí la importancia de la represión ya que no sólo permitió explicar dicho proceso sino también refutar la teoría de los complejos planteada por Jung y sus seguidores. A partir de este orden de consideraciones discuto la contribución de la teoría de la represión en la

construcción del concepto de narcisismo haciendo hincapié que éste adquiere el rango de concepto estructural y, por lo tanto, se distancia de una concepción fenomenológica, cuando articulado a la teoría de la represión, lo cual vincula el narcisismo al modo de funcionamiento de la libido. Además de presentar y discutir las formulaciones de Freud sobre el narcisismo primario y sus relaciones con el narcisismo secundario, intento viabilizar un análisis sobre la simultaneidad entre narcisismo y advenimiento del yo y de la sexualidad a partir de la intervención de un otro ajeno al sujeto. Desde luego, introducir el concepto de narcisismo en la teoría psicoanalítica supuso establecer un nuevo planteamiento sobre la sexualidad humana. Señalo la insuficiencia del primer dualismo pulsional con la hipótesis sobre la investidura libidinal del yo. Señalo también la sucesión del narcisismo como tiempo posterior al autoerotismo, es decir, posterior a la constitución del individuo biológico e instaurador de la sexualidad a partir de los influjos de amor que el adulto ejerce sobre el niño. Por fin, tematizo la introducción de los conceptos de yo ideal y de conciencia moral, así como rastreo los motivos por los cuales Freud abandona el concepto de narcisismo.

En la **sección II.4.** me sirvo de la lectura de “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c), trabajo en que la pulsión aparece vinculada con la represión primordial y con la biología, para fundamentar el concepto de pulsión. En esta

misma línea, presento otro elemento de la teoría de la evolución incompatible con la hipótesis estructural sobre la sexualidad inconsciente. Teniendo en cuenta que este trabajo se ubica en la serie de los llamados trabajos metapsicológicos de 1915, busco establecer de antemano los fundamentos de la primera tópica a partir del análisis de los conceptos de represión y de inconsciente, para de ahí presentar la génesis de la pulsión, los movimientos por los cuales la pulsión circulará en el aparato psíquico antes de la represión primordial y en los momentos previos de constitución del yo, los términos de la pulsión y los destinos de la pulsión escópica y de la pulsión de apropiación, así como las polaridades en las que se estructura el aparato psíquico (amor-odio). Tras esta presentación, examino detenidamente la definición misma de pulsión dada por Freud en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c) con la finalidad de esclarecer el verdadero alcance de dicha definición, más allá de un cierto realismo. Discuto la relación entre pulsión y afecto en el marco de los trabajos metapsicológicos, no sin recurrir a la significativa contribución de André Green sobre este tema. Por último, vuelvo a tomar las consideraciones realizadas en la sección anterior, en concreto, la simetría entre narcisismo, constitución del yo y de la sexualidad, para sostener una opción científica en consonancia con la “teoría de la seducción originaria” de Laplanche y de las aportaciones teóricas-clínicas realizados por S. Bleichmar. A partir de entonces, los desarrollos realizados en la presente investigación girarán

alrededor de esta opción y que se revela, nada menos, como el intento mismo de aproximar la pulsión a la experiencia no sin perder su estatuto metapsicológico.

Con el objetivo de revelar el aspecto más radical de la sexualidad humana, la pulsión de muerte, el **tercer capítulo** trata sobre la introducción del segundo dualismo pulsional (pulsiones de vida y pulsión de muerte), a partir del análisis de *Más allá del principio de placer* (1920g). El concepto de pulsión de muerte presenta, en el pensamiento de Freud, los más significativos antecedentes, que se perfilan como el reflejo mismo de la necesidad de ampliar el punto de vista económico, con una modalidad de regulación energética más allá del principio de placer, pero en el marco de una única energía, la libido. La formulación propiamente dicha del concepto de pulsión de muerte parte de tres referentes, a saber, la compulsión de repetición, el principio de Nirvana y la agresividad. Existe un conjunto marcadamente heterogéneos de argumentos. La dificultad en articularlos viene dada por las bases biológicas del concepto de pulsión de muerte. Cuestión paradójica que ha determinado los desarrollos posteriores, ya que Freud busca fundamentar heurísticamente la pulsión de muerte desde el punto de vista de la biología, cuando la construcción de este concepto deriva, en última instancia, de la observación de los fenómenos clínicos (reacción terapéutica negativa, sadismo, masoquismo, repetición, entre

otros). Así las cosas, este capítulo busca especificar las bases metapsicológicas y metabiológicas de la pulsión de muerte y su relación con la experiencia, cuestión que, en el caso de la pulsión de muerte, se revela como de fundamental importancia, sobre todo si se tiene en cuenta la necesidad de especificar el psicoanálisis respecto a los otros campos de saber.

De modo que en la **sección III.1.**, presento las singularidades del texto que produjo este giro en el pensamiento freudiano, *Más allá del principio de placer* (1920g). Presento tres proposiciones, que versan sobre los antecedentes de pulsión de muerte en el pensamiento freudiano. En ellas, evoco sucintamente algunas contingencias históricas para señalar que el engendramiento del concepto de pulsión de muerte fue también el resultado de la experiencia subjetiva de Freud. Fue, también, por la necesidad de reformular la dinámica conceptual del psicoanálisis; la frecuente observación de fenómenos clínicos (ambivalencia, sadismo, masoquismo, reacción terapéutica negativa) que conducirían hacia el establecimiento del concepto de compulsión de repetición, así como la introducción del concepto de narcisismo, que vino poner en cuestión el primer dualismo pulsional, dan cuenta de este estado de cosas. Pretendo mostrar que el proceso de destronamiento del principio de placer respecto a la pulsión de muerte también puede ser

observado en otros textos, como “Pegan a un niño” (1919e) y “Lo ominoso” (1919h). Planteo que *Más allá del principio de placer* (1920g) constituye el punto culminante de la reflexión de Freud sobre el tema de los orígenes, permitiendo la confluencia entre la observación clínica y la reflexión metapsicológica ya que la función de la resistencia y la teoría de la represión ocupan un espacio preeminente en esta nueva teorización. Desde luego, pensar en la pulsión de muerte supuso necesariamente ampliar el punto de vista económico, más allá de lo regulado por el principio de placer. Así, esbozo los modos de funcionamiento del principio de placer y del principio de constancia y la relación de derivación del uno hacia el otro, así como asocio el principio de placer tanto con la homeostasis como con lo que designo como “tensión del deseo”, basándome en la contribución de Consentino. En la misma línea, señalo que es a partir de la simetría misma entre principio de placer y principio de constancia que Freud introduce la compulsión de repetición.

En la **sección III.2.** tomo por examen los designios de la pulsión de muerte: la compulsión de repetición, el principio de Nirvana y la agresividad. Trato de esbozar el proceso de construcción del concepto de compulsión de repetición, no sin ambigüedades, ya que en *Más allá del principio de placer* (1920g) Freud vuelve a emplear modelos de la biología, convertidos, desde luego, en metáforas, para fundamentar heurísticamente un concepto que, en última

instancia, es derivado de la clínica. Señalo que el vínculo entre compulsión de repetición y pulsión de muerte no impide vislumbrar en ésta una función de engarce. Respecto al principio de Nirvana, discuto que la distinción entre pulsión de muerte y Eros se establece en el marco de una única energía, la libido. Revelo los vínculos entre pulsión de muerte, principio de placer, principio de constancia y principio de Nirvana, así como la ambigüedad que reviste éste último ya que se trata de una premisa biológica que no se compagina con la hipótesis sobre la sexualidad inconsciente. En lo que se refiere al tercer referente de la pulsión de muerte, la agresividad, me sirvo de dos textos “El problema económico del masoquismo” (1924c) y *El malestar en la cultura* (1930a [1929]). Presento los procesos de mezcla y desmezcla pulsionales en el marco del sadismo y del masoquismo, ahora incluidos en la reflexión sobre la pulsión de muerte. Discuto las relaciones entre los fenómenos de agresividad y el establecimiento del concepto de pulsión de muerte, para de ahí sostener que si bien los primeros ofrecen el referente al segundo, presentan niveles de articulación distintos.

La **sección III.3.** finaliza el análisis sobre el segundo dualismo pulsional con una discusión pormenorizada sobre la naturaleza de la pulsión de muerte en el ámbito del segundo dualismo pulsional. Pretendo mostrar los cambios teóricos del segundo dualismo pulsional respecto al primero. En lo que se refiere a una versión actualizada y revisada de la pulsión de muerte, destaco del conjunto de

autores, las reflexiones de Green y Laplanche, no sin mencionar la importante contribución de Klein. Discuto también la tesis freudiana sobre la tendencia regresiva de las pulsiones recurriendo al debate que se ha tejido alrededor de esta tendencia. Examino las bases metapsicológicas y metabiológicas que sostienen el concepto de pulsión de muerte, no sin cuestionar una modalidad del retorno a lo biológico aproximada a lo mitológico, que da lugar a una interpretación subjetivizante de la pulsión.

El **cuarto capítulo** se propone a ensayar algunos pasos respecto al desarrollo del concepto de pulsión, sea a partir de la segunda tópica, sea a partir de las perspectivas económica e histórica de la angustia, examinando dos textos de Freud: *El yo y el ello* (1923b) e *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d). Momento temporal de la obra de Freud en que se perfila más nítidamente los diferentes niveles en los que la pulsión se articula, ahora respecto a las nuevas instancias que compone la segunda tópica, saber, el yo (que ahora también pertenece también al mismo ámbito que el inconsciente), el ello (los vínculos entre lo pulsional y lo somático) y el superyó (los vínculos entre lo pulsional y lo cultural). En la misma línea, la relación del yo con los objetos cuando confundida por la relación del yo con las instancias que componen al aparato psíquico puede incurrir en la tendencia a la antropomorfización de estas instancias, tendencia incompatible con el desarrollo de la teoría de las

pulsiones. Dicha complejidad del concepto de yo y su relación con la dimensión pulsional, remite a dilucidar el estatuto de este concepto a lo largo del pensamiento de Freud, en concreto, de sus relaciones con el concepto de sujeto y de *self*, y de su articulación con vectores que le constituyen, a saber, al yo como identificación, el yo como función y el yo como desarrollo de afectos, en particular el de la angustia. Partiendo de estos tres vectores de la noción de yo, este capítulo cierra este trabajo de investigación con la propuesta de ensayar los caminos que permita la articulación entre la pulsión, la angustia y la tópica de los procesos psíquicos.

En la **sección IV.1.**, sirviéndome de *El yo y el ello* (1923b), examino la noción de conflicto en el paso de la primera a la segunda tópica o de una tópica de sistemas a una tópica de instancias, para de ahí señalar la nueva concepción de conflicto que se despliega a partir de la segunda tópica, a saber, el conflicto entre componentes pulsionales y el yo consciente. Pretendo mostrar el estrecho vínculo entre la teoría de las pulsiones, en concreto, el segundo dualismo pulsional, y la segunda tópica, subrayando el nuevo estatuto del inconsciente y de la pulsión respecto al conflicto psíquico. Planteo que la amplitud de miras de la noción de yo ha permitido el paso de la primera a la segunda tópica. Para esta tarea, analizo detenidamente los dos factores que han permitido el paso de tópicos, a saber, la concepción del yo unido a los

designios de la sexualidad y la concepción del yo que desconoce la fuente misma de su padecimiento. En lo que se refiere a la segunda tópica propiamente dicha, examino las características de los nuevos “protagonistas” del conflicto: el yo, el ello y el superyó. A partir de este orden de consideraciones, sostengo que la tendencia a la antropomorfización de las instancias psíquicas puede conducir a un cierto oscurecimiento de la dimensión pulsional. Examino también las posibilidades de articulación entre los diversos niveles de la pulsión que se presentan de modo más nítido en la segunda tópica y la definición de la pulsión como “concepto límite”.

La **sección IV.2.** presenta un conjunto heterogéneo de argumentos vinculados entre sí a partir de los vectores del concepto de yo presentados en *El yo y el ello* (1923b), a saber, el yo como identificación, el yo como función y como sede de los afectos y que serán detenidamente examinados en las siguientes secciones. A modo de preámbulo, discuto el papel que la percepción de la realidad desempeña en el yo. Por un lado, esbozo las características y las vías de pasaje del yo concebido como superficie del cuerpo al yo concebido como superficie del aparato psíquico y tomo por examen las relaciones entre percepciones y representaciones en los momentos constitutivos del yo a partir de las consideraciones de Freud esbozadas en “La negación” (1925h). Por otro lado, discuto la participación del otro en la constitución de la sexualidad, en

concreto, el papel de la madre, desarrollando las consideraciones realizadas en el capítulo II, a saber, la nueva opción científica que se despliega de una concepción exógena y psíquica de la sexualidad. En cuanto a la concepción del yo como identificación, tomo por examen la génesis y el desarrollo del concepto de identificación, sus diversas modalidades a partir de la lectura de “Duelo y melancolía” (1917e [1915]) y *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921c) para de ahí discutir la perspectiva metapsicológica de la identificación esbozada en *El yo y el ello* (1923d) y su relación con el complejo de Edipo. Las características y ambigüedades que reviste la noción de identificación primaria y su relación con el complejo de Edipo serán allí examinadas, del mismo modo que la descripción del complejo de Edipo en el niño y en la niña, sirviéndome de las contribuciones que Freud realiza sobre este tema a lo largo de su obra, como las que se perfilan en “El sepultamiento del complejo de Edipo” (1924d) y en “Sobre la sexualidad femenina” (1931b). No sin subrayar la dimensión pulsional y objetal del concepto de identificación. A partir de las consideraciones esbozadas, presento y discuto la paradoja insuperable sobre la génesis del superyó y establezco algunos tanteos para especificar el estatuto de las instancias ideales (yo ideal, ideal del yo y superyó). En cuanto a la concepción del yo como función, hago hincapié en la noción freudiana de “servidumbre del yo”, relacionándola con la de “función de desconocimiento”, contribución de Lacan para discutir la función

imaginaria del yo. Para esta tarea, tomo por examen la “teoría estadio del espejo” introducida por Lacan y sus desarrollos posteriores. Realizo algunas precisiones sobre los términos de sujeto y de *self*, en los desarrollos posfreudianos, con especial interés sobre la Psicología del yo, representada por un autor como Hartmann, quien subraya la “función sintética del yo”. Planteo, entonces, que las concepciones de *self* presentadas después de Freud entran en contradicción con la teoría de las pulsiones, y establezco una suerte de contrapunto entre el pensamiento de Lacan y el de Hartmann, basándome en las vías de derivación del yo (metonímica y metafórica) presentadas por Laplanche, no sin esbozar algunas críticas tanto en lo que se refiere a la “función de desconocimiento”, introducida por Lacan como a la “función sintética del yo”, introducida por Hartmann. Así, retomo la función de desconocimiento, pero ahora desde la óptica de autores que buscan articular las vías de pasaje entre una concepción metonímica y una concepción metafórica del yo, como es el caso de S. Bleichmar, quien trata de “desvelar” el verdadero alcance de dicha función de desconocimiento.

En la **sección IV.3.** me sirvo del texto que introduce la tercera teoría de la angustia, *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d) para examinar el tercer vector del yo, a saber, el yo como desarrollo de afecto, en particular, la angustia. Tomo por examen los antecedentes de la tercera teoría de la angustia: la

angustia como mecanismo de transformación automática de la excitación sexual y la angustia como uno de destinos del monto de afecto, asociado con la formación del síntoma, correlativos, a su vez, con la primera y la segunda teoría de la angustia. Establezco algunos tanteos, a propósito de las variantes del factor cuantitativo, a fin de buscar una suerte de aproximación entre la concepción freudiana sobre una energía indiferente y la sexualidad.

La **sección IV.4.**, continuando el análisis de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), presento la relación entre pulsión y afecto en el marco de la segunda tópica; en la que la similitud de términos entre afectos y mociones pulsionales dará lugar a la primacía del afecto respecto a las representaciones. Señalo que las derivaciones entre concepción económica y concepción histórica de la angustia, correlativas al paso de la segunda a la tercera teoría de la angustia, ocurren en virtud de las relaciones entre angustia y *displacer*, y que revela, a su vez, la amplitud de miras de la angustia hacia una concepción metapsicológica: si antes la represión era concebida como la causa de la angustia, ahora es su consecuencia. Tomo por examen las distintas formas de angustia, la angustia de nacimiento, la angustia de separación y la angustia de castración, buscando dilucidar las situaciones de peligro perfiladas en cada una de ellas. Clasifico la distribución de la angustia en dos categorías: la angustia señal (integrada en la cadena de representaciones) y la angustia automática (desorganización

traumática). Sostengo que la génesis de la angustia puede encontrarse tanto en la angustia automática como en la angustia señal, lo cual revela una cierta articulación entre perspectiva económica e histórica de la angustia. Señalo el advenimiento de las diversas modalidades de angustia de acuerdo con las fases de desarrollo de la libido, no sin subrayar la importancia de la percepción en la reflexión freudiana sobre el complejo de castración. A partir de este orden de consideraciones, establezco la correlación entre la tópica de la angustia y la tópica de la pulsión discutiendo la procedencia de la primera (el yo o el ello), para de ahí articular con la línea argumentativa introducida por Laplanche, en concreto, la que versa sobre el origen externo-interno de la pulsión. Establezco, también, las correlaciones entre pulsión, dolor y angustia a partir de la definición freudiana del dolor como “pseudo-pulsión”. Discuto el papel que cumple la pulsión de muerte en los primeros momentos de la vida desde el punto de vista económico, tópico y dinámico y retomo la participación del otro en la constitución de la sexualidad humana, pero ahora desde la perspectiva de la pulsión de muerte y de la angustia. Finalizo el trabajo de investigación y los desarrollos de la pulsión de partir de la segunda tópica sosteniendo que la angustia se perfila como un afecto necesario, por abrir al yo la posibilidad de simbolización.

I. EL DESCUBRIMIENTO DE LA SEXUALIDAD.

En el itinerario de Freud hacia una primera conceptualización del aparato psíquico, la pulsión (Trieb) forma parte integrante de la teoría de la defensa y de la teoría sobre la constitución del yo.

I.1. Introducción del término *Trieb* como una de las variantes teórico-clínicas que conducirán al establecimiento de la teoría de la defensa a partir de la lectura de *Estudios sobre la histeria* (1893-1895).

I.1.1. Contexto que privilegia a la histeria como objeto de investigación: las aportaciones de las Escuelas de Helmholtz, de Salpêtrière y de Nancy.

Panorama del pensamiento freudiano a inicios de 1890: las primeras investigaciones neurofisiológicas y psicológicas, junto con la importancia dada a la observación clínica, confluyen en el interés por los fenómenos de la sugestión.

Enero de 1893. Fecha en que Freud y Breuer¹ dan a conocer sus investigaciones sobre la histeria con la publicación de la “Comunicación preliminar” (1893-1895). La revista médica *Neurologisches Zentralblatt* lo publica en dos partes y, a finales de este mismo mes, aparece íntegramente en *Wiener medizinische Presse*.² Más que favorable, la “Comunicación preliminar” (1893-1895) produjo una fuerte impresión en el *establishment* psiquiátrico europeo.³

¹ Josef Breuer (1842-1925), médico internista distinguido. Fue la principal referencia de Freud tras el regreso de su viaje de estudios en París en el año de 1885-1886, pero la relación entre ambos data de inicios de 1880. Prueba de ello son los estimulantes interrogantes que evocaba el estudio de Anna O., paciente de Breuer, a propósito de los fenómenos histéricos, particularmente la idea según la cual el síntoma histérico se eliminaría mediante el recuerdo del acontecimiento ocasionador bajo estado hipnótico, más conumente llamado procedimiento catártico. Mantuvo un intenso intercambio intelectual y amistoso con Freud reflejado en una considerable relación epistolar, todavía objeto de censura. En lo sucesivo, el contraste de ideas respecto a la importancia de la sexualidad en la etiología de la histeria produjo el distanciamiento entre ambos. Pese a todo, hasta la etapa final de su obra, Freud siempre mostró su reconocimiento al que le condujo hacia los senderos del psicoanálisis: “Además del historial clínico de su primer caso [Anna O.], Breuer contribuyó en los *Estudios* con un ensayo teórico que está muy lejos de haber perimido; más bien oculta ideas y sugerencias que todavía no han sido valoradas suficientemente. Quien ahonde en ese ensayo especulativo se formará una certera impresión de la talla espiritual de ese hombre, cuyo interés investigador, por desdicha, se consagró a la psicopatología sólo durante un breve episodio de su larga vida.” En S. Freud (1925g: 300).

² Pese a la decisión de ambos autores de añadir la “Comunicación preliminar” como parte integrante de un proyecto de mayor alcance, conocido posteriormente como *Estudios sobre la histeria* (1893-1895).

³ Entre los cuales se destaca Pierre Janet (1859-1947) neurólogo, psicólogo y uno de los más célebres alumnos de Charcot. Publicó en junio y julio de 1893 en *Archives de Neurologie* el artículo “Quelques définitions récentes de l’histerie” donde incluía una reseña laudatoria sobre este trabajo de Freud y Breuer. Pero en lo sucesivo asumiría una postura más desfavorable respecto a los trabajos de Freud ya que edifica todo su sistema de pensamiento a partir de la idea según la cual los síntomas histéricos revelan una debilidad mental congénita. Véase J. Strachey en S. Freud y J. Breuer (1893-1895: 9).

Fecha significativa ya que de este periodo del pensamiento de Freud es posible detectar las huellas de lo que a posteriori será designado como las perspectivas dinámica, económica y tópica.

- El *punto de vista dinámico* se perfila en el interés de Freud sobre la existencia de “representaciones contrastantes” (*kontrastierende Vorstellungen*) en la formación del síntoma histérico. Freud, en este periodo, influido indirectamente por las tesis de Herbart⁴, plantea que lo insoportable de la

⁴ Johann Friedrich Herbart (1776-1841), psicólogo y autor de la idea según la cual los procesos psíquicos pueden ser traducidos en leyes científicas. Figura destacada de su tiempo, construye un sistema teórico definido como “Psicología Asociacionista” en la que Gustav Theodor Fechner (1801-1887) y Theodor Meynert (1833-1892) serán sus más significativos influjos. Meynert, tutor de Freud en su formación médica, concibe el estrecho vínculo entre psique y cerebro y aboga la posibilidad de imaginar las ideas y los recuerdos como asociados a las diversas células del cerebro. Propone una psicología basada tanto en la experiencia como en los factores cuantitativos. Es precisamente este aspecto que Fechner, representante del positivismo médico alemán y eminente figura de la psicofísica de su tiempo, retoma con la finalidad de traducir en un lenguaje fisiológico la doctrina de Herbart. Estos tres autores constituirán una fuente de estímulo para la construcción de la metapsicología freudiana, sobre todo por asentar las bases de una concepción económica e incluso dinámica del aparato psíquico. Jones (1960a: 381-390) ha tratado detenidamente esta cuestión de la que se expondrá los aspectos más significativos. Estos influjos estarán presentes y no sin reformulaciones en la propuesta inicial del “Proyecto de psicología” (1950a [1895]). En la misma línea, el reconocimiento de procesos psíquicos inconscientes ejerció un papel esencial en las tesis de Herbart; el término *Verdrängung* (represión) había sido empleado por él tal y como menciona Strachey. Véase J. Strachey en S. Freud (1915d: 138). En efecto, aspectos de la teoría de Herbart estarán presentes en el establecimiento de las hipótesis más significativas y originales de Freud tal y como revela la tesis herbartiana según la cual una idea reprimida es incapaz de acceder a la conciencia, sea en función de otra opuesta, sea porque la persona propia la ha desechado de la conciencia. En ese sentido, del mismo modo que en Freud está presente la idea de la censura entre los sistemas psíquicos, en Herbart se encuentra la idea de los umbrales, el “estático” y el “mecánico”. El primero indica la existencia de una idea activa que ha sido apartada de la conciencia y que sólo cuando levantada la inhibición puede acceder a la conciencia. El segundo, indica la

vivencia lleva al sujeto histérico a intentar olvidarla: sofocar el “afecto” (*Affekt*), “inhibir” (*Hemmen*) las representaciones asociadas. El síntoma surge en este contexto, dado que supone una no descarga o una descarga inadecuada de la “suma de excitación” (*Erregungssumme*).⁵ A falta de una distribución más acorde con las necesidades del organismo, los trastornos histéricos, entre los cuales el carácter hipertenso de las emociones, revelan un excedente de excitación que no fue descargado.

- El *punto de vista económico*, difundido inicialmente por la *Escuela de Helmholtz*⁶, que consiste básicamente en explicar los fenómenos naturales en

existencia de ideas reprimidas en estado de anarquía y en permanente conflicto con las ideas conscientes. También está presente la idea de un conflicto intrapsíquico, si bien que lo más característico para Herbart es el conflicto descrito desde el punto de vista de oposición de ideas entre dos personas; ideas vivenciadas como amenazadoras y contrarrestadas por esfuerzos de “autoconservación”. Pese a todo ello, la posible similitud de ideas entre ambos autores no indica que la tesis de Herbart sea precursoras de las ideas de Freud en el sentido trivial del término, sino más bien revela un lugar común con el pensamiento freudiano, a saber, el contexto histórico, científico y cultural del que ambos derivan. Tanto es así que el concepto de “represión” (*Verdrängung*) en la obra de Freud asume un rasgo sumamente original por tratarse, entre otros motivos, de una intuición derivada de la observación clínica. Sobre esta cuestión, véase J. L. Etcheverry en el volumen de presentación de las *Obras completas* de S. Freud (1978: 16-18).

⁵ Término que representa las magnitudes del factor cuantitativo, cuyos destinos tienen relación con el punto de vista económico. En J. Laplanche y J.-B. Pontalis (1967), voz: “Suma de excitación”.

⁶ Cabría mencionar aquí los motivos por los cuales Ernst Brücke (1819- 1892), Herman Helmholtz (1821- 1894), Du Bois-Reymond (1818- 1896) y Carl Ludwig (1816- 1895) se reunirán a mediados de 1840 con la finalidad de propagar la tesis según la cual el organismo es regido por fuerzas físicas de atracción y repulsión, según el principio de conservación de energía. Y esto no sólo para introducir la línea de pensamiento médico

función de fuerzas físico-químicas, encuentra en Freud uno de sus más fieles adeptos. El “principio de constancia” (*Konstanzprinzip*), derivado de la

alemán en ascenso a partir de 1840, sino también para revelar el contexto científico del que Freud deriva. Sobre este propósito, un autor como Jones (1960a: 51-52) cita un escrito de Du Bois-Reymond, de 1842: “Brücke y yo hemos hecho el solemne juramento de dar vigor a esta verdad: ‘No existen en el organismo otras fuerzas activas que las fuerzas físicas y químicas corrientes. En aquellos casos que, por el momento, no pueden ser explicados por estas fuerzas, se deben buscar de hallar la forma o vía específica de la acción de estas últimas, mediante el método físico-matemático, o bien suponer la existencia de nuevas fuerzas, iguales en dignidad a las fuerzas físico-químicas inherentes a la materia, y reductibles a la fuerza de atracción y repulsión’”. El intento de establecer la misma exactitud de la Física a la Biología, constituiría la meta de este grupo de investigadores, opuesto a todo vitalismo y misticismo de la *Naturalphilosophie*, especie de física especulativa proferida inicialmente por F. Schelling (1775-1854), uno de los representantes del Idealismo Alemán, y Johann Christian Heinroth (1753-1843). Sobre esto, véase J. M. M. Meseguer (1973: 217-228) Ahora bien, esta nueva orientación física de la fisiología encuentra en Helmholtz su más significativo componente. Iniciador de la energética y uno de los más eminentes físicos de su tiempo, su actividad científica ha marcado la fisiología ya que se ha dedicado especialmente al estudio del aspecto físico de los procesos fisiológicos. Sin embargo, será Brücke quien participará activamente de la formación científica de Freud durante los años 1876-1882 en su Instituto de Fisiología. Desde luego, Brücke ejerció un poderoso influjo sobre Freud. Tanto es así que en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?*, de 1926, Freud confiesa que en aquellos años Brücke representó “la máxima autoridad que haya influido sobre mí”. En S. Freud (1926e: 237). No sólo como su profesor de fisiología sino también por algunas características personales, tales como su figura de autoridad y su profundo respecto hacia las ideas de sus alumnos. Se trata de un influjo tan significativo que Jones considera que el núcleo que sostiene todo el posterior desarrollo teórico de Freud se halla en el periodo en que fue alumno de Brücke y no en los intercambios entre Charcot y Breuer: “El emanciparse de esta influencia no consistió para Freud en renunciar a estos principios, sino en llegar a ser capaz de aplicarlos empíricamente a los fenómenos mentales con prescindencia de toda base anatómica.” En E. Jones (1960a: 56). Tratándose de la orientación fisiológica y dinámica así como de una marcada orientación evolucionista. Es decir, lo que caracterizaba el pensamiento de Brücke no sólo era la concepción según la cual los organismos son gobernados por fuerzas físicas sino también que estos mismos organismos constituyen una familia. De este orden de consideraciones se puede entender porque Freud siempre fue un determinista y jamás ha sucumbido a la tentación teleológica. Un buen ejemplo acerca de la convicción antivitalista por parte de Freud, señalada por un autor como Widlöcher (1996:76), es la concepción de la pulsión como una fuerza exterior al aparato psíquico que penetra y circula entre las representaciones. Es decir, la idea según la cual las representaciones engendrarían una energía a través de ellas mismas es impensable para Freud.

noción físico-química de “homeostasis”⁷ (*Gleichgewicht*) de las masas energéticas almacenadas en el sistema nervioso, define el afán del sistema nervioso por mantener constante la suma de excitación; el funcionamiento normal del sistema nervioso consiste, entonces, en tramitar por vía asociativa todo aumento de excitación o descargarlo con una reacción motriz.⁸

- El *punto de vista tópico*, genuinamente freudiano (Anzieu, 1959: 29), encuentra en el estudio sobre las afasias⁹ su formulación inaugural. La noción de “aparato de lenguaje” (*Spracheapparat*), implícitamente perfilada en este estudio, así como la crítica a la doctrina vigente de las localizaciones anatómicas¹⁰ muestra las primeras aproximaciones de lo que dará lugar a la

⁷ Según Jones (1960a: 384, n. 1), “homeostasis” es un término acuñado por Cannon.

⁸ Se tiene noticias de la formulación sobre el principio de constancia en un escrito póstumo de Freud. Se trata de una carta dirigida a Breuer a finales de 1892 en la que formula los esbozos de lo que constituirá la “Comunicación preliminar” (1893-1895). Hele aquí: “*El sistema nervioso se afana por mantener constante dentro de sus constelaciones funcionales algo que se podría denominar ‘suma de excitación’, y realiza esta condición de la salud en la medida que tramita por vía asociativa todo sensible aumento de excitación o lo descarga mediante una reacción motriz correspondiente*” (1941a [1892]: 190). Posteriormente, en una conferencia del 11 enero de 1893, antes de la publicación de la segunda parte de la “Comunicación preliminar” (1893-1895), Freud formula el siguiente enunciado: “Si un ser humano experimenta una impresión psíquica, en su sistema nervioso se acrecienta algo que por el momento llamaremos la ‘suma de excitación’. Ahora bien, en todo individuo, para la conservación de su salud, existe el afán de volver a empujarse esa suma de excitación”. En S. Freud (1893h: 37).

⁹ Resumen en S. Freud (1897b: 233-234).

¹⁰ Jones (1960a: 223-231) trata detenidamente esta cuestión.

concepción tópica del aparato psíquico.

Aunque Freud no proponga un modelo teórico del aparato psíquico, sino un modelo más estricto concerniente al lenguaje. No obstante, por la circunstancia misma que designa este aparato como aparato de lenguaje se puede pensar en él como un primer modelo freudiano del funcionamiento del inconsciente, tal y como sostiene Garcia-Rosa (1991a: 28).

Por otra parte, la *observación clínica*, perspectiva que destacaba el poder de alcance de los presupuestos de la *Escuela de Salpêtrière* respecto a la clínica psicopatológica alemana, es lo que llevaría a Freud a sospechar que la etiología de las “neurosis de angustia” (*Angstneurose*) y de la “neurastenia” (*Neurasthenie*) -todavía no reunidas según la designación de “neurosis actuales” (*Aktualneurose*)- es sexual, a pesar de la predisposición hereditaria. Encuentra también -con carácter de factor etiológico- lo que en lo sucesivo será más característico de las neurosis actuales, el agotamiento por la satisfacción anormal y la inhibición de la función sexual. En la misma línea sospecha que, al contrario de cualquier debilidad innata, la neurastenia se adquiere en la pubertad.¹¹

¹¹ El Manuscrito A, parte integrante de la correspondencia con Fliess y añadido a la carta del 18 de diciembre de 1892 (Carta 20) revela que el interés clínico de Freud sobre

Cabría esperar una suerte de inclinación, por parte de Freud, respecto a las escuelas que conoce. En efecto, un autor como Bercherie (1983: 276) señala que entre la interpretación fisiológica de la Escuela de Helmholtz y la observación clínica prevaleciente en la Escuela de Salpêtrière, Freud tiende explícitamente hacia la segunda.¹² Desde luego, las enseñanzas de Charcot,¹³

el tema de la sexualidad, sus disfunciones y sus efectos patológicos está presente desde finales de 1892, fecha probable de su redacción. En S. Freud (1985 [1887-1904]: 24-26). Por otra parte, vale subrayar que en este capítulo y en los siguientes, con la finalidad de facilitar la verificación de las citas de Freud, en concreto, las de su relación epistolar con Fliess, se mencionará en primer lugar el número de la carta correspondiente a la edición completa (1985 [1887-1904]) de las cartas de Freud a Fliess y, en segundo lugar, el número de la carta que corresponde a la primera edición (1950a [1887-1902]) de dicha correspondencia. La omisión del número de las cartas de la edición de 1950 significa que no es parte integrante de dicha edición.

¹² En el prólogo de uno de los libros de Charcot titulado *Leçons du mardi de la Salpêtrière (1887-1888)*, Freud expone el siguiente comentario: “La manera alemana es en verdad ajena a este abordaje [es decir, a la característica fundamental de la clínica francesa en describir nosográficamente los cuadros clínicos, de reconocer las múltiples variaciones inherentes a la observación clínica de cada caso en particular, y de buscar criterios de aproximación entre lo observado clínicamente y la descripción nosográfica]; en ella, el cuadro clínico, el tipo, no desempeñan ningún papel rector, y en cambio se destaca otro rasgo que tiene su explicación en la historia de la medicina alemana: la tendencia a interpretar fisiológicamente el estado patológico y el nexo entre los síntomas. Es indudable que, al empujar a un segundo plano los puntos de vista fisiológicos, la observación clínica gana en autonomía.” En S. Freud (1892-1894: 169). Pero tampoco renuncia abiertamente a la sólida base científica de la Escuela de Helmholtz. Como se verá en los próximos capítulos, Freud no prescindirá de los modelos físico-dinámicos que ha empleado en la construcción de sus primeras hipótesis psicoanalíticas.

¹³ Jean Marie Charcot (1825-1893), profesor de neurología y director de la Salpêtrière en París. Su cátedra de *Clinique des malades du Système Nerveux*, creada en 1882, se incorpora a la tradición creada por el llamado “método anátomo-clínico”, según el cual en toda enfermedad mental debe investigarse la presencia de alguna lesión cerebral. En realidad, Charcot emplea un lenguaje fisiológico para explicar un mecanismo psicológico, pero, sobre todo, al hablar de “lesiones funcionales del sistema nervioso”, introduce una manera de pensar el psiquismo en términos de procesos que obedecen determinismos de naturaleza psicológica. A partir de entonces, Charcot se dedica enteramente la investigación sobre la histeria haciendo hincapié sobre la pertinencia del

en el curso 1885-1886, habían producido una fuerte impresión en un Freud todavía muy familiarizado con la interpretación fisiológica de los historiales clínicos¹⁴; influjo que será determinante por lo menos hasta 1893.¹⁵

Por último, se hace necesario considerar en este apartado el interés de Freud por los *fenómenos hipnóticos*. Tema muy polémico, y que evidencia cómo él fue haciéndose el camino que le conduciría a su propia concepción de la histeria. Se confronta con el modo de comprensión de los fenómenos hipnóticos planteado por la Escuela de Salpêtrière en contraposición con el

tema en detrimento de la concepción subjetivizante e inverosímil que el pensamiento de su tiempo nutría acerca de los ataques histéricos. Fue la principal influencia de los estudios realizados por Freud en París en el año de 1885 y los que más han ofrecido las señas de lo que posteriormente le serviría para abandonar la neurología y dirigirse hacia la psiquiatría. Véase S. Freud (1893f: 13-24).

¹⁴ La relación epistolar que Freud mantuvo con Martha Bernays en este periodo muestra su creciente interés y admiración por la enseñanza de Charcot, como lo atestigua la carta del 24 de noviembre de 1885: “Charcot, que es uno de los médicos más grandes que han existido y un hombre genial a la par que sobrio, está, sencillamente, destruyendo todos mis objetivos e intenciones. Después de algunas de sus conferencias salgo de clase como salí de *Notre-Dame*: con una idea totalmente nueva acerca de la perfección (...). Si la semilla llegará a dar fruto algún día es algo que no sé, pero tengo la certeza de jamás hombre alguno ha influido en mí de igual manera.” En S. Freud (1997a [1871-1886]: 415-416; Carta 332).

¹⁵ En esta fecha, Freud critica explícitamente en la nota necrológica de Charcot la exagerada primacía que éste y sus discípulos daban al factor nosológico en detrimento de otros temas, dificultando el acercamiento a la psicología misma de la histeria. Y justifica su cambio de postura: “La limitación del estudio de la hipnosis a los histéricos, el distingo entre hipnotismo grande y pequeño, la formulación de los tres estadios de la ‘gran hipnosis’ y su singularización mediante fenómenos somáticos, todo ello perdió en la estima de los contemporáneos cuando Bernheim, discípulo de Liébeault, comenzó a edificar la doctrina del hipnotismo sobre una base psicológica más amplia y a hacer de la sugestión el núcleo de la hipnosis.” En S. Freud (1893f: 23-24).

planteado por la *Escuela de Nancy*. Distintos planteamientos sobre los fenómenos hipnóticos, pero asentados en una base común, la sintomatología histérica; lo que muestra el estrecho vínculo entre histeria e hipnotismo. Según Charcot, los síntomas histéricos presentaban una base fisiológica objetiva, mientras que Bernheim¹⁶, uno de los principales representantes de la Escuela de Nancy, consideraba que la “neurosis hipnótica” (*névrose hypnotique*), tal y como era concebida por Charcot, era, más bien, el resultado de una “sugestión” (*Suggestion*) realizada por el médico. Con lo cual, el hipnotismo, según Bernheim, no era un fenómeno patológico sino un fenómeno de la psicología corriente, típico de la especie humana.

Dicho de otra manera: la idea central consiste en que la representación introducida en el “cerebro” del sujeto hipnotizado proviene del exterior, que a su vez la recibe “como si hubiera generado espontáneamente”. Eso significa que, para Bernheim, los fenómenos hipnóticos “serían fenómenos psíquicos, efectos de sugestiones”, según las palabras de Freud en el Prólogo a la

¹⁶ Hyppolyte Bernheim (1837-1919), profesor de clínica médica en Nancy y discípulo de Ambroise August Lièbeault (1823- 1904), famoso hipnotizador. Si antes de 1889 Freud presentaba una actitud desconfiada acerca de la hipótesis sostenida por Bernheim según la cual la hipnosis no era un fenómeno patológico sino efecto de “sugestiones” (*Suggestionen*) -fenómeno típicamente psicológico que se define por el influjo psíquico de un ser humano sobre otro ser humano-, a partir de entonces mostraría gran interés. Eso ocurrió, después de su visita a Bernheim para conocer su novedosa terapéutica sobre las mudanzas de estados de conciencia a partir de técnicas hipnóticas. Véase P. Gay (1988: 77).

traducción de la obra de Bernheim titulada *De la suggestion* (1888-1889: 83). Charcot, a su vez, vincula la sugestión con alteraciones fisiológicas, es decir, con el “desplazamiento de la excitabilidad dentro del sistema nervioso sin participación de las partes que trabajan con conciencia” (1888-1889: 83).

Una vez más, Freud sale de la ambigüedad inicial y se coloca a favor de las tesis formuladas por Bernheim, aunque tiende a compaginar los aspectos que considera relevantes de ambas escuelas, sobre todo en lo que atañe a las limitaciones de la sugestión. Posición que hará hincapié sobre la naturaleza real y objetiva de los síntomas histéricos (1888-1889: 85). De Charcot mantiene la noción de “zona histerógena” (*hysterogene Zone*) para designar determinadas partes del cuerpo que, en virtud de su carácter sensible, podrían ser designadas como lugar de excitaciones sexuales. Admite, todavía, que los trastornos histéricos presentan una base orgánica inmutable, pero, eso “no se contradice que las manifestaciones histéricas obedezcan a un mecanismo psíquico, sino sólo que este no es el mecanismo de la sugestión que el médico ejercería” (1888-1889: 85). Así, se va perfilando una concepción psicofisiológica de la histeria. Un autor como Bercherie (1983: 285) sintetiza así la posición del Freud de este periodo, acerca de los fenómenos histéricos: “por cierto psíquico, con toda seguridad no consciente, por lo tanto

‘fisiológico’”.

Así, pues, el encuentro con las tres grandes líneas del pensamiento médico europeo, representadas por el énfasis dado a la neurofisiología, a la psicología y a la observación clínica, le conduce a la teoría de los “estados hipnoides”¹⁷ (*hypnoiden Zustände*) de Breuer hasta el momento en que comienza a poner en tela de juicio estas nociones con su teoría de la “defensa” (*Abwehr*).

I.1.2. Marco teórico-clínico del estudio sobre los fenómenos histéricos: La “Comunicación preliminar” (1893-1895).

La insuficiencia teórico-clínica de la sugestión y las coordinadas que empujarán a Freud hacia la catarsis breueriana.

A medida que avanza en sus estudios, Freud verifica que la sugestión no abarca a la totalidad de los fenómenos histéricos -entendidos como homólogos de la “hipnosis” (*Hypnose*) dado que se engendran en un estado de conciencia

¹⁷ Freud adhiere a la teoría de los estados hipnoides precisamente por el hecho de que ésta pone de relieve la existencia de un estado natural de “disociación” (*Dissoziation*) de la conciencia en que están comprometidos no sólo los factores psicológicos de la sugestión, sino también los aspectos fisiopatológicos en la etiología de los fenómenos histéricos.

alterado- y que algunos de estos fenómenos podrían ser explicados desde la fisiología. Estos aspectos alcanzarán notable importancia; es a partir de ellos que Freud esbozará una concepción fisiopatológica de la histeria. Supone su aceptación respecto al origen psíquico de la histeria, pero considera la sugestión como una posibilidad. En lo sucesivo, Freud tratará de distinguir la “sugestión” (*Suggestion*) de la “autosugestión” (*Autosuggestion*)¹⁸. Rechaza la idea de Bernheim según la cual la sugestión es un fenómeno de la psicología corriente y enmarca la autosugestión como característica de la histeria para, a partir de ahí, vincular los aspectos psíquicos y fisiológicos de la hipnosis.

Freud constata una y otra vez, en la clínica, la ineficacia de la sugestión bajo hipnosis como método terapéutico, debido, quizá, por demandar, tanto por parte del médico como por parte del paciente, un nivel de esfuerzo agotador. Considera, sobre todo, las alteraciones que la hipnosis provocaba en la relación terapéutica propiamente dicha.¹⁹ La consecuencia de todo ello es el

¹⁸ La distinción entre sugestión y autosugestión se encuentra en el Prólogo del libro de Bernheim, *Die Suggestion* (1888-1889). Mientras que en la sugestión el influjo del médico es determinante en los diversos estados de inervación o de excitación del sistema nervioso del paciente, en la autosugestión no aparece este influjo exterior. Es decir, la incitación externa en la producción de un determinado estado mental o fisiológico, puede en un segundo momento y de modo autónomo, producir otras sensaciones. Dice Freud: “Por vía de tales autosugestiones se generan las parálisis histéricas espontáneas, y la inclinación a ellas caracteriza a la histeria mejor de lo que haría la sugestionabilidad por el médico; y aquella no parece correr paralela con esta.” En S. Freud (1888-1889: 89).

¹⁹ La relación entre hipnotizado e hipnotizador será una de las situaciones que

abandono progresivo del hipnotismo y la búsqueda en el “método catártico” (*kathartischen Methode*), empleado por Breuer en el tratamiento de Anna O. (la joven Berta Pappenheim), de la vía que le permitirá profundizar en el conocimiento de la histeria.

Presentación de la teoría sobre el trauma psíquico, expuesta en la “Comunicación preliminar” de los Estudios sobre la histeria (resultado del intercambio intelectual entre Freud y Breuer).

La “Comunicación preliminar” (1893-1895), firmada conjuntamente por Freud y por Breuer, se propone aclarar el mecanismo de los síntomas de la “histeria adquirida” (*akquierten Hysterie*); revela los diferentes nexos causales entre estos síntomas y el proceso desencadenante; subraya la importancia de los factores que engendran estos fenómenos patológicos, entre los cuales los fenómenos accidentales; esboza las condiciones psíquicas que favorecen la no descarga del afecto; y expone una técnica terapéutica para los recuerdos, capaz de promover la cura del padecimiento histérico a partir de la rememoración de

Freud empleará, a partir de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), al referirse a la “sobrestimación del objeto sexual”. En una nota al pie de página de los *Tres ensayos* comenta: “No puedo dejar de recordar a raíz de esto la crédula obediencia del hipnotizado a su hipnotizador, que me hace sospechar que la esencia de la hipnosis ha de situarse en la fijación inconsciente de la libido sobre la persona del hipnotizador (por medio de los componentes masoquistas de la pulsión sexual).” En S. Freud (1905d: 137, n. 15).

la vivencia traumática unida con el afecto no abreaccionado.

Los autores vinculan la “histeria traumática” (*traumatischen Hysterie*), descubierta por Charcot, con la llamada “histeria adquirida” (*akquirierten Hysterie*)²⁰, hipótesis central de este estudio. Establecen una analogía entre histeria corriente y neurosis traumática y proponen la ampliación del concepto de histeria traumática. La concepción de la histeria que se ofrece en este texto parte del historial clínico de Anna O. presentado por Breuer.

La presente lectura se limitará a exponer los ejes centrales de la “Comunicación preliminar” (1893-1895) con los que se articula ya un modelo del psiquismo. En efecto, parte significativa de los términos allí empleados estarán presentes, no sin reformulaciones, a lo largo de los escritos de Freud. Tal es el caso de la noción de “trauma psíquico” (*psychische Trauma*) relacionada con la etiología de los fenómenos histéricos. Versión inicial de un concepto, desde entonces esbozada como una de las vertientes que caracterizan a la metapsicología, a saber, la perspectiva económica.

En la misma línea, si se concibe el desarrollo de las ideas de Freud no

²⁰ El vínculo entre histeria traumática e histeria adquirida se establece a partir de la noción de “trauma psíquico” (*psychische Trauma*).

necesariamente como la sustitución del primero en el tiempo por lo más reciente, ni tampoco en una supuesta evolución de unidades más simples hacia unidades más complejas, sino como la construcción de estructuras de pensamiento que si bien mantienen una relación de derivación, son interdependientes entre sí, es igualmente lícito esbozar un modelo del psiquismo a partir de la “Comunicación preliminar”.²¹

Los autores toman como punto de partida la hipótesis acerca del origen psíquico de los síntomas histéricos y encuentran en la noción de “trauma” (*Trauma*) el denominador común de la variedad de articulaciones entre el síntoma y su causa desencadenante. Esta formulación desentona con la noción de trauma como “agente provocador” (*agent provocateur*) del síntoma planteada por Charcot, puesto que se describe la relación de derivación entre causas ocasionales y causas eficientes de la histeria en términos herencia

²¹ El interés por la “Comunicación preliminar”, texto que muestra las condiciones bajo las cuales el psicoanálisis se estructuró como disciplina, así como la terminología en él empleada, es todavía objeto de debate en el psicoanálisis posfreudiano. Laplanche (1992: 22-23), por ejemplo, parte de la “Comunicación preliminar”, para esbozar el concepto de *prioridad del otro*, aporte original que define las relaciones del sujeto psíquico. La categoría de “otro” (*autre*) no se refiere a una exterioridad perceptual, sino a *lo ajeno*, la *otra-cosa* o *lo psíquico otro*, que es el origen exógeno del inconsciente. A partir de la noción de causalidad en la etiología de los síntomas histéricos, planteada por Freud y Breuer en la “Comunicación preliminar” (1893-1895), Laplanche insiste en las categorías de “cuerpo extraño” (*Fremdkörper*) y de “reminiscencias” (*Reminiszenzen*) para abordar el origen exógeno del inconsciente.

nerviosa.²² Para Freud y Breuer, el trauma es ante todo un “trauma psíquico” (*psychische Trauma*), es decir, “toda vivencia que suscite los afectos penosos del horror, la angustia, la vergüenza, el dolor psíquico” (1893-1895: 31). Este nexo causal entre el trauma psíquico y el síntoma presenta un efecto duradero que va más allá de su función desencadenante. La afirmación según la cual “*el histérico padece en general de reminiscencias*”²³ (1893-1895: 33) muestra

²² La prioridad a la herencia nerviosa (causa eficiente) dada por Charcot ocupa la misma relevancia que la experiencia sexual precoz dada por Freud. Los “agentes provocadores” (*agents provovateurs*) de la histeria estarían inscritos entre las causas ocasionales posteriores a la pubertad y que carecen del influjo patógeno de las causas eficientes. Pero poseen la “facultad para despertar la huella psíquica inconsciente del acontecimiento infantil”. Debido a su conexión con “la impronta patógena primaria” que los incita, los recuerdos se convierten en inconscientes y que, por lo tanto, “podrán contribuir al acrecentamiento de una actividad psíquica sustraída del poder de las funciones conscientes”, tal y como Freud afirma en “La herencia y la etiología de las neurosis” (1896a). En S. Freud (1896a: 154).

²³ *Der Hysterische leide grösstenteils an Reminiszenzen*. Aunque la palabra alemana *Grösstenteils* vertida al español también signifique “por la mayor parte”, tal y como J. L. Etcheverry la traduce –“*el histérico padece por la mayor parte de reminiscencias*” (en S. Freud y J. Breuer, 1893-1895: 33)–, se prefirió emplear otro de sus significados: “*el histérico padece en general de reminiscencias*”. Por un lado, la omisión del artículo a continuación de la preposición *de* es propia del español hablado por catalanes. Lo correcto en español es introducir el artículo, de modo que la frase sería: “*el histérico padece por la mayor parte de las reminiscencias*”. Por otro lado, si se mantiene la traducción de Etcheverry, la frase en cuestión sugiere que las reminiscencias están distribuidas en el aparato psíquico como partes de un todo cuando lo que se pretende subrayar es una concepción económica del trauma, es decir, un modo de concebir el “aparato psíquico” (*pyschischer Apparat*) más por la circulación del material patógeno que por su distribución, que en este caso se reflejaría por la no descarga del afecto. Estas consideraciones remiten directamente a la distinción entre “cantidad” (*Quantität*) e “intensidad” (*Intensität*) inherentes a la perspectiva económica, cuestión que desde luego apunta hacia la metapsicología, es decir, un tipo de análisis que funciona a partir de la separación del “afecto” (*Affekt*) respecto a su “representación” (*Vorstellung*) correspondiente, la relación que uno mantiene con el otro y sus respectivos destinos. De modo general, la noción de “cantidad” (*Quantität*) se aplica a algo mensurable, opuesta a la noción de “calidad” (*Qualität*), que se refiere a los aspectos sensibles de la percepción. Por

la conexión entre el factor traumático y el síntoma; por su eficacia presente, un determinado acontecimiento que adquirió un influjo traumático en virtud de una descarga afectiva ineficaz puede ser recordado y ligado a su afecto correspondiente. En ese sentido, la finalidad de la psicoterapia de la histeria es la de buscar tales reminiscencias y accionar las “abreacciones” (*Abreaktionen*) correspondientes.

El trauma evoca un acontecimiento real en la vida del sujeto, insertándose en la serie de los fenómenos psicológicos relevantes por los afectos penosos que desencadena. Dicho de otra manera: la condición de engendramiento del trauma, es decir, la no abreacción del afecto ligado a la representación del acontecimiento y su mantenimiento en el psiquismo como un cuerpo extraño, se debe a condiciones objetivas.

otra parte, la “intensidad” (*Intensität*) es la propiedad de algo sometido a aumentos y disminuciones y pese al hecho de implicar una cantidad no es reductible a ella. En efecto, la noción de “afecto” (*Affekt*) apunta hacia el factor intensivo; aunque teniendo en cuenta que la hipótesis sobre la no abreacción del afecto supone su vínculo permanente con la “representación” (*Vorstellung*), lo que se pretende subrayar es que de antemano el afecto es capaz de separarse de la representación y encontrar destinos diferentes de ésta. Por otra parte, la intensidad también es considerada como expresión cualitativa de una cantidad. Tanto es así que la definición inicial que Freud y Breuer dan del trauma está vinculada con la calidad del afecto penoso: “Toda vivencia que suscite los afectos penosos del horror, la angustia, la vergüenza, el dolor psíquico”. En S. Freud y J. Breuer (1893-1895: 31). Así, pues, la definición según la cual “el histérico padece en general de reminiscencias” empleada en el presente trabajo pretende hacer hincapié en la idea de circulación del material patógeno; las reminiscencias no son mensurables. Más adelante se planteará la naturaleza de estas reminiscencias; cuestión fundamental en la medida en que introduce la concepción tópica del aparato psíquico.

Los autores plantean dos grupos de causas que se conectarán con el trauma psíquico. En la primera el “*agent provocateur* {agente provocador}, desencadenaría al síntoma, el cual, subsistiría luego, ya devenido autónomo” (1893-1895: 32; las llaves son de Etcheverry). Sin embargo, como la cura catártica se propone restablecer el recuerdo de la representación traumática y descargar el afecto a ella ligado, se perfila un segundo tipo de causalidad dado que este procedimiento revela que “el trauma psíquico, o bien el recuerdo de él, obra a modo de un cuerpo extraño *que aún mucho tiempo después de su intrusión tiene que ser considerado como de eficacia presente*” (1893-1895: 32).

Las condiciones que producen el traumatismo deben buscarse en las circunstancias vividas por el sujeto (como, por ejemplo, la pérdida de la persona amada). Una determinada constelación psicológica - lo que comúnmente se denomina predisposición- hará proclive al sujeto a la experiencia dolorosa. Convendrá investigar las situaciones reales que frenan la descarga del afecto (“retención”; *Retention*) y, por fin, el “conflicto” (*Konflikt*) que impide al individuo integrar en su personalidad consciente el acontecimiento (“defensa”; *Abwehr*). En este último caso “se trataba de cosas que el enfermo quería olvidar y por eso *adrede* las reprimió de su pensar

consciente” (1893-1895: 36), sea en virtud de razones sociales o morales. Se incluyen también constelaciones psicológicas que impiden cualquier posibilidad de reacción como son los afectos paralizantes de la sorpresa, espanto o de “doble conciencia” (*double conscience*). Este último corresponde a la tesis de Breuer sobre los “estados hipnoides” (*hypnoiden Zuständen*), proceso mediante el cual la conciencia se escinde, “base y condición de la histeria” (1893-1895: 38). Ambos autores postulan la posibilidad de conjugar determinados grupos de causas, lo que supone una interrelación de una serie de acontecimientos y las posibles constelaciones psíquicas.

Con lo cual, el acontecimiento desgajado de la serie de elementos que lo componen carece de un cierto impacto traumatizante; lo que confiere este carácter es la “sumación” (*Summation*) entre los elementos de esta serie o su conexión con un suceso significativo ubicado en un determinado momento temporal.

El recuerdo del acontecimiento puede haber permanecido en el psiquismo desligado del afecto penoso; el afecto permanece conectado a otras vivencias y representaciones. Por un lado se muestra que es mediante “abreacción” (*Abreagieren*) como el acontecimiento traumático se conecta con el afecto; por otro, se introduce el lenguaje como el modo por el cual se puede descubrir cuál

fue el afecto suscitado y conectarlo a través de vías asociativas con el recuerdo del acontecimiento que lo desencadenó. En ese sentido, se abre la vía de la “elaboración psíquica” (*psychischen Arbeitung*)²⁴ para salir del trauma; en este momento temporal insertada en una teoría de la rememoración o teoría del recuerdo.

Sean producidos por la estimulación de una determinada “zona histerógena” (*hysterogene Zone*), sean por la conexión de una determinada vivencia actual con la huella mnémica de la vivencia patógena, los ataques histéricos evocan tanto una serie de traumas psíquicos que no fueron abreaccionados, ni tampoco elaborados por el trabajo del pensar, sino también la manifestación de una “doble conciencia” (*double conscience*) con escasas posibilidades de realizar un trabajo asociativo más amplio con los otros grupos de conciencia. Ambos estados de conciencia coexisten con la diferencia de que el predominio de uno no aniquila al otro, sino lo reduce. El método catártico intenta, mediante el uso del lenguaje, conducir el afecto a su verdadera representación o grupo de representaciones y abreaccionar el carácter patógeno del recuerdo. Sin embargo, Freud y Breuer reconocen que este método

²⁴ Concepto que, en lo sucesivo, constituirá la vía regia de la cura psicoanalítica. Consiste en ligar la energía psíquica y transformarla en lenguaje, lo cual no sólo permitirá recurrir al uso de la palabra como la base de la cura, sino también perfeccionar este recurso técnico, tal y como revela la “asociación libre” (*freie Assoziation*).

presenta límites de aplicación: no cura la histeria cuando es predisposición; no impide el retorno de los estados hipnoides; y no evita el retorno de síntomas sustitutivos.

La teoría del trauma psíquico será el foco en que se concentrarán las primeras conjeturas sobre el inconsciente.

A partir de este orden de consideraciones, es posible advertir un modo de preguntarse sobre la clínica que busca desatarse del dominio estricto de lo visible. Se establecen los primeros esbozos que permitirán el establecimiento de la hipótesis estructural sobre el inconsciente, mediante el establecimiento de nociones derivadas de la observación de los fenómenos histéricos, como la de “escisión” (*Spaltung*), la de “cuerpo extraño” (*Fremdkörper*), o la de “reminiscencias” (*Reminiszenzen*).

Nociones que, a su vez, remitirán a un entendimiento cada vez más pormenorizado del funcionamiento de las representaciones inconscientes (no conscientes), y a la consecuente constatación de que estas representaciones inconciliables también presentan leyes de funcionamiento. Pero eso no se

lograría si Freud no hubiese observado la existencia de *aspectos trascendentales* en la modalidad misma de relación terapéutica que, si bien en aquellos años serían concebidos como un obstáculo en la cesación de los síntomas, en lo sucesivo se convertirán en el instrumento mismo por el cual se vehiculará la cura. Se trata de la “transferencia” (*Übertragung*). En definitiva, de primeros esbozos que serán el eje central de una concepción que partiendo de lo observable esbozará sus hipótesis sobre lo inobservable.

Entre las líneas de desarrollo sobre los temas abordados, se puede encontrar que los conceptos de “afecto” (*Affekt*) y de “abreacción” (*Abreagieren*) constituyen la prueba del énfasis dado a la concepción económica en este periodo.²⁵ El trauma se constituye por la incapacidad del “aparato psíquico” (*psychischer Apparat*) en descargar las excitaciones según el principio de constancia. El afecto, entendido como una cantidad de energía, actúa sobre un sector del aparato psíquico responsable por la homeostasis de las masas de energía -el yo- y altera su organización. La consecuencia es el establecimiento de vías de tramitación inapropiadas que convierten el afecto bloqueado en síntoma corporal o en la repetición alucinatoria del recuerdo; en ambos los casos la formación sintomática es inconsciente (no consciente). Este proceso

²⁵ Énfasis que se refleja en la concepción misma del yo como un conjunto de neuronas de energía ligada esbozada por Freud en el “Proyecto de psicología” (1950a)

de constitución del síntoma se explica también por el establecimiento de falsos enlaces entre las representaciones en juego, lo que introduce la conexión del afecto con una serie de representaciones. Para que el yo vuelva a cumplir su función de moderar este monto excesivo de afecto, mediante una nueva redistribución de la energía que circula en el interior del aparato, sea a través de la motilidad, sea de acuerdo con un trabajo asociativo acorde con la función homeostática del yo, la psicoterapia ofrece la alternativa de remplazar el puro acto por el lenguaje. La cura por la palabra aparece como solución para abreaccionar este monto de afecto sofocado.

Así, pues la abreacción no demanda estrictamente la descarga del afecto sofocado como si se tratara de un puro mecanismo económico; requiere también un considerable trabajo elaborativo, sea unificando este contenido que se escindió del yo, sea, lo que es lo mismo, desbloqueando los vínculos asociativos. Lo cual muestra que si bien la perspectiva económica se destaca sobre las demás en este momento de la obra de Freud, eso no supone su exclusividad. Más adelante se volverá sobre este punto.

En la misma línea, el concepto de “represión”²⁶ (*Verdrängung*) señala la existencia de representaciones contrastantes, una de las cuales el sujeto se esfuerza *adrede* por olvidar. En este periodo, además de ser equivalente al concepto de “defensa” (*Abwehr*), la represión es similar a la “inhibición” (*Hemmung*), es decir, a la reacción del yo ante el displacer que una determinada vivencia evoca. Sin embargo, esta “represión adrede” no supone necesariamente un esfuerzo consciente por olvidar sino la existencia de un motivo objetivo.²⁷ Más adelante se abordarán estos aspectos implícitos en la lectura del presente estudio conectándolos con la evolución ulterior de la reflexión freudiana sobre la histeria.

²⁶ Introducido por Freud en su trabajo sobre las neuropsicosis de defensa. En S. Freud (1894a: 51). Aunque el verbo “reprimir” (*verdrängen*) aparezca por primera vez en su trabajo conjunto con Breuer en el sentido psicoanalítico. En S. Freud y J. Breuer (1893-1895: 36). Por otra parte, es sabido que la traducción del término *Verdrängung* por “represión” puede dar lugar a equívocos. Hecho que hizo a Etcheverry, en el volumen de presentación de las *Obras Completas* de Freud, incluir los posibles sentidos que este término asume en el pensamiento freudiano. Véase J. L. Etcheverry en S. Freud (1978: 59-62). Así, represión puede ser entendida como *desalojo*, *esfuerzo de desalojo* o *esfuerzo de suplantación*. Ahora bien, tanto en las menciones iniciales que Freud hace de este término como en las posteriores (en las que la represión tendría ya asegurado el estatuto de un concepto propiamente psicoanalítico), la represión aparece en todos los casos como un “esfuerzo” (*Drang*) de desalojo o de suplantación; de una fuerza que por el hecho de ser esforzada hacia delante y, por eso, constituirse en una amenaza para el yo, es esforzada hacia atrás para atrapar, cazar e impedir el desarrollo del afecto. Es decir, de un juego de fuerzas de atracción y repulsión; aseveraciones que relacionan explícitamente la *represión* con el *esforzar* de las pulsiones.

²⁷ Sobre esta cuestión, véase J. Strachey en S. Freud y J. Breuer (1893-1895: 36n.).

Freud introduce ya determinados términos sin contar todavía con una teoría que explique plenamente las correlaciones entre ellos. Así, por ejemplo, los términos “represión” (*Verdrängung*) y “pulsión” (*Trieb*). Todavía carece de la hipótesis sobre el inconsciente para dar a la represión y a la pulsión su marco conceptual propiamente psicoanalítico. No obstante, son estos términos los que posibilitan a Freud representar el funcionamiento mental.

I.1.3. La introducción del término *Trieb* en el historial clínico sobre Emmy von N.

El marco clínico en que se asienta la primera formulación sobre la pulsión reflejará las dudas de Freud acerca de la sugestión y señalará las limitaciones del método catártico.

Por tratarse del primer caso en que Freud menciona haber utilizado el método de Breuer son, desde luego, llamativas las consideraciones que hace sobre las limitaciones del método. El tratamiento de la señora Emmy von N., en realidad la baronesa Fanny Mooser, una viuda rica de cuarenta años, ocurrió entre 1889 y 1890. Desde el punto de vista de la técnica, este historial clínico muestra a Freud no sólo el carácter fallido de las sugestiones emprendidas para eliminar

los síntomas, sino también la necesidad de una menor intervención por parte del médico para permitir que la paciente relate sus recuerdos; petición realizada de manera contundente por la paciente misma acerca de las sucesivas interrupciones de Freud para obtener mayores datos sobre sus síntomas. Serán éstos los primeros elementos que introducirán lo que posteriormente Freud definirá como “atención parejamente flotante” (*gleichschwebende Aufmerksamkeit*), además de ser el enunciado por excelencia de la “regla fundamental en psicoanálisis” (*psychoanalytischen Grundregel*).

Aunque mencione que sus primeras dudas sobre la teoría de Bernheim surgieron a partir del estudio de este historial clínico (1893-1895: 118), todavía se reviste del poder de la figura del médico-hipnotizador para borrar todo recuerdo traumático, “mediante aseguramiento, prohibición, introducción de representaciones contrarias de todo tipo” (1893-1895: 119). Freud evoca constantemente el poder que las imágenes ejercen en los recuerdos de la paciente y postula que su labor terapéutica “consiste en borrarle esas imágenes de suerte que no vuelvan a presentarse a sus ojos” (1893-1895: 75). Desde esta perspectiva, Freud intenta eliminar estos recuerdos plásticos de modo aislado. Quizá sea éste uno de los motivos que caracteriza el relato de este historial como carente de unidad. Es decir, no parece existir un hilo central que abarque la totalidad de los síntomas en juego. Esta consideración se anuda

directamente con las dificultades encontradas en la aplicación del método catártico.

Por otra parte, la actitud crítica y muchas veces desconfiada de la paciente, sobre todo cuando se somete nuevamente al tratamiento terapéutico, después de un periodo de alta médica, enseña la dificultad de utilizar la sugestión sin el establecimiento de un vínculo de *confianza* con el médico. Por esto, la paciente “canceló, por así decir, mediante un *acto de voluntad* el efecto de mi tratamiento, y recayó enseguida en los mismos estados de que yo la había librado” (1893-1895: 97). En otros términos, esto muestra, aunque no explícitamente, la imposibilidad de manejar las resistencias de la paciente bajo el empleo del método hipnótico. Freud apenas menciona tener pruebas de que la paciente en su conciencia hipnótica vigilaba el trabajo terapéutico (1893-1895: 83, *n.* 21). En la misma línea, las sugestiones de carácter pedagógico emprendidas por Freud a falta de una conexión entre el síntoma y el acontecimiento catalizador se mostraron ineficaces, dada la falta de convencimiento de la paciente.

El síntoma de los chasquidos de la lengua, entre otra serie de síntomas relacionados con la expresión verbal, además de indicar una de las limitaciones del método catártico muestra, por otra parte, la causación del síntoma a partir de la puesta en escena de representaciones contrastantes. El

acontecimiento que provoca este síntoma se remite a un periodo en que la paciente cuidaba de su hija enferma; al notar que ésta finalmente dormía se impuso el pensamiento de que debería quedarse quieta para no despertar a la enferma. La “voluntad contraria” (*Gegenwille*) choca entonces con el imperativo de quedarse callada y muestra las primeras señales de un “conflicto” (*Konflikt*), o como Freud menciona, de una lucha entre representaciones (1893-1895: 111). Tanto el chasquido de la lengua como el tartamudeo, estrechamente unidos entre sí, se convierten en síntomas por el carácter repetitivo de sus manifestaciones. Éstas, a su vez, no sólo son derivadas de la situación inaugural que las ocasionaran, sino que sobrepasan el umbral establecido con la puesta en escena de representaciones contrastantes al vincularse con cualquier situación que despierte el mismo afecto de terror originario. En lo sucesivo, los síntomas se manifestarán ante cualquier situación como si de azar se tratase; en la medida en que se mezclan con otros traumas, tanto la situación originaria como el afecto a ella adherido, se pierden en el circuito asociativo y dificultan la labor terapéutica de encontrar el *verdadero* acontecimiento que las ocasionó.

Freud enlaza el síntoma anoréxico de la paciente con el recuerdo infantil de tener que ingerir comida fría con miedo de ser castigada, obligación realizada no sin asco; en la misma línea, el hecho posterior de compartir la comida con

sus hermanos enfermos sin poder exteriorizar el asco que le producía tal situación. De modo que el placer es inconciliable con el asco por la comida por tratarse de un afecto no tramitado. Freud engloba las abulias entre las parálisis motrices al plantear “que una investidura así de una representación con afecto no tramitado conlleva siempre cierto grado de inaccesibilidad asociativa, de inconciliabilidad con nuevas investiduras” (1893-1895: 108).

En el caso del síntoma histérico, “estamos habituados a descubrir que una parte considerable de la ‘suma de excitación’ del trauma se trasmude {*umwandeln*} en un síntoma puramente corporal” (1893-1895: 105; las llaves son de Etcheverry). El empleo del término “suma de excitación” (*Erregungssumme*) aparentemente sinónimo de “monto de afecto” (*Affektbetrag*), sirve aquí para explicar el fenómeno de “conversión” (*Konversion*) e introduce la *concepción económica del trauma*, que aunque predominante en este periodo no será el único modo encontrado para explicar la noción de “trauma psíquico” (*pyschische Trauma*). Son los síntomas de origen psíquico, como las fobias y las abulias, los que predominan en este caso. Entre los cuales se destaca el miedo a los extraños, sobre todo los del sexo masculino, fobia ésta que se enlaza con la muerte de su marido y al padecimiento de vejaciones por parte de la familia del fallecido, después del fulminante acontecimiento. Freud agrega la existencia de un factor *neurótico*,

en este momento entendido como distinto de los factores psíquicos; desde la muerte de su marido, la paciente no mantenía relaciones sexuales con otros hombres. La “angustia” (*Angst*) concebida como un proceso puramente fisiológico -sexual- era el efecto de la sofocación de la energía sexual.

El vínculo de la pulsión con lo sexual se inscribe dentro de una concepción profana de la sexualidad que se define en los términos de un “cuerpo extraño” que ataca al yo.

Es posible establecer ya algunas conexiones entre los elementos disponibles de este periodo de la trayectoria de Freud.²⁸ En el capítulo IV de *Estudios sobre la histeria*, titulado “Sobre la psicoterapia de la histeria”, Freud expresa que en el análisis de Emmy von N.

bien lejos me encontraba de esperar una neurosis sexual como suelo de

²⁸ La introducción de un término, como ahora, el de “pulsión” (*Trieb*), no supone necesariamente que tal término esté desarrollado como concepto psicoanalítico propiamente dicho. Por otra parte, antes todavía de *Estudios sobre la histeria* (1893-1895), en una reseña a un libro de August Forel titulado *Hipnotismo, su significación y su manejo*, publicado en el mismo año del tratamiento de la señora Emmy von N., Freud había introducido el término “pulsión” (*Trieb*). La pulsión aparece en esta reseña como perteneciente al dominio psíquico, entre los sentimientos, la memoria y la actividad voluntaria que junto con las funciones corporales son objetos del influjo de la sugestión bajo hipnosis. Lo llamativo de esta observación es la adhesión inicial al dualismo mente-cuerpo y la inclusión de la pulsión en el dominio exclusivamente psíquico. Véase S. Freud (1889a: 107).

la histeria; acababa de salir de la escuela de Charcot y consideraba el enlace de una histeria con el tema de la sexualidad como una suerte de insulto -al modo en que suelen hacerlo las pacientes mismas- (1893-1895: 267).

De modo que, al parecer, la etiología sexual de los síntomas histéricos *era una entre un eslabón de causas*. Sin embargo, paradójicamente, la emergencia de la “cosa sexual” en el discurso de la paciente, incluso la ausencia de cualquier referencia sobre este elemento, tal y como ocurre con la paciente en cuestión, es motivo de interés para Freud. Como hijo de su tiempo, Freud presenta las mismas resistencias que sus contemporáneos en acercarse al tema de la sexualidad. Él mismo confiesa que abordar este tema implicaría cometer una especie de insulto, como si se tratase de la manifestación de lo impuro, de un verdadero cuerpo extraño que el histérico pugna por eliminar.²⁹ Desde luego, conviene mencionar que el estrato social a que Freud pertenecía, la burguesía tradicional vienesa, se caracterizaba por su carácter moralista y represor. Ocurre que además de esta Viena recta existía una otra Viena, sensual y plástica, reflejo de la cultura aristocrática.

²⁹ Cuerpo extraño que revela la eficacia actual del síntoma. De ahí proviene la razón del padecimiento, de unas *reminiscencias* que atentan contra el bienestar del yo y de las que no es posible huir sin tramitarlas por la vía del lenguaje, lo que Freud llama de “elaboración psíquica” (*psychische Verarbeitung*), entendida como la revivencia del afecto con el recuerdo.

El tema de la sexualidad, a su vez, era no sólo una fuente de inspiración de los artistas y tema de cuentos y novelas, sino también una constante referencia en los estudios científicos. En la misma línea, el afán de Freud en acceder al núcleo del padecer histérico, sumado con algunos rasgos personales de carácter tales como la tenacidad, la tolerancia con la incertidumbre, la fascinación por la complejidad de la psique humana, han predominado sobre sus resistencias, y le condujeron, desde muy temprano, a desvincular la ciencia de la moral y a subrayar la importancia de la vida pulsional como objeto de estudio científico (Mezan, 1993a: 122).^{30 31}

³⁰ Un buen ejemplo del interés interdisciplinar acerca de la sexualidad, es la obra literaria de un escritor como Arthur Schnitzler (1862-1931), que busca compaginar la Viena moralista con la Viena estética. Schorske (1961:32) comenta que la obra de Schnitzler refleja una significativa afinidad con las ideas de Freud hasta el punto que, en 1912, en su 50 cumpleaños, Freud lo saludara como a un “‘colega’ en la investigación de la ‘subestimada y tan vilipendiada erótica’.” Asimismo, véase C. E. Schorske (1961: 32-36). En la misma línea, es sabido que el escenario austríaco de finales del siglo XIX está caracterizado por una serie de acontecimientos sociales, políticos, así como las grandes innovaciones, en música, arte, arquitectura y economía. Estos, a su vez, se perfilan como el suelo bajo el cual el psicoanálisis se edificó como disciplina. Sin embargo, tal y como señala Mezan (1987: 283), el psicoanálisis no es *consecuencia* de este orden de hechos sino *contemporáneo* a ellos. Mezan también revela, en un interesante trabajo, que existe una representación de Viena muy distinta de la que suele construir otras disciplinas, a saber, la Viena de los psicoanalistas. Viena imaginaria, del sueño, del acto fallido y de la fantasía, del síntoma a ser descifrado, de la posible ruta para acceder a la verdad. Reflejo de la necesidad sentida por parte de algunos psicoanalistas de dar solución de continuidad a la identificación con Freud. En R. Mezan (1987: 274 y 301). Ocurre, que en este intento, se han construido verdaderos mitos, con la finalidad de establecer un cierto vínculo entre los obstáculos encontrados por Freud en la Viena de su tiempo y el momento presente del psicoanálisis. Asimismo, véase R. Mezan (1987: 271-307).

³¹ En la misma línea, vale subrayar que en sus escritos posteriores, como *Presentación autobiográfica* (1925d [1924]: 22), Freud afirma que los *Estudios sobre la histeria* (1893-1895) no presentan todavía los postulados teóricos que dan primacía a la significación etiológica de la vida sexual en detrimento de las demás excitaciones afectivas.

Como científico y judío, Freud ha vivido en el seno de una cultura burguesa que le ha preparado para entender los fenómenos humanos según el esquema de que todo lo *bueno* estaría relacionado con la supervivencia del sujeto y todo lo *malo* con aquello que trabaja en contra de la misma. Esta concepción naturalista, entendida desde el punto de vista de causa-efecto, le llevará a edificar gran parte del saber sobre las psiconeurosis. También perfila las primeras señas de una suerte de oposición entre la sexualidad y los designios del yo precisamente cuando esta sexualidad, integrada en el quehacer yoico se escinde de él y establece un *grupo psíquico separado* que ataca al yo donde él no esperaba. Freud relaciona este elemento sexual con la pulsión, lo que revela desde sus primeras formulaciones que la pulsión es ante todo “pulsión

Estas aseveraciones de Freud demuestran que la sexualidad fue un descubrimiento tardío en relación con las primeras hipótesis sobre el funcionamiento mental. Desde luego, las observaciones sobre la sexualidad alcanzarán el estatuto psicoanalítico propiamente dicho con el descubrimiento del inconsciente. Sin embargo, no es necesaria una mirada más honda para percatarse de que, incluso antes de 1895, Freud afronta una y otra vez los factores de la vida sexual, no exclusivamente como un elemento más, sino como *la causa* del padecer neurótico. La relación epistolar con Fliess confirma este hecho, como la carta del 7 de febrero de 1894 en que Freud confiesa a Fliess que “el nexo de la neurosis obsesiva con lo sexual no siempre se muestra tan claro. Puedo asegurarte que tampoco resultó fácil descubrirlo en mi caso II [mencionado en las ‘Neuropsychosis de defensa’ (1894a)] (incontinencia de orina); el que no lo hubiera buscado tan monodéísticamente como yo lo había pasado por alto” (1985 [1887-1904]: 61; Carta 38/16). En efecto, en este estudio Freud afirma que el factor sexual fue el único encontrado en el surgimiento de las ideas intolerables. También en el Manuscrito C/1, anexo a la carta del 5 de enero de 1893 (Carta 21), Freud llama a la etiología de la histeria como “la flor más bella de la corona” (1985 [1887-1904]: 36), que a pesar del sentido figurado expresa la importancia que ocupa este tema. Vale destacar que este manuscrito, en realidad una carta, y su complemento, el Manuscrito C/2 aunque estén anexados en la Carta 21 fueron enviados a Fliess entre el 3 y el 13 de abril de 1893. Véase S. Freud (1985 [1887-1904]: 34, n. 1 y 35, n. 1). Incluso en el Manuscrito A (1985 [1887-1904]: 24 y sigs.; anexo a la Carta 20, del 18 de diciembre de 1892), de finales de 1892, ya están delineadas las líneas maestras

sexual” (*Sexualtrieb*).

También me llamó la atención que en todas las comunicaciones íntimas que me hizo la paciente faltara por completo el elemento sexual, que, empero, como ningún otro da ocasión a traumas. No es posible que las excitaciones de esta esfera hayan quedado sin dejar algún resto. [En este mismo párrafo añade:] me entra la sospecha de que esta mujer violenta, capaz de tan intensas sensaciones, no pudo triunfar sobre sus necesidades sexuales sin serias luchas y sin sufrir de tiempo en tiempo un agotamiento psíquico en el ensayo de sofocar esta *pulsión*, la más poderosa de todas (1893-1895: 120).

Como la paciente en cuestión se esfuerza por sofocar la pulsión sexual, se puede decir que la condición para la formación del síntoma es la “escisión” (*Spaltung*)³² de la representación y del afecto a ella adherido. Sin embargo, hay que tener en cuenta que en este periodo del pensamiento de Freud *el acento recae más sobre la vivencia que obra a modo de trauma que sobre la*

sobre la sexualidad. Asimismo, véase R. Mezan (1991: 9-15).

³² A propósito del término *Spaltung*, conviene mencionar que su contenido vertido del alemán por Etcheverry aparece, en todos los textos escritos bajo la pluma de Freud como “escisión” (*Spaltung*), mientras que el término “disociación” (*Dissoziation*) es más frecuente en las consideraciones que Breuer hace de los estados hipnoides. Como quiera que sea, ambos términos presentan una etimología similar; es decir, de algo que estando unido se separa en dos o más partes. De modo que los términos vecinos, *escisión de la conciencia*, *disociación psíquica* e, incluso, *double conscience*, *conciencia secundaria*, *grupo psíquico segundo* o *grupo psíquico separado del yo* expresan las mismas realidades. Por otra parte, Laplanche y Pontalis (1967) traducen este término por clivaje; quizás por el hecho de hacer hincapié en el sentido posterior que este término adquiere en el pensamiento freudiano después de la formulación de la hipótesis sobre el inconsciente. En J. Laplanche y J.-B. Pontalis (1967), voz: “Escisión del yo”.

pulsión.

La formación de Freud en los más variados ámbitos del conocimiento no le hizo ajeno al pensamiento clásico alemán.³³ En las formulaciones iniciales esta formación le servirá de guía para el establecimiento de ciertas intuiciones al tiempo que contribuirá decisivamente en lo novedoso de su creación. La expresión *Trieb* proviene de esta tradición filosófica. Freud recoge el término y lo traslada hacia su propia concepción del aparato psíquico. Como heredero de la Ilustración y del Iluminismo, supone que todos los fenómenos propios de la naturaleza humana alcanzan, o aspiran a alcanzar, una meta biológica. En ese sentido, se refiere a la pulsión como *apetito sexual*.³⁴

³³ Tal y como revela su interés temprano por la especulación filosófica, que determinó incluso su opción por la carrera médica: fue a partir de la lectura de un libro de Goethe titulado *Sobre la naturaleza* que Freud confiesa haber elegido la medicina. Véase S. Freud (1925d [1924]:8-9). También vale mencionar su iniciación a la reflexión filosófica bajo la enseñanza Franz Brentano (1838-1917), ex sacerdote y un ilustre representante de la psicología empírica y de la filosofía aristotélica. Brentano introduce el concepto de “intencionalidad” para separar los fenómenos del mundo físico del mundo psíquico. Como característica de lo psíquico, pero no entendida como forma del cuerpo ni como sujeto de la voluntad, la intencionalidad se aplica al conocimiento sensible, a los actos pertenecientes en el ámbito intelectual y al mundo de los afectos (emociones y sentimientos). Para una panorámica sobre el concepto de intencionalidad en la obra de Brentano, véase M. P. Chirinos (1994: 45-66). La asistencia de Freud a las clases de Brentano ocurrió durante los años de 1874 y 1875, periodo en que Freud era estudiante de medicina en la Universidad de Viena. En lo sucesivo este interés por la filosofía se convertirá en una actitud profundamente ambivalente. Assoun (1976: 9-20) trata detenidamente este tema.

³⁴ Desde luego, estas consideraciones no implican negar lo que en lo sucesivo determinará la singularidad de su pensamiento, sino más bien en insertar este traslado conceptual dentro de su contexto histórico, lo que Etcheverry, en el volumen de presentación de las *Obras Completas* de Freud, define como “movimiento de rebote del texto hacia su horizonte cultural”, para discernir lo novedoso de su creación. Véase J. L.

En definitiva, lo que se vislumbra en el estudio de este historial, como también en los cuatro que componen la serie de casos analizados por Freud y Breuer, el de Anna O., de Lucy R., de Katharina y el de Elisabeth von R., es la búsqueda paulatina de un orden conceptual capaz de dar una versión cabal de los hechos observados en la clínica. La pulsión es parte integrante de este orden de reflexiones.

I.2. La teoría de la defensa y los comienzos del psicoanálisis.

I.2.1. Entre los estados hipnoides y la represión.

El distanciamiento con respecto a las hipótesis de Janet (escisión de los contenidos de la conciencia) y de Breuer (teoría de los estados hipnoides) posibilita el camino hacia una teoría de la represión.

Etcheverry, en S. Freud (1978: 17). Este mismo autor advierte que la expresión *Trieb* sufre una suerte de *transmutación* por el modo en que Freud, heredero de una concepción médica materialista la reinterpreta, y reemplaza el término “pulsión” por el término “querencia”, “porque así vertiríamos el mismo concepto en la obra de Fichte, de Schelling o de Hegel”. Estas últimas observaciones están incluidas en la versión castellana de la correspondencia completa de Freud con Fliess, volumen anexo de las obras completas de Freud, de modo que la sustitución de estos términos ocurre en la traducción de esta obra en específico. Pero indirectamente compromete el conjunto de los textos de Freud en la medida en que aborda el problema general de las condiciones bajo las cuales el psicoanálisis surge como disciplina. Véase J. L. Etcheverry en S. Freud (1985 [1887-1904]: xxxiv).

El establecimiento de la técnica de la “presión sobre la frente” (*Druck auf die Stirne*) es la alternativa encontrada por Freud ante los resultados infructíferos de la hipnosis en la gran mayoría de los casos; le posibilita personalizar su técnica terapéutica hacia lo que en lo sucesivo será ocupado por la “asociación libre” (*freie Assoziation*). Este cambio consiste en la aplicación del método catártico sin la hipnosis, exigiendo por parte del paciente *concentración* y una posición física particular (el tumbarse de espaldas y cerrar los ojos).³⁵

Abandono de un procedimiento que le conducirá directamente a la teoría de la “defensa” (*Abwehr*).

La metáfora del “cuerpo extraño” (*Fremdkörper*) supone la existencia de dos grupos de representaciones escindidos; las representaciones conscientes y las inconscientes (en sentido descriptivo)³⁶. Breuer sostiene que la autohipnosis

³⁵ Permitió también a Freud mantener una cierta flexibilidad ante las recomendaciones de la Escuela de Nancy acerca del hipnotismo, ya que la idea según la cual los recuerdos del sonambulismo sólo en apariencia están desvinculados de la conciencia deriva de Bernheim, así como la técnica de presión sobre la frente para traer a la conciencia los recuerdos del estado sonámbulo. Es en el historial clínico de Lucy R. donde Freud expone con detalle sus dificultades en aplicar el método catártico con la hipnosis y su opción por aplicar la técnica de presión sobre la frente sin la hipnosis. Véase S. Freud y J. Breuer (1893-1895: 126-127).

³⁶ Conviene mencionar que el término *Vorstellung*, parte integrante del vocabulario filosófico alemán, designa: 1. Lo que está presente en el espíritu; 2. Lo que se “presenta” (*Präsentieren*) ante los sentidos; 3. Lo que forma el contenido concreto de un acto de pensamiento; 4. La reproducción de una percepción anterior. En todos los casos, el

crea el espacio en que habitan las ideas rechazadas por el sujeto. Son unos estados de conciencia próximos al sonambulismo, el sueño diurno o el *teatro privado*.³⁷ Freud está de acuerdo con esta idea e, incluso en “Las neuropsicosis de defensa” (1894a: 49), establece tres tipos de histeria: hipnoide, de retención y de defensa. Es decir, mantiene que la “escisión” (*Spaltung*) es producida por los estados hipnoides. Introduce también la posibilidad de una no abreacción del afecto en virtud de condiciones exteriores, característica básica de la histeria de retención. Refiriéndose a la histeria de defensa, plantea que el síntoma puede engendrarse por el modo que el sujeto encuentra para *olvidar* la representación inconciliable. En este caso, el sujeto intenta eliminar esta representación, pero lo que consigue es aislarla psíquicamente, formando un grupo psíquico separado de su yo, una especie de *centro nuclear* que reunirá las representaciones rechazadas.³⁸

término *Vorstellung* se refiere a una representación mental. En A. Lalande (1962); voz: “Representación”.

³⁷ Expresión utilizada por Anna O., paciente de Breuer, para designar su soñar diurno. Véase J. Breuer en S. Freud y J. Breuer (1893-1895: 47-48).

³⁸ Freud, Breuer y Janet mantienen puntos de vista confluentes en la idea de que las representaciones son patógenas por su incapacidad de acceder a la conciencia. Pero mientras Janet preconizaba una especie de debilidad innata del sujeto histérico para realizar el trabajo de síntesis psíquica, Breuer y Freud sostienen que la “escisión de la conciencia” (*Spaltung des Bewusstseins*) es un proceso adquirido. Vale subrayar que en sus primeras formulaciones, Freud toma el término *Spaltung* de la antigua idea de disociación derivada del pensamiento filosófico del siglo XIX. Ocurre que con el descubrimiento del inconsciente y la teoría de la represión, Freud se distancia de la filosofía asociacionista. A partir de entonces, el psicoanálisis se edificará como teoría del conflicto psíquico; los sucesos psíquicos pueden ser descifrados a partir de la represión. Como quiera que sea,

La división de estos tres tipos de histeria sirve para refutar la tesis sostenida por Janet (según la cual el elemento degenerativo es el factor primario de la histeria), como también para establecer una especie de conciliación entre su teoría de la “defensa” (*Abwehr*) con la histeria hipnoide de Breuer. La “disociación hipnoide” (*hypnoiden Dissoziation*) encuentra su origen en la concepción fisiológica del funcionamiento mental y permite explicar genéticamente la escisión psíquica; ésta es “secundaria, adquirida; se produce en virtud de que las representaciones que afloran en estados hipnoides están segregadas del comercio asociativo con el restante contenido de conciencia” (1894a: 48).

<p><i>La decisiva contribución de las observaciones clínicas sobre la resistencia en el establecimiento de la teoría de la defensa.</i></p>

Sin embargo, con el abandono de la hipnosis Freud se acerca al fenómeno de la “resistencia” (*Widerstand*) que en lo sucesivo será el sustituto de los estados hipnoides: “la escisión del contenido de conciencia es la consecuencia de un acto voluntario del enfermo” (1894a: 48). Éste sería el primer tiempo de la

formación del síntoma. En cuanto al segundo tiempo, lo explicita en “Las psiconeurosis de defensa” (1894a):

La tarea que el yo defensor se impone, tratar como “*non arrivé*”{“no acontecida”} la representación inconciliable, es directamente insoluble para él; una vez que la huella mnémica y el afecto adherido a la representación están ahí, ya no se los puede extirpar. Por eso equivale a una solución aproximada de esta tarea lograr *convertir esta representación intensa en una débil*, arrancarle el afecto, la suma de excitación que sobre ella gravita. Entonces esa representación débil dejará de plantear exigencias al trabajo asociativo; *empero, la suma de excitación divorciada de ella tiene que ser aplicada a otro empleo* (1894a: 50; las llaves son de Etcheverry).

De modo que la teoría de los estados hipnoides pierde su valor heurístico respecto a la teoría de la defensa, sobre todo por el hecho de que la resistencia es un fenómeno observable y comprensible desde la clínica. En el capítulo IV de *Estudios sobre la histeria* (1893-1895), titulado “Psicoterapia de la histeria”, Freud confiesa no haber trabajado con casos puros de histeria hipnoide e introduce la sospecha de que la defensa sea lo primario, tanto en la histeria de defensa como en la histeria hipnoide. En cuanto a la histeria de retención “ha de hallarse en el fondo una porción de defensa” (1893-1895: 292). La teoría de Breuer sólo postulaba la incapacidad de los estados

hasta el punto de convertirse en el hilo conductor de la teoría psicoanalítica. Para una panorámica del término en cuestión, véase P. Aguilar y C. Antar (1986: 1433-1440).

hipnoides de ser absorbidos por la conciencia normal, idea que, desde esta perspectiva, haría a Breuer aproximarse más a las tesis de Janet, ya que buscaba un origen constitucional para tal predisposición. Freud refuta las tesis de Janet precisamente cuando introduce las primeras hipótesis sobre el funcionamiento mental desde el punto de vista dinámico.

Para la histeria, la experiencia muestra lo contrario; desovillados los motivos escondidos -que a menudo han permanecido inconscientes-, y tomados ellos en cuenta, nada resta de enigmático ni de contrario a la regla en el enlace histórico de los pensamientos (1893-1895: 299).

Freud no descarta la idea de una predisposición constitucional, pero no desde el punto de vista de una tara hereditaria. Por eso, tampoco puede decirse que con la teoría de la defensa Freud haya abandonado por completo su intento de formular una explicación psicofisiológica de la histeria. Según Bercherie (1983: 312), el modelo fisiológico “impregna hasta el estilo de la intuición significativa, y al mismo tiempo en parte la justifica” puesto que “permite nombrar, situar, interrogar la causalidad inconsciente.”³⁹

Es indudable el relieve que el concepto de “resistencia” (*Widerstand*) adquiere

³⁹ En la misma línea, los conceptos que utiliza como el de “suma de excitación” (*Erregungssumme*) y “dinámica de representaciones” (*Vorstellungsdynamik*) muestran, desde luego, el mantenimiento de modelos teóricos mecanicistas, pero determinantes en la trayectoria intelectual de Freud. Se puede decir que es el juego de articulación lógica entre los distintos modos de concebir el funcionamiento mental lo que dará al psicoanálisis toda su originalidad.

en los sucesivos cambios y ordenaciones realizados por Freud a lo largo de estos años. En “La psicoterapia de la histeria”, Freud analiza el fenómeno de la resistencia y la idea de defensa detalladamente.

Y averigüé un carácter general de tales representaciones; todas ellas eran de naturaleza penosa, aptas para provocar los afectos de la vergüenza, el reproche, el dolor psíquico, la sensación de un menoscabo: eran todas de tal índole que a uno le gustaría no haberlas vivenciado, preferiría olvidarlas. De ello se desprendía, como naturalmente, la idea de la *defensa*. (...) Vale decir: una fuerza psíquica, la desinclinación del yo, había originalmente esforzado afuera de la asociación la representación patógena, y ahora contrariaba su retorno en el recuerdo [*hatte ursprünglich die pathogene Vorstellung aus der Assoziation gedrängt und widersetzte sich ihrer Wiederkehr in der Erinnerung*]. Por tanto, el no saber de los histéricos era en verdad un... no querer saber, más o menos consciente, y la tarea del terapeuta consistía en superar esa *resistencia de asociación* mediante un trabajo psíquico (1893-1895: 275-276).

Sobre este propósito se hace necesario esclarecer el encadenamiento entre los términos “defensa” (*Abwehr*), “represión” (*Verdrängung*) y “resistencia” (*Widerstand*). Si bien defensa y represión se corresponden, la primera no se reduce a la segunda; el mecanismo de conversión histérica confirma que ya en este momento del pensamiento freudiano el concepto de defensa no expresa la misma realidad que el concepto de represión.⁴⁰ La resistencia, a su vez, será

⁴⁰ Aunque en lo sucesivo, prevalecerá la reflexión sobre el concepto de represión, se puede decir que el concepto de defensa estará también implícito en las preocupaciones de Freud. Tanto es así, que en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c), la defensa

una de las manifestaciones de la represión. Por ser uno de los efectos de la reacción del yo ante lo que le amenaza, está ubicada en la misma dimensión que la formación de síntoma. De modo que suponer la puesta en escena de la resistencia es admitir anticipadamente una cierta elasticidad del yo para dar cuenta de las representaciones inconciliables. Lo que significa que la resistencia es la exteriorización de una fuerza contraria, que se delinea a través de los actos y palabras del paciente, respecto a un contenido que se despliega con la finalidad de acceder a la conciencia. A la vez que se aproxima de la representación inconciliable, por su dificultad en hacerse consciente, se distancia de ésta, porque corresponde a una función defensiva.⁴¹

Estos años están marcados por un conocimiento cada vez más pormenorizado

englobará no sólo la represión sino todos los destinos de la pulsión. El resurgimiento explícito del concepto de defensa ocurrirá en *Inhibición, síntoma y angustia*, de 1926. En este trabajo, Freud volverá a reconsiderar tanto la defensa como la represión: el primero “estipulando que se debe utilizar como la designación general de todas las técnicas de que el yo se vale en sus conflictos que eventualmente llevan a la neurosis”; mientras que el segundo “sigue siendo el nombre de uno de estos métodos de defensa en particular”. En S. Freud (1926d: 153).

⁴¹ Resistencia que se refleja en la relación terapéutica a modo de una “transferencia” (*Übertragung*) del recuerdo inconsciente de la representación reprimida. Transferencia todavía entendida como el establecimiento de “enlaces falsos” (*falschen Verknüpfungen*), movido por una “compulsión a asociar” (*Zwang zur Assoziation*) del paciente, aunque Freud reconozca la existencia de una cierta relación de comunidad entre el deseo transferencial y la representación inconciliable. Luego, después, la resistencia dejará de ser concebida como un obstáculo del tratamiento y se convertirá en un instrumento de trabajo, es decir, en un medio para alcanzar a lo reprimido. En J. Laplanche y J.-B. Pontalis (1967), voz: “Resistencia”.

de la naturaleza de los síntomas; Freud reconoce que sus tratamientos apuntaban a los síntomas; el cierre del análisis se mide por el cese de los síntomas. También se puede averiguar un avance paulatino en cuanto a la distribución nosográfica de los síntomas y de los mecanismos de defensa a ellos adheridos, posibilidad concretizada gracias al abandono de la hipnosis, al refinamiento de la teoría de la defensa y al énfasis progresivo dado a la sexualidad en la etiología de la neurosis.

Puntualizaciones sobre las iniciales vicisitudes de la “cosa sexual” en el pensamiento freudiano.

Una de las conclusiones esbozadas en la “Psicoterapia de la histeria” muestra explícitamente que la etiología de las neurosis es sexual y que factores sexuales distintos producen neurosis distintas. La neurastenia y la neurosis de angustia constituyen la acumulación física de la tensión sexual, carente de mecanismo psíquico. En cambio, la histeria y la “neurosis obsesiva” (*Zwangsneurose*) se caracterizan por la formación de un grupo psíquico separado del yo; la diferencia entre ambas reside en el destino del afecto. En el caso de la histeria, el afecto se convierte en inervación corporal. En la neurosis obsesiva, el afecto es desplazado de su representación originaria y establece

“enlaces falsos” con otra serie de representaciones. A su vez, en la psicosis alucinatoria, el yo “desmiente” (*verwirft*) tanto el afecto como la representación y actúa como si la representación nunca hubiera existido.

Freud reconoce la acción de la defensa en todos los mecanismos patógenos y su relación con la sexualidad, que progresivamente será uno de los elementos fundamentales del psicoanálisis. Pero que en este momento del recorrido freudiano se perfila como una nebulosa pregunta sobre la pulsión sexual, razón del distanciamiento con Breuer.⁴² Nebulosa en la medida en que el discurso sobre la sexualidad se introduce en el pensamiento freudiano como la búsqueda de un saber sobre el sexo, es decir, de una sexualidad entendida estrictamente desde el punto de vista genital, pero, paradójicamente, anuncia que en lo que atañe a la pulsión sexual no existe saber que abarque todas las variedades de objeto. El descubrimiento del inconsciente pondrá de relieve el vacío inherente a esta búsqueda de saber; a medida que Freud llega a la

⁴² Vale subrayar que, paradójicamente, Breuer también sostenía la importancia de la sexualidad en la etiología de la histeria. Tanto es así, que utiliza el término “pulsión sexual” (*Sexualtrieb*) en su discurso para designar “la fuente más poderosa de aumentos de excitación persistentes (y, como tal, de neurosis)”. Véase S. Freud y J. Breuer (1893-1895: 211). Sin embargo, a diferencia de Freud, Breuer no era partidario de la hipótesis según la cual el factor sexual era causa del trauma psíquico, es decir, no aceptaba universalizar los dominios de la sexualidad en el entendimiento de la histeria. Prueba de ello es que en el caso Anna O., Breuer trata el elemento sexual como un proceso afectivo con el mismo nivel de importancia que los demás del mismo modo que considera que en su paciente el “elemento sexual estaba asombrosamente no desarrollado.” Véase S. Freud y J. Breuer (1893-1895: 47). Asimismo, véase G. N. Izenberg (1991: 29-51).

intelección de que la represión es un mecanismo inconsciente, se establece una relación entre sexualidad e inconsciente.

Desde luego, Freud sólo podrá forjar el saber sobre la sexualidad alejado del saber cartesiano cuando establece una concepción estructural del inconsciente.⁴³ En ese sentido, se hace necesario investigar las primeras huellas de lo que en el pensamiento freudiano se convirtió en la perspectiva tópica. Una vez más es en el estudio sobre la etiología de los fenómenos histéricos donde se encontrará las primeras señales de esta perspectiva en la obra de Freud; hecho que subraya la importancia de los *Estudios sobre la histeria* (1893-1895) como precursor de los más innovadores descubrimientos de Freud.⁴⁴

⁴³ Al contrario de Descartes (1596-1650), Freud descarta la idea según la cual el sujeto se identifica con su pensamiento, del mismo modo que refuta la idea del dualismo mente-cuerpo.

⁴⁴ En particular la idea naciente de estratificación del material patógeno dado que revela sus dudas sobre la aptitud de la concepción descriptiva del funcionamiento mental. Se mencionó anteriormente que Freud refuta las tesis de Janet al vincular el proceso de escisión de los contenidos de la conciencia, condición de la histeria, con la defensa. El énfasis dado en los años 1893 y 1894 a la existencia de representaciones contrastantes entra en este mismo orden de razonamiento y dará lugar a lo que en “Psicoterapia de la histeria” se llamará “dinámica de representaciones” (*Vorstellungsdynamik*). Freud sostiene que el grupo psíquico escindido del yo está dispuesto de modo ordenado alrededor del núcleo central patógeno y para acceder a él basta con “eliminar resistencias que bloquean su camino.” En S. Freud y J. Breuer (1893-1895: 292). Pero, Freud mismo señala, la situación se complica puesto que el síntoma histérico está relacionado con una serie de traumas o que los diversos síntomas que constituyen el cuadro histérico pueden o no mantener entre sí una relación de comunidad. Es decir, alrededor del núcleo central se sitúan una serie de recuerdos traumáticos, “series de traumas parciales y encadenamientos de ilaciones patógenas de pensamiento.” En S. Freud y J. Breuer (1893-1895: 293). Con lo cual, supone

Observaciones sobre las relaciones entre la teoría del trauma y la teoría del conflicto psíquico en el proceso de constitución del síntoma neurótico.

Cabría realizar algunas advertencias sobre la noción de “cuerpo extraño”

que durante el tratamiento el material psíquico patógeno aparece, en el habla del paciente, de modo desorganizado, tanto por el hecho de que el paciente comunica lo que se le ocurre, como por desconocer las ilaciones entre sus ocurrencias y el material reprimido. Sin embargo, refiriéndose a la histeria, Freud considera que puede establecer una “triple estratificación del material patógeno” (*dreifacher Schichtung dem psychische Material*).

- El primer encadenamiento es *lineal cronológico*. Su peculiaridad reside en invertir la secuencia de su origen cuando es reproducido; de modo que la última vivencia se presenta como la primera ocurrencia del paciente y la primera vivencia, la que desencadena toda la serie de recuerdos, aparece como la última en su relato. Constelación que impone dificultades para la interpretación del material patógeno.

- El segundo ordenamiento consiste en la *estratificación concéntrica del material en torno del núcleo patógeno*; para acceder a él hay que superar las resistencias en estos estratos.

- El tercer y más esencial es el *ordenamiento según el contenido de pensamiento* siguiendo una ilación lógica. “Este ordenamiento posee un carácter dinámico, por oposición al morfológico de las dos estratificaciones antes mencionadas. (...) El nexos lógico no se corresponde con una línea quebrada en zigzag, sino más bien con un sistema de líneas ramificadas, y muy en particular convergentes. Tiene puntos nodales en los que coinciden dos o más hilos, que desde ahí vuelven devanarse unidos; y en el núcleo desembocan por regla general varios hilos de trayectorias separadas o que muestran a trechos conexiones laterales. Para decirlo con otras palabras: es muy notable cuán a menudo un síntoma es *de determinismo múltiple, de comando múltiple* {*mehrfach determiniert, überbestimmt*}.” En S. Freud y J. Breuer (1893-1895: 294-295; las llaves son de Etcheverry). Freud afirma también que este esquema puede complicarse ante la posibilidad de que exista más de un núcleo patógeno. A través del desarrollo de este esquema, concluye que más que un “cuerpo extraño” (*Fremdkörper*), la organización patógena se comporta como una “infiltración” (*Infiltrat*); es la resistencia la que le da este carácter. “La terapia no consiste entonces en extirpar algo (...), sino en disolver la resistencia y así facilitar a la circulación el camino por un ámbito antes bloqueado.” En S. Freud y J. Breuer (1893-1895: 296). La noción de “cuerpo extraño”, uno de los componentes de la teoría del trauma esbozada en la “Comunicación preliminar” (1893-1895), aparece aquí descartada puesto que el material reprimido no es un cuerpo aislado en los procesos psíquicos, sino que participa en la dinámica de las representaciones. Lo que indica la existencia de vías asociativas que conectan el material consciente con el inconsciente, como los “símbolos mnémicos” (*Erinnerungssymbolen*) en el caso de la histeria. Asimismo, para un análisis detenido del tema, véase R. F. Vilanova (1995: 93-105).

(*Fremdkörper*) que subyace en la teoría del trauma y de la introducción de una concepción dinámica que reconoce la existencia de un conflicto entre representaciones. No se trata de concepciones excluyentes, sino más bien modos de explicar el funcionamiento mental, sobre todo teniendo en cuenta que muchos síntomas se caracterizan por la ausencia de recursos simbólicos, tal y como indica la angustia neurótica. Es decir, existe un elemento no representable que debe someterse a un cierto trabajo de “elaboración” (*Arbeitung*) para poder participar de esta dinámica de representaciones.

La teoría del trauma y la teoría del conflicto psíquico son maneras complementarias para comprender los sucesivos momentos de constitución y manifestación del síntoma neurótico, tal y como plantea Alarcón (1995: 87). Tanto es así que, en este mismo periodo, Freud formula la *teoría de la seducción* basada precisamente en esta concepción del trauma y aunque reconozca en los años siguientes la insuficiencia de esta teoría, la traduce en un lenguaje metapsicológico, es decir, el análisis de los procesos psíquicos desde la perspectiva tópica, dinámica y económica. En ese sentido, es lícito suponer que la concepción económica del trauma traduce uno de los avatares de la constitución del síntoma, precisamente aquel en que el afecto, desgajado de su representación correspondiente por obra de la represión, se transmuta en angustia flotante. El punto de vista dinámico, en cambio, se ajustaría al

momento en que este afecto se fija a una representación sustitutiva, tal y como revela la constitución del síntoma fóbico.

Partiendo de la etiología de la histeria, Freud reunirá en este periodo un considerable material clínico que le permitirá formular algunos interrogantes sobre las leyes generales que gobiernan el quehacer mental. El “Proyecto de psicología” (1950a [1887-1902]) será uno de los resultados de este empeño.

I.3. Desarrollo de la noción de “aparato psíquico”.

I.3.1. Los fundamentos “científicos” del sufrimiento.

La relación epistolar entre Freud y Fliess revela el contexto en el que se produce el paso de una concepción fenomenológica del padecer histérico al establecimiento de las leyes que gobiernan el psiquismo.

“Freud está en pleno vuelo de su intelecto; yo lo miro rezagado, como la gallina al halcón”. Éste es uno de los fragmentos más conocidos de la carta que

Breuer envía a Fliess el 5 de julio de 1895 (1985 [1887-1904]: 137, *n.* 2). El giro teórico emprendido por Freud en los años de 1894 a 1895, muestra no sólo el distanciamiento respecto a Breuer desde la perspectiva de los nuevos descubrimientos sobre la etiología de la histeria sino también en el campo personal: la relación de Freud con Fliess es uno de los motivos de este distanciamiento.⁴⁵

En este mismo orden de consideraciones, el entendimiento que Freud tiene acerca del relato de sus pacientes está profundamente relacionado con las sucesivas influencias recibidas desde su encuentro con Charcot, sobre todo en lo que atañe a la relación entre médico y paciente. ¿Cómo escuchar el discurso histérico? ¿Cuál es el sentido del padecimiento? En el historial clínico sobre Elisabeth von R., Freud menciona que sus relatos clínicos se asemejan más bien a novelas en contraposición a la seriedad del método científico y justifica esta característica del discurso por la “naturaleza del tema” abordado (1893-1895: 174). En efecto, desde muy temprano entiende que el signo del padecer histérico, el síntoma de conversión (*Konversion*) expresa un dolor más allá de

⁴⁵ En las páginas finales de *Estudios sobre la histeria*, Freud cambia el término “catarsis” (*Katharsis*) por “análisis” (*Analyse*); replanteamiento de términos que revela que en el año de 1895 Freud ya dispone de un conjunto de nociones teóricas y clínicas que, si bien sólo van a adquirir su valor heurístico a posteriori, están suficientemente desarrolladas como para dilucidar las vías hacia el fenómeno de la cura. Véase S. Freud y J. Breuer (1893-1895: 300 y sigs.).

lo corporal propiamente dicho. El síntoma, tal y como Freud lo *escuchaba*, parecía exigir una escritura narrativa.⁴⁶

Las descripciones son abundantes en sus historiales clínicos.⁴⁷ No obstante, Freud no se limita a esta labor descriptiva, es decir, busca el fundamento científico capaz de distinguir las diversas neurosis. Es esta labor la que le empuja a establecer hipótesis sobre el funcionamiento mental mediante la construcción de modelos figurados, como los de *aparato* o *máquina* perfilados en el “Proyecto de psicología” (1950a [1887-1902]).

Freud empieza a escribir los primeros esbozos del “Proyecto de psicología”

⁴⁶ De ahí es fácil captar que la dimensión dramática de sus relatos clínicos muestra la singularidad de su pensamiento a diferencia de la tradición psiquiátrica alemana, limitada a la explicación fisiológica de los síntomas y carente de un acercamiento más humanizado respecto a los pacientes, por así decirlo. Este distanciamiento de Freud, en este aspecto, respecto a la psiquiatría alemana revela una extraña paradoja, teniendo en cuenta que es en ella que se podría perfilar las vías de una posible fundamentación científica de las neurosis, dado su nivel de rigurosidad. Sin embargo, el hecho de que Freud empieza escuchar el sufrimiento con toda la mudanza estilística que se le acompaña (escritura narrativa), no implica la adhesión a la fenomenología del padecimiento histérico. Ahora bien, estas sucesivas y no menos contradictorias elecciones reflejan el recorrido sumamente original trillado por Freud. Éste viene dado por el paulatino descubrimiento de una modalidad discursiva peculiar, más allá de aquella que evocaba la realidad material. Este descubrimiento exigirá la introducción de determinados conceptos, entre los cuales el de “pulsión” (*Trieb*), el de “fantasía” (*Phantasie*) o el de “deseo” (*Wunsch*) que, en lo sucesivo, constituirán la base de la hipótesis estructural del inconsciente.

⁴⁷ La fenomenología de la mirada como base en que se asientan determinadas representaciones cargadas de afecto muestra el carácter intuitivo de expresiones, presentes en el historial clínico de Emmy von N., como “sus ojos guiñan” o “la mirada abismada”. En S. Freud y J. Breuer (1893-1895: 71).

(1950a [1887-1902]) inmediatamente después de un encuentro con Fliess en la ciudad de Berlín.⁴⁸ La Carta 64/24, del 25 de mayo de 1895, atestigua la propuesta de Freud en

revisar el aspecto que toma la doctrina de las funciones de lo psíquico cuando se introduce la consideración cuantitativa, una especie de economía de la fuerza nerviosa, y en segundo lugar, espigar de la psicopatología la ganancia de la psicología normal (1985 [1887-1904]: 131).

Propuesta no sin momentos de dudas, de expectación, de cambios radicales de humor y de un estado de salud alterado. Freud mismo confiesa posteriormente: “Ya no comprendo el estado de espíritu en que incubé a la psicología” (1985 [1887-1904]: 159; Carta 82/36, del 29 de noviembre de 1895). Toda esta actividad por la psicología, “desde siempre mi meta que me hace señas desde lejos, y que ahora, desde que me he encontrado con la neurosis, se ha acercado tanto más” (1985 [1887-1904]: 131; Carta 64/24, del 25 de mayo de 1895). En el otoño de este mismo año, Freud afirma haber logrado este proyecto:

de repente se alzaron las barreras, cayeron los velos y se pudo penetrar con la mirada desde el detalle de las neurosis hasta las condiciones de la conciencia. Pareció que todo se armaba, los engranajes empalmaron, se

⁴⁸ Véase las cartas del 15 y 23 de septiembre de 1895 (Carta 73 y 74/28). En S. Freud (1985 [1887-1904]: 141-145).

tuvo la impresión de que ahora la cosa era efectivamente una *máquina* y echaría a andar por sí sola enseguida (1985 [1887-1904]: 150; Carta 78/32, del 20 de octubre de 1895).

Una máquina. ¿A qué sirve este empeño en transponer en términos “mecanicistas” la descripción de los sentimientos? Es que para escapar de una explicación clínica de la neurosis, meras abstracciones provisionarias que se limitaban a los aspectos fenomenológicos de la enfermedad, se hizo necesario el establecimiento de leyes para acercarse al psiquismo, esta máquina mental tal y como él mismo la define.⁴⁹

I.3.2. Los engranajes del “aparato neuronal” en el “Proyecto de psicología” (1950a [1887-1902]).

Ideas rectoras que enmarcan la inquietud científica de Freud en fundar una “psicología para neurólogos” según el modelo de las ciencias físico-químicas: las nociones de cantidad y de neurona.

El valor del “Proyecto de psicología”⁵⁰ (1950a [1887-1902]), reside en el

⁴⁹ Leyes que a su vez obedecen a un modelo económico, más apropiado para abarcar ciertos hechos observados en la clínica, teniendo muy claro que “una concepción general satisfactoria de las perturbaciones neuropsicóticas es imposible sin establecer vínculos con hipótesis claras sobre los procesos psíquicos normales.” En S. Freud (1985 [1887-1904]: 131; Carta 64/24, del 25 de mayo de 1895).

⁵⁰ El “Proyecto” presenta la peculiaridad de haber sido publicado en 1950, once años después de la muerte de su autor. La primera noticia que se tiene de él fue a través de

intento de Freud por explicar el funcionamiento mental no según la anatomía dominante, sino por el modo en que algunas nociones fueron introducidas y que, más tarde, han dado lugar a las elaboraciones psicoanalíticas propiamente dichas.⁵¹ El objetivo del presente análisis es el de demostrar que esta obra anticipa la formulación de determinados conceptos que sólo en un segundo momento fueron definidos más cabalmente.⁵² En ese sentido, es mediante una lectura a *posteriori* que el referido texto asume el rango de uno de los más fundamentales trabajos de Freud: la emergencia de una formulación inaugural sobre la pulsión se encuentra allí esbozada. El desarrollo del “Proyecto” tampoco excluye determinados enunciados que, aunque serían posteriormente abandonados, presentan la posibilidad de aclarar algunos aspectos oscuros del

Marie Bonaparte, que adquiere no sin esfuerzo y empeño las cartas de Freud a Fliess, entre las cuales había manuscritos y este trabajo. Lo que significa que el “Proyecto” es testigo de la relación entablada con Fliess y que por lo tanto debe ser leído en el marco de esta relación. Sobre el proceso de adquisición de este material y la consecuente renuencia de Freud en publicarlo, véase la “Introducción” de J. M. Masson sobre la correspondencia entre Freud y Fliess, en S. Freud (1985 [1887-1904]: xiv - xxviii). Asimismo, véase P. Gay (1988: 679-681).

⁵¹ No valoraremos la pertinencia de los conceptos fisiológicos utilizados. Para una panorámica del tema en cuestión, véase M. Mancia (1995: 9-19).

⁵² Fue en el “Proyecto” donde Freud introdujo nociones alrededor de las cuales gravitará la metapsicología, tales como las de “proceso primario” (*Primärvorgang*) y “proceso secundario” (*Sekundärvorgang*), la de “vivencia de satisfacción” (*Befriedigungserlebnis*) desarrolladas más a fondo en *La interpretación de los sueños* (1900a [1899]). Otras nociones, en cambio, han requerido un largo proceso de incubación y sólo en *Más allá del principio del placer* (1920g) han salido a la luz, como el desarrollo posterior de las nociones de “protección antiestímulo” (*Reizschutz*) y de “ligadura” (*Bindung*).

conjunto de los escritos de Freud.⁵³ Cuestiones que serán tratadas sin perder de vista la especificidad de los enunciados en relación con el contexto en que fue formulado.⁵⁴

Son dos las tesis principales que Freud presenta en la “Introducción” de este estudio: “1. concebir lo que diferencia la actividad del reposo como una *Q* sometida a la ley general del movimiento, y 2. suponer como partículas materiales las neuronas” (1950a [1887-1902]: 339), que integran la proposición de “brindar una psicología de ciencia natural, a saber, presentar procesos psíquicos como estados cuantitativamente comandados de unas partes materiales comprobables” (1950a [1887-1902]: 339).⁵⁵

⁵³ En la misma línea, es posible el advenimiento de una tendencia en el psicoanálisis actual de fundamentar algunas hipótesis psicoanalíticas a partir de las tesis expuestas en el “Proyecto”. Silvia Bleichmar, por ejemplo, no sólo reflexiona, sino también emplea las cuestiones teóricas planteadas en el “Proyecto”, desgajadas, esto sí, de sus aspectos neurofisiológicos, para de ahí establecer un modelo de los orígenes del psiquismo. Véase S. Bleichmar (1993: 17-68). Asimismo, para una lectura actualizada del “Proyecto”, véase M. de M. Aisa y B. P. García (1995: 21-34).

⁵⁴ Leer el texto según su contexto implica necesariamente mencionar, al menos, el paralelo entre el pensamiento de Freud y el idealismo alemán que empieza con Kant y alcanza su punto culminante con la *Fenomenología del espíritu*, de Hegel. Supone también introducir el pensamiento de Freud en la tradición positivista, inspirada por la figura de Fechner, que proponía el tratamiento de los fenómenos psíquicos desde la perspectiva cuantitativa. Como también Herbart que nutría la creencia, compartida por Freud, sobre la posibilidad de expresar los procesos psíquicos mediante el establecimiento de leyes científicas. Véase L. A. García-Rosa (1991a: 69-78).

⁵⁵ Desde luego, el elemento original y no menos problemático de este planteamiento, reside no tanto en descifrar las metáforas hidrodinámicas presentes en el texto como en articular ambas tesis.

Aunque las neuronas sean definidas como unidades anatómicamente independientes unas de las otras e iguales entre sí, desde el punto de vista estructural son distintas. Esta perspectiva, propuesta por Freud, disipa el entendimiento sobre las neuronas desde el punto de vista de elementos operantes en los distintos sistemas y subraya que ellas mismas constituyen los diversos sistemas que componen este aparato y que, a su vez, están relacionadas entre sí mediante un complejo entramado de conexiones.

Para dar cuenta de un modelo anclado en la excitación neuronal como una *Q de energía en movimiento* que circula entre los diversos sistemas, Freud inicialmente busca el modo por el cual el “aparato neuronal” (*neuronal Apparat*) reacciona ante el influjo de determinadas cantidades de energía. Establece entonces una concepción cuantitativa “extraída directamente de observaciones patológico-clínicas, en particular aquéllas en que se trata de unas representaciones hipertensas, como en la histeria y en la neurosis obsesiva” (1950a [1887-1902]: 339).

<p><i>Matizaciones sobre la terminología empleada por Freud para explicar el factor cuantitativo.</i></p>

Releyendo el conjunto de los textos de Freud no es difícil constatar que la ambigüedad que revisten los términos Q y $Q\dot{\eta}$ ⁵⁶ supera los problemas terminológicos enmarcados en este trabajo y atraviesa toda su obra, muestra cabal de que gran parte de su pensamiento refleja la preocupación básica en discernir las fuerzas psíquicas y los procesos que afectan el funcionamiento del aparato psíquico. A partir de ahora se esbozará lo que se considera como las líneas que derivan del interés de Freud sobre el factor cuantitativo, no sin antes mencionar que desde el año de 1894, en su trabajo sobre las neuropsicosis de defensa, Freud tiene formulada la hipótesis sobre este mismo factor. Hela aquí:

en las funciones psíquicas cabe distinguir algo (monto de afecto, suma de excitación) que tiene todas las propiedades de una cantidad -aunque no poseamos medio alguno para medirla-; algo que es susceptible de aumento, disminución, desplazamiento y descarga, y se difunde por las huellas mnémicas de las representaciones como lo haría una carga eléctrica [*elektrische Ladung*] por la superficie de los cuerpos (1894a: 61).

⁵⁶ La noción de cantidad presenta cierta ambigüedad puesto que Freud la designa ora como Q , ora como $Q\dot{\eta}$; la primera aparece como “cantidad exterior” y la segunda como “cantidad psíquica”. Sin embargo, su empleo es en muchas ocasiones impreciso; no es raro el empleo de Q para designar de modo genérico la energía que circula por el aparato neuronal. Q representa también una energía de origen interno que, igual que la energía externa, deberá someterse a una cierta transformación para ser utilizada por este aparato neuronal. Quizás esta ambigüedad está relacionada con la desconocida naturaleza del “movimiento neuronal”, tal y como Freud advierte. En S. Freud (1950a [1887-1902]: 420 y 427). Para llevar a cabo la lectura de este texto se ha optado considerar Q como la cantidad de excitación externa y $Q\dot{\eta}$ como cantidad de excitación interna, de orden psíquica.

La llamada “teoría de la investidura” (*Besetzungstheorie*) es la más fundamental de las hipótesis formuladas por Freud. Este símil, que se refiere al “monto de afecto” (*Affektbetrag*), supone la distinción entre cantidad y neurona en idéntica perspectiva que “monto de afecto” y “representación” (*Vorstellung*) y se aproxima a la teoría de la investidura ya que ésta también se refiere a las relaciones entre neuronas y cantidad. Sin embargo, no es lícito ubicar en el mismo nivel de análisis los conceptos de “monto de afecto” (*Affektbetrag*) y de “investidura” (*Besetzung*) puesto que mientras el primero designa la energía del sistema nervioso, el segundo denota un comportamiento específico de esa energía en el interior del aparato.⁵⁷

Dentro de este mismo orden de consideraciones, la comparación entre “monto de afecto” y “suma de excitación” (*Erregungssumme*) con la de “carga eléctrica” (*elektrische Ladung*) aproxima la noción de “carga” (*Ladung*) con la de “investidura” (*Besetzung*). Sin embargo, ocurre que *Besetzung* significa “ocupación” de un espacio⁵⁸; de modo que “ocupar” no es lo mismo que

⁵⁷ Por otra parte, vale subrayar que en el “Proyecto”, el proceso de investidura psíquica debe ser entendido como un fenómeno neurológico, si bien años después se incorporará a la noción de “energía libre” (*freie Energie*) y de “energía ligada” (*gebundene Energie*), corolario de los procesos primario y secundario, como también la hipótesis del principio de constancia.

⁵⁸ “La expresión *Besetzung* significa ‘ocupación’ de un territorio, de un puesto, de una línea telegráfica (...). La ocupación militar implica cierta asignación de ‘valores’ a un territorio: se controlan ciertos lugares importantes, se concentran tropas en ciertos puntos;

“cargar”, tal y como plantea Etcheverry.⁵⁹ Tanto es así que la noción de carga se aplica más a sistemas inanimados y no a procesos que ocurren en el interior del organismo, tal y como revela el significado que Freud da al término *Besetzung* en el “Proyecto”, a saber, la ligazón entre energía interna con una neurona o grupo de neuronas.

1. Sobre la *cantidad de energía indiferente*. También respecto a ésta Freud hizo hincapié en su oscuro origen. Aunque pocas veces mencionada en este texto, la pulsión se aproxima a la noción de *cantidad de energía indiferente*.⁶⁰

para ello se requiere ‘cantidad’ (pertrechos y soldados), pero también una ‘estrategia posicional’.” Véase J. L. Etcheverry en el volumen de presentación de las *Obras Completas* de S. Freud (1978: 46). En la medida en que fusionan los términos investidura y ocupación, se puede decir que la teoría de la investidura corresponde al símil de la ocupación. Sin embargo, estas aclaraciones terminológicas, aunque sirvan para situar este término, no abarcan todas las connotaciones que la *Besetzung* asume a lo largo de los escritos de Freud. Una de las cuales, mencionada por Etcheverry, es la de *Bedeutung*, término que este autor prefiere traducir por “significatividad”, “significado”, “valor” o “intencionalidad”. Véase J. L. Etcheverry, en S. Freud (1978: 48). Señala que el puente que permite la articulación entre ambos términos es el entendimiento de investidura, en algunos lugares de la obra de Freud, como “mensaje” (*Nachricht*), “metáfora telegráfica, la activación de una línea, posicionalmente determinada dentro de una red de lugares, mediante una cierta cantidad de energía.” Véase J. L. Etcheverry en S. Freud (1978: 47). Otra connotación de la *Besetzung*, señalada por Garcia-Rosa (1991a: 92), es la que permite distinguir esta teoría antes y después del establecimiento de la hipótesis estructural del inconsciente, a saber, aunque la distinción entre neurona y cantidad presenta la misma perspectiva que la establecida entre afecto y representación, no presentan las mismas resonancias. Es decir, tal y como plantea Ricoeur (1965: 78), no es lo mismo hablar de neuronas investidas que hablar de representaciones investidas.

⁵⁹ En S. Freud (1978: 46).

⁶⁰ Planteamiento no menos problemático que se extiende a lo largo de sus obras posteriores, tal y como revela la proposición sobre la naturaleza ignota del factor cuantitativo expuesta en 1920. Hela aquí: “El carácter impreciso de todas estas elucidaciones nuestras, que llamamos metapsicológicas, se debe, por supuesto, a que no

Esta cuestión es de capital importancia y determinará toda la reflexión freudiana sobre la pulsión. Sin embargo, no excluye la proximidad entre esta energía indiferente, es decir, esta Q endógena, los *estímulos endógenos* “antecedentes” del concepto de pulsión y el factor cuantitativo.

Se advierte también el problema de la simetría entre los términos. Las expresiones “monto de afecto” (*Affektbetrag*) y “suma de excitación” (*Erregungssumme*) son utilizadas aquí como sinónimas, equivalencia no exenta de problemas terminológicos que harán algunas formulaciones posteriores de Freud profundamente oscuras.⁶¹ En *Estudios sobre la histeria* (1893-1895: 12), Freud afirma que los afectos “van acompañados de un acrecentamiento de excitación”, lo que nos muestra que afecto y suma de

sabemos nada sobre la naturaleza del proceso excitatorio en los elementos del sistema psíquico, ni nos sentimos autorizados a adoptar una hipótesis respecto de ella. Así, operamos de continuo con una gran X que transportamos a cada nueva fórmula.” En S. Freud (1920g: 30). Teniendo en cuenta que en este periodo Freud hace hincapié sobre la relación de correspondencia entre “monto de afecto” (*Affektbetrag*) y “pulsión” (*Trieb*), planteamiento expuesto en “La represión” (1915d). Véase S. Freud (1915d: 147). Como quiera que sea, esa “energía psíquica indiferente” trae en escena no sólo la cuestión de la naturaleza de esa energía, sino también el problema de la cantidad con el de las pulsiones, hipótesis que Freud descarta rotundamente para no caer en el monismo junguiano (véase II.4.3. y IV.3.1.).

⁶¹ Por ahora, vale mencionar que, posteriormente, el “afecto” (*Affekt*) corresponderá no sólo a un mecanismo de descarga, sino que también tendrá una cualidad. “Excitación” (*Erregung*), en cambio, será uno entre los términos utilizados por Freud para describir la energía de investidura, equivalente a la noción de cantidad planteada en el “Proyecto” (véase II.4.3.).

excitación son, en efecto, nociones distintas. Ésta es la posición de Strachey⁶², quien sostiene que monto de afecto se refiere a una determinada manifestación de la suma de excitación.⁶³ De todos modos, lo cierto es que la cantidad de energía que circula por el aparato neuronal es un monto finito, sometida a alteraciones de nivel aunque no necesariamente mensurable.

2. Sobre el principio regulador del aparato. Este aparato neuronal, articulador de sistemas distintos que transforma las fuerzas que por él circulan, descarga la energía según el “principio de inercia neuronal” (*Prinzip der Neuronenträgheit*)⁶⁴, responsable del movimiento reflejo. Es la descarga motora de la cantidad de excitación recibida por la neurona sensitiva. A esa función primaria de descarga se suma otra, la de huida del estímulo, que consiste en mantener determinadas vías alejadas de la fuente de excitación. La situación se complica por la circunstancia de que el organismo es afectado por el influjo de estímulos endógenos. De modo que la tendencia a librarse de la energía según el principio de inercia neuronal se encuentra comprometida

⁶² En S. Freud (1894a: 68).

⁶³ Un autor como Green también sostiene la diferencia entre monto de afecto y suma de excitación. Dice este autor: “Por tanto, si todo afecto remite al aspecto cuantitativo de energía pulsional que le corresponde, toda cantidad de energía no está forzosamente en relación con un afecto.” En A. Green (1973: 42).

⁶⁴ Esta formulación sobre el principio de inercia neuronal, en términos de tendencia a descarga a nivel cero de acuerdo con las leyes del “proceso primario” (*Primärvorgang*), estará presente en toda teoría freudiana según los sucesivos planteamientos sobre el “principio de placer” (*Lustprinzip*), “principio de constancia” (*Kontanzprinzip*) y el “principio de Nirvana” (*Nirwanaprinzip*).

por estímulos que provienen del interior del propio cuerpo, que también buscan la descarga, y que producen las grandes necesidades del hambre, la respiración y la sexualidad.

Al contrario de los estímulos externos, los internos no ofrecen posibilidad de huida; en la medida en que solamente son eliminados mediante una “acción específica” (*spezifische Aktion*), no encuentran solución con la descarga de $Q\eta$ (endógena), proceso que no ocurre con la descarga de la cantidad de energía exógena (Q).⁶⁵ De modo que “el sistema de neuronas está forzado a resignar la originaria tendencia a la inercia, es decir, al nivel cero” (1950a [1887-1902]: 341). Existe una *tendencia* opuesta al principio de inercia dado que es necesario acumular la cantidad de energía, mantenerla en un nivel lo más bajo

⁶⁵ Esta condición definida como “apremio de la vida” (*Lebensnot*) muestra que si el principio de inercia funcionase plenamente llevaría a la muerte del individuo, puesto que el organismo no dispondría de una energía de reserva para colmar las exigencias de los estímulos exógenos. En este punto es lícito cuestionar la noción misma de organismo planteada por Freud, tal y como advierte Laplanche (1970:82), precisamente por el hecho de que el funcionamiento del principio de inercia neuronal conduce a la muerte del organismo. A pesar de la transformación del proceso primario al secundario, indicando que el primero busca una suerte de “modificación adaptativa”, este principio no se refiere al proceso de descarga de energía de un organismo vivo, sino que se sitúa más bien en el “nivel de las representaciones”. Al mismo tiempo que es “un modelo de muerte y no de vida” puede ser entendido como modelo de “funcionamiento del inconsciente”. En este mismo orden de consideraciones, el apremio de la vida viene a complejizar este esquema mecanicista en la medida en que fuerza al aparato neuronal a ahorrar energía. Como afirma este mismo autor en otro trabajo, “por un verdadero pase mágico, para mejor desembarazarse de la energía esta máquina no-vital debería aprender a vivir, es decir, acumular energía.” En J. Laplanche (1987a: 48).

posible y protegerla contra cualquier aumento.⁶⁶ Más adelante, identificará la *tendencia* a evitar el displacer con el principio de inercia (1950a [1887-1902]: 356).⁶⁷

En este orden de consideraciones vale subrayar la función de las “barreras-contacto” (*Kontaktsschrank*).⁶⁸ La $Q\dot{\eta}$ se acumula gracias a la función de resistencia ejercida por las barreras-contacto entre los sistemas de neuronas impidiendo la descarga total. A partir de la coordinación entre la teoría de la cantidad y el cuadro de neuronas, se “obtiene la representación de una neurona (N) *investida* {*besetzt*}, que está llena con cierta $Q\dot{\eta}$, y otras veces puede estar vacía” (1950a [1887-1902]: 342; las llaves son de Etcheverry).

Queda claro que el planteamiento que Freud hace sobre el concepto de

⁶⁶ En ese sentido, lo que aparece como principio de inercia se aproxima más bien a la formulación sobre el principio de constancia que se encuentra implícito desde su colaboración con Breuer, pero que será formulado por Freud como una hipótesis sólo a partir de 1920. Véase S. Freud (1920g).

⁶⁷ Aquí se perfila las primeras indicaciones sobre las sensaciones de placer y displacer, tampoco formuladas como un principio regulador, pero que anticipan la concepción según la cual la sensación de placer se identifica con la descarga de la tensión, mientras que el displacer “se coordinaría con una elevación del nivel de $Q\dot{\eta}$ o de un acrecentamiento cuantitativo de presión; sería la sensación ω frente a un acrecentamiento cuantitativo de $Q\dot{\eta}$ en ψ .” En S. Freud (1950a [1887-1902]: 356). Siguiendo este razonamiento, la formulación sobre el principio de placer estaría implícita en la idea de descarga del principio de inercia, equivalencia entre ambos principios que será descartada por Freud en “El problema económico del masoquismo” (1924c; véase III.2.2).

⁶⁸ Noción que anticipa la de sinapsis anunciada por Sherrington en 1907 que consiste en la transmisión funcional de la energía entre las terminaciones de las células nerviosas.

“investidura” (*Besetzung*) no se refiere únicamente a una mera ocupación; se trata de neuronas que requieren ser investidas por una cierta cantidad de energía para circular en el interior de este sistema vivo que es el aparato neuronal. Hay, pues, que destacar la posición de las neuronas y la relación entre “investidura” (*Besetzung*) y “facilitación” (*Bahnung*), así como la función de las “barreras-contacto” (*Kontaktsschrank*) en el tránsito de la energía. En definitiva, se trata de una “estrategia de ocupación” que considera la complejidad del aparato neuronal.

La topografía del aparato neuronal o el marco teórico de la primera formulación sobre la pulsión.

La tesis sobre las “barreras-contacto” (*Kontaktsschrank*) permite explicar la memoria así como la distinción entre las neuronas, dado que las funciones de memoria y de percepción son incompatibles.⁶⁹ Ésta es la naturaleza de la distinción de las neuronas entre neuronas *pasaderas* (φ , Phi), que permiten el paso de $Q\eta$ pero sin retenerla y neuronas *impasaderas* (ψ , Psi), que ofrecen

⁶⁹ Para que incluso exista un aparato neuronal es necesaria la existencia de un sistema de neuronas que no se altere con cada nueva percepción, que no se limite a la conducción de energía y su descarga, sino que tenga la posibilidad de almacenarla.

resistencia en el paso de $Q\eta$ y retienen las cantidades parciales de energía allí tramitadas.

Dos elementos caracterizan la propiedad esencial del sistema de neuronas: la retención de una determinada cantidad de energía y, al mismo tiempo, la posibilidad de permanecer receptivo a los demás influjos. El fundamento de la distinción entre estos dos sistemas se encuentra en la función misma del sistema de neuronas, o sea, de “recoger los estímulos de *afuera*, y descargar las excitaciones endógenamente generadas” (1950a [1887-1902]: 347). Se adecua a la función del sistema ϕ en recibir los estímulos exteriores y del sistema ψ por el influjo de las excitaciones endógenas.⁷⁰

Por otra parte, es la disminución de las resistencias de algunas de las barreras-contacto, la que facilita el camino hacia determinadas vías y no hacia otras, lo que caracteriza a la memoria. Tal y como advierte Derrida, una de las condiciones de la memoria es la diferenciación respecto a determinadas vías. Es decir, “no hay *abrirse-paso* [*Bahnung*] puro sin diferencia” (1967: 277). La “facilitación” o el “abrirse-paso”, tal y como Derrida nombra al término

⁷⁰ Desde el punto de vista anatómico, el primer sistema corresponde a la sustancia gris espinal expuesta directamente al mundo exterior, mientras que el segundo corresponde a la sustancia gris encefálica, sin conexión periférica.

Bahnung, incorpora tanto la apertura como la dificultad en lograr esa apertura.

En efecto, la memoria evidentemente es, en relación con el decurso excitatorio, uno de los poderes comandantes, que señalan el camino, y con una facilitación igual en todas partes no se entendería la predilección por un camino. Por eso se puede decir, con mayor corrección todavía: *La memoria está constituida por los distinguos dentro de las facilitaciones entre las neuronas ψ* (1950a [1887-1902]: 344-345).

Lo que Freud llama el “*resorte pulsional* del mecanismo psíquico [*Triebfeder des psychischen Mechanismus*]” (1950a [1887-1902]: 360), muestra que el sistema de neuronas ψ no presenta ninguna pantalla protectora contra el influjo de las cantidades de excitación endógena; existe una conexión directa entre los estímulos y las neuronas de este sistema.⁷¹

⁷¹ Además de almacenar la energía que recibe directamente de la fuente endógena, el sistema ψ recibe directamente la energía exógena proveniente del sistema ϕ . Son estos los procesos neuronales considerados como ‘inconscientes’, es decir, que existen como independientes de una conciencia. En S. Freud (1950a [1887-1902]: 352). Por un lado, la introducción del término “inconsciente” (*Unbewusst*) no significa que ya esté concebido desde el punto de vista estructural, sino más bien como una función de los sistemas de neuronas ψ y ϕ . Por otro, dado que el problema de la conciencia se entrama directamente con el de la cualidad, Freud pregunta, “¿cómo se generan las cualidades y dónde se generan las cualidades?” En S. Freud (1950a [1887-1902]: 352). De este orden de consideraciones atribuye la función de la conciencia a un tercer sistema de neuronas, el sistema ω (Omega), la sede de las percepciones, que “es excitado juntamente a raíz de la percepción, pero no a raíz de la reproducción, y cuyos estados de excitación darían por resultado las diferentes cualidades; vale decir, serían *sensaciones conscientes*.” En S. Freud (1950a [1887-1902]: 353). En la medida en que este sistema actúa como órgano de percepción, es también pasadero. Incluso el motivo por el cual Freud utiliza la letra griega ω (Omega, minúscula) expresa precisamente su similitud con la letra W, empleada para designar la percepción. Vale subrayar que la concepción de la conciencia como sede de las percepciones será mantenida por Freud a lo largo de su obra, pero alterando su estatuto de función y buscando a la vez su estatuto metapsicológico al definirla como sistema percepción-conciencia. Como quiera que sea, en el “Proyecto” define la conciencia en su relación con la percepción como “el lado *subjetivo* de una parte de los procesos físicos del sistema de

De modo que la función de las barreras-contacto adquiere un importante relieve puesto que tanto ofrecen resistencia como permiten el paso de $Q\dot{\eta}$. Es el mayor nivel de resistencia de las barreras-contacto frente a la pequeña cantidad de $Q\dot{\eta}$, inferior a la constante si se toma de modo aislado, el que permite un almacenamiento suplementario de $Q\dot{\eta}$ en el sistema de “neuronas ψ núcleo”⁷².

Este nuevo aporte de $Q\dot{\eta}$ conduce a un cambio estructural: el sistema ψ pasa a ser nutrido por la fuente pulsional -endógena- de forma intermitente, y genera lo que Freud llama *impulsión* responsable por toda actividad psíquica. “Tenemos noticia de este poder como la *voluntad*, el retoño de las *pulsiones* [Wir kennen diese Macht als den Willen, den Abkömmling der Triebe]” (1950a [1887-1902]: 362). He aquí la emergencia de una primera formulación de Freud sobre la pulsión que también se encuentra perfilada en el planteamiento sobre la existencia de estímulos endógenos de los cuales no se puede huir.

neuronas, a saber, de los procesos ω , y la ausencia de la conciencia no deja inalterado al acontecer psíquico, sino que incluye la ausencia de la contribución del sistema ω .” En S. Freud (1950a [1887-1902]: 355-356).

⁷² Las “neuronas ψ núcleo” son el grupo de neuronas ψ investidas desde la fuente pulsional en contraposición a las “neuronas ψ manto o *pallium*”, otra fuente del sistema ψ , investidas desde el sistema ϕ .

Estas excitaciones endógenamente generadas sólo se dan a conocer cuando son proyectadas hacia el mundo exterior para ser enseguida registradas por la red de las barreras-contacto. De este arrojar hacia fuera la excitación endógena, se puede deducir que se conoce la pulsión mediante sus efectos. El resultado de este esfuerzo es potencialmente creador, pero en ningún caso independiente de su fuente originaria.⁷³

<i>Primeros esbozos del vínculo entre la pulsión y la constitución del yo.</i>
--

Ahora bien, la tensión acumulada endógenamente, es decir, la pulsión, sólo puede ser descargada mediante una “acción específica” (*spezifische Aktion*). Freud llama “esfuerzo” (*Drang*) este afán de descarga, que en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c) será uno de los elementos constituyentes de la pulsión, su factor motor. El único modo que el niño encuentra para descargar este aumento de tensión es mediante descargas no específicas. El llanto, el

⁷³ Se perfila aquí la tesis según la cual las pulsiones son identificables a través de sus “representantes psíquicos” (*Psychischerrepräsentanzen*) planteada por Freud en “Lo inconsciente” (1915e). “Una pulsión nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia; sólo puede serlo la representación que es su representante. Ahora bien, tampoco en el interior de lo inconsciente puede estar representada si no es por la representación. Si la pulsión no se adhiere a una representación ni saliera a la luz como un estado afectivo, nada podríamos saber de ella.” En S. Freud (1915e: 173).

grito, el pataleo no elimina la tensión en el sistema ψ , es decir, el aumento de tensión endógena no se elimina mediante una simple descarga motora, ya que este aumento de tensión está ligado al “apremio de la vida” (*Lebensnot*). Además, produce un sentimiento de displacer en el sistema de neuronas ω . La acción específica, única capaz de eliminar el estado de estimulación en la fuente, se efectúa con el auxilio ajeno. Tras esta “vivencia de satisfacción” (*Befriedigungserlebnis*) se establece una facilitación entre las neuronas *núcleo* y las neuronas *manto*, y la descarga duradera elimina el esfuerzo que había producido displacer en el sistema ω .

La “vivencia de dolor” (*Schmerzserlebnis*) surge cuando cantidades excesivas perforan los dispositivos-pantallas en el sistema ϕ , filtrando el exceso de estimulación provenientes del exterior sin elaboración. Se establece en el sistema ψ : a.) un aumento de tensión sentido como displacer en el sistema ω ; b.) una tendencia a la descarga; c.) una facilitación entre la tendencia a la descarga; d.) una imagen-recuerdo del objeto productor del dolor.

La vivencia de satisfacción y la vivencia de dolor culminarán con la formulación de los conceptos de “deseo” (*Wunsch*) y “defensa” (*Abwehr*). La vivencia de satisfacción tiene como efecto un estado de deseo, la atracción

hacia el objeto que colma la tensión pulsional, mientras que la vivencia del dolor supone el rechazo del objeto hostil y la ineptitud para mantener investida su imagen mnémica, tendencia denominada por Freud como “defensa primaria” (*primäre Abwehr*) o “represión” (*Verdrängung*).

Del deseo de alcanzar al placer que produjo la vivencia de satisfacción se instaura el yo que altera considerablemente las vías de tramitación primarias que van del deseo a la alucinación y previene el irrumpimiento del dolor, ambas experiencias colmadas de displacer. Freud lo concibe como un grupo de neuronas constantemente investido dentro del sistema ψ con la finalidad de discriminar los estímulos exteriores captados y tramitados por el sistema ϕ de las cantidades de excitación endógena, el llamado “*resorte pulsional* del mecanismo psíquico [*Triebfeder des psychischen Mechanismus*]” (1950a [1887-1902]: 360).

Como una organización, -conjunto organizado de neuronas- el yo presenta la función de “inhibición” (*Hemmung*) o de “represión” (*Verdrängung*)⁷⁴ con la finalidad de evitar la alucinación de las “representaciones-fantasías”

⁷⁴ Con el descubrimiento de la hipótesis estructural del inconsciente, la equivalencia entre represión e inhibición será abolida. Mientras la inhibición será designada como la reacción del yo ante el placer y el displacer que evoca una vivencia ubicada en el mismo estrato representacional que constituye al yo como una organización, en la represión el recuerdo displacentero que retorna a posteriori no pertenece al mismo registro en que ocurrió la vivencia.

(*Phantasievorstellungen*) y garantizar así el mantenimiento de una vía de satisfacción del deseo de acuerdo con las exigencias de la realidad, lo que significa prorrogar la descarga hasta encontrar una identidad entre “representación-recuerdo” (*Erinnerungsvorstellung*) y “representación-percepción” (*Wahrnehmungsvorstellung*).⁷⁵

Son los “signos de realidad objetiva” (*Realitätszeichen*) que permiten el discernimiento entre representación y percepción.⁷⁶ Los estímulos exteriores penetran en el sistema φ a través del sistema ψ hasta el sistema ω , que tienen la tarea de conferir a ψ “signos de cualidad” (*Qualitätszeichen*). En ese sentido, se perfila el estrecho vínculo del yo con la problemática de la realidad y con la “repetición” (*Wiederholung*) de la vivencia de satisfacción al buscar incesantemente la identidad respecto al objeto dado que dispone de recursos para discernir lo que es realidad de lo que pretende darse como tal. Impide la

⁷⁵ Desde luego, las percepciones constituyen también “representaciones” (*Vorstellungen*), es decir, complejos de imágenes. Como menciona Fainblun y Valls (1980: 276) la génesis del yo concebida en el “Proyecto” es el resultado de la “interrelación del adentro y el afuera, entre el sujeto y el objeto, en el que, dialécticamente, el mundo exterior se va transformando en mundo interior; las percepciones en recuerdos y los enlaces entre recuerdos, y, en ese devenir, esto ya es pensamiento, siempre partiendo de la búsqueda del placer y la huida ante el dolor.”

⁷⁶ Como bien advierte Strachey en una nota al pie de página del “Proyecto”, esta distinción entre representación y percepción es uno de los primeros esbozos de lo que será posteriormente analizado por Freud como “examen de realidad” (*Realitätsprüfung*). Véase J. Strachey en S. Freud (1950a [1887-1902]: 370, n. 80).

alucinación para que el “examen de realidad” (*Realitätsprüfung*) actúe inhibiendo la descarga de energía, mantenerla en un nivel constante para efectuar las descargas específicas realizadas inicialmente por el objeto del cual depende el sujeto desvalido. Lo que dará lugar a la distinción entre “procesos primarios” (*Primärvorgängen*) y “procesos secundarios” (*Sekundärvorgängen*). Los primeros conducen a la descarga total de la defensa, el pleno desarrollo de displacer en el caso de los síntomas, mientras que los procesos psíquicos secundarios manifiestan la buena investidura del yo al valorar correctamente los signos de realidad o signos de cualidad (1950a [1887-1902]: 372) enviados al sistema ψ por ω .⁷⁷

De modo que la nueva lógica introducida con el proceso secundario viene del exterior del organismo y declara la incompatibilidad entre proceso primario y el yo. El yo inhibe el proceso primario reteniendo la energía para que ésta no circule libremente mediante el mecanismo de la atención, (que se desarrolla de la percepción a la inteligencia y permite una elección entre los diversos tipos

⁷⁷ Procesos que reflejan el paso de una descarga inmediata hacia una prorrogación de la misma hasta que se encuentre, en el objeto, las condiciones que permitan la descarga de la tensión pulsional. O sea, “mientras el proceso primario sólo se preocupa por la identidad, el proceso secundario se ve impelido a realizar un rodeo porque lo que le interesa es la adecuación de la descarga; es decir, encontrar lo idéntico en lo diferente”. En D. E. S. Kraut (1995: 57). Lo que en la terminología empleada en *La interpretación de los sueños* (1900a [1899]) será definido por Freud por “identidad perceptiva” (*Wahrnehmungsideutität*) e “identidad de pensamiento” (*Denkideutität*), respectivamente. En S. Freud (1900a [1899]: 591).

de descarga).⁷⁸

Este yo investido de modo constante va constituyéndose al establecer nuevas vías de facilitación mediante investiduras colaterales, es decir, el proceso de desviación o de inhibición de las antiguas vías de facilitación para alcanzar la satisfacción del deseo plasmadas inicialmente en el pensamiento reproductivo y, después, en el pensamiento práctico, el cognoscitivo, el observador y el crítico. Esto señala que el proceso del pensar está traspasado de subjetividad.

Freud describe tres casos en los que se vislumbran las posibilidades de identidad entre representación-recuerdo y representación-percepción, es decir, entre sujeto y objeto. “Meta y término de todos los procesos de pensar es, entonces, producir un *estado de identidad* [*Identitätszustandes*]” (1950a [1887-1902]: 378). El primero consiste en una identidad absoluta entre ambos; situación mítica que en nada corresponde a la vida real del sujeto. El orden de las coincidencias o de las identidades termina por aquí. A partir de ahora se perfilará el rodeo que el yo tendrá que ejercitar para adecuarse al objeto.

⁷⁸ Teniendo en cuenta que estas representaciones no “tiene permitido alterar esencialmente las facilitaciones creadas por los procesos primarios, pues así falsearía las huellas de la realidad objetiva”. En S. Freud (1950a [1887-1902]: 380).

El segundo caso viene a señalar la identidad apenas parcial entre la representación-recuerdo proveniente de la investidura del deseo con el objeto. El resultado de esta semejanza (no-identidad) es la suspensión de la descarga y la instauración el proceso del pensar con la finalidad de discernir el objeto y poner en marcha la acción específica.

Finalmente, el tercer caso muestra la ausencia completa de identidad entre la representación-recuerdo y la representación-percepción. El sujeto tendrá entonces que rastrear una vía que le proporcionará aproximaciones respecto al objeto a partir del descubrimiento de semejanzas parciales. Así, pues, la posibilidad de encontrar una suerte de identidad con el objeto queda abierta, tarea llevada a cabo mediante el “juicio” (*Urteil*).⁷⁹

En definitiva, la actividad de pensamiento será el resultado de la desemejanza entre representación-recuerdo y representación-percepción y estará basada en un prolijo rodeo que el yo ejercitará para lograr una coincidencia entre ambas. De este modo se perfila una concepción del yo en el “Proyecto” que encuentra su génesis en el objeto de la acción específica y que paulatinamente toma para sí esta tarea, no sin inhibición, función en la que se mantiene para afrontarse

⁷⁹ *Urteil*, término formado por *Ur*, que indica algo “primordial”, “originario” y por *teil*, “fracción”. Juicio o fracción originaria.

contra la alucinación del deseo y que le servirá de soporte en su búsqueda incesante de encontrar la identidad en la diferencia con la finalidad de le garantizar su supervivencia, “*la fuente primordial de todos los motivos morales [die Urquelle aller moralischen Motive]*” (1950a [1887-1902]: 363).⁸⁰

El razonamiento de Freud refleja el cambio en las expresiones destinadas a explicar el funcionamiento del aparato neuronal. Como advierte Canteros (1996: 322), si bien Freud en el “Proyecto” empieza hablando de sistema de neuronas y de cantidad, termina analizando al pensamiento.⁸¹ El giro del léxico

⁸⁰ Concebir la moral vinculada con a la supervivencia significa circunscribir lo inmoral, lo peligroso como lo que atenta contra esta misma supervivencia. Es precisamente esta concepción de la moral que un pensador como Nietzsche critica. “Mientras la utilidad que domine en los juicios morales de valor sea sólo la utilidad del rebaño, mientras la mirada esté dirigida exclusivamente a la conservación de la comunidad, y se busque lo inmoral precisa y exclusivamente en lo que parece peligroso para la subsistencia de la comunidad: mientras esto ocurra, no puede haber todavía una ‘moral del amor al próximo’”. En F. Nietzsche (1885: 141-142). Ahora bien, si bien en este periodo de su pensamiento, Freud expresaría esta concepción de equilibrio psicofisiológico vinculada con la supervivencia, a partir del descubrimiento de la sexualidad inconsciente y de la introducción del concepto de “deseo” (*Wunsch*) paulatinamente se introducirá otra concepción. Eso se dará en dos significativos momentos de su obra, a saber, con la introducción de los conceptos de “narcisismo” (*Narcissmus*) y de “pulsión de muerte” (*Todestrieb*). A partir de ahí, la supervivencia (y, como consecuencia, esta concepción de la moral) dejará de ser el criterio único para el equilibrio psíquico en el pensamiento freudiano. Con la concepción de un yo investido de libido en los momentos de su constitución (véase II.3.), la sexualidad no será más asimilada con lo malo o con el cuerpo extraño que atenta contra el bienestar del yo, cuestión que el concepto de narcisismo vendrá a subrayar de modo rotundo. Ocurrirá, pues, un verdadero descentramiento de la dimensión adaptativa respecto al yo; *el yo sobrevivirá por el amor del yo*; amor que será una mezcla de narcisismo, de ternura y de sensualidad. Parece que el criterio moral es sustituido por ético, que consiste en discernir lo lícito de lo no lícito.

⁸¹ Este mismo autor considera indiscutible que “el uso de este léxico neuronal no sólo condicionó a Freud para adecuarse a un determinado discurso, sino que este léxico,

ocurre precisamente cuando Freud trata sobre el estado de inermidad biológica del organismo, sujetado por el apremio de la vida. Se introduce, pues, una relación de este sujeto biológico con el de la acción específica. *Cuerpo del apremio de la vida* insertado en un modo de explicación biológica, distinto a su vez, de la teorización de base mecanicista sobre los sistemas de neuronas. Dos modos de reflexión, objeto de una constante búsqueda de conciliación por parte de Freud (Canteros, 1996: 320).

Ahora bien, se considera que el giro de léxico no consiste en un simple cambio de perspectivas, sino que denota los límites mismos del lenguaje neurológico para analizar las condiciones regias de la relación de este organismo biológico con el entorno. Es decir, este cambio vino a señalar que la *máquina mental* a que Freud se empeñó en descifrar más que referirse a un “aparato neuronal” (*neuronal Apparat*) remite a la génesis y a los destinos de esta cantidad de energía. Parece lícito afirmar que es precisamente cuando Freud introduce el término “pulsión” (*Trieb*) que se produce el giro de perspectivas. En este caso, la pulsión, esta cantidad de energía “indiferenciada” que circula entre los sistemas de neuronas estaría vinculada a lo biológico. Así, pues, más que

utilizado con la libertad que él se lo tomó, le permitió perfilar sus propios conceptos. Quiero decir, el discurso ‘neurológico’ dejó sus marcas en el discurso psicoanalítico.” En J. E. Canteros (1996: 317).

delatar la insuficiencia del léxico neuronal, la introducción de la pulsión sirve como una especie de puente entre el modo de explicación mecanicista y el modo de explicación biologicista. De una concepción biologicista que, en la medida en que introduce el otro sujeto de la acción específica termina por someter al yo a un arduo trabajo de reconocimiento de la identidad y de la diferencia que le une al objeto. En ese sentido, la pulsión, además de ser el puente que permite el paso de un modo de explicación hacia otro estando a la vez asimilada a lo biológico, apuntará hacia la dimensión subjetiva del encuentro de este organismo con el objeto.⁸²

Desde luego, el hecho de que la pulsión encuentre su génesis en lo biológico implica tener en cuenta que este mismo origen está insertado en un juego de fuerzas hipotéticas que ningún dato neurofisiológico viene atestiguar su existencia. Como se mencionó antes, la contundente posición antivitalista de los componentes de la escuela de Helmholtz, basada en describir el organismo

⁸² Ahora bien, es a partir de este orden de consideraciones, que se perfila las primeras huellas de una posible unificación de la dicotomía entre energética/hermenéutica o pulsión/sentido en el pensamiento freudiano señalada por un autor como Ricoeur. Este autor plantea que, si por un lado el pensamiento de Freud se presenta como una explicación de los fenómenos psíquicos como conflicto de fuerzas (energética), por otro, se perfila como una “exégesis del sentido aparente mediante un sentido latente” (hermenéutica). Eso se configura como un muy significativo problema ya que introduce el siguiente interrogante: “¿Cómo es posible que la explicación económica *pase por* una interpretación referida a las significaciones y, a la inversa, que la interpretación sea *un momento* de la explicación económica?” En P. Ricoeur (1965: 61).

según fuerzas físico-químicas de atracción y repulsión, y las ideas de Herbart, en particular, la que concibe las representaciones como fuerzas, cada cual dotada de una cierta intensidad, es compartida por Freud. En la misma línea, la fisiología del sistema nervioso, establecida por Fechner, en el que las corrientes nerviosas equivaldrían a las ondas eléctricas, también era parte integrante de las convicciones científicas de Freud. La construcción del concepto freudiano de pulsión estará anclada en estos modelos, si bien la operación de transmutación que Freud realiza es sumamente original. Con el cual, el conocimiento de la pulsión exclusivamente mediante sus efectos, revela que *desde esta perspectiva*, la esencia de la pulsión sólo podrá ser metaforizada.⁸³

En este periodo la teoría de la seducción se encuentra en plena vigencia. Además de destacar el carácter real de la vivencia traumática, Freud acentúa que el recuerdo de la vivencia sexual presenta un nivel de investidura superior que el acontecimiento mismo. Lo que significa que el influjo de cantidades endógenas, es decir, el afecto penoso disociado ya de su representación deriva

⁸³ De ahí la significativa y no menos polémica afirmación de Freud según la cual la teoría de las pulsiones es nuestra mitología, para destacar su carácter indestructible e indeterminado, presente en la 32ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, titulada “Angustia y vida pulsional” (1933a [1932]: 88). Afirmación que, si bien refleja la influencia de éstas ideas antivitalistas y positivistas en la construcción de su pensamiento, estará ubicada en un momento temporal que se caracteriza por la definitiva consolidación del psicoanálisis como disciplina.

de la representación-recuerdo y no de la representación-percepción. De modo que el carácter traumático de la vivencia es resignificado a *posteriori* (*nachträglich*) y se armoniza con la tesis según la cual los histéricos sufren de reminiscencias. La represión actúa sobre representaciones insoportables para el yo ya que le despierta afectos penosos, y el contenido de las representaciones deriva de la vida sexual (1950a [1887-1902]: 397).

Todo observador de la histeria nota, en primer lugar, que las histerias están sometidas a una *compulsión* que es ejercida por unas representaciones *hiperintensas* [*überstarken Vorstellungen*]. Por ejemplo, en la conciencia emerge con particular frecuencia una representación sin que el decurso lo justifique (1950a [1887-1902]: 394).

Como señala Bercherie (1983: 332), el carácter neurónico de una representación reprimida “no resulta de una intensidad particular de la cantidad de que se trata, sino de la naturaleza sexual de ésta, es decir, de su *lugar topográfico* en el aparato psíquico.”⁸⁴ Cuando Freud hace hincapié en la

⁸⁴ En la misma línea, será mediante el desarrollo del punto de vista tópico, sin reducirlo a una espacialidad física sino concibiéndole como “lugar psíquico” dotado de una temporalidad peculiar, que se perfilará una posible confluencia o, al menos, una problematización de la dicotomía entre pulsión/sentido o energética/hermenéutica planteada por Ricoeur. Tópica que permitirá tanto la unificación entre el punto de vista económico y la teoría del sentido, como también será equivalente al *movimiento interpretativo* que va del sentido aparente hacia otro lugar del sentido. En P. Ricoeur (1965: 82).

existencia de “representaciones hiperintensas” (*überstarken Vorstellungen*) sugiere la existencia de un *dominio* inconsciente que invade la conciencia produciendo un efecto de sinsentido por convocar un recuerdo de carácter sexual.

Es significativa la fecunda elasticidad que la expresión *Trieb* ofrece desde el punto de vista terminológico. Freud supo captar el valor de la operación de transmutación que él mismo había forjado sobre la pulsión. Elasticidad entre dominios distintos que si bien en lo sucesivo se convertirá para el psicoanálisis en un problema epistemológico, en este momento temporal del pensamiento freudiano, el planteamiento acerca de la fuente endógena (biológica) de la pulsión le permitió dirigirse hacia la dimensión subjetiva si no con más elementos que los ofrecidos por la fenomenología, por lo menos con una mirada más precisa. Sin embargo, si bien ya se perfila el desarrollo inicial de las nociones que constituirán el funcionamiento del aparato psíquico desde el psicoanálisis, la topografía planteada por Freud en el “Proyecto” será objeto de un giro radical, sobre todo a partir de la Carta 112/52, momento en que Freud renuncia a la neurología y a las localizaciones anatómicas y se dirige hacia lo psíquico. Así, pues, de antemano se perfila la necesidad de vincular la pulsión con la tópica psíquica.

I.3.3. El despliegue de una nueva modalidad escriturística con la topografía mental del “aparato de memoria”.

La carta 112/52 como el puente entre una concepción neurológica y una concepción metapsicológica del funcionamiento mental.

Esta carta, enviada a Fliess el 6 de diciembre de 1896, constituye una original trasmutación de las hipótesis desarrolladas en el “Proyecto” y presenta un esquema muy similar respecto al capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900a [1899]). Se revela como un escrito en el que es posible vislumbrar el paso de una concepción anatómica del aparato neuronal hacia una concepción metafórica del aparato psíquico.⁸⁵ La presente lectura, que se limita a presentar los ejes centrales de la Carta 112/52 con los que Freud, luego, después, construyó la hipótesis psicoanalítica por excelencia del funcionamiento del aparato psíquico, tiene por objetivo rastrear las huellas de la relación entre pulsión y tónica psíquica.⁸⁶

⁸⁵ Para una reflexión actualizada acerca de los contenidos de esta carta, en particular, de su contribución hacia el establecimiento de una teoría de la memoria y de la temporalidad en psicoanálisis, véase, por ejemplo, J. Laplanche (1992: 65-106 y 107-133) y S. Bleichmar (1993: 69-97).

⁸⁶ Como advierte Ricoeur (1965: 105), “hay lugares porque hay relaciones de exclusión que son relaciones de fuerza (resistencia, defensa, prohibición).”

Tú sabes que trabajo con el supuesto de que nuestro mecanismo psíquico se ha generado por superposición de capas porque de tiempo en tiempo el material existente de huellas mnémicas experimenta un *reordenamiento* según nuevas concernencias [nexos], una *inscripción* [*Niederschrift*]. Lo esencialmente nuevo en mi teoría es entonces la tesis de que la memoria no existe de manera simple sino múltiple, registrada en diferentes variedades de signos (1985 [1887-1904]: 218).

Por un lado, la noción de “aparato de memoria” (*Gedächtnisapparat*) planteada por Freud en esta carta se identifica con el sistema de neuronas ψ del “Proyecto”, es decir, con aquello situado entre percepción y conciencia. Freud busca conciliar la memoria con la percepción puesto que sin la segunda no habría la primera, aunque el acento recaiga sobre la memoria.⁸⁷ Esta memoria se somete a nuevos reordenamientos según nuevos nexos.

Por otro lado, la noción de “inscripción” (*Niederschrift*) apunta hacia la concepción estructural del aparato psíquico presente en *La interpretación de los sueños* (1900a [1899]). La “huella mnémica” (*Erinnerungsspur*) es uno de los modos que la impresión encuentra para ser conservada por la memoria (el

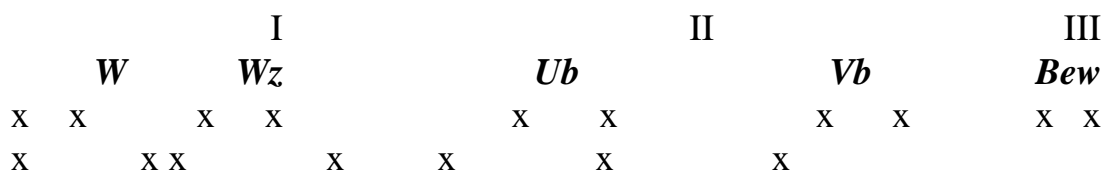
⁸⁷ La cuestión inicial, derivada del “Proyecto”, no destaca la memoria como un atributo o una aptitud del aparato, sino como “la esencia misma de lo psíquico”. En J. Derrida (1967: 277). “*La memoria está constituida por los distinguos dentro de las facilitaciones entre las neuronas ψ* ”; lo que significa que la memoria no es consecuencia del aparato sino lo que le funda y su constitución está basada en la diversidad de las facilitaciones. En S. Freud (1950a [1887-1904]: 345).

otro modo sería la representación), siempre de acuerdo con la distinción entre las facilitaciones - o entre el camino preferencial dado por las facilitaciones. Se perfila de esta manera el paso de una concepción neurológica a la psíquica.

Derrida (1967: 284) justifica esta operación de transmutación del pensamiento freudiano a partir del cambio de lenguaje empleado para explicar el funcionamiento mental. Las palabras “signo” (*Zeichen*), “inscripción” (*Niederchrift*) y “transcripción” (*Umschrift*) constituyen la prueba del énfasis sobre la escritura.

La percepción, que corresponde a la impresión del mundo exterior y la conciencia son netamente permeables ante la recepción de nuevos estímulos e incapaces de retener cualesquiera huellas, función ésta atribuida a la memoria.

A continuación, Freud propone un esquema de diversas *escrituras* establecidas a partir del sistema percepción conciencia y confiesa la expectativa de describir una “psicología nueva” al “indicar exhaustivamente los caracteres psicológicos de la percepción y de las tres escrituras” (1985 [1887-1904]: 219). Como plantea Derrida (1967: 284), “la huella mnémica empieza a convertirse en escritura.”



- El primer sistema de escritura corresponde a los “signos de percepción” (*Wahrnehmungzeichen*). Completamente inaccesible a la conciencia, puesto que se organiza mediante la asociación por simultaneidad.

- El segundo sistema, la “inconciencia” (*Unbewusstsein*), “ordenada según otras concernencias, tal vez causales” (1985 [1887-1904]: 219). Inaccesible a la conciencia, sus huellas quizá correspondan a los recuerdos conceptuales.

- El tercer sistema, la “preconciencia” (*Vb*), “ligada a representaciones-palabra⁸⁸, que corresponden a nuestro yo oficial” (1985 [1887-1904]: 219). Es la única escritura que accede a la conciencia mediante “la animación alucinatoria de representaciones-palabra” (1985 [1887-1904]: 219). Esta

⁸⁸ El concepto de “representación-palabra” (*Wortvorstellung*) se refiere a uno de los tipos de representación, el que deriva de la palabra en contraposición a una representación esencialmente visual, la “representación-cosa” (*Sachvorstellung*). En cuanto a la posición tópica de esas representaciones, Freud planteará años después que “la representación consciente abarca la representación-cosa más la correspondiente representación-palabra, y la inconsciente es la representación-cosa sola.” En S. Freud (1915e: 197-198).

conciencia cognoscitiva secundaria es “supletoria”, es decir, se hace por efecto posterior (*nachträglich*), lo que significa que las neuronas-conciencia son también neuronas-percepción.

Las escrituras son sucesivas y corresponden a las operaciones psíquicas que ocurren a lo largo del desarrollo individual. Se perfila aquí el intento por parte de Freud de concebir genéticamente el aparato psíquico y su funcionamiento⁸⁹. “En la frontera de dos de estas épocas es preciso que se produzca la traducción del material psíquico” (1985 [1887-1904]: 219). Estas traducciones equivalen al reordenamiento que Freud menciona en el inicio de la carta: el material psíquico, ordenado según unas concernencias, pasa a ser ordenado según nuevas concernencias. La nueva escritura inhibe la anterior y conduce su proceso de excitación. Cuando falta la reescritura posterior, la excitación fluye de acuerdo con las leyes psicológicas vigentes en el periodo anterior. Freud concibe aquí la represión como la denegación de la traducción. En el momento mismo en que se inicia el *displacer* se produce una perturbación cognitiva impidiendo el trabajo de traducción.⁹⁰

⁸⁹ Este intento de establecer una concepción genética estaba presente desde el “Proyecto”. En lo sucesivo, será retomado en “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” (1911*b*; véase II.2.2.).

⁹⁰ Se muestra una nueva teoría de la represión que no consiste en un fallo mecánico sino en una defensa normal contra los recuerdos *displacenteros* y una defensa

El lenguaje neurológico utilizado en el “Proyecto” para referirse al “movimiento neuronal” y sus consideraciones económicas son reemplazados por supuestos generales acerca de *intensidades* de investidura. El sistema de escrituras, a la vez que reemplaza al sistema de neuronas, idea planteada en el “Proyecto”, introduce la oposición entre sistemas consciente e inconsciente.⁹¹

Por otro lado, la figuración del “aparato mental” (*mentaler Apparat*) permitirá a Freud ampliar el campo de las observaciones clínicas hacia un terreno más allá de la descripción fenomenológica de los síntomas e introducir la perspectiva ontogenética.

<i>El abandono de la teoría de la seducción y el autoanálisis sistemático de Freud.</i>

patológica, la represión propiamente dicha, “contra una huella mnémica todavía no traducida de una fase anterior”. En S. Freud (1985 [1887-1904]: 220; Carta 112/52).

⁹¹ En efecto, como advierte Bercherie (1983: 337) “lo que Freud propone en ese punto es un modelo muy claramente evolucionista, y ya no ‘una psicología para neurólogos’”.

A medida que se acumulan las evidencias sobre la vida de las “fantasías” (*Phantasien*) de los enfermos, y no sólo aquéllas referentes a los sueños diurnos y a la actividad cognitiva, Freud abandona la concepción sobre el papel traumático de la seducción. “No creo más en mi neurótica” (1985 [1887-1904]: 284), o sea, su teoría de las neurosis; así Freud confiesa a Fliess la conclusión teórica en la carta del 21 de septiembre de 1897 (Carta 139/69). Renuncia marcada, al principio, como una profunda desorientación. En la misma carta menciona que tras el abandono de la teoría de la seducción “el factor de una predisposición hereditaria recupera un imperio del que me había impuesto como tarea desalojarlo - en interés del esclarecimiento total de la neurosis” (1985 [1887-1904]: 285).⁹²

De modo que Freud centra su interés sobre el papel de la “sexualidad infantil” (*infantile Sexualität*) desde la función de la vida de fantasía y de las condiciones que rigen su desarrollo sexual. El periodo que corresponde al

⁹² No obstante, tal abandono no supuso dudas respecto a la etiología sexual de las neurosis como tampoco negar que los neuróticos no hayan sido víctimas de la seducción de sus padres. Como Gay (1988: 123) señala: “Lo que Freud repudió era la teoría de la seducción como explicación general del modo en que se originan todas las neurosis.” Vale subrayar que el abandono de la teoría de la seducción descarta también la idea de una histeria monosintomática, aunque mantenga como modelo explicativo para descifrar los posibles modos de estratificación del material patógeno descritos en *Estudios sobre la histeria*; sobre todo los dos primeros, ya que el último introduce la hipótesis de series de traumas parciales. En S. Freud y J. Breuer (1893-1895: 293-294).

autoanálisis sistemático de Freud, iniciado a finales de la primavera o principios del verano de 1897, determinará tanto el paso que le conducirá de la etiología de la seducción a la comprensión de la sexualidad infantil, como también a la función de las fantasías, ingrediente fundamental que dará a las hipótesis psicoanalíticas su carácter subversivo. La introducción del “complejo de Edipo” (*Ödipuskomplex*)⁹³, cuestión central de las neurosis, fue posible gracias a su autoanálisis.⁹⁴

“La confusión entre autobiografía y ciencia ha invadido el psicoanálisis desde sus comienzos”, afirma Gay (1988: 117). Esto en modo alguno significa que el procedimiento de Freud consistía en generalizar sus experiencias personales traduciendo sus sentimientos en teorías sin antes confrontar con las experiencias de sus pacientes y con su elaboración teórica incipiente.⁹⁵

⁹³ La primera referencia al complejo de Edipo se encuentra perfilada en el Manuscrito N, de la relación epistolar con Fliess. Sobre la existencia de mociones hostiles hacia las figuras parentales en las neurosis dice: “Parece como si este deseo de muerte en los hijos varones se volviera contra el padre, y en las hijas mujeres, contra la madre.” En S. Freud (1985 [1887-1904]: 268; anexado en la Carta 129/64, del 31 de mayo de 1897).

⁹⁴ La muerte de su padre, Jacob Freud, ocurrida el 23 de octubre de 1896, producirá en Freud un intenso trabajo de duelo, parte integrante de su autoanálisis. El resultado de este proceso es su libro sobre los sueños, tal y como Freud afirma en el prólogo a la segunda edición de *La interpretación de los sueños* (1900a [1899]), de 1908: “Es que para mí el libro posee otro significado, subjetivo, que sólo después de terminarlo pude comprender. Advertí que era parte de mi autoanálisis, que era mi reacción frente a la muerte de mi padre, vale decir, frente al acontecimiento más significativo y la pérdida más terrible en la vida de un hombre.” En S. Freud (1900a [1899]: 20).

En la misma línea, al utilizar los sueños tanto como instrumento de su autoanálisis como también en el trabajo clínico, llega a la intelección de que entre los sueños y las neurosis no existe una frontera demarcatoria de dos campos distintos. En la medida en que los sueños explican también los síntomas, ambos objetos de estudio se unifican y dan a conocer el surgimiento de una nueva disciplina, el psicoanálisis.

I.3.4. Estructura y función del “aparato psíquico”.

El capítulo VII de La interpretación de los sueños: despliegue del concepto de regresión y sus diversas acepciones.

En el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900a [1899]) titulado “Sobre la psicología de los procesos oníricos”, Freud ofrece un modelo de aparato distinto del aparato neuronal planteado en el “Proyecto” o del aparato de memoria de la Carta 112/52, pero a la vez integra sus hipótesis sobre el

⁹⁵ Como Gay (1988: 118) señala, los historiales clínicos de Freud “reflejan con elocuencia su compromiso simultáneo con la individualidad y la generalidad; cada caso describe un paciente irrepetible que al mismo tiempo pertenece a una cierta categoría.”

funcionamiento mental traducidas ahora en un lenguaje metapsicológico. Como señala Ricoeur (1965: 91), es “compleja” la relación entre las reflexiones presentes en este capítulo y la totalidad de la obra; si por un lado busca fundamentar los capítulos anteriores, por otro, trata de imponer una nueva modalidad de teorización. Freud mismo advierte al lector en los párrafos iniciales del capítulo VII que “el tramo cómodo y agradable [de ‘nuestro viaje’] queda atrás” (1900a [1899]: 506). En virtud del hecho de que no existe un “conocimiento psicológico” (*psychologische Kenntnis*) que sirva como “principio explicativo” (*Erklärungsgrund*) o que reconduzca los sueños a lo conocido, se hace necesario el establecimiento de una serie de “conjeturas” (*Vermutungen*) sobre la estructura y funcionamiento del “aparato anímico” (*seelischer Apparat*; 1900a [1899]: 506). Así, pues, la presente lectura se limitará a exponer los ejes centrales de esta concepción naciente del aparato psíquico con la finalidad de esbozar cómo las pulsiones se conectarán con las representaciones según los diversos sistemas que componen el aparato psíquico.⁹⁶

Como Freud menciona en la Carta 112/52, se trata de diversos sistemas de “escrituras” (1985 [1887-1904]: 219), lo que supone la introducción de una

⁹⁶ Como señala García-Rosa (1991b: 154), no se trata sólo de un aparato de sueños, sino también de un aparato de memoria, de fantasía, de pensamiento, de discurso. Freud lo nombra “aparato psíquico” (*psychischer Apparat*) o “aparato anímico” (*seelischer Apparat*).

estructura narrativa en tanto en cuanto productora de la distinción entre los sistemas. A este respecto, Derrida (1967: 285) es rotundo al afirmar que a partir de *La interpretación de los sueños* (1900a [1899]), “la metáfora de la escritura se va a apoderar *a la vez del problema del aparato psíquico en su estructura y del problema del texto psíquico en su tejido.*”

A pesar del cambio de términos, este aparato presenta desde su formulación inicial propiedades esenciales, a saber, el establecimiento de conexiones, asociaciones y uniones cuyas funciones básicas adscritas a él consisten en el desprendimiento de la excitación que pudiera coartar su funcionamiento, y la función pantalla o paraexcitadora con la finalidad de impedir el aflujo de cantidades enormes de excitación en el interior del aparato.

En la carta a Fliess del 9 de febrero de 1898 (Carta 157/83), Freud declara que la única palabra razonable que ha encontrado en la literatura sobre los sueños es de Fechner: “El proceso del sueño se desenvuelve en un terreno psíquico otro. Es el primer mapa aproximado de este terreno el que comunicaré” (1985 [1887-1904]: 326). “La idea que aquí se pone a nuestra disposición es la de una *localidad psíquica* [*psychischen Lokalität*]” (1900a [1899]: 529).

Sin embargo, advierte que el mapa que se propone construir sobre el funcionamiento mental está lejos de asimilar la localidad psíquica con la de localidad anatómica, para no salir del campo psicológico. Presenta entonces el aparato psíquico como un “aparato óptico”, de lugares *virtuales*.⁹⁷

Los “sistemas ψ ”, integrantes de este aparato psíquico, de acuerdo con ciertas operaciones psíquicas, son “recorridos por la excitación dentro de una determinada serie *temporal*” (1900a [1899]: 530). Se trata, pues, de una tópica temporal.

La dirección dada por la secuencia entre los sistemas encuentra como modelo el “arco reflejo”⁹⁸, que supone el trámite de la excitación desde la percepción hacia la motilidad. “El proceso del reflejo sigue siendo el modelo de toda operación psíquica” (1900a [1899]: 531). Ocurre que la complejidad de la vida psíquica produce una primera diferenciación en el extremo perceptivo (sensorial) para dar cuenta de la existencia de la memoria.

⁹⁷ La *máquina* del “Proyecto” compuesta de partículas materiales, las neuronas, se transmuta en una *máquina óptica* de *lugares conceptuales*, ya que sus imágenes se forman en el cruce de las lentes y no sobre sus componentes materiales.

⁹⁸ Esquema básico que encuentra como punto de partida el desequilibrio generado por la excitación de determinadas zonas del cuerpo y culmina con una reacción automática de del organismo con la finalidad de restituir el equilibrio

El sistema-percepción, caracterizado por su permeabilidad, “recibe los estímulos perceptivos, pero nada conserva de ellos y por tanto carece de memoria” (1900a [1899]: 532). Como memoria y percepción no pueden coexistir en un mismo sistema, existe un segundo sistema que cristaliza las excitaciones efímeras del sistema-percepción. La asociación es concebida como función del sistema-memoria: “a consecuencia de reducciones en la resistencia y de facilitaciones, desde uno de los elementos *Mn* la excitación se propaga más bien hacia un segundo elemento *Mn* que hacia un tercero” (1900a [1899]: 532).⁹⁹ El sistema-percepción (*P*) fijará la asociación por simultaneidad y el sistema-memoria (huellas mnémicas) la asociación por semejanza.

La investigación sobre los sueños indica la existencia de dos instancias: la crítica y la criticadora. Freud llama a la primera “preconsciente” (*Vorbewusste*) “para indicar que los procesos de excitación habidos en él puedan alcanzar sin más demora la conciencia” (1900a [1899]: 534). Es el responsable por la motilidad voluntaria. A la segunda instancia, situada detrás del preconsciente, se la designa “inconsciente” (*Unbewusst*). A partir de

homeostático.

⁹⁹ Estas formulaciones evocan los planteamientos del “Proyecto”, pero ahora ya no se trata de sistemas de partículas materiales como tampoco de barreras-contacto; ahora,

ahora Freud utiliza este término en el sentido sustantivo.¹⁰⁰ Este sistema “no tiene acceso alguno a la conciencia *si no es por vía del preconsciente*, al pasar por el cual su proceso de excitación tiene que sufrir modificaciones” (1900a [1899]: 534-535).

El esquema lineal de los sistemas formulado por Freud presenta algunas dificultades de entendimiento puesto que percepción y conciencia se sitúan en extremos opuestos. De modo que es aplicable exclusivamente cuando se considera “que el sistema que sigue al *Prcc* es aquél al que tenemos que adscribir la conciencia, vale decir, $P = Cc$.” (1900a [1899]: 535, *n.* 11). El resultado de esta representación topográfica del aparato psíquico es el concepto de “regresión” (*Regression*).

La “fuerza pulsionante del sueño” (*Triebkraft für den Traum*) proviene del sistema inconsciente que sólo conoce “mociones de deseo” (*Wunschregungen*) y por esto labora para alcanzar una expresión consciente. Como durante el estado de vigilia la resistencia de la “censura” (*Zensur*) impide este recorrido,

el sistema ψ es compuesto de “huellas mnémicas” (*Erinnerungsspur*).

¹⁰⁰ Como en alemán este término acompaña al pronombre neutro (*das Unbenwusst*), el problema consiste en distinguir, según el contexto, si se trata de sustantivo o adjetivo. De todos modos, a partir de la construcción de este aparato, la ambigüedad se disipa y el empleo en sentido adjetivo es cada vez más raro. La tópica psíquica es el resultado de este cambio, es decir, del paso del inconsciente como cualidad hacia el inconsciente como sistema o, lo que es lo mismo, del paso de lo fenomenológico hacia lo metapsicológico.

es en la formación onírica donde la operación del sistema inconsciente alcanza su meta. Pero el rebajamiento de la censura no explica este fenómeno puesto que el carácter alucinatorio de los sueños no proviene de las representaciones inconscientes, sino del trayecto que estas mociones de deseo encuentran para cumplir su meta.

Mientras los pensamientos del estado de vigilia tienen el acceso a la motilidad, en el sueño, por el contrario, la excitación regresa hacia el extremo sensorial y produce la alucinación. A este trayecto invertido, Freud lo llama “regresión” (*Regression*), caracterizada según tres modos: *tópico*, *temporal* y *formal*.

- La regresión *tópica* describe la dirección que toman los procesos psíquicos no en el sentido de la descarga sino, en el de reactivar las huellas que constituyen el sistema inconsciente.

- La regresión *temporal*, más vinculada con el material clínico, se refiere a la retrogresión hacia fuerzas psíquicas anteriores, como los deseos infantiles en el escenario del sueño.

- La regresión *formal* se produce cuando los modos de expresión y de figuración habituales son sustituidos por modos primitivos y menos elaborados.

Sin embargo, Freud mismo considera que estas tres especies de regresión son una sola, “pues lo más antiguo en el tiempo es a la vez lo primitivo en el sentido formal y lo más próximo al extremo perceptivo dentro de la tópica psíquica” (1900a [1899]: 542).¹⁰¹

Consolidación de un nuevo orden conceptual que redistribuye determinados términos y los traduce en un lenguaje metapsicológico para dar cuenta de la génesis y de la evolución del aparato psíquico.

El aparato psíquico no surge acabado en todos sus detalles, más bien que se ve sometido a un largo proceso de desarrollo. Si al principio el aparato psíquico reaccionaba ante los estímulos mediante el esquema del “aparato reflejo”, cumpliendo la función de mantener el nivel de energía lo más bajo posible,

¹⁰¹ Según Freud, el sueño constituye la reanimación de las “mociones pulsionales” (*Triebregungen*) infantiles. Pero más allá de esta infancia individual, la regresión apunta a la infancia filogenética, de la cual “el individuo es de hecho una repetición abreviada, influida por las circunstancias contingentes de su vida.” En S. Freud (1900a [1899]: 542).

con el “apremio de la vida” (*Lebensnot*) que acosa al organismo bajo la forma de las grandes necesidades vitales, este esquema se complica (1900a [1899]: 557).

Entra en escena una nueva clase de excitaciones que no corresponde a una “fuerza” (*Kraft*) que golpea al organismo de modo momentáneo sino que actúa de manera constante: la pulsión. En este caso, la descarga motriz es insuficiente para producir la satisfacción de la necesidad. Esto ocurre porque el ser humano se encuentra al principio de su desarrollo en “estado de desamparo” (*Hilflosigkeit*), incapaz de realizar una “acción específica” (*spezifische Aktion*) para cancelar el estímulo endógenamente generado dado su estado de prematuración psicofisiológico. De manera que se hace necesaria la intervención de otra persona para eliminar el estado de tensión derivado de la necesidad y restituir el equilibrio homeostático. Así, el niño alcanza la “vivencia de satisfacción” (*Befriedigungserlebnis*).

A partir de entonces, se formará una percepción y la satisfacción estará unida a la imagen del objeto que ha producido la reducción de la tensión y, por lo tanto, el placer. De modo que cuando surge el estado de excitación endógena la imagen del objeto es nuevamente investida y produce algo análogo a la

percepción, la alucinación. Freud llama a esta “moción de deseo” (*Wunschregung*), la reaparición de la percepción de “cumplimiento de deseo” (*Wunscherfüllung*) y concluye que el objetivo de esta primera actividad psíquica es la producción de una “identidad perceptiva” (*Wahrnehmungsidentität*) (1900a [1899]: 558).

Ocorre que la vía regresiva de esta identidad perceptiva no produce la satisfacción de la necesidad, sino más bien decepción y displacer. Se hace necesario entonces el establecimiento del “examen de realidad” (*Realitätsprüfung*) para inhibir la regresión alucinatoria y buscar otro camino que conduzca a la descarga de la tensión mediante la motilidad voluntaria. Entra en escena un segundo sistema, el *Prcc*, precisamente con la función de detener el avance continuo de los procesos primarios e inaugurar la “identidad de pensamiento” (*Denkidentität*).

Pese al predominio de los procesos psíquicos secundarios, los procesos psíquicos del sistema inconsciente, primeros en el esquema genético propuesto por Freud, buscan continuamente un modo de expresión y es en los sueños donde esta meta es lograda.

Freud atribuye a la conciencia el significado de órgano sensorial ya que su función es la de asimilar las cualidades psíquicas.¹⁰² Desde el punto de vista de la circulación de energía, la conciencia no participa del funcionamiento del aparato. De modo que es gracias a este esquema que Freud podrá formular la tesis sobre la realización alucinatoria del deseo como una investidura del sistema *Prcc*, con la diferencia que en el caso de la alucinación la investidura proviene del interior del aparato como el resultado del trayecto regresivo de la excitación.

La conciencia percibe los estados de tensión endógena y las descargas de excitación mediante las sensaciones de placer y displacer, reguladoras de la excitación en el interior del aparato. Como los otros procesos del sistema ψ , carecen de cualidad y no pueden ser objetos de la conciencia. Pero en el curso del desarrollo, el sistema ψ también recibirá las cualidades desarrolladas por el sistema *Prcc* en la relación entablada con el sistema mnémico (conjunto de inscripciones de las huellas mnémicas) de los signos de lenguaje.¹⁰³ Por esto,

¹⁰² El vínculo entre conciencia y percepción estaba presente desde el “Proyecto” bajo la representación del sistema ω (véase I.3.2.).

¹⁰³ Uno de los cambios introducidos en la Carta 85/39, del 1 de enero de 1896, respecto al “Proyecto” se refiere a la localización del sistema ω entre los sistemas ϕ y ψ , terminología que en lo sucesivo fue abandonada. Sin embargo, subsiste la tesis sobre los dos lugares donde la conciencia recibe la excitación. En S. Freud (1985 [1887-1904]: 165-169).

si antes la conciencia “era sólo un órgano sensorial para las percepciones, pasa a ser también el órgano sensorial para una parte de nuestros procesos de pensamiento” (1900a [1899]: 566).

El esquema del aparato psíquico propuesto por Freud supone, ante todo, la distinción entre sistemas psíquicos y lugares psíquicos. Los lugares psíquicos designan productos psíquicos tales como las representaciones y los pensamientos que “no pueden ser localizados dentro de elementos orgánicos del sistema nervioso, sino, por así decir, *entre ellos*, donde resistencias y facilitaciones constituyen su correlato.” (1900a [1899]: 599). En cambio, los sistemas psíquicos que “nunca pueden ser asequibles a nuestra percepción psíquica” pueden ser metaforizados como las “lentes del telescopio, que proyectan la imagen” (1900a [1899]: 599).

Freud insistió en que este esquema del aparato psíquico es una ficción, una representación auxiliar sobre los procesos psíquicos. Como quiera que sea y a pesar de una cierta línea de continuidad entre las ideas esbozadas en el “Proyecto”, sobre todo por considerar el aparato como un aparato receptor, la tópica esbozada en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900a [1899]) se refiere a los distintos modos en que el deseo se distribuye en el

interior del aparato. No se trata de lugares anatómicos, más bien de lugares metafóricos.

Del mismo modo que inconsciente, preconsciente y consciente no corresponden a los distintos sistemas de neuronas, se produce una ampliación de miras acerca de la concepción sobre la pulsión, que hasta entonces estaba atada a una explicación biológica. Sólo el deseo es capaz de poner en marcha el aparato psíquico. Señala el inicio de un recorrido teórico que sitúa a la pulsión entre la arriesgada frontera de dos dominios: somático y psíquico, cuerpo y alma.

Primeros bosquejos acerca de la operación de descentramiento que la Trieb freudiana sufrirá a partir del descubrimiento del inconsciente.

Si bien sería posible deducir que Freud ubica la génesis de la pulsión vinculada con la constitución del aparato psíquico, releendo el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* se puede averiguar que su interés explícito sobre las excitaciones endógenas se limitó a las operaciones defensivas. Así las cosas, la pregunta sobre la pulsión en *La interpretación de los sueños* (1900a [1899]) queda pendiente de ulterior desarrollo. En efecto, tanto los

sueños como los síntomas, los actos fallidos y los chistes constituyen distintos modos por los que un cuerpo pulsionado encuentra una traducción a nivel representacional.¹⁰⁴ El empleo mismo del término “moción” (*Regung*) al referirse al “deseo” (*Wunsch*) sirve para indicar que el movimiento de la pulsión en busca de satisfacción ha cobrado la forma de un deseo, de una “moción de deseo” (*Wunschregung*), en pugna por realizarse.¹⁰⁵ Se puede conjeturar que a medida que Freud llega a la intelección de que no existe saber sobre lo sexual, los postulados sobre la pulsión emergen en su discurso bajo la forma de un interrogante.

Esta apertura de perspectivas teóricas y clínicas refleja también una experiencia de vida mezclada con una educación que ha marcado a Freud

¹⁰⁴ Como señala un autor como Widlöcher (1996: 76), Freud introduce el concepto de pulsión para explicar que el “acto inconsciente” presenta un sentido y es susceptible de ser estudiado bajo la perspectiva naturalista.

¹⁰⁵ Anteriormente se mencionó la fecundidad de la tópica psíquica por conducir a la confluencia o, por lo menos, a la problematización, de la dicotomía entre pulsión/sentido o energética/hermenéutica. Desde luego, eso se lograría gracias a la articulación entre los conceptos energéticos con los conceptos que evocan al sentido. Ahora bien, dentro de este orden de consideraciones, que un concepto como el de “deseo” (*Wunsch*) que, si bien está del lado de lo energético posibilita, por su posición misma, “pasar de la fuerza al lenguaje, pero también [revela] la imposibilidad de *reasumir* o *integrar* totalmente la fuerza en el lenguaje.” En P. Ricoeur (1965: 62). Por eso, según Ricoeur (1965: 86), “si el símbolo es el sentido del sentido, toda hermenéutica freudiana debería ser una hermenéutica del símbolo como lenguaje del deseo.” La tópica tendría, así, la función de figurar todos los niveles del deseo, hasta lo “indestructible”. La tópica, metáfora de lo indestructible, conduce a este autor sostener la hipótesis según la cual ese “lugar psíquico” representaría el “fuera del tiempo”. En P. Ricoeur (1965: 93). Para un análisis sobre la temporalidad en el psicoanálisis, véase J. Kristeva (1998: 109-127).

profundamente y que le ha preparado para el ejercicio de su actividad. Los avatares del psiquismo humano, tema central de su afán de conocimiento, son determinantes en este proceso de construcción en que están perfilados su vivir, el vivir de los otros y del mundo.

En el sueño autobiográfico de las “Tres parcas” -cuya fecha se remite a septiembre u octubre de 1898-, descrito y analizado en *La interpretación de los sueños* (1900a [1899]: 218), al afirmar que en el pecho de la mujer coinciden el amor y el hambre presenta un primerísimo esbozo de lo que años más tarde ilustrará su teoría sobre el primer dualismo pulsional. Bosquejo presente también en su recuerdo-fantasía “Pradera verde con flores amarillas cogidas por Pauline”, tema central del texto titulado “Sobre los recuerdos encubridores” (1899a). Freud alude a una cita de Schiller: “los más importantes giros de su biografía [el médico Freud se dirige a un paciente imaginario que en realidad es el propio Freud], el influjo de los dos resortes pulsionales más poderosos: el hambre y el amor” (1899a: 309).¹⁰⁶

Hambre y amor, por un lado; amor y sexualidad, por el otro. Como advierte

¹⁰⁶ Para un análisis extenso tanto del recuerdo encubridor “Pradera verde con flores amarillas cogidas por Pauline” como del sueño sobre las “Tres parcas”, véase D. Anzieu (1959: 261- 270 y 301-307, respectivamente).

Green (1990: 241) para Freud, en estos años iniciales, amor y sexualidad pertenecían a campos distintos. De todos modos, la relación entre pulsión y fantasía presente en este recuerdo encubridor constituye la semilla inicial de los sucesivos cambios que sufrirá la doctrina de las pulsiones, sobre todo en lo que atañe a su raigambre biológica.

En este contexto, la pulsión aparece como el punto de arranque hacia el proceso de constitución de lo psíquico; el apetito sexual relacionado con un proceso de excitación puramente fisiológico estará, desde el principio, esbozado dentro de una formulación que incluye lo psíquico.¹⁰⁷

Con su autoanálisis, este vivir pondrá al descubierto una dimensión de sí ignorada y temible. Le permitió traducir la dimensión inconsciente de esta actividad humana en un lenguaje de carácter universal. Sexualidad inconsciente; descubrimiento que descentra el saber sobre la sexualidad hacia el campo del “no saber” (Masotta, 1994: 29) en la medida en que hace hincapié sobre los “conocimientos contradictorios” de un sujeto forjado en las

¹⁰⁷ De este orden de consideraciones se perfilará una muy significativa cuestión teórica: si bien la pulsión, esa energía que penetra y circula entre las representaciones, es, según Freud, de origen somático, ¿cómo es posible explicar el proceso mediante el cual la pulsión encuentra expresión en lo psíquico a partir de un juego de fuerzas hipotéticas ancladas en lo biológico? Cuestión que será tratada en el próximo capítulo (véase II. 4.3.).

calderas del *cogito cartesiano*. Momento de la vida y de la obra de Freud que ha contribuido decisivamente al establecimiento de un método de análisis riguroso, apto para formular interrogantes, entre los cuales el de la pulsión, verdadero *leitmotiv* de una teoría naciente.

Así, pues, los años de 1893 a 1900 están caracterizados no sólo por la introducción de la pulsión en el pensamiento freudiano sino también por el establecimiento de las ideas centrales en las que se asentará el saber psicoanalítico. Desde luego, se trata de un momento tan significativo como singular en la vida y en la obra de Freud ya que el camino que le condujo al descubrimiento psicoanalítico por excelencia, a saber, la hipótesis estructural del inconsciente, estuvo marcado por su autoanálisis. De una hipótesis que a la vez que encierra un periodo de su pensamiento, abre paso a una serie de construcciones teóricas y clínicas. Esta apertura señala, en definitiva, una fecundidad teórica que permitirá realizar una serie de descubrimientos compatibles con esta hipótesis fundamental. No sin tener en cuenta que establecimiento de la hipótesis estructural del inconsciente no es una operación acabada sino que requerirá un continuo movimiento de articulación conceptual que permita el reconocimiento de esta “otra escena” en todos sus detalles, tal y como se tratará de demostrar en los próximos capítulos.

II. LA TEORÍA INAUGURAL DE LA PULSIÓN.

El establecimiento de la primera formulación psicoanalítica sobre la pulsión y del conflicto entre pulsión sexual y pulsiones yoicas o de autoconservación marcará el inicio de una doble y no menos contradictoria exigencia, que con la introducción del concepto de narcisismo será objeto de una necesaria revisión: la de sostener el descubrimiento freudiano sobre la sexualidad inconsciente y la de incorporar hipótesis de la biología.

II.1. Presentación y desarrollos conceptuales de la teoría en que se inserta la primera formulación psicoanalítica sobre la pulsión.

II.1.1. Teoría de la sexualidad en la primera versión de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d).

Consideraciones sobre la singularidad de los Tres ensayos (1905d) en relación a otros textos.

Los *Tres ensayos de teoría sexual*, publicados originalmente en 1905, presentan la peculiaridad de incluir una serie de agregados a lo largo de sus sucesivas ediciones.¹⁰⁸ Reflejo de la importancia que Freud concedió a este texto, en contradicción con lo expresado en el Prólogo a la segunda edición, de que esta obra “envejezca rápidamente” (1905d: 117).

Los numerosos agregados posteriores incitan a pensar en un desarrollo del pensamiento freudiano que va constituyéndose dialécticamente a lo largo de determinados periodos o momentos temporales, en continuas mutaciones, reorganizaciones y discontinuidades. Es precisamente en esta dialéctica donde se van perfilando las distintas teorías del funcionamiento psíquico presentes en su obra que, si bien mantienen una relación de derivación también pueden ser analizadas de modo independiente.

A partir de estas consideraciones se ha preferido esbozar las hipótesis iniciales de Freud sobre la sexualidad. Opción que ha supuesto detenerse en la lectura de la primera edición de los *Tres ensayos*, de 1905, pese al hecho de que las

¹⁰⁸ Respectivamente las de 1910, 1915, 1920, 1922 y 1925. Ediciones que fueron enriqueciendo y perfeccionando sus primeras hipótesis sobre la sexualidad, tal y como atestigua el proceso de desarrollo de las notas a pie de página, en que se menciona el año en que fueron agregados determinados párrafos o secciones.

aportaciones más originales de Freud sobre el tema en cuestión se encuentran en los agregados posteriores a 1905. Sin embargo, como las formulaciones posteriores mantienen un estrecho vínculo con los subsiguientes momentos temporales de la obra de Freud que serán en lo sucesivo detenidamente analizados, se prefirió analizar la primera formulación propiamente psicoanalítica sobre el concepto de pulsión.¹⁰⁹ Momento en que Freud ya tenía establecida la hipótesis estructural sobre el inconsciente y que le permitió incluir una serie de expresiones, entre las cuales la de “pulsión sexual” (*Sexualtrieb*), como uno de los conceptos fundamentales de su teoría. Y esto por dos razones: averiguar más de cerca la operación de transmutación de que es objeto este concepto y demostrar que las líneas maestras que determinarán la reflexión posterior sobre la pulsión ya se encuentran enmarcadas en esta primera formulación psicoanalítica.¹¹⁰

¹⁰⁹ Vale señalar que si bien la primera formulación psicoanalítica sobre el concepto de pulsión aparece explícitamente a partir de 1905, con los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), es posible vislumbrar formulaciones que se aproximan a este concepto en “Fragmentos de análisis de un caso de histeria” (1905e [1901]), en particular a propósito de la discusión acerca de la génesis de los síntomas histéricos, tema que más adelante será tratado (véase II.1.2.). En este estudio también estará presente la definición del concepto de “sublimación” (*Sublimierung*), que en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c) será designado como uno de los destinos de la pulsión, pero que tanto en el contexto del caso Dora como en el de los *Tres ensayos* (1905d) estará relacionado con las perversiones. En S. Freud (1905e [1901]: 45 y 101).

¹¹⁰ En este periodo Freud todavía no contaba con historiales clínicos de niños para comprobar sus hipótesis sobre la génesis y la evolución de la “sexualidad infantil” (*infantile Sexualität*), hecho que ocurriría años más tarde con el análisis de la fobia de Hans. Véase S. Freud (1909b). De manera que, lejos de infravalorar sus descubrimientos, estas hipótesis iniciales confirman una vez más la genialidad de Freud al establecer la

Hasta el “Proyecto” (1950a [1887-1902]) una parte considerable de las ideas de Freud sobre la pulsión ya había sido desarrollada, si bien no estaría en un lenguaje metapsicológico. Ideas que aunque pertenecían a otros dominios del conocimiento, adquirieron originalidad por el modo mismo en que Freud las trasladó hacia su campo de interés. Helas aquí. 1. Su interés sobre el factor cuantitativo, precisamente el que concibe la pulsión como una cantidad de energía indiferente, estaría desde el inicio vinculado a la idea según la cual toda pulsión es ante todo “pulsión sexual” (*Sexualtrieb*).¹¹¹ 2. La polémica hipótesis acerca del origen endógeno de la pulsión, adjudicada a la hipótesis según la cual la pulsión apunta hacia la dimensión subjetiva del encuentro del organismo con el otro de la “acción específica” (*spezifische Aktion*) en el proceso de constitución del yo, situaría a la pulsión en la encrucijada *entre* los dominios de lo somático y lo psíquico. 3. La tendencia a la descarga

hipótesis sobre el funcionamiento sexual infantil a partir de la sexualidad adulta. A partir de ahí, el concepto de “pulsión” (*Trieb*) se constituirá como parte integrante de este nuevo ordenamiento del funcionamiento psíquico, producirá una ruptura respecto a lo que se concebía acerca de la sexualidad y, por lo tanto, se convertirá en una cuestión polémica. Al introducir la pulsión dentro del contexto histórico de los *Tres ensayos* (1905d), se puede decir que las resistencias en admitir la hipótesis de una sexualidad inconsciente derivan menos de las formulaciones sobre la sexualidad infantil que por su relación de continuidad con la sexualidad adulta, tal y como menciona Bercherie (1983: 355), ya que la tesis fundamental de Freud en este estudio describe la sexualidad infantil en la serie que dará origen a todas las perversiones adultas.

¹¹¹ Dos planteamientos aparentemente distintos, pero que mantienen un estrecho vínculo entre sí. Ocurre, sin embargo, que a lo largo de la obra de Freud se sumarán una serie de dificultades terminológicas que obnubilarán esta estrecha relación. Por tratarse de una problemática que, si bien se insinúa desde los primeros trabajos de Freud (véase I.3.2), es explícita a partir de 1920, se prefirió discutirla más detenidamente en el capítulo IV

(satisfacción) según el “principio de constancia” (*Konstanzprinzip*), la caracterizará como fuerza constante que sólo se conoce cuando el aparato psíquico la proyecta hacia afuera.

Desde los inicios de la reflexión freudiana la pulsión será concebida, ante todo, como “pulsión sexual” (*Sexualtrieb*). Con el establecimiento de la hipótesis sobre el inconsciente, la sexualidad humana, entendida hasta entonces como genitalidad (apetito sexual) demandó, por una parte, la descomposición de la pulsión en sus componentes pregenitales y, por otra, integrarla en una panorámica evolutiva de la sexualidad humana. La pulsión sexual abrirá, entonces, una pregunta que viene a señalar la falta de un saber sobre el sexo debido a la contingencia del objeto de la pulsión. Esta será la tesis principal de los *Tres ensayos* (1905d).

Quizá podría objetarse al planteamiento que se adopta el reducir la amplitud del pensamiento freudiano a una mera sucesión de fechas. Se acredita, sin embargo, que es preferible adoptar ante los textos un cierto grado de prudencia metodológica, y a ello ayuda el ir siguiendo los textos en su transcurrir con el fin de evitar una posible reducción de la amplitud del pensamiento freudiano.

En el caso específico de los *Tres ensayos* (1905d) esta prudencia metodológica significa atender a la distribución misma de los temas que componen a los *Tres ensayos* -respectivamente, las “perversiones” (*Perversionen*), la “sexualidad infantil” (*infantile Sexualität*) y el encuentro del objeto en la “sexualidad adulta” (*erwachsene Sexualität*)- como la estrategia argumentativa elegida por Freud para desovillar el enigma sobre la sexualidad inconsciente. Significa también reconocer que, aunque su intención era la de sellar la ruptura del psicoanálisis respecto al saber psiquiátrico de su tiempo, confecciona todo el texto en cuestión utilizando términos de este saber en pugna con su hipótesis sobre el inconsciente.¹¹² Ahora bien, con la introducción del concepto de “pulsión sexual” (*Sexualtrieb*), tales términos terminan por engendrar un

¹¹² En los *Tres ensayos* (1905d), Freud establece una estructura molecular singular respecto a sus posteriores escritos, reflejo mismo de un cierto enfoque clásico presente en determinadas partes del texto. El primer ensayo titulado “Las aberraciones sexuales” es muestra de la influencia que la perspectiva clásica ha ejercido sobre Freud. He aquí su estructura:

I. Las aberraciones sexuales.

1. Desviaciones con respecto al objeto sexual.
 - A. La inversión.
 - B. Personas genésicamente inmaduras y animales como objetos sexuales.
2. Desviaciones con respecto a la meta sexual.
 - A. Trasgresiones anatómicas.
 - B. Fijaciones de metas sexuales provisionales.
3. Consideraciones generales sobre todas las perversiones.
4. La pulsión parcial en los neuróticos.
5. Pulsiones parciales y zonas erógenas.
6. Explicación de la aparente preponderancia de la sexualidad perversa en el caso de las psiconeurosis.
7. Referencia al infantilismo en la sexualidad.

enfoque absolutamente novedoso de la sexualidad humana. Por último, el planteamiento adoptado permitirá acercarse al intento de Freud por desatarse de la moral vitoriana definidora de la barrera entre lo normal y lo patológico.¹¹³

Primer ensayo: El estudio de las perversiones o el marco en que se asienta la primera formulación psicoanalítica sobre la pulsión.

El título del primer ensayo, “Las aberraciones sexuales”, señala una aproximación inicial con el pensamiento psiquiátrico contemporáneo de Freud.

En la misma línea, los dos primeros apartados, dedicados respectivamente al

¹¹³ El edificio conceptual que rige la teoría freudiana sobre la sexualidad no está completo en 1905. Tanto es así que hubo la necesidad por parte de Freud en realizar una serie de agregados en las sucesivas ediciones que constituyen esta obra, reflejo mismo de la evolución de su pensamiento y correlativo con el movimiento dialéctico en que se asienta el psicoanálisis. Ahora bien, partiendo de este orden de hechos, se derivan, en los desarrollos posfreudianos, diferentes líneas interpretativas. Para un análisis detenido de esta última cuestión, véase J. Laplanche (1993b:58-77). Desde luego, en las versiones actualizadas de esta significativa obra está presente la preocupación en relacionar la versión original, de 1905, con los agregados posteriores. Sin embargo, la tendencia es de una modalidad interpretativa basada en definiciones globalizantes, ateniéndose más a la visión de conjunto y tratando el texto como una teoría acabada, cuando la teoría freudiana sobre la sexualidad también presenta lagunas de entendimiento que merecen ser esclarecidas. Verbigracia, las nociones de objeto y de autoerotismo, la temática sobre el advenimiento de la dimensión fantasmática pero, sobre todo, la actitud de Freud respecto a dimensión biológica, tema que más adelante será discutido detenidamente (véase II.1.2.). De ahí la necesidad de volver sobre la primera edición de los *Tres ensayos* (1905d) y de extraer no sólo una cosecha globalizante, sino también buscar una suerte de esclarecimiento sobre estos aspectos de la teoría.

estudio de las desviaciones con relación a la elección de “objeto” (*Objekt*) - la persona de la que parte la atracción sexual- y a la “meta” (*Ziel*) sexual -la acción hacia la cual esfuerza la pulsión- (la homosexualidad y las perversiones sexuales), reflejan la influencia de este mismo pensamiento.

Autores como Havelock Ellis ¹¹⁴ y Krafft-Ebing, ¹¹⁵ más preocupados por clasificar las manifestaciones patológicas que propiamente aclararlas, consideraban tales aberraciones como perversiones del *instinto sexual*. El rigor exigido por el tratamiento científico de tales *perversiones instintivas* se veía fuertemente comprometido en la medida en que se mezclaban indebidamente consideraciones pseudo éticas y naturalistas.

Freud rompe con esta noción de “instinto” (*Instinkt*) y relativiza las nociones

¹¹⁴ Henry Havelock Ellis (1859-1939), sexólogo inglés, mantuvo un contacto epistolar con Freud desde finales de 1890 hasta mediados de 1939, aunque rompió con la teoría freudiana en 1927. A través de la relación epistolar mantenida entre ambos autores, se tiene noticias sobre sus ideas sobre la sexualidad, así como de los recíprocos reproches acerca de temas como el autoerotismo- término acuñado por Ellis- y el incesto. Véase N. Caparrós en S. Freud (1997a [1871-1886]: 30).

¹¹⁵ Richard von Krafft-Ebing (1840-1902), uno de los representantes oficiales de la psiquiatría en la Universidad de Viena y uno de los más significativos autores que ha continuado la labor de describir y clasificar los trastornos psíquicos iniciada por la psiquiatría positivista francesa en la segunda mitad del siglo XIX. Introduce la teoría de la degeneración librada del componente religioso y caracterizada como una regresión en el sentido darwiniano. Miraba con cierta indiferencia los primeros trabajos de Freud sobre la histeria. Véase E. Kris en S. Freud (1985 [1887-1904]:528) y J. M. M. Meseguer (1973:228).

de “meta” (*Ziel*) y “objeto” (*Objekt*) sexual al introducir en su discurso el concepto de “pulsión sexual” (*Sexualtrieb*), central en la metapsicología y determinante en el estudio de las perversiones.¹¹⁶ Por un lado, el reemplazo del término “instinto” (*Instinkt*) por “pulsión” (*Trieb*) contribuye a esclarecer las perversiones. Parece, así, ir abandonándose una concepción que “no sólo tendía a transformar las oscuridades en monstruosidades, sino que dividía la imagen del hombre (...), conservada por sus significaciones éticas, en una mitad animal y una mitad racional” (Mannoni, 1968: 87). Por otro, con el supuesto según el cual las diversas clases de pulsiones implicadas en el proceso perverso estarán siempre puestas en relación con la pulsión sexual, se establece una relación de derivación entre la transgresión de la norma que caracteriza el obrar perverso y el proceso de evolución de la pulsión sexual, en específico, la detención de su desarrollo pleno en una de sus etapas.

¹¹⁶ Debe hacerse hincapié en el equívoco de verter el término alemán *Trieb* por “instinto” (*Instinkt*) cuando se trata de la expresión “pulsión” (*Trieb*). Prueba de ello se encuentra en las dudas de Freud sobre la existencia del instinto en los seres humanos, lo que confirma que es la pulsión la que se constituye como un “esfuerzo” (*Kraft*) de carácter irreprimible y que, al contrario del instinto con objeto y meta definidos, carece de una orientación fija. En la misma línea, en los años posteriores Freud demuestra conocer la especificidad del término *Trieb*: “Llamamos a estas necesidades corporales, en la medida en que constituyen estimulaciones para la actividad anímica, *Triebe* {“pulsiones”}, un término que muchas lenguas modernas nos envidian”. En S. Freud (1926e: 187; las llaves son de Etcheverry). Pese a ello, gran parte de las traducciones de la obra de Freud no sólo han establecido el equívoco sino también, y a consecuencia de él, han trastocado una parte significativa del descubrimiento freudiano sobre la sexualidad hacia el terreno de las funciones adaptativas lo que, en otras palabras, significó *reforzar* la raigambre biologicista de la concepción freudiana sobre la sexualidad en detrimento del giro teórico-clínico que supuso la hipótesis estructural sobre el inconsciente.

La homosexualidad y la elección de niños y animales para la descarga de la tensión sexual son consideradas desvíos en cuanto al *objeto*. Freud refuta la concepción normativa sobre el componente degenerativo y sobre el carácter innato de la homosexualidad (1905d: 128).¹¹⁷ Su concepto guía, la “pulsión sexual” (*Sexualtrieb*), relativiza el estudio sobre esta elección de objeto enseñando que su carácter “sobredeterminado” (*Sobredeterminiert*) compromete cualquier intento de clasificarla como una enfermedad, del mismo modo que desvela el acento ideológico presente en la versión clásica sobre el tema. Por otro lado, merece ser destacado que Freud pone en tela de juicio la definición de “innato” (*angeboren*). Tal término conlleva implícita la idea de un vínculo determinista entre la pulsión sexual y el objeto sexual, supuesto divergente respecto a la contingencia del objeto de la pulsión. Si el objeto de la pulsión es variable, contingente, es posible que no exista norma en cuanto a la elección de objeto.¹¹⁸

¹¹⁷ Incluso en 1915, en uno de los numerosos agregados a esta obra, insiste en que tanto el carácter innato como su contrario, el adquirido, no abarca el entendimiento de las múltiples manifestaciones de la homosexualidad. En S. Freud (1905d: 131-134, n. 13).

¹¹⁸ Para un análisis contemporáneo acerca de la homosexualidad en los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), véase J. Neu (1991: 208-250).

Respecto a la *meta* sexual de los homosexuales, Freud excluye la posibilidad de que sea única; se trata más bien de una serie de actos que conducen al placer sexual. En vez de una meta general, se tienen en este caso metas específicas, efectos de acciones determinadas y sectorizadas hacia tal o cual objeto (1905*d*: 134).

La conclusión de esta sección es fundamental, tanto en relación con la presente obra como en relación con los desarrollos posteriores. A partir del estudio de las desviaciones respecto al objeto sexual se hace necesario relativizar el supuesto vínculo entre pulsión y objeto sexual, pues la relación entre ambos es más amplia de lo que se supone. “Probablemente, la pulsión sexual es al comienzo independiente de su objeto, y tampoco debe su génesis a los encantos de éste” (1905*d*:134). Pero, a pesar del carácter variable del objeto, Freud sugiere que debe existir algo constante en la pulsión sexual ya que en algunos individuos, “la clase y el valor del objeto sexual pasan a un segundo plano” (1905*d*: 136) en favor de la pulsión sexual.

Es en el apartado correspondiente a las desviaciones con respecto a la *meta* sexual donde Freud introduce el término “perversión” (*Perversion*), que servirá como punto de mira que le conducirá al estudio sobre las neurosis y

consecuentemente sobre la “sexualidad infantil” (*infantile Sexualität*), tanto por el hecho de que las perversiones no evidencian exclusivamente el desvío de la meta pulsional como porque se inscriben en la economía de los procesos sexuales normales.

Desde luego, es contundente y no sin efectos la ruptura de Freud con la concepción clásica sobre la génesis de las perversiones. Sobre este propósito dice Dor:

al mencionar explícitamente la familiaridad del proceso sexual perverso con el proceso sexual normal, Freud se separa de modo decisivo de todas las concepciones clásicas de las perversiones entendidas como desviaciones con respecto a normas. Para Freud la perversión se inscribe directamente en la norma misma (1987: 73).

Freud designa el coito como la meta sexual normal que sirve de descarga de la tensión sexual. Da paso a su estrategia de trabajo afirmando la existencia de rasgos perversos en el acto sexual definido como normal. Estos rasgos de perversiones están asociados con el tocar y el mirar, es decir, con las metas sexuales preliminares. De ahí define las perversiones como “*transgresiones anatómicas*” (*anatomische Überschreitungen*) y como “*demoras*” (*Verweilungen*) con relación a las etapas preliminares del amor sexual (1905d:

136).

Las transgresiones anatómicas derivan de la restricción de la meta sexual normal - por la “sobrestimación libidinosa del objeto sexual” (*libidinösen Überschätzung des Sexualobjektes*)- en que otras partes del cuerpo son elegidas como metas sexuales: la boca y el ano. Lo que marca la elección de estas partes del cuerpo es el sentimiento de repugnancia con relación a los restos alimenticios y restos de excrementos (1905d: 138). Sea cual fuere el caso, lo que está en juego es el intento de dominar al objeto sexual.¹¹⁹

En la misma línea, el tocar y el mirar el objeto sexual como metas sexuales preliminares pueden servir como instrumento clasificador de las perversiones, pues en este caso la descarga sexual se fija en una de las etapas previas de la meta sexual normal.¹²⁰ La relación entre meta sexual y etapas intermedias se

¹¹⁹ Este factor, es decir, el hecho de tratar la boca, el ano y otras partes del cuerpo como metas sexuales llevaría a Freud a destacar la importancia de las “zonas erógenas” (*erogene Zonen*) por su vínculo con las metas sexuales preliminares.

¹²⁰ Del mismo modo que puede dar lugar a otros procesos, tal y como revela uno de los destinos de las pulsiones conocido como “sublimación” (*Sublimierung*), proceso que explica las posibilidades que la pulsión encuentra para plasmar su fuerza en metas no sexuales, lo que Freud designa como actividades sociales y culturales. En este capítulo de los *Tres ensayos* (1905d: 142), así como en las consideraciones sucesivas que realizará Freud a lo largo de esta obra, la sublimación aparecerá relacionada con las perversiones. Tal vínculo estará presente desde el caso Dora, a propósito de la curiosidad sexual: será la “sofocación” de las mociones pulsionales en la disposición sexual indiferenciada que conducirá a la sublimación y “están destinadas a proporcionar la fuerza motriz de un buen número de logros culturales.” En S. Freud (1905e [1901]: 45). En este contexto de los *Tres ensayos* (1905d), la sublimación será mencionada cuando el interés exclusivo de los genitales se dirija a la forma del cuerpo como un todo y que encuentra como límite el asco.

hace notoria; la detención en la primera sirve de índice de las perversiones.

De modo que el “placer de ver” (*Schaulust*) se convierte en perversión cuando se limita a la esfera genital, cuando rebasa el sentimiento de repugnancia y cuando sirve de meta sexual, suplantando a la normal (1905d: 142). En este grupo se incluyen los pares de opuestos: “exhibicionismo-voyeurismo” (*Exhibitionismus-Voyeurismus*) y “sadismo-masoquismo” (*Sadismus-Masochismus*), inclinaciones perversas donde la predominancia de uno de los elementos de cada par implica la presencia de su opuesto en la misma persona, de modo que la meta sexual se presenta con una doble configuración, activa y pasiva. El sádico es al mismo tiempo un masoquista y el placer de mirar del *voyeur* trae consigo el placer de ser mirado. Lo que se confronta a la “libido” (*Libido*)¹²¹ como resistencia es la vergüenza, en el caso del placer de ver, y el

En S. Freud (1905d: 142). Será la represión que distinguirá la sublimación de las perversiones ya que el asco se revela como el efecto de la barrera impuesta por la represión, así como el vínculo de la sublimación con la estética y con la “pulsión de saber” (*Wisstrieb*), como sublimación de la “pulsión de apropiación” (*Bemächtigungstrieb*). En S. Freud (1905d: 177).

¹²¹ Freud toma este término de Albert Moll (1862-1939), neurólogo en Berlín. Lo menciona por primera vez en el Manuscrito E titulado “¿Cómo se genera la angustia?” para describir el proceso de engendramiento de la angustia en la “neurosis de angustia” (*Angstneurose*): la tensión sexual física alcanza un cierto umbral -umbral necesario para despertar la “libido psíquica”- pero carece de condiciones para ser “valorizada psíquicamente”. Es decir, la conexión con lo psíquico es insuficiente para convertirse en “afecto sexual”; por lo tanto, se transforma en angustia. En S. Freud (1985 [1887-1904]: 74; adjunto a la Carta 42/18 a Fliess, del 21 de mayo de 1894). En los *Tres ensayos* (1905d) será equivalente al amor (“pulsión sexual”; *Sexualtrieb*), opuesta al hambre

dolor, en el caso del placer de tocar (1905*d*: 144).

El objeto sexual como totalidad pasa a un segundo plano respecto a la meta sexual.¹²² Así, no es el contenido de la meta sexual lo que determina el carácter patológico de las perversiones, sino su distanciamiento respecto a lo normal. Es la omnipotencia del amor el modelo que corresponde a la transformación de la pulsión idealizando al objeto (1905*d*: 146-147).

Del estudio de las perversiones, Freud saca conclusiones referentes a la pulsión sexual. La pulsión tiene que luchar en contra de las resistencias (vergüenza, repugnancia) para expresarse. Dada la naturaleza compuesta de las perversiones, se puede suponer que la pulsión encuentra “figurabilidad” (*Darstellbarkeit*) mediante un trabajo de síntesis entre componentes en continuo proceso de integración (1905*d*: 147). Su dispersión servirá de índice para clasificar a las perversiones.

(“pulsión de nutrición”; *Trieb nach Nahrungsaufnahme*) y próxima al deseo sexual en pugna por encontrar la satisfacción. Lo emplea generalmente para designar la energía psíquica distinta de la excitación sexual somática. Pero además de postular un carácter cualitativo a la libido, Freud la define como “una fuerza suceptible de variaciones cuantitativas, que podría medir procesos y transposiciones en el ámbito de la excitación sexual.” En S. Freud (1905*d*: 198).

¹²² Se trata más bien de un objeto fragmentado donde las diversas partes

No obstante, el papel de las “zonas erógenas” (*erogene Zonen*) en las psiconeurosis, sobre todo en la histeria, es el de la formación de los síntomas. En este caso, la pulsión adquiere mayor plasticidad por presentar su “fuerza constante” (*konstant Kraft*) hacia determinadas partes del cuerpo, lo que revela la proximidad entre psiconeurosis y perversiones. Los síntomas son la expresión enmascarada de las “mociones pulsionales” (*Triebregungen*) que carecen de barreras en la conducta perversa: “*la neurosis es, por así decir, el negativo de la perversión [die Neurose ist sozusagen das Negativ der Perversion]*” (1905d: 150).

Segundo ensayo: La contribución del estudio sobre la sexualidad infantil en el desarrollo de los conceptos derivados de la Trieb freudiana.

Freud desarrolla su estudio sobre la sexualidad desde las perversiones a las neurosis y desde éstas hasta la “sexualidad infantil” (*infantile Sexualität*), encontrando puntos nodales de unión entre una y otras. Ahora bien, el supuesto de que el neurótico conserva el estado infantil de la sexualidad (o ha sido remitido a él), enseña que la relación entre infancia y vida adulta es más estrecha de lo que hasta entonces se suponía. El control sobre la sexualidad

responden al cumplimiento de la meta sexual.

impuesto por la cultura hizo que el periodo de la infancia asumiese una connotación ingenua, pueril. Para forjar esta visión, la cultura se ha servido de mecanismos de control bajo la bandera de la educación, desmintiendo la continuidad entre ambos periodos de desarrollo cuando de expresión de la sexualidad se tratase.

No obstante, todo el intento de enmascarar algo sufre su contrapartida, de modo que aunque idealizado, era difícil no considerar las exteriorizaciones sexuales infantiles. Freud supo captar este movimiento contrario, señalando que la génesis de tal distanciamiento apuntaba a las resistencias en admitir la sexualidad en la infancia. Pero, aunque las resistencias podrían justificarse mediante un análisis cultural, había un punto de oscuridad que impedía el entendimiento más razonable sobre su origen. A partir de esta constatación, Freud descubre que era el olvido de un periodo de la infancia de intensa actividad sexual el hilo que conducía y unía estos periodos de la vida del sujeto humano. Los que se resistían eran los mismos que antaño manifestaban un intenso interés sobre los asuntos sexuales.

Para sostener la manifestación de la sexualidad en la infancia, Freud se apoya tanto en el carácter autoerótico de la pulsión sexual como en su composición a

partir de “pulsiones parciales” (*Partialtrieben*). Éstas actúan de modo anárquico en determinadas partes del cuerpo, las zonas erógenas, que en la pubertad se reúnen bajo el primado de la genitalidad.

El término “autoerotismo” (*Autoerotismus*) fue introducido por Havelock Ellis (1898) para designar la ausencia de estímulos externos en la producción de las emociones. Freud utiliza el término para especificar la relación de la pulsión sexual con su objeto.¹²³ Ocurre en un momento del desarrollo donde la pulsión sexual no se dirige a otra persona en calidad de objeto sexual, sino que se satisface en el cuerpo propio (1905d: 164).

¹²³ De acuerdo con la definición de Laplanche y Pontalis en el *Vocabulaire de la Psychanalyse* (1967), el autoerotismo se define por una modalidad de comportamiento sexual infantil que indica la ausencia de reconocimiento, por parte del niño, tanto del objeto exterior como de la imagen del cuerpo propio totalizada. Momento del desarrollo de la libido en que la sexualidad se desgaja del objeto natural y se une a la producción fantasmática. En J. Laplanche y J.-B. Pontalis (1967); voz: “Autoerotismo”. Ahora bien, hay que tener en cuenta que en la primera versión de los *Tres ensayos*, de 1905, el autoerotismo se refiere únicamente a la ausencia de reconocimiento del objeto exterior. En este momento de su obra, Freud todavía no planteaba el advenimiento de la dimensión fantasmática en los primeros años de la infancia, sino que la situaba en la pubertad. “Destaquemos, como el carácter más llamativo de esta práctica sexual, el hecho de que la pulsión no está dirigida a otra persona; se satisface en el cuerpo propio, es *autoerótica*”. En S. Freud (1905d: 164). Un autor como Laplanche (1993b: 54) advierte que será la discusión sobre el onanismo el móvil que conducirá a Freud a reubicar el advenimiento de las fantasías en la infancia, pero después de un momento autoerótico (sin objeto). En cuanto a las fantasías del periodo del 0 a los 2 años podrían ser consideradas de origen interno, no como el resultado de las relaciones con los objetos exteriores. Estas consideraciones sirven para señalar que, la tesis principal de los *Tres ensayos*, la contingencia del objeto de la pulsión, tesis que precisamente produce la ruptura con la concepción clásica, no es una operación acabada. Prueba de ello son las sucesivas ediciones que ha sufrido esta obra, reflejo mismo de la necesidad de *deconstruir* la noción de objeto en todos sus avatares; proceso correlativo con la construcción del objeto de la

Para ilustrar la práctica sexual infantil, Freud toma como ejemplo el chupeteo como una entre otras modalidades de satisfacción de la pulsión sexual (parcial) antes de ser reunido bajo el primado de la genitalidad. Este tipo de actividad sexual nace por intermedio de la función biológica de la alimentación; en el principio “la satisfacción de la zona erógena se asoció [*vergesellschaftet*] con la satisfacción de la necesidad de alimentarse” (1905*d*: 165).¹²⁴ El predominio de la zona labial (oral) es sustituido por la de la zona anal con la constitución de la arcada dentaria. “La necesidad de repetir la satisfacción sexual se divorcia [*Befriedigung*] entonces de la necesidad de buscar alimento, un divorcio [*Trennung*] que se vuelve inevitable cuando aparecen los dientes y la alimentación ya no se cumple mamando, sino también masticando” (1905*d*: 165). Hay, pues, un cambio de objeto. El niño encuentra, así, una manera cómoda de independizarse “del mundo exterior al que no puede aún dominar” (1905*d*: 165).

De manera general, la actividad autoerótica empieza con el predominio de la

pulsión, objeto por excelencia del psicoanálisis.

¹²⁴ Así, la idea de un *apuntalamiento* (*Anlehnung*) de la sexualidad en las funciones destinadas a la autoconservación del individuo, se encuentra perfilada en la primera edición de los *Tres ensayos*. En la tercera edición de 1915, Freud menciona que lo sexual se *apuntala* en la necesidad orgánica de alimentación para descargar la sensación displacentera provocada por la acumulación de tensión, a la vez que la asigna como una de las características esenciales de la sexualidad infantil que más adelante será tratada. En S. Freud (1905*d*: 165).

zona anal y el objeto pasa del exterior hacia partes del cuerpo propio.¹²⁵ Estos objetos situados en el cuerpo propio son zonas más propicias para producir sensaciones placenteras. Características de las zonas erógenas que, a su vez, guardan similitud con las “zonas histerógenas” (*hysterogene Zonen*) en la formación de los síntomas histéricos: la boca, por el aflujo de leche emanada por contracción labial y el ano, por retención y expulsión de los excrementos. Ambas partes del cuerpo se constituyen como sectores de la envoltura corporal *fracturados*, que permiten el aflujo de las más variadas intensidades de excitación.¹²⁶

Pero en el caso de la sexualidad infantil, todavía no existe una imagen unificada del cuerpo, pues son las pulsiones parciales las que comandan su modo de funcionamiento. La sexualidad en este momento funciona de modo anárquico y el placer obtenido mediante estimulación es un “placer de órgano”

¹²⁵ Sin embargo, puesto que el chupeteo también convoca a la zona labial como objeto específico de la pulsión sexual, se puede colegir que la actividad autoerótica, tal y como Freud la describe en los *Tres ensayos* (1905d), no sólo se engendra con la estimulación labial, sino también que se perpetúa continuamente en las diversas regiones corporales.

¹²⁶ La mucosa labial, el ano y en lo sucesivo los genitales -con la actividad masturbatoria-, muestra el funcionamiento aislado de la pulsión sexual dirigida hacia partes del cuerpo propio. No obstante, se antepone la siguiente cuestión: ¿Por qué la pulsión se vuelve autoerótica? Pues bien, es precisamente esta vuelta hacia el cuerpo propio lo que permite la construcción de un espacio corporal, inicio de un proceso de reconocimiento de sí, que, aunque fragmentado, es condición necesaria para el proceso que dará lugar al reconocimiento del otro en cuanto objeto-total.

(*Organlust*).

Dado que el placer obtenido mediante estimulación de la zona erógena correspondiente exige continuamente la satisfacción de un placer mayor, la sensación de displacer empieza a ejercer un considerable dominio. Para evitar este aflujo, se construyen “mociones reactivas” (*Reaktionsregungen*) que ejercen una fuerza contraria a la demanda de placer y predominio de displacer. Parte de las “mociones sexuales” (*Sexualregungen*) sufre este destino. Pero, se sabe que la lógica freudiana no es exclusiva; elementos dispares e incluso opuestos pueden convivir. Es lo que ocurre respecto de las mociones sexuales. Una parte es reprimida, pero también puede ser desviada hacia otros fines que no sean el sexual.

Como las “mociones sexuales” (*Sexualregungen*) libradas del proceso de represión no pueden encontrar una vía sexual de expresión porque todavía no se han reunido bajo el primado de la genitalidad, encuentran en la “sublimación” (*Sublimierung*)¹²⁷ la vía que permite el desplazamiento de la

¹²⁷ En este contexto de lo *Tres ensayos* (1905d) Freud define la sublimación como el desvío de las funciones sexuales y de sus metas y su orientación hacia metas nuevas. La vincula con el periodo de latencia ya que se perfila como un proceso que se inicia en este momento del desarrollo de la libido, precisamente porque la función de reproducción todavía se encuentra diferida. En S. Freud (1905d: 161-162). También relaciona la sublimación con las perversiones ya que considera como perversas a las mociones

energía sexual hacia otros fines no sexuales. En otras palabras, la sublimación da una solución de continuidad a las “mociones pulsionales” (*Triebreregungen*) por la dispersión en que se encuentran. Tanto por esto, como por el hecho de que la satisfacción es parcial -no hay cuerpo propio ni ajeno como totalizado-, el modo de satisfacción de la sexualidad infantil es perverso.

El “periodo de latencia” (*Latenzperiode*)¹²⁸ termina con una nueva irrupción de las mociones pulsionales que se han sustraído a la sublimación (1905d:

pulsionales, es decir, “partirían de zonas erógenas y se sustentarían en pulsiones que dada la dirección del desarrollo del individuo sólo provocarían sensaciones de displacer.” En S. Freud (1905d: 162). El establecimiento de los diques anímicos de la vergüenza, del asco y de la moral servirían como solución de continuidad respecto a esta sensación displacentera, sofocándola. Como uno de los destinos de la pulsión sexual, Freud, en una nota al pie de página agregada en 1915 a los *Tres ensayos* (1905d), menciona que la sublimación se efectúa mediante la “formación reactiva” (*Reaktionsbildung*). Sin embargo, sería un error generalizar esta cara del vínculo entre sublimación y formación reactiva en el desarrollo posterior del sujeto: la oposición respecto a la pulsión plasmada en determinados comportamientos, tales como el exceso de pudor o actitud de demasiada limpieza, enmascaran tendencias exhibicionistas y un modo de funcionamiento característico del “erotismo anal” (*Analerotik*), que confieren valor de síntoma a estos comportamientos estereotipados. Freud mismo, en esta misma nota al pie de página, se reitera y dice que sublimación y formación reactiva son procesos distintos. En S. Freud (1905d: 162, n. 10). Asimismo, véase J. Laplanche y J.-B. Pontalis (1967); voz: “Sublimación”.

¹²⁸ Periodo en el desarrollo de la sexualidad humana caracterizado por el declínio de la sexualidad infantil -entre los cinco y los seis años- hasta el inicio de la pubertad. Su constitución está marcada por la “inhibición” (*Hemmung*) de las mociones pulsionales mediante la construcción de barreras, la vergüenza, la repugnancia y la moral, que impiden el libre aflujo de las mociones sexuales. En S. Freud (1905d: 162). Freud se refiere aquí a la idea expuesta en el “Proyecto” (1950a [1887-1902]) sobre los dos tiempos de la histeria, a propósito del caso Emma pero ahora la traslada hacia una formulación más universal, que versa precisamente sobre la instauración bifásica de la sexualidad humana. En S. Freud (1950a [1887-1902]: 400-407 y n. 21). Véase también P. Bercherie (1983: 358). Se encuentra estrechamente vinculado con el “complejo de Edipo” (*Ödipuskomplex*); por eso, sólo en los años posteriores Freud establece una versión más acabada de él.

162). La “amnesia infantil” (*infantile Amnesie*) se vincula con esa segunda reactivación (1905d: 172). Las zonas anal y genital son activadas, dejando profundas huellas inconscientes que posteriormente van a determinar el desarrollo del carácter del sujeto. Señal que la pulsión primitiva continúa actuando en el inconsciente. Factores externos e internos corroboran la irrupción de esta fase, entre ellos la influencia de la seducción, aunque en este periodo del desarrollo teórico Freud considera “evidente que no se requiere de la seducción para despertar la vida sexual del niño, y que ese despertar puede producirse también en forma espontánea a partir de causas internas” (1905d: 173).

Así, pues, la relación entre autoerotismo y pulsiones parciales se da a partir de la contingencia del objeto de la pulsión. El autoerotismo es un estadio originario de fragmentación de la pulsión sexual que señala la ajenidad del objeto exterior.¹²⁹ Se configuraría como un estadio caracterizado por el desasimiento de la pulsión sexual de la “necesidad de alimentarse” que hasta entonces estaba apuntalada. A partir de entonces, ocurrirá una especie de transformación en la relación que el cuerpo propio mantiene con los objetos y

¹²⁹ Vale subrayar que no se trata de un estado anobjetal, puesto que el objeto es el cuerpo propio o partes de éste y que son, a la vez, “fuente” (*Quelle*) y “meta” (*Ziel*) de la pulsión sexual. Tampoco se inscribe en un tiempo primordial dado que al principio la pulsión sexual encuentra el objeto (el pecho) fuera del cuerpo propio.

la pulsión, trazando su propio camino, alcanzará la satisfacción en objetos no determinados previamente. De manera que el circuito de la pulsión sexual empieza por una tensión displacentera en las zonas erógenas, “fuente” (*Quelle*) de las pulsiones parciales, y su “meta” (*Ziel*) consiste en obtener el alivio de la tensión estimulando la zona erógena elegida y proporcionando un placer de órgano. El placer obtenido constituye uno de los intentos en repetir una cierta “vivencia de satisfacción” (*Befriedigungserlebnis*) que, dado su carácter estructurante, es vivenciado en tanto que recordado (1905d: 167).

Las pulsiones parciales no son incompletas respecto a la sexualidad.¹³⁰ Es

¹³⁰ En la primera edición de los *Tres ensayos* (1905d), Freud todavía no había otorgado el valor de una organización pregenital a la sexualidad infantil, de manera que las pulsiones parciales dispersas de la sexualidad infantil se reunirán bajo el primado de la genitalidad a partir de la pubertad. Esto ocurrirá en los años de 1908 a 1923 y será concebido como un modo peculiar de circulación y de fijación de la libido en determinadas partes del cuerpo sin la hegemonía de la genitalidad. Interés que se inició a partir de la importancia del erotismo anal (1908), para luego agregar el supuesto de un estadio anal (1913), de un estadio oral (1915) y de un estadio fálico (1923). Pero es en el momento temporal en que Freud tenía asentada la idea de una primerísima elección de objeto en la infancia y que situaba al narcisismo como la una de las etapas del desarrollo de la libido, que le permitió establecer dos organizaciones pregenitales: la oral o canibálica, en que la actividad sexual no se distingue de la nutrición y encuentra como meta la satisfacción y la “incorporación” (*Einverleibung*) del objeto, y la sádico-anal, que se caracteriza básicamente por una actividad producida por la “pulsión de apropiación” (*Bemächtigungstrieb*) a través de la musculatura del cuerpo, donde se reconoce la ajenidad del objeto a partir de la pérdida de los materiales fecales pero sin la primacía de la organización genital. De este reconocimiento se establece la polaridad sexual (activo-pasivo) y la “ambivalencia” (*Ambivalenz*) inherente en la relación con un mismo objeto. En una nota al pie de página de 1924, agrega la hipótesis acerca del estadio fálico, una tercera organización pregenital, que aproxima aún más la sexualidad infantil con la sexualidad adulta. Presenta todas las características de una organización genital, la ajenidad

decir, no indica que ellas serían parte de un todo, sino más bien las primeras y genuinas energías sexuales en busca de satisfacción a partir de la cual va a constituirse la organización de la libido ya que se definen por la fuente (oral, anal) y por la meta (dominar, ver) de la pulsión.

Tercer ensayo: El deseo, “movimiento” psíquico de la pulsión: su instauración y sus vicisitudes en el proceso de reencuentro con el objeto de la sexualidad adulta.

Finalmente, en el tercer y último ensayo Freud analiza la sexualidad adulta. En contraposición al funcionamiento anárquico de la sexualidad infantil, comandado por distintas pulsiones parciales hacia zonas erógenas que, a su vez, son fuente de la excitación y lugar en donde la pulsión alcanza su meta, la sexualidad adulta implica la organización de estas pulsiones bajo el primado de una única zona, la genital, cuya finalidad biológica es la

del objeto sexual hacia el cual se dirigen las aspiraciones sexuales, a diferencia de que el único genital reconocido es el masculino y que la polaridad sexual es concebida dentro de la lógica fálico-castrado. En S. Freud (1905d: 179-182 y n. 42). Asimismo, véase S. Freud (1908b, 1913i y 1923e). Ahora bien, como bien advierte Laplanche (1993: 8), pese al hecho que la *maduración* fisiológica del niño es considerada por Freud con el establecimiento de estadios que priorizan a tal o cual zona erógena en detrimento de otras, la idea de *sucesión* y de *subdivisión* en estadios pertenece a Karl Abraham (1877-1925), psicoanalista alemán que mantuvo una estrecha colaboración con Freud. A él se debe la teoría de las fases de evolución de la libido. Subdividió el estadio oral entre estadio oral temprano de succión y estadio oral tardío de mordedura y el estadio anal entre estadio anal temprano de retención y estadio anal tardío de expulsión y el estadio genital entre estadio genital temprano, fálico y sádico y estadio genital tardío con el genuino amor de objeto.

reproducción.

A propósito de la función de la reproducción, es fácil incurrir en el error de suponer un entendimiento estrictamente biologicista por parte de Freud. Ciertamente, este momento del desarrollo de la doctrina sobre la sexualidad supuso el acercamiento a las premisas biológicas, pero no excluye la dimensión fantasmática subyacente al objeto sexual. Las relaciones entre placer y displacer se impondrán como fundamentales en esta doctrina, tanto en la primera edición como en las posteriores, señalando un desarrollo teórico progresivo pero no menos problemático.

Sobre esta cuestión, el problema planteado era el hecho de asociar el placer con la descarga de tensión y el displacer con su incremento. Sobre todo porque la acumulación de tensión no conduce necesariamente al displacer. Conjetura Freud:

si la tensión del estado de excitación sexual se computa entre los sentimientos de displacer, se tropieza con el hecho de que es experimentada inequívocamente como placentera. Siempre la tensión producida por los procesos sexuales va acompañada de placer; aun en las alteraciones preparatorias de los genitales puede reconocerse una suerte de sentimiento de satisfacción. Ahora bien, ¿cómo condicen entre sí esta tensión displacentera y este sentimiento de placer? (1905*d*: 191).

La solución planteada por Freud fue la de abolir la serie placer-displacer con la introducción de dos series: el “placer previo” (*Vorlust*) y el “placer final” (*Endlust*), refiriéndose a grados de placer que exigen continuamente la obtención de un placer mayor. Teniendo en cuenta que la relación entre aumento de tensión con la obtención de placer no es, en términos estrictos, concomitante ya que el placer final elimina toda la tensión.

El placer previo está ligado al funcionamiento de las pulsiones parciales presentes desde la infancia. Ahora la excitación somática de las diversas zonas erógenas sirve de preliminar para la obtención de un placer mayor (“ganancia de placer”; *Lustsgevvinn*) y se dirige hacia una única zona, la genital. Si alguna lógica sirve para entender el funcionamiento de las pulsiones parciales es la de servir como preliminar a la meta sexual final que, además, está de acuerdo con la hipótesis de que en las perversiones hay un detenimiento en las metas preliminares en oposición a la sexualidad genital.

Por otra parte, con relación a la poca especificidad de la pulsión sexual en la infancia, la sexualidad adulta utiliza las pulsiones parciales (excitación de las zonas erógenas) como solución de continuidad hacia una “acción específica” (*spezifische Aktion*) que se traduciría por el placer final con la descarga de la

tensión que acompaña la expulsión de los productos genésicos (1905*d*: 192).

Freud propone dos alternativas para rastrear los “orígenes de la pulsión sexual” (*Ursprünge des Sexualtriebes*), en el que están imbricados tres vectores en el engendramiento de la excitación corporal: el lugar del cuerpo, los procesos somáticos y procesos psíquicos. La primera sitúa la pulsión en relación con la estimulación erógena, sea proveniente del mundo exterior (actividad muscular, procesos afectivos, trabajo intelectual y excitación mecánica), sea de procesos orgánicos, o de los dos a la vez. En este caso, la *fuerza* de la pulsión se ubica en una determinada parte del cuerpo, las zonas erógenas. La segunda alternativa sitúa la pulsión con relación a un proceso más complejo: se trata del engendramiento de la excitación sexual proveniente de la vida anímica propiamente dicha, como “un repositorio de impresiones externas y un receptor de excitaciones internas” (1905*d*: 190). La excitación puede producirse en tal o cual parte del cuerpo en tanto en cuanto “calco de una satisfacción vivida a raíz de otros procesos orgánicos” (1905*d*: 182).¹³¹

Ambas clases de fuentes se encuentran relacionadas con los momentos de constitución de la pulsión sexual. La pulsión parcial deriva o de las fuentes

¹³¹ La noción de “apuntalamiento” (*Anlehnung*) de la pulsión sexual “en una de las funciones corporales importantes para la vida” encontraría en este punto su plena vigencia ya que la finalidad última de esta operación es la reproducción de una vivencia antaño placentera. En S. Freud (1905*d*: 165).

internas (orgánicas y psíquicas) de la excitación sexual o es una mezcla entre tales fuentes y las zonas erógenas.¹³² Freud hace también hincapié en el papel que cumplen los cuidados que la madre (o responsable) da al niño como un poderoso componente que da lugar al advenimiento de la sexualidad.¹³³

El requerimiento necesario para la constitución de la sexualidad adulta, además de la organización de la sexualidad bajo el primado genital, es la constitución del *objeto* de la pulsión sexual como algo exterior al sujeto. La sexualidad adulta conlleva, además, la alteración del circuito de la pulsión sexual; ésta abandona el cuerpo propio y se dirige hacia el exterior en busca de satisfacción. El que antes era objeto de la necesidad, pasa ahora a constituirse objeto de la pulsión mediante el proceso de “apuntalamiento” (*Anlehnung*) y su consecuente desasimiento.

¹³² Lejos de pretender realizar una clasificación de elementos que no se comprometen entre sí, la razón de tal diferenciación es la de entender mejor un término que, en este momento del desarrollo freudiano, se presenta oscuro. De manera que la clasificación ahora realizada sirve estrictamente para propósitos didácticos y no excluye la dialéctica entre la pulsión sexual y sus componentes parciales. Este tema será tratado más adelante (véase II.1.2.).

¹³³ “El trato del niño con la persona que lo cuida es para él fuente continua de excitación y satisfacción sexuales a partir de las zonas erógenas, y tanto más por el hecho de que esta persona -por regla general, la madre- dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual en pleno derecho.” En S. Freud (1905d: 203).

El encuentro del objeto de la pulsión se apunala en las primeras experiencias del niño en un momento donde la necesidad se dirigía hacia un objeto exterior: el pecho materno. De manera que la conformación del objeto sexual se encuadra en los moldes de una vivencia antaño placentera, resignificada a *posteriori*, en la que la pulsión repite el recorrido hacia el exterior: “El hallazgo de objeto es propiamente un reencuentro [*Die Objektfindung ist eigentlich eine Wiederfindung*]” (1905d: 203). Lo que significa que únicamente con la pérdida del objeto de la necesidad, se constituye el objeto de la pulsión, que no se trata del objeto en sí, sino de un objeto exterior modificado que se satisface de modo parcial -ya que no coincide totalmente con el objeto que ha proporcionado la primerísima satisfacción-, derivándose a partir de la relación que el yo establece con los objetos. Por eso, el reencuentro con el objeto de la pulsión no ocurre plenamente. El “deseo” (*Wunsch*) se instaura en esta dialéctica como movimiento de la pulsión y como la cualidad peculiar que la pulsión adquiere respecto al instinto, además de la variabilidad del objeto.¹³⁴

La constitución del objeto aloerótico se elabora desde la infancia. Los padres, o sea, las personas más próximas al niño, remedian su estado inicial de

¹³⁴ En la misma línea, el autoerotismo refleja el intento mismo por parte del niño de reconstruir en el cuerpo propio el objeto perdido recurriendo al orden fantasmático.

“desvalimiento” (*Hilflosigkeit*).¹³⁵ El resultado del amparo ofrecido hace que el niño vea a sus padres en calidad de objetos sexuales (1905d: 203).

Por otro lado, la cultura, que, entre otras funciones, regula los vínculos entre los seres humanos, impone determinados requisitos para permitir el ingreso del individuo en su mundo. Uno de los cuales es la renuncia al deseo incestuoso del niño respecto a sus padres a través de preceptos que impiden el contacto sexual entre parientes consanguíneos para perpetuar y ampliar la raza humana. La situación es vivida a modo de un “conflicto” (*Konflikt*), donde el sujeto tiene que renunciar al amor de los padres para elegir, en la vida adulta, otros objetos sexuales. Tal elección se realizará no sin la influencia de la representación fantasmática de los padres que se mantiene como modelo de amor (1905d: 205-206).

Ahora bien, es conocido que la contingencia del objeto de la pulsión es el punto clave a partir del cual se puede suponer una sexualidad infantil. Si el objeto de la pulsión presentase la dirección unívoca del instinto, la hipótesis

¹³⁵ El estado de desvalimiento viene a señalar un lactante profundamente desadaptado, sea desde el punto de vista psicofisiológico, sea desde el punto de vista del desamparo psíquico. Estos condicionantes impiden a la cría humana realizar una acción coordinada y eficaz ya que sus recursos motores carecen de solución de continuidad para eliminar la tensión proveniente de la necesidad.

sobre el funcionamiento anárquico de las pulsiones sexuales caería por tierra junto con la propia idea de sexualidad infantil. En este momento del desarrollo teórico, la idea de una sexualidad anárquica era el sostén estratégico de la doctrina freudiana de la sexualidad.

Entre tanto, se percibe claramente que el autoerotismo y las pulsiones parciales no son suficientes para el entendimiento de la sexualidad infantil en la medida en que el autoerotismo no es completo, ya que en la infancia se consume una elección de objeto. Pero, para sostener el funcionamiento anárquico de las pulsiones parciales, Freud tuvo que posponer la idea del conflicto, subyacente al proceso de emancipación del sujeto respecto a los padres, en la pubertad.¹³⁶

¹³⁶ El “complejo de Edipo” (*Ödipuskomplex*) encuentra su origen en el periodo que corresponde al autoanálisis de Freud y de su relación transferencial con Fliess. En la primera edición de los *Tres ensayos* (1905d), Freud lo menciona brevemente y remite al mito de Edipo cuando subraya la atracción del niño hacia el progenitor del sexo opuesto. En S. Freud (1905d: 207, n. 29). Mantiene implícito su interés respecto a la moción sexual del niño respecto al padre. Lo que en “Sobre un tipo de elección de objeto en el hombre” (1910h) le conducirá a la primera formulación del complejo de Edipo positivo definido como el anhelo del niño hacia la madre y el odio hacia el padre, tenido como rival. En S. Freud (1910h: 164). No sin antes caracterizarlo en “Sobre las teorías sexuales infantiles” (1908c) como el “complejo nuclear” de las neurosis. En S. Freud (1908c: 191). En lo sucesivo, la terminología empleada por Freud se modificará y se ampliará en consonancia con sus nuevos descubrimientos, sea a partir del trabajo clínico, sea con su elaboración teórica. Tal y como revela la profundización acerca de los sentimientos ambivalentes del niño respecto al padre, ya que éste además de ser temido y odiado es también admirado, y se perfila como un modelo al que el niño desea alcanzar, lo que le llevó a designar esta moción sexual del niño hacia el padre de “complejo paterno” (*Vaterkomplex*), una de las variaciones del complejo de Edipo, quizá por la influencia de Jung tal y como se verá más detenidamente a continuación. De manera que los deseos incestuosos del niño respecto al padre también vienen a la luz y, a la vez que requieren un entendimiento, preparan de antemano lo que se convertirá en la elaboración acerca del complejo de Edipo negativo, es

Por otra parte, los “destinos de la pulsión” (*Tribschicksale*) en el curso del desarrollo humano no señalan su debilidad originaria, sino más bien su carácter esencialmente transformador. Las pulsiones pueden ser “reprimidas” (*Verdrängung*) mediante las barreras de la repugnancia, de la vergüenza y de la moral, impuestas para evitar su libre fluir y para conducir las hacia otros modos de satisfacción distintos del sexual.¹³⁷ La “sublimación” (*Sublimierung*) de la sexualidad corresponde a uno de estos desvíos de la pulsión e introduce la relación entre lo sexual con lo no sexual como el tránsito del uno hacia el otro.¹³⁸ También ocurre el caso de la pulsión sexual no sufre alteraciones en el curso del desarrollo; se mantiene perversa, de modo que “toda vez que alguien,

decir, a las mociones sexuales del niño respecto a sus progenitores, en concreto al amor del niño hacia el padre y la hostilidad hacia la madre. En cuanto al problema referente al objeto de la pulsión, solamente se esclarece con los conceptos de “libido narcisista” (*narzisstische Libido*) y “organización pregenital de la libido” (*prägenitale Organisation des Libido*), permitiendo la referencia al complejo de Edipo. Será sólo en 1923 que Freud reubicará el complejo de Edipo desde el punto de vista cronológico; si antes se inscribía en la pubertad, a partir de entonces se ubicará definitivamente en la fase fálica (de los tres a los cinco años). Para un análisis más detallado acerca de las ideas de Freud sobre el complejo de Edipo y sobre las relaciones entre complejo fraterno y complejo de Edipo, véase B. Simon y R. B. Blass (1991: 192-207) y L. Kancyper (1995: 675-690).

¹³⁷ Lo que se reprime son vivencias sexuales de carácter onanista. La cuota de represión determina la formación de síntomas precisamente cuando atraviesa el umbral determinado por este destino pulsional, requerido también en la constitución de la sexualidad. Este *exceso* de represión siempre viene aparejado con su opuesto, es decir, una necesidad sexual hipertrófica.

¹³⁸ Vale mencionar que la sublimación, que en este periodo del pensamiento freudiano está situada en el recorrido evolutivo de la pulsión sexual, debe ser puesta en relación dialéctica con la represión. Pero, mientras la represión expulsa a las mociones pulsionales, la sublimación “conserva superando”, un cierto monto pulsional que escapa *parcialmente* de la acción de la represión a condición de transformar la meta de la pulsión. En A. Green (1993: 298).

(...), ha *devenido* perverso, puede decirse, (...), que ha *permanecido* tal”, tal y como afirma Freud en “Fragmento de análisis de un caso de histeria” (1905e [1901]: 45). Como estado patológico, viene acompañada de “inhibición” (*Hemmung*) del desarrollo y de “fijación” (*Fixierung*)¹³⁹

Para concluir, sería útil reforzar la amplitud que adquiere la teoría de la sexualidad a partir de los *Tres ensayos* (1905d) gracias a las aportaciones más significativas y no menos polémicas; aportaciones que reunidas corroboran la hipótesis de una obra que adquiere forma *a posteriori* en consonancia con las elaboraciones del psicoanálisis, de Freud. No obstante, es gracias al equilibrio presente en el conjunto de las proposiciones iniciales, como aquéllas que se circunscriben en el marco conceptual de la pulsión -pulsiones parciales, libido, sexualidad infantil y zonas erógenas- y que se ha garantizado en estos

¹³⁹ Noción que en este contexto debe ser entendida a partir de su relación con la teoría de la libido. Sería la manifestación de determinadas actitudes o la ligadura respecto a algunas características del objeto sexual que remontan a un determinado periodo de la vida sexual infantil. Con el establecimiento evolutivo del desarrollo de la libido, la noción de fijación se amplía: no sólo involucra la meta y el objeto libidinal parcial sino también envuelve la estructura misma que caracteriza cada fase del desarrollo (sea oral, anal o fálica). La fijación también prepara las posiciones sobre las cuales opera la “regresión” (*Regression*), es decir, el retorno a modalidades anteriores al desarrollo del pensamiento. Aunque la perspectiva temporal de este término no aparezca en los *Tres ensayos* (1905d), se encuentra perfilada la idea de un retorno de la libido en los caminos laterales de satisfacción y a objetos anteriores. El pleno desarrollo de este concepto sólo ocurrirá a partir de 1913 con el establecimiento de la noción de organización pregenital (1913). De ahí será distinguida la regresión respecto al objeto, a la fase de desarrollo de la libido y en el desarrollo del yo. En Laplanche y J.-B. Pontalis (1967); voces: “Fijación” y “Regresión”.

momentos de inflexión, verdadero hilo conductor hacia otros descubrimientos.

Como se puede ver, la introducción del discurso sobre la pulsión posibilita que un conjunto de conceptos, de términos y de nociones puedan ser desarrollados tanto en los *Tres ensayos* (1905*d*) como también en el conjunto de la obra de Freud.¹⁴⁰

¹⁴⁰ En ese sentido, conviene recordar que la serie de alteraciones que esta obra ha sufrido a lo largo de las diversas ediciones, así como la más frecuente mención de Freud acerca de la sexualidad humana en sus escritos, revelan que el psicoanálisis y la doctrina freudiana de la sexualidad hacen un recorrido paralelo; hablar del psicoanálisis es hablar sobre la sexualidad. Sin embargo, es lícito señalar que apenas se conoce la concepción freudiana sobre la sexualidad. Cuestión contradictoria ya que es precisamente la doctrina freudiana sobre la sexualidad que ha penetrado de modo más contundente en el discurso y en la manera de pensar característicos de la cultura occidental, hasta el punto de convertirse en un hecho cultural de máxima importancia. No sin *deslizamientos de sentido*, pero que no deben ser diagnosticados como errores de interpretación propiamente dichos sino como efectos del modo en que la cultura se ha nutrido de ellos. En R. Mezan (1993a: 128). Ahora bien, la clínica psicoanalítica tampoco es inmune a estos deslizamientos de sentido, hoy concebido como, *la progresiva pérdida de la primacía del discurso sobre la sexualidad en los desarrollos psicoanalíticos posfreudianos, en particular, el abandono de la dimensión sexual en la escucha psicoanalítica*. Cuestión aún más contradictoria si se tiene en cuenta que uno de los avatares de la formación misma en psicoanálisis -además de suponer un esfuerzo imperioso, incluyendo el análisis personal y competencia teórica, para alcanzar un cierto grado de “modificación económica”, tomando prestado una expresión de Guignard (1994: 1620)- es el encuentro entre el inconsciente del analista y el del paciente, la consecuente puesta en escena de reacciones transferenciales y contratransferenciales, lo que es equivalente a la manifestación de la sexualidad inconsciente con sus correspondientes componentes sexuales infantiles.

Más recientemente, algunos autores preocupados con tal puesta de lado del discurso de la sexualidad en la clínica psicoanalítica han introducido el debate sobre la sexualidad en el psicoanálisis. Según Chilland (1981: 1318), uno de los motivos por tal desinterés sobre la teoría freudiana de la sexualidad se ha dado en virtud de la dificultad que Freud tuvo en separar sexualidad y función de reproducción en que el *término*, más aún, la *acmé* de esta última expresión debe ser al mismo tiempo la *meta*. Sin embargo, como bien advierte Green (1996: 669) Freud supo como nadie captar algunas variaciones de la sexualidad humana y, así, modificar el entendimiento peyorativo sobre las perversiones a partir de las variantes relacionadas con la ausencia de la función de reproducción. Y eso ocurrió sea por el estrecho vínculo que une sexualidad infantil y

II.1.2. Génesis y evolución de la pulsión sexual y su relación con las fantasías.

Discusión sobre los problemas teóricos que versan sobre la base evolucionista en que se basa la primera formulación psicoanalítica de la pulsión y su relación con la dimensión fantasmática.

El proceso de elaboración de lo que será designado como sexualidad humana desde el psicoanálisis está marcado por rupturas, tanto en relación con la

sexualidad perversa; sea por la concepción genética de la sexualidad humana. Spruiel (1996: 691), a su vez, atribuye este “abandono” de lo sexual por el reemplazo y la omisión de los supuestos fundamentales del psicoanálisis. Quizá por el hecho de que lo sexual no sea más lo mismo que en la época de Freud o que las manifestaciones del padecimiento psíquico hayan variado hasta el punto que la clínica psicoanalítica no se afronta con cuestiones de índole propiamente sexual con tanta frecuencia. Pero la irrupción de todos los tipos de desviaciones sexuales a partir de acciones violentas, es prueba contundente de que la cuestión sexual está bien presente en la vida de los seres humanos, a pesar del puritanismo. La clínica psicoanalítica, por su parte, afronta la referencia a la sexualidad de modo menos ostensible porque los psicoanalistas, de modo inconsciente o no, intentan desdibujar su papel, sea ignorándola en los sueños, en las fantasías o en la transferencia, sea teniéndola por contingente o defensiva. Y, si bien es cierto que el tema de la sexualidad presenta una resonancia afectiva particular para cada psicoanalista, sea en su vida, sea en su trabajo clínico y teórico, es necesaria la asimilación de los supuestos básicos que rigen la doctrina freudiana sobre la sexualidad por parte de cada psicoanalista para que su trabajo adquiriera sentido y sea comunicable. En A. Green (1996: 690). En la misma línea, como señala Green (1996: 672), incluso la gran frecuencia de casos de pacientes no neuróticos y con una estructura regresiva (es decir, de casos límite, de personalidades narcisistas, de depresiones, de caracteres psicopatológicos, de síndromes psicopáticos, etc.) es prueba rotunda de la manifestación de la sexualidad, en concreto, de su carácter traumático, lo cual ampliaría la tesis según la cual lo sexual sería el patrimonio exclusivo de las neurosis. Asimismo, para una panorámica sobre la repercusión de la teoría de la sexualidad en el pensamiento de Freud y en el psicoanálisis posfreudiano, véase C. Chilland (1981: 1315-1323), A. Green (1996: 669-676) y V. Spruiel (1996: 687-695).

doctrina clásica¹⁴¹ como en relación con la teoría psicoanalítica propiamente dicha. Con el abandono de la teoría de la seducción y el énfasis en la dimensión fantasmática, así como también en el “conflicto psíquico” (*psychischer Konflikt*)¹⁴² y en la sexualidad infantil, Freud no sólo caracteriza la doctrina psicoanalítica como un campo propio del saber respecto al *establishment* médico, sino también establece la primera y más importante discontinuidad en el núcleo del saber que compone el psicoanálisis. La *irrealidad* de la teoría de la seducción es la tesis ante la cual la teoría del trauma, si bien perderá cierto protagonismo respecto a la teoría del conflicto psíquico, será objeto de una necesaria ampliación de miras.¹⁴³

¹⁴¹ Freud rompe con la doctrina clásica cuando encuentra como causa única en la génesis de la neurosis el factor sexual.

¹⁴² Noción que caracteriza dos exigencias contrarias en el sujeto, sea en el ámbito manifiesto, sea en el ámbito latente. El conflicto psíquico es constitutivo del sujeto y también caracteriza al síntoma neurótico por el compromiso existente entre dos representaciones inconciliables. En este momento temporal de la obra de Freud, se aplica desde la perspectiva del conflicto entre deseo y defensa. En J. Laplanche y J.-B. Pontalis (1967); voz: “Conflicto psíquico”.

¹⁴³ La primera trata de averiguar el proceso mediante el cual el yo es invadido por una cantidad de energía más allá del nivel tolerado, mientras la segunda procura explicar el síntoma como el resultado del conflicto entre el deseo y la defensa. Sin embargo, lejos de excluir una concepción en favor de otra, lo que está en cuestión es la posibilidad no sólo de coexistencia sino también de conciliación entre la teoría del trauma y la teoría del conflicto ya que lo traumático es lo que engendra el conflicto. Sobre todo por el hecho de que, aunque Freud haya renunciado a la teoría de la seducción, jamás abandonó el supuesto de la seducción que el adulto ejerce sobre el niño. En uno de sus trabajos póstumos, escrito a mediados de 1938, afirma explícitamente que la madre al cuidar del niño se convierte en su primera seductora. En S. Freud (1940a [1938]:188). Como bien señalan Baranger, Baranger y Mom (1987: 749) el abandono de la neurótica no cuestiona la teoría general acerca de la histeria, sino el contenido del concepto de trauma; existen casos en los que la seducción no constituye una acción real, sino que es más bien parte integrante del conjunto

Con la teoría de la seducción, la realidad objetiva se constituiría como uno de los principales intereses de Freud en acceder al núcleo del síntoma neurótico. Ocurre, pues, que con el énfasis en la producción fantasmática y su desarrollo paulatino hacia una definición metapsicológica, el pensamiento freudiano se desplaza hacia la pulsión y sus destinos, uno de ellos, la represión. De modo que el problema consistía en averiguar si la categoría del “recuerdo” (*Erinnerung*) se refiere a una verdad material, reveladora de una realidad objetiva o si subyace en una verdad histórica, es decir, lo que el sujeto, según un sistema de valores y creencias, estima en un momento de su niñez como verdad. Así, pues, lo que está en juego, tras el *abandono de la neurótica*, no son los recuerdos de la infancia propiamente dichos, sino más bien las fantasías que se interponen entre ellos, produciendo una construcción desvirtuada respecto de la realidad.

En la misma línea, cuando Freud afirma que el inconsciente carece de *signo de realidad* a propósito del abandono de la teoría de la seducción¹⁴⁴, revela la imposibilidad de distinguir la realidad material de los productos de la fantasía.

de fantasías que habitan en la vida psíquica del paciente. Así, pues, consideran “abusivo” plantear un “abandono de la teoría de la seducción”, sino más bien una “profundización” del concepto de trauma psíquico.

¹⁴⁴ Véase Carta 139/69, del 21 de septiembre de 1897. En S. Freud (1985 [1886-1904]: 283-287).

Problema no exento de consecuencias que le llevó a erigir la categoría de “realidad psíquica” (*psychischer Realität*), puesto que no se trata de negar lo real del síntoma -la fantasía también presenta una realidad-, sino de establecer otros criterios para acceder al deseo inconsciente y a las fantasías a él adheridas.

Con la puesta en escena de la fantasía de deseo, la “libido” (*Libido*) será designada como la energía de donde procede el deseo. Eso significa que la *irrealidad* de la escena de seducción no altera la etiología sexual de las neurosis.¹⁴⁵ Freud se vale del caso Dora para enseñar que la ordenación de los factores no altera el resultado final en lo que respecta del determinante sexual:

la sexualidad no interviene como un *deus ex machina* que se presentaría de improviso en algún punto de la trama de procesos característicos de la histeria, sino que presta la fuerza impulsora para cada síntoma singular y para cada exteriorización singular de un síntoma. Los fenómenos patológicos son, dicho llanamente, *la práctica sexual de los enfermos* (1905e [1901]: 100).

Por otra parte, aunque sea contundente la ruptura del pensamiento freudiano con la doctrina clásica al reemplazar la noción de “instinto” (*Instinkt*) por la de “pulsión” (*Trieb*), no se trata de una operación acabada en la que uno de los términos de la ecuación mantiene con el otro una relación inconciliable. Lo

¹⁴⁵ La debilidad sigue siendo la sexualidad, a diferencia que se establece con los

que los *Tres ensayos* (1905d) ponen en cuestión es la relación dialéctica de “derivación de la pulsión en el hombre a partir del instinto” (Laplanche, 1970: 18). Tanto es así que el esquema de la pulsión sexual planteado en los *Tres ensayos* rastrea la *génesis* y la *evolución* de la pulsión sexual. Esto significa que el cambio de términos no altera la base evolucionista en que se asienta la primera formulación psicoanalítica sobre la pulsión. En virtud de este orden de consideraciones, la dimensión fantasmática será una “expresión secundaria” una “eflorescencia puramente imaginaria” (Laplanche y Pontalis, 1985: 40-41) de una sexualidad infantil descrita desde el punto de vista de realidad biológica.

Extraña paradoja ésta que ubica el desarrollo teórico de la fantasía, objeto por excelencia de una de las más significativas discontinuidades del pensamiento freudiano, dentro de una teorización que prioriza el aspecto biológico de la sexualidad. Los estadios evolutivos de la libido, la fuente de la sexualidad descrita en última instancia desde el punto de vista endógeno, parecen contraponerse con el carácter subversivo de las fantasías. Por un lado, Freud, gracias a la concepción evolutiva de la sexualidad, ha podido no sólo aproximar la sexualidad infantil a la sexualidad perversa, sino también probar

que existe una etapa de la sexualidad infantil, el estadio fálico, con todas las características de la organización genital del adulto, pero que todavía funciona según la lógica fálico-castrado en el proceso que dará lugar al reconocimiento de la diferencia de los sexos. También reconoció en el funcionamiento sexual adulto modalidades orales y anales de satisfacción pregenital de modo tal que no se puede hablar de perversión por no querer procrear. Pudo ampliar, en definitiva, la noción de sexualidad humana respecto a las teorías clásicas.

En lo que se refiere al concepto de pulsión, señaló el inicio de un recorrido teórico que asienta definitivamente a la pulsión en el límite de dos dominios: somático y psíquico, cuerpo y alma. Sobre esto, dos factores que pueden ser objeto de debate.

1. La polémica relación entre factores *constitucionales* y *accidentales* ya que, según Freud, la pulsión sexual se constituye como “disposición originaria” (*ursprüngliche Anlage*) e indiferenciada de los seres humanos, sujeta a ulteriores desarrollos gracias a la relación entre los influjos del mundo exterior y las alteraciones orgánicas y anímicas (1905d: 211). Freud se resiste en tomar partido en esta polémica, considerando en “Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis” (1906a [1905]) que dirigirse

exclusivamente hacia uno u otro determinante contradice el determinismo implícito en el planteamiento sobre la diversidad de fuentes que engendran la sexualidad (1906a [1905]: 271).¹⁴⁶

2. La relación entre *Trieb* e *Instinkt* merece mayor detenimiento en la medida en que la constitución congénita de la vida sexual infantil trae a escena la manifestación de comportamientos fijados y preadaptados a una meta y a un objeto. La relación entre ambos se encuentra, tanto desde el punto de vista conceptual como desde la perspectiva de la realidad, caracterizada por una suerte de evolución de un esquema hacia el otro. En ese sentido, el desplazamiento de un término a otro, incitador de un verdadero dispositivo que rompe con el desarrollo estereotipado del instinto, no es otro que el accionado por la pulsión sexual.¹⁴⁷

¹⁴⁶ Contradice también la hipótesis sobre los múltiples ocasionadores de las neurosis. Al desmitificar la realidad de la escena de seducción traumática, da énfasis a los factores constitucionales sectorizados de la predisposición sexual, que se refiere al factor endógeno representado por la constitución hereditaria y el vivenciar infantil. Lo cual, le lleva a erigir el concepto de “serie complementaria” (*Ergänzungsreihe*) para explicar la etiología de las neurosis: tanto los factores accidentales (traumatismo) como los factores constitucionales (“fijación”; *Fixierung*) se complementan ya que “intensidades decrecientes de un factor son compensadas por las crecientes de otro”. En S. Freud (1905d: 219).

¹⁴⁷ Inmediatamente se percibe que, en lo que atañe a la formulación sobre la sexualidad en la obra de Freud y a su intento de reconstruir la *prehistoria* del sujeto humano, la formulación sobre el instinto se encuentra descentrada, *perversa por la*

Sin embargo, por otro lado y siguiendo el desarrollo del pensamiento freudiano en estos años, la relación entre pulsión sexual y filogénesis, planteada por Freud en los *Tres ensayos*, basado en la ley bioenergética de Haeckel¹⁴⁸, incluye estos dos factores en una lógica evolucionista incompatible con la reflexión misma sobre la pulsión. Hela aquí.

La secuencia en que son activadas las diversas mociones pulsionales, y el lapso durante el cual pueden exteriorizarse hasta sufrir la influencia de otra moción pulsional que acaba de emerger o de una represión típica, parecen filogenéticamente establecidos (1905*d*: 220).

Lejos de cualquier carácter esclarecedor, esta relación introduce una verdadera polémica en el seno mismo del psicoanálisis en la medida en que atribuye a la pulsión sexual un carácter hereditario, lo que supone el predominio de las fuerzas somáticas sobre las psíquicas dentro de un eslabón evolutivo y destaca, sobre todo, el *origen endógeno de la pulsión*.

pulsión.

¹⁴⁸ Ernst Haeckel (1834-1919), naturalista y uno de los primeros especialistas en adherirse al darwinismo, que él construye como un sistema de pensamiento. Su ley bioenergética sostiene que el desarrollo embrionario del individuo biológico recorre de forma resumida las fases de su origen filogenético, es decir, la filogénesis determina la ontogénesis. Véase J. M. L. Piñero (1973: 31) y N. Caparrós en S. Freud (1997*a* [1871-1886]: 146, *n.* 8).

También lejos de aclarar esta paradoja que atraviesa todo el pensamiento freudiano, lo que se cuestiona es la compatibilidad entre la dimensión biológica con sus características endógena y genético-evolucionista y el descubrimiento de la sexualidad inconsciente, a pesar de la amplitud de miras inherente a la concepción evolutiva de la sexualidad humana.

El problema no termina con eliminar un supuesto en favor del otro, sino que al contrario se extiende en todas y cada una de las consideraciones realizadas por Freud en que aparecen sobrentendidos los términos “desarrollo”, “origen” o “historia”. Con lo cual, supone especificar cuales aspectos de este supuesto evolucionista es inconciliable con la hipótesis sobre el inconsciente, puesto que no se refutan las categorías espacio-temporales presentes en estos términos. Esto significa compartir la tesis sobre las “fantasías originarias” (*Urphantasien*), que la libido presenta un desarrollo correlativo con el proceso de maduración psicofisiológico o que el conjunto de vivencias del sujeto constituye su historia y, sobre todo, que existe un modelo de evolución de lo más simples hacia lo más complejo, *pero resituándolas desde otro registro que no necesariamente coincide con lo inscrito por la biología.*

Estas aseveraciones revelan de modo contundente que la hipótesis central que

ha fundado el psicoanálisis como disciplina no señala el final de un proceso de reconocimiento de una “otra escena”, sino más bien el inicio de un continuo trabajo de articulación conceptual ya que para sostenerla Freud tuvo que empeñarse en la tarea de transmutar algunas expresiones, entre las cuales la de pulsión y sus términos hacia un lenguaje metapsicológico, y de importar modelos de otras disciplinas, tema que más adelante será discutido. Proceso no sin vacilaciones, prueba que el concepto de pulsión y sus términos, así como la noción de zona erógena, tras el establecimiento de la hipótesis sobre el inconsciente, no han recibido automáticamente su estatuto metapsicológico.

Es imposible no hacerse cargo de la dimensión biológica y de su economía en el pensamiento freudiano. Tanto es así que son conocidas las relaciones que la teoría freudiana mantiene con la biología.¹⁴⁹ Freud era ante todo un científico y tenía sus antecedentes académicos asentados en el más riguroso positivismo científico, tal y como se ha tratado anteriormente (véase Cap. I). Tampoco fue inmune a los influjos de otros dominios del conocimiento en el transcurso de sus descubrimientos. En lo que atañe a la *Trieb* freudiana conviene, por lo tanto, esclarecer cuál es el *lugar de lo biológico*,¹⁵⁰ no en el sentido de

¹⁴⁹ Soriano (1995) más recientemente ha tratado detenidamente este tema.

¹⁵⁰ En “El interés del psicoanálisis” (1913j), dice Freud: “A pesar de todo nuestro empeño por evitar que términos y puntos de vista biológicos pasen a presidir el trabajo

justificar las tesis freudianas, sino más bien de *reconocerlas*, para de ahí percatarse de las diferentes dimensiones que presenta la biología en el pensamiento de Freud, sea la *metafórica*, sea la *analógica*. Intento de *precisar* el lugar que ocupa lo biológico, al contrario de ciertas tendencias que van desde la desmentida hasta la apología de esta dimensión en la obra de Freud.¹⁵¹

Es con esta intención que se esbozará tres proposiciones.

Primera proposición: Freud toma prestado términos de la biología más para delimitar su campo de estudio y especificar la disciplina fundada por él, el psicoanálisis.

fenómenos que estudiamos. No podemos evitar la ‘pulsión’ como concepto fronterizo entre una concepción psicológica y una biológica.” En S. Freud (1913j: 184-185).

¹⁵¹ Es con este propósito que Delouya (1992: 40-42) hace una clasificación de los conceptos que Freud toma de la biología. Un primer grupo se refiere a los conceptos biológicos que sirven de soporte para sus teorizaciones. Tal es el caso de los conceptos de “constitución” (*Konstitution*) y “disposición” (*Disposition*). Teniendo en cuenta la ruptura de Freud con el pensamiento clásico precisamente por reconocer el carácter adquirido (sexual) de las vivencias patógenas, en contraposición a una causalidad estrictamente genética (fisiológica u orgánica), el empleo de estos conceptos revela también su límite y apuntan hacia una teorización singular. Un segundo grupo trata de conceptos que no han sufrido ninguna transposición, como el de “herencia filogenética” o de aquellos que son pertenecientes tanto a la biología como a la psicología, como “instinto” (*Instinkt*), pulsión (*Trieb*), “sexualidad” (*Sexualität*), “libido” (*Libido*), “organizaciones pregenitales” (*Prägenitale Organisationen*) y “organización genital” (*Genitalorganization*). Y finalmente un tercer grupo en el que se incluyen los componentes cuantitativos económicos y los principios organizadores de la vida psíquica –la “investidura” (*Besetzung*) libidinal, la “fuerza” (*Kraft*) de las pulsiones, el “principio de Nirvana” (*Nirwanaprinzip*), el “principio de inercia neuronal” (*Prinzip der Neuronenträgheit*), y el “principio de constancia” (*Konstanzprinzip*). Partiendo de esta clasificación, se ha elegido comentar algunos de sus conceptos, sobre todo de los dos primeros grupos, no sin mencionar que los conceptos del tercer grupo serán tratados en el próximo capítulo (véase III.2.2.).

En ese sentido, estos conceptos sirven como herramientas pero a la vez son objeto de una operación de transmutación que altera su significado original. Los conceptos de “instinto” (*Instinkt*) y el de “herencia filogenética” (*phylogenetischen Erwerb*) constituirían una excepción, puesto que se mantiene su significado original. Pero, mientras el instinto se concibe en el sentido clásico, es decir, como un esquema de comportamiento heredado específico de los animales ya que presentan meta y objetos definidos, el de herencia filogenética presentará en la obra de Freud una cierta peculiaridad respecto a la teoría de la que deriva, la teoría de la evolución.

Como un hombre de su tiempo, Freud comparte las tesis de Darwin y de Lamarck¹⁵² sobre el origen y la evolución de los seres vivos. Su interés sobre

¹⁵² Muy pocos investigadores lograron como Charles Darwin (1809-1882) la difusión de sus ideas. Su obra titulada *El origen de las especies* (1859) es la prueba contundente que despoja al hombre de su lugar privilegiado en la naturaleza ubicándolo en el mismo árbol genealógico del reino zoológico. Según Darwin, los cambios evolutivos ocurren por azar y las especies sólo sobreviven a costa de la eliminación de lo más débil. Desde luego, una de las ideas centrales de la ciencia moderna, el principio de la evolución del universo, tuvo como uno de los principales engendrados Lamarck, un biólogo que defendió la idea según la cual el enfrentamiento y adaptación de los seres vivos en el ambiente constituye un importante influjo en la evolución de los organismos ya que es transmitida filogenéticamente. Pero, a diferencia de Lamarck que concebía una evolución progresiva en el sentido del perfeccionamiento, la teoría de la selección natural de Darwin revelaba, en última instancia, un “progreso” absurdo e insensato. Véase D. Papp (1973: 23-27) y D. Delouya (1992: 43).

los orígenes le lleva adherir a los esquemas filogenéticos inherentes en estas teorías, en que el factor herencia predomina sobre el vivenciar individual.¹⁵³

Ahora bien, si en el período que corresponde a la primera edición de los *Tres ensayos* (1905d) Freud atribuye a la pulsión sexual un carácter hereditario, tal y como se expuso en las páginas anteriores, en lo sucesivo propondrá el distanciamiento entre biología y fantasía. En uno de sus trabajos metapsicológicos titulado “Lo inconsciente” (1915e) conjetura: “Si hay en el hombre unas formaciones psíquicas heredadas, algo *análogo* al instinto {*Instinkt*} de los animales, eso es lo que constituye el núcleo del *Icc*” (1915e: 191-192; las llaves son de Etcheverry). Es decir, las fantasías no serían equivalentes al instinto en los animales sino las “formaciones psíquicas heredadas”; término que en 1915 será designado por “fantasías primordiales”

¹⁵³ Como bien advierte Delouya (1992: 44), la adhesión casi masiva de la teoría de Darwin a comienzos del siglo XX, ocurrió en virtud de una versión ideologizada por parte de las ciencias sociales. Versión que desde luego, Freud no ha adoptado ya que proponía la idea según la cual el individuo repetiría en su desarrollo los estadios históricos de su especie. “Ley filogenética”, según el autor, que se nutría del antiguo pero no menos poderoso romanticismo alemán. Este entendimiento no sólo carecía de hilo respecto a sus teorías sino que también recaía en una concepción junguiana de la mente donde los “arquetipos” serían rescatados del “archivo filogenético” de modo simultáneo y sincrónico, como si de operación automática se tratara. Lo que Freud sí adhirió, continua Delouya, fue la tesis de Herbert Spencer (1820-1903) que sostiene la idea de un “resumen” presente en la mente del individuo de los estadios de la historia de la humanidad. Ahora bien, es partiendo de la adhesión a este supuesto que Freud desarrollará una teorización singular según la cual determinados recuerdos serán transmitidos filogenéticamente. Si bien pasa por la tesis lamarckiana acerca de la transmisión de los caracteres adquiridos, no se atiene a la idea positivista de “progreso”, sino más bien a la de una selección de teorías acerca del mundo, testadas por la selección natural, en la que interviene la cultura ya que su interés sobre los orígenes se ubica en el paso de lo natural a lo humano.

(*Urphantasien*)¹⁵⁴. Sin embargo, mantendrá el concepto de pulsión atado a lo filogenético. Cuestión polémica por tratarse de una hipótesis incompatible con las dos tesis centrales sobre la sexualidad inconsciente expuesta en los *Tres ensayos* (1905d), a saber, la sustitución del concepto instinto por el de pulsión y la que versa sobre la contingencia del objeto de la pulsión. Ahora bien, a partir de este orden de consideraciones es posible colegir uno de los elementos de la teoría de la evolución incompatible con la hipótesis estructural sobre la sexualidad inconsciente, a saber, *la concepción de la sexualidad desde el punto de vista instintual en detrimento de lo pulsional*.¹⁵⁵

A través de su trabajo clínico, Freud constató que existen fantasías que se destacan entre las demás, como son las de la observación de la escena primaria (coito parental), de seducción, de castración y de retorno a la vida intrauterina.¹⁵⁶ Las concebirá como estructuras que moldean y dan historicidad a las vivencias del complejo de Edipo. Este proceso que Laplanche define

¹⁵⁴ En un trabajo titulado “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica”. Véase S. Freud (1915f: 269).

¹⁵⁵ Tras este desarrollo, puede verse que el estudio acerca de la dimensión biológica en el psicoanálisis es más amplio de lo que se supone. Como advierte Laplanche (1993b: 27), la falsa vía que conduce al “extravío” de la concepción freudiana de la sexualidad *no es la dimensión biológica, sino uno de sus aspectos, a saber, la dimensión instintual*.

¹⁵⁶ Dentro de este mismo orden de consideraciones, la “novela familiar” (*Familienroman*) también puede ser considerada como otra de las fantasías primordiales.

como reintroducción del instinto (1980*b*:117), empieza a modo de un recorrido paralelo a la introducción del concepto de pulsión en el discurso psicoanalítico con el abandono de la teoría de la seducción y el consecuente énfasis a la producción fantasmática. La categoría de “escenas primordiales” (*Urzenen*)¹⁵⁷, si antes se sostenía en la convicción sobre la realidad de las escenas de seducción relatadas por sus pacientes, ahora asume el estatuto de fantasías.

Así, pues, las fantasías de seducción y de castración fueron analizadas en el caso Dora (1905*e* [1901]) y en el estudio clínico sobre Hans (1909*b*). Refiriéndose a la ambivalencia del “Hombre de las Ratas” (1909*d*: 163, *n.* 39) respecto al padre, no hace sólo hincapié sobre el carácter universal de determinadas fantasías y de la necesidad de agruparlas en una categoría, sino también en la importancia del sentimiento de “ambivalencia” (*Ambivalenz*) respecto al padre como base propulsora de la consecuente reactivación de tales construcciones. Suponiendo una fuente pulsional de estas construcciones fantasmáticas en la 23^a de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-1917 [1915-1917]: 338), titulada “Los caminos de la formación de síntoma”, una vez más aproxima pulsión y filogénesis aunque recurre a la

Sobre el desarrollo de este tema, véase S. Freud (1909*c* [1908]: 213-220).

¹⁵⁷ Introducida en su relación epistolar con Fliess. En S. Freud (1985 [1886-1904]: 254; Carta 126/61, del 2 de mayo de 1897).

categoría de fantasías primordiales cuando el vivenciar individual aparece rudimentario. Subraya su origen en una realidad definida como prehistórica que viene a encuadrar las singularidades personales.¹⁵⁸ En el “Hombre de los Lobos” (1918b [1914]) relaciona la escena primordial con el coito parental y con el “complejo de castración” (*Kastrationskomplex*)¹⁵⁹. La categoría de escena primordial es reintroducida con la finalidad de esclarecer que el relato del paciente sobre el sueño con los lobos es equivalente a coito parental y, a la vez, de averiguar si éste evoca a un acontecimiento real vivido por el paciente o si se trata de una fantasía. Llega a la intelección que la escena primordial se caracteriza como una de las modalidades regresivas del yo para evitar la confrontación con la realidad objetiva, sus deseos e intereses (1918b [1914]: 48).

¹⁵⁸ Este origen de la familia humana que Freud llama de horda primitiva fue analizado en *Tótem y tabú* (1912-1913), primer texto de Freud relacionado con cuestiones antropológicas en que se describe el establecimiento del tabú del incesto a partir del hipotético asesinato y la consecuente incorporación del padre como forma de sancionar el deseo incestuoso del hijo. Lo cual, sirve para profundizar el sentimiento de ambivalencia de los neuróticos respecto a la figura paterna a la vez que confirma una vez más la etiología sexual. Como señala Braunschweig (1991: 1256-1257): “La huella filogenética del asesinato del padre aparece así como raíz del sentimiento inconsciente de culpabilidad, condición tanto de la neurosis como del pensamiento, igualmente la base de las matrices fantasmáticas que dan lugar en el curso de la infancia la elaboración de las escenas: primitiva, de castración y de seducción.”

¹⁵⁹ Por ahora, vale mencionar que el complejo de castración, descubierto a propósito del caso Hans, se refería a un complejo patológico, lo cual no presenta todavía el carácter estructurante que años más tarde será su emblema.

Muchos son los autores que subrayan la incorporación de tales reflexiones sobre la filogénesis como muestra de la pasión de Freud en adentrarse en la aventura del conocimiento aunque asumiendo el riesgo de socavar sus propios descubrimientos. Se destaca la singular teorización de autor como Laplanche (1992: 109, *n.* 5 y 1987a: 38-46) que se posiciona rotundamente contrario a la formulación acerca de la filogénesis cuando de psicoanálisis se trata, puesto que cuando se valora el aspecto genético se pierden de vista “los modelos que remiten a la comunicación interhumana” (1992: 109, *n.* 5).¹⁶⁰ Plantea las fantasías primordiales como unas “categorías a priori”, no sólo conceptos, sino verdaderos guiones escénicos. Considera las fantasías primordiales próximas a la formulación acerca de las teorías sexuales infantiles, de modo sería acertado hacer hincapié más en el sujeto psíquico que las conjetura y que, a la vez, busca domeñar su funcionamiento pulsional anárquico que según un planteamiento filogenético. Desde luego, hay que tener en cuenta que el origen del sujeto psíquico no coincide con el origen del sujeto biológico, del mismo modo que las fantasías primordiales deben ser puestas en relación con advenimiento del sujeto psíquico y no desde un esquema filogenético.¹⁶¹ Sin

¹⁶⁰ Postura que viene desde hace muchos años, desde su trabajo con Pontalis sobre este tema. En J. Laplanche y J.-B. Pontalis (1985).

¹⁶¹ También existen autores que no sólo reconocen esta categoría sino que la incluye en sus teorizaciones. Pasche (1991: 1070), por ejemplo, la define como “instinto del género animal” dado que son expresiones figuradas del instinto y parte integrante del género humano. Retomando el análisis sobre el “Hombre de los Lobos” (1918b [1914]),

embargo, como comenta Bercherie (1983):

cada vez que tropieza con lo que le parece indescomponible, irreductible a las circunstancias de la historia “dramática” del sujeto, Freud recurre a referencias biologizantes- de lo cual proviene el atractivo del darwinismo, en el que se conjugan historia y biología (1983: 411).

Las fantasías, a su vez, se distinguirán de las fantasías primordiales dado que son concebidas de acuerdo con su función imaginaria. Serán concebidas como conscientes, pudiendo devenir inconscientes o propiamente inconscientes En “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad” (1908a), dirá Freud:

Las fantasías inconscientes pueden haberlo sido desde siempre, haberse formado en lo inconsciente, o bien -caso más frecuente- fueron una vez fantasías conscientes, sueños diurnos, y luego, se las olvidó adrede, cayeron en lo inconsciente en virtud de la “represión” (1908a:142).

Bercherie (1983: 366) recuerda que a pesar de su paulatino avance hacia la metapsicología, como “representante psíquico” (*Psychischerepräsentanz*) de la pulsión y generador del síntoma-, las fantasías hasta entonces eran concebidas

Pasche (1991: 1074) caracteriza las fantasías primordiales como un presaber que se manifiesta del orden de la necesidad y remedia el estado de prematuración psicofisiológico. Por lo tanto promueve cambios mutativos hacia la organización; pero puede ser desorganizado, lo que entrañaría las más graves consecuencias. Para un análisis más

como “proyecto de acción”, recuerdo de una vivencia satisfactoria o como satisfacción sustitutiva de la pulsión. En ese sentido, las fantasías serán una de las caras de la actividad psíquica en su mediación entre pulsión y realidad.

Segunda proposición: La hipótesis misma sobre la sexualidad inconsciente altera el significado original de algunos conceptos.

Tal es el caso de la *Trieb* freudiana. Algunos de sus términos recibieron automáticamente el estatuto metapsicológico, otros, sin embargo, estarán desde siempre anclados en lo somático. En la edición de 1915 de los *Tres ensayos*, Freud definirá así la pulsión:

Por “pulsión” podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante {*Repräsentanz*} psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir; ello a diferencia del “estímulo”, que es producido por excitaciones singulares provenientes de fuera. Así, “pulsión” es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal. La hipótesis más simple y obvia acerca de la naturaleza de las pulsiones sería ésta: en sí no poseen cualidad alguna, sino que han de considerarse sólo como una medida de exigencia de trabajo para la vida anímica. Lo que distingue a las pulsiones unas de las otras y las dota de propiedades específicas es su relación con las *fuentes* somáticas y con sus *metas*. La fuente de la pulsión es un proceso excitador en el interior de un órgano, y su meta inmediata consiste en cancelar ese estímulo de órgano (1905d: 153; las llaves son de Etcheverry).

Teniendo en cuenta este orden de consideraciones, se presentará los términos de la pulsión, a saber, el objeto, la meta, el esfuerzo y la fuente con la finalidad de esbozar sus variaciones entre dos dominios, lo somático y lo psíquico.

- El “objeto” (*Objekt*) de la pulsión es la persona que parte la atracción sexual.

Pero tras estudiar la homosexualidad, Freud sostiene la necesidad de relativizar el vínculo entre pulsión y objeto. Así, el objeto de la pulsión se desgajará de una concepción realista y, por su vínculo con la actividad fantasmática, presentará características muy singulares, de acuerdo con la historia de cada sujeto.

- La “meta” (*Ziel*) de la pulsión se encuentra estrechamente vinculada con las fuentes somáticas; la eliminación de la tensión que se cancela a modo de una acción motriz.¹⁶² Este “peculiar sentimiento de tensión” (1905*d*: 190) sirve para “alterar la situación psíquica” (1905*d*: 191) y empuja continuamente a la

¹⁶² Si en el “Proyecto” (1950*a* [1887-1902]: 362), Freud señala que el estado de tensión endógena eliminado mediante una acción específica, en los *Tres ensayos* (1905*d*: 123) habla de la acción hacia la cual esfuerza la pulsión. En ambos casos se trata de una acción motriz, pero en el caso del “Proyecto” se subraya la acción llevada a cabo por otro sujeto (“provisión de alimento”, “acercamiento del objeto sexual”). Véase también I.3.2. y II.1.1.

pulsión hacia la satisfacción.¹⁶³ Como característica de cada pulsión, la meta implica necesariamente el modo o la modalidad de satisfacción. Lo cual, revela el estrecho vínculo entre meta y fuente pulsionales representado, a su vez, por las zonas erógenas. Por eso, si bien la meta será en todos los casos la satisfacción, estará asociada con una determinada pulsión (la oral, por ejemplo) y será definida por el placer de órgano.

- El “esfuerzo” (*Drang*) de la pulsión revela la dimensión energética de la pulsión mencionada en el “Proyecto” (1950a [1887-1902]).

- La “fuente” (*Quelle*) pulsional evoca diversos sentidos, reflejo mismo de la vacilación de Freud en darle un estatuto metapsicológico. Uno de ellos la concibe desde una perspectiva somática y psíquica que aborda la introducción de la sexualidad en diversas zonas corporales propicias a la excitación sexual y fundadora de las necesidades corporales propiamente dichas. Sin embargo, dado que Freud amplía la noción de zona erógena -todo órgano, toda función biológica y toda actividad humana pueden ser erógenas (1905d: 167 y n. 19), el punto de partida de la excitación sexual puede ser un proceso general, tal y

¹⁶³ Entre las fuentes de la pulsión sexual, la repetición de una experiencia vivida antaño como placentera sirve como modelo de concentración entre las excitaciones originadas en el exterior con las de origen endógeno.

como indican el trabajo intelectual o la excitación mecánica (Laplanche, 1970: 34). Ampliación de miras que confluye con la afirmación presente en los *Tres ensayos* (1905d: 145) según la cual se goza no con el dolor, sino con la excitación sexual que lo acompaña. En definitiva, la fuente de la pulsión sería todo proceso que supere el campo de acción de las funciones destinadas a la autoconservación del individuo. Dicho proceso está determinado por un cierto umbral cuantitativo, lo que significa que toda función corporal viene de antemano “contaminada” por la sexualidad.

No menos significativo es el hecho mismo que conduce a Freud a proponer como una de las fuentes de la pulsión a la vida anímica propiamente dicha, como “un repositorio de impresiones externas y un receptor de excitaciones internas” (1905d: 190) así como a subrayar que los cuidados que el niño recibe de la madre (o de su responsable) “es para él una fuente continua de excitación y de satisfacción sexuales” (1905d: 203). Del lado de la madre, los sentimientos en juego se relacionan con su vida sexual. De modo que el niño no es inmune a la “ternura” (*Zärtlichkeit*)¹⁶⁴ que emerge de este vínculo. El

¹⁶⁴ Esta corriente tierna, opuesta a la “sensualidad” (*Sinnlichkeit*) según Freud, constituye y reproduce la primera relación amorosa del niño con el objeto que le cuida, nutre y protege. Indica también el momento en que la satisfacción de las pulsiones sexuales se encuentra apuntalada en las funciones destinadas a la autoconservación del niño. En J. Laplanche y J.-B. Pontalis (1967); voz: “Ternura”.

cuidado, la nutrición y la protección al niño si bien garantizan su supervivencia en cuanto persona total, priorizan la manutención determinadas zonas del cuerpo, que en la medida en que son cuidadas son también estimuladas abriendo una vía hacia el apuntalamiento de la pulsión sexual en partes del cuerpo destinadas a recibir tales cuidados. Zonas de apertura hacia los influjos del mundo exterior, fracturadas, que permiten la conexión entre el mundo externo, prodigiador de estímulos, y el mundo interno. Éste, a la vez que es apaciguado frente a la acción específica es atacado también por otra clase de excitación de la que es imposible huir y que encontrará como solución de continuidad la producción de fantasías.

Ahora bien, a partir de este orden de consideraciones se puede deducir la idea según la cual las fantasías devienen fuente de la pulsión cuando ésta se vuelve autoerótica. Dicho en otros términos, es posible llegar a la intelección según la cual el objeto-pecho se construye y proporciona satisfacción a la pulsión sexual en la ruta que el objeto-leche encuentra para colmar el estado de tensión generado por el hambre.

Existen, pues, dos objetos en juego en el apuntalamiento de lo sexual en las

funciones destinadas a la supervivencia del individuo. Pero, paradójicamente, es sólo en el momento en que el objeto-pecho se escinde del objeto-leche, es decir, cuando la pulsión sexual, más precisamente, su fuente y su meta, se independizan de las funciones destinadas a la conservación del organismo y hace su propio recorrido, que el objeto-pecho se constituye como objeto interno, resultado primero del advenimiento de la dimensión fantasmática. Pero, no se trata de la búsqueda del objeto real, el objeto-leche, sino del objeto-pecho *en cuanto metonimia del objeto de alimentación*,¹⁶⁵ de por sí irremediablemente perdido, lo que se traduce por una modalidad peculiar de satisfacción, la satisfacción alucinatoria del deseo. Pérdida del objeto, que, como conjetura Freud, ocurrió en un período “en que el niño pudo formarse la representación global de la persona a quien pertenecía el órgano que le dispensaba satisfacción” (1905*d*: 202). Este inicio del reconocimiento del objeto como persona total, más allá de la percepción de los objetos parciales (pecho), se da a conocer por su ausencia. Momento correlativo con el advenimiento del autoerotismo y (concibiéndolo más como una modalidad de satisfacción ubicada en el proceso de constitución del aparato psíquico que como un estadio del desarrollo de la sexualidad; esta última hipótesis será remodelada por Freud) de su dimensión imaginaria, a saber, la búsqueda del

¹⁶⁵ Como señala Laplanche (1993*a*: 10-11), el objeto sexual (pecho) no es un mero derivado asociativo del objeto de la alimentación (leche).

objeto perdido y de su satisfacción originaria a través de la satisfacción alucinatoria del deseo.¹⁶⁶

Siguiendo este razonamiento, la fantasía nacería de la pulsión y la pulsión del engendramiento variado de la excitación sexual. Una vez más se observa un esquema que no sólo busca encontrar una génesis para la pulsión sino también sus sucesivos despliegues respecto a la actividad fantasmática.¹⁶⁷

No obstante, en lo sucesivo, Freud vuelve a mantener la idea desarrollada en el “Proyecto” (1950a [1887-1902]), a saber, que la génesis de la pulsión se encuentra en lo biológico. Sin embargo, si las fantasías encuentran su génesis en la pulsión, ¿cómo esta concepción biologicista de la pulsión podría fundar

¹⁶⁶ De la correlación entre autoerotismo y advenimiento de la dimensión fantasmática surge el deseo. Pero, la fantasía no es objeto de deseo, sino más bien un guión escénico del que el deseo aparece articulado. Por eso, el deseo no es el puro surgimiento de la pulsión sino su movimiento psíquico dentro de este guión escénico que es la actividad fantasmática. En J. Laplanche y J.-B. Pontalis (1985: 84).

¹⁶⁷ Se tiene noticias del interés de Freud sobre el papel que desempeña la pulsión en la constitución del aparato psíquico y su relación con las fantasías desde su correspondencia con Fliess, particularmente en el Manuscrito N, parte integrante de la Carta 129/64, del 31 de mayo de 1897: “*Relación entre impulsos y fantasías*. Desde los recuerdos parece haber una ramificación, una parte de ellos es traspapelada y sustituida por fantasías, otra parte, acequible, parece conducir directamente a impulsos. ¿Podrán después *impulsos* surgir también de fantasías?” En S. Freud (1985 [1887-1904]: 268). La expresión “impulso” (*Impulse*) se inscribe aquí como una entre tantas otras variaciones terminológicas (entre las cuales, excitaciones, representaciones afectivas, mociones de deseo o estímulos endógenos) cuando de *Trieb* se trata. Se puede vislumbrar que la pregunta de Freud revela tanto una preocupación por establecer una suerte de sucesión entre los diversos componentes que rigen el aparato, como sobre todo una cierta tendencia en atribuir a las fantasías la génesis de la pulsión; planteamiento característico de este periodo del pensamiento freudiano. En ese sentido, tal y como advierte Laplanche (1992:

el inconsciente? Si la contingencia del objeto de la pulsión es la marca diferenciadora de la rigidez del objeto del instinto, ¿cuál es el elemento que transgrede este esquema? Suponer la fundación del inconsciente como si de energía endógena se tratase, ¿no sería desvirtuar la esencia misma del descubrimiento freudiano?

Extravío biologizante de la pulsión para unos (Laplanche, 1993b: 11), lo que significa lo mismo que un extravío instintual como la falsa vía de la concepción freudiana de la sexualidad (Laplanche, 1993b: 27), lo cierto es que la cuestión de la fuente de la pulsión es ambigua en la obra de Freud. La posibilidad de distinguir la pulsión como excitación sexual diferente de la excitación propiamente fisiológica, base de la hipótesis quimista de la que Freud no abandona (1905d: 153), permite distinguirla de un proceso de excitación puramente fisiológico.

Aún así, la ambigüedad se mantiene.¹⁶⁸ Reflejo mismo de la ambigüedad

21), la pulsión nacería del inconsciente.

¹⁶⁸ Bergeret (1985: 1466) entiende la ambigüedad inherente a las diferentes fuentes pulsionales como una sincronía entre dos clases de excitaciones que expresan necesidades narcisistas, a saber, las que se adhieren sobre la zona genital y las que expresan una necesidad en el nivel de un órgano de naturaleza vital o en una representación de un peligro vital. Laplanche, a su vez, al intentar librar la fuente de la pulsión de su ambigüedad introduce la noción de “objeto- fuente” (*objet-source*) de la pulsión. Teniendo en cuenta la tesis de Freud sobre la contingencia del objeto de la pulsión, pero también subrayando la necesaria “atracción sexual” que el objeto debe ejercer, este autor subraya la contradictoria función del objeto, a saber, la de inscribirse en el aparato psíquico del niño

constitutiva de la pulsión, como un “concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático” (1915c: 117). Sin embargo, el “límite” entre lo anímico y lo somático, entre alma y cuerpo, no viene a delimitar la frontera entre dos dominios distintos, la biología y la psicología en el sentido estricto del término ya que la noción de cuerpo no es posesión exclusiva de la biología (García-Rosa, 1986: 13). La derivación metonímica entre el objeto-pecho respecto al objeto-leche señala que el segundo está de antemano contaminado por el primero, lo cual revela que el interés del psicoanálisis se direcciona hacia un cuerpo biopsíquico, es decir, un cuerpo psíquico que se asienta en un cuerpo biológico. En ese sentido, el concepto de pulsión será el elemento que unirá estos dos campos, a la vez que rompe con ellos e introduce un nuevo paradigma, permitiendo el paso de lo biológico a lo psíquico.¹⁶⁹

como agente apaciguador y como agente excitador. Este enfrentamiento entre mundo adulto y mundo infantil, será la base de la teoría de la seducción originaria; el origen de la pulsión provendría del otro. De los gestos mismos que se encargan de la autoconservación del niño (cuidado, protección y nutrición) brotan también mensajes enigmáticos implantadores de la sexualidad inconsciente. En J. Laplanche (1987a: 143-144 y 1993a: 10-11).

¹⁶⁹ “Siendo el desorden (en la medida en que retira el humano de un orden natural instintivo), la pulsión organiza lo psíquico. Su inestabilidad (por sus vicisitudes) y su carácter no determinado (por la variabilidad del objeto) propicia la estabilidad psíquica. Su doble vértice afecto/idea reúne lo emocional y lo racional. Su doble inscripción cuerpo/alma supera el dualismo cartesiano.” En L. A. M. Bastos (1993: 54).

Tercera proposición: La introducción de la categoría de “solicitud somática” constituirá el hilo que une la pregunta sobre la pulsión con la pregunta sobre el origen de los síntomas histéricos.

Con todo ello, del interrogante sobre la etiología de la histeria, Freud pasa a analizar la relación entre síntoma y fantasía en “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad” (1908a). El síntoma se agrupa en una de las modalidades de satisfacción sexual cuyas fuerzas impulsoras no provienen sólo de la sexualidad normal reprimida, sino también de mociones inconscientes.¹⁷⁰

La fantasía, verdadero organizador del inconsciente, pasará a ubicarse en la génesis del síntoma, primer paso hacia una definición metapsicológica. Sobre los síntomas, se sabe que son el “sustituto de aspiraciones que toman su fuerza de la fuente de la pulsión sexual” (1905d: 149) parcial, normal o perversa y que representan el quehacer sexual total o parcial de los enfermos convertidos en fantasías de contenido sexual (1906a [1905]: 269). Además, todo síntoma

¹⁷⁰ Representa el quehacer sexual del enfermo con relación a uno de los componentes de la pulsión sexual. El contenido de las fantasías histéricas corresponde a lo que los perversos han llevado a cabo en la conciencia. En S. Freud (1908a: 143).

es “sobredeterminado” (*Sobredeterminiert*); el trabajo de análisis desvela una cadena de significados en el interior de cada síntoma, permutables entre sí. El nexo entre síntoma y fantasía reside en que estos significados corresponden a las fantasías inconscientes, que se articulan unas con relación a las otras bajo las leyes del “proceso primario” (*Primärvorgang*).

La pregunta ¿qué es la pulsión?, se mantiene. Pero, por las dificultades inherentes a la definición del concepto, es necesario recurrir a otro interrogante que presente bases más sólidas de aproximación, y que, al desvelarse, favorezca, el esclarecimiento del interrogante inicial. Ahora bien, no sin razón, Freud selecciona a la histeria -de conversión- como modelo entre las psiconeurosis. Las alteraciones anímicas y somáticas plasmadas en el síntoma histérico servirán de hilo para el entendimiento de la génesis de la pulsión bajo otro interrogante: “¿Son los síntomas de la histeria de origen psíquico o somático?” (1905e [1901]: 36-37).

La respuesta exige la aproximación a las dos partes involucradas. Utiliza la categoría de “solicitud somática” (*Entgegenkommung*) para designar este acuerdo y de “conversión” (*Konversion*) al proceso de descarga de lo psíquico en lugares del cuerpo.

La conversión es uno de los avatares de los afectos adheridos a pensamientos en el estado inconsciente hacia determinados lugares del cuerpo o incluso en todo el cuerpo. El resultado de esta vía peculiar de transferencia son las inhibiciones e inervaciones corporales. Con lo cual, el “esfuerzo” (*Drang*) de la pulsión se dirige a otro terreno, el cuerpo. Este proceso puede ser sustituido por enlaces asociativos mantenidos entre las “huellas mnémicas” (*Erinnerungsspuren*) adheridas a la conciencia. Se trata de una vía que facilita la descarga en la que “fluye la excitación desde su nueva fuente hacia el lugar anterior de la descarga” (1905e [1901]: 48).

De este planteamiento derivan otros dos, a pesar de que no están sometidos a una jerarquización. El primero indica que la parte somática del síntoma es la más permanente mientras que la psíquica se sustituye con más facilidad. El segundo, más general, es la que encuentra en las neurosis un rasgo conservador, pues el síntoma no cambia aunque el pensamiento inconsciente, inicialmente adherido a él, haya perdido su significado.

La relación entre síntoma y fantasía esclarece que el síntoma histérico es la expresión de múltiples fantasías inconscientes de deseo, el compromiso entre

dos mociones pulsionales; una reprimida, inconsciente, que busca revelar una pulsión parcial o uno de los componentes de la constitución sexual en busca de satisfacción; la otra, como instancia represora, es “consciente” que no renuncia a las oleadas represivas de que dispone (1908a: 144-145). En la histeria, estas fantasías inconscientes plasmadas en síntomas anímicos y somáticos tienen como meta restablecer la satisfacción sexual; están al servicio de un cumplimiento de deseo.¹⁷¹

La existencia de un grupo psíquico separado del yo y que lo ataca como un cuerpo extraño interno, se constituye como una de las características que sitúa a la histeria como la experiencia más próxima que se tiene de la pulsión, según Schaeffer (1995: 118). Además de ser “efractora” y “nutridora”, la pulsión presenta un “esfuerzo” (*Drang*) constante y nunca se da por satisfecha.

En ese sentido, es lícito proponer un planteamiento de la histeria a partir de la historia pulsional, de sus destinos y de sus mecanismos defensivos, sobre todo por el hecho de que lo que atenta contra el bienestar del sujeto histérico no es el objeto, sino la pulsión, un ataque interno del cual se buscan medios para librarse. Pero que encuentra en el “refugio en la enfermedad” (*Flucht in die*

¹⁷¹ De modo que la fantasía pasará a estar en el origen del síntoma y tendrá características particulares por su relación con la bisexualidad, nudo del conflicto en que un cuerpo bisexuado se configura como el lugar en que una parte masculina ataca sexualmente a la parte femenina.

Krankheit) una solución para el conflicto psíquico o más bien un intento de librarse de él.

El sujeto enferma para obtener una ganancia inmediata de placer y la regresión es el recorrido económicamente más cómodo que la libido encuentra para acceder a las fantasías. Sin embargo, la inmediatez no da cuenta de los ulteriores desplazamientos. El resultado es que el conflicto adquiere múltiples formas, comprometiendo otros niveles del aparato psíquico.¹⁷² Uno de ellos, que en aquellos años acaparaba la atención de Freud era el de la descripción del conflicto de sentimientos hacia el mismo objeto en la neurosis obsesiva.¹⁷³ Lo que ya le señalaba que la relación del yo es ambivalente, es decir, el sujeto puede amar y odiar al mismo objeto. De modo que la “ambivalencia” (*Ambivalenz*) o lucha entre sentimientos opuestos desembocará en la idea de un conflicto pulsional entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales. Además de afirmarse como instancia en oposición al deseo, el yo pasará a adquirir un soporte pulsional.

¹⁷² Esta vía involutiva apunta a la infancia, despertando los deseos infantiles, de modo que el neurótico consume, vía regresión, mociones de deseo relacionadas con el estadio infantil de la sexualidad.

¹⁷³ Verbigracia S. Freud (1909d: 119-194).

II.2. Conflicto pulsional (pulsiones sexuales, pulsiones yoicas, pulsiones de autoconservación) y relaciones del yo con la realidad.

II.2.1. Deslizamientos entre pulsión y adaptación: “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis” (1910i).

<i>La teoría de la represión: telón de fondo del primer dualismo pulsional.</i>

De modo general, la idea de sexualidad planteada por Freud sirve para dos funciones: a la vez que mantiene el psiquismo, que es la condición para que el aparato sea psíquico, puede también “habitarlo” como un verdadero cuerpo extraño que atenta contra el bienestar del yo. Pero, ¿cómo es posible que la sexualidad, la adquisición más fundamental del sujeto en el curso de su desarrollo, pueda convertirse en la raíz única de todo padecimiento psíquico? Pues bien, esta sexualidad fundamenta y soporta el aparato psíquico en cuanto reprimida, lo que significa que cuando las magnitudes de excitación sobrepasan determinado umbral lo reprimido retorna y da lugar a los síntomas.

La “represión” (*Verdrängung*) en tanto acto inaugural por una parte, controla el influjo de las pulsiones sexuales y, por otra, permite el ingreso de la cría

humana en el mundo de la cultura. Como Freud menciona en “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna” (1908*d*):

nuestra cultura se edifica sobre la sofocación de pulsiones. Cada individuo ha cedido un fragmento de su patrimonio, de la plenitud de sus poderes, de las inclinaciones agresivas y vindicativas de su personalidad; de estos aportes ha nacido el patrimonio cultural común de bienes materiales e ideales. Además del apremio de la vida, fueron sin duda los sentimientos familiares derivados del erotismo los que movieron al individuo a esta renuncia (1908*d*: 167-168).

Pero, además, son necesarias reediciones (“contrainvestiduras”; *Gegenbesetzung*)¹⁷⁴ puesto que esta “formación reactiva” (*Reaktionsbildung*)¹⁷⁵ es acechada continuamente por la pulsión en el inconsciente a modo de un conflicto que no encuentra solución.¹⁷⁶

¹⁷⁴ Por ahora, vale mencionar que se trata de un proceso económico basado en una acción defensiva del yo con la finalidad de mantener la representación reprimida en el sistema psíquico a que pertenece.

¹⁷⁵ En este contexto debe ser entendida como una contrainvestidura por parte de la conciencia respecto a un contenido inconsciente.

¹⁷⁶ Dice Freud en “Acciones obsesivas y prácticas religiosas” (1907*b*): “Una progresiva renuncia a las pulsiones *constitucionales* [labor que empieza al desplazar el interés autoerótico del niño hacia su entorno: por eso, el papel de la educación aparece como central en la represión de la sexualidad infantil en este periodo del recorrido freudiano anudado a una concepción biologicista del aparato psíquico], cuyo quehacer podría deparar un placer primario al yo, parece ser una de las bases del desarrollo de la cultura humana.” En S. Freud (1907*b*: 109).

No obstante, esta reflexión sobre la represión carece de profundidad en la medida en que la prohibición de determinadas prácticas sexuales varía entre las culturas hasta el punto de que comportamientos sexuales tolerados en algunas culturas son rotundamente condenados por otras. Tampoco explica por qué la sexualidad resulta intolerable para el sujeto hasta el punto de producir efectos patógenos. ¿Por qué la sexualidad es reprimida? ¿Qué aspecto de la sexualidad viene apareado con la prohibición?

Estos interrogantes muestran sobre todo los conocimientos contradictorios que gravitan alrededor de toda la búsqueda de saber sobre el sexo que, del mismo modo que han llevado a Freud a reiterar una y otra vez que la sexualidad no se reduce a la genitalidad¹⁷⁷, desplaza el saber biológico sobre lo sexual hacia lo psíquico a modo de un *enigma* que no es en absoluto algo indescifrable, sino más bien algo que plantea una cuestión y exige una respuesta.¹⁷⁸ Esta sexualidad, todavía en este periodo del pensamiento

¹⁷⁷ Verbigracia, S. Freud (1910k: 222-223).

¹⁷⁸ Es decir, no sólo la sexualidad se hace problema, sino que su condición de *enigma* se establece ya que la pulsión sexual no se reduce a la reproducción, tal y como se tratará de discutir más adelante (véase II.4.1.). En ese sentido, la función que el enigma cobra en la obra de Freud traspasa las fronteras delimitadas por el conocimiento teórico y revela que deriva originalmente del funcionamiento mismo del aparato psíquico. Es esto lo que se vislumbra en el establecimiento de las teorías sexuales infantiles, es decir, de una “pulsión de saber” (*Wissstrieb*) que mediante el recurso a la dimensión del lenguaje emerge bajo la forma de interrogantes. Sobre esta cuestión, véase L. Hornstein (1990: 171-209).

freudiano, se concibe como un elemento ajeno a los designios del yo. Dice Freud:

El ‘yo’ se siente amenazado por las exigencias de las pulsiones sexuales y se defiende de ellas mediante unas represiones que, empero, no siempre alcanzan el éxito deseado, sino que tienen por consecuencia amenazadoras formaciones sustitutivas de lo reprimido y penosas formaciones reactivas del yo. Lo que llamamos ‘síntomas de las neurosis’ se componen de estas dos clases de fenómenos (1910i: 213).

Así, pues, desde esta perspectiva, la sexualidad atenta contra el bienestar del yo, amenaza su posición no sólo respecto a la conservación del organismo al que representa y que le sirve de envoltura corporal, sino también respecto a la vida psíquica misma.

Pasarán algunos años, precisamente hasta la introducción del concepto de narcisismo (1914), para que Freud reúna el yo con los designios de la sexualidad. Pero en aquel entonces, la solución encontrada por Freud para acercarse a este enigma de la sexualidad fue transponer la noción de “conflicto psíquico” (*psychischer Konflikt*), que está relacionado más con un conflicto de adaptación, hacia la perspectiva pulsional. Como se ha señalado anteriormente, una de las intuiciones básicas que se han expresado desde los comienzos de la trama conceptual inaugurada por Freud es precisamente la del antagonismo

hambre-amor y amor-odio. Ambas intuiciones fueron desarrolladas de modo más riguroso convirtiéndose en el baluarte que justifica la hipótesis dualista. Primero, entre “pulsiones sexuales” (*Sexualtriebe*) y “pulsiones yoicas” (*Ichtriebe*) o “pulsiones de autoconservación” (*Selbsterhaltungstrieb*) y después entre “pulsiones de vida” (*Lebenstrieb*) y “pulsión de muerte” (*Todestrieb*). Dualismo no menos libre de problemas como se tendrá la oportunidad de analizar detenidamente.

La reflexión freudiana sobre la represión adquiere paulatinamente otra perspectiva, como la referida en el texto “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa” (1912d), degradación de carácter “universal” que consiste en “amar sin anhelar y en anhelar sin amar” (Mezan, 1991: 210) debido al horror generalizado ante la posibilidad de transgredir la prohibición del incesto aunque se trate de objetos sexuales que no sean los padres. Desde esta visión,

habría que ocuparse de la posibilidad de que haya algo en la naturaleza de la pulsión sexual misma desfavorable al logro de la satisfacción plena. (...) En primer lugar, a consecuencia de la acometida de la elección de objeto en dos tiempos¹⁷⁹ separados por la interposición de

¹⁷⁹ Vale subrayar que será el “periodo de latencia” (*Latenzperiode*) que instaure la sexualidad a partir de dos fases, concepción que hace intervenir el factor temporal en el fenómeno de la represión. Pero también servirá para Freud formular el proceso de contracción del síntoma histérico a propósito del caso Emma. Así las cosas, el síntoma histérico se constituiría a partir de la emergencia de dos escenas, separadas por el periodo de latencia, que mantienen entre sí una serie de conexiones determinadas por la

la barrera del incesto, el objeto definitivo de la pulsión sexual ya no es nunca el originario, sino sólo un subrogado de éste. (...) En segundo lugar, sabemos que la pulsión sexual se descompone al principio en una serie de componentes -más bien, proviene de ellos-, no todos los cuales pueden ser acogidos en su conformación ulterior, sino que deben ser sofocados antes o recibir otro empleo (1912*d*: 182).

De modo que la represión actúa sobre las pulsiones sexuales para educarlas a la vez que imprime el sello de la cultura. Intento no sin insatisfacción, puesto que la “fuerza constante” (*konstant Kraft*) de la pulsión impide la resolución del conflicto.

Desde luego, los vínculos entre pulsión sexual y cultura son más amplios de lo que hasta entonces se suponía. En “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna” (1908*d*), Freud sitúa el desarrollo de la pulsión sexual en tres estadios culturales. Primer estadio: la pulsión sexual como ajena a la reproducción. Segundo estadio: se sofoca todo de la pulsión sexual, salvo lo que sirve a la reproducción. Tercer estadio: sólo se admite como meta sexual la reproducción. Es este último estadio el que corresponde a la moral sexual

configuración de la sexualidad tanto en la infancia como en la pubertad. La primera escena no presenta un efecto sexual inmediato como tampoco presenta la acción de la defensa, y aunque tenga un significado sexual, no es entendido por el sujeto en cuanto tal. Con la irrupción de la segunda escena, el sujeto ya dispone de representaciones que le permitirán resignificar la primera escena a *posteriori* y poner en acción los mecanismos de defensa. De modo que únicamente en un segundo momento el recuerdo pasa a constituirse como trauma, en virtud del retraso de la pubertad respecto al restante desarrollo del sujeto. En S.

“cultural” (1908*d*:169-170). Tales estadios se perfilan como muy próximos a la concepción popular ya que para ambos la finalidad última de la pulsión sexual es la reproducción. Ahora bien, lo que una obra como los *Tres ensayos* (1905*d*) vino a señalar de modo rotundo es que la pulsión sexual no sólo se manifiesta a partir de los primeros momentos de la vida (en otros lugares del cuerpo, las llamadas zonas erógenas), sino que tampoco presenta como única meta la reproducción; por lo tanto, no se reduce exclusivamente a los genitales.¹⁸⁰ Es precisamente de la represión de las pulsiones parciales, “elementos llamados *perversos* de la excitación sexual” (1908*d*: 169) que se logra las fuerzas para la sublimación.¹⁸¹

Freud (1950*a* [1887-1902]: 400-404).

¹⁸⁰ Desde luego, conviene subrayar que en la concepción freudiana de la cultura la relación entre ésta y la pulsión sexual no se limita a la restricción de la primera sobre la segunda. Tanto es así que no sólo es gracias al cumplimiento de la meta pulsional que se establecen lazos internos entre los grupos, sino que también las posibilidades de satisfacción de la pulsión en consonancia con la búsqueda del placer y a la evitación del sufrimiento es dada por la cultura. Esta relación dialéctica entre cultura y pulsión revela que la naturaleza y los fundamentos de la cultura serían una construcción asentada en la dimensión pulsional. En el próximo capítulo esta cuestión será tratada en el marco de la introducción del segundo dualismo pulsional (véase III.2.3.). Asimismo, para una panorámica sobre las relaciones entre sexualidad y cultura, véase M. S. R. M. Valadares (1996: 855-864).

¹⁸¹ Vale subrayar que, en lo sucesivo, esta concepción freudiana sobre la represión será revisada ya que una de las tesis centrales de la metapsicología es la distinción entre la pulsión y sus representantes.

¿Conflicto pulsional o conflicto entre funciones? Consideraciones sobre “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis” (1910i).

En cuanto al primer dualismo pulsional, es en el trabajo “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis” (1910i) donde Freud introduce la distinción entre “pulsión sexual” (*Sexualtrieb*) y “pulsión yoica” (*Ichtrieb*), incorporándolas a las “pulsiones de autoconservación” (*Selbsterhaltungstriebe*). También constituye el intento más explícito de hacer intervenir el antagonismo entre autoconservación y sexualidad para explicar el conflicto psíquico.¹⁸²

Antes de cualquier consideración ulterior, cabe detenerse en la discusión sobre la legitimidad misma del término *Trieb* para designar ambas clases de

¹⁸² La idea de una pulsión no sexual ya estaba presente desde la primera edición de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d). Esta proviene de “fuentes motrices de impulso”, como una de las clases de excitación corporales distintas de la pulsión sexual porque, en ésta, el órgano afectado presenta la peculiaridad de conferir a la pulsión su carácter sexual. En S. Freud (1905d: 153, n. 49). Sin embargo, se revela la imposibilidad de distinguir ambas clases de pulsión a partir de la noción de “zona erógena” (*erogene Zone*). Un buen ejemplo es la zona oral: “la zona labial -menciona Freud- un *campo de acción recíproca* [*Gemeinsamkeit*]”, en la que están involucradas ambas clases de pulsiones. En S. Freud (1905d: 165). En la misma línea, afirma que cualquier lugar del cuerpo, incluso los órganos sensitivos puede adquirir la cualidad erógena; la erogeneidad viene dada por la acción de las dos pulsiones y no la estrictamente la sexual. En S. Freud (1905d: 167). Freud mismo declara en 1915 que esta hipótesis difícilmente se justifica y la sectoriza en una determinada modalidad de contracción de neurosis en la que el componente sexual rebasa su acción respecto al componente no sexual, afectando parte del cuerpo que recibe tales influjos. Con lo cual, esta definición estaría relacionada con el mecanismo de formación de síntomas. Dado que la pulsión puede sufrir otros avatares en su libre fluir por obra de la represión o de la sublimación, ésta puede alcanzar el dominio de la pulsión no sexual, excediendo o no sus límites respecto a la cuota de represión para el desarrollo de la sexualidad designada como normal.

pulsiones. Si la pulsión es sexual por excelencia, la hipótesis de una pulsión no sexual es contradictoria, por no decir equívoca. Sobre todo cuando esta última presenta en la unicidad de objeto y meta su principal característica, supuesto que no corresponde al prototipo de la pulsión sino al del “instinto” (*Instinkt*).

El artículo de 1910 obedece a dos ejes centrales. Por una parte, busca agotar todas las hipótesis que fundamentan la participación de los fenómenos orgánicos en la formación de los síntomas; por otra, ofrece al yo un soporte pulsional. El conflicto psíquico como noción esencial para el entendimiento de las neurosis alcanza en este texto otra perspectiva. En la medida en que el yo adquiere un soporte pulsional en simetría con la sexualidad, además del conflicto entre el deseo y la defensa, y del conflicto tópico -entre representaciones del sistema *Icc* y representaciones del sistema *Prcc-Cc* demarcados por la censura-, *Freud plantea el conflicto entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales*.

Cabría esperar que en el texto mismo donde Freud introduce los términos del conflicto pulsional, la concepción dinámica del aparato psíquico¹⁸³ asumiese

¹⁸³ Esta concepción dinámica del aparato psíquico se aparta definitivamente de la teoría janetiana, que plantea una incapacidad para la *síntesis psíquica* de grupos de representaciones escindidos entre sí. Freud se apoya en las nociones de “conflicto psíquico” (*psychischer Konflikt*) y “represión” (*Verdrängung*) para refutar esta hipótesis

cierto protagonismo respecto a la discusión sobre el fundamento orgánico de los síntomas, tema no menos importante. No obstante, Freud se detiene más en las consideraciones sobre la función de autoconservación (como lo que es afectado por el conflicto psíquico) que propiamente en ampliar su reflexión desde el punto de vista dinámico.

En el caso de la visión, Freud plantea que el ojo está bajo el dominio de las pulsiones sexuales, que sirven a la ganancia sexual de placer, y de las pulsiones yoicas, asimiladas a la conservación del organismo. Esta doble función del órgano en cuestión se ve comprometida cuando una de las pulsiones busca inhibir el campo de acción de la otra, lo que equivaldría a la elevación de la función erógena del órgano. El yo acude a la represión como acción defensiva contra la “pulsión sexual parcial que se sirve del ver (*der sexuelle Partialtrieb, der sich der Schauens bedient*)”, pero a la vez sufre los efectos de su propia acción, pues la fuerza ofensiva de la pulsión sexual

sobre la escisión psíquica planteada por Janet. En “Cinco conferencias sobre psicoanálisis” (1910a), dice Freud: “No derivamos la escisión psíquica de una insuficiencia innata que el aparato anímico tuviera para la síntesis, sino que la explicamos dinámicamente por el conflicto de fuerzas anímicas en lucha, discernimos en ella el resultado de una renuencia activa de cada uno de los agrupamientos psíquicos respecto del otro. (...) La situación del conflicto psíquico es sin duda frecuentísima; un afán del yo por defenderse de los recuerdos penosos se observa con total regularidad, y ello sin que el resultado sea una escisión anímica. Uno no puede rechazar la idea de que hacen falta todavía otras condiciones para que el conflicto tenga por consecuencia la disociación.” En S. Freud (1910a [1909]: 22). Sobre el empleo del término “escisión” (*Spaltung*) véase I.2.1.

reprimida anula la acción de las pulsiones yoicas sobre la conciencia mediante formaciones sustitutivas. Así, el ojo es “la *expresión* justificada del estado psíquico de cosas, y no su causa” (1910i: 210). Terreno en donde se refleja el conflicto.¹⁸⁴

Laplanche ha tratado este tema en diversas ocasiones (1970; 1980c; 1981). En lo que respecta a este texto de Freud, advierte que lo que está en cuestión es el conflicto entre dos *funciones*: la adaptativa, puesto que el aparato de la visión permite al sujeto “ubicarse en su entorno” y la erógena, dado que el dispositivo de la mirada contribuye a la excitación sexual, “en primer lugar en las más primitivas, ligadas a lo que el niño vislumbra del coito parental.” La ceguera histérica es el resultado final de este conflicto de funciones, pero a la vez que pone “el ojo fuera de combate” destaca la existencia de una mirada inconsciente. Advierte que el planteamiento freudiano sobre las perturbaciones psicógenas de la visión es ambiguo puesto que la autoconservación aparece tanto como uno de los polos del conflicto como su sede (Laplanche, 1980c: 49-50). Más adelante se tratará este tema.

¹⁸⁴ De ahí es posible deducir la existencia de procesos inconscientes en la formación de síntomas, pero no sin considerar que la sexualidad, en este caso, no se define exclusivamente como la puesta en escena de la dimensión fantasmática, “sino que está ligada también a un aparato fisiológico con un mecanismo específico.” En J. Laplanche (1980c: 58).

En la misma línea, Freud vuelve a discutir la contribución de los factores constitucionales en la formación del síntoma. Vale reiterar que no se trata de tendencias preformadas, sino aquello sexual y originario que funda la sexualidad humana. Respecto a la polémica discusión sobre el origen psíquico o somático de los síntomas histéricos, acude a la categoría fundamental de “solicitud somática” (*Entgegenkommung*), puesto que se trata de su concepción sobre los vínculos entre lo somático y lo psíquico, que sólo es un intento de acercarse al enigma que plantea la pulsión. De acuerdo con Etcheverry¹⁸⁵, esta categoría supone que la parte “solicitante encuentra su campo de despliegue en la solicitada, y recíprocamente”. La idea central es que tanto la parte psíquica como la somática participan en la formación del síntoma histérico, una soldada en la otra.

La existencia de dos clases de pulsiones, una de las cuales se apuntala en las destinadas originalmente a mantener vivo al organismo y que después traza su propio recorrido con el advenimiento del autoerotismo, revela el intento de hacer coincidir la versión del conflicto entre el yo y las pulsiones sexuales con la que promueve el entendimiento sobre la génesis de la sexualidad humana. De modo que las pulsiones de autoconservación, relacionadas con las

¹⁸⁵ En S. Freud (1978: 35).

funciones orgánicas, asimilan a las pulsiones yoicas como uno de los polos del conflicto psíquico. El origen de la sexualidad humana es definido entonces como un juego de fuerzas. Este proceso de asimilación sirve para el nombramiento de una clase de pulsiones cuya energía está al servicio del yo en el conflicto defensivo. Si antes la oposición se ubicaba entre la sexualidad y el yo en tanto instancia represora, ahora, como el yo adquiere un soporte pulsional, el conflicto se sitúa entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales. Lo que significa que las pulsiones yoicas están en conexión con un grupo de representaciones “para las cuales empleamos el concepto colectivo de ‘yo’” (1910i: 211); el objetivo último es el yo.

Los elementos que están en juego en la noción de conflicto pulsional: presentación de las diferencias entre pulsión, instinto y función.

Ahora bien, partiendo del supuesto de que el objeto de la “vivencia de satisfacción” (*Befriedigungserlebnis*) se constituye en el psiquismo como perdido, de igual modo el instinto se encuentra perdido en el ser humano. Se trata de la representación fantasmática del pecho como derivado metonímico del objeto alimenticio, la leche, que ha proporcionado a la cría humana el

apaciguamiento del hambre, así como la incorporación del pecho como representante último de esta experiencia. Es esta la metáfora del verdadero objeto que se busca encontrar a partir de la pubertad.¹⁸⁶ Un intento de volcarse hacia los orígenes o de bordear el vacío; como quiera que sea, este primerísimo objeto señala la imposibilidad del reencuentro porque desde el principio se encuentra contaminado por la pulsión. En lo sucesivo, lo que se logra son encuentros fallidos respecto a este objeto originario. Con lo cual, no existe instinto en el hombre, puesto que la pulsión viene a pervertir todos los montajes reguladores que suponen una meta y un objeto específico, como tampoco se puede plantear la existencia de una pulsión no sexual.

Así, pues, la simetría entre el instinto y la función adaptativa termina aquí. En este último caso, la autoconservación presenta meta y objeto definidos dado que la función alimenticia no se dirige a cualquier tipo de objeto. Pues bien, en la medida en que el reencuentro con el objeto se constituye como fallido, se puede deducir su falta de consistencia originaria y de ahí cuestionar la tesis

¹⁸⁶ La pubertad, momento del desarrollo humano de puesta a prueba de la capacidad de reestructuración del yo puede ser definida por el “trastocamiento de un modo de organización que, habiendo asimilado la fuerza de una tradición ‘con posteridad’, no quiere ceder terreno”. Las crisis características de este periodo son muestras del incipiente bagaje simbólico, produciendo la “proyección” (*Projektion*) de la pulsión sobre el otro. En M. Fain y D. Braunschweig (1975: 107).

según la cual lo sexual se apuntala en lo somático.¹⁸⁷ Desde luego, apuntalamiento supone *derivación* sea de la función adaptativa en la sexual o viceversa. Derivación o relación dialéctica que compromete ambas pulsiones independiente de cualquier orden jerarquización.

Por otra parte, el hecho de que la función de autoconservación sea la responsable última de la supervivencia del individuo no implica designarla como uno de los polos del conflicto pulsional.¹⁸⁸ Afirmación no menos paradójica puesto que, en última instancia, el conflicto entre autoconservación

¹⁸⁷ De este planteamiento parten tres líneas interpretativas. La primera, representada por Laplanche (1993a: 6) postula que a pesar de la complejidad del funcionamiento de la autoconservación una cuestión está clara, a saber, que esta función no es la fuente natural de la sexualidad. Al contrario, la autoconservación se resignifica a partir de la sexualidad. La segunda, representada por un autor como Bergeret (1985: 1465) defiende una posición distinta: aunque considera la pulsión sexual como originaria, no la concibe como la primera en el sentido cronológico dado que su puesta en marcha es consecuencia de su apuntalamiento en los “instintos” de autoconservación. La pulsión sexual es primitiva, elemental, pero secundaria cronológicamente ya que sólo entra en actividad después de su apuntalamiento en las pulsiones de autoconservación. De modo que el conflicto entre ambos “dinamismos instintivos originarios” se establece en un orden diacrónico y no en un orden sincrónico. En la misma línea, justifica la imposibilidad de pensar en una sincronía pulsional de acuerdo con uno de los modelos en que se concibe la relación de objeto, como es el caso de una relación de objeto contemporánea al narcisismo; lo que no ocurre con un modelo de relación de objeto más estable, el genital. Y finalmente, la tercera reintroduciría la categoría de “solicitud somática” (*Entegegekommung*). Es éste el punto de partida de Etcheverry con la finalidad de demostrar que la puesta en escena de lo psíquico en lo somático no debe ser puesta dentro de una jerarquía, ya sea que lo sexual se apuntala en lo somático o viceversa, sino más bien un compromiso mutuo de fuerzas que se solicitan para formar una unidad. Véase J. L. Etcheverry en S. Freud (1978: 35).

¹⁸⁸ Tanto es así que en los trabajos posteriores de Freud no se encontrará el desarrollo cabal de la tesis según la cual la autoconservación y la sexualidad constituyen los polos del conflicto, pese al hecho de que 1915 Freud justifica este dualismo pulsional a

y sexualidad supone mantener la tesis de un conflicto de adaptación y no de un conflicto pulsional. He aquí las iniciales dificultades que deparan al pensamiento freudiano el asimilar las pulsiones yoicas a las pulsiones de autoconservación como uno de los términos del conflicto.

Una posible objeción sería el hecho de que la ceguera histérica indica la perturbación de la función de la visión. Sin embargo, lo que le da el carácter de psicógena es el hecho de que la sexualidad atenta contra el bienestar del yo, más que contra la supervivencia del individuo biológico. De manera que la autoconservación no es autónoma, sino que se constituye como una entre otras tantas funciones del yo, tales como la percepción, la conciencia o el pensamiento.

Estas aseveraciones desembocan en la idea de un yo que no sólo representa una función homeostática, sino que también es sustentado por la pulsión. Lo que significa que todo objeto de la necesidad, al obtener la reducción de la tensión engendrada por la fuente somática obtiene, también, otro tipo de ganancia más allá de aquélla regulada por algún tipo de mecanismo biológico; el yo se mantiene por la misma dinámica pulsional. Con lo cual, el yo no es solamente el representante de la autoconservación, sino también, de antemano, de la sexualidad.

De modo que la intuición básica que hizo a Freud trasponer la idea de un conflicto entre el yo y la sexualidad hacia la oposición derivada de dos fuerzas primordiales, amor y hambre, se revela más próxima a un conflicto de adaptación que a un conflicto pulsional. Sea adaptación respecto a la relación del sujeto con la realidad, sea en cuanto al trabajo emprendido para librar al aparato fisiológico de la acumulación de la tensión proveniente de la necesidad, lo cierto es que la singularidad de los presupuestos que Freud pugna por construir buscará otro punto en que anclarse.

No obstante, eso no implica en modo alguno desechar la intuición sobre el punto de vista dualista de la pulsión, al contrario. Lo que interesa a Freud es el resultado de la combinación entre los dos términos en cuestión que hereda, a su vez, las características de cada una de las fuerzas que contribuyeron para su génesis, pero que también introduce lo nuevo, aquello que en el dialecto de los sueños, síntomas, chistes y actos fallidos se muestra como carente de simbolización, descentrado, por así decirlo, como muestra de uno mismo que le es ajena¹⁸⁹ que es nada menos que la pulsión más próxima a su estado bruto.

¹⁸⁹ El resultado de dicha combinatoria es lo que permite plantear la teoría freudiana como elaboración estructural. Es decir, no solamente una teoría que describe los fenómenos, sino también que busca relaciones que aparecen entre los grupos de fenómenos estudiados.

En ese sentido, parece más bien que la hipótesis dualista captada en la clínica, tal y como Freud advierte, se muestra como uno de los intentos de atrapar la pulsión y su territorio, el inconsciente, a través de toda una serie de productos derivados de éste. Se revela aquí, de modo más contundente, la labor de agotar todas las posibilidades de entendimiento de un concepto, examinándolo una y otra vez para que sea posible vislumbrar algo. No en vano Freud recurre a su antigua intuición sobre el antagonismo entre fuerzas primordiales en un texto que trata sobre las perturbaciones del aparato visual; describir el proceso en el que la mirada se libidiniza hasta el punto de no ver y señalar la existencia de una mirada interior, es nada menos que plantear la existencia de un conflicto de adaptación. Desde este orden de consideraciones que la mirada de Freud se dirige hacia las relaciones del yo con la realidad. Pero no sin antes subrayar que la oscilación entre conflicto pulsional y conflicto de adaptación no deja de acercarse al enigma de la pulsión que no presenta una dimensión fenomenológica en que sostenerse, a no ser mediante sus “representantes psíquicos” (*Psychischerepräsentanzen*).¹⁹⁰

¹⁹⁰ El interés de Freud sobre las relaciones del yo con la realidad, así como la nueva concepción de las fantasías como mediadoras entre pulsión y realidad, se debe al influjo de la escuela de Zurich, particularmente de Carl Gustav Jung (1875-1961), psiquiatra suizo que formó parte del primer grupo de psicoanalistas alrededor de Freud y mantuvo con Freud una intensa relación epistolar (de 1906 a 1914), prueba de un intercambio intelectual y amistoso de los más significativos de la vida de Freud. Una vez más será el tema de la sexualidad el móvil del distanciamiento y consecuente ruptura entre ambos autores, tal y

II.2.2. De la “psicología genética” a las vacilaciones de la teoría de la libido: “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” (1911b).

Consideraciones sobre la “psicología genética” planteada por Freud en “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” (1911b).

En “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” (1911b), Freud expone cómo se desarrolla el conflicto defensivo entre las dos clases de pulsiones a partir de la génesis de la sexualidad humana e investiga cómo el mundo real objetivo influye en la adaptación progresiva del organismo al mundo. Sostiene que en un principio las pulsiones funcionan según el “principio del placer” (*Lustprinzip*) y que, en virtud de una serie de adaptaciones del “aparato psíquico” (*psychischer Apparat*), las pulsiones yoicas fueron distanciándose de las leyes que rigen el “proceso primario” (*Primärvorgang*), contrastando su poder de alcance con relación a las pulsiones sexuales. Éstas no siguen el mismo camino que las pulsiones yoicas

como se verá más detenidamente a continuación. Gay (1988: 233-242 y 263-282) ha tratado detenidamente este tema. Asimismo, para un comentario sobre la relación epistolar entre ambos, véase N. Caparrós en S. Freud (1997a [1871-1886]: 35-38).

o de autoconservación en la medida en que tanto el modo de funcionamiento autoerótico, que constituye su rasgo inicial, como la introducción del periodo de latencia en el proceso de hallazgo de objeto, interrumpe su evolución en los mismos términos que sufren las pulsiones yoicas.

La meta de la pulsión sexual sigue por la vía de la inmediatez; la actividad fantasmática cumple este papel. Se establece la distinción entre “principio de realidad” (*Realitätprinzip*) y “principio de placer” (*Lustprinzip*), revelando el estrecho vínculo entre “la pulsión sexual y la fantasía, por una parte, y las pulsiones yoicas y las actividades de la conciencia, por la otra” (1911b: 227).

El principio de realidad es una modificación del principio de placer en consonancia con las exigencias del mundo exterior. Inicialmente, la energía dedicada a satisfacción de las pulsiones funcionaba según las leyes del “proceso primario” (*Primärvorgang*), pero la fuerza de las necesidades internas, sumada a la insuficiencia de la satisfacción por vía alucinatoria (frustración)¹⁹¹, hizo que una parte de esa energía se diferenciase del monto

¹⁹¹ En este texto, el concepto de “frustración” o “denegación” (*Versagung*) debe ser entendido como la ausencia de un objeto externo susceptible de producir la satisfacción de la pulsión. Sin embargo, ocurre que el término *Versagung* también puede significar el acto de rehusamiento, por parte del objeto externo, ante una demanda de satisfacción. A su vez, la frustración, como alteración endógena de la libido, junto con la “exigencia de la realidad” (de objetividad; *Realforderung*), la “inhibición del desarrollo”

pulsional a la vez que le empuja a “representar las constelaciones reales del mundo exterior” (1911*b*: 224) y ponerse a su servicio. Por el fracaso de la vivencia alucinatoria del deseo, el “yo-placer” (*Lust-Ich*) sufre un despliegue para adaptar el aparato psíquico a las exigencias del mundo exterior; se trasmuda en “yo-realidad” (*Real-Ich*). Se instaaura el principio de realidad que actúa sobre la energía pulsional, ahora diferenciada y puesta al servicio del yo.¹⁹²

Así como el yo-placer no puede más que *desear*, trabajar por la ganancia de placer y evitar el displacer, de igual modo el yo-realidad no tiene más que aspirar a *beneficios* y asegurarse contra prejuicios. En verdad, la sustitución del principio de placer por el principio de realidad no implica el destronamiento del primero, sino su aseguramiento (1911*b*: 228).

La inmediatez es sustituida por una modalidad de satisfacción más efectiva, aunque sometida a posibles aplazamientos; ésta es la garantía del principio de

(*Entwicklungshemmung*) y la “frustración” (*Versagung*) provocada por una alteración en el mundo exterior, se constituirán como modalidades de contracción del conflicto patógeno que sólo se constituyen como tal cuando están vinculadas con la alteración en la distribución de la libido, tal y como Freud afirma en “Sobre los tipos de contracción de neurosis” (1912*c*). En S. Freud (1912*c*: 239-245).

¹⁹² Como bien señala Pérez (1986: 108), mientras la concepción del yo esbozada en el “Proyecto” destaca la función de inhibición como *causa* de la distinción entre representación-recuerdo y representación-percepción y que servirá de soporte del yo hasta encontrar la identidad, ahora el yo es concebido como *efecto* de la disyunción entre principio de placer y principio de realidad (véase I.3.2.).

realidad sobre el principio de placer.¹⁹³ Este nuevo principio trae consigo un sistema de registro, resultado del valor que la conciencia adquiere respecto a los otros sistemas; la “función del fallo” (*Urteilsfällung*) -emparentada con la “desestimación por el juicio” (*Urteilsverwerfung*)-, que compara la veracidad de una representación en lugar de reprimirla sólo por el hecho de producir displacer; la acción mediatizada por las circunstancias exteriores en sustitución de la descarga motriz que servía para eliminar el aumento de tensión. Y, con esta acción, una modalidad de pensamiento dirigida a los objetos del mundo exterior en contraposición a la actividad fantasmática; del mismo modo que el cambio de una parte de la “energía libre” (*freie Energie*), característica del proceso primario, en “energía ligada” (*gebundene Energie*).¹⁹⁴

En este panorama que Freud mismo define como “psicología genética” (*genetischen Psychologie*), las pulsiones sexuales siguen bajo el principio de placer mientras que las pulsiones yoicas van paulatinamente diferenciándose de este modo de funcionamiento e instituyen el principio de realidad como

¹⁹³ Si antes Freud planteaba que la alucinación del objeto era seguida de la acción específica, ahora consiste en un modo de obrar inventivo que necesita de un conocimiento correcto de la realidad. En J. Bercherie (1983: 371).

¹⁹⁴ “Es probable que en su origen el pensar fuera inconsciente, en la medida en que se elevó por encima del mero representar y se dirigió a las relaciones entre las impresiones de objeto; entonces adquirió nuevas cualidades perceptibles para la conciencia únicamente por la ligazón con los restos de palabra.” En S. Freud (1911b: 226).

principio regulador del aparato psíquico.

Las representaciones inconscientes, que se encuentran bajo el principio del placer, en su querer alcanzar a la conciencia, son reprimidas puesto que amenazan al imperio del yo; por otro lado, el yo recurre a la “desestimación por el juicio” (*Urteilsverwerfung*) para valorar el acento fantasmático de determinadas representaciones que son más fácilmente controlables por la conciencia.

Las dos perspectivas coexisten, es decir, el principio de realidad no excluye el principio de placer; el primero garantiza una satisfacción real, mientras que el principio de placer continúa dominando las actividades psíquicas fantasmáticas. Lo que significa que siempre habrá representaciones contrastantes con el propósito del yo, aunque el nivel de la primera y la fuerza contradefensiva del segundo pueden señalar una predisposición a la neurosis. En ese sentido, la propuesta de Freud de integrar el conflicto pulsional en la perspectiva genética se ve asegurada en la medida en que el dualismo pulsional es correlativo a los dos principios.¹⁹⁵

¹⁹⁵ Según Bercherie (1983: 372), se produce un cambio de planteamiento sobre el funcionamiento del aparato psíquico; si en los escritos anteriores Freud sostenía que este aparato debería someterse a una evolución biológica para adaptarse a su función, ahora plantea “dos modos jerarquizados de la actividad vital de un *ser*, a la vez organismo y

No obstante, es un logro no exento de problemas. Para empezar, el supuesto de que ambas pulsiones evolucionan según el mismo esquema. ¿Cómo es el modo de funcionamiento de las pulsiones de autoconservación según el principio de placer? ¿Cómo se encuadra la idea de *educar* progresivamente a la “desadaptada” pulsión sexual, dado que la actividad fantasmática, en su relación con la sexualidad humana, es inherente al psiquismo humano y condición necesaria del “examen de realidad” (*Realitätsprüfung*) y del mantenimiento de la dimensión intrasubjetiva que constituyen al sujeto como tal?

Desde el punto de vista metapsicológico, es posible correlacionar el sistema *Icc* con el principio de placer, pulsión sexual, proceso primario y energía libre; y el sistema *Prcc-Cc* con el principio de realidad, “proceso secundario” (*Sekundärvorgang*), energía ligada y pulsiones yoicas. Pero las simetrías no se establecen del todo, pues así como el yo va más allá de la conciencia, ésta no es uno de los polos del conflicto.

sujeto, que realiza el duro aprendizaje de la adaptación a lo real, conservando la nostalgia de la autosuficiencia ilusoria de su vida ‘prehistórica’”.

El paulatino avance de la teoría de la libido en discordancia con el primer modelo pulsional conducirá a una actitud más prudente de Freud respecto a la biología, pero a la vez le llevará a recurrir a los modelos de la biología para fundamentar el origen de la sexualidad humana.

Si bien es cierto que la ruta encontrada por Freud para acercarse a la esencia de la pulsión pertenece al mismo dominio que los planteamientos que versan sobre el orden adaptativo, produciendo una cierta oscilación entre conflicto pulsional y conflicto de adaptación, no menos lícito sería afirmar que en este momento de su recorrido, Freud tiende hacia el segundo. Su interés en describir el tránsito de lo biológico a lo social refleja no sólo la diversidad entre ambos elementos en juego, sino también la ambigüedad que reviste la dimensión biológica de su pensamiento.

Por otro lado, el paso de lo biológico a lo social equivale también al tránsito de lo pulsional a las relaciones objetales. Concepción plegada de problemas ya que establecer una relación evolutiva entre ambos términos, supone también el paso de lo más simple -la pulsión- a lo más complejo -las relaciones objetales. Desde luego, formular una “psicología genética” (*genetischen Psychologie*) en el seno mismo del psicoanálisis desde la perspectiva propuesta en “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” (1911b), a

saber, como adaptación progresiva del organismo a la realidad, equivale a desmentir el supuesto sobre la sexualidad inconsciente. Sin embargo, es lícito afirmar que los nuevos descubrimientos de la teoría de la libido producirán en lo sucesivo una mayor cautela por parte de Freud respecto a la dimensión biológica.

Al distinguir entre “libido” (*Libido*) e “interés” (*Interesse*),¹⁹⁶ Freud designa a la primera como la energía de las pulsiones sexuales, y a la segunda como la energía de las pulsiones yoicas. Pero, desde la clínica de la psicosis, presiente que el supuesto de dos tipos de energías merece mayor detenimiento puesto que la psicosis conlleva no sólo la retirada del interés, sino también de libido respecto a los objetos externos. En el caso Schreber (1911c [1910]) dice:

Uno debería entonces hacer coincidir lo que llamamos investidura libidinal (interés desde fuentes eróticas) con el interés en general, o bien considerar la posibilidad de que una vasta perturbación en la colocación de la libido pueda inducir también a una perturbación correspondiente en las inversiones yoicas (1911c [1910]: 68).

¹⁹⁶ Concepto que introducido en “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente” (1911c [1910]), refuerza la tesis según la cual la libido se distingue de otras clases de energía psíquica por un quimismo particular. En S. Freud (1911c [1910]: 65 n. 17). Asimismo, véase S. Freud (1905d: 198).

Plantea, así, dos soluciones: o conciliar libido con interés, alternativa que, como se verá más adelante, implicaría la aceptación del monismo pulsional junguiano, o establecer una relación de reciprocidad entre las dos energías, de modo que la alteración de una conllevaría un cambio en la otra. No obstante, como el concepto de libido se construye con relación al de pulsión, la duda se mantiene, pues Freud no considera que el concepto de pulsión esté suficientemente elaborado como para resolver los nudos teóricos que surgen en la teoría de la libido.

Con la entrada en escena del concepto de narcisismo, el primer panorama dualista establecido se ve seriamente comprometido. El texto “Introducción del narcisismo” (1914c), explicita el callejón sin salida a que Freud se veía sometido entre el monismo libidinal, planteado por Jung y sus adeptos, y la connotación “pansexualista” atribuida al psicoanálisis. La alternativa más acorde con los fundamentos del psicoanálisis consistía en mantener el esquema dualista. De modo que la diferencia entre libido e interés se mantiene.

En la misma línea, emplea el término “egoísmo” (*Egoismus*) para especificar el campo de las pulsiones de autoconservación caracterizada por la investidura de las pulsiones yoicas, opuesto al narcisismo definido por la investidura de

las pulsiones sexuales hacia el yo. La libido, energía de la pulsión sexual, fue descompuesta en “libido yoica” (*Ichlibido*) o “libido narcisista” (*narzisstische Libido*) y “libido objetal” (*Objektlibido*). Si el yo es investido libidinalmente, la oposición entre pulsiones yoicas -que no son eróticas- y pulsiones sexuales -que no expresan los intereses del yo- deja de sostenerse. El concepto de narcisismo introduce la idea de un yo marcado por la sexualidad y también de una sexualidad que le constituye como tal.

Lo decisivo sobre el esquema dualista se expresa en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c). La hipótesis sobre la oposición entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales ha surgido de la clínica, a través del estudio de los casos de neurosis de transferencia. Tanto el síntoma histérico como el obsesivo expresan el conflicto entre las exigencias del yo y los designios de la sexualidad; el primero, mediante el proceso de conversión o transposición de la libido en angustia; el segundo, en la “ambivalencia” (*Ambivalenz*) entre mociones tiernas y hostiles.

Momento en que Freud menciona haber procurado mantenerse alejado de la biología. La teoría de las localizaciones psíquicas, tema desarrollado detenidamente en “Lo inconsciente” (1915e) confirma su preocupación en

delimitar la especificidad del psicoanálisis más allá de la teoría de las localizaciones anatómicas.

Sabemos que tales relaciones existen [entre la teoría de las localizaciones anatómicas y el aparato psíquico], en lo más grueso. Es un resultado incommovible de la investigación científica que la actividad del alma se liga con una función del cerebro como no lo hace con ningún otro órgano. Un nuevo paso -no se sabe cuán largo- nos hace avanzar el descubrimiento del desigual valor de las partes de cerebro y su relación especial con determinadas partes del cuerpo y actividades mentales. Pero han fracasado de raíz todos los intentos de colegir desde ahí una localización de los procesos anímicos, todos los esfuerzos por imaginar las representaciones en células nerviosas y la circulación de las excitaciones por los haces de nervios. El mismo destino corría una doctrina que pretendiera individualizar el lugar anatómico del sistema Cc (la actividad corriente del alma) en la corteza cerebral, por ejemplo, y situar los procesos inconscientes en las zonas subcorticales del cerebro. Aquí se nos abre una laguna; por hoy no es posible llenarla, ni es tarea de la psicología. Nuestra tópica psíquica *provisionalmente* nada tiene que ver con la anatomía; se refiere a regiones del aparato psíquico, dondequiera que están situadas dentro del cuerpo, y no a localidades anatómicas (1915e: 170).

Lo cual, revela un rotundo posicionamiento en el sentido de reafirmar el estatuto metapsicológico del psicoanálisis. Sin embargo, como la hipótesis sobre el primer dualismo pulsional carecía de un soporte teórico que lo fundamentase, empieza a parecerle dudoso “que sobre la base de la elaboración del material psicológico se pueden obtener indicios decisivos para la división y clasificación de las pulsiones” (1915c: 120). De manera que recurre a los “modelos” de la biología, particularmente a la teoría de

Weismann¹⁹⁷ sobre el plasma germinal. Ahora bien, aunque los modelos biológicos son empleados por Freud para dar cuenta del psiquismo, no implica que lo biológico gobierna la génesis de lo psíquico. No se trata más de establecer la génesis del aparato psíquico basado en una teoría de las localizaciones anatómicas tal y como lo hizo en el “Proyecto”, pero tampoco en rastrear en lo orgánico la génesis y la evolución de las dos clases de pulsión y su relación con la realidad tal y como lo hizo en “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” (1911*b*).

Reconsideraciones sobre los aspectos de la teoría evolucionista incompatibles con la hipótesis estructural sobre la sexualidad inconsciente.

Ahora bien, retomando lo mencionado anteriormente (véase II.1.2.), se puede decir que otro elemento de la teoría evolucionista incompatible con la hipótesis estructural sobre el inconsciente en la obra de Freud, además del

¹⁹⁷ Embuido por los últimos descubrimientos de la biología (la meiosis y consecuentemente de una teoría de la herencia según la cual los materiales genéticos de los organismos presentan los mismos comportamientos de sus cromosomas originarios), August Weismann introdujo la hipótesis según la cual todo el organismo posee una sustancia corporal o plasma germinal (*Keimplasm*) distinto de la sustancia corporal que se identifica con los cromosomas y se dividen longitudinalmente en unidades. Véase C. W. Bodemer (1973: 52).

entendimiento de la sexualidad humana desde el punto de vista de la génesis y desarrollo del *instinto*, es la concepción que versa sobre *la génesis y evolución de aparato psíquico en términos de adaptación a la realidad*. Como bien señala Laplanche (1987a: 33), el último párrafo de “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” (1911b) constituye una verdadera contradicción respecto al conjunto del texto. Dice Freud:

El carácter más extraño de los procesos inconscientes (reprimidos), al que cada indagador no se habitúa sino venciendo a sí mismo con gran esfuerzo, resulta enteramente del hecho de que en ellos el examen de realidad no rige para nada, sino que la realidad del pensar es equiparada a la realidad efectiva exterior, y el deseo, a su cumplimiento, al acontecimiento, tal como se deriva sin más del imperio del viejo principio del placer. Por eso también es tan difícil distinguir unas fantasías inconscientes de unos recuerdos que han devenido inconscientes (1911b: 230).

Sobre este propósito y teniendo en cuenta que esta posición no implica incorporar la valoración de la realidad objetiva en las formaciones psíquicas reprimidas tal y como lo menciona Freud.¹⁹⁸

¹⁹⁸ Plantear la incompatibilidad de la hipótesis sobre el inconsciente con esta psicología genética, no significa ubicar el planteamiento freudiano sobre la realidad en un segundo plano. Tanto es así, que una de las importantes funciones del yo reintroducida en “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” (1911b), el “examen de realidad” (*Realitätsprüfung*), estará presente a lo largo de su obra, del mismo modo que a partir de la segunda tópica Freud concebirá la realidad como una de las instancias que actúan sobre el aparato psíquico con el mismo poder de influjo sobre el yo y con la misma potencia que el “ello” (*Das Es*) y el “superyó” (*Das Über-Ich*). En la misma línea, si bien

Con lo cual, son cuestionables no sólo la hipótesis filogenética, estructural organizada por los sedimentos de una prehistoria, sino su opuesto, la causalidad ontogenética que versa sobre el desarrollo del organismo en términos de adaptación al ambiente. Si la primera se sostiene en la hipótesis de una pulsión heredada, endógena y biológica, la segunda no sólo subsume la sexualidad a la autoconservación, sino también saca la sexualidad del conflicto psíquico (yo y realidad). Del mismo modo que el psicoanálisis muestra que carecemos de instinto en sentido propio, la pulsión no está atada exclusivamente a lo biológico.

Un autor como Roger Perron (1991: 226-231) distingue tres tipos de modelos que Freud toma de otras disciplinas. El primero está basado en la fisiología de su tiempo en la construcción de la nosografía psicoanalítica. A su vez, el

uno de los objetivos de la cura analítica es la “toma de conciencia”, ello no es sin un exhaustivo y continuo trabajo de *elaboración* en que están imbricadas las fantasías, los influjos del yo, del ello y del superyó, así como el discernimiento de lo que es realidad psíquica. Para un planteamiento más detenido del tema, véase C. L. Borensztein y L. V. de Greif (1987: 635). Aun concibiendo las pulsiones de autoconservación como esencialmente adaptativas y las pulsiones sexuales como las que tienden desvirtuar este esquema adaptativo, como si la contaminación de la sexualidad en las funciones destinadas a la autoconservación se tratase de algo estrictamente peyorativo y que necesariamente desembocase en neurosis; del mismo modo que el objeto- pecho en cuanto derivación metonímica del objeto- leche es perdido en el proceso de constitución del yo, la autoconservación está contaminada por la sexualidad. Asimismo, para un análisis sobre el desarrollo de la noción de “realidad” en el psicoanálisis, véase J. W. Baruj (1987: 347-360).

segundo se refiere a la transposición al campo psicoanalítico de una teoría de planteamientos distintos de los del psicoanálisis. Es el caso de las tesis de Lamarck, de Abel y de Frazer. Finalmente el último modelo consiste en la aplicación de estas mismas teorías en un esquema funcional particular.

Laplanche (1987a: 31-32; 49-52), a su vez, distingue dos tipos de modelos empleados por Freud a lo largo de su obra, de por sí ambiguos dado que se superponen e incluso se complementan. El primero, llamado “modelo homeostático” denominado también “modelo del plasma germinal” presenta como principal rasgo la diferencia entre exterior e interior y se define de modo energético. El segundo, designado como “modelo de las huellas” presente en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900a [1899]) consiste básicamente en una sucesión de memorias entre las cuales se producen sucesivas reinscripciones. Laplanche (1987a: 30) lo designa como “modelos de memorias” o “modelos de circulación libre”.

Este modelo del plasma germinal llevará a Freud formular que el individuo “lleva una existencia doble, en cuanto es fin para sí mismo y eslabón dentro de una cadena de la cual es tributario contra su voluntad o, al menos, sin que medie esta” (1914c: 76). Por un lado, “es un apéndice temporario y transitorio

del plasma germinal” (1915c: 120); por otro, valora a la sexualidad y busca la supervivencia de la especie. Freud asimila estas categorías desde el punto de vista del conflicto entre las pulsiones destinadas a la conservación del individuo y las pulsiones sexuales, responsables de la supervivencia de la especie. Así, pues, *el modelo se transforma en metáfora o analogía*, lo cual demuestra el talento de Freud para establecer este tipo de transposición.

Freud mismo insistió en el carácter provisorio de este modelo pulsional, lo que indica que tales analogías sólo son útiles en la medida en que contribuyen como apoyo provisional del pensamiento. La introducción del concepto de narcisismo vino a alterar el estado de cosas en la medida que plantea la existencia del individuo marcado por la sexualidad en todos los momentos de su constitución. De ahí que del dualismo pulsional emerja la problemática del yo.

El esquema dualista adquiere el calificativo de “construcción auxiliar” (1915c: 119), que si es sustituida por otra no alteraría su posición respecto a la “premisa necesaria” (1915c: 119), genuinamente biológica, y que se refiere a la tendencia del aparato psíquico a mantenerse apartado de los estímulos que le llegan. Sin embargo, aunque postule un origen endógeno para la pulsión,

también destaca la contribución de fuerzas psíquicas con el mismo poder de alcance que las biológicas. En ese sentido, la pulsión se situaría entre lo anímico y lo somático o entre una construcción psicológica y una biológica, pero en todos los casos es “una medida de exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (1915c: 117). El problema reside, pues, en detectar cuál es el ámbito de dominio originario de lo psíquico, es decir, de la sexualidad inconsciente, el descubrimiento freudiano por excelencia.¹⁹⁹

¹⁹⁹ La preocupación con la dimensión biológica de la pulsión ha sido una constante en los desarrollos psicoanalíticos posfreudianos. Desde luego, no es nada cómodo para los que están familiarizados con la hipótesis estructural sobre el inconsciente, tratar sobre esta dimensión en la obra de Freud, sobre todo por la necesidad de admitir que dicha hipótesis no es una operación acabada, sino más bien el inicio de un proceso de reconocimiento de una “otra escena” que, por la originalidad de lo que viene a desvelar, demandó, para estructurarse, la importación de modelos provenientes de otras disciplinas, una de las cuales, la biología. Intento que confluye con la búsqueda, por parte de Freud, en fundamentar científicamente el psicoanálisis. Actualmente, la expansión del psicoanálisis señala que ya es posible relativizar la referencia a la biología para fundamentar sus hipótesis fundamentales. Eso se perfila en el intento, por parte de algunos autores, de alterar las características endógena y biológica de la pulsión hacia la dimensión exógena y psíquica. Pero, esa expansión teórico-clínica no implica “desconocer la biología en el ser humano.” En J. Laplanche (1993b: 10). De modo que, si bien la dimensión biológica estará siempre presente en la reflexión psicoanalítica, lo biológico no debe ser necesariamente concebido como un “cuerpo extraño” que el psicoanálisis pugna por eliminar, por más que algunas líneas del pensamiento psicoanalítico, intenten tratarlo de este modo, sobre todo por restringir la dimensión biológica bien sea con la dimensión instintiva, bien sea con la concepción sobre el origen y la evolución del aparato psíquico desde el punto de vista de la adaptación del individuo a la realidad. En definitiva, la dimensión biológica en el psicoanálisis demanda ser situada “en un lugar positivo y no ya mitológico”, tarea podrá dar lugar “investigaciones precisas sobre la forma en que los fantasmas sexuales vienen a habitar, desviar y retomar, ‘en sous oeuvre’ [por los cimientos] un funcionamiento biológico que la etología humana comienza a describir mejor”. En J. Laplanche (1993b: 10; los corchetes son de Laplanche). Desde luego, se trata de un intento plegado de problemas ya que existen varias maneras de tratar a la dimensión biológica en el psicoanálisis, sea partiendo de la necesidad de volver sobre los textos de Freud y de reconsiderar algunas de

II.3. El estatuto del yo en “Introducción del narcisismo” (1914c).

II.3.1. La construcción del concepto de narcisismo.

<i>Generalidades sobre “Introducción del narcisismo” (1914c).</i>

“Introducción del narcisismo” (1914c) es uno de los textos de Freud que ofrece la posibilidad de revisar a fondo el proceso que dará lugar a la génesis de la sexualidad humana, del mismo modo en que revela la necesidad de revisar a fondo el dualismo entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas puesto que viene plantear un yo marcado por la sexualidad en todos los momentos de su constitución. Trata también otros temas, como la hipocondría y las derivaciones del narcisismo hacia el advenimiento de las instancias ideales, lo cual refleja su complejidad y amplitud. Considerado como un marco entre los trabajos de Freud, elabora a modo de síntesis sus planteamientos sobre la

sus hipótesis, sea por los avances mismos de la biología, sea por las nuevas manifestaciones psicopatológicas. La biología aparecería como una referencia para que el psicoanálisis pueda acompañar la evolución científica. Sin embargo, los desarrollos modernos de la biología se revelan como extremadamente distantes de los problemas planteados por el psicoanálisis, tal y como señala Green (1987:148-149). Así, pues, “se tiende más bien a sustituir una ‘metabiología’ ficticia por una psicobiología realista, que con respecto a las ideas de Freud tiende además el inconveniente de propender a la simplificación excesiva”. En A. Green (1987: 157). Así las cosas, esclarecer las posibilidades de articulación entre psicoanálisis y biología en consonancia con la hipótesis estructural sobre la sexualidad inconsciente, he ahí, uno de los verdaderos desafíos teóricos-clínicos del psicoanálisis para el próximo milenio.

sexualidad humana, así como apunta directamente hacia elaboraciones futuras (el segundo dualismo pulsional y la segunda tópica).

Explicita problemas que todavía son objeto de continuas reformulaciones en psicoanálisis y que han dado lugar a diferentes lecturas de la obra de Freud; es el caso de la concepción del yo como reservorio de la libido o de las posibles relaciones de equivalencia o de divergencia entre yo ideal e ideal de yo. Sus ambigüedades y contradicciones más allá de revelar las oscilaciones de su autor apuntan hacia la diversidad de construcciones de que este texto es objeto, de cuyo apoyo rebasa en la concepción del yo como representación y que se perfila como el verdadero desafío teórico-clínico del psicoanálisis.²⁰⁰ Se abordará algunas de estas cuestiones, precisamente las que versan sobre la dimensión pulsional en el proceso que dará lugar a la génesis de la sexualidad.

El término “narcisismo” (*Narzissmus*, según Freud) era hasta entonces empleado de modo descriptivo para designar una conducta perversa o un rasgo de perversión en determinadas perturbaciones.²⁰¹ La elaboración freudiana

²⁰⁰ Para un análisis detenido sobre la versión actualizada de “Introducción del narcisismo” (1914c), prueba de la constante reflexión teórico-clínica que se ha tejido alrededor de este concepto después de Freud, véase J. Sandler, R. H. Etchegoyen, C. Yorke et alii (1991). Asimismo, para una versión actualizada de la hipocondría en el marco de la teoría de Freud y de Melanie Klein, véase G. C. Cantalejo (1996: 73-82).

somete este concepto a un doble giro metodológico al conjeturar que el narcisismo se presenta como una de las fases del desarrollo de la libido. Y, puesto que es un estadio no totalmente superable, se caracteriza más bien como “estasis libidinal” (*Libidostauung*). Freud conjetura que el “narcisismo primario” (*primärer Narzissmus*) no es una perversión, “sino el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación” (1914c: 71-72). El “egoísmo” (*Egoismus*) se traduce por la investidura de las pulsiones yoicas mientras que en el narcisismo son las pulsiones sexuales las que invisten al yo.

En las primeras aproximaciones de Freud al concepto de narcisismo (sea en el análisis sobre la génesis de la homosexualidad, sea en el proceso de contracción de la paranoia) éste será considerado como uno de los estadios de la historia evolutiva de la libido, convirtiéndose así en motivo central del distanciamiento de Freud respecto a la Escuela de Zurich

²⁰¹ A propósito de la relación propuesta por Havelock Ellis (1898) entre comportamiento perverso y el mito de Narciso, Paul Näcke introducirá en 1899 el término *Narzissismus* como un caso particular de autoerotismo. Proposición muy diferente de la que Freud dará a este concepto. Asimismo, para un análisis sobre la introducción de este término en psiquiatría, así como sobre los motivos por los cuales Freud lo incorpora en su discurso, véase J. Gutiérrez-Terrazas (1990b: 101-169).

Freud da un verdadero rodeo para incorporar el narcisismo en su estudio, tal y como indica su mención inicial en la segunda edición de los *Tres ensayos*, de 1910, precisamente al explicitar el mecanismo psíquico de la génesis de la homosexualidad.²⁰² En este orden de consideraciones, el narcisismo sería el punto de partida de la elección homosexual de objeto, traducido por el amor incondicional hacia el sexo opuesto llevado a los términos de una “identificación” (*Identifizierung*).²⁰³ Los homosexuales encuentran en la

²⁰² Los varones homosexuales se fijan en un objeto de características opuestas a las de su sexo, identificándose con él y tomándose a sí mismos como objeto sexual. En S. Freud (1905d: 131-134, n. 13).

²⁰³ La identificación es mencionada por Freud muy tempranamente, desde su relación epistolar con Fliess. En estas cartas la identificación aparece sea en el síntoma agorafóbico de las mujeres (que se identifican con las prostitutas), sea en los síntomas espasmódicos de la histeria (como identificación con el muerto). En S. Freud (1985 [1887-1904]: 230 y 246; respectivamente Carta 113/53, del 17 de diciembre de 1896- y 246 y Carta 120/58, del 8 de febrero de 1897). También en el Manuscrito L, adjunto a la carta del 2 de mayo de 1897 (Carta 126/ 61) Freud trata la identificación de la histérica con las personas de moral inferior a quienes las recuerda asociadas sexualmente al padre y a los hermanos. En S. Freud (1985 [1887-1904]: 256). Pero será en *La interpretación de los sueños* (1900a [1899]: 166-168, n. 15) que Freud, a propósito del sueño de una paciente histérica y de los mecanismos de deformación onírica presentes en este sueño, busca sistematizar la “identificación histérica”. Hace una distinción entre imitación y esta modalidad de identificación: “la identificación no es simple imitación, sino *apropiación* sobre la base de la misma reivindicación etiológica; expresa un ‘igual que’ y se refiere a algo común que permanece en lo inconsciente.” En S. Freud (1900a [1899]: 168) También especifica el proceso de identificación en la histeria: “En la histeria, la identificación es usada con la máxima frecuencia para expresar una comunidad {*Gemeinsamkeit*} sexual. La histérica se identifica en sus síntomas preferentemente -si bien no de manera exclusiva- con las personas con quienes ha tenido comercio sexual o que lo tienen con las mismas personas que ella.” En S. Freud (1900a [1899]: 168; las llaves son de Etcheverry). En lo sucesivo, la identificación asumirá un carácter estructural; proceso correlativo con la importancia que asumirá en el pensamiento freudiano el complejo de Edipo, así como la introducción de la segunda tópica (véase IV.2.2.). Asimismo, para una panorámica sobre el desarrollo del concepto de identificación en la obra de Freud, véase S. Aizemberg (1980:

relación con personas de su propio sexo la reedición de su “desvalimiento” (*Hilflosigkeit*) infantil, el modo de reproducir el amor perdido de la infancia. Amor, marcado por la identificación y fijación con la figura materna que, a su vez, constituiría el fundamento del narcisismo.

En la misma línea, la pregunta sobre el sexo, movida por la pulsión, surge en el niño bajo la forma de problemas en busca de esclarecimiento de acuerdo con los recursos simbólicos disponibles.²⁰⁴ Así, el varón desmiente la diferencia anatómica entre los sexos por ser inconciliable con el supuesto de la aparente igualdad de los genitales. El pene, como zona erógena rectora, es el “principal objeto sexual autoerótico” del niño, fruto de curiosidad e interés. Es imposible para el niño el representarse “sin ese esencial ingrediente a una personalidad parecida al yo” (1908c: 192).²⁰⁵

247-258) y S. Diringen (1980: 353-366).

²⁰⁴ Vale subrayar que el establecimiento de las teorías sexuales que gobiernan el quehacer sexual del niño está incluido en esta etapa de la investigación psicoanalítica desde el punto de vista del origen y de la diferencia entre los sexos. Asimismo, para una panorámica sobre este tema en el marco del caso Hans, véase M. N. Pereira Barbosa (1999: 1-52).

²⁰⁵ Es del orden de lo “ominoso” (*Unheimlich*) el reconocimiento de la diferencia anatómica entre los sexos pues, lo que está en cuestión no es la diferencia sino la falta de pene. Así, pues, la diferencia sería entendida en términos de falta. La admisión de este hecho en la niña conllevaría a la posibilidad de que también al niño le pueda venir a faltar.

De manera que la elección homosexual de objeto en los hombres reedita la imposibilidad de reconocer que su primer y permanente objeto de amor -la madre-, no tenía pene.²⁰⁶ El resultado, ante esa imposibilidad de renunciar al pene como objeto sexual o de aceptar al otro seductor como castrado, es la identificación con este otro, es decir, la ternura incondicional hacia el otro seductor es reprimida en los moldes de una “identificación” (*Identifizierung*).²⁰⁷ El yo busca entonces objetos que reflejen su posición de seducido. Así, Freud confirma lo formulado en los *Tres ensayos* (1905d) e introduce el supuesto de una “fijación” (*Fixierung*) en la etapa del autoerotismo. Lo que revela que, aunque oficialmente abandonada, la teoría de la seducción vuelve una y otra vez.²⁰⁸

Ahora bien, como el autoerotismo es incompleto, pues de antemano el otro marca su presencia como objeto sexual en las primeras experiencias del

²⁰⁶ Es inconciliable con los designios de su yo-pene reconocer el no-pene, la castración, y, por consiguiente, la diferencia en aquel ser por el que se siente una ternura incondicional y que ha ejercido un considerable influjo sobre él.

²⁰⁷ En ese sentido, la homosexualidad es la búsqueda de un otro semejante al yo-pene, para que sea posible ejercer el mismo influjo de amor al que ha sido sometido por el otro seductor en las primeras experiencias infantiles.

²⁰⁸ Cabría matizar que no se trata de la seducción en cuanto *acto* ejercida por el adulto sobre el niño, sino la seducción implícita en las acciones del adulto destinadas a la autoconservación del niño.

niño²⁰⁹, la afirmación según la cual el homosexual “se ha deslizado hacia atrás, hacia el autoerotismo”, presente en el ensayo sobre Leonardo da Vinci (1910c: 93),²¹⁰ supone que el hecho de tomarse a sí mismo como objeto sexual es el prototipo del autoerotismo, cuando en realidad apunta al supuesto de un narcisismo. Lo que está en cuestión en este momento de la conceptualización sobre el narcisismo es más bien la descripción de la conducta perversa, planteamiento que corrobora que este concepto no está formulado desde el punto de vista psicoanalítico. En lo sucesivo, la referencia a la homosexualidad será aclarada con la introducción de los dos tipos de elección de objeto.²¹¹

²⁰⁹ He aquí una importante profundización de la reflexión propuesta por Freud en dos de sus trabajos, los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d) e “Introducción del narcisismo” (1914c). Mientras en la edición de 1915 de los *Tres ensayos* (1905d) Freud trata el “apuntalamiento” de lo sexual en la necesidad orgánica de alimentación, en “Introducción del narcisismo” (1914c) no se trata más de objetos parciales, sino de objetos totales, sea la madre o el padre, objetos en que todavía no se reconoce la diferencia de los sexos. Como menciona Laplanche (1993b: 81) “no se mama de la mujer sino de la mujer que nutre, y el hombre protege; la actividad, marcada por el verbo, está del lado del otro.”

²¹⁰ Vale mencionar que es imposible hacer justicia a un muy significativo ensayo como *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910c) en pocas líneas ya que en él están esbozadas no sólo la génesis de la homosexualidad, sino también el análisis sobre las teorías sexuales infantiles, la sublimación etc. Véase S. Freud (1910c). Asimismo, para un desarrollo actualizado de este ensayo, véase A. Green (1992).

²¹¹ La elección de objeto propiamente dicha consiste en el modo en que el sujeto se dirige hacia el objeto, sea buscando una suerte de identidad o de complementariedad. El primer modo caracteriza la elección de objeto narcisista; en ese caso, el sujeto puede amar a sí-mismo, a lo que antaño fue (que corresponde a la homosexualidad), a lo que querría ser, o al objeto que fue una parte de él. En cambio, la busca de complementariedad con el objeto marca la elección de objeto por apuntalamiento. Es el amor concebido en cuanto relación vital con el objeto, sea amando a la mujer nutricia o al hombre protector. En S. Freud (1914c: 87). Ahora bien, si se introduce el factor temporalidad en estos dos tipos de

De una concepción del yo originario en el circuito cerrado del autoerotismo a la elección de objeto narcisista, muchas dificultades teóricas se interpondrán en la formulación freudiana sobre el narcisismo. En el análisis del deseo homosexual en la contracción de la paranoia, tema central del caso Schreber (1911c [1910]), Freud introduce el concepto de narcisismo como uno de los estadios de desarrollo de la libido, situado entre el autoerotismo y el amor de objeto. Según Freud, consiste en una fase del desarrollo humano en la que el individuo elige a su cuerpo propio como objeto de amor al unificar las

elección de objeto se verifica que él no influye en la continuidad entre elección de objeto narcisista y el estadio del desarrollo de la libido llamado narcicismo. Si bien toda elección de objeto narcicista convoca el estadio del narcicismo, este estadio promueve una necesaria relación de continuidad con la elección de objeto por el apuntalamiento.

Por otra parte, el año que Freud introduce el término “narcisismo” (*Narzissmus*) en su obra impresa, se caracteriza también por la formulación del primer dualismo pulsional en el trabajo “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis” (1910i), que a su vez revela cierta referencia a la investidura narcisística del cuerpo propio, concebido como lugar de expresión del síntoma: cuando la sexualidad invade y desborda de libido la relación del yo con los objetos, hasta el punto de comprometer el cumplimiento de una función como la visual y subrayar la existencia de otra mirada, la inconsciente. La invidencia no obtura la relación del sujeto respecto a sus objetos internos, sino, al contrario, la pone de relieve; la imposibilidad de ver hacia fuera, el sujeto se direcciona hacia dentro, espacio potencial y actual de una mirada inconsciente. Como bien señala Kessler (1980: 789), será la formulación del primer dualismo pulsional que introducirá el simbolismo corporal. No en vano este órgano sensorial pone en relación el narcisismo con la pulsión. Si es cierto que el narcisismo, en cuanto rasgo de conducta, ofrece los primeros planteamientos sobre la elección de objeto narcisista, no menos lícito sería plantear la ambigüedad que este término reviste por su relación con la dimensión pulsional propiamente dicha, tal y como enseñan los nexos y las diferencias entre objeto de la pulsión y objeto de amor del yo. Tanto es así que son estrechas las relaciones entre pulsión, mirada y conocimiento, presentes tanto en el ensayo sobre Leonardo da Vinci como en la formulación freudiana sobre las teorías sexuales infantiles. De un saber que, de modo general, pulsiona no sólo en el sentido de descifrar los enigmas del origen y de la diferencia entre los sexos, es decir, de excitar a lo invisible, sino también de recurrir a mecanismos defensivos respecto a lo insoportable que el saber sobre el otro evoca. Saber que remite a la erotización de los procesos de pensamiento en el neurótico obsesivo y que será comparado con la vida psíquica del niño y del hombre primitivo y reubicado respecto a la posición que

pulsiones sexuales, antes de la elección del otro ajeno como objeto de amor totalizado (1911c [1910]: 56).

Pues bien, la presencia del otro ajeno en la constitución del narcisismo reluce en este estudio por su ausencia. Freud no menciona la tesis sobre el exceso de la ternura del niño hacia otro objeto que no sea él mismo. Aquí se entiende la actividad autoerótica como algo cerrado en sí mismo²¹²; se supone más bien que el niño se autoabastece independiente de cualquier investidura que parta del otro ajeno.²¹³

Además del interrogante acerca de la participación del otro ajeno en la constitución del narcisismo, que remite al carácter absoluto o no del autoerotismo, estos trabajos anteriores incorporan aspectos inacabables sobre el tipo de energía involucrada en las investiduras y desinvestiduras que, a su

el narcisismo empieza ocupar su teoría. En S. Freud (1909d y 1912-1913).

²¹² Tesis ambigua ya que en los *Tres ensayos* (1905d) revela la participación de los padres como los primeros objetos de amor y, por lo tanto, de un autoerotismo incompleto, aunque sitúe la seducción de las figuras parentales sobre el niño en un segundo plano respecto a las otras fuentes de excitación sexual.

²¹³ Conviene subrayar también que en *Tótem y tabú* (1912-1913), además de hacer mención al estadio del narcisismo en la historia evolutiva de la libido, Freud señala la íntima relación entre autoerotismo y narcisismo en los términos de un estadio descompuesto en dos; como un despliegue del autoerotismo, el yo propio se constituye como objeto de amor. Indirectamente se encuentra perfilada la diferencia entre narcisismo

vez, se reflejarán en el texto sobre el narcisismo.

Por otra parte, vale considerar que este periodo de la producción freudiana está marcado por el distanciamiento y la consecuente ruptura con la escuela de Zurich, en especial con las teorías de Jung que, a modo de síntesis, concebía la libido como energía psíquica unificada y que reúne tanto los intereses del yo como los de la sexualidad. También trata de oponer “introversión” (*Introversion*) de la libido con narcisismo, designando la psicosis como neurosis de introversión.

Las huellas del “narcisismo primario” (*primärer Narzissmus*) y del “narcisismo secundario” (*sekundärer Narzissmus*) parten de las conjeturas sobre la génesis de la homosexualidad y se asientan en el intento de explicar la “parafrenia” (*Paraphrenie*) -entendida definitivamente como paranoia-esquizofrenia, a pesar de los intentos de Freud en bautizarla como entidad clínica distinta de la paranoia- de acuerdo con la teoría de la libido. Éste era uno de los motivos de la polémica con Jung, que criticaba la teoría de la libido freudiana por no explicar las psicosis. Por lo tanto, la tarea de Freud sería la de aplicar la teoría de la libido en los cuadros psicóticos para probar su validez.

primario y secundario cuando Freud menciona que la fijación en este estadio supone la reedición a posteriori de esta fase de desarrollo libidinal. En S. Freud (1912-1913: 92).

La hipótesis sobre la “represión” (*Verdrängung*), punto clave de la teoría de la libido en los casos de neurosis, tendría que dar cuenta del estudio de las psicosis para refutar la crítica de su insuficiencia. Partiendo del supuesto de que en las psicosis la libido se desliga del mundo exterior (tesis de Abraham), Freud infiere la tesis de la represión por desasimiento libidinal, desestima la teoría de los complejos por su insuficiencia y procura especificar la paranoia a partir de dos caminos: por el mecanismo de formación de síntoma (retorno de lo reprimido) y por el proceso de represión.

Ahora bien, ¿por qué la teoría de los complejos no especifica a la paranoia? Es sabido que la teoría de los complejos fue, según Freud, una de las contribuciones de la escuela de Zurich al psicoanálisis. A su vez, Freud reconoce en este término una utilidad descriptiva y cuando introduce la noción de “complejo paterno” (*Vaterkomplex*) en el caso Schreber, lo hace en un intento de reconstruir las vivencias sexuales infantiles del enfermo, subrayando el papel del padre como el perturbador de la satisfacción autoerótica.

De modo que se debe situar la ineptitud de la teoría de los complejos para

explicar el proceso de contracción de la paranoia por su rasgo descriptivo²¹⁴; de ahí, se puede sostener que la introducción del concepto de narcisismo en el conjunto de la teoría de la libido altera el entendimiento descriptivo del narcisismo. En ese sentido, quedan establecidas las incongruencias al designar determinados comportamientos como narcisistas.²¹⁵

La decisiva contribución de la doctrina de la represión en la introducción del concepto de narcisismo desde el punto de vista estructural.

El núcleo del conflicto paranoico es la fantasía de deseo homosexual que deshace las sublimaciones y, en general, vuelve a erotizar las “pulsiones

²¹⁴ No obstante, no sólo del “complejo paterno” (*Vaterkomplex*) y del “complejo fraterno” (*Geschwisterkomplex*) derivará el “complejo de Edipo” (*Ödipuskomplex*), como el término mismo de “complejo” (*Komplex*) se referirá, en lo sucesivo, a un componente estructural. Supondrá la continua reorganización de las representaciones y de los afectos unidos entre sí de modo que la alteración de uno de sus componentes conduce a la alteración de los demás. No se reducirá, así, a la tipificación psicológica del mismo modo que no será más confundido con el núcleo patógeno.

²¹⁵ En efecto, el narcisismo se erigirá en el trabajo sobre el presidente Schreber (1911c [1910]) como un estadio de desarrollo de la libido y no como un rasgo de conducta. Es a partir de este caso que Freud justifica el narcisismo como concepto de la teoría de la libido, de modo que, en un primer momento, el problema del narcisismo coincide con el de las parafrenias.

sociales” (*sozialen Triebe*). Éstas son el resultado de las aspiraciones homosexuales transformadas en ternura al apuntalarse en las pulsiones yoicas. La defensa ante lo insoportable que hay en este deseo se manifiesta en el delirio de persecución. La reacción ante la sexualización de las pulsiones sociales constituye el mecanismo de formación de síntoma: el enfermo utiliza la “proyección” (*Projektion*) para librarse de ella. Sin embargo, por tratarse de un mecanismo que no desempeña un mismo papel en las diferentes formas de paranoia y por no servir de indicio para detectar la predisposición a este cuadro clínico -está presente tanto en sanos como en enfermos-, Freud encuentra que es el proceso de “represión” (*Verdrängung*) propiamente dicho el que se articula de modo más contundente con la historia de desarrollo de la libido y con la predisposición dada en ella.

La “represión” (*Verdrängung*) se caracteriza básicamente por el desasimiento de la libido de los objetos del mundo exterior, tanto en los cuadros neuróticos como en los psicóticos, con la diferencia de que los primeros sustituyen estos objetos por los objetos fantasmáticos mientras que los segundos dirigen la libido hacia su yo. *El sujeto trata a su yo como un objeto, lo enaltece*; de ahí que la fuente del delirio de grandeza sea el amor incondicional hacia “sí-mismo” (*Selbst*), típico del estadio narcisista:

En virtud de ese enunciado clínico supondremos que los paranoicos conllevan una *fijación en el narcisismo*, y declaramos que el *retroceso desde la homosexualidad sublimada hasta el narcisismo* indica el monto de la *regresión* característica de la paranoia (Freud, 1911c [1910]: 67).

En el artículo sobre el narcisismo, la distinción entre “interés” (*Interesse*) y “libido” (*Libido*), fundamental en vistas a mantener el dualismo pulsional, se oscurece. Así, las parafrenias (entidad clínica que engloba los cuadros de paranoia y esquizofrenia), las caracteriza como el “extrañamiento de su interés respecto al mundo exterior” (1914c: 72). Mientras que en el análisis del caso Schreber distingue la paranoia de la parafrenia; la primera es caracterizada como desasimiento libidinal mientras que la segunda está marcada por el distanciamiento del interés (yoico) respecto al mundo exterior (1911c [1910]: 70).

Por otra parte, se mencionó que la represión es el factor clave de la teoría de la libido, pues permite aplicarla tanto al entendimiento de los casos de neurosis como a las psicosis. Como factor común entre ambos se perfila el desasimiento libidinal, con la diferencia de que en las neurosis la libido libre encuentra sustitutos en los objetos fantasmáticos mientras que en las psicosis la libido se vuelve hacia el yo y lo trata como un objeto. Más aún: lo que

distingue el yo como objeto de la fantasía (neurosis) con el yo del narcisismo (psicosis) es el modo de circulación de la libido; si en el primer caso encuentra satisfacción en la vida de la fantasía y puede, por así decirlo, circular entre los objetos, en el segundo la satisfacción no es lograda, impidiendo la descarga de la libido. De ahí, sobreviene el estasis libidinal, proceso que da lugar a la regresión, reactivando las mociones sexuales infantiles y culminando con el conflicto y la formación de síntomas.

Con vistas a mantener el dualismo pulsional, Freud define el proceso de desasimiento libidinal en las neurosis de introversión hacia los objetos fantasmáticos y, en las psicosis como de retracción libidinal hacia el yo. En ese sentido, opone el yo del narcisismo a las fantasías.²¹⁶ A partir del estudio de las neurosis, Freud constata que la inversión funciona a modo de las pulsiones sexuales y, en los casos de psicosis, plantea el “narcisismo secundario” (*sekundärer Narzissmus*) como el modo de funcionamiento de las pulsiones yoicas. El dualismo pulsional se mantiene en la oposición entre introversión y narcisismo.

²¹⁶ La base de esta cuestión se asienta en dos puntos clave: por un lado, la crítica a Jung por considerar a las psicosis como neurosis de introversión y, por otro, a lo que se concibe por objeto interno.

No obstante, este planteamiento merece algunos matices. Es buscando la especificidad de la paranoia que Freud incluye el supuesto del estadio de narcisismo. El camino elegido debería ser aquél en que la teoría de la libido probase que es aplicable en la explicación de estos casos, y de ahí refutar los juicios sobre su insuficiencia en cuanto teoría. Freud prueba la universalidad de la teoría de la libido más por el proceso de represión que por el de formación de síntoma. El concepto de narcisismo se constituye como tal desde este modo de explicación.

Ahora bien, al desechar un entendimiento descriptivo de la paranoia, Freud opta por otro camino que no es el de la descripción de las relaciones parentales; el denominador común entre las neurosis y las psicosis es el proceso represivo. Es a partir de este momento que el narcisismo pasa a ser un concepto psicoanalítico propiamente dicho, pues supera los límites descriptivos y adquiere una connotación estructural.

Desde el punto de vista metodológico, la teoría de la represión es el significante que transforma los conceptos desde un estado meramente descriptivo -parcial- hacia la totalidad, apuntando a una concepción estructural de la psique. En ese sentido, la clave del estudio sobre el concepto de

narcisismo ni se basa en la descripción acerca de las relaciones entre el yo y los objetos, sean éstos exteriores o fantasmáticos, ni en el entendimiento del yo como individuo biopsíquico, sino que se asienta en el modo de funcionamiento de la libido. Por eso, es notoriamente incongruente aplicar el concepto de narcisismo en la descripción de comportamientos. El fundamento del narcisismo se acerca a una concepción económica de la psique, es decir, como concepto de la teoría de la libido. Será a partir de esta concepción del narcisismo que derivará una nueva dimensión conceptual.

II.3.2. La participación del otro en la constitución de la sexualidad humana.

<i>Presentación de la primera hipótesis sobre el narcisismo primario y su relación con el narcisismo secundario.</i>
--

Se habla de sexualidad al concebir la libido como energía de las pulsiones sexuales. En ese sentido, el narcisismo se refiere a uno de los momentos de la constitución de la sexualidad. Ahora bien, el mayor obstáculo para este

entendimiento es la oposición entre pulsiones yoicas y sexuales, puesto que Freud caracteriza el narcisismo como el modo de funcionamiento de las pulsiones yoicas en oposición a la introversión, que sería el modo de funcionamiento de las pulsiones sexuales. De ahí se derivan dos alternativas: la primera sería mantener el estatuto contradictorio del yo, tanto desde el punto de vista genético como respecto al conflicto psíquico; la segunda, más radical, sería unir el yo a los designios de la sexualidad.

Se mencionó el cambio de postura de Freud respecto a la participación del otro en la constitución del sujeto. Mientras que, tanto en los *Tres ensayos* (1905d) como en el estudio sobre Leonardo, Freud sostiene indirectamente el supuesto de un autoerotismo incompleto por la participación de las figuras parentales como los primeros objetos de amor, en el caso Schreber expone el proceso de constitución del sujeto independiente de cualquier investidura que parte del otro; el sujeto se autoabastece, está cerrado sobre sí-mismo.

En la misma línea, en el trabajo sobre el narcisismo Freud concibe, en un primer momento, el narcisismo primario como anterior a la investidura de objeto. Sigue con este razonamiento al plantear que la libido se origina en el yo y que sólo después se dirige hacia los objetos. Recurre a la zoología para

ejemplificar el movimiento de la libido respecto al yo y a los objetos, subrayando que la libido yoica “persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los pseudópodos que emite” (1914c: 73). Introduce la diferencia entre “libido yoica” (*Ichlibido*) y “libido objetal” (*Objektlibido*), que se ubicaría en una relación dialéctica más que de oposición propiamente dicha, en la medida en que necesariamente la libido que sale del yo se dirige hacia el objeto, y viceversa. Es decir, existe una balanza energética entre ambas, lo que significa que hay un principio de conservación de la energía libidinal. Pero, en todos los casos, el yo mantendrá siempre una cantidad en un determinado umbral ya que se garantiza en el almacenamiento.

Según Freud, el estado de narcisismo se caracteriza por la investidura de la libido yoica. Desde el punto de vista genético, la dialéctica entre libido yoica y libido objetal empieza cuando el sujeto sale del estado de narcisismo y dirige su libido hacia los objetos, sean éstos reales o imaginarios. Desde la perspectiva energética, se traduce por el exceso de investidura yoica, circunstancia que empuja a la libido a dirigirse también hacia los objetos. La investidura objetal, sea hacia objetos externos o hacia objetos internos -las construcciones fantasmáticas y el yo-, cobra relieve a posteriori, en casos de estasis libidinal: hay una acumulación de libido dirigida a los objetos fantasmáticos o al yo, lo que sirve para entender el proceso de formación del

síntoma neurótico y psicótico.

En ese sentido, el narcisismo observado en el síntoma psicótico es un “narcisismo secundario” (*sekundärer narzissmus*) respecto al estadio de narcisismo -primario- en la historia evolutiva de la libido. El supuesto de un narcisismo primario sólo puede ser formulado a partir del “narcisismo secundario”, o como dice Freud:

nos vemos llevados a concebir el narcisismo que nace por replegamiento de las investiduras de objeto como un narcisismo secundario que se edifica sobre la base de otro, primario, *oscurecido por múltiples influencias* (1914c: 73).

Sostiene que el narcisismo secundario está presente tanto en sanos como en enfermos; también en diferentes estados, tales como el enamoramiento o la contracción de una enfermedad orgánica, con la diferencia de que el enamorado dirige su libido hacia el objeto mientras que el enfermo la dirige hacia su yo. Pero, al fin y al cabo, hay que empezar a amar para no padecer, lo que en términos energéticos significa el fluir de la libido tanto hacia los objetos como hacia el yo.²¹⁷

²¹⁷ A su vez, el síntoma psicótico señala un desenlace distinto respecto a los otros estados; el sujeto psicótico enferma para poder empezar a amar (delirio de grandeza en la

La distinción entre libido yoica y libido objetal confirmará de modo rotundo la insuficiencia del primer dualismo pulsional.

En este estado de narcisismo primario, oscurecido por múltiples influencias y que precede a la investidura de objeto, estas dos energías psíquicas están indiferenciadas, y sólo a medida que el sujeto inviste a los objetos es posible diferenciar la libido como la energía de las pulsiones sexuales que invisten tanto al yo como a las pulsiones de interés yoico. Freud mantiene el primer dualismo pulsional a pesar de la profunda paradoja que guarda la relación

fantasía del fin del mundo), proceso harto complejo comparado con la formación del síntoma neurótico y que a veces no logra el establecimiento de la homeostasis libidinal. Por otra parte, Braunschweig (1970: 192-193), como ejemplo del esfuerzo en el sentido de establecer matices más claros y nítidos de los conceptos, distingue, desde el punto de vista económico, el narcisismo de estado amoroso -transferencia- como uno de los aspectos fundamentales de la cura analítica. Considerando que Freud no ha establecido esta distinción, la autora enumera tres posiciones: 1. Cuando existe una circulación del yo hacia los objetos y de los objetos hacia el yo sin desperdicio narcisístico; 2. Cuando el sujeto, buscando o no una satisfacción sexual directa, se dirige fácilmente hacia los objetos; 3. Cuando el sujeto abandona la satisfacción sexual y recibe, como contrapartida el narcisismo del objeto, es decir, la libido se desplaza hacia el objeto y absorbe al yo, operación que tiene como resultado la sobrestimación de este objeto.

entre pulsión e interés, relacionado a la legitimidad del empleo del término pulsión yoica ya que toda pulsión es sexual por excelencia.

La distinción entre libido yoica y objetal, que servía a los propósitos del dualismo pulsional, termina por comprometerlo seriamente. En la medida en que, siguiendo a Freud, las pulsiones yoicas no son en ninguna circunstancia eróticas y que las pulsiones sexuales jamás expresan el interés del yo, el supuesto de que la libido inviste al yo implica que este yo es sexualizado. Este dualismo pulsional no podrá sostenerse más.²¹⁸

De la oposición entre el yo y los objetos, Freud distingue la introversión como característica de las neurosis y el narcisismo como la marca de las psicosis. La primera funciona como las pulsiones sexuales, mientras que el segundo lo hace como las pulsiones yoicas. Este supuesto, que debería servir para el sostenimiento del dualismo pulsional, se convierte en el indicio de una necesaria revisión a fondo.

Existen dos aspectos que incrementan este problema: por un lado, no se sabe si

²¹⁸ Freud lo presentía, pero no buscó recurrir al monismo pulsional planteado por Jung y optó por especificar a su modo lo que se entendía por sexualidad, para no caer en el supuesto de una energía psíquica indiferenciada.

el psicótico retira la libido de los objetos, si se trata de un estado caracterizado por la pérdida del interés en general o si ambos ocurren a la vez. Por otro lado, Freud plantea que la libido corresponde a la energía de las pulsiones sexuales mientras que el término interés se refiere a las pulsiones yoicas. Por eso es que se caracteriza el narcisismo como el modo de funcionamiento de las pulsiones yoicas en los cuadros psicóticos (neurosis narcisista). Pero, no es posible entender el interés de las pulsiones yoicas liberado del influjo libidinal; la tendencia del organismo en preservarse, desde el punto de vista biológico, está contaminada por la sexualidad.

Con este planteamiento, si en los estados psicóticos la libido se dirige completamente hacia el yo, tanto el supuesto de un narcisismo secundario como el de un narcisismo primario están marcados por la dimensión sexual y, aún más, se puede decir que el sujeto es sexualizado en la medida en que ingresa en el estadio del narcisismo.²¹⁹ Lo que significa que es el narcisismo lo que sexualiza al sujeto. Este tema se tratará de dilucidar a continuación.

Antes, cabe hacer mención respecto al narcisismo secundario que caracteriza los casos de psicosis en cuanto reversión ilimitada de la libido hacia el yo. Si

²¹⁹ Más adelante se discutirá detenidamente la introducción y el desarrollo del término “sujeto” en la obra de Freud (véase II.4.3. y IV.2.3.).

el narcisismo es el modo de funcionamiento de las pulsiones yoicas y, por otro lado, si en los casos de psicosis la libido necesariamente afectará al yo, comprometiendo su conservación biológica, ¿No es la libido yoica o narcisista la que inaugura la sexualidad en el sujeto, la que “contamina” los intereses del yo? o, dado que el advenimiento del narcisismo es contemporáneo a la constitución del yo, ¿cómo es posible mantener el dualismo pulsional con vista de este estado de cosas que el concepto de narcisismo vino a expresar de forma rotunda? En la misma línea, a pesar de algunos matices que se indicarán a continuación, si la libido se origina en el yo, ¿cómo es posible pensar en el yo sin la marca de la sexualidad?

Discusión sobre la relación de equivalencia entre narcisismo, advenimiento del yo y constitución de la sexualidad humana.

En la medida en que Freud descarta la intervención del otro como modelo de amor de las primeras experiencias del niño, el supuesto de que la libido se origina en el yo adquiere una connotación biologicista, endógena, como si el sujeto humano en sus comienzos fuera autosuficiente hasta el punto de colmar todas sus tensiones.²²⁰

²²⁰ Sobre este propósito, se vio que desde los *Tres ensayos* (1905d) Freud habla de

De modo que la hipótesis según la cual la libido se origina en el yo se enlaza con el problema de la supuesta autosuficiencia del niño, es decir, la hipótesis de un narcisismo primario que precede a las investiduras de objeto. Esta concepción sobre la génesis de la libido introduce el problema según el cual la sexualidad deriva únicamente de la autoconservación, concepción biológica que en última instancia se plasmaría en la meta de la reproducción de los organismos; mientras que la constitución del aparato psíquico (de la sexualidad) introduce el orden fantasmático.²²¹

Todos estos planteamientos llevan al interrogante fundamental de Freud:

un estado de “desvalimiento” (*Hilflosigkeit*) del niño colmado por la asistencia de los adultos, pese a haber abandonado la teoría de la seducción. En los términos del principio del placer y de realidad, es sabido que el aparato psíquico no puede sobrevivir solamente por el principio de placer y que es el fracaso de la alucinación lo que inaugura el principio de realidad. En S. Freud (1911b: 224-225, n. 8).

²²¹ Si la libido se origina en este yo estrictamente marcado por las leyes de la autoconservación y que sólo en un segundo momento se dirige hacia los objetos, el supuesto de un estadio anobjetal tendría aquí su validación. Siguiendo este razonamiento cabría matizar la hipótesis según la cual el yo es el gran reservorio de libido ya que Freud lo concibe como un reservorio originario. Estas consideraciones muestran la posibilidad de concebir al yo como instancia o como individuo biopsíquico, el “sí-mismo” (*Selbst*). Se trata de una concepción que está presente desde los comienzos del pensamiento freudiano a pesar de una vertiente en el pensamiento freudiano, la Psicología del Yo, defender la introducción del yo como instancia a partir de la segunda tópica. Sobre este planteamiento de la Psicología del Yo, véase, por ejemplo, H. Hartmann (1952: 142-164). Es esta la posición de Laplanche (1993a:12) que insiste en el hecho de que introducir al narcisismo es reintroducir al yo en la teoría psicoanalítica. Dar cuenta no sólo de las variaciones entre este yo biopsíquico y este yo como instancia, así como armonizar la diversidad de funciones de la instancia yoica, he aquí el desafío teórico-clínico que refleja los distintos

¿Qué relación guarda el narcisismo, de que ahora tratamos, con el autoerotismo, que hemos descrito como un estado temprano de la libido? (...) Si admitimos para el yo una investidura primaria con libido, ¿por qué seguiríamos forzados a separar una libido sexual de una energía no sexual de las pulsiones yoicas? ¿Acaso suponer una energía psíquica unitaria no ahorraría todas las dificultades que trae separar energía pulsional yoica y libido yoica, libido yoica y libido de objeto (1914c: 74)?

Con la introducción del concepto de narcisismo se hace posible esclarecer el autoerotismo. En ese sentido, es lícito aseverar que no es que el autoerotismo sea un estadio incompleto en el sentido valorativo; aunque este rasgo es constitutivo, remite o no a la intervención del otro, hay en él un fallo constitutivo que empuja al sujeto hacia el otro desde el punto de vista adaptativo, pero que en el plano sexual indica el recorrido inverso.

El término autoerotismo expresa el estado originario de fragmentación de las pulsiones sexuales respecto a un objeto total. Sus objetos son parciales, incluyendo a los fantasmáticos, y encuentra la satisfacción en una parte del cuerpo mediante el placer de órgano. Ahora bien, el objeto total que las pulsiones parciales del autoerotismo encuentran, después de reunirse, es el yo. Freud menciona que en un principio el yo no está inscrito en el psiquismo (si

es que se puede hablar de psiquismo antes de la introducción del yo): “el yo tiene que ser desarrollado” (1914c: 74).

La idea que surge es la de un organismo en el sentido biológico del término, pese a la existencia de una formación fantasmática, aunque parcial (vivencia de satisfacción), en oposición al yo. En el autoerotismo, hay objetos parciales situados en el cuerpo propio; en el narcisismo, el yo como unidad es tomado como objeto de las pulsiones autoeróticas reunidas. En ese sentido, el plus que se agrega al autoerotismo para que las pulsiones converjan hacia el yo es el narcisismo.

De modo que el advenimiento del yo y del narcisismo es simultáneo. La “nueva acción psíquica” (1914c: 74) es la “represión primordial” (*Urverdrängung*) que trae como consecuencia la convergencia de las pulsiones autoeróticas en una unidad y eso, sólo eso, es el movimiento que caracteriza el narcisismo. De modo que la “unidad comparable al yo” (1914c: 74) es el narcisismo, lo cual le ubica como tiempo posterior al autoerotismo, a la vez que tiempo inaugural de la sexualidad.

El hecho según el cual el narcisismo es el primer estadio de la sexualidad no

significa que en él se perfila el inicio de la relación del individuo con su entorno²²². Pensar en un tiempo anterior a la implantación de la sexualidad equivale a pensar en un tiempo anterior a la constitución del aparato psíquico pero, como bien advierte Laplanche (1987a: 93), no se trata de un tiempo mítico, como si el tiempo anterior a la implantación de la sexualidad en el lactante tratase de una ficción, sino de un tiempo efectivo y real.

Pero tampoco es posible hablar de un organismo en el sentido estrictamente biológico del término y abierto a los influjos del mundo exterior, tanto por el hecho de que los engranajes instintivos son fallidos como porque, siguiendo este razonamiento, el yo se constituye precisamente con el narcisismo. Este estado que Freud llama de “desamparo” (*Hilflosigkeit*) viene a señalar no sólo

²²² Tal y como Freud plantea en un pasaje de la primera edición de los *Tres ensayos* (1905d). Helo aquí: “Cuando la primerísima satisfacción sexual estaba todavía conectada con la nutrición, la pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho materno. Lo perdió sólo más tarde, quizá justo en la época en que el niño pudo formarse la representación global de la persona a quien pertenecía el órgano que le dispensaba satisfacción. *Después la pulsión sexual pasa a ser, regularmente, autoerótica*, y sólo luego de superado el periodo de latencia se restablece la relación originaria. No sin buen fundamento, el hecho de mamar el niño del pecho de su madre se vuelve paradigmático para todo vínculo de amor. El hallazgo {encuentro} de objeto es propiamente un reencuentro.” En S. Freud (1905d: 202-203; las llaves son de Etcheverry). Por otra parte, Laplanche (1993a: 17) define como una suerte de “aplastamiento” el hecho que si en los *Tres ensayos* (1905d), Freud menciona que la pulsión deviene autoerótica (pulsión oral y anal) en “Introducción del narcisismo” (1914c: 74) el autoerotismo aparece como primordial. Un autor como Kessler (1980: 785) concibe el concepto de autoerotismo dentro de una perspectiva genética y estructural. Genéticamente, indica el momento en que las pulsiones se satisfacen de modo anárquico en tal o cual parte del cuerpo, así como el “contrario” del amor objetal de la sexualidad adulta. Desde el punto de vista estructural, el autoerotismo aparece como parte integrante de cada actividad sexual. Pero, va más allá del

que el niño necesita otro sujeto para sobrevivir en el sentido biológico, sino también que es imperativo que este otro ceda parte de sus recursos simbólicos para que el niño, en cuanto individuo biológico, pueda acceder al dominio sexual.

Comentarios sobre la ubicación del autoerotismo respecto al narcisismo.

Esta cuestión remite a la sucesión temporal de ambos estadios²²³ ya que la implantación de la sexualidad no supone únicamente un acto originario, sino que también remite a la idea de movimiento. En “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c: 126), Freud esclarece que el autoerotismo es el modo de funcionamiento de las pulsiones en el estadio narcisista de desarrollo libidinal e introduce la hipótesis de un narcisismo primario ya en la vida intrauterina. Planteamiento que complica aún más la hipótesis sobre el narcisismo primario

mero placer de órgano, su dimensión imaginaria revela la búsqueda de una unidad perdida.

²²³ He aquí, según Laplanche (1993a: 7-8) una cierta vuelta al “estadismo”, es decir, a una concepción sucesiva y finalista del desarrollo de la libido. Sin embargo, como se verá a continuación, el concepto de narcisismo presentará más un carácter estructural que genético.

en la medida en que suponer un narcisismo primario antes del nacimiento supone aceptar un estado anobjetal.²²⁴ Esto revela la ambigüedad que reviste este término: ¿Primario respecto a un narcisismo secundario o en el sentido originario? Desde luego, como se verá más adelante el narcisismo primario viene después del autoerotismo, por lo tanto ni es originario ni tampoco revela la existencia de un estado anobjetal.

Así las cosas, no sorprende que Melanie Klein se oponga a la hipótesis de un estado anobjetal al sostener la coexistencia entre narcisismo, autoerotismo y relaciones objetales.²²⁵ Su trabajo titulado “Los orígenes de la transferencia” (1952: 60) viene precisamente a marcar esta divergencia respecto a Freud dado que postula un “ligamen libidinal a un objeto” (parcial: el pecho) que, además de los mecanismos de “proyección” (*Projektion*) e “introyección” (*Introjektion*), incluyen también emociones, fantasías y angustia; ligadura realizada por un cuerpo- objeto fragmentado en las diversas zonas erógenas. De modo que, según Klein el yo está presente desde el inicio de la vida

²²⁴ Este mismo supuesto vino a confirmarse en la obra de Freud, aunque con un razonamiento distinto, cuando en lo sucesivo el narcisismo del yo será designado como secundario respecto a un narcisismo anobjetal. En S. Freud (1923b: 32 y 47).

²²⁵ Una de las principales diferencias entre Melanie Klein y Anna Freud era el supuesto defendido por la primera sobre la existencia de relaciones objetales desde la más temprana infancia en oposición a una fase narcisista y autoerótica planteada por Anna Freud. Sobre esto, véase G. Sapisochin (1995: 77-100).

posnatal y se identifica con el objeto de amor. A pesar de las diferencias en cuanto a la noción de objeto empleada por Freud, Melanie Klein trata de aproximar ambas concepciones al reiterar que Freud también sugiere una relación objetal (con el pecho) antes del autoerotismo.

<i>Presentación y discusión de la segunda hipótesis sobre el narcisismo primario.</i>

Se mencionó que el supuesto de un narcisismo primario se ubicaba en la idea de una originaria investidura yoica anterior a la investidura de objeto. Ahora bien, en el texto mismo sobre el narcisismo se desarrolla otra noción de narcisismo primario entendido como la investidura libidinosa de los padres hacia el hijo; el narcisismo primario es el narcisismo de los padres. Esto significa que sólo es posible explicar la génesis del narcisismo y, por consiguiente, la del yo, por los influjos libidinosos emanados del otro. Esta hipótesis converge con la idea de un estado autoerótico incompleto, ya no como unidad cerrada en sí misma, sino marcado por el influjo de los primeros objetos de amor hacia el niño. Entonces, no es que el narcisismo precede a la investidura de objeto, sino que es por la investidura de objeto que el narcisismo se constituye, es decir, por los influjos de amor del adulto hacia el

niño. En ese sentido, la sexualidad se origina a partir del influjo del otro (cuidado, protección y nutrición). Ahora bien, concibiendo de esta manera la génesis del yo y de la sexualidad inconsciente, este yo incipiente sería investido de libido, tomaría la fuerza de la pulsión sexual a partir de su fuente exógena convirtiéndose en reservorio.

El narcisismo primario es inobservable, se infiere a través del narcisismo secundario. Éste sirve de indicio para señalar el tipo de elección de objeto (narcisista o por apuntalamiento) pero, sobre todo, el modo de funcionamiento de la libido, es decir, si la libido se encuentra ligada o no-ligada, investida o desinvertida. En la misma línea, la sobrestimación de los padres - como transferencia del amor a sí mismo- con relación al niño – “*His Majesty the Baby*” (1914c: 88)-, es la reedición de su narcisismo propio o como nos dice Freud:

El punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmortalidad del yo que la fuerza de la realidad asedia duramente, ha ganado seguridad refugiándose en el niño. El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su trasmutación al amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza (1914c: 88).

De manera que la “nueva acción psíquica” para que el yo se constituya como

instancia consiste en la implantación de la sexualidad inconsciente en el niño por parte del adulto, sea la madre, el padre o el sustituto. Los gestos del adulto, al cuidar, proteger y nutrir al niño, además de priorizar determinadas zonas del cuerpo, estarán embebidos de fantasías. De modo que en esta relación de autoconservación o ternura teñida de sexualidad -no en cuanto fuente natural de lo sexual ya que éste aparece a partir de la acción del adulto- que permitirá a este otro emitir la cara inconsciente del mensaje que en lo sucesivo el niño tendrá que descifrar; tarea que constituye su acceso mismo al mundo de la cultura. Relación definida por Laplanche (1993a: 6) como de seducción. En ese sentido, la fuente de la pulsión será el otro.

Puntualizaciones sobre los conceptos de yo ideal y de conciencia moral en el marco de la reflexión sobre el narcisismo.

Este narcisismo primario proveniente de las aspiraciones de los padres en ver cumplidos en el hijo todos sus deseos insatisfechos se fusionará en aparato psíquico del niño que, debido a su estado de prematuración psicofisiológica, no tendrá otra alternativa que acogerlo. Narcisismo parental que desde el punto de vista conceptual corresponderá a la noción de “yo ideal” (*Idealich*). “El narcisismo aparece desplazado a este nuevo yo ideal que, como el infantil,

se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas” (1914c: 91). Narcisismo que se refugia en esta *instancia* que garantiza y nutre la indemnidad del narcisismo parental.

Yo ideal que da al niño una ilusión de omnipotencia y remite a un estado de fascinación que le muestra “incapaz de renunciar a la satisfacción de que gozó una vez. No quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia” (1914c: 91) e intenta recuperar lo que se perdió aunque la tendencia es la de establecer un cierto distanciamiento respecto a ese narcisismo primario por el desarrollo mismo del yo. Ideal que también le impone condiciones y que observa el cumplimiento de las normas impuestas por los padres y la sociedad, que Freud va a denominar de “consciencia moral” (*Gewissen*),

una *instancia psíquica particular* cuyo cometido fuese velar por el aseguramiento de la satisfacción narcisista proveniente del *ideal del yo*, y con ese propósito observarse de manera continua al yo actual midiéndolo con el ideal (1914c:92).²²⁶

²²⁶ En esta frase se perfila un importante problema terminológico respecto a lo que Freud concibe por *instancias ideales*. Por un lado, esta “instancia psíquica particular” será designada en la segunda tópica de “superyó” (*Über-Ich*) y la “consciencia moral” (*Gewissen*) pasará a ser una de sus funciones del superyó. Por otro lado, se establece una aparente sinonimia entre los términos “yo ideal” (*Idealich*) e “ideal del yo” (*Ichideal*). Si bien es cierto que la noción de “yo ideal” (*Idealich*) dejará de ser explícitamente mencionada, apareciendo en muchas frases de “Introducción del narcisismo” (1914c) como equivalente a la noción de ideal del yo, se ha preferido hacer hincapié sobre su especificidad, aunque Freud no haya hecho mención alguna a este respecto. Así las cosas, y por ahora, yo ideal e ideal del yo corresponden al narcisismo primario pero, mientras el “yo ideal” se refiere a un yo idealizado, incondicional y omnipotente, el “ideal del yo” está

No obstante, tras este complejo desarrollo conceptual y aun más los pocos pero significativos cambios introducidos por Freud respecto a los *Tres ensayos* (1905d) - tal y como la génesis y la ubicación del autoerotismo o la importancia del adulto, sea la madre, el padre o el sustituto para suplir el estado de desamparo psicofisiológico del niño-, con la introducción del segundo dualismo pulsional y, particularmente con el énfasis sobre la pulsión de muerte, Freud se desinteresa de proseguir con el desarrollo del concepto de narcisismo. Quizá por las oscilaciones entre el nivel descriptivo y el nivel conceptual presentes cuando de narcisismo se trata. Pero el deslizamiento propiamente dicho entre ambos niveles es característico de su método. Tal y como se expresó anteriormente, se hace muy difícil separar las formulaciones sobre la tónica, la economía y la dinámica de los procesos psíquicos en los fenómenos clínicos de donde proceden.

Una de las funciones de la teoría en psicoanálisis es precisamente la de articular la universalidad de los conceptos con la singularidad discursiva del paciente.²²⁷ Es esta implicación recíproca la que implica una continua tarea de

relacionado con los problemas de la ley y de la ética, de lo que es lícito y de lo que no es lícito, de la personificación de las normas y reglas familiares y sociales (véase IV.2.2.).

²²⁷ El estrecho vínculo que une la producción conceptual con la clínica penetra en

reformulación conceptual.

Lo que en definitiva singulariza al narcisismo es la falta de una frontera demarcatoria entre el concepto y la descripción. A la vez que remite a la unidad del yo evoca también, y de modo contradictorio, al estatuto dividido del sujeto (Green, 1983: 25), es decir, a la “función de desconocimiento”²²⁸ ubicada entre otras tantas funciones que subrayan el potencial de dominio del yo racional sobre sus pulsiones. En la misma línea, el hecho de abogar por una lectura estructuralista sobre el narcisismo -dado que éste debe ser entendido como un concepto- no implica desechar sus componentes fenomenológicos. Se hace necesario, pues, emprender la tarea de liberar de la estructura el carácter metafísico y aproximarla a la experiencia sensitiva que, a su vez, consiste en recibir y traducir los mensajes introducidos por el otro en el yo.

los meandros del discurso proferido por el paciente y demuestra que su contenido es el resultado de un compromiso entre fuerzas opuestas, que va más allá del contenido manifiesto, que se establece de acuerdo con las singulares combinaciones entre proceso primario y proceso secundario, y que su destinatario no es sólo el analista. Sin embargo, eso no significa que la teoría y los conceptos a ella adheridos se *aplican* en la práctica clínica puesto que la máscara que envuelve el contenido del discurso sólo puede ser desvelada por el paciente. En R. Mezan (1993b: 57-58). En la misma línea, Green (1986: 46) señala la soldadura entre contenido y forma. De modo que practicar la escucha analítica supone un modo de concebir el hombre, el alma y el lenguaje que no es dado intuitivamente a nadie.

²²⁸ Término introducido por Jacques Lacan para distinguir el sujeto del inconsciente en contraposición del sujeto especular (sujeto de la enunciación). En J. Lacan (1949: 92).

II.4. Hacia una fundamentación de la pulsión: “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c).

II.4.1. Los fundamentos de la primera tópica.

Consideraciones preliminares sobre “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c) y sobre su ubicación en la serie de los trabajos metapsicológicos.

“Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c) es el trabajo introductorio de una serie de doce ensayos metapsicológicos²²⁹ que, por la profundidad de su análisis evoca la estructura del capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900a [1899]), con el añadido de veinticinco años de práctica psicoanalítica, lo que permitió a Freud establecer una muy significativa elaboración de su

²²⁹ De los cuales cinco fueron publicados, a saber, el ya mencionado “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c), “La represión” (1915d), “Lo inconsciente” (1915e), “Complemento metapsicológico de la teoría de los sueños” (1917d [1915]) y “Duelo y melancolía” (1917e [1915]). Se tiene noticia, a partir de la relación epistolar de Freud con sus discípulos y allegados, que los ensayos restantes versaban sobre la conciencia, la histeria de conversión, la neurosis obsesiva, la neurosis de transferencia y la angustia. En cuanto a los trabajos de los que se desconoce el título, es posible inducir, por los mismos escritos de Freud, que se trata de los conceptos de “sublimación” (*Sublimierung*) y de “proyección” (*Projektion*). Asimismo, sobre las conjeturas acerca de los motivos por los cuales estos ensayos no fueron publicados, véase E. Jones (1960b:193-201) y P. Gay (1988: 419-421). En 1985 Ilse Grubrich-Simitis Koenigstein publicó uno de estos ensayos, encontrado entre la correspondencia de Ferenczi. Se trata de “Sinopsis de las neurosis de

pensamiento. Estas construcciones son el resultado de una exigencia teórica en reubicar definitivamente los conceptos básicos de la teoría psicoanalítica desde una perspectiva metapsicológica, es decir, a partir de una dimensión que busca describir los procesos psíquicos desde el punto de vista tópico, económico y dinámico. Se trata, en definitiva, de un periodo de su vida y de su obra caracterizado por el cierre de una etapa de pensamiento y por el agrupamiento de los fundamentos estables de su teoría para el giro que se emprenderá en 1920 con la hipótesis sobre el concepto de “pulsión de muerte” (*Todestrieb*).

La preocupación por el tema de los orígenes es el *leitmotiv* de “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c). Génesis de la pulsión, de los movimientos por los cuales la pulsión circulará en el aparato psíquico antes de la represión primordial, análisis sobre los destinos de las pulsiones de apropiación y escópica, sobre los momentos previos de la constitución del yo y de las polaridades en las que se estructura el aparato psíquico. Siguiendo esta línea de pensamiento, la presente lectura se propone a presentar y discutir cuestiones de “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c) estrechamente relacionadas con el tema de los orígenes. La finalidad del análisis que se realizará a continuación es la de esbozar el modelo de funcionamiento psíquico perfilado en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c) caracterizado por el

origen endógeno y biológico de la pulsión, pero también es la de apuntar a los ejes que permiten concebir a la sexualidad humana a partir de la dimensión exógena y psíquica. Cambio de miras que, si bien supone dar primacía a lo psíquico, no implica desestimar a lo biológico, sino más bien precisar la función que cumple la biología, ensayando las sendas que permitan “resituarla en un lugar positivo, y no ya mitológico” (Laplanche, 1993b: 10), a fin de subrayar el comprometimiento mutuo de las fuerzas psíquicas y somáticas en la constitución del sujeto.

A partir del vínculo de la pulsión con la biología y con la actividad psíquica (represión primordial) es posible vislumbrar un tercer elemento de la teoría evolucionista incompatible con la hipótesis estructural sobre la sexualidad inconsciente.

En “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c), se perfila también una prudencia mayor respecto a la biología, aunque afirma el origen endógeno de la pulsión. Es decir, si bien la meta de la sexualidad aparece vinculada con la reproducción, el acento recaerá en la satisfacción. Busca, en esta ciencia, la corroboración de sus propias teorías. Así, por ejemplo, en cuanto a la

separación entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales, dice:

[La biología] Enseña que la sexualidad no ha de equipararse a las otras funciones del individuo, pues sus tendencias van más allá de él y tienen por contenido la producción de nuevos individuos, vale decir, la conservación de la especie. Nos muestra, además, que dos concepciones del vínculo entre yo y sexualidad coexisten con igual título una junto a la otra. Para una, el individuo es lo principal; esta aprecia a la sexualidad como una de sus funciones y a la satisfacción sexual como una de sus necesidades. Para la otra, el individuo es un apéndice temporario y transitorio del plasma germinal, casi-inmortal, que le fue confiado por [el proceso de] la generación (1915c: 120).

A partir de este orden de consideraciones, es posible deducir un tercer elemento de la teoría de la evolución incompatible con la hipótesis estructural sobre la sexualidad inconsciente, además de la concepción de la sexualidad desde el punto de vista instintual en detrimento de lo pulsional (véase II.1.2.) y del entendimiento sobre la génesis y desarrollo del aparato psíquico en términos de adaptación a la realidad (véase II.2.2.), a saber, *la estrecha vinculación de la sexualidad con la reproducción*. El hecho de que Freud haya subrayado este aspecto de la biología relacionado con la reproducción de las especies no implica su adhesión cabal a dicho vínculo. Si así fuera, implicaría reconocer como válida la concepción popular sobre la pulsión sexual, del mismo modo que reducir el desarrollo de esta pulsión a uno de sus estadios culturales (véase II.2.1.). Por lo contrario, el carácter subversivo de una obra

como los *Tres ensayos* (1905d) es también debido a que la noción de sexualidad no se reduce a la genitalidad; es más amplia de lo que hasta entonces se suponía. Reducir la sexualidad a la reproducción equivale a considerar a un individuo como perverso por no poder o por no querer procrear.

Por otra parte, es extraño cuando no menos paradójico que en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c), Freud apenas menciona la pulsión sexual y menos aún el esquema dualista en que ella se inserta. Más contradictorio aún es que no exista mención alguna sobre la relación entre pulsión, “representación” (*Vorstellung*) y “afecto” (*Affekt*), aunque teniendo en cuenta que el tipo de análisis que Freud define como metapsicológico funciona a partir de los destinos de la representación y del afecto y de sus vínculos con la pulsión.²³⁰ Ocurre que en este periodo el acento recae más en la representación que en el afecto. De ahí surgen las dificultades para acercarse a la concepción freudiana sobre los afectos, estrechamente relacionadas con la reflexión sobre la pulsión, como se verá a continuación.

²³⁰ Un autor como Green (1973: 80) opina que Freud, en su preocupación por el tema de los orígenes, quiso dejar claro que no es posible separar el afecto de la representación antes de la “represión primordial” (*Urverdrängung*).

En el primer caso es posible justificar que con la insuficiencia del primer dualismo pulsional desvelada a partir de la introducción del concepto de “narcisismo” en la teoría psicoanalítica, Freud definitivamente reconoce que la clasificación de las pulsiones basada en el dualismo entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas o de autoconservación “es una mera construcción auxiliar [*Hilfskonstruktion*] que sólo se ha de mantenerse mientras resulte útil, y cuya sustitución por otra en poco alterará los resultados de nuestro trabajo descriptivo y ordenador” (1915c: 119-120). En cuanto al segundo caso, será en el trabajo “La represión” (1915d), incluido en esta serie de trabajos metapsicológicos, el que no sólo contrarrestará este vacío presente en el texto destinado al estudio de las pulsiones sino que también subrayará el origen de la actividad psíquica a partir de la separación inicial entre “representación” (*Vorstellung*) y “afecto” (*Affekt*), como el proceso que caracterizará la represión primordial. Lo cual revelará el estrecho vínculo entre la pulsión y la tópica de los procesos psíquicos. Para dilucidar esta cuestión se hace necesario penetrar en los meandros del discurso que gobierna los presupuestos metapsicológicos de la primera tópica.

El análisis de los conceptos de “represión” e “inconsciente” posibilita la articulación entre los sistemas psíquicos y el establecimiento de la triple perspectiva: tópica, dinámica y económica. Se amplían, así, los límites del dominio inconsciente con la noción de un “inconsciente reprimido” y que pertenece al yo.

Se tratará de esbozar los fundamentos de la primera tópica²³¹, la separación

²³¹ Buscando esbozar una especie de síntesis respecto a los elementos en juego en la primera tópica, así como de sus características y sus contenidos, se ha tomado como punto de partida las contribuciones de Freud en cuatro de sus obras. La primera, “Nota sobre el concepto de lo inconsciente en psicoanálisis” (1912g), constituye uno de sus textos más importantes. Allí está esbozada, por primera vez, la hipótesis sobre el inconsciente en sus tres sentidos: *descriptivo*, *dinámico* y *sistemático*. La segunda, titulada “Lo inconsciente” (1915e) es tal vez el más significativo trabajo de Freud. Véase J. Strachey en S. Freud (1915e: 156). Está dedicado enteramente a continuar la labor de fundamentar la hipótesis sobre el inconsciente, pero ahora recurriendo a una estructura conceptual más amplia ya que este estudio está ubicado en una serie de textos llamados metapsicológicos. Entre los cuales se encuentra “La represión” (1915d), trabajo que se caracteriza por el definitivo traslado del concepto de “represión” (*Verdrängung*) a la perspectiva metapsicológica, a partir de la profundización del fenómeno clínico de la resistencia, y de su establecimiento como el modelo entre los mecanismos de defensa. Finalmente, en la cuarta obra, *El yo y el ello* (1923b), Freud retoma los fundamentos que distinguen los sistemas psíquicos entre sí para de ahí introducir la concepción estructural del aparato psíquico. Sin embargo, se considera lícito mencionar que se cometería una suerte de injusticia si el presente trabajo pretendiera ofrecer aquí una visión cabal y exhaustiva acerca de cada uno de los elementos que componen el concepto de “inconsciente” (*Unbewusst*), así como acerca de las redes que se asoman como efecto de las articulaciones en juego. Sobre este propósito, vale mencionar y remitir a la estimulante y no menos compleja literatura crítica que sirvió como punto de referencia para el desarrollo de esta sección: J. Laplanche (1981), H. Bleichmar (1986), J. Gutiérrez-Terrazas (1990a) y S. Bleichmar (1984). Por otra parte, habría mucho que decir también acerca de las creencias que gravitan alrededor de este concepto psicoanalítico, que como tal, más turban que esclarecen la realidad de esta “otra escena”, entre las cuales las que relacionan el inconsciente a la prehistoria del psiquismo y las que le asimilan al funcionamiento psíquico

entre procesos psíquicos conscientes e inconscientes. Separación que constituye “la premisa básica del psicoanálisis” (1923b: 15)²³² y que permitirá a Freud iniciar su trabajo de estructuración de un supuesto genuinamente psicoanalítico con la definición según la cual es inconsciente todo lo que no pertenece al campo de la conciencia. Concepción *descriptiva* del inconsciente ya que éste se define desde la perspectiva de la conciencia como una *cualidad*

del niño, pero escapa al propósito del presente trabajo.

²³² “No es más que una *presunción insostenible* exigir que todo cuanto sucede en el interior de lo anímico tenga que hacerse notorio también para la conciencia”. En S. Freud (1915e: 163). He ahí la afirmación rotunda de Freud en los párrafos iniciales de “Lo inconsciente” que señala precisamente la *necesidad* de recurrir a la hipótesis del inconsciente ya que el discurso consciente presenta un carácter “lagunoso” (*lückenhaft*), sea en sanos o en enfermos, lo que muestra la validez universal de esta hipótesis. En efecto, el proceso de verificación experimental que Freud realiza para confirmar su hipótesis muestra que el inconsciente es un principio esencial del comportamiento humano, es decir, no presenta un carácter negativo como si el proceso de cura analítica fuera una lucha para expurgarlo. El hecho de que el discurso consciente presenta el indicador mismo que acusa su ruptura y apunte la apertura hacia el discurso inconsciente, constituye también la prueba que refuta que el inconsciente está *por debajo* de lo manifiesto, tal y como revelan los síntomas, los sueños, los actos fallidos. De este orden de consideraciones proviene la necesidad de rastrear las posibilidades de *conocer* el inconsciente y de diferenciar este conocimiento de su *existencia*; cuestión esencial en la que Freud mismo hizo hincapié: “Desde luego, lo conocemos sólo como consciente, después que ha experimentado una transposición o traducción a la conciencia. El trabajo psicoanalítico nos brinda todos los días la experiencia de que esa traducción es posible. Para ello se requiere que el analizado venza ciertas resistencias, las mismas que en su momento convirtieron a eso en reprimido por rechazo de lo consciente.” En S. Freud (1915e: 161). Como advierte Gutiérrez-Terrazas (1990a: 18), “*el hecho de que sólo conozcamos lo inconsciente mediante una traducción o una transposición a lo consciente, implica tanto el que no es posible subsumir conocimiento y existencia o, lo que es el mismo, que no son asimilables las leyes de la existencia del inconsciente y de su conocimiento; como el que lo inconsciente debe ser transpuesto o traducido a otra lengua, es decir, debe ser transcrito en lenguaje para que su conocimiento sea posible.*” En ese sentido, y siguiendo al fundador del psicoanálisis, sólo es posible acceder al conocimiento del inconsciente en el tratamiento psicoanalítico propiamente dicho, en una situación de “transferencia” (*Übertragung*); los efectos de esta situación serán o no reconocidos por el analizado para de ahí iniciar el proceso que dará lugar al *cambio de posición psíquica* de éste respecto a su padecimiento.

psíquica. Este inconsciente descriptivo presenta un amplio abanico de contenidos (los recuerdos, la memoria, el control de la motilidad, etc.), entre los cuales están aquellos que no acceden a la conciencia, lo que marca la distancia entre estos contenidos y aquellos que sí presentan el acceso libre hacia la conciencia, supuesto que condicionó la ubicación del preconscious entre el inconsciente y la conciencia. De modo que la concepción descriptiva del aparato psíquico presentaría procesos psíquicos que pueden “devenir-conscientes” (*bewusstseinsfähig*) por un breve lapso o “latentes” (*latent*) y los que tienen por marca lo reprimido. La distancia entre inconsciente y preconscious muestra que éste se encuentra más cerca de la conciencia, lo que llevó a Freud a asimilarlo a la conciencia y a designarlo como sistema “preconscious- consciente” a la vez que a introducir la perspectiva *tópica*, a saber, la oposición entre *Icc*, por un lado y *Prcc/Cc*, por el otro, enmarcadas por la “censura” (*Zensur*). Así, pues, el preconscious es inconsciente desde el punto de vista descriptivo, y consciente desde el punto de vista *tópico*.

Dado que sólo se conoce la represión propiamente dicha por el retorno de lo reprimido, es decir, por los síntomas, sueños, actos fallidos, etc., Freud desarrolla el supuesto según el cual será la “represión primordial” misma la que asegura que la investidura despojada de su representante psíquico se

desplaza, circula y permite el enlace entre representaciones hacia la conciencia. Sin embargo, aunque la “represión secundaria” remitirá a la represión primordial, la representación originalmente reprimida jamás accederá a la conciencia en estado puro y sólo ingresa en el campo de la conciencia a modo de retoños sustitutivos (1915*d*: 143).

Este inconsciente reprimido, que no puede tornarse consciente ya que demandaría la suspensión de la represión, es lo que conducirá al establecimiento de la hipótesis *tópica* o *sistemática* que, a su vez, estará indisolublemente ligada a la perspectiva *dinámica* dado que da cuenta de la separación y de la consecuente oposición que se desencadena entre los sistemas psíquicos en función del conflicto. Dinámica en la que se sostiene todo el valor del descubrimiento freudiano en la medida en que permite explicar las articulaciones de los recuerdos preconcientes con las impresiones de la vida consciente bajo la tutela del “deseo” (*Wunsch*).

Dicho esto, es lícito afirmar que la verdadera oposición se inscribe entre inconsciente y preconciente,²³³ tanto por su ubicación como por las

²³³ En efecto, Freud explicita que “el distingo entre consciente e inconsciente es en definitiva un asunto de la percepción, y se lo ha de responder por sí o por no; el acto mismo de la percepción no nos anoticia de la razón por la cual algo es percibido o no lo es. No es lícito lamentarse de que lo dinámico sólo encuentre expresión ambigua en la manifestación

relaciones con el aparato “percepción-conciencia” (véase I.3.2.).²³⁴ Lo que distingue el sistema inconsciente del sistema preconscious²³⁵ son sus contenidos, sus conexiones y su modo de funcionamiento. Además de algunos contenidos filogenéticos transmitidos hereditariamente,²³⁶ el sistema inconsciente estará constituido por los “representantes psíquicos” (*Psychischerepräsentanz*) de la pulsión o por las “mociones de deseo”

fenoménica.” En S. Freud (1923b: 17). En cuanto a la conciencia, insiste en el hecho de que no es posible ubicarla en la “esencia de lo psíquico”, sino considerarla como una “cualidad de lo psíquico que puede añadirse a otras cualidades o faltar.” En S. Freud (1923b: 15). La define desde el punto de vista espacial (tanto en lo que se refiere a su función como en el sentido de la “disección anatómica”): es la superficie percipiente del aparato psíquico, vuelta hacia el exterior y, por lo tanto, dotada de una conciencia propia. En S. Freud (1923b: 21). De modo que “ser consciente” (*Bewusst sein*) es una expresión descriptiva relacionada con la percepción inmediata, concepción mantenida a lo largo de su obra. Ocurre, pues, que la conciencia es también un fenómeno transitorio: “Lo característico, más bien, es que el estado de la conciencia pase con rapidez.” En S. Freud (1923b: 16). En virtud de este orden de consideraciones -y aun teniendo en cuenta que la conciencia es la vía de acceso hacia el inconsciente-, la conciencia en cuanto lugar psíquico, en cuanto sistema, es descartada por Freud. Como señala Laplanche (1981: 154-155), la conciencia es en la obra de Freud nada más que “un campo, un aparato de atención, es decir un dispositivo complejo que permite hacer retomar al nivel de la percepción, por medio de conexiones muy sofisticadas, a aquello que había desaparecido de su actualidad.”

²³⁴ Sobre este propósito, Freud sustituye la pregunta ¿cómo hacer consciente algo? por ¿cómo algo deviene preconscious? Y contesta: ““Por conexión con las correspondientes representaciones-palabra (*Wortvorstellung*).” En S. Freud (1923b: 22).

²³⁵ Distingo que “no es primario, sino que sólo se establece después que ha entrado en juego la ‘defensa’.” En S. Freud (1912g: 275).

²³⁶ “El contenido del *Icc* puede ser comparado con una población psíquica primitiva. Si hay en el hombre unas formaciones psíquicas heredadas, algo análogo al instinto {*Instinkt*} de los animales, eso es lo que constituye el núcleo del *Icc*.” En S. Freud (1915e: 191-192; las llaves son de Etcheverry). Este planteamiento de Freud presenta el mismo orden de críticas que se esbozó antes sobre la posición de Freud en 1905 respecto a la hipótesis filogenética sobre el origen de la pulsión sexual y su conexión con las fantasías originarias (véase II.1.2.).

(*Wunschregungen*) (1915e: 183).²³⁷ Sus conexiones se establecen mediante la “fijación” (*Fixierung*)²³⁸ de estos contenidos y que sufre por parte del sistema

²³⁷ Por otra parte, el modelo del inconsciente planteado por Freud en 1915 ubica la “representación-cosa” (*Sachvorstellung*), es decir, representaciones reprimidas con un modo de funcionamiento sometido a la legalidad del proceso primario, como su contenido. Aunque la tesis sobre los contenidos del sistema inconsciente viene a complejizarse con la introducción de la segunda tópica, es lícito hacer hincapié sobre su origen psíquico, no sólo en función de los contenidos anteriormente mencionados, sino también por la existencia de un modo de pensar inconsciente en contraposición al pensamiento preconscious. Desde luego, el hecho de concebir el sistema inconsciente como compuesto de “representantes psíquicos” (*Psychische Repräsentanzen*) de la pulsión sería cometer una suerte de reduccionismo si no se esclareciera que existen varias dimensiones del inconsciente. Una de ellas, por ejemplo, es la de la “pulsión de muerte” (*Todestrieb*), que indica la existencia de su dimensión más disgregada, por así decirlo. Pero también existen otros dominios del inconsciente como el de las fantasías, el del deseo sexual, etc. que se van complejizando de acuerdo con el desarrollo del aparato psíquico. Siguiendo estos indicativos que se desprenden del pensamiento freudiano H. Bleichmar (1986: 139) comenta: “La composición del material del inconsciente y su funcionamiento -los procesos que sufre este material- tienen la marca de un aparato psíquico que se va complejizando, por lo que el inconsciente no es sólo visual, o corporal cenestésico, o auditivo, o fonemático, o formado de abstracciones. Es todo ello, pero en un constante proceso de transformación, en que la entrada de un nuevo registro -lo abstracto, por ejemplo- reorganiza lo anterior, y a su vez está sometido a la influencia de aquello que habiéndolo precedido conserva su presencia en la nueva estructura. En el inconsciente pueden estar tanto la imagen aislada de un puño en movimiento hacia el rostro -éste como imagen aislada- como el sentido ‘Te destrozaré’ o, incluso, ‘Por desear a tu madre, te destrozaré’, formando una unidad con esa imagen”.

²³⁸ La noción de “fijación” (*Fixierung*) es empleada aquí en el sentido de una primera inscripción de la representación en el sistema inconsciente en que la pulsión se mantiene atada a ciertas redes que limitan su movimiento a la deriva, lo que convierte a esta última en “moción” (*Regung*) y no solamente en “fuerza” (*Kraft*). En ese sentido, la noción de fijación está estrechamente vinculada con la noción de “represión primordial” (*Uverdrängung*). Dice Freud: “tenemos razones para suponer una *represión primordial*, una primera fase de la represión que consiste en que a la agencia representante {*Repräsentanz*} psíquica (agencia representante-representación) de la pulsión se le deniega la admisión en lo consciente. Así, se establece una *fijación*; a partir de ese momento la agencia representante en cuestión persiste inmutable y la pulsión sigue ligada a ella.” En S. Freud (1915d: 143). De modo que todas las represiones posteriores dependerán de esta fijación que tendrá precisamente la función de atraer los elementos que deben ser reprimidos. Vale recordar (véase II.1.2.) que la noción de fijación es también empleada por Freud en el sentido de un detenimiento del sujeto en un determinado momento de su desarrollo psíquico porque un síntoma, recuerdo o incluso una determinada fase del desarrollo (anal, por ejemplo) o un determinado tipo de objeto le produce una ganancia en

preconsciente-consciente la acción de “contrainvestiduras” (*Gegenbesetzung*)²³⁹ con la finalidad de mantener todo el campo de lo reprimido alejado de la conciencia. El modo de funcionamiento es el del “proceso primario” (*Primärvorgang*) lo que señala la equivalencia entre las representaciones, bien sea por contigüidad (desplazamiento), bien sea porque una única representación remite simultáneamente a otras representaciones (condensación).^{240 241} Se perfila también la intrínseca relación entre represión e

consonancia con el modo de satisfacción buscado; lo que subraya su importancia en la etiología de las neurosis y de las psicosis y su estrecho vínculo con el concepto de “regresión”, que versa precisamente sobre el proceso de retorno a formas anteriores del desarrollo del pensamiento y de las relaciones de objeto, ya que prepara las posciones en las que la regresión opera.

²³⁹ El proceso económico de “contrainvestidura” (*Gegenbesetzung*) consiste en el modo de funcionamiento del yo y del sistema preconsciente con la finalidad de mantener la representación reprimida en el sistema inconsciente. Como único mecanismo de la represión primordial, es lo que permite la separación, la existencia y el mantenimiento de los sistemas que componen el aparato psíquico. En S. Freud (1915e: 178).

²⁴⁰ Distinto del “proceso secundario” (*Sekundärvorgang*), que funciona de acuerdo con las leyes de causalidad y de clasificación.

²⁴¹ Sin embargo, vale subrayar que la relación entre inconsciente y preconsciente no es solamente de oposición, de conflicto, sino también de pasaje de un sistema al otro. Tanto es así que la introducción de la hipótesis tópica y funcional dan cuenta de este pasaje. Helas aquí: “Si un acto psíquico (limitémonos aquí a los que son de la naturaleza de una representación) experimenta la trasposición de un sistema *Icc* al sistema *Cc* (o *Prcc*), ¿debemos suponer que a ella se liga una fijación {*Fixierung*} nueva, a la manera de una segunda transcripción de la representación correspondiente, la cual entonces puede contenerse también en una nueva localidad psíquica subsistiendo, además, la transcripción originaria, inconsciente?” Esta es la hipótesis tópica o de la doble transcripción. Continúa Freud: “¿O más bien, debemos creer que la trasposición consiste en un cambio de estado que se cumple en idéntico material y en la misma localidad?” En S. Freud (1915e: 169-170; las llaves son de Etcheverry). Esta hipótesis funcional versa precisamente sobre la diferencia entre inconsciente y preconsciente desde el punto de vista cualitativo e implica un pasaje en el que sólo hay un tipo de inscripción. Pero como bien advierte Laplanche (1981: 85) estas dos hipótesis no se aplican a la misma experiencia ya que la hipótesis funcional versa sobre el pasaje del inconsciente a la conciencia: en la primera se inscribe la

inconsciente: el segundo es inaugurado por el primero.²⁴² La represión sería el proceso que no sólo engendraría el inconsciente sino que lo perpetuaría con la puesta en escena de la realidad de esta “otra escena”. Es decir, la represión inauguraría “otra escena” que, a su vez, actuaría en favor de su mantenimiento (Laplanche y Leclaire, 1981: 251-253, *n.* 2).

II.4.2. El circuito de la pulsión en los orígenes de la vida y de la sexualidad.

Sobre el proceso de elaboración del concepto de pulsión en la teoría psicoanalítica.

Hablar sobre “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c) equivale a atestiguar cómo Freud busca afrontar las dificultades que generan el discernimiento de un concepto tan fundamental (*Grundbegriff*) como el de pulsión.

represión; en la segunda la toma de conciencia.

²⁴² Dice Freud: “la represión es en lo esencial un *proceso* que se cumple sobre representaciones en la frontera de los sistemas *Icc* y *Prcc* (*Cc*)”. En S. Freud (1915e: 177). Es decir, la represión no es un *estado* sino un *proceso* dado que no se constituye como una operación acabada, sino que insiste y repite en cada una de las representaciones que demandan este destino pulsional (véase III.1.2.). En la misma línea, el inconsciente no se constituye de una vez y para siempre, sino por etapas.

Muchas veces hemos oído sostener el reclamo de que una ciencia debe construirse sobre conceptos básicos claros y definidos con precisión. En realidad, ninguna, ni aun la más exacta, empieza con tales definiciones. El comienzo correcto de la actividad científica consiste más bien en describir fenómenos que luego son agrupados, ordenados e insertados en conexiones. Ya para la descripción misma es inevitable aplicar al material ciertas ideas abstractas que se recogieron de alguna otra parte, no de la sola experiencia nueva. Y más insoslayables todavía son esas ideas -los posteriores conceptos básicos de la ciencia- en el ulterior tratamiento del material. *Al principio deben comportar cierto grado de indeterminación; no puede pensarse en ceñir con claridad su contenido.* Mientras se encuentran en ese estado, tenemos que ponernos de acuerdo acerca de su significado por la remisión repetida al material empírico del que parecen extraídas, pero que, en realidad, le es sometido. En rigor, poseen entonces el carácter de convenciones, no obstante lo cual es de interés extremo que no se las escoja al azar, sino que estén determinadas por relaciones significativas con el material empírico, relaciones que se cree colegir aun antes que se las pueda conocer y demostrar. *Sólo después de haber explorado más a fondo el campo de fenómenos en cuestión, es posible aprehender con mayor exactitud también sus conceptos científicos básicos y afinarlos para que se vuelvan utilizables en un vasto ámbito,* y para que, además, queden por completo exentos de contradicción. Entonces quizás haya llegado la hora de acuñarlos en definiciones. *Pero el progreso del conocimiento no tolera rigidez alguna, tampoco en las definiciones.* Como lo enseña palmariamente el ejemplo de la física, también los “conceptos básicos” fijados en definiciones experimentan un constante cambio de contenido (1915c: 113).

En estas palabras de Freud se advierte un reconocimiento de las dificultades por las que atraviesa para delinear su pensamiento sobre la pulsión ya que con el establecimiento de la hipótesis estructural sobre el inconsciente, los referentes mismos con los que se busca fundamentar los conceptos se han

alterado. La metapsicología introducirá una nueva modalidad de lectura de los procesos psíquicos opuesta a los paradigmas de la ciencia, pero también muy distinta a las ideas abstractas del discurso metafísico. No obstante, si bien es cierto que el concepto de pulsión produce una ruptura con el pensamiento científico no se trata de una operación acabada sino más bien del inicio del proceso de reconocimiento de “otra escena” que es el descubrimiento del inconsciente.

Es a partir de los relatos de sus pacientes histéricas sobre la “cosa sexual” descrita en términos de *apetito sexual*, que Freud pudo ir dilucidando el concepto de pulsión, en un proceso elaborativo deudor tanto de la filosofía como de la fisiología. Ahora bien, con el establecimiento de la hipótesis estructural sobre el inconsciente, tales referentes quedan alterados, pues, en este segundo momento ya no se trata más de importar lisa y llanamente las ideas de otros campos del saber, sino de incorporar estas primeras “elaboraciones” sobre la pulsión en la hipótesis establecida: la de la sexualidad inconsciente.

Esta operación de transmutación comenzaba en los años en que la neurología constituía uno de sus referentes (véase I.3.2.), culmina en los años siguientes,

concretamente en los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d). Operación no del todo lograda, ya que aunque la ruptura del pensamiento freudiano con el pensamiento psiquiátrico de su tiempo fue rotunda, el concepto de pulsión permaneció atado a presupuestos filogenéticos y evolucionistas (véase II. 1.2.). De ahí su concepción sobre el *origen endógeno de la pulsión*.

Con la confirmación de sus hipótesis fundamentales sobre la sexualidad inconsciente a partir del estudio de las perversiones, de la sexualidad infantil y de la sexualidad adulta, tras el establecimiento del primer dualismo pulsional y de la posterior confirmación de su insuficiencia, particularmente con la introducción del concepto de narcisismo, llega el momento de reunir estos elementos que, aunque relativamente dispersos en su teoría constituirán la base de su pensamiento, así como en dejar abierta la eventualidad de posibles alteraciones.

Se delinea, pues, un “momento de síntesis” que le permite, además, enfocar algunas características de la pulsión y del instinto en otros dominios del saber, como en la fisiología, pero ahora con una estructura conceptual más amplia.

Retoma entonces el concepto de “estímulo” (*Reiz*) fisiológico, que dará lugar

a las necesidades orgánicas de hambre y sed; y que necesitará de una acción acorde al fin para lograr su objetivo de descarga (huida motriz frente a la fuente del estímulo). Ésta, a su vez, se procesa de un “solo golpe” (*einmaliger Stoss*). Descritos estos conceptos, los utilizará para diferenciar la pulsión, que “marca la existencia de un mundo interior”. Es definida como “un estímulo para lo psíquico” (*ein Reiz für das Psychische*), que presenta una fuente de excitación *interna* que actúa de modo *constante* y de la que es imposible emprender cualesquiera acciones de *huida*.

Se referirá a la pulsión en términos de “estímulo pulsional” (*Triebreiz*) que actúa por “necesidad” (*Bedürfnis*) y se cancela por “satisfacción” (*Befriedigung*), modificando adecuadamente la fuente interior del estímulo. Será la imposibilidad de huida de la pulsión lo que la distinguirá del estímulo fisiológico. “La sustancia percipiente del ser vivo habrá adquirido así, en la eficacia de su actividad muscular, un asidero para separar un ‘afuera’ de un ‘adentro’” (1915c: 115).

Todas estas consideraciones estarán asentadas sobre la premisa biológica, que trabaja con el concepto de “tendencia” (*Tendenz*) de verse librado de todo estímulo. Esta función de descarga (que se procesa de modo absoluto o que

conduce a un rebajamiento hacia un nivel mínimo posible)²⁴³ estará regulada, en el caso de la pulsión, por el “principio de placer” (*Lustprinzip*).²⁴⁴

Solamente tras haber discutido las “premisas” básicas en las que asienta el concepto de pulsión, la define como

un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {*Repräsentant*} psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal (1915c: 117; las llaves son de Etcheverry).

Las características básicas de este concepto son la multiplicidad de fuentes orgánicas que, si bien en el inicio actúan de modo independiente buscando como meta el “placer de órgano” (*Organlust*), con la primacía de la genitalidad se reunirán bajo la función de la reproducción; el apuntalamiento inicial de las pulsiones sexuales en las pulsiones de autoconservación y su consecuente

²⁴³ Vale señalar que la descarga hacia el nivel cero no es lo mismo que reducción de la tensión hacia un nivel mínimo. Tal y como se verá en el capítulo siguiente (véase III.2.2.), corresponden a modos distintos del funcionamiento, respectivamente el “principio de Nirvana” (*Nirwanaprinzip*) y el “principio de constancia” (*Konstanzprinzip*).

²⁴⁴ Sobre este propósito, Freud continúa considerando la insuficiencia de la hipótesis según la cual todo el aumento de la tensión conduce al displacer y toda disminución al placer. Cuestión que será discutida más detenidamente en “El problema económico del masoquismo” (1924c) y que se tratará de esbozar en el próximo capítulo (véase III.2.2.).

desasimiento; la particularidad de una pulsión en asumir el papel de las otras; la intercambiabilidad de los objetos (cambios de vía); y el posible distanciamiento de las acciones-meta originarias de la pulsión, como es el caso de la “sublimación” (*Sublimierung*).²⁴⁵

<i>Presentación de los términos de la pulsión: objeto, meta, esfuerzo y fuente.</i>

Freud reconsidera, en algunos aspectos, los términos de la pulsión presentados inicialmente en los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d) -objeto, fuente y meta- a la vez que retoma las consideraciones delineadas en el “Proyecto” (1950a [1887-1902]) sobre el cuarto término de la pulsión -el esfuerzo- con la finalidad de esbozar sus variaciones entre dos dominios, lo somático y lo psíquico.

²⁴⁵ Freud también se interroga sobre el número de pulsiones que se puede establecer; pero no menciona el supuesto de una pulsión única que después se dividiría en dos, pues esto no sería obstáculo para cuantas pulsiones primordiales fueran necesarias: pulsión de juego, pulsión de poder. Contesta que nada impide el establecimiento de varias pulsiones, pero no niega la posibilidad de descomponer las varias pulsiones parciales para, a partir de su fuente originaria, remitirlas a las pulsiones primordiales. En S. Freud (1915c: 119). En lo sucesivo esta cuestión cobrará una significativa importancia. Es evidente que, siguiendo este razonamiento, pulsiones de vida y pulsión de muerte constituirían también la lista de las pulsiones primordiales; sin embargo, ¿qué lugar ocupa el concepto de “pulsión de agresión” ya que no es posible insertarlo dentro de la categoría de pulsión parcial por sus escasos vínculos con la sexualidad?

- El “objeto” (*Objekt*) de la pulsión es algo que debe ser construido. Será el aspecto “más variable de la pulsión; no está enlazado originalmente con ella, sino que se le coordina sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción” (1915c: 118). Este carácter variable señala que la relación entre objeto sexual y pulsión no se encuadra en la disposición innata, de modo que originalmente la pulsión sexual es perversa. Su contingencia señala que carece de especificidad; entre tanto debe ciertos rasgos para el logro de la satisfacción.

- La “meta” (*Ziel*) es siempre la satisfacción. Ocurre, sin embargo, que aunque la meta de la pulsión sea inmutable, puede aludir tanto a una satisfacción en el sentido abstracto del término como también a una satisfacción en el sentido más específico (el placer de órgano de la pulsión oral, por ejemplo), lo cual sirve de índice para distinguir las pulsiones autoeróticas de las pulsiones dirigidas hacia un objeto. Muestra también que una pulsión puede presentar varias metas distintas incluso de las acciones-meta originarias como es el caso de la sublimación, tal y como Freud (1915c: 118 y 121) señala. Este orden de consideraciones no se aplica a las “pulsiones de meta inhibida” (*zielgehemmten Trieben*)²⁴⁶ ya que la satisfacción es parcial por inhibir o

²⁴⁶ Si trata de detener y reemplazar el cumplimiento de la satisfacción sexual propiamente dicha por las metas sexuales preliminares o circunstanciales, que se

desviar el circuito de la pulsión. No existen pulsiones pasivas, sino pulsiones de meta pasiva; sean pulsiones ligadas a las zonas erógenas del cuerpo propio, sean pulsiones dirigidas hacia el objeto, la meta siempre será la satisfacción.

- El “esfuerzo” (*Drang*) de la pulsión será designado como el factor motor de la pulsión, “la suma de fuerza o la medida de la exigencia de trabajo que ella representa” (1915c: 117), como propiedad universal de todas las pulsiones.

- La “fuente” (*Quelle*) de la pulsión permanece con toda la ambigüedad con que fue presentada anteriormente, en los *Tres ensayos* (véase II. 1.2.). Se define por un proceso somático, de origen físico o mecánico, que se representa en la vida psíquica por la pulsión y que sólo se conoce por el cumplimiento de la meta pulsional.

manifiestan en las relaciones amistosas. Es una de las etapas de la sublimación, una de sus vías, puesto que en lo que atañe a este dominio pulsional “no se trata simplemente de sustituir una meta por otra en un movimiento pulsional que seguiría siendo lo mismo; en lo sublimado no pertenece *ni* la meta, *ni* el objeto, *ni* tampoco la fuente de la pulsión”. En J. Laplanche (1980c: 125).

Presentación de los destinos “trastorno hacia lo contrario” (vuelta de la actividad a la pasividad y trastorno en cuanto al contenido) y “vuelta hacia la persona propia”.

Serán dos los destinos de la pulsión, además de la “represión” (*Verdrängung*) y de la “sublimación”²⁴⁷ (*Sublimierung*), que actúan cuando se trata del par sadismo -masoquismo, a saber, “el trastorno hacia lo contrario” (*die Verkehrung ins Gegenteil*) y “la vuelta hacia la persona propia” (*die Wendung gegen die eigene Person*). Momentos anteriores a la represión primordial, tal y como Freud plantea en “La represión” (1915d: 142) se configuran como destinos de la pulsión y modalidades de defensa contra las pulsiones en el curso del desarrollo, el trastorno hacia lo contrario y la vuelta hacia la persona

²⁴⁷ El hecho de que Freud haya destruido siete de sus trabajos metapsicológicos no impide vislumbrar en sus textos desarrollos muy significativos sobre los temas tratados. Tal es el caso del concepto de sublimación, que en *Tres ensayos* (1905d) aparece vinculado con las perversiones, con el periodo de latencia, con el proceso represivo y con la formación reactiva (véase II.1.1). Pasarán años hasta que Freud ofrezca nuevas aportaciones sobre la sublimación. Eso ocurrirá en *El yo y el ello* (1923b). En este texto, la sublimación aparecerá vinculada con la identificación y con la desexualización, eso no sin mencionar su relación con la idealización. Ahora bien, más señalar la fecunda elasticidad del concepto de sublimación, lo que se pretende advertir en estas líneas es que el entramado conceptual que se despliega de la reflexión sobre este destino pulsional, engendra significativos problemas de entendimiento, lo que la convierte, de entrada, en un concepto polémico. Un autor como Ricoeur (1965: 423-431) trata detenidamente esta cuestión.

propia serán correlativos al proceso de advenimiento de la sexualidad y con los momentos constitutivos del yo y sellado bajo la rúbrica del estadio narcisista.

El trastorno hacia lo contrario presenta dos procesos: el *primero*, presenta un proceso que constituye la “vuelta de la pulsión de la actividad a la pasividad” (*in die Wendung eines von der Aktivität zur Passivität*) que atañe a la meta de la pulsión, conocidos por los pares de opuestos sadismo-masoquismo²⁴⁸ y exhibicionismo-voyeurismo²⁴⁹; y el *segundo* que consiste en “el trastorno en cuanto al contenido” (*die inhaltliche Verkehrung*) que se da a conocer por la mudanza del amor en odio. La “vuelta hacia la persona propia” conduce al cambio de objeto, sea otro sujeto, sea la persona propia (yo), pero se mantiene inalterada la meta.²⁵⁰

²⁴⁸ Hasta 1915, el masoquismo aparece como uno de los derivados de la pulsión sexual. En “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c), Freud pasa a definirlo como transmutación del sadismo, distintos entre sí por el distanciamiento de la meta sexual. Las mociones crueles pasan a ser derivadas de la “pulsión de apropiación” (*Bemächtigungstrieb*).

²⁴⁹ Vale subrayar que no se trata exclusivamente de los pares de perversiones sadismo-masoquismo y exhibicionismo-voyeurismo, sino de momentos previos a la constitución del yo y de movimientos pulsionales anteriores a la represión primordial.

²⁵⁰ En “Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal” (1917c), Freud plantea un cuarto destino pulsional, la transmutación de la pulsión en erotismo anal.

El circuito de la pulsión de apropiación.

Según Freud, el circuito de la “pulsión de apropiación” (*Bemächtigungstrieb*)²⁵¹ opera en tres momentos:

1º *Apropiar,*

2º *apropiarse,*

3º *ser apropiado.*

Se trata de una acción *originalmente* sádica, una “afirmación de poder” (*Machtbetätigung*) hacia un objeto (no-yo), que en un *segundo momento*

²⁵¹ “Pulsión de dominio”, “pulsión de apropiación”, “pulsión de apoderamiento”, designan las mismas realidades. Pero se ha preferido traducir el término *Bemächtigungstrieb* por “pulsión de apropiación”, siguiendo la sugerencia que Paul Denis hizo a propósito de la traducción del término *emprise*. En “La predisposición de la neurosis obsesiva” (1913i), Freud plantea que el par antitético “actividad-pasividad” caracteriza la fase anal sádica: “mientras la pasividad es fomentada por el erotismo anal, la actividad es sufragada por la pulsión de apoderamiento, que llamamos ‘sadismo’ justamente cuando la hallamos al servicio de la función sexual”. En S. Freud (1913i: 342). Vale tener en cuenta este planteamiento dado que el sadismo es una de las manifestaciones de la pulsión de apropiación. Por otra parte, reconociendo no sólo la posición de Gillibert (1982: 1221) según la cual la *Bemächtigungstrieb* aparece como la esencia de la pulsión y, por lo tanto, constitutiva del yo, así como concibiendo el par sadismo-masiquismo como uno de los avatares de esta pulsión, como un modelo perverso de la relación que el yo mantiene con los objetos, se ha optado por emplear aquí el concepto de “pulsión de apropiación”. Más adelante, se tratará de analizar detenidamente este concepto, cotejándolo con el de “pulsión de muerte”, “pulsión de agresión”, “pulsión de destrucción”, “pulsiones de vida”, “pulsiones sexuales”, “pulsiones yóicas” y “pulsiones de autoconservación”.

cambia de fisionomía, pasa a ser el yo-propio. Produce, además, el cambio de meta: el sujeto finaliza este circuito identificado con la figura del sufridor. El segundo momento es observable en la neurosis obsesiva: la pulsión sádica se detiene ahí y vuelve hacia la persona propia sin la pasividad hacia una nueva (1915c: 123). El *tercer momento* es el del masoquismo como reversión del sadismo hacia la persona propia.²⁵²

En el *primer momento*, esta pulsión busca dominar al objeto mediante la “humillación” (*Demütigung*) y el “sojuzgamiento” (*Überwältigung*). Estos, se encuentran distanciados de la sexualidad si no conectados con otra meta que les dota del acento sexual, “el infligir dolores” (*die Zufügung von Schmerzen*). Sin embargo, eso no ocurre con las mociones crueles de la infancia. El “infligir dolor no desempeña ningún papel entre las acciones-meta originarias de la pulsión” (1915c: 123-124). En este momento, el niño no dispone de recursos para simbolizar o erotizar la moción emprendida hacia otro sujeto, por lo tanto “no toma en cuenta el infligir dolores, ni se lo propone” (1915c: 124).

Pero una vez que se ha consumado la transmutación al masoquismo,

²⁵² Aunque se esboza la hipótesis de un sadismo anterior al masoquismo se perfila, empero, un deslizamiento de ideas que se direcciona más en relación con la hipótesis contraria. Cuestión que fue reconsiderada por Freud con el establecimiento de la hipótesis acerca del “masoquismo erógeno” en “El problema económico del masoquismo” (1924c) y que será tratada en el próximo capítulo (véase III.2.3).

los dolores se prestan muy bien a proporcionar una meta masoquista pasiva, pues tenemos todas las razones para suponer que también las sensaciones de dolor, como otras sensaciones de displacer, *desbordan de la excitación sexual y producen un estado placentero en aras del cual puede consentirse aun displacer del dolor* (1915c: 124).

He aquí, según Laplanche (1970: 124), una inicial formulación del “masoquismo erógeno” (*erogenen Masochismus*). El momento reflexivo, del retorno hacia la persona propia o masoquista coincidiría, pues, con “autoerotismo” (*Autoerotismus*): la fantasía sustituiría al objeto. En la misma línea, Laplanche (1970: 122) sugiere que el primer momento *-apropiar-* no es sádico en la medida en que es anterior al advenimiento de la sexualidad y se relaciona con una “acción” del individuo para afirmarse en un medio que le es ajeno. Puesto que no es sexual propiamente dicho, es agresivo. Pero eso no excluye ni la posibilidad de comportamientos sádicos vinculados con los componentes no sexuales, ni la existencia de una agresividad sexual (Laplanche, 1970: 119). Del advenimiento de lo sexual a partir de la excitación sexual que acompaña al dolor, teniendo en cuenta que no se goza con el dolor propio, sino con la excitación sexual que lo acompaña (1915c: 123-124), se despliega el sadismo definido ahora como un placer *sexual* en propiciar dolor.

Es a partir de este masoquismo fundacional que el sádico goza sexualmente, puesto que la meta placentera se encuentra en la identificación con el que

sufre. Identificación que viene a señalar la simetría entre el advenimiento de la dimensión fantasmática y de la sexualidad con la experiencia del dolor psíquico, una de las fuentes indirectas de la pulsión y pone en una misma serie la relación entre libido y crueldad.²⁵³

<i>El circuito de la pulsión escópica.</i>
--

En estos momentos organizadores del yo se muestra como fundamental la función pregnante de la mirada. Freud analiza detenidamente la pulsión escópica, trazando su circuito en tres momentos:

1º *Mirar,*

2º *mirarse,*

3º *ser mirado.*

Pero, enseguida, cambia los momentos, pues a diferencia de la pulsión de apropiación, al principio la pulsión escópica es autoerótica. El sujeto entonces,

²⁵³ En cuanto al sentimiento de “compasión” (*Mitleid*), Freud considera que no se inscribe en este circuito de la pulsión de apropiación, es decir, como mudanza pulsional desde el sadismo, sino como una formación reactiva contra las pulsiones. En S. Freud (1915c: 124).

1° *Se mira,*

2° *mira,*

3° *es mirado.*

Plantea que la etapa anterior a la pulsión de ver pertenece al narcisismo, y que la pulsión activa de ver se desarrolla a partir de ella, desprendiéndose del narcisismo. Así, pues, en el primer momento es presexual, y, por tanto, el organismo funciona según las modalidades del arco reflejo.

En este momento, la visión cumple la función adaptativa que facilita el reconocimiento del otro aunque concebido como un prolongamiento del ser del sujeto. No obstante, el sujeto sólo sale del espacio familiar (cuerpo propio) hacia lo ajeno por identificación. En ese sentido, el narcisismo se ubica tanto en la etapa previa de la pulsión escópica como en los siguientes momentos.²⁵⁴

²⁵⁴ Vale mencionar que un autor como Lacan se propone ampliar el tema de la mirada en el *Seminario 11* (1964). Su propósito fue el de diferenciar el campo de la visión del de la mirada para así poner de relieve la oposición entre sujeto cartesiano y sujeto del inconsciente; para eso, incluyó la mirada como “objeto *a*” (*objet a*) de la pulsión escópica. El objeto *a* como “objeto de la pulsión” (*objet de la pulsion*) es un concepto lacaniano que señala el encuentro fallido del sujeto con una parte que antaño le pertenecía y que convoca el orden del agujero central expresado por la castración. Se trata de una relación con algo conocido pero que se ha desprendido del cuerpo del sujeto y que constituye el orden de la falta. La mirada como una de las especies del objeto *a* (las otras son el seno, el excremento y la voz) se constituye de una acción que rompe con la creencia de la continuidad del registro imaginario. El elemento activo -al contrario de la lógica tradicional- no es el sujeto sino una región autónoma a la que Lacan llama Real. Dice Lacan (1964: 84): “En la medida

La trasposición del amor en odio será el modo en que se dará a conocer el segundo de los procesos del trastorno hacia lo contrario. El amor, expresión de la aspiración sexual en su totalidad²⁵⁵, presentará tres clases de oposiciones:

1º *indiferencia*;

2º *odiar*;

3º *ser amado*.

Para mayor comprensión de los contrarios del amar, Freud introduce las tres

en que la mirada, en tanto objeto *a*, puede llegar a simbolizar la falta central expresada en el fenómeno de la castración, y en que, por su índole propia, es un objeto *a* reducido a una función puntiforme, evanescente, deja al sujeto en la ignorancia de lo está más allá de la apariencia -esa ignorancia tan característica de todo progreso del pensamiento en esa vía constituida por la investigación filosófica.” Al invertir la ordenación lógica establecida por el yo imaginario, el objeto *a*, divide la certeza del sujeto: no se trata más de una imagen especular, sino de una de las formaciones del inconsciente, división que puede ser tratada como la esquizia entre visión y mirada. Ocurre que a diferencia de Freud, Lacan considera que la fuente de la pulsión no proviene del cuerpo, sino desde afuera, desde el campo del Otro. De modo que invierte la lógica freudiana: la mirada sería un acto inconsciente del Otro hacia el sujeto. “La mirada (...) es, no una mirada vista, sino una mirada imaginada por mí en el campo del Otro.” En J. Lacan (1964: 91). Véase J. Lacan (1964: 75-97). Asimismo, para una panorámica sobre el desarrollo de la pulsión escópica en el *Seminario 11* de Lacan, véase M. N. Pereira Barbosa (1993: 1-30).

²⁵⁵ Freud define al amor como el vínculo placentero y totalizado del yo con el objeto sexual, sea en el sentido estricto del término sea en el sentido sublimado, como una mezcla entre ternura, narcisismo y sexualidad. Es decir, con la síntesis de las pulsiones parciales de la sexualidad bajo el primado de la genitalidad. Encuentra su origen de acuerdo con una modalidad autoerótica de satisfacción (placer de órgano) y se amplía hacia los objetos con una búsqueda constante para incorporarlos cuando son fuente de placer. En estos momentos, apenas se distingue del odio; distinción que se establece de modo más contundente con el establecimiento de la organización genital. En S. Freud (1915c: 128 y 133).

polaridades que gobiernan la vida anímica, la polaridad real, la polaridad económica y la polaridad biológica correspondientes a las respectivas oposiciones:

Sujeto (yo) - Objeto (mundo exterior).

Placer - Displacer.

Activo - Pasivo.

Será en estos momentos previos de constitución del yo esbozados a partir del circuito de la pulsión escópica y de la pulsión de apropiación, donde se ubican las polaridades del amor en las que las dos primeras polaridades coinciden.²⁵⁶

Freud menciona que desde el principio de la vida psíquica el yo se encuentra investido por pulsiones (*Triebesetzt*). Estas pulsiones sexuales, reguladas por el principio de placer, están siempre en busca de un objeto para lograr la satisfacción. Diferente de las pulsiones yoicas que, además de señalar un progreso en la vida anímica y de alterar el estado narcisista, requieren siempre un objeto de la realidad exterior para lograr su satisfacción; tanto es así que el proceso de hallazgo del objeto está indicado por las pulsiones yoicas.

²⁵⁶ En cuanto a la tercera polaridad, posteriormente se fusionará con los pares antitéticos masculino-femenino y fálico-castrado.

<i>Los tres momentos de constitución del yo.</i>
--

El “yo realidad inicial” (*anfänglichen Real-Ich*), primer momento de constitución del yo, que, si influido por las pulsiones autoeróticas se transmutará en un “yo placer” (*Lust-Ich*), segundo momento de dicha constitución. Pero tampoco librado del influjo de las pulsiones de autoconservación que favorecerá el traspaso directo hacia el tercer y definitivo momento de constitución del yo, el “yo realidad definitivo” (*Real-Ich*). Lo que contribuye e incita el mantenimiento del yo placer y del estadio narcisista es el estado de “desvalimiento” (*Hilflosigkeit*).

En este yo realidad inicial, correlativo con la primera de las oposiciones del amor, la indiferencia, el mundo exterior es desconocido; el yo-sujeto coincide con el placentero y el mundo exterior con lo indiferente. Separa así “el adentro y el afuera según una buena marca objetiva” (1915c: 130). El modo de satisfacción autoerótico no es suficiente para lograr la supervivencia del organismo de modo que las pulsiones de autoconservación necesitan alcanzar la satisfacción mediante una “acción específica”. El yo placer adviene en un estado de continuos registros de estímulos displacenteros. Siguiendo la ruta de las pulsiones sexuales, se caracteriza por introyectar objetos placenteros y

proyectar los displacenteros, funcionando de acuerdo con categorías maniqueístas (bueno-malo; placer-displacer) sin el reconocimiento del mundo exterior. Momento previo de constitución del yo correlativo con el establecimiento de la segunda polaridad, el odio.

Lo exterior, el objeto, lo odiado, habrán sido idénticos al principio. Y si más tarde el objeto se revela como fuente de placer, entonces es amado, pero también incorporado al yo, de suerte que para el yo-placer purificado el objeto coincide nuevamente con lo ajeno y lo odiado (1915c: 131).

Cuando el estadio narcisista es sustituido, el reconocimiento del objeto se insertará en las relaciones de placer y de displacer. De modo que el objeto puede ser amado cuando atrae al yo por propiciar placer al yo u odiado cuando produce repulsa por ser fuente de displacer.

La oposición entre amor y odio señala que la relación del yo con los objetos es ambivalente, es decir, el sujeto puede amar y odiar al mismo objeto. Freud menciona que “los vínculos de amor y odio no son aplicables a las relaciones de las pulsiones con sus objetos, sino que están reservados a la relación del yo-total con los suyos” (1915c: 132): “podríamos decir que una pulsión ‘ama’ al objeto al cual aspira para su satisfacción. Pero que una pulsión ‘odie’ a un objeto nos suena bastante extraño” (1915c: 131-132). De modo que la relación

de sentimientos ambivalentes de amor y de odio se refiere más a una concepción fenomenológica que metapsicológica. En efecto, Freud toma este concepto de Breuer²⁵⁷ para referirse a la ambivalencia de sentimientos, aunque la hipótesis sobre una ambivalencia pulsional también es mencionada y expresa la coexistencia de la moción pulsional activa junto con la pasiva en lo que respecta exclusivamente a la meta de la pulsión.

Amor y odio no sólo presentan orígenes distintos, sino también distintos modos de desarrollo y evolución antes de reunirse como opuestos, bajo la influencia de la relación placer-displacer (1915c: 132-133). Al contrario del amor, que es la expresión de la relación totalizada del yo con los objetos a partir de la síntesis de las pulsiones parciales de la sexualidad bajo la primacía de la genitalidad y al servicio de la función de reproducción, el odio es más

²⁵⁷ Eugen Bleuler, profesor de psiquiatría de Zurich. No sólo estudió en París con Charcot sino que siguió el mismo intento de su maestro de clasificar y ordenar las enfermedades mentales, elaborando una nomenclatura que hasta hoy se mantiene en el vocabulario psiquiátrico, entre las cuales se encuentran los términos “esquizofrenia” (*Schizophrenie*), “autismo” (*Autismus*) y “ambivalencia” (*Ambivalenz*). Tenía conocimiento de los trabajos de Freud desde antes de 1904, año en que se inicia la relación epistolar entre ambos: en 1896 hizo una reseña crítica sobre los *Estudios sobre la histeria* (1893-1895), de Freud y Breuer, y en 1900 encargó a Jung, su subordinado, una reseña de *La interpretación de los sueños* (1900a [1899]). La relación epistolar mantenida entre ambos autores es fundamental para comprender la evolución de la reflexión freudiana sobre la psicosis. Muy impresionado con las ideas de Freud, participó de su grupo, pero sus dudas sobre la importancia de la sexualidad, sumadas a cuestiones referentes a la política organizativa del psicoanálisis, produjo su separación del movimiento psicoanalítico. Separación que produjo un cierto distanciamiento del psicoanálisis respecto a la psiquiatría académica. Véase P. Gay (1988: 252-253) y N. Caparrós en S. Freud (1997a [1871-1886]: 28).

antiguo que el amor y “brota de la repulsa primordial que el yo narcisista opone en el comienzo al mundo exterior prodigiador de estímulos” (1915c: 132). Proviene de la “lucha del yo” contra los objetos que le producen displacer con la finalidad de “conservarse” y “afirmarse” (1915c: 132). Por lo tanto, si las raíces pulsionales del amor están en las pulsiones sexuales, el odio estará vinculado con las pulsiones de autoconservación, pero eso no impide que el odio no esté también al servicio de las pulsiones sexuales y dé solución de continuidad a todo vínculo de amor con el objeto.

II.4.3. Derivaciones conceptuales suscitadas con el concepto de pulsión.

Puntualizaciones sobre la definición freudiana de “pulsión”.

La preocupación sobre el tema de los orígenes fue desde siempre una constante en el pensamiento de Freud. Tal preocupación le lleva introducir su teoría de las pulsiones y desarrollar una serie de conceptos ligados a ella. Hasta el punto de que no es posible considerar la estructura conceptual freudiana desgajada de la teoría de las pulsiones.

Sin embargo, no se trata de un concepto exento de dificultades de

entendimiento. La expresión misma: “la ‘pulsión’ nos aparece como *un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático*” (1915c: 117), refleja este estado de cosas. Más que una definición sobre el concepto de pulsión esta frase se presenta como un preámbulo, por así decirlo, respecto a la verdadera definición de pulsión.

El problema que se revela es el de averiguar no sólo si el *concepto* de pulsión está en el límite, sino también en dilucidar si la *pulsión misma* está en la frontera entre lo psíquico y lo somático, separándolos o uniéndolos. Desde luego, dicha cuestión no deja de estar revestida de un cierto realismo.

Como quiera que sea, el problema que se plantea en esta frase es el de la “ubicación” de la *Trieb* freudiana como concepto límite, entre dos dominios: el de la biología y el de la psicología. ¿Que quiere decir Freud con esta expresión? Pues, pese a la tentación de interpretarla de modo realista, esta expresión arrastra consigo una “imaginarización” de estos dos ámbitos como “espacios” que, si bien diferenciados uno del otro, son, en cierto modo, correlativos; el mismo punto que los une, también los separa: la pulsión.

Conviene ser crítico respecto a esta ineludible imaginarización. Freud no se está refiriendo a dos realidades tangibles, sino a dos ámbitos de saber. Nos

dice que ninguno de ellos puede “pensarse” sin este concepto que él inaugura. No es posible pensar lo psíquico sin referirse a lo somático, ni al revés. Y es justo este *cambio* en el modo de *tener que pensar* los dos ámbitos lo que Freud ha introducido en el psicoanálisis. Y, en concreto, el concepto de pulsión.

Parece que la expresión de Freud debe entenderse así. De lo contrario, se caería en una concepción “realista” (o cosificadora) de la pulsión. El modo de Freud introducir la expresión corrobora dicha postura: “Si ahora, desde el aspecto biológico, *pasamos a la consideración* de la vida anímica,...” (1915c: 117). Y, por supuesto, la segunda reflexión, donde verdaderamente da una *definición* de la pulsión.²⁵⁸

Freud dice que la pulsión “nos aparece como... *un representante* (*Repräsentanz*) *psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma* (1915c: 117)”. Si la pulsión aparece aquí identificada con un “representante psíquico” (*psychische Repräsentanz*) de estímulos corporales, se debe considerar tanto el proceso de transmutación de estos estímulos somáticos en representantes psíquicos como la configuración final

²⁵⁸ Esto precisamente es lo que abre la articulación de la teoría psicoanalítica con otros campos del saber, incluso la biología a partir del concepto de pulsión. Más recientemente Widlöcher (1996: 69-95) ha tratado sobre este tema.

de la pulsión en la frontera entre lo psíquico y lo somático.²⁵⁹ Aunque los estímulos provienen de lo somático, es lo psíquico el que les ofrece un modo de expresión. Pero, considerando el carácter fronterizo de la pulsión, aunque estos estímulos “caminan” hacia el lado de lo psíquico, no dejan nunca la fuente de donde provienen: lo somático.

En “Lo inconsciente” (1915e), Freud especifica aún más la naturaleza de la pulsión.

Una pulsión nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia; sólo puede serlo la representación [*Vorstellung*] que es su representante [*Repräsentanz*]. Ahora bien, tampoco en el interior de lo inconsciente puede estar representada si no es por la representación. Si la pulsión no se adhiriera a una representación ni saliera a la luz como un estado afectivo, nada podríamos saber de ella (1915e: 173).

Además de la estrecha relación entre pulsión y afecto, que será tratada más adelante, la pulsión se distingue tanto del representante psíquico de la pulsión como de la pulsión en términos de representante somático, pero sólo puede ser conocida del lado de lo psíquico. La pulsión es esta encrucijada entre dos dominios, pudiendo unirlos y convertirlos en representantes psíquicos. Los

²⁵⁹ Según Green (1973: 241), la pulsión es “el resultado de un paso cuyo término es la ‘psiquización’.” Ahora bien, se hace necesario matizar dicha afirmación ya que ni se trata de una “psiquización” librada de la dimensión somática ni tampoco un final de trayecto, sino más bien el inicio de un proceso. Es decir, no es que la pulsión esté del lado de lo psíquico sino más bien que está en el cruce entre dos dominios.

términos *Vorstellung* (representación) y *Repräsentant* (representante) presentan una base etimológica distinta; mientras que el primero es un vocablo consagrado de la filosofía clásica alemana y alude al modo de figuración de un objeto en la mente (metáfora óptica), el segundo alude, o bien a la expresión actoral (metáfora teatral; *repräsentieren*, representar), o bien a la relación de delegación (metáfora política; *Repräsentanz*; representancia).²⁶⁰

A la vez que la noción de “apuntalamiento” (*Anlehung*) de lo somático en lo psíquico reafirma el supuesto según el cual la pulsión es sexual por excelencia

²⁶⁰ En ese sentido, si bien es cierto que Freud aborda el tema de las representaciones a partir de la tradición filosófica, introduce también un nuevo estatuto epistemológico de la representación en la medida en que la noción de “representante psíquico” (*psychische Repräsentanz*) de las excitaciones que surgen en el interior del cuerpo es irrepresentable, es decir, no puede ser objeto de representación, tal y como advierte Green (1985: 782). Por otra parte, hasta ahora, se mencionaron algunas acepciones que Freud da acerca del término “representación” (*Vorstellung*). He aquí la totalidad de ellas. 1. “Representación” (*Vorstellung*): opuesto al “afecto” (*Affekt*) es uno de los representantes psíquicos de la pulsión. Freud trasmuta este término de la filosofía clásica alemana y lo emplea de modo singular ya que no concibe la memoria como una mera reproducción de los objetos, sino que se compone de sistemas mnémicos en los que el objeto sufre una serie de transcripciones. Se distingue entre “representación-palabra” (*Wortvorstellung*) y “representación-cosa” (*Dingvorstellung* y *Sachvorstellung*); la primera no se distingue significativamente de la segunda a no ser porque es una palabra, o mejor, una representación-palabra. 2. “Representante-representación” (*Vorstellungsrepräsentanz*) o representante ideativo en la terminología anglosajona: es uno entre los representantes psíquicos de la pulsión y que constituye el inconsciente ya que es objeto de la represión. 3. “Representante psíquico” (*psychische Repräsentanz*): es la expresión psíquica de la pulsión, compuesta por el representante-representación y el afecto. Freud lo emplea tanto respecto a la pulsión, en los términos del representante de las excitaciones somáticas como en cuanto al afecto y el representante-representación como representante de la pulsión. 4. “Representante pulsional” (*Triebrepräsentanz*): sinónimo de representante-representación y de representante psíquico. Como quiera que sea, designa la expresión psíquica de la pulsión. 5. “Afecto” (*Affekt*): es el otro de los representantes psíquicos de la pulsión. Es la expresión cualitativa de la cantidad de energía pulsional. Presenta un destino distinto del representante-representación. Vale subrayar que las definiciones aquí esbozadas no pretenden agotar el deslizamiento de sentido que estos términos adquieren en la obra de Freud sino que sirve más bien de guía, en este momento del desarrollo de los textos de

(Laplanche, 1980c: 60), garantiza también el dominio psíquico. He aquí el deslizamiento conceptual de la sexualidad hacia el punto de vista psíquico.

Volviendo a la definición de pulsión expuesta en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c), Freud añade consideraciones metapsicológicas. Esta transmutación de los estímulos somáticos hacia el lado de lo psíquico es realizada por la actividad psíquica misma. La pulsión “aparece como... *una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal* (1915c: 117).” Es decir, la pulsión si bien no está ni sólo del lado de lo corporal ni sólo del lado de lo anímico, sí está “en dirección hacia” lo anímico, “exigiendo” que lo anímico “trabaje” (se ponga en acto continuamente) y ello precisamente como “efecto” de su trabazón con lo corporal (que es su fuente).

La dificultad de una aprehensión adecuada del concepto de pulsión ha llevado a plantear el problema a partir de una figuración. Se trataría de elegir entre una concepción endógena o una concepción exógena. En la primera postura, el advenimiento de la actividad representativa como derivada del esfuerzo ejercido por las pulsiones, se articula con dos conceptos freudianos: *a.*) de “apuntalamiento” de lo sexual en lo somático; *b.*) de “solicitud somática” (compromiso mutuo entre ambas fuerzas, la psíquica y la somática). En ambos

los casos se descarta la posibilidad de que las representaciones se nutrirían de una energía que no se originaría de lo somático. La segunda postura (la que defiende una concepción exógena de la pulsión) desarrollada más detenidamente por Laplanche (1987*a*) en su “teoría de la seducción generalizada”, subraya el surgimiento de la actividad representativa a modo de implantación proveniente del exterior y abre la posibilidad de desgajar la pulsión de un lenguaje biológico en estado bruto.

Como quiera que sea, es decir, concebir el estatuto de la representación del lado de lo psíquico (representante-representación) o reconocer en su concepción la dimensión energética (monto de afecto) es imposible pensar la pulsión sin una mediación proveniente del mundo exterior. Ocurre, sin embargo, que las consideraciones de Freud que subrayan el origen endógeno de la pulsión, lo biológico pesa más en la balanza; eso por más que se intente subrayar la especificidad propiamente psicoanalítica de este concepto. En definitiva, lo que permite aclarar la fuente de la pulsión más allá de una mera excitación puramente somática es su reubicación del lado de lo exógeno, sin desestimar que la sexualidad humana también depende de los estados fisiológicos.

Puntualizaciones sobre la relación entre pulsión y afecto en el marco de los trabajos metapsicológicos.

Por otra parte, el acercarse al estatuto enigmático de la pulsión supone necesariamente toparse con la relación entre pulsión y afecto. En “La represión” (1915d), dice Freud:

En las elucidaciones anteriores consideramos la represión de una agencia representante de la pulsión [*Triebrepräsentanz*], entendiendo por aquella a una representación o un grupo de representaciones investidas desde la pulsión con un determinado monto de energía psíquica (libido, interés). Ahora bien, la observación nos constriñe a descomponer lo que hasta aquí concebimos como unitario, pues nos muestra que junto a la representación {*Vorstellung*} interviene algo diverso, algo que representa {*räpresentieren*} a la pulsión y puede experimentar un destino de represión totalmente diferente del de la representación. Para este otro elemento de la agencia representante psíquica ha adquirido carta de ciudadanía el nombre de *monto de afecto*; corresponde a la pulsión en la medida en que esta se ha desasido de la representación y ha encontrado una expresión proporcionada a su cantidad en procesos que devienen registrables como afectos. Desde ahora, cuando escribamos un caso de represión, tendremos que rastrear separadamente lo que en virtud de ella se ha hecho de la representación, por un lado, y de la energía pulsional que adhiere a esta, por otro (1915d: 147; las llaves son de Etcheverry y los corchetes de Strachey).

El proceso de represión se mantiene en la representación sustitutiva dado que el monto de afecto inviste esta representación. Por eso, la represión nunca es completa ya que no logra dominar los efectos del factor cuantitativo; el monto de afecto de la representación originariamente reprimida siempre estará preparado para investir las representaciones sustitutivas adquiriendo una intensidad desproporcional a dicha representación.²⁶¹

En la misma línea, anteriormente se mencionó (véase I.3.2.) las líneas de interés de Freud sobre el factor cuantitativo y la teoría de la investidura (*Besetzung*) que en ella subyace. Allí se subrayó la diferencia entre los términos “suma de excitación” (*Erregungssumme*) y “monto de afecto” (*Affektbetrag*) ya que el segundo sería la manifestación de la primera. Sin embargo, en la “La represión” (1915d) ambos términos no sólo presentarán una sinonimia entre sí, sino que aparecerán como equivalentes a la “energía pulsional” (*Triebenergie*). En este mismo texto, en el párrafo siguiente, Freud designa el monto de afecto como el “factor cuantitativo” (*quantitative Faktor*; 1915d: 148). Se presentan, pues, una serie de equivalencias, no exenta de dificultades de entendimiento, a saber, monto de afecto/ factor cuantitativo/ suma de excitación/pulsión.

²⁶¹ Este desequilibrio entre representación y monto de afecto es lo que caracteriza al síntoma en cuanto efecto -en el caso, los afectos- de una representación devenida

En “La represión” (1915*d*), Freud establece tres destinos del factor cuantitativo de la agencia representante de la pulsión: 1. La sofocación completa de la pulsión; 2. Su manifestación a modo de un afecto coloreado cualitativamente de algún modo; 3. Su transmutación en angustia. Postula que el destino del afecto importa más que el destino de la representación (1915*d*: 148),²⁶² aunque dando prioridad a la representación en el proceso represivo. El afecto, a su vez, sería el objeto de una operación de “sofocación” (*Unterdrückung*). Ahora bien, si bien el objetivo de la represión es el intento de evitar el afecto de displacer, su efecto es la sensación misma de displacer, lo que Green (1973:81) llama de “paradoja de la represión”.

Cabría, pues, hacer algunas precisiones terminológicas acerca de los siguientes términos: “suma de excitación” (*Erregungssumme*), “monto de afecto” (*Affektbetrag*), “moción pulsional” (*Triebregung*) “energía pulsional” (*Triebenergie*) y “afecto” (*Affekt*). Los primeros se refieren al aspecto propiamente económico del proceso, especificado del lado de lo psíquico, es decir, la manifestación psíquica de la energía de estimulación (somática); por lo tanto, la energía fuente de la excitación. Presentan características

inconsciente. En W. Perinot (1987: 1125).

²⁶² Son dos los destinos de la representación: 1. Desaparecer del consciente si antes lo fue; 2. Acceder a la conciencia si estaba en vías de devenir consciente. En S. Freud (1915*d*: 147).

cuantitativas que tienden a la descarga.

El afecto sería el cumplimiento de esta tendencia a la descarga y presentará una cualidad subjetiva. Noción distinta, a su vez, de la “moción pulsional” (*Triebregung*) que refleja la actuación de la pulsión a nivel dinámico en la que el afecto se perfilará como una de sus direcciones posibles, particularmente hacia el interior del cuerpo, tal y como señala Green (1973: 42). Pero al mismo tiempo que expresa uno de los movimientos de la pulsión, el afecto también se delinea como una de las reacciones en sentido contrario de este movimiento (Green, 1985: 775). Este mismo autor subraya que las sensaciones de placer y de displacer son los prototipos del afecto, pero aunque distintos de los “sentimientos” (*Gefühlen*) y de las “emociones” (*Erregungen*), no se excluye la posibilidad de concebir la vida afectiva en un sentido amplio.

Así, pues, se perfila la estrecha relación entre afectos y el punto de vista económico, tanto en lo que se refiere a la intensidad de determinadas representaciones, como respecto a la economía placer-displacer, los destinos del factor cuantitativo y la relación entre afectos y pulsiones. En la misma línea, la “sofocación de los afectos” presenta el mismo nivel de dignidad que la represión de las representaciones.

De modo que esta peculiaridad de los afectos demanda una reflexión distinta

que la empleada para el estudio de las representaciones y no excluye la posibilidad de abordarlos como representación, aunque reconociendo que la economía de las representaciones es de orden diferente de la economía de los afectos.

Freud distingue entre “representante-representación” (*Vorstellungrepräsentanz*) y “monto de afecto” (*Affektbetrag*). Por un lado, el empleo del término “representante-representación” sirve como una suerte de conciliación de la pulsión en cuanto representante de las excitaciones internas y de la pulsión como representante psíquico. Por otra parte, en la medida en que el “monto de afecto” representa a la pulsión, es su parte constitutiva, ¿puede ser designado como representante-afecto?²⁶³ Desde luego, Freud confiere al afecto el estatuto de representación, supuesto que se anuda con la concepción según la cual el afecto es una “huella mnémica” (*Erinnerungsspur*) de un pasado prehistórico, filogenético.²⁶⁴

²⁶³ Hipótesis sostenida por Green (1973 y 1985: 773-788). Véase también C. David (1985: 797-805).

²⁶⁴ Para desarrollar la idea según la cual el afecto remite no sólo a la historia individual, sino también al pasado filogenético, Freud establece una equivalencia entre estado afectivo y crisis histérica puesto que ambos desembocan en una reminiscencia: mientras que la crisis histérica consiste en la repetición de un acontecimiento que se remonta a la historia del individuo, el afecto remite a la historia de la especie. En S. Freud (1916-1917 [1915-1917]: 360).

Sin embargo, en “Lo inconsciente” (1915e: 174) vuelve a reiterar que los afectos se refieren a procesos de descarga que se manifiestan como sensaciones mientras que las representaciones corresponden a las huellas mnémicas, supuesto que contradice la naturaleza representativa de los afectos.²⁶⁵

Ahora bien, si bien está claro que es el representante-representación lo que subyace en el inconsciente en cualidad de reprimido, ¿existen afectos inconscientes? En “Lo inconsciente” (1915e) Freud se pregunta sobre esta posibilidad, incluso apunta la contradicción que reviste el término “sentimiento inconsciente de culpa” (*unbewussten Schuldgefühls*) ya que el inconsciente carece de percepción; está del lado del que afecta y no de lo que es afectado (Laplanche, 1981: 193). Ocurre que pueden existir afectos percibidos equivocadamente, de modo que: “Cuando restauramos la concatenación correcta, llamamos ‘inconsciente’ a la moción afectiva

²⁶⁵ En la 25ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* titulada “La angustia” (1916-1917 [1915-1917]), Freud se pregunta sobre la naturaleza de los afectos. Además de corresponder a mecanismos de descarga o a determinadas inervaciones motrices, incluye sensaciones de dos clases: “las percepciones de las acciones motrices ocurridas, y las sensaciones directas de placer y displacer que prestan al afecto, como se dice, su tono dominante.” En S. Freud (1916-1917 [1915-1917]: 360). Como señala Green (1973: 234), esta doble concepción del afecto se separa en dos vertientes: la primera estrictamente corporal y la segunda propiamente psíquica que, a su vez, se separa en dos, a saber, las percepciones de los movimientos corporales y las sensaciones de placer y de displacer.

originaria, aunque su afecto nunca lo fue, pues sólo su representación debió pagar tributo a la represión” (1915e: 174).

Ahora bien, el problema de los afectos en la obra de Freud surge en función del entramado conceptual del que él es copartícipe, sobre todo tratándose de la hipótesis sobre los afectos inconscientes. Cuestión que subraya la diversidad del estatuto del afecto respecto al de la representación que Freud captó cuando afirma que no hay afectos inconscientes como sí hay representaciones inconscientes (1915e: 174); lo que introduce la idea según la cual la relación entre afecto y huellas mnémicas es distinta de la relación que las representaciones mantienen con las mismas.²⁶⁶

Discusión sobre el circuito de la pulsión en la génesis del aparato psíquico.

Así, pues, la pulsión presenta un estatuto enigmático sea por ubicarse en la

²⁶⁶ En efecto, el discurso sobre las representaciones en la obra de Freud presenta como telón de fondo la tradición filosófica; el abordaje sobre los afectos, en cambio, presenta un lenguaje psicológico que hace hincapié sobre la perspectiva económica -puesto que son definidos como procesos de descarga- como en los términos de inervación corporal.

frontera misma entre lo psíquico y lo somático, sea por estar relacionada o asimilada a las representaciones y a los afectos. Sin embargo, el nivel de tales teorizaciones sobre la pulsión es muy distinto de la consideración de Freud presente en la 32ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a [1932]) titulada “Angustia y vida pulsional” según la cual la teoría de las pulsiones es la mitología del psicoanálisis (1933a [1932]: 88), lo cual subrayará, en lo sucesivo, el carácter indeterminado de las pulsiones (véase I.3.2.).

Desde luego, en muchos aspectos, la definición de uno de los términos de la pulsión, el “esfuerzo” (*Drang*), está muy próxima de la etología.²⁶⁷ Sin embargo, la hipótesis misma según la cual la pulsión, “el genuino motor” (*die eigentlicher Motoren*) de la vida psíquica, incluye que está regulada por el principio de constancia, distancia a la *Trieb* freudiana de la pulsión de los etólogos. “La constancia del empuje impide cualquier asimilación de la pulsión con la función biológica, la cual tiene un ritmo”, como advierte un autor como Lacan (1964: 172).

²⁶⁷ Un etólogo como Heymer (1982) define así la pulsión: “Se concibe la pulsión como un conjunto de fuerzas de incitación a la acción, acumulándose de manera automática y rítmica y condicionando la constitución de un estado de tensión interna específica. Este puede conducir a una descarga, en ausencia de toda intervención exterior. De hecho, las pulsiones son la fuente de toda conducta espontánea. En su desarrollo, obedecen a leyes endógenas que les son propias (Leyhausen, 1952).” En A. Heymer (1982); voz: “Pulsión”.

La afirmación según la cual la teoría de las pulsiones es la “mitología” del psicoanálisis implica que sólo puede ser concebida como tal en la medida en que es *Gundbegriff*, un concepto fundamental que remite a otros conceptos. En la misma línea, si las características del concepto de pulsión son equivalentes a las características de la cosa misma, la pulsión es mítica por constituirse de una fuerza que se expresa a través de los deseos y de los conflictos, estructurando el aparato psíquico y remitiendo a los orígenes mismos de tal constitución. Une presente y pasado, pero no se trata de un pasado sin inscripciones o registros, sino de un pasado resignificado a *posteriori* a partir de las transformaciones estructurales del aparato psíquico calcadas en movimientos reales.²⁶⁸ De ahí proviene la necesidad de esclarecer lo que se entiende por la categoría de originario o primordial en psicoanálisis.

Tal y como se mencionó antes, el interés sobre el tema de los orígenes es constante en la obra de Freud. La presencia del prefijo *Ur* en algunos de los conceptos, como el de “represión primordial” (*Uverdrängung*) y el de

²⁶⁸ Una autora como Castoriadis-Aulagnier (1984: 292) plantea del siguiente modo esta importante problemática: “La teoría de las pulsiones, (...) no debe ser entendida como la teorización de un mito de los orígenes de conformidad con las exigencias científicas de nuestro tiempo, pero no podemos dejar de sentir que se asimila a la función de todo mito sobre este punto: unir el presente a ese tiempo pasado en el que encuentra su raíz, a ese punto de anclaje sin el cual ninguna historia -la de la especie, de una cultura, o de un individuo- podría escribirse.”

“fantasías primordiales” (*Urphantasien*) atestigua esta preocupación. Sin embargo, según un autor como Laplanche (1985: 89, *n.* 29), que construye parte de su sistema de pensamiento basado en esta necesidad de aclarar el tema de los orígenes en el psicoanálisis, más que remitir a la significación de lo arcaico, de lo primitivo, de lo inacabado o incluso, de lo que está presente desde los orígenes, esta categoría se remonta a lo que es constituido a *posteriori*. Por eso, lo originario no se reduciría a los comienzos de la vida psíquica del mismo modo que no se perfilaría como algo mítico, es decir, no inscrito en un tiempo real.

En ese sentido, y retomando las ideas expuestas anteriormente a propósito de la relación entre pulsión y evolución, aunque la introducción de una concepción evolutiva de la libido ha proporcionado un muy significativo avance en el discernimiento de la sexualidad humana, su ubicación correlativa con el lugar que la biología ocupa en sus teorizaciones termina por oscurecer un orden de temporalidad también presente en la estructuración del aparato psíquico que trata sobre la coexistencia misma de las mociones pulsionales. Se trata, en definitiva, de una temporalidad que se resignifica a *posteriori*. Como sostiene S. Bleichmar (1993: 93), la pulsión nada tiene de biológico, sino que se define como “la intrusión sexualizante del otro” en el niño; el lugar de lo histórico se encuentra “en los tiempos reales -no míticos- de la

estructuración del aparato, tiempos destinados a una historización posterior y cuya modalidad no puede ser sino tematizada por el sujeto que se encadena a su propia identificación.”

La metáfora de las lavas volcánicas expuesta por Freud refleja este estado de cosas. Hela aquí.

Podemos descomponer toda vida pulsional en oleadas singulares, separadas en el tiempo, y homogéneas dentro de la unidad de tiempo (cualquiera que sea esta), las cuales se comportan entre sí como erupciones sucesivas de lava. *Entonces podemos imaginar que la primera erupción de lava, la más originaria, prosigue inmutable y no experimenta desarrollo alguno. La oleada siguiente está expuesta desde el comienzo a una alteración, por ejemplo la vuelta a la pasividad, y se agrega con este nuevo carácter a la anterior, etc.* Y si después se abarca con la mirada la moción pulsional desde su comienzo hasta cierto punto de detención, la sucesión descrita de las oleadas proporcionará la imagen de un determinado desarrollo de la pulsión (1915c: 126).

Esta metáfora acerca de la coexistencia de las mociones pulsionales para expresar los destinos de las pulsiones, revela la temporalidad *a posteriori* a que está sometido el aparato psíquico donde el segundo tiempo, el de la sexualidad propiamente dicha, resignifica el anterior. Lo cual, significa que la pulsión existe desde los primeros momentos de la vida pero sólo será resignificada a

posteriori.

Parte de la problemática que gira alrededor del concepto de pulsión consiste en cómo acercarse a esa energía, a sus modos de inscripción y de circulación antes y después de la represión primordial. La pulsión *se convierte* en estímulo para lo psíquico.²⁶⁹ Operación de conversión de una energía cuya fuente es exógena pero que termina por atacar al yo desde adentro. De ahí su carácter enigmático:

aunque provenga del interior, la pulsión se comporta siempre como un cuerpo extraño; para el yo ella ataca desde el exterior. O bien la formulación inversa: aunque provenga del exterior, si se considera que la pulsión sólo es especificada por representaciones y recuerdos, ella extrae todas sus fuerzas del recurso a las energías internas (Laplanche, 1980a: 222).²⁷⁰

²⁶⁹ Teniendo en cuenta que en el texto consagrado al estudio de las pulsiones, Freud no introduce una terminología para diferenciar el estímulo, sea interno o sea externo, Laplanche (1980c: 35) se sirve de dos términos generalmente empleados por Freud para designar lo exógeno y lo endógeno; *Reiz* por “estímulo” y *Erregung* por “excitación”. Ocurre, pues, que la propuesta de Laplanche toma en consideración la existencia de estos dos términos alemanes cercanos entre sí para marcar la nítida diferencia que existe entre la posibilidad o la imposibilidad de huida del organismo frente a este “cuerpo extraño” que atenta contra ambos frentes.

²⁷⁰ Como también plantea S. Bleichmar (1993: 54), interno-externo “cuya activación se independizará del objeto originario cortando los nexos con el exterior y produciendo un efecto de formación endógena. Operando entonces, desde el interior a partir de su instalación; definiendo las premisas de esta instalación desde el exterior, es decir, desde lo exógeno.”

Interno-externo porque las energías pulsionales internas presentarían una relación analógica con las energías pulsionales externas y amenazan la integridad yoica.

Siguiendo los presupuestos que rigen la “teoría de la seducción originaria” propuesta por Laplanche, particularmente la hipótesis sobre el “objeto-fuente” (*objet-source*) de la pulsión, es posible ubicar la génesis de la pulsión en lo exógeno. También permite separar de modo contundente la pulsión de lo biológico, de lo mítico e incluso de un orden estrictamente conceptual y tratarla más próxima a la experiencia, para de ahí volver a su dimensión estructural, dimensión ésta que confiere toda la originalidad a los conceptos psicoanalíticos.

En la misma línea, algunos autores señalando la contradicción que existe en la hipótesis freudiana sobre la ubicación de la contrainvestidura en el preconsciente, es decir, en una acción movilizada por un sistema psíquico que sólo se constituye como tal posteriormente, en lo que se refiere a la reflexión sobre la génesis del aparato psíquico sitúan la contrainvestidura del lado del funcionamiento psíquico de los padres, de su preconsciente. S. Bleichmar

(1984: 49)²⁷¹, por ejemplo, señala que en este proceso, el otro proporciona representaciones-cosa y representaciones-palabra que, al fundar el sistema inconsciente, permite la diferenciación entre otros sistemas.

Así, pues, parece que para reubicar la pulsión sin limitarse en un mero reduccionismo biológico y filogenético se hace necesario retomar los tiempos de la constitución del aparato psíquico, en específico el de la “represión primordial” (*Urverdrängung*). Siguiendo la sospecha de que la represión primordial no aparece en los textos de Freud como una mera exigencia teórica de ser el fundamento lógico de la represión secundaria es que S. Bleichmar (1984: 59) defiende la necesidad de hacer trabajar la represión primordial, en específico, de distinguir entre constitución del inconsciente mediante la represión primordial y las inscripciones sobre las cuales la pulsión se establece.

En esta concepción, el inconsciente no existe desde los orígenes de la vida sino que es efecto de la escisión inicial operada por la represión primordial y producto de las relaciones humanas. Como tal, involucra a dos protagonistas, la madre u otro adulto y el niño.

²⁷¹ El razonamiento de Ody (1985: 897-901) va en esta misma dirección.

Por ahora, vale subrayar que incorporar la figura materna o la figura de otro adulto en el proceso de constitución del yo del niño no supone exclusivamente concebirla como un agente exterior que cuidará de la adaptación del niño. Al contrario, en virtud de que no existe diferencia entre sujeto y objeto, la madre será concebida como un prolongamiento del niño, hasta el punto que la vida psíquica del niño en estos momentos sólo puede ser entendida por relación con el funcionamiento psíquico de la madre, tanto desde el punto de vista de su sexualidad reprimida como desde el punto de vista de su narcisismo. Dicho en otros términos, no existe desde el punto de vista psicoanalítico, el niño sin la figura materna o la de un otro adulto. La madre será el artífice del advenimiento de la sexualidad del niño; dicho en otros términos, implantará la pulsión en el niño mediante los cuidados y las caricias que le propicia a partir de las zonas erógenas, zonas de apertura entre lo externo y lo interno.

De modo general, el niño, a su vez, se comporta pasivamente hacia el mundo exterior en la medida en que recibe estímulos de él, y activamente cuando reacciona frente a ellos. La naturaleza activa de las pulsiones en todos los casos conduce al niño a la actividad. Dice Freud: “El yo-sujeto es pasivo hacia los estímulos exteriores, y activo por sus pulsiones propias” (1915c: 129).

Es posible relacionar este momento con lo que Green (1986: 261) define como “pasivación de la pulsión”, es decir, la acción misma de la pulsión, que en este caso sería la implantación de la pulsión por parte de la madre, pasiviza al sujeto que la padece. Pasividad que repercute ante la intromisión sexualizante de la madre de modo traumático: el objeto-pecho, a la vez que satisface la tensión de la necesidad se configurará como objeto sexual traumático. En lo que se refiere al circuito de la pulsión de apropiación, particularmente en el primer momento -*Apropiar*-, desde luego se perfila una actividad por parte del niño, pero va más en dirección a las funciones adaptativas. A diferencia de esta clase de pulsión que apunta hacia el exterior al precio de la supervivencia misma del organismo, el primer momento del circuito de la pulsión escópica - el sujeto *se mira*-, refleja una misma clase de acción pero con relación al cuerpo propio y una posición pasiva respecto al objeto. Éste, a su vez, se comporta de modo activo respecto al sujeto puesto que tiene la función de nutrirlo, de cuidarlo y de protegerlo.

En un segundo momento, el circuito de ambas pulsiones coinciden. En el caso de la pulsión escópica, de resignificación de la pulsión implantada en el primer momento. Advenimiento de la experiencia del dolor psíquico con el retorno hacia la pasividad correlativo con el advenimiento de la sexualidad y del odio

que suscita el displacer producido por la ausencia de objeto para suplir la demanda del niño.

Por lo tanto, constitución no sólo del objeto sino también del sujeto.²⁷² Estas

²⁷² Freud menciona el término “sujeto” (*Sujet*) en dos momentos de “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c), a saber, el tercer momento de la pulsión de apropiación y de la pulsión escópica. Define así este momento de la pulsión de apropiación: “Se busca de nuevo como objeto una persona ajena, que, a consecuencia de la mudanza sobrevenida en la meta, tiene que tomar sobre sí el papel del sujeto.” En S. Freud (1915c: 123). Más adelante, a propósito de la pulsión escópica, define el tercer momento de su circuito como “la inserción de un nuevo sujeto, al que uno se muestra a fin de ser mirado por él”, aun teniendo en cuenta que enseguida cambiará su circuito. En S. Freud (1915c: 125). Strachey, en una nota al pie de página de “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c), comenta: “Aunque el sentido general de estos pasajes es claro, puede haber alguna confusión en el empleo de la palabra ‘sujeto’. Por regla general ‘sujeto’ y ‘objeto’ se utilizan para designar, respectivamente, a la persona en quien se origina una pulsión (u otro estado psíquico) y a la persona o cosa a la cual aquella se dirige. Aquí, sin embargo, ‘sujeto’ parece designar a la persona que desempeña el papel activo en relación -el agente-.” Véase J. Strachey en S. Freud (1915c: 123, n. 18). Así, el sujeto de la pulsión de apropiación es el agente de la actividad pulsional sádica mientras que en la pulsión escópica, el sujeto será el agente de la mirada exterior sobre el objeto. Tres órdenes de consideraciones merecen ser esbozados. 1. En ambos casos, la meta de la pulsión es pasiva, teniendo en cuenta que la pulsión es activa por naturaleza. 2. Se trata de un momento propiamente sexual. 3. El sujeto es concebido como el agente pulsional exterior. Es partiendo de estas consideraciones que un autor como Penot plantea que la concepción de Freud sobre la pulsión abre una concepción nueva de la subjetividad en que la pulsionalidad aparece como condición básica. En B. Penot (1993: 1667). Establece tres precondiciones relacionadas con el momento de constitución de la sexualidad y el estado de prematuración psicofisiológico. 1. El sujeto en Freud es el resultado del ejercicio mismo de la pulsión. 2. La necesidad de otro sujeto, en el advenimiento de la sexualidad. 3. Este sujeto surge y se reafirma en el tiempo reflexivo, situándose más allá del principio del placer. En B. Penot (1993: 1667-1670). Asimismo, para una panorámica de sobre la noción de sujeto, véase M. Fain (1991: 1721-1723). Ahora bien, tomando como hilo argumentativo la relación que Penot (1993: 1667) establece entre el estado de prematuración psicofisiológica con el estado de incompletud funcional y estructural, lo que se suele llamar “falta en ser del sujeto”, conviene introducir algunas matizaciones, puesto que parece que algunas nociones introducidas después de Freud terminan por desviarse del centro de la problemática psicoanalítica, lo sexual inconsciente y, por lo tanto, del conflicto psíquico en que él se inserta. Subrayan más bien determinadas categorías, tal y como revelan esta noción de “falta en ser” que deriva de la problemática del narcisismo desgajado de la condición esencial que lo introduce en el aparato psíquico, que no es nada menos que las pulsiones. Cuando, del mismo modo que el narcisismo está

sensaciones de placer y de displacer, se relacionan con el estado de tensión y el de descarga y están vinculadas con las pulsiones en la medida en que reflejan el cumplimiento o el no cumplimiento de su meta, la satisfacción.²⁷³ Conduce necesariamente a una reacción activa por parte del niño respecto a las pulsiones que ahora habitan en él en busca de traducción, metabolización. Correspondería a la escisión entre los sistemas inconsciente y preconscious y entre representación y afecto. Momento del yo real definitivo y del narcisismo en cuanto acto psíquico. Sin embargo, la pasividad abandonada -la que supone sufrir la acción de una fuerza extraña -constituye al yo como agente virtual de la acción. Virtual dado que determinadas acciones vienen a señalar una realidad más allá del yo.

Así, la introducción del concepto de pulsión en la teoría psicoanalítica, a la vez que equivale a una ruptura con el pensamiento científico, da inicio a un proceso de transmutación de algunos de sus términos, así como de las bases mismas en que se asienta este concepto. Pero se trata de una ruptura relativa;

unido a los designios de la sexualidad, la supuesta “falta en ser” puede ser entendida como una de las fuentes mismas de la excitación sexual. Como señalan Botella y Botella (1995: 141), es “lo sexual lo que nos permite trascender nuestros impensables: falta, ausencia, diferencia...”

²⁷³ Un autor como Brenner (1987: 444-445), define estas primeras sensaciones de placer y de displacer como la matriz indiferenciada de la que, en lo sucesivo, se desarrollará una amplia variedad de afectos.

Freud se mantuvo en muchos aspectos atado al pensamiento científico de su tiempo. Si por un lado, este vínculo ha desembocado en la originalidad de sus ideas, sobre todo en lo que se refiere a la importación de modelos tomados de la biología, por otro lado refleja su constante inquietud teórica en asentar definitivamente las bases de su teoría de las pulsiones, no sin tener en cuenta que el movimiento que le empujaba a realizar estos ajustes teóricos iba en paralelo con el intermitente influjo de sus ideas hacia cambios estructurales en su teoría.

NB.: En lo que se refiere a los desarrollos posfreudianos del concepto de pulsión, los autores tienden a: 1º No reconocer el concepto de pulsión; 2º Reconocer el concepto de pulsión; 3º Reconocer el concepto de pulsión, pero proponiendo una evaluación sobre su origen endógeno y biológico y haciendo hincapié en el rol del objeto.

De tales tendencias, es posible vislumbrar diferentes líneas interpretativas, sea desde el punto de vista de la energía, de los modos de funcionamiento, de los principios reguladores. Los interrogantes sobre si la pulsión hace referencia a una expresión de la realidad psíquica o es un concepto metapsicológico, si hace referencia a la articulación entre pulsión y dimensión simbolizada, o si hace referencia al conflicto psíquico, se encuentran en estas tendencias ampliamente discutidas. Dichas líneas interpretativas, expresión misma de la expansión del psicoanálisis, se han desarrollado a partir de “tensiones de la teoría” freudiana (Sandler, 1983: 580), es decir, de aspectos del pensamiento de Freud que invitan a tal o cual posicionamiento. De ahí proviene la rotunda heterogeneidad de las líneas de pensamiento psicoanalíticas cuando cotejadas entre sí.

A partir de este orden de consideraciones, surge la necesidad señalada ya por Hornstein (1991: 24) y por Green (1987: 148) de averiguar si los reajustes ocurridos en materia pulsional están en el mismo ámbito que el de la teoría freudiana. Las líneas que siguen a continuación pretenden ensayar las sendas que van en esta dirección.

En la *primera* tendencia, el no reconocimiento del concepto freudiano de pulsión está vinculado con la polémica sobre su separación de la práctica clínica por traducirla sea en términos biológicos, sea como un *concepto* (metapsicológico). Se destacan del conjunto de autores:

- Fairbairn (1952) y Guntrip (1961), los representantes de un planteamiento radical de la Teoría de las Relaciones Objetales. Consideran la reflexión freudiana sobre las pulsiones limitada e insuficiente respecto a las relaciones de objeto y a las estructuras del yo: el hecho de comunicar al paciente la “naturaleza” de sus “instintos” no equivale a

“capacitarlo” en cómo manejarlas. En W. R. Fairbain (1952: 93-96).

- Kohut (1977), quien ha introducido la llamada Psicología del *Self*, considera la reflexión freudiana sobre las pulsiones insuficiente para tratar a los fenómenos psicológicos, en particular los “trastornos narcisistas de la personalidad”, fenómenos que según este autor requieren una “observación objetivo-empática” y la conceptualización del “sí-mismo participante”. En H. Kohut (1977: 61-70).

El reconocimiento teórico y clínico del concepto de pulsión en la *segunda* tendencia está estrechamente vinculado con la aceptación de su origen endógeno y biológico, tal y como ha sostenido Freud, pero se efectúan nuevas formulaciones y se desarrollan nuevas hipótesis. Se destacan del conjunto de autores:

- Melanie Klein (1932), quien funda la Teoría de las Relaciones Objetales. Emplea determinadas teorías freudianas de la pulsión en su sistema de pensamiento, tales como el dualismo entre pulsiones de vida y pulsión de muerte, pero excluye las pulsiones de autoconservación de su sistema de pensamiento. En M. Klein (1932). Para un desarrollo de este tema, véase D’Avila, A. Maladesky y A. Picollo (1983: 737-764).

- Hartmann (1948), uno de los principales representantes de la Psicología del Yo. En el afán de fundamentar científicamente el psicoanálisis no sólo reconoce el concepto de pulsión, a que éste autor llama de “impulsos” sino busca ampliarlo en consonancia con los desarrollos de la biología. En H. Hartmann (1948: 71-87). Asimismo, para un análisis detenido sobre el desarrollo de la *Trieb* freudiana en el marco de la Psicología del Yo, véase V. M. Andrade (1991: 91-108).

- Bowlby (1969), quien, siguiendo los presupuestos de la Psicología del Yo y partiendo de trabajos experimentales, introduce una nueva variedad de pulsión, la “pulsión de apego”. Pretende demostrar que el vínculo tierno entre el niño y la madre, aunque de orden pulsional, se perfila como diferente de las pulsiones clásicas. Según Bowlby, el apego del niño respecto a la madre se perfila como una tendencia primaria, diferente de la concepción según la cual el amor sería una tendencia secundaria, es decir, una consecuencia de la acción específica efectuada por el adulto. En J. Bowlby (1969: 353-467).

- Bion (1966), quien, partiendo de la Teoría de las Relaciones Objetales, establece una teoría sobre el pensamiento y la articula con el sistema pulsional. Introduce, también, tres variedades de pulsión, la “pulsión K”, la “pulsión L” y la “pulsión H”, que se refieren respectivamente al deseo de conocer, al amor y al odio encontrando, pues, otra alternativa respecto al esquema dualista freudiano. En W. Bion (1966: 27-32 y 103-113). Para un análisis detenido sobre la contribución de Bion en el desarrollo de la teoría de las pulsiones, véase F. Guignard (1994: 1619-1637).

Entre los autores que representan la *tercera* tendencia, la pulsión es empleada sistemáticamente y concebida como un principio fundamental de la vida psíquica. Sin embargo, partiendo de los textos de Freud, estos autores buscan asignarle un nuevo sentido, sea relativizando su origen endógeno y biológico, sea haciendo hincapié en la noción de “objeto”. Se destacan del conjunto de autores:

- Lacan (1964), en su propuesta de relectura de los textos de Freud, realiza significativas aclaraciones sobre la teoría de las pulsiones, buscando, sobre todo, *desgajarla* del dominio de la biología. También introduce dos variedades de pulsiones, a saber, la “pulsión escópica” y la “pulsión invocante”, correspondientes a las zonas erógenas de la mirada y de la voz. En J. Lacan (1964: 75-85 y 168-180).

- Laplanche (1992), con su concepto de “prioridad del otro”, establece una constante articulación entre lo pulsional intrapsíquico y lo cultural intersubjetivo y busca relativizar

el punto de vista genético. Este autor parte de la premisa base según la cual el lugar de lo biológico se perfila como un lugar de intersección de la Teoría de las Pulsiones. En J. Laplanche (1987a: 159).

- Green (1987), quien considera que si bien las pulsiones pertenecen al orden de los conceptos y se perfilan como entidades primeras, fundamentales (originarias) y, por lo tanto, nunca totalmente demostrables en la experiencia, tienen por finalidad esclarecer la experiencia y no pueden ser totalmente disociadas de ella. Esto le conduce a admitir que “el objeto es el revelador de las pulsiones”. En A. Green (1987: 159).

Ahora bien, es posible vislumbrar en estas diferentes maneras de “traducir” la *Trieb* freudiana en sus diferentes “dimensiones de significado” (Sandler, 1983: 582). Así, se hace necesario, señalar, al menos, las consecuencias teóricas de dichos posicionamientos. Partiendo de la tarea iniciada por Freud, los desarrollos psicoanalíticos han partido de tal o cual teoría de la pulsión. Tal es el caso de M. Klein, que al elegir el segundo dualismo pulsional (pulsiones de vida y pulsión de muerte), termina por dar importancia secundaria o, incluso, poco valor a las otras teorías pulsionales. En la misma línea, su planteamiento sobre la existencia de relaciones objetales desde la infancia, termina por sobreponerse a la Teoría de las Pulsiones. Aún así, la postura de Klein es muy distinta de la de Fairbairn y de Guntrip, que rechazan la Teoría de las Pulsiones en detrimento de una radical Teoría de las Relaciones Objetales. Kohut, a su vez, separa la reflexión metapsicológica de la clínica, e, incluso, define a la Teoría de las Pulsiones como “química inorgánica”. Así las cosas, vale advertir que tal rechazo, además de desmerecer el pensamiento de Freud, revela una rotunda resistencia en salir de las ambigüedades que se presentan en materia pulsional y en admitir la hipótesis freudiana sobre la sexualidad inconsciente. Como señala Green (1987: 158), la referencia a la pulsión es ineliminable ya que ésta es irreductible a una mera necesidad corporal y supone una exigencia de placer en la misma medida que esta necesidad.

Desde luego, estas críticas presentan dos ejes argumentativos, vinculados entre sí, que sugieren una necesaria revaluación de algunos aspectos de la teoría de las pulsiones introducida por Freud, a saber, la dimensión biológica y endógena de la pulsión y el papel del “objeto”. En cuanto al segundo eje, el rol del objeto, se mencionó que éste ha recibido una importancia primordial en el sistema de pensamiento propuesto por M. Klein y sus seguidores, hasta el punto de contraponerse con la Teoría de las Pulsiones. Sin embargo, existen autores que buscan compaginar la Teoría de las Pulsiones con la Teoría de las Relaciones Objetales. Tal es el caso de un autor como Kernberg (1977), quien reconoce la dimensión endógena y biológica de la pulsión, traduciéndola como “impulsos” o “tendencias”. Este autor teoriza las relaciones entre el yo y los objetos a partir de nociones tomadas de la biología y de la psicología al referirse al proceso de indiferenciación (“simbiosis”) entre la madre y el niño y de la progresiva relación de objeto (“interacción”). Ocurre, sin embargo, que su teorización tiende más hacia una reflexión psicológica que propiamente psicoanalítica. Estas mismas consecuencias se perfilan en la concepción del narcisismo, tal y como plantea Kohut, desgajado de la dimensión pulsional y la consecuente subordinación de las pulsiones al *self*. La sexualidad inconsciente, objeto por excelencia del psicoanálisis, asume un papel secundario y la reflexión misma sobre el narcisismo queda desgajada de las pulsiones. En lo que se refiere al primer eje, la dimensión biológica de la pulsión, encuentra especial desarrollo en la Psicología del Yo. Hartmann, uno de sus más significativos representantes, concibe, además, una zona autónoma del yo librada del influjo de las pulsiones y da primacía a los aspectos

adaptativos en detrimento de los sexuales, convirtiendo al yo en un órgano de adaptación a la realidad. Desgaja, así, la reflexión freudiana de las pulsiones de su aspecto central, la sexualidad inconsciente. Para un análisis detenido sobre la concepción de la sexualidad en el marco de la Psicología del Yo, véase V. M. Andrade (1996: 799-820). Y, aún los significativos trabajos experimentales (Bowlby), que si bien no hacen hincapié en la Teoría de las Relaciones Objetales, sí lo hacen a partir de los patrones de conducta y de interacción interpersonal, no incluyendo la dimensión intrapsíquica, no sólo presente en esta modalidad de relación interpersonal, sino también constitutiva de ella.

Así se perfilan el estado de la discusión sobre la dimensión biológica de la pulsión y del papel del objeto. Resumiendo: Desembocan en el establecimiento de teorías psicológicas más que propiamente psicoanalíticas y reflejan cierta resistencia a la sexualidad inconsciente. En efecto, no se trata exclusivamente de aproximar la pulsión a la experiencia, sino, además, de mantener su estatuto metapsicológico. Es con esta proposición que autores como Green y Laplanche desarrollan su línea de pensamiento. Laplanche, discute el origen de la pulsión bajo la óptica del “objeto-fuente” de la pulsión, que se construye a partir de las estimulaciones ejercidas de modo permanente y en el interior del sujeto por las representaciones-cosa reprimidas, haciendo hincapié en el origen exógeno y psíquico de la pulsión. Green, considerando que Freud ha subestimado el valor del objeto, propone desarrollar esta cuestión haciendo hincapié tanto en su papel en la cura psicoanalítica como en las relaciones transferenciales y contratransferenciales, no oponiendo las pulsiones al objeto, ya que es a través de éste (en sus alternativas de presencia y de ausencia) que la pulsión puede manifestarse. Esta modalidad de reflexión sobre el objeto encuentra sus raíces en el pensamiento de Bion que, al vincular las pulsiones K, L y H con la teoría de las emociones, desarrolla, así, uno de los niveles de la pulsión.

Por último, tal y como se ha discutido antes (véase II.1.2.), no se trata de eliminar los vínculos entre pulsión y biología tal y como lo hace Lacan, quien reduce la dimensión biológica a lo instintual. Tal y como se ha planteado antes, lo biológico es más amplio de lo que se supone en el psicoanálisis y, si bien asume un lugar metafórico en la obra de Freud, se hace necesario resituarlo en un lugar positivo, ya que la sexualidad es también una función adaptativa, tal y como advierte Laplanche (1993b: 10). Como quiera que sea, habría mucho que decir acerca de los desarrollos posfreudianos del concepto de pulsión, cuestión que será tratada en otro trabajo.

III. VIDA Y MUERTE: EL NUEVO DUALISMO PULSIONAL.

El giro teórico-clínico producido con el establecimiento del conflicto entre pulsiones de vida y pulsión de muerte, así como los designios de la pulsión de muerte (la compulsión de repetición, la agresividad y el principio de Nirvana como un régimen de fuerzas que supera el principio de placer) serán el telón de fondo de una reflexión sobre el advenimiento de la subjetividad en la que se mezclan biología e historia, modificando la esencia misma de la pulsión.

III.1. Variaciones teórico-clínicas que han dado lugar al establecimiento del segundo dualismo pulsional.

III.1.1. Texto y contexto de *Más allá del principio de placer* (1920g).

Los contornos de Más allá del principio de placer (1920g).

Más allá del principio de placer (1920g) inaugura una nueva fase del

pensamiento freudiano. Introducción de nuevos conceptos, de nuevas preocupaciones y de un modo peculiar de elaboración conceptual. El hecho notorio es que la introducción de un más allá del principio de placer constituye uno de los momentos clave del pensamiento de Freud y una de las muestras de cómo un nuevo concepto, la “pulsión de muerte” (*Todestrieb*), así como la búsqueda de su fundamento heurístico, han podido alterar el conjunto de la teoría.

Esto parecería sencillo si el pensamiento de Freud se ubicase dentro de un proceso de construcción lineal, de modo que la alteración del conjunto de la teoría con la finalidad de adecuarse al nuevo concepto ocurriese de modo lineal y equilibrado. Pero el psicoanálisis se construye más por los momentos de discontinuidad y ruptura que por una supuesta ilusión de armonía conceptual.²⁷⁴

Hablar sobre el concepto de pulsión de muerte es también hablar sobre el texto que la introduce: *Más allá del principio de placer* (1920g). Trabajo que no sólo mantiene la hipótesis dualista, sino que da un nuevo empuje a la noción misma de “conflicto” (*Konflikt*) con la oposición entre “pulsiones de

²⁷⁴ La palabra misma “construcción” (*Konstruktion*) en la teoría psicoanalítica supone tornar algo ajeno, discontinuo, sobredeterminado.

vida” (*Lebenstrieb*) y “pulsión de muerte” (*Todestrieb*). También amplía la perspectiva económica al introducir un régimen de fuerzas que supera el principio de placer, traslada el concepto de “compulsión de repetición” (*Wiederholungszwang*) hacia la perspectiva pulsional y trata por primera vez acerca del problema de la destructividad humana. Es un texto difícil. Teniendo en cuenta que el motivo por el que conduce a Freud a introducir una lucha encarnizada entre Eros y destructividad, los nuevos representantes del nuevo dualismo pulsional, fue el de reconocer el carácter demoníaco de las acciones humanas, teje todo el texto con consideraciones de orden biológico. En definitiva, de “especulaciones”, como él mismo las define. De ahí que las contradicciones de un texto como *Más allá del principio de placer* (1920g) constituyen las contradicciones de la “cosa misma”; subrayarlas supone más bien apoyarse en ellas, tal y como advierte Laplanche (1987: 31-32).

Considerando esta extraña paradoja que atraviesa *Más allá del principio de placer* (1920g), el objetivo inicial de la presente lectura será el de exponer tres proposiciones acerca de los antecedentes de este texto,²⁷⁵ para, de ahí,

²⁷⁵ Es posible también vislumbrar una cuarta proposición, a saber: *Más allá del principio de placer* (1920g) presenta como telón de fondo la reflexión metapsicológica sobre la pulsión y sobre sus destinos expuesta en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c), que constituirá la antesala de una verdadera apertura hacia la subjetividad en el núcleo del pensamiento freudiano: *El estrecho vínculo entre libido y crueldad y la ambivalencia entre sentimientos de amor y de odio*.

Como este tema fue tratado en el capítulo anterior (véase II. 4.2), se tratará de

presentar y discutir los referentes de la pulsión de muerte, así como el fundamento del nuevo dualismo pulsional. Contornos que pretenden subrayar las huellas del interés de Freud sobre la dimensión demoníaca, pero sin perder de vista el cambio de rumbo producido en el pensamiento freudiano con la

realizar aquí algunos señalamientos. Las huellas del interés de Freud sobre la agresividad, el sadismo y el masoquismo se encuentran esbozadas desde la primera edición de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d). En el ensayo titulado “Las aberraciones sexuales”, Freud define el sadismo como un componente que se ha independizado de la pulsión sexual asumiendo el protagonismo respecto a la meta sexual. En S. Freud (1905d: 143). Este tipo de razonamiento se relaciona con las consideraciones sobre la naturaleza de algunas pulsiones parciales, que en lugar de servir como preliminares en la consecución de la satisfacción genital, la obstaculizan. Dentro de esta perspectiva, el proceso de infligir dolor que culmina con la satisfacción es menos enigmático que el ser objeto de la acción violenta en la medida en que supone hallar una fuente placentera en el dolor. Freud prosigue en el desarrollo sobre la independencia de la “moción cruel” (*grausame Regung*) en relación con la sexualidad en el ensayo titulado “La sexualidad infantil” e incluye la posibilidad de que puede agregarse tempranamente. Sin embargo, su razonamiento apunta a la singularidad de las pulsiones parciales de crueldad y de ver, puesto que existe una suerte de influjos que impiden considerarlas independientes respecto a los componentes de la pulsión sexual. En S. Freud (1905d: 175, n. 33). Aunque este planteamiento fue suprimido en la tercera edición de los *Tres ensayos*, de 1915, es evidente el relieve de la “pulsión de ver” (*Schautrieb*) y de la “pulsión de crueldad” (*Trieb zur Grausamkeit*) respecto a las demás mociones crueles no nombradas. En 1915, reconoce que la independencia entre las mociones crueles y la sexualidad es relativa dado que existe una relación recíproca entre ambas en la organización genital. Dice Freud: “Nos es lícito suponer que la moción cruel proviene de la pulsión de apoderamiento y emerge en la vida sexual en una época en que los genitales no han asumido aún el papel que desempeñarán después. Por tanto gobierna en una fase de la vida sexual que más tarde describiremos como organización pregenital.” En S. Freud (1905d: 175). Con lo cual, se podría remitir a la dimensión cualitativa, de tal modo que las mencionadas clases de pulsiones quedarían libradas de una connotación puramente agresiva. Pero, como Freud señala en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c), desde el punto de vista de la pulsión vale más la *intensidad* de las excitaciones que la cualidad inherente a ellas puesto que el carácter cualitativo no se altera sea cual fuere la pulsión implicada. Estas consideraciones sirven para señalar, de entrada, el ambiguo lugar que la agresividad ocupa desde las primeras menciones de Freud sobre este tema.

Por otra parte, la lucha encarnizada entre Eros y destructividad, los nuevos protagonistas del segundo dualismo pulsional, se perfila como una de las variantes de la intuición básica freudiana respecto a los sentimientos de amor y de odio. Tema que también fue analizado en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c), como otro proceso del trastorno hacia lo contrario, además del giro de la pulsión de la actividad a la pasividad, definido como “trastorno en cuanto contenido” (*in die inhaltliche Verkehrung*).

introducción de la pulsión de muerte y de su sucesiva inclusión en el núcleo que compone la segunda tópica. Por lo tanto, apuntan directamente a un texto como *Más allá del principio de placer* (1920g) y a su estructura conceptual. De modo que, si bien es cierto que la trama conceptual sobrepasa las fronteras del texto y demanda una aproximación histórica, problemática y crítica (Laplanche: 1986: 16-17), de igual manera es lícito afirmar que el texto mismo, *Más allá del principio de placer* (1920g), constituye, respecto al conjunto de los textos de Freud, un momento de giro: a la vez que se afirma en la diversidad de sus enunciados también aporta algo nuevo. Pero sin que esto impida a Freud subrayar su insatisfacción misma respecto a la teoría de las pulsiones ya que reconoce su carácter oscuro. Con este proceder, Freud termina por *hacer historia* de su propio pensamiento.

Primera proposición: Más allá del principio de placer (1920g) está ubicado en un marco temporal específico: es testigo tanto del giro teórico-clínico emprendido ante la necesidad de reformular la dinámica conceptual del psicoanálisis, como respecto a la experiencia subjetiva de Freud con relación a los hechos de la guerra.

Los hechos de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y sus devastadoras

consecuencias producen una fuerte impresión en Freud. No sólo porque la guerra había invadido su hogar desde sus comienzos, ya que sus hijos varones habían participado en la batalla, o porque la causa psicoanalítica se veía comprometida tanto por el reclutamiento de una gran parte de sus discípulos médicos como por la reducción del número de pacientes, sino porque sus suposiciones sobre el comportamiento de los pueblos se confirmaban en este hecho tan desalentador. Desde luego, Freud se quedó turbado con el degradante espectáculo de la violencia humana, sin límites y potencialmente capaz de destruirse a sí misma en acciones como las que sucedían en Europa en el referido periodo. La ausencia de frontera entre barbarie y civilización rompía con la supuesta ilusión de que el progreso de la cultura y la influencia de la educación triunfarían sobre los intentos de degradar a los bienes de la humanidad. En efecto, no sólo la noción de progreso se había derrumbado con esta masacre, sino también la neutralidad científica, el bien más precioso de la ciencia, mostraba sus límites. La aventura del conocimiento, de la cual Freud era uno de sus más fieles servidores, se veía comprometida ya que el exagerado afán nacionalista encontraba en el saber científico un instrumento potencialmente capaz de sojuzgar al enemigo, tarea llevada a cabo a partir de los mismos criterios con los que la ciencia había erigido un saber útil para la humanidad. Ante esta constelación, el resultado no es más que una rotunda decepción y la necesidad imperativa de acercarse más al enigma de la

muerte.²⁷⁶ Enigma que conduce a la reflexión sobre el lugar mismo que la muerte ha ocupado en su vida y en su obra.²⁷⁷

Desde luego, su reflexión teórica testifica explícitamente los impactos de la guerra.²⁷⁸ Pero más allá de posicionarse como un mero comentarista, Freud relaciona estos temas con su teoría de las pulsiones. Temas que, anudados a algunas cuestiones fundamentales de su práctica clínica, pendientes desde

²⁷⁶ Asimismo, sobre este periodo en la vida de Freud, Gay (1988: 388-404) ofrece un detallado relato.

²⁷⁷ La muerte de la primera esposa de su padre y la de su hermano Julius en abril de 1858, con siete meses de edad, dejarán profundas huellas en Freud, que cobrarían importancia a posteriori. En la misma línea, la muerte de su padre, Jacob Freud, en octubre de 1896, será uno de los móviles que le hicieron emprender un duro trabajo de duelo, fundamental en su autoanálisis. También, en este periodo de su vida, eran frecuentes los temores sobre su estado de salud y sus angustias de muerte, tal y como revela la serie de cartas que componen su relación epistolar con Fliess. Como vida y obra caminan en un mismo sentido, vale subrayar que uno de los descubrimientos de su autoanálisis fue la ambivalencia de sentimientos respecto a la figura paterna y el complejo de Edipo. Más recientemente Ribas (1996: 7-14) ha tratado sobre estos temas.

²⁷⁸ Conmoción que le llevaría a pronunciar una conferencia el 16 de febrero de 1915 titulada “Nosotros y la muerte” (1990) y a escribir “De guerra y muerte. Temas de actualidad” (1915*b*). Según Freud, la decepción ante la guerra viene de la “ínfima eticidad demostrada hacia el exterior por los Estados que hacia el interior se habían presentado como los guardianes de las normas éticas, y la brutalidad en la conducta de individuos a quienes, por su condición de partícipes en la más elevada cultura humana, no se los había creído capaces de algo semejante.” En S. Freud (1915*b*: 282). Lo que sucedía tampoco justificaba el comportamiento en los tiempos de paz: “¿Por qué los individuos-pueblos en rigor se menosprecian, se odian, se aborrecen, y aun en épocas de paz, y cada nación a todas las otras? Es bastante enigmático. Yo no sé decirlo”. En S. Freud (1915*b*:289). Reflexiones que sólo presentarían una solución de continuidad con el planteamiento sobre la muerte: “¿No sería mejor dejar a la muerte, en la realidad y en nuestros pensamientos, el lugar que por derecho le corresponde, y sacar a relucir un poco más nuestra actitud inconsciente hacia ella, que hasta entonces hemos sofocado con tanto cuidado?” En S. Freud (1915*b*: 301).

1910, constituirán una verdadera apertura hacia la subjetividad en el seno mismo de su pensamiento.²⁷⁹

En efecto, este momento de discontinuidad en la teoría psicoanalítica, caracterizado por el reconocimiento de la dimensión demoníaca, no es sino el resultado de un proceso de cambio que había sido engendrado por la necesidad de reorganizar algunos de los enunciados teóricos y clínicos. El dualismo entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas se mostraba insuficiente para explicar la investidura libidinal de las segundas, cuestión que el concepto de “narcisismo” (*Narzissmus*) vino a manifestar de modo rotundo. Desde luego, algo muy profundo se producía en estos años de paulatina puesta de lado del primer modelo pulsional y que, consecuentemente, imposibilitaba la mención cabal acerca de la oposición entre yo y sexualidad.

La clínica también sugería o demandaba un estatuto metapsicológico para algunos fenómenos que desde mucho antes preocupaban a Freud y que, si bien al principio algunos de ellos eran considerados como serios obstáculos para la cura, una reflexión más detenida los convirtió en aliados del trabajo de acuerdo con el manejo que se hacía de ellos en la transferencia.

²⁷⁹ Para una panorámica sobre el advenimiento de la subjetividad en el marco que componen los trabajos de Freud sobre la guerra y la muerte, véase E. Chamorro (1991:

- La “ambivalencia” (*Ambivalenz*) de sentimientos, el “sadismo” (*Sadismus*) y el “masoquismo” (*Masochismus*), la degradación del objeto sexual y la culpabilidad.
- La “reacción terapéutica negativa” (*negative therapeutische Reaktion*) del paciente en el proceso analítico tras una mejoría, fenómeno que revelaba una cierta “ganancia en la enfermedad” (*Krankheitsgewinn*) y una paradójica elección más hacia el sufrimiento que hacia la cura.
- La “compulsión de repetir” (*Wiederholungszwang*), en la relación transferencial, de recuerdos olvidados.

Si bien estos fenómenos estarían insertados en una teoría de la “rememoración” (*Rück Erinnerung*),²⁸⁰ adquieren una nueva perspectiva tras la

109-126).

²⁸⁰ El establecimiento de la hipótesis sobre los procesos psíquicos inconscientes compromete decisivamente la técnica analítica. Prueba de ello es la introducción de la categoría de “realidad psíquica” (*psychische Realität*) para dar cuenta de la dimensión fantasmática. Pero aun con el “abandono” de la teoría de la seducción o la necesidad de ampliar la noción de “trauma psíquico” (*psychische Trauma*) y el énfasis en las fantasías y, aún más, pese al cambio de la “hipnosis” (*Hipnosis*) por la “asociación libre” (*freie Assoziation*), produciendo la sustitución de la abreacción por el gasto de trabajo en el cumplimiento de la regla fundamental, el psicoanálisis se definía como teoría de la rememoración o, por lo menos, intentaba sostenerse como tal a falta de un supuesto que indicase otra dirección.

introducción del concepto de “repetición” (*Wiederholung*) desde el punto de vista psicoanalítico. En “Recordar, repetir y reelaborar” (1914g), Freud eleva a rango de concepto los hechos de repetición observados en la clínica y establece una relación dialéctica entre repetición y rememoración. El recuerdo no pretende necesariamente volver hacia un pasado cronológicamente determinado.²⁸¹ De modo que la repetición destaca un *pasado actual*. Es la relación transferencial, surgida en el proceso de cura, la que permite el desciframiento de los síntomas como unos poderes actuales en lugar de episodios históricamente determinados (1914g: 153).²⁸² Así, pues, la “compulsión de repetir” (*Wiederholungswang*) sustituye al impulso a recordar: el paciente en lugar de recordar, actúa (1914g: 152).

²⁸¹ “Rememorar a partir de la repetición es aprehender la realidad histórica ubicada en la profundidad del pasado como habiendo sido un presente.” En L. Hornstein (1990: 183-184).

²⁸² Vale subrayar que si antes Freud consideraba la transferencia como un obstáculo en la relación terapéutica, ahora constituye el medio en el cual se establece la hipótesis sobre la realidad psíquica y se acerca más a la repetición y al recuerdo. Para una panorámica sobre el desarrollo del concepto de transferencia en la obra de Freud, véase C. J. Rezze (1997: 137-166).

Segunda proposición: Más allá del principio de placer (1920g) debe ser tomado como un eslabón dentro de una cadena de escritos, “Pegan a un niño” (1919e) y “Lo ominoso” (1919h), escritos prácticamente en el mismo periodo que Más allá del principio de placer (1920g) y que, de igual modo, apuntan hacia el destronamiento del principio del placer.

“Pegan a un niño” (1919e) presenta la singularidad de reanudar y confirmar clínicamente el circuito de la “pulsión de apropiación” (*Bemächtigungstrieb*) expuesto en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c) y de acompañar la introducción del segundo dualismo pulsional. Trata sobre la fantasía de flagelación que, en última instancia, será la confirmación clínica sobre la relación entre libido y crueldad con la erotización del dolor, lo que paulatinamente dará lugar en la obra de Freud a la hipótesis sobre el “masoquismo erógeno” (*erogenen Masochismus*) y de su simetría con el advenimiento de la fantasía y de la sexualidad. De modo que la lectura que sigue a continuación propone situar la reflexión freudiana sobre la relación entre libido y crueldad en los momentos de formulación del segundo dualismo pulsional.

Freud divide esta fantasía en tres tiempos:

- *Un semejante que yo odio es azotado,*
- *yo soy azotado,*
- *el otro es azotado.*

El interrogante ¿Por qué un niño es azotado?, permite acceder al momento en que prevalecen mociones crueles hacia los que cumplen la función de rival para el niño. El comienzo fue una *acción* marcada por “intereses egoístas” (1919e: 184) del niño, pero dentro de un enredo, de una trama que adquiere significación en la medida en que la competencia montada por el sujeto respecto al “semejante” demanda la existencia de un tercer elemento en juego, el padre. El padre se figura como omnipotente puesto que regula y ordena los influjos emanandos por este “complejo fraterno” (*Geschwisterkomplex*). Se trata de un momento anterior a lo sexual propiamente dicho, relacionado con las funciones adaptativas, por lo tanto, agresivo (Laplanche, 1970: 135); son influjos placenteros no simbolizables pero en vías de asumir una significación para el sujeto fantaseador. “No indudablemente sexual, no sádico tampoco, pero sí el material desde el cual ambas cosas están destinadas a nacer después” (1919e: 184-185).

El padre es el sujeto azotador en todos los momentos con la diferencia de que

en el tercer tiempo se abre la posibilidad de que sean otras figuras de la misma serie paterna. En el primer y en el tercer tiempo, el azotado es el *otro* niño, mientras que en el tiempo intermedio es el portador de la fantasía. El paso del primer al segundo tiempo es sellado por una diferencia radical en la medida en que ya no se trata de un recuerdo del paciente sino de una construcción en análisis. La representación-fantasía inconsciente se ubica en el segundo tiempo -yo soy azotado- y expresa de forma regresiva la fantasía de un placer sexual obtenido por la mediación del padre. En efecto, es el padre quien azota al niño fantaseador. Amor y culpa reunidos producen la primera turbación psíquica: culpa por las mociones crueles dirigidas hacia el intruso en el circuito parental; culpa porque el sujeto mismo se ha convertido en un intruso. Demanda de amor en la posición de sufridor por identificación con el semejante del primer tiempo, de tal suerte que sufrir dolor entra en la misma serie que ser amado. Busca de reconocimiento al exculparse en el dolor -su erotización- por su amor incestuoso y para, a fin de cuentas, representar algo para el deseo parental aunque sea en la posición de sufridor. Momento masoquista que, según Laplanche (1970: 135), es correlativo al advenimiento de la fantasía y del inconsciente, coincidiendo con el segundo momento del circuito de la pulsión que da cuenta de la génesis del sadomasoquismo, -apropiarse-, por tratarse de la vuelta hacia la persona propia.²⁸³

²⁸³ Desde el punto de vista subjetivo, el paso del primer al segundo tiempo se

El tercer tiempo *-el otro es azotado-* reluce por su indeterminación; ya no se refiere al “semejante” de la primera fase que demandaba una *acción* aniquiladora, sino a otro sujeto desconocido (no familiar). Lo confesado se resume en una frase de asombrosa indeterminación: “Pegan a un niño” (*Ein Kind wird geschlagen*). Freud insiste y obtiene la siguiente exteriorización del paciente: “‘Probablemente yo estoy mirando’” (1919e: 183). Parecería, pues, un sujeto espectador que se quiere neutral, no comprometido con la plasmación de una escena que él mismo ha creado. Pero, según Freud, si bien la forma de esta fantasía es sádica, su contenido es masoquista, puesto que el otro azotador es sustituido por la persona del fantaseador.

En “Lo ominoso” (1919h) queda perfilada la hipótesis según la cual la

caracteriza por desengaños y desilusiones sufridos por el niño en lo que se refiere al amor paternal, a la par que la organización genital recién alcanzada es reprimida por disponer de objetos sexuales incestuosos. Entre tanto, resulta extraño, cuando no paradójico, ubicar la conflictiva edípica en un momento de la fantasía de flagelación caracterizado como no sexual (agresivo), en definitiva, compaginar el predominio de las funciones adaptativas con el complejo de Edipo, ya que si así fuera esta conflictiva estaría ubicada en un tiempo anterior al de la sexualidad. Estas consideraciones apuntan a la posibilidad que exista un registro simbólico previo en el que se instaurará el masoquismo, precisamente el registro de la ternura y que sería resignificado *a posteriori* (en el tiempo sexual), con el complejo de Edipo.

repetición se constituye como tendencia al retorno, además de plasmar varias líneas de desarrollo que atraviesan el pensamiento freudiano desde sus orígenes y que confluyen en el supuesto de una “compulsión de repetición” (*Wiederholungszwang*) como característica de la pulsión de muerte. La presente lectura se limitará a exponer los ejes centrales de “Lo ominoso” (1919h) en los que sea posible vislumbrar los antecedentes del giro producido en 1920, con la introducción del segundo dualismo pulsional.

De modo general, “lo ominoso” (*Das Unheimlich*) es la manifestación de algo destinado a permanecer oculto por obra de la represión y que, por consiguiente, se relaciona con el vivenciar sexual infantil, más precisamente con el proceso de constitución del yo. El retorno de lo que se constituía como “familiar” (*Heimlich*) y que adviene a la conciencia, a pesar del retorno de lo reprimido, como “ominoso” (*Unheimlich*) y doblega el imperio del principio del placer por afianzarse en lo más pulsional, la pulsión de muerte.

Fantasía y realidad se confunden “cuando aparece frente a nosotros como *real* algo que habíamos tenido por fantástico, cuando un símbolo asume la plena operación y el significado de lo simbolizado” (1919h: 244), en definitiva, cuando la realidad psíquica predomina sobre la realidad material, actualizando el rasgo ominoso que marca el advenimiento del sujeto, a saber, el

“desvalimiento” (*Hilflosigkeit*) infantil. El deseo se entrama en este razonamiento puesto que su realización es ominosa: el deseo a la vez que se presenta como el bien más precioso del sujeto y el que le garantiza acceder al mundo de los parlantes es, paradójicamente, su mayor pesar. El sujeto se ve actuar contra su propio yo, al buscar un orden de satisfacción -la realización del deseo- que atente contra su propia dicha. No se trata del placer hedonista del principio del placer, sino de la “ganancia de placer” (*Lustsgewinn*), es decir, del resto sobrante de la articulación entre principio de placer y principio de realidad que escapa a la pretendida homeostasis y que apunta hacia un más allá del yo, hacia un más allá del principio del placer.²⁸⁴

De este modo, se revelan elementos esenciales que serán el sustrato de la reflexión sobre la pulsión de muerte, insertados dentro de una dimensión más subjetiva: la ambivalencia entre amor y odio, el sufrimiento, el dolor psíquico erotizado, el desvalimiento psíquico... La vida sexual infantil, destinada a la represión, está marcada por un doloroso desengaño cuyo resultado es una herida narcisista permanente que se reactualiza con el retorno de lo reprimido.

Sin embargo, lo que la insistencia y persistencia de las mociones sexuales infantiles en busca de satisfacción reactualiza es la experiencia de desilusión;

²⁸⁴ Asimismo, para una panorámica de las posibles líneas de desarrollo que se derivan de un texto como “Lo ominoso” (1919*h*), véase G. Gutiérrez (1993: 127-139).

bien sea la nostalgia de una satisfacción plena y del encuentro con el objeto, bien sea la imposibilidad de alcanzarlo y superarlo. Parece, pues, abrirse un hueco en su reflexión teórico-clínica hacia la subjetividad, concebida, desde luego, como un verdadero drama. Teniendo claro que lo dramático parecería ser no sólo el proceso de advenimiento del sujeto, sino también la tendencia a empujar a este mismo sujeto hacia el estado originario de desvalimiento, “el permanente retorno de lo igual” (*die beständige Wiederkehr des Gleichen*), tal y como lo plantea Freud (1919h: 234). Es desde este orden de consideraciones que la compulsión de repetición adquirirá su carácter estructural.

Tercera proposición: Más allá del principio de placer (1920g) será la culminación del interés de Freud sobre los orígenes; interés que une trabajo clínico y reflexión metapsicológica por la importancia de la función de la resistencia y sobre la teoría de la represión.

Es sabido que la función de la “resistencia” (*Widerstand*) adquiere una prioridad creciente en el pensamiento freudiano.²⁸⁵ Freud viene a señalar su estrecha relación con la repetición en la transferencia: el analizado repite un

²⁸⁵ Sobre este tema, véase dos de los seminarios repletos de ideas de Consentino (1994: 182-215), cuya lectura y análisis sirvió para algunas de las reflexiones que se desarrollan aquí.

fragmento de su pasado olvidado porque se resiste a revelar lo que le resulta displacentero. Son estos descubrimientos los que le conducen a revisar la teoría de la represión para de ahí considerarla en “Introducción del narcisismo” (1914*d*) como “el pilar fundamental sobre el que descansa el edificio del psicoanálisis” (1914*d*: 15).

En la transferencia hay un retorno de lo reprimido por vía de desplazamiento de la investidura. Por un lado, existe la *resistencia*; por otro, un *punto de carencia* en esta cadena asociativa, algo que no se puede decir porque la representación originalmente reprimida no forma parte.

Sobre este propósito, en el trabajo titulado “La represión” (1915*d*) están esbozadas tres fases del proceso represivo. Texto en el que Freud introduce la hipótesis acerca de la “represión primordial” (*Urverdrängung*), definida como un proceso de fijación del “representante psíquico” (*Psychischerepräsentanz*) de la pulsión y la separación originaria entre “representación” (*Vorstellung*) y “afecto” (*Affekt*). Dado que sólo se conoce la represión propiamente dicha por el retorno de lo reprimido, es decir, por los síntomas, sueños, actos fallidos, etc., Freud desarrolla el supuesto según el cual será la represión primordial misma la que asegura el retorno de lo reprimido. Es a medida que se instaura esta represión primordial que la investidura despojada de su representante

psíquico se desplaza, circula y permite el enlace entre representaciones hacia la conciencia. Sin embargo, aunque sea la base para la continuidad del proceso represivo, la representación originalmente reprimida jamás accederá a la conciencia en estado puro y sólo ingresa en el campo de la conciencia a modo de retoños sustitutivos (1915*d*: 143).

De modo que la represión se mantiene porque se asegura contra la emergencia de la representación reprimida mediante la investidura de la sustitutiva. En estas condiciones, lo reprimido retorna en la relación transferencial e indica que en lo que atañe a los síntomas, actos fallidos, sueños, etc., el trabajo de interpretación no encuentra solución de término. La separación originaria entre representación y afecto funda el sistema inconsciente, tanto porque la represión primordial es condición para el desplazamiento de la investidura, como porque en la cadena asociativa habrá un espacio indicando que lo originariamente reprimido ha quedado fuera del encadenamiento que establece el retorno de lo reprimido. De ahí que todo lo reprimido sea inconsciente.

En la misma línea, en “Lo inconsciente” (1915*e*: 161) Freud advierte que si bien todo lo reprimido es inconsciente, no todo el inconsciente es reprimido dado que no toda la investidura pulsional se inscribe en el aparato. La insistencia de lo reprimido equivale a la “sobredeterminación”

(*Sobredeterminiert*) del síntoma. Siempre habrá un “nudo” en el síntoma que no se somete al trabajo de “reelaboración” (*Durcharbeiten*), que a su vez se conecta con la resistencia y con la repetición del síntoma. Sin que el analizado lo sepa, lo reprimido inconsciente *insiste* bajo múltiples formas.

¿De dónde viene la resistencia? En *Más allá del principio de placer* (1920g), Freud advierte que la resistencia no proviene del inconsciente reprimido, puesto que el inconsciente no ofrece resistencias sino que *insiste*, refleja la fuerza constante de la pulsión, un esfuerzo que se manifiesta en una compulsión a repetir. La resistencia proviene de los estratos superiores del aparato psíquico, es decir, de procesos y sistemas que han sufrido la transmutación de energía libre en ligada. Ahora bien, es precisamente esta “fuerza constante” (*konstant Kraft*) de la pulsión de modo compulsivo y repetitivo la que demandará una economía más allá del principio del placer.

III.1.2. La ampliación del punto de vista económico.

La función homeostática del principio del placer y su relación con la fuerza que le supera.

Se puede decir que existen dos momentos del “principio de placer” (*Lustprinzip*). El primero relacionado con su supremacía respecto a los procesos que rigen el aparato psíquico. Entre tanto, la lógica que deriva el “principio de placer” (*Lustprinzip*) del “principio de constancia” (*Konstanzprinzip*) es relativa puesto que la simetría entre ambos principios existe sólo en el sentido de que el placer logrado obedece a la ley de la menor tensión. Por otra parte, la “fuerza constante” (*konstant Kraft*) de las pulsiones sexuales hacia la satisfacción introduce un *más allá del principio de constancia*: la homeostasis del organismo es quebrada, desde adentro, por las mismas pulsiones sexuales e introduce el *placer de desear*.²⁸⁶

No obstante, en *Más allá del principio de placer* (1920g) Freud introduce una ley de funcionamiento psíquico más primitivo que el principio de placer, la compulsión de repetición, a partir de la simetría entre principio de placer y

²⁸⁶ Como advierte Consentino (1994: 200), de este planteamiento se deriva el supuesto según el cual el aumento de la tensión puede ser placentero, lo que este autor llama *tensión del deseo*. En este mismo orden de consideraciones y retomando la oposición entre autoconservación y sexualidad, Laplanche (1980c: 57) establece la distinción entre el placer de la autoconservación y el placer de la sexualidad: el primero equivaldría al principio de constancia ya que su finalidad es mantener la homeostasis del organismo mientras que el segundo, carente de una meta que impulsaría el equilibrio, se aproximaría más a la descarga a nivel cero, de por sí imposible de ser lograda y que, por lo tanto, se sostendría por la tensión del deseo. De ahí resulta la ambigüedad del principio de placer. Ocurre, pues, que el organismo al que Freud se refiere es el yo, de modo que, desde esta perspectiva, autoconservación y sexualidad pertenecen a una misma serie o, mejor dicho, las funciones de autoconservación *derivan* -mediante el apuntalamiento- de la pulsión sexual. Como quiera que sea, estas diversas formas de entender las relaciones entre ambos principios no alteran la supremacía del principio de placer.

principio de constancia, es decir, a partir de la ley del placer por la disminución de la tensión. En efecto, Freud redefine el principio de constancia con relación al principio de placer. Parte de la hipótesis de que “el decurso de los procesos anímicos es regulado *automáticamente* por el principio de placer” (1920g). Para luego enseguida agregar que la serie placer-displacer es la “cantidad de excitación presente en la vida anímica - no-ligada de ningún modo -” de manera que “el displacer corresponde a un incremento de esa cantidad, y el placer a una reducción de ella” (1920g: 7-8).

El principio de constancia deriva de esta *tendencia*, puesto que es una *función*, inherente al principio de placer, “de hacer que el aparato anímico quede *exento* de excitación, o la de mantener en él *constante*, o en el nivel *mínimo* posible, el monto de la excitación” (1920g: 60). La “compulsión de repetición” (*Wiederholungszwang*) aparece como realidad no sometida al principio de placer. En este sentido, “más allá” del principio de placer, como algo que escapa a la pretendida homeostasis o que, desde otra perspectiva, apunta hacia el predominio de lo displacentero en tanto que compulsivo.

Con la entrada en escena del concepto de “narcisismo” (*Narzissmus*), la sexualidad ha dejado de ser no-ligada, un cuerpo extraño, por así decirlo, y surge como parte integrante del yo, condición necesaria para su constitución.

La afirmación según la cual parte del yo es inconsciente (1920g: 19) indica que también funciona bajo las leyes del proceso primario o que contiene en su núcleo energías no-ligadas psíquicamente. Pero, por otra parte, el conflicto de fuerzas, de atracción y repulsión, señala que así como el yo no se defiende totalmente de la fuerza constante de las pulsiones sexuales, el principio de placer, modo de funcionamiento de estas últimas, constituye la prueba misma de la existencia de otra fuerza que le supera.

Deslizamientos de sentido del concepto psicoanalítico de repetición. Repetición y principio del placer.

El principio de placer cumple su función homeostática cuando el sujeto *repite* experiencias placenteras. El niño pide al adulto que relate las mismas historias y exige fidelidad en el relato; la repetición fidedigna es fuente de placer. En cambio, el adulto encuentra placentero lo novedoso, de modo que un chiste repetido así como una película vista dos o más veces no produce el mismo efecto placentero engendrado en el primer encuentro con lo novedoso, el encuentro por excelencia (1920g: 35). En la misma línea, la *tensión del deseo* -la otra cara del principio de placer-, de por sí imposible de ser colmada, encuentra satisfacción en el encuentro con el objeto aunque se trate de una

satisfacción que nunca apacigua del todo tal tensión.

La repetición también está conforme con el principio de placer en lo que atañe a ciertas vivencias o impresiones desagradables. Los sueños de angustia, aunque generan displacer, son unos cumplimientos de deseo de una instancia crítica -la “conciencia moral” (*Gewissen*)²⁸⁷ existente en el yo (1920g: 32). También el juego infantil puede transmutar una vivencia displacentera en fuente de placer; el niño repite en el juego una vivencia displacentera, asume la posición activa para elaborar una experiencia en la que ha participado pasivamente, adueñándose de la situación en vez de ser invadido por ella (1920g: 16-17).

Así, pues, la repetición está conforme con el principio de placer tanto cuando evoca vivencias placenteras como en las impresiones que conllevan a un displacer. No obstante, la repetición *también* manifiesta lo que no ofrece ninguna posibilidad de placer. La pregunta puede formularse en estos términos: ¿Es posible mantener la hipótesis del “principio de placer” (*Lustprinzip*) como principio general de la vida psíquica cuando se encuentra ante hechos que hacen pensar en la insistencia y en la persistencia del

²⁸⁷ Que a partir de la segunda tópica será llamada “superyó” (*Über-Ich*).

inconsciente en la labor de acceder al dominio consciente, aun generando displacer al yo? ¿Cabe responder que, en tales casos, se trata de un displacer *tópico*, y, en ese sentido lo que es displacentero para un sistema puede ser placentero para otro? No se contradice con el imperio del principio de placer, pues está limitado a una de las instancias psíquicas y sirve al propósito más general de evitar un displacer generalizado (1920g: 20). Fue necesaria la construcción de la noción de “ganancia de placer” (*Lustsgewinn*) unida al displacer, a propósito de la reflexión sobre el juego infantil,²⁸⁸ para que Freud redefiniera otra clase de repetición, distinta de la que está gobernada por el principio de placer: la compulsión de repetición.

En el análisis que Freud realiza sobre el juego del Fort-da no es posible ligar el principio de placer al principio de constancia, ya que lo que está en cuestión es más el principio del placer como tensión del deseo, placer de desear, que el equilibrio homeostático propiamente dicho. El placer del juego proviene de la fuerza constante de la pulsión, de sostener el deseo en el circuito que va del *Fort* al *da* y que por este movimiento mismo introduce una ganancia de placer proveniente de otra fuente, independiente del principio de placer (1920g: 17).

²⁸⁸ Dice Freud a propósito del juego del *Fort-Da*: “ese esfuerzo repitió en el juego una impresión desagradable, ello se debió únicamente a que la repetición iba conectada a una ganancia de placer de otra índole, pero directa.” En S. Freud (1920g: 16).

Pero, en el juego del Fort-da no hay fracaso de ligadura. La función de este juego es, pues, la de ligar la excitación de las pulsiones y con eso instaurar, no sin displacer, el placer de la repetición como ganancia de placer. Amortigua algo de displacer.

En cambio, *en los sueños de los neuróticos traumáticos* hay fracaso de ligadura. En este caso, el displacer y la exigencia pulsional irrumpen ante la invasión de una considerable cantidad de estímulo en un yo incapacitado para elaborar la situación traumática por el estado de sorpresa en que se encuentra.

Es esto lo que la formulación de una compulsión de repetición en consonancia con la “pulsión de muerte” (*Todestrieb*) viene a manifestar, lo asombroso, lo que no ofrece ninguna posibilidad de placer ni en el momento en que fue engendrado ni en su plasmación en el quehacer consciente (1920g: 21). Ya no se trata de un displacer tóxico. El conflicto de fuerzas señala que el yo no puede tramitar la fuerza continua de las pulsiones sexuales hacia la satisfacción, pero aún menos de lo que viene a atentar contra su bienestar y que se sitúa más allá del principio de placer. De ahí el carácter compulsivo de la repetición, su presentación como algo “más elemental, más pulsional que el principio de placer que ella destrona” (1920g: 23).

III.2. Designios de la pulsión de muerte.²⁸⁹

III.2.1. El primer designio de la pulsión de muerte: La compulsión de repetición.

El vínculo entre la noción de trauma con la pulsión de muerte o la compulsión de repetición concebida como exceso y como retorno hacia lo inorgánico.

La “compulsión de repetición” (*Wiederholungszwang*) se perfila como una de las tendencias de la repetición elaborada inicialmente desde la clínica para, en un segundo momento, ser trasladada hacia la teoría de las pulsiones, adquiriendo, por lo tanto su estatuto metapsicológico.²⁹⁰ Ocurre, pues, que en

²⁸⁹ Se emplea el término “designios de la pulsión de muerte” ya que se concibe la compulsión de repetición, el principio de Nirvana y la agresividad como derivados o referentes de la pulsión de muerte.

²⁹⁰ Convendría, desde luego, hacer hincapié sobre la variedad de definiciones sobre el concepto de “compulsión” (*Zwang*). En un interesante trabajo sobre este concepto, Assoun (1994: 347) advierte que no es necesariamente lo mismo decir que la repetición actúa *en* las compulsiones, como atestigua la compulsión en la neurosis obsesiva, que postular *una* compulsión de repetición de carácter estructural. “En efecto, parece que, definida primero como un ‘hecho’ psicopatológico releído por los procesos inconscientes (en un *primer régimen*, originario del pensamiento freudiano), se vio reconocida, vía neurosis obsesiva, una verdadera *praxis compulsional*, reveladora de una dinámica de la represión y de la culpabilidad (*segundo régimen*)- no solamente como ‘hecho’, sino verdadera ‘causalidad psíquica’ [ya que separa la estricta equivalencia entre obsesión y síntoma compulsivo y la ubica en la dinámica misma de la causalidad psíquica]; y por último como una *estructura* que replantea los postulados mismos de la teoría del

el razonamiento sobre la compulsión de repetición expuesto en *Más allá del principio de placer* (1920g), Freud introduce otra variante de este concepto, la biológica. La compulsión de repetición será definida, entonces, como “exceso” (*über*) y como “retorno hacia la quietud de lo inorgánico” (*zur Ruhe der anorganischen Welt zurückzukehren*). Entra en escena el empleo de modelos tomados de la biología para dar cuenta de un concepto derivado, en última instancia, de la observación clínica. Desde luego, tal como se trató de analizar en el capítulo anterior, esta cuestión no es una novedad en el desarrollo de las ideas de Freud; muestra su perspicacia para importar modelos de otras disciplinas transformándolos en metáforas. Aún más, parecen contraponerse dos líneas de abordaje sobre la compulsión de repetición: la primera estaría relacionada con el estrecho vínculo entre compulsión de repetición y pulsión de muerte; la segunda, derivada directamente de su observación clínica hace hincapié no sólo en el vínculo que esta compulsión mantiene con la pulsión de muerte, sino también con la pulsión de vida.

Dado que en *Más allá del principio de placer* (1920g) la ley de la menor tensión constituye el marco teórico que deriva el principio de placer del principio de constancia para así introducir una fuente independiente del

inconsciente por la ‘compulsionalidad’ (*tercer régimen*).” En P.- L. Assoun (1994: 336).

principio de placer, ¿cuál es la función de la compulsión de repetición? Para dar cuenta de este interrogante, Freud recurre a las nociones de Breuer sobre “energía libre” (*freie Energie*) y “energía ligada” (*gebundene Energie*).²⁹¹

Establece una situación hipotética en la que una *vesícula viva*, receptora tanto de estímulos externos como internos, forma en el curso del desarrollo un escudo protector contra cantidades de estímulo que atentan contra el organismo. Esta “protección antiestímulo” (*Reizschutz*) filtra los estímulos que llegan desde el exterior, pero no tiene cómo protegerse de los estímulos internos que se distribuyen de modo directo y no reducido. La falta de un escudo protector contra los estímulos internos hace que las sensaciones de placer y displacer predominen sobre los estímulos que provienen de afuera. Freud define como traumático el efecto psíquico de la ruptura del escudo protector y la consecuente invasión de la cantidad de excitación (1920g: 30) y su predominio respecto a la cualidad. En este caso, el principio de placer ha

²⁹¹ Nociones mencionadas inicialmente por Breuer en *Estudios sobre la histeria* (1893-1895), una primera formulación del “proceso primario” (*Primärvorgang*) y del “proceso secundario” (*Sekundärvorgang*). Véase S. Freud y J. Breuer (1893-1895: 205, n. 6). La noción de “energía libre” (*freie Energie*) consiste no sólo en la descarga de la excitación, sino también en la circulación de esta excitación sin frenos entre las cadenas de representación y tiene por consecuencia el establecimiento de múltiples lazos asociativos. Por otra parte, la noción de “energía ligada” (*gebundene Energie*) merece algunos matices, puesto que es empleada tanto en relación con el proceso secundario y el yo, como para designar el modo de funcionamiento del proceso primario, teniendo en cuenta que el proceso de ligadura que beneficia al yo habrá siempre un resto de energía no-ligada que será la compulsión de repetición.

dejado de actuar y el organismo tendrá que tramitar los grandes volúmenes de estímulo que le han invadido a su cauce normal, lo que significa transformar psíquicamente la investidura invasora que fluye según las leyes del proceso primario en energía ligada (1920g: 30). Este proceso compromete a toda la economía psíquica y todos los sistemas se ven involucrados en la tarea de dar buena cuenta del volumen de investidura ingresado. Y sólo en la medida que la energía libre es ligada, se restablece el principio de placer. El principio de placer, en propiedad, no actúa. Si fuera así, no se hablaría de “principio”, sino de “causa” o “fuerza”.

Extraña paradoja ésta que introduce el principio del placer en el psiquismo a partir de la ligadura de la suma de excitación, puesto que lo que le caracteriza es su fluir en estado no-ligado, según las leyes del proceso primario. Estas ligaduras que limitan el libre fluir de las excitaciones funcionan en el sentido de restituir el estado de homeostasis del cual deriva el principio del placer -en este momento del recorrido freudiano. Pretenden alcanzar el equilibrio de la suma de excitación de acuerdo con las leyes del principio de constancia. Este supuesto podría ser aplicado a las “neurosis traumáticas” (*traumatischen Neurose*; los sueños de los neuróticos traumáticos evocan repetidas veces la situación del trauma con la finalidad -parece- de prepararles ante nuevas situaciones traumáticas). Desde luego, la función de la repetición es la de ligar

a la pulsión de muerte. Sin embargo, no es lícita tal *aplicación* dado que la repetición que entra en juego en las neurosis traumáticas no obedece al principio de placer, sino a la compulsión de repetición.²⁹²

¿A qué principio “obedecen”, pues, las neurosis traumáticas? Parecería que a una fase *anterior* al principio del placer, anterior a la tendencia del sueño como cumplimiento del deseo y anterior también a la constitución de sistemas que componen el aparato (1920g: 32). En definitiva, al momento en el que la energía móvil encuentra forma de quedar ligada y se restituye, así, la homeostasis perdida. En ese sentido, lo postulado en el enunciado “más allá del principio de placer” (*Jenseits des Lustprinzips*) quebraría la ley de la menor tensión e introduciría algo muy diferente de la adaptación y de la tensión del deseo.

A su vez, la noción de trauma se revigoriza al quedar vinculada ahora con la pulsión de muerte y con la compulsión de repetición. Según Assoun (1994:

²⁹² Aun considerando que en la compulsionalidad mortífera hay la búsqueda de una satisfacción que no se explica por la economía del principio de placer, sino que lo sobrepasa –“más allá”-, un autor como Assoun (1994) parece derivar la compulsión de repetición del principio de placer. Este autor define la pesadilla, especie de compulsión en bruto, como “un mimetismo mortífero de la solicitud de amor. La compulsión sería pues una manera de volver a recorrer el camino de la satisfacción, convertido en una ‘vía crucis’. Es en estas ‘malas aleaciones’ -erotismo mortífero- donde la compulsionalidad extraería su fuerza.” En P.-L. Assoun (1994: 349).

351) la compulsión “es más que una secuela (pasiva) del trauma, contiene la forma paradójica del valor que permite al sujeto reexaminarse, aunque sea a ciegas. Es una manera de hacer contemporáneos presente y pasado, ‘memoria en acto’”.

La doble tendencia de la compulsión de repetición: su función de engarce y sus vínculos con la pulsión de muerte.

La pulsión corresponde a un tipo de energía libre. El *proceso primario* representa el libre fluir de esa energía, mientras que el propósito del *proceso secundario* es ligarlas psíquicamente, es decir, conectarlas a una representación. Al realizarse esta operación, la “energía libre” (*freie Energie*) deja de serlo y, por la conexión con las representaciones, pasa a formar parte de los procesos del yo. La compulsión de repetición sería este funcionar de la pulsión en cuanto todavía no-ligado. Ahora bien, la pregunta que se perfila es sí en este “pasaje” a las conexiones del proceso secundario la compulsión de repetición actúa por un principio distinto al principio de placer. Tal pregunta abre la hipótesis de una vinculación de la compulsión de repetición con la pulsión de muerte. Pero será necesario explorar otros caminos.

En efecto, se encuentra aquí con una realidad clínica: la falta de ligadura o el exceso de energía no-ligada produce dolor psíquico. Tal dolor parece delatar la existencia de un elemento en la cadena asociativa no tramitado, es decir, funcionando no en oposición al principio del placer, sino independiente de él y sin tenerlo en cuenta.

Sin embargo, conviene no olvidar que la compulsión de repetición estará vinculada con las pulsiones de vida. Tanto es así que puede convertirse en una aliada en la cura, ya que como señala Freud en “Recordar, repetir y reelaborar” (1914g),

el principal recurso para domeñar (*bändigen*) la compulsión de repetición del paciente, y transformarla en un motivo para recordar, reside en el manejo de la transferencia. Volvemos esa compulsión inocua y, más aún, aprovechable (1914g: 156).

Es decir, no sólo se preguntaría por el vínculo de la compulsión de repetición con la pulsión de muerte, sino por la modalidad de tal vínculo, en concreto, su función de engarce.²⁹³

²⁹³ En este mismo párrafo continúa Freud: “le abrimos la transferencia como la palestra donde tiene permitido desplegarse con una libertad casi total, y donde se le ordena que escenifique para nosotros todo pulsionar patógeno que permanezca escondido en la vida anímica del analizado. Con tal que el paciente nos muestre al menos la solicitud {*Entgegenkommen*} de respetar las condiciones de existencia del tratamiento, conseguimos, casi siempre, dar a todos los síntomas de la enfermedad un nuevo significado transferencial, sustituir su neurosis ordinaria por una neurosis de transferencia, de la que puede ser curado en virtud del trabajo terapéutico. La transferencia crea así un reino intermedio entre la enfermedad y la vida, en virtud del cual se cumple el tránsito de aquella

III.2.2. El segundo diseño de la pulsión de muerte: El principio de Nirvana.

A partir de las preguntas que abre la compulsión de repetición, se impone distinguir entre pulsiones de vida y pulsión de muerte, si bien en el marco de una única energía, la libido.

a esta.” En S. Freud (1914g: 156; las llaves son de Etcheverry).

A partir de estas alentadoras palabras de Freud, muchos fueron los autores que desde su trabajo clínico han sistematizado sus observaciones y profundizado aún más en relación entre la compulsión y la transferencia. Partiendo de la hipótesis de que es el amor de transferencia el que sostiene la compulsión de repetición, Braunschweig (1970: 191-206) ubica en la misma serie “repetición en la transferencia” (estagnación) y “viscosidad de la libido”, ambas opuestas al trabajo de elaboración psíquica, oposición correlativa a la de compulsión de repetición y libido. Pero en la medida en que la libido suplanta la compulsión de repetición en la neurosis de transferencia, permite su manifestación con la salida de representaciones reprimidas, aunque vaciando la parte narcisista del yo, favoreciendo en lo sucesivo la ampliación y enriquecimiento del yo empobrecido por las represiones.

Como una alternativa para situar la dimensión negativa de la transferencia, Duprac (1988: 887-898) sugiere la existencia de fuerzas laterales que deben movilizarse como forma de apoyo a la transferencia.

En el caso específico de la reacción terapéutica negativa, Cesio (1986), la ubica más allá de la transferencia, caracterizada por el “acto” y expresada por el “letargo”, revelando la puesta en escena de la aparición, bajo la tutela de la pulsión de muerte, de contenidos que configuran la tragedia edípica, específicamente todo el drama implícito en el descubrimiento del incesto. En F. R. Cesio (1986: 239-251). A su vez, Schenquerman (1991) analiza la reacción terapéutica del analista como uno de los obstáculos del tratamiento ya que esa resistencia no es exclusiva del paciente y el analista no está libre de la necesidad de padecer del enfermo. En N. E. Schenquerman (1991: 1061-1074). Finalmente, en esta misma línea, Lichtmann (1987) considera que el concepto de reacción terapéutica negativa es más amplio de lo que se supone, puesto que incluye también al analista, de modo que la resistencia al cambio es responsabilidad tanto del analista como del analizado. Y concluye: “Desde nuestra posición de analistas lo único que nos cabe es tratar de propulsar las pulsiones vitales del analizado, intentando domeñar la acción de esta fuerza oscura e inquietante que es la pulsión de muerte, mediante el poder esclarecedor de la palabra.” En A. Lichtmann (1987: 257-278) Como bien señala Freud, se trata de domar (*bändigen*) lo demoníaco y emplearlo en beneficio del recuerdo. En S. Freud (1914g: 156).

A partir de las reflexiones del apartado anterior, se ve cómo Freud inscribe al principio de placer, como la derivación del principio de constancia pero, por otra parte, señala, en el núcleo de la compulsión de repetición, una tensión de desear que busca la descarga absoluta de energía, su verdadera finalidad, imposible de alcanzar bajo el imperio del principio de placer. No es el exceso de excitación lo que produce displacer, sino el exceso de energía no-ligada ya que cuanto más energía es ligada por el yo, mayor será el placer. Pues bien, será la “vivencia de satisfacción” (*Befriedigungserlebnis*) la que, por una parte, propiciará al organismo la pretendida homeostasis y, por otra, remitirá a esa específica tensión del deseo a que se ha referido. Mediante la vivencia de satisfacción, la pulsión “deriva” la excitación hacia un sistema de representaciones a partir del requerimiento recíproco entre dos fuerzas: la psíquica y la somática. Ligadura de la excitación cuya finalidad es el inicio de un proceso que dará lugar a la constitución del aparato psíquico. Si antes la descarga motriz era el único medio de librarse del exceso de excitación, ahora la excitación puede derivar en una satisfacción que se realiza en el ámbito imaginario, la “satisfacción alucinatoria del deseo”, que conlleva a una inhibición de la descarga inmediata, de modo que el placer estará asociado tanto con el exceso de excitación (tensión de desear) como con la homeostasis energética, contando con la premisa base según la cual toda energía ligada es fuente de placer. La satisfacción plena consistiría imaginariamente en repetir la

primera experiencia de satisfacción. En virtud de la imposibilidad de tal satisfacción -sólo posible en el deseo- Freud la denomina “satisfacción alucinatoria”. Con lo cual señala, cómo la alucinación *es* cumplimiento de deseo. Dice Freud:

La pulsión reprimida nunca cesa de aspirar a su satisfacción plena, que consistiría en la repetición de una vivencia de satisfacción; todas las formaciones sustitutivas y reactivas, y todas las sublimaciones, son insuficientes para cancelar su tensión acuciante, y la diferencia entre el placer de satisfacción hallado y el pretendido engendra el factor pulsionante, que no admite aferrarse a ninguna de las situaciones establecidas, sino que en las palabras del poeta “acicatea, indomeñado, siempre hacia adelante” (1920g: 42).

Ahora bien, hablar de descarga de tensión a nivel cero, o de “satisfacción plena” es reconocer que siempre habrá excitaciones que no pueden ser ligadas psíquicamente, es decir, que no encontrarán representaciones en las cuales fijarse. Hablar de “descarga de tensión a nivel cero” o de “satisfacción plena” es señalar un límite de la representabilidad, un “cerco” más allá del cual *no impera* el principio de placer. Será éste límite que permite postular la pulsión de muerte.²⁹⁴

²⁹⁴ En ese sentido, se podría conjeturar que a partir del momento en que el principio de placer logra su objetivo y supera sus propias fronteras, irrumpe de modo indomable lo demoníaco, la energía no-ligada. Sobre este propósito Laplanche (1987a) considera que la pulsión de muerte “aparece como una suerte de alma universal de toda pulsión, aquella que tiende a la meta pulsional por excelencia, el retorno por las vías más cortas, al precio de las más grandes destrucciones, sin rodeos ni miramientos, a un estado

En *Más allá del principio de placer* (1920g), Freud deriva el principio de placer del principio de constancia (1920g: 9). Pero, por otra parte, introduce una nueva lectura del principio de placer “más allá” del principio de constancia al señalar la importancia del deseo de las “primeras experiencias de satisfacción”. Ahora bien, estos señalamientos quedarán en segundo plano dado que el interés de Freud es el de fundamentar un más allá del principio de placer a partir de la homeostasis.

En este mismo orden de consideraciones, introduce la distinción entre *función* y *tendencia*.

El principio de placer es entonces una tendencia que *está al servicio* de una función: la de hacer que el aparato anímico quede exento de excitación, o la de mantener en él constante, o en el nivel mínimo posible, el monto de la excitación (1920g: 60).²⁹⁵

llamado nirvánico.” En J. Laplanche (1987a: 59). Siguiendo esta línea de razonamiento, Green (1973), considera el principio de placer como un “principio bisagra”: “En tanto que comporta la descarga pulsional del placer y la abolición de una tensión, está al servicio de las pulsiones de destrucción y mira hacia el principio de Nirvana, en tanto que tiene a la conservación del placer, a la salvaguardia del principio de placer, mira hacia el principio de realidad que es el único que puede asegurar esta preservación.” En A. Green (1973: 239). Sin embargo, cabría preguntarse sobre la discrepancia que supone pensar en un más allá del principio de placer a partir del principio de placer mismo; desde luego, el desbordamiento del principio de placer puede ser placentero, siempre que el yo pueda ligar el exceso de energía. Lo que no es el caso del más allá del principio de placer; el yo es invadido no sólo por un exceso de energía no-ligada, la pulsión de muerte, sino también con escasas posibilidades de simbolización.

²⁹⁵ Se podría conjeturar que, en tal caso, el principio de constancia sería la función económica del principio de placer. Pero, si fuera así, no sería posible la derivación del

A su vez, define el “principio de Nirvana”²⁹⁶ (*Nirwanaprinzip*) bajo los mismos términos que el principio de constancia y lo designa como expresión del principio de placer (1920g: 54), de modo que los tres principios pertenecerían a una misma serie aunque designando modos de funcionamiento diferentes. La relación entre principio de constancia y principio de placer se sostiene en la hipótesis según la cual todo placer conllevaría una disminución de la tensión y todo displacer un aumento de ésta; noción cuantitativa que no engloba todas las posibilidades de esta serie puesto que existen tensiones placenteras. Mientras que el principio de placer y el principio de Nirvana estarían unidos por la tendencia a librarse completamente del estado de excitación, lo que en otros términos significa la realización del deseo. El doble registro del principio de placer proviene de esta serie de derivaciones que Freud esboza en *Más allá del principio de placer* (1920g).

Ahora bien, hay noticias sobre una posible equivalencia entre principio de

principio de placer por el principio de constancia. Desde luego, sus formulaciones sobre el principio de placer son ambiguas; lo presenta ya como una tendencia hacia la reducción absoluta de la tensión, ya como su reducción al mínimo, lo que ciertamente no es lo mismo. Más adelante se tratará esta cuestión (véase III.3.1.).

²⁹⁶El término “Nirvana” (*Nirwana*), extraído de la religión budista por Schopenhauer, significa la aniquilación del deseo individual y el advenimiento de un estado de calma absoluta. Es a partir de la denominación que Barbara Low da a este término que Freud lo introduce como uno de los conceptos trascendentales del

constancia y principio de Nirvana a partir de la formulación de Freud sobre el “principio de inercia neuronal” (*Prinzip der Neuronenträgheit*),²⁹⁷ prueba del interés temprano de Freud sobre el estado de inexcitabilidad tal y como se perfila en el giro teórico emprendido en *Más allá del principio de placer* (1920g): Freud reúne principio de inercia y principio de constancia y atribuye al principio de placer, derivado del principio de constancia, una función primaria²⁹⁸.

El problema se resuelve cuando en “El problema económico del masoquismo” (1924c: 165-166) Freud afirma que el principio de Nirvana está al servicio de la pulsión de muerte en cuanto tendencia a reducir a cero la tensión y reafirma la derivación del principio de placer del principio de constancia como un caso

psicoanálisis. En J. Laplanche y J.-B. Pontalis (1967); voz: “Principio de Nirvana”.

²⁹⁷ El término “principio de inercia neuronal” (*Prinzip der Neuronenträgheit*) fue mencionado por Freud únicamente en el “Proyecto”. Significa la tendencia de descarga absoluta de la suma de excitación del aparato neuronal con la finalidad de evitar el aflujo de los estímulos. Según Freud, se trata más bien de una *función primaria* a partir de la cual se desarrolla una *función secundaria* que consiste en mantener constante una suma de excitación en el interior del aparato, debido a la imposibilidad de huir de los estímulos endógenos, impuesta por el apremio de la vida. En S. Freud (1950a [1887-1902]: 340-341).

²⁹⁸ El “principio de realidad” (*Realitätsprinzip*) no es opuesto al principio de placer. Con este término señala Freud el intento yoico por posponer el afán *inmediato* de placer a fin de que la meta placentera pueda realizarse en situaciones propicias para beneficiarse de un placer seguro y duradero. El principio de realidad predomina sobre el principio de placer sólo en la medida en que busca adecuar la meta pulsional a los designios de la realidad. La fuerza hacia adelante de las pulsiones sexuales genera displacer al yo y puede dar lugar a formaciones sustitutivas; es por eso que en el curso del desarrollo humano las pulsiones sexuales inconciliables con el yo son reprimidas y se mantienen en estado no-ligado. En S. Freud (1920g: 10).

especial del “principio de estabilidad” de Fechner.²⁹⁹ Agrega que la serie de sensaciones placenteras y displacenteras se aproxima más a las cualidades de placer y displacer que a su rasgo cuantitativo. En ese sentido, la relación entre pulsión de muerte y principio de Nirvana distancia a este último de la ley de homeostasis y lo aproxima a lo que, en el “Proyecto” (1950a [1887-1902]: 340), era definido como “principio de inercia”. Todos los modos de funcionamiento que rigen el aparato psíquico son modificaciones de esta tendencia.

Principio de placer y principio de Nirvana coinciden en cuanto que ambos buscan la aniquilación de la tensión. La consecución de un estado de paz absoluta, ausente de cualquier excitación o movimiento que incite a la mudanza. Como bien admitió Freud (1924c: 166), este modo de funcionamiento se aproxima al supuesto hipotético del retorno hacia lo inorgánico de la pulsión de muerte y destaca más el aspecto cuantitativo que la cualidad de las sensaciones de placer y displacer. Si bien hipotéticamente este retorno hacia el estado anterior corresponde a un movimiento apaciguante, puede también poner en marcha la destrucción en su sentido más arrebatador y violento. He aquí la ambigüedad que reviste el término “principio de Nirvana”

²⁹⁹ El “principio de estabilidad” se refiere a la tendencia al equilibrio de las diferencias de nivel energético y dará lugar a la formulación sobre el principio de

(*Nirwanaprinzip*) en la obra de Freud. Si bien el principio de placer, en *Más allá del principio de placer* (1920g), es idéntico al principio de Nirvana, pasará a ser una modificación suya por acción de la libido. El resultado es una serie de correspondencias:

el principio de *Nirvana* expresa la tendencia [a la repetición y al retorno hacia lo inorgánico] de la pulsión de muerte; el principio de *placer* subroga la exigencia de la libido, y su modificación, el principio de *realidad*, el influjo del mundo exterior (1924c: 166).

De este orden de consideraciones surge el interrogante sobre la noción de “cuerpo” planteada por Freud, puesto que el ser humano nunca alcanzará el estado de Nirvana por el hecho mismo de estar vivo; el rebajamiento absoluto de la tensión conduciría a la muerte del organismo.³⁰⁰ En ese sentido, el supuesto de un principio de Nirvana que rige las pulsiones de muerte pertenece a una premisa biológica sobre el origen y el perecer de los seres vivos, hecho

constancia. Véase N. Caparrós en S. Freud (1997a [1871-1886]: 162).

³⁰⁰ Partiendo de la idea según la cual entre los procesos primarios y los procesos secundarios existen formas intermediarias y pasajes múltiples, Bleichmar (1993) subraya la idea según la cual la descarga absoluta de la excitación, característica del principio de Nirvana (que, a su vez, aparece como equivalente al principio de inercia) se perfila como una *tendencia* del yo en la búsqueda de la homeostasis, pero que no se logra porque la pulsión es inevacuable. “No es entonces el principio cero el que está en juego, sino algo que da cuenta de que aquello imposibilitado de ligarse, también lo está de descargarse, y esto se constituye como modalidad general del funcionamiento psíquico: fijación de los modos de descarga que llevan a una compulsión de repetición traumática; a ello queda sometido el aparato incipiente.” En S. Bleichmar (1993: 55).

no menos exento de problemas puesto que tampoco la biología presenta una definición unívoca sobre la muerte. De modo que el apadrinamiento del principio de Nirvana por el principio de inercia (reducción absoluta de la energía) constituye la puesta en escena de una noción de cuerpo gobernado estrictamente por mecanismos fisiológicos, tesis que lo sitúa en un segundo plano y, cuando menos, contradice el descubrimiento freudiano de la sexualidad inconsciente.

Por otra parte, la lectura del principio de placer como fuerza constante de la pulsión inherente a la tensión del deseo constituye una de las hipótesis que da solución de continuidad a las vicisitudes del sujeto del inconsciente que no está regulado únicamente a un funcionamiento fisiológico, sino que de antemano está atravesado por la subjetividad. Sin embargo, parece extraño ubicar la noción freudiana de cuerpo en los aspectos simbolizables del funcionamiento psíquico. Ocurre, pues, que no simbolizado, se aleja aún más de la noción biológica de cuerpo ya que introduce un *plus* de realidad. En ambos casos, no se trata de negar la premisa de un cuerpo con funciones de autoconservación, sino de reubicarlo en la trama de los procesos psíquicos.³⁰¹

³⁰¹ Ese cuerpo con funciones adaptativas aunque pueda descargar la tensión hacia el nivel cero, en la medida en que está de antemano contaminado por la dimensión sexual impide esta modalidad de descarga ya que la pulsión es inevacuable. Sobre este propósito S. Bleichmar (1993: 33) señala que “aquello desgajado de la necesidad biológica, aquello que constituye un plus irreductible y que obliga a modos de derivación de otro orden,

Así las cosas, cuando el placer supone la reducción absoluta de la tensión, engendra otro modo de funcionamiento -el principio de Nirvana- al servicio de la pulsión de muerte. Se perfila, entonces, la relación entre principio de placer, principio de Nirvana y pulsión de muerte. En efecto, a lo que la tensión del deseo aspira es a la descarga a nivel cero de la suma de excitación, es decir, el cumplimiento del deseo. El *deseo de no tener que desear* encuentra aquí su vigencia ya que la realización del deseo conduce al estado de estiaje energético, característico del Nirvana.³⁰²

Un posible reparo a esta cuestión se anudaría con la irreductibilidad entre las pulsiones, puesto que las pulsiones de vida trabajarían en el sentido de crear unidades vitales, mientras que la pulsión de muerte llevaría a la reducción absoluta de la tensión. Pero, como Freud advierte en el último capítulo de *Más allá del principio de placer* (1920g), la pulsión de muerte también puede funcionar según el principio de placer (1920g: 61). Eso indica, tal y como

aquello que puede ser reprimido, sublimado, vicariado en sus destinos, aquello que se rehúsa a la descarga a cero, irrumpe en el viviente alterando para siempre sus modos de funcionamiento.”

³⁰² “*Deseo de no desear*”. Ésta es la fórmula de la pulsión de muerte planteada por Aulagnier: “el deseo de representar se origina en el deseo de precluir la posible irrupción de la necesidad y de lo que ella testimonia: de ese modo, y paradójicamente, el deseo mismo puede descubrirse como deseante de un estado que lo haría inútil y sin objeto”. En P. Castoriadis-Aulagnier (1975: 46). Véase también P. Castoriadis-Aulagnier (1984: 288-289).

Freud conjetura, que la pulsión de muerte puede operar *silenciosamente* en el sentido de buscar algo ineludiblemente perdido, a diferencia de Eros que busca lo que siempre está en vías de advenir como novedoso y, por lo tanto, transformador.

Dice Freud en *Esquema del psicoanálisis* (1940a [1938]):

La reflexión de que el principio de placer demanda un rebajamiento, quizás en el fondo una extinción, de las tensiones de la necesidad (*Nirvana*), lleva a unas vinculaciones no apreciadas todavía del principio del placer con las dos fuerzas primordiales: Eros y pulsión de muerte (1940a [1938]: 200).

Planteamiento que a su vez encuentra un término medio respecto a la irreductibilidad entre pulsiones de vida y pulsión de muerte, si bien la hipótesis de que una “energía desplazable, en sí indiferente”, propuesta en *El yo y el ello* (1923b: 45) vino de antemano a solucionar el problema que consistía en derivar el último dualismo del fundamento clínico de las relaciones amor-odio.³⁰³

³⁰³ Sobre todo por la posibilidad de que el amor se transforme en odio y viceversa, desplazamiento más allá de una mera sucesión temporal y que introduce la discrepancia entre el dualismo pulsional y su fundamento clínico. Así pues, esa energía desplazable devuelve al aparato psíquico toda la capacidad de desplazamiento que había perdido con el dualismo entre pulsiones de vida y pulsión de muerte a la vez que resuelve el problema de las transformaciones recíprocas entre amor-odio. En D. Scarfone (1996: 10).

Se presenta, pues, una única energía, la libido, bajo el dominio de tres principios del funcionamiento psíquico: el principio de placer, el principio de realidad (aunque se podría considerar el principio de realidad como un derivado del principio de placer) y el principio de Nirvana, en una relación de contigüidad o de antagonismo.

III.2.3. El tercer designio de la pulsión de muerte: La concepción freudiana de la agresividad.

Reconsideraciones sobre la fundamentación heurística del concepto de masoquismo y aproximaciones del concepto psicoanalítico de pulsión de muerte hacia los hechos de la experiencia: “El problema económico del masoquismo” (1924c) y El malestar en la cultura (1930a [1929]).

Si bien Freud introduce la agresividad como una de las definiciones de la pulsión de muerte en *Más allá del principio de placer* (1920g), será en los años siguientes cuando le dará una definición más cabal, relacionándola con el sadismo, con el masoquismo y con la destructividad en dos de sus textos: “El problema económico del masoquismo” (1924c) y *El malestar en la cultura* (1930a [1929]).³⁰⁴ Con lo cual, el concepto de pulsión de muerte, si bien introducido en un texto de carácter más bien especulativo, *Más allá del principio de placer* (1920g), va y aproximarse más a la experiencia, a partir de 1930, sin perder su estatuto metapsicológico.

El carácter regresivo de la pulsión de muerte puede relacionarse con la agresividad a partir del supuesto de que ambas pulsiones pueden expresarse

³⁰⁴ El apartado que se desarrolla en las próximas páginas amplía la propuesta inicial de analizar los cuatro momentos temporales de la obra de Freud, en el período abarcado por los años de 1893 a 1926. Sin embargo, es imposible no hacerse cargo de la importante contribución sobre la teoría de las pulsiones, y, más concretamente, en cuanto al discernimiento de la destructividad como *manifestación* de la pulsión de muerte, y en lo que respecta a la interpretación freudiana de la cultura -de cuyo fundamento se asienta en su reflexión sobre las pulsiones- en un muy significativo trabajo como *El malestar en la cultura* (1930a [1929]), pues en este trabajo se esboza otro referente de la pulsión de muerte, además de la compulsión de repetición y del principio de Nirvana, a saber, la destructividad. Por lo tanto, se subraya que las consideraciones que en lo sucesivo se harán sobre este texto girarán exclusivamente alrededor de los capítulos V y VI. Por otra parte, y no menos significativo es “El problema económico del masoquismo” (1924c), trabajo en el que Freud busca esclarecer la paradoja económica del masoquismo (el placer en el dolor) redefiniendo las sensaciones de placer y de displacer a partir de la dimensión cualitativa, aspectos que la presente lectura tratará de esbozar. Asimismo, para una versión actualizada de *El malestar en la cultura* (1930a [1929]), véase el trabajo de E. Larreategui (1985: 1273-1284).

en el mismo campo³⁰⁵, una empujando a la “mezcla” (*Mischung*) y la otra a la “desmezcla” (*Entmischung*) entre sus componentes. La irreductibilidad entre pulsiones de vida y pulsión de muerte, su heterogeneidad, sólo puede ser pensada en estos términos, pues, como dice Freud en “El problema económico del masoquismo” (1924c: 170), “así, no debemos contar con una pulsión de muerte y una de vida puras, sino sólo con contaminaciones de ellas, de valencias diferentes en cada caso”. Puede haber tanto el “empuje” a la ligadura como a la desligadura.

Freud da noticias de esta nueva construcción en *Más allá del principio de placer* (1920g), al referirse al “sadismo” (*Sadismus*). Hela aquí:

el sadismo esforzado a salir {*herausdrängen*} del yo ha enseñado el camino a los componentes libidinosos de la pulsión sexual que, en pos de él, se esfuerzan en dar caza {*nachdrängen*} al objeto. Donde el sadismo originario no ha experimentado ningún atemperamiento ni fusión {*Verschmelzung*}, queda establecida la conocida ambivalencia amor-odio en la vida amorosa (1920g: 53; las llaves son de Etcheverry)

Así, el sadismo enseñaría el camino hacia el objeto. Puesto que la libido trabaja en el sentido de neutralizar la tendencia regresiva de la pulsión de muerte, punto de partida de la relación dialéctica entre ambas fuerzas

³⁰⁵ “Eros y pulsión de muerte *luchan* en el ello”. En S. Freud (1923b: 59).

pulsionales, una parte de la pulsión de muerte es desviada hacia el mundo exterior manifestándose bajo la forma de sadismo. Y, dado que el recorrido hacia el exterior emprendido por la pulsión de muerte ocurre mediante la acción de Eros, este mismo circuito sirve de norte para la libido narcisista en su transmutación en libido de objeto. Es que Eros, para conservar y ampliar la vida, tiene que volcarse hacia el exterior en busca de objetos.

La “mezcla pulsional” (*Triebmischung*) explicará fenómenos como la ambivalencia. Puesto que la “ambivalencia” (*Ambivalenz*) enseña que el amor forma par con el odio, se supone que ésta se encuentra inherente en la relación del yo con los objetos, como una mezcla pulsional lograda pero no consumada, tal y como Freud la define en *El yo y el ello* (1923b: 43). Ahora bien, la mezcla pulsional (*Triebmischung*) supondría la actuación, en el mismo campo pulsional, de mociones eróticas y de mociones destructivas aunque en una mezcla desigual, pero siempre bajo la regencia de Eros.

La “desmezcla pulsional” (*Triebentmischung*) supone la continua sustracción de la moción erótica en detrimento de la moción hostil, y puede culminar con la independización del componente agresivo respecto a Eros. Vale subrayar que la mezcla pulsional tiene como meta la descarga de energía pues ésta es la forma en que se encuentra garantizada la satisfacción; mientras que el

predominio de las pulsiones hostiles en esta misma ecuación y el extremo de una desmezcla pulsional, produce la desligadura de los objetos.³⁰⁶

³⁰⁶ Como bien advierte Goldstein (1995: 828, *n.* 2), se suele confundir desligadura con descarga cuando la segunda puede impedir la primera. “No hay descarga de la pulsión que se ligue constantemente. La descarga, la fijación de la cantidad a una representación, es un proceso cualitativo del yo.” Desde luego, hablar en “desligadura” es suponer que algo estaba ligado. Si es así, habría un *antes* (lo ligado; efecto de Eros) y un *después* (lo desligado; efecto de la pulsión de destrucción). Pero conviene advertir que en su reflexión sobre los orígenes del aparato psíquico, Freud no sólo considera tales procesos como fundamentales, sino que también sitúa como primero, en estos momentos previos de constitución del aparato psíquico, el odio y luego, después, el amor; lo cual, la manifestación de la pulsión de muerte (desligadura), a través del mecanismo de proyección, sería la primera en el tiempo, o el *antes*; mientras que la acción de Eros (la ligadura) se delinearía como el *después*. Estas aseveraciones relacionadas con el planteamiento de Freud según el cual el objeto nace con el odio, sirven para que Winnicott (1971) establezca la diferencia entre la “relación de objeto” y el “uso del objeto”, aunque con conclusiones de diversa índole de las de Freud, pero que se perfilan como verdaderos indicativos sobre la necesidad de especificar el estatuto de la noción de objeto en psicoanálisis en consonancia con los procesos de investiduras y desinvestaduras pulsionales. La primera es el resultado de los primeros encuentros con el objeto; el *self* se altera por los mecanismos de proyección y de introyección dirigidos sobre el objeto, lo que el autor define por “catexias” (investiduras), hasta que sea posible reconocer aspectos suyos en el objeto. La segunda presupone la relación de objeto; el objeto no se perfila más como una entidad proyectiva, sino que es reconocido en cuanto realidad perceptual, proceso de maduración correlativa con la primacía del principio de realidad. Ahora bien, el paso de la relación de objeto al uso de objeto requiere la destrucción constante del objeto en la fantasía y, a la vez, el reconocimiento de que el objeto sobrevive a la destrucción y que presenta una existencia autónoma. De ahí adviene el amor y la posibilidad de vivir en un mundo de objetos. Consideraciones que llevan a Winnicott (1971:130) concluir que “es el impulso destructivo que crea la calidad de la externalidad” al contrario de la teoría clásica según la cual la agresividad es reactiva en el encuentro con el principio de realidad.

Por otra parte, la desligadura también corresponde a la plasmación de algo que no corresponde a los propósitos exclusivos de Eros, sino más bien de la destructividad. Se destaca el predominio de la pulsión de muerte en todos los momentos de la operación, enseñando que el dominio de ésta sobre la libido conduce necesariamente a satisfacerse sexualmente en lo hostil. En este caso, existe la dramatización de un erotismo, como si se tratara de amor, pero en realidad se perfila como perversión. El objeto en este caso, es destruido a la par que “amado”. Entrarían, en esta misma serie, el deseo de no tener que desear o el dejarse morir, plasmación de un sufrimiento sin posibilidades de simbolización. Diferente de los casos de mezcla pulsional que permite al sujeto la posibilidad de amar y de ser amado, de odiar y de ser odiado sin destruir a los objetos, e incluso la posibilidad del sufrimiento en cuanto erotizado. Todo dependería de la genitalización condicionada por componentes eróticos. Asimismo, véase E. H. Rolla (1989: 206-214). Buscando

Ahora bien, si el sadismo enseñaría el camino hacia el objeto, el masoquismo enseñaría el camino del autoerotismo. Será la otra parte de la pulsión de muerte que se mantiene en el interior y se liga “libidinosamente con la ayuda de la coexcitación sexual” (1924c: 169) o “que por una parte ha devenido componente de la libido, pero por otra sigue teniendo como objeto al ser propio” (1924c: 170).

De ahí, se perfila su importancia en la constitución de la sexualidad humana y sus lazos con el advenimiento de la dimensión fantasmática. Tal es la posición de Laplanche (1993a: 30) que insiste en la prioridad del tiempo “auto” o del tiempo “reflexivo” en la génesis de la pulsión como uno de los aspectos que el concepto de pulsión de muerte vino a subrayar.³⁰⁷

Estas consideraciones, si por un lado remiten al problema de los orígenes, al momento en que ambas pulsiones entraron en combinatoria, por otro abren la posibilidad de que el sadismo proyectado regrese hacia el interior, movimiento

especificar los representantes de la pulsión de muerte, Green (1986: 70) reúne, desde la clínica, formas de desintrincación pulsional, tales como la psicosis, el suicidio engendrado por una depresión, neurosis graves, neurosis de carácter, estructuras narcisistas, casos fronterizos acompañados de angustias catastróficas, miedos de aniquilación o de hundimiento, sentimientos de futilidad, de desvitalización o de muerte psíquica, etcétera.

³⁰⁷ La “coexcitación” (*Miterregung*) , vinculada con un mecanismo fisiológico, sería la respuesta del niño ante la conmoción que produce la intrusión de la fantasía del adulto. Momento de constitución de la sexualidad muy distinto del sadismo y del

aclaratorio del masoquismo secundario añadido al primario, cuando la pulsión de muerte no es proyectada hacia el mundo exterior y se vuelve contra la persona propia. De ahí que en la clínica Freud distinguirá el “masoquismo femenino” (*femeninen Masochismus*) y el “masoquismo moral” (*moralische Masochismus*), ambos derivados del “masoquismo erógeno” (*erogenen Masochismus*).

El *masoquismo erógeno*, definido como el placer de recibir dolor, sostiene la excitación sexual y sigue a la libido en todos los momentos. Si bien será la base de las perversiones, no se reduce a eso en la medida en que dará cuenta tanto del proceso que dará lugar al advenimiento del yo como de otras modalidades de masoquismo. El *masoquismo femenino* y el *masoquismo moral*, derivados suyos, expresan la angustia de ser golpeado por el padre, de ser poseído sexualmente por el padre o parir. Una forma de masoquismo deriva de la otra; despliegues sucesivos que acompañan las fases de desarrollo de la libido. De modo que el campo de acción de estas formas está en el cuerpo (masoquismo erógeno), en la fantasía (masoquismo femenino)³⁰⁸ y en los vínculos humanos (masoquismo moral).

masoquismo entendidos como perversión. En J. Laplanche (1970: 139).

³⁰⁸ Será en esta modalidad de masoquismo que el dolor será la puerta de entrada al mundo simbólico, más precisamente en la fantasía de paliza analizada por Freud en “Pegan a un niño” (1919e).

Freud define el *masoquismo femenino* como una “expresión de naturaleza femenina” (1924c: 167). Entiende esta *naturaleza femenina* una de las características de la sexualidad humana imanente a ambos sexos, pero que pone en tela de juicio el predominio de la fantasía de goce sexual, no sin culpa, factor que remite al *masoquismo moral*. Éste se edifica sobre la base de un intenso sentimiento de culpa inconsciente, necesidad de punición y expresa la angustia de la conciencia moral. Freud lo concibe como una “norma de conducta en la vida” (1924c: 171), más distanciado de la sexualidad propiamente dicha. Lo que importa es la mortificación y el padecimiento hasta el aniquilamiento³⁰⁹, y como se trata de un componente erótico de la sexualidad, ni la autodestrucción puede producirse sin satisfacción libidinosa (1924c: 176).³¹⁰

³⁰⁹ Freud trata de distinguir el “masoquismo moral” (*moralische Masochismus*) del “sadismo del superyó” (*Sadismus des Über-Ichs*), aunque en ambos casos se trata de la tensión entre el yo y el superyó y de una necesidad que sólo encuentra satisfacción mediante el padecimiento. En el primero, se trata de un auténtico masoquismo del yo que no sólo pide castigo al superyó sino también a la realidad exterior y permanece inconsciente. En el segundo -el sadismo del superyó- el acento se pone en el mismo superyó ante cuyo sadismo el yo se somete, aunque devenga consciente. Pero, al fin y al cabo, Freud advierte que las consecuencias provocadas por los dos son las mismas, severidad de la conciencia moral y un intenso sentimiento de culpa. Por eso, masoquismo moral y sadismo del superyó se complementan. En S. Freud (1924c:174-176).

³¹⁰ Partiendo de la importancia del masoquismo en la constitución y en el desarrollo de la sexualidad humana, algunos autores han buscado fundamentar el concepto de pulsión de muerte a partir del masoquismo. Rosenberg (1989: 558), al concebir el concepto de pulsión de muerte desde el punto de vista de la intrincación y de la desintrincación pulsionales, sostiene la idea según la cual la pulsión de muerte aparece

En *El malestar en la cultura* (1930a [1929]) sellará la distinción entre masoquismo y sadismo.³¹¹ Ambos conceptos serán presentados como

intrincada con las pulsiones de vida, lo que significa sostener que la dimensión masoquista funda la validez del concepto de pulsión de muerte. Refiriéndose a la ausencia, en la teoría freudiana, de una explicación que dé cuenta de la ligadura entre las dos pulsiones, Rosemberg expone el proceso de constitución del “masoquismo erótico primario”. La intrincación pulsional, ligadura de la pulsión de muerte con la pulsión de vida, en concreto con la libido narcisista, pone la pulsión de muerte al servicio de Eros, constituye una defensa del yo arcaico y es uno de los mecanismos que posibilita tanto el advenimiento del yo como la constitución del objeto tanto porque la libido necesita de un objeto para satisfacerse como porque es necesaria la proyección hacia lo exterior de los efectos de la pulsión de muerte, fuente de peligro y de destrucción si se mantiene en el interior del aparato psíquico. Con lo cual, muestra que la acción de la pulsión de muerte no es negativa, pues permite la constitución del yo y del objeto.

Lichtmann (1996)- siguiendo, desde luego, las ideas de Rosemberg sobre la intrincación y desintrincación de las pulsiones- subraya el papel de la madre como objeto intermediario en la ligadura de la pulsión de muerte con la libido. Lo que, potencialmente, sustenta la continuidad o la discontinuidad de la organización psíquica del niño; sea preparando y condicionando la intrincación primaria, permitiendo la continuidad de la vida psíquica del niño, sea renegando la angustia del niño, mecanismo que intensifica la acción de la pulsión de muerte en el aparato psíquico del niño y que culmina en desintrincación pulsional. En A. Lichtmann (1996: 890-891).

Vale subrayar que Rosemberg también subraya la importancia del narcisismo en la segunda teoría de las pulsiones: el narcisismo primario como parte integrante de lo que Freud llama masoquismo erótico y el narcisismo en general como parte integrante del masoquismo del yo. De modo que el narcisismo no es sólo la investidura libidinal del yo, sino también la investidura de la pulsión de muerte en el yo. Narcisismo que se mantiene por cuestiones adaptativas como investidura continua del yo contra los ataques destructores de la pulsión de muerte. En B. Rosemberg (1991: 108-109). Dentro de este mismo orden de consideraciones, Rosemberg señala que el objeto debe ser concebido como investidura elástica de la libido. Sería el intermediario entre libido y pulsión de muerte, lo que el autor llama de “investidura bipulsional”, es decir, la relación que ambas pulsiones mantienen con el objeto a partir de la ambivalencia de sentimientos de amor y de odio. En B. Rosemberg (1989: 561).

³¹¹ En estos años, Freud profundizará el aspecto heteroagresivo de la pulsión de muerte sin la marca de la sexualidad y otorgará a los fenómenos de la agresividad el valor que hasta entonces estaba en segundo plano en su teoría. Anteriormente, se había opuesto tajantemente a las tesis de Alfred Adler (1870-1937) sobre la agresividad. Adler, aunque miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, cuestionaba abiertamente la tesis freudiana sobre la importancia de la sexualidad en la constitución del carácter. Su progresivo énfasis sobre el papel de la fisiología y de la herencia en la neurosis, la peculiaridad de sus teorías, entre las cuales la “protesta masculina” (*männlicher Protest*) o

expresión de la pulsión de muerte mezclada con Eros; o como expresión de la pulsión de destrucción; o como expresión del fracaso de las operaciones de mezcla y desmezcla pulsionales; o como exteriorización de la pulsión de

la prioridad dada a la “pulsión de agresión” (*Aggressionstrieb*) en detrimento de la “pulsión sexual” (*Sexualtrieb*), sumadas a los enfrentamientos de ideas en lo que se refería a la política organizativa del psicoanálisis, produjo una rotunda ruptura con Freud en 1911. Véase P. Gay (1988: 253-262) y E. Jones (1960b: 142-147). La oposición de Freud a las tesis de Adler ocurrió inicialmente a propósito del caso Hans, en particular, sobre la noción de “entrelazamiento pulsional” (*Triebverschränkung*). Según Adler, la “pulsión de agresión” (*Aggressionstrieb*) tenía la función de incitar a las demás pulsiones hacia la acción motriz, de modo que éstas perderían su especificidad en lo que atañe al circuito, siendo más caracterizada por sus metas que por los medios con los que alcanza. Freud critica que el carácter “esforzante” (*Drängend*) no es sólo característico de la pulsión de agresión, sino inherente a toda pulsión. En S. Freud (1909b: 112-113). La oposición entre actividad y pasividad se reduciría a una oposición pulsional, supuesto contrario a la naturaleza misma del concepto de pulsión, lo que en 1915 le lleva a advertir: “*Toda pulsión es un fragmento de actividad; cuando negligentemente se habla de pulsiones pasivas, no puede mentarse otra cosa que pulsiones con una meta pasiva.*” En S. Freud (1915c: 117-118). Así, pues, Adler no sólo designaba una “pulsión de agresión” (*Aggressionstrieb*), sino también la asignaba un papel principal respecto a las otras pulsiones, en especial a las pulsiones sexuales. En una nota al pie de página, de 1923, agregada en el caso Hans, Freud retoma la antigua polémica con Adler para justificar no sólo la introducción de una “pulsión de destrucción” (*Destruktionstrieb*) o “pulsión de muerte” (*Todestrieb*) sino también para retomar una vez más sus críticas sobre la hipótesis adleriana de una “pulsión de agresión” (*Aggressionstrieb*): al contrario de Adler, para Freud la balanza entre agresividad y sexualidad es igual. En S. Freud (1909b: 112-113, n. 36). Véase también P. Bercherie (1983: 409).

En lo sucesivo, Freud no sólo concederá a la agresividad el valor que se merece en su teoría, sino que también encontrará una alternativa para refutar el monismo junguiano, la visión del mundo oculta tras él y mantener la especificidad del psicoanálisis, problema candente desde la introducción del concepto de narcisismo en su teoría. Sin embargo, eso no se ha concretizado en su teoría, pese a sus múltiples intentos de aislar y nombrar la energía de la pulsión de muerte. Desde luego, es evidente que el giro teórico emprendido con las ideas de *Más allá del principio de placer* (1920g) supone necesariamente el reconocimiento de una energía distinta de la libido, pero parece que las múltiples variaciones de la libido pueden incluso apuntar a un cambio de la meta sexual. Como quiera que sea, en *El malestar en la cultura* (1930a [1929]), se reflejará la preocupación de Freud en diferenciar la libido de la energía de la pulsión de muerte. “El nombre de libido puede aplicarse nuevamente a las exteriorizaciones de la fuerza del Eros, a fin de separarlas de la energía de la pulsión de muerte. Corresponde admitir que cuando esta última no se traduce a través de la liga con Eros, resulta muy difícil de aprehender; se la colige sólo como un saldo tras el Eros, por así decir, y se nos escapa.” En S. Freud

muerte sin la participación de la sexualidad. La agresividad se perfila como una disposición pulsional autónoma, originaria del ser humano (1930a [1929]: 117). De este orden de consideraciones se deduce que el ser humano no es “un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que es lícito atribuir a su dotación pulsional una buena cuota de agresividad” (1930a [1929]: 108). Con objetos y metas definidos, la pulsión de destrucción tiene como finalidad aniquilar a los objetos, su empuje sólo será frenado por la cultura.³¹² Aunque en cierta medida sospecha que la meta se perfilaría como

(1930a [1929]: 117).

³¹² Desde luego, conviene subrayar que la interpretación freudiana de la cultura sufre un muy significativo giro a partir de la introducción del segundo dualismo pulsional. En un primer momento, se perfilaba el planteamiento según el cual el sujeto tendría que renunciar al deseo respecto a los padres para ingresar en el mundo de la cultura, aspecto que permite vislumbrar la confluencia entre pulsión y cultura ya que Eros “quiere reunir a los individuos aislados, luego a las familias, después a las etnias, pueblos y naciones, en una gran unidad: la humanidad” y huir del sufrimiento. En S. Freud (1930a [1929]: 117). En un segundo momento, Freud advierte una búsqueda de satisfacción pulsional en pleno desacuerdo con los preceptos culturales, lo que produciría un malestar en los seres humanos, correlativo con la insatisfacción del hombre como ser de cultura. Eso porque “el ser humano no es un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que es lícito atribuir a su dotación pulsional una buena cuota de agresividad. En consecuencia, el próximo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explorar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, inflingirle dolores, martirizarlo y asesinarlo. ‘*Homo homini lupus*’.” En S. Freud (1930a [1929]: 108). Es decir, la pulsión de muerte altera las relaciones entre los hombres ya que según Freud existe una hostilidad innata del hombre contra sus semejantes. Eso porque, si bien el sujeto renuncia al deseo para ingresar en la cultura, la renuncia a la agresividad, también impuesta por la cultura, es una tarea por realizar. En ese sentido, parece que la agresividad sólo tiene cabida a partir del ingreso del sujeto en la cultura o, como dice Ricoeur (1965: 263-264): “No se nos descubre la muerte antes de llegar a la cultura, que es el espacio de su manifestación.” Por eso, el desarrollo de la cultura consiste en la lucha entre Eros y Muerte que se delinea, a su vez, como “la lucha por la vida de la especie humana”. En S. Freud (1930a [1929]: 118). Ocurre, sin embargo, que la cultura también presenta la misma dotación pulsional del individuo, de modo que su severidad en el sentido

una ausencia de satisfacción vinculada, a su vez, “con un goce narcisista extraordinariamente elevado, en la medida en que enseña al yo el cumplimiento de sus antiguos deseos de omnipotencia” (1930a [1929]: 117).

Quien evoque en su recuerdo el espanto de las invasiones bárbaras, las incursiones de los hunos, de los llamados mongoles bajo Gengis Khan y Tamerlán, la conquista de Jerusalén por los piadosos cruzados, y, ayer apenas, los horrores de la última Guerra Mundial, no podrá menos que inclinarse, desanimado, ante *la verdad objetiva de esta concepción* (1930a [1929]: 108-109).

Las acciones agresivas que Freud menciona, unidas a los hechos observados en la clínica, ofrecen el referente con el que se articula la pulsión de muerte. Si bien parece nivelarla en una misma dimensión que los hechos de la experiencia, cuando la pulsión de muerte se funda como concepto psicoanalítico a partir de otra dimensión, la metapsicológica. Teoría pulsional y hecho de experiencia pertenecen a niveles jerárquicos distintos; el segundo

de aniquilar la agresividad privada, es también destellos de la pulsión de muerte, pero institucionalizada. “Mortificando al individuo [incrementando su sentimiento de culpa, por ejemplo], la cultura hace que la muerte se ponga al servicio del amor, invirtiendo la relación inicialmente existente entre la vida y la muerte”. En P. Ricoeur (1965: 266). Es decir, si bien se trata de un conflicto entre Eros y pulsión de muerte y de una severidad con la finalidad última de que la vida prevalezca sobre la muerte, se trata, al fin y al cabo de “muerte luchando contra la muerte”. Asimismo, para un análisis detenido y no menos interesante sobre la interpretación freudiana de la cultura en el marco del segundo dualismo pulsional, véase los textos mismos en que Freud trata sobre este tema, a saber, S. Freud (1930a [1929]) y S. Freud (1927c). Véase también P. Ricoeur (1965: 261-267).

se convertirá en un tema psicoanalítico sólo cuando esté articulado con la teoría de las pulsiones. Por lo tanto, el concepto de pulsión de muerte no es un derivado directo de la experiencia, sino que los hechos que expresan la negatividad humana sufren una operación de transmutación hasta convertirse en conceptos psicoanalíticos propiamente dichos. Por lo tanto, no es que la pulsión de muerte *esté* presente en los hechos que subrayan los aspectos negativos del obrar humano, sino que estos mismos hechos trasladados hacia la teorización psicoanalítica pueden considerarse como *expresiones* de la pulsión

de muerte. Desde luego, es imposible no hacerse cargo de estas dimensiones cuando se trata de fundamentar heurísticamente el concepto psicoanalítico de pulsión de muerte, pero buscando asentar su base metapsicológica.³¹³

³¹³ Conviene también realizar algunas puntualizaciones sobre la agresividad en el pensamiento de Melanie Klein. Esta autora desarrolla su teoría a partir de la observación clínica del sadismo temprano y establece su íntima conexión con la agresividad, es decir, con un componente destructivo distinto de la libido, no muy claramente distinto del sadismo que también se define por la expresión directa del instinto de muerte sobre el objeto. Al hacer hincapié en la manifestación del sadismo temprano, producido e incrementado por el aumento de tensión interna, Melanie Klein define las primeras relaciones del niño con las figuras parentales, sobre todo con la madre. Sobre este propósito, conviene subrayar que el término “sadismo” (*Sadismus*) en el pensamiento kleiniano ha perdido su matiz patológico ya que es considerado como parte integrante del desarrollo normal del niño. Sin embargo, ocurre que si una determinada cuota de sadismo queda anudada a determinadas frustraciones externas, tal y como revelan las dificultades encontradas por el niño en gozar durante el amamantamiento, el sadismo constituiría, también, una interferencia en el desarrollo normal. En R. D. Hinshelwood (1989); voz: “Sadismo”. Tales relaciones con la madre están caracterizadas básicamente por el sadismo y la ambivalencia. Según Klein, el único modo de librarse del ataque masivo del instinto de muerte es proyectarlo no sólo sobre el pecho frustrador de la madre, sino también sobre el interior del propio cuerpo, con el objetivo de vaciar su contenido, de devorarlo y de

destruirlo. A este respecto, Melanie Klein señala que el peligro que el yo experimenta ante el ataque del instinto de muerte, antes de proyectarlo hacia el exterior, es sentido como angustia. De ahí la importancia de la “escisión” (*Spaltung*) como mecanismo de defensa que promueve una suerte de dominio respecto a los impulsos sádicos actuantes en el interior del cuerpo propio. En M. Klein (1932: 142-143). Embate que se dirige también hacia el pene del padre en el interior del cuerpo de la madre. De modo que el objeto atacado es también aquél al que el niño “considera” peligroso y no aquél que necesariamente frustra sus deseos, pues se trata no de una consideración del poder real de alcance de estas figuras parentales con respecto a él, sino de una construcción fantasmática. Queda establecida, entonces, para Melanie Klein, la importancia de las fantasías en cuanto representaciones mentales de los instintos en la interpretación que el yo hace de sus relaciones de objeto. Dice Klein en “Contribución a la psicogénesis de los estados maníacos-depresivos” (1935): “Estas *imago*s, que son un cuadro fantasmáticamente distorsionado de los objetos reales sobre los cuales se basan, las instala el bebé en el mundo exterior, sino, por el proceso de incorporación, también dentro del yo”. En M. Klein (1935: 267). De modo que el obrar fantasmático podrá servir de cauce para la estructuración mental como representación y significado vivencial del instinto de vida y del instinto de muerte con la condición de que sólo habrá la posibilidad de representar mentalmente los instintos si de antemano la pulsión está ligada al objeto. Eso puede ser vivenciado por el niño como amoroso, gratificador o destructivo porque dentro del perseguidor se ha instalado tanto la pulsión libidinal como la destructiva. Asimismo, para un detenido desarrollo de la noción de fantasía en el marco de la teoría de las relaciones objetales, Véase S. Isaacs (1952: 73- 115).

Este yo débil tendrá que hacerse cargo del conocimiento adquirido por el niño como reflejo de la nascente elaboración fantasmática respecto al quehacer sexual de los padres. En este contexto, la envidia oral parece como el deseo de dañar el cuerpo de la madre, en particular el pene del padre en el interior del cuerpo de la madre, fuente de placer que el niño concibe como inaccesible para su propio usufructo. En *Psicoanálisis de niños* (1932), dice Klein: “La envidia oral es una de las fuerzas impulsoras que hace que los niños de ambos sexos deseen abrirse paso hacia el cuerpo de su madre, dando así origen al instinto epistemofílico aliado a este deseo.” En M. Klein (1932: 147).

La envidia definida como el anhelo del niño por un pecho inagotable del que él es privado es descrita en *Envidia y gratitud* (1957) -texto que también plantea la base innata del odio, de la voracidad y de las angustias persecutorias-, teniendo su génesis a partir de la angustia. De manera que constituye un ataque oral y anal-sádico sobre el objeto, no sólo en el sentido de suprimir lo que se desea sino también de colocar en la madre las partes malas del sí-mismo con la finalidad de dañarla y destruirla. En ese sentido, se muestra claramente que la envidia es el resultado de la relación entre dos personas y no puede ser concebida como algo innato. Véase M. Klein (1957: 181). Por otra parte, esta autora reconoce en la envidia el factor que promueve la *identificación proyectiva*, es decir, el prototipo de la relación objetal agresiva, típica de la relación esquizo-paranoide y que se caracteriza por un ataque hacia el objeto insertándole partes del yo a fin de apoderarse de sus contenidos. En R. D. Hinshelwood (1989); voz: “Identificación proyectiva”. El objeto envidiado se perfila como un objeto idealizado, distinto del objeto bueno ya que deriva más allá de la ansiedad persecutoria que de la capacidad para amar e interfiere en el proceso de identificación. En M. Klein (1957: 198). La culpa aparece como el resultado inevitable de la envidia y de la

III.3. La naturaleza de las pulsiones en el ámbito del antagonismo entre vida y muerte.

III.3.1. El fundamento heurístico del segundo dualismo pulsional.

Los cambios teóricos producidos con la introducción del segundo dualismo pulsional, remiten no sólo a la discusión sobre la energía que estará al servicio de la pulsión de muerte -la libido-, sino también a algunas reconsideraciones sobre la noción de sexualidad.

En *Más allá del principio de placer* (1920g), Freud introduce la oposición

fantasía de haber destruido los aspectos buenos del objeto; un sentimiento que será paulatinamente elaborado de acuerdo con el desarrollo del yo en el paso de la posición esquizo-paranoide a la posición depresiva, momento en que el objeto pasa a ser concebido como total y que, por lo tanto, propicia en el yo el reconocimiento de la maldad y de la bondad del objeto como reflejo mismo de su realidad psíquica.

Este momento de violencia, definido por Klein como la fase del sadismo máximo (que corresponde a los momentos iniciales del complejo de Edipo) coincide con la hipótesis freudiana según la cual el sadismo viene precedido de un masoquismo erógeno, momento éste equivalente al embate entre instintos de vida e instintos de muerte en el interior del organismo. Este sadismo descrito por Klein consiste en la proyección del instinto de muerte hacia el exterior como la posibilidad encontrada por el yo para librarse, por lo menos en parte, de los ataques masivos del instinto de muerte sobre el cuerpo propio.

Sin embargo, Freud y Klein toman distintos puntos de partida para concebir el aparato psíquico y su funcionamiento. Mientras que la sexualidad estará presente en todos los momentos de la obra de Freud como uno de los representantes del conflicto psíquico, ya sea entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas o de autoconservación, ya sea entre pulsiones de vida y pulsión de muerte, Melanie Klein dará supremacía a la destructividad.



entre pulsiones de vida y pulsión de muerte. Ahora, la pulsión no será específicamente definida desde el punto de vista del apuntalamiento y desasimiento de la sexualidad en la autoconservación, sino por la relación inconciliable entre Eros y destructividad, los nuevos protagonistas del nuevo dualismo pulsional³¹⁴ y variantes de la intuición básica de Freud respecto a la oposición entre los sentimientos amor-odio.

Si en la primera teoría pulsional existe la derivación del campo de la sexualidad hacia el de la autoconservación, lo cual muestra, en última instancia, una relación dialéctica y de compromiso mutuo entre ambas fuerzas, ahora la irreductibilidad entre las dos clases de pulsiones sólo puede ser pensada en los términos de “mezcla pulsional” (*Triebmischung*).³¹⁵

Esta segunda teoría pulsional que se ha engendrado a partir de la introducción del concepto de “narcisismo” (*Narzissmus*), significa un verdadero “giro

³¹⁴ Sobre este propósito, Scarfone (1996: 8) señala las variaciones que existen entre los términos “dualidad” y “dualismo”, más allá de su sinonimia. El primer término designa el carácter de lo que es doble, es decir, subraya la existencia de dos elementos, mientras que el segundo término destaca tanto el antagonismo entre ellos como también designa una doctrina que admite principios irreductibles. Tal es el caso de la oposición entre Eros y destructividad y que, a su vez, se distinguirá de las demás oposiciones de la teoría freudiana por caracterizarse por una irreductibilidad entre sus elementos.

³¹⁵ Pero, como señala Rosemberg (1989: 559), no se trata de una mezcla que unifica ambas pulsiones, tanto porque existe la posibilidad de desintrincación como por no existir desintrincación e intrincación absolutas.

teórico” de la teoría freudiana. Entre las nuevas aportaciones conviene destacar la creación de una segunda tópica, el supuesto de un “masoquismo erógeno” (*erongenen Masochismus*), la tercera teoría sobre la angustia y el “complejo de Edipo” (*Ödipuskomplex*).³¹⁶

¿Cuáles fueron los cambios introducidos en este nuevo dualismo pulsional? En un primer momento, Freud aproxima las pulsiones de autoconservación y la tendencia de retorno hacia lo inorgánico puesto que concibe como una de las funciones de las pulsiones de autoconservación el garantizar el camino hacia la muerte y alejar todas las formas de retorno hacia lo inorgánico que no sean inmanentes al propio organismo (1920g: 39). La tarea consistiría, pues, en conciliar ambas propuestas, es decir, en encontrar un denominador común manteniendo la premisa del dualismo pulsional. La coincidencia entre pulsiones de autoconservación y pulsión de muerte constituirá la prueba para fundamentar empíricamente la pulsión de muerte. Ahora bien, tal recurso se ha mostrado -concluye Freud- infructífero, pues, además de desmentir la investidura libidinal del yo, termina por reducir el recorrido del sujeto hacia la

³¹⁶ Sin embargo, manteniendo una de las ideas presente desde el inicio de este trabajo, cuando se trata de análisis de textos y del establecimiento de modelos de funcionamiento del aparato psíquico construidos por Freud a lo largo de su obra, el desarrollo cronológico de sus ideas no implica necesariamente que las anteriores quedan sustituidas por las posteriores. Tampoco que se evolucione de lo más simple hacia lo más complejo, sino que se produce un establecimiento progresivo de formas de pensamiento que si bien derivan unas de las otras, son interdependientes entre sí. Además, en lo referente a las teorías pulsionales, ambas teorías *coexisten* cuando se introduce la segunda teoría de las pulsiones.

muerte. Como el supuesto sobre el narcisismo vino a señalar que las pulsiones están mezcladas con libido narcisista, la solución que se le imponía era la de reunir pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación bajo la designación de pulsiones de vida. Pero sin desechar por completo la hipótesis de que en el yo mismo actúan otras pulsiones que no son libidinales, aunque no encuentre parámetros para fundamentarla (1920g: 52).

Se perfila pues, una serie de derivaciones. Del lado de la pulsión de vida se encuentran las pulsiones sexuales, pulsiones yoicas, pulsiones de autoconservación, distintas cualitativamente entre sí. Pero será del lado de la pulsión de muerte donde se hace necesaria la tarea de especificar el estatuto de los conceptos de pulsión de destrucción, de pulsión agresiva y de pulsión de apropiación.³¹⁷ Mientras la pulsión de destrucción será definida como

³¹⁷ Buscando distinguir los componentes agresivos y reagrupar las pulsiones del yo de autoconservación y de dominio, un autor como Bergeret (1985) diferencia entre la agresividad, tal y como Freud la concibe, y lo que denomina “violencia fundamental”. Concepto relacionado con los intereses adaptativos del sujeto en un momento en que el objeto le resulta indiferente (identificación primaria). No existe ambivalencia, sino la maniqueísta alternativa entre dos posibilidades: “¿otro o yo?”, “¿él o yo?”, “¿yo o nadie?” ubicadas en las construcciones fantasmáticas primarias (que no son las fantasías primordiales). Según este autor, el “instinto de violencia fundamental” está del lado de los “instintos de vida”. Esto supuso reconocer, tal y como lo hizo Freud, la idea de una disposición instintiva hereditaria. En ese sentido el instinto violento fundamental estaría presente desde el nacimiento en constante interacción con los elementos reprimidos violentos del entorno, ya que aunque el adulto inviste al recién llegado al mundo con ternura, lo concibe primitivamente como un intruso y como un rival. Mientras Freud concibe el segundo dualismo pulsional en una dimensión sincrónica, “de pulsiones contemporáneas de una misma etapa psicogenética”, Bergeret define esta violencia fundamental como “instinto de supervivencia” en un orden diacrónico de apuntalamiento e

proyección de la pulsión de muerte hacia el exterior, la pulsión agresiva y la pulsión de apropiación serán definidas como pulsiones parciales: la primera será una diferenciación de metas de la pulsión de muerte; la segunda ³¹⁸ conduce a una relación de objeto en la que participan tanto Eros como la pulsión de muerte, en diferentes graduaciones. Refiriéndose al peligro que supone la permanencia en el interior del aparato psíquico de la pulsión de muerte, dice Freud:

La tarea de la libido es volver inocua esta pulsión destructora; la desempeña desviándola en buena parte -y muy pronto con la ayuda de un sistema de órgano particular, la musculatura- hacia afuera, dirigiéndola hacia los objetos del mundo exterior. Recibe el nombre entonces de pulsión de destrucción, pulsión de apoderamiento, voluntad de poder (1924c: 169).

integración, aspectos que subrayan la importancia de la corriente libidinal en esta brutalidad primaria, lo que la convierte en positiva, creativa, con posibilidades de dar lugar a una nueva significación en las relaciones con el objeto y que organizará el conjunto de la personalidad. Toda la energía libidinal tiene su origen en la energía primitiva y mal diferenciada de este instinto fundamental. La pulsión sexual tendrá, pues, que recuperar todos los anárquicos elementos libidinales que obran en beneficio del mantenimiento de esta violencia fundamental. Será de la eficacia o no de esta integración de la que dependerá el trabajo de cura psicoanalítica. Pero se trata de un proceso de apuntalamiento y de integración que no tiene final; siempre quedará un resto de violencia pendiente de integración que, a su vez, podrá recuperar los elementos libidinales integrados en provecho de la agresividad, del sadismo, del masoquismo. Por eso, la función del yo será dar soluciones integrativas entre estas dos energías. Para un análisis más detenido, véase J. Bergeret (1985: 1461- 1478).

³¹⁸ En el capítulo anterior se ha esbozado las consideraciones de Freud sobre el número de pulsiones (véase II.4.2.). Ahora bien, la “pulsión de poder” (*Machttriebe*) es también pulsión parcial que, junto con la “pulsión de ser reconocido” (*Geltungstriebe*), presentan un estrecho vínculo con la “pulsión de muerte” (*Todestrieb*). En S. Freud (1920g: 39).

Es la pulsión la que dará lugar al circuito de la pulsión de apropiación y a la consecuente constitución del yo y de la sexualidad, uno de los avatares de la pulsión de muerte.³¹⁹

³¹⁹ Algunos autores no sólo muestran su pleno acuerdo con esta idea, sino que también buscan descifrar todos los designios de esta pulsión de apropiación. Gillibert (1982) la nombra “esencia de la pulsión”, “pulsión de poder posesivo”, “pulsionalidad de la pulsión”, ligada antes de todo vínculo objetal. Considera este concepto “ni sexual, ni de autoconservación, ni separada del registro del deseo, ni del registro de la necesidad, ni narcisista, ni objetal”, en tanto que es parte integrante de todos estos designios a la vez. Descifra la pulsión de apropiación siempre del lado de la voluntad (inconsciente) de poder y del lado del deseo de poder (narcisístico), términos que mantienen una sinonimia entre sí. En J. Gillibert (1982: 1216 y 1217).

Desde luego, el poder se destaca en esta reflexión, pese al hecho de ser propiamente un concepto fenomenológico. Partiendo del intento de dar al concepto de poder su estatuto metapsicológico, Etchegaray y Borgnia (1996) proponen la conexión entre poder y la *Bemächtigungstrieb*. Consideran que las manifestaciones de poder encuentran su origen en la *Bemächtigungstrieb*, del mismo modo que sostienen la coincidencia entre esta pulsión y la instauración del narcisismo, correlativos con la formación del yo. En E. V. Etchegaray y C. M. Borgnia (1996: 65). En el principio, se trata de una búsqueda de autoafirmación en un medio ajeno en consonancia con la maduración psicomotriz. Es en esta línea que Alizade (1996) estudia la relación entre desamparo y dominio, definidos ambos como “*antesalas psíquicas* a las problemáticas del poder y del no-poder y vivencias fundantes de movimientos pulsionales.” En A. M. Alizade (1996: 9). Considera que, mientras el desamparo sería el sustrato de la necesidad de dominio, plasmando la confrontación con el apremio de la vida, lo cual sirve para fundamentar el apego ya que conduce a la comunicación, el dominio sería un intento de individuación. Remedia el desamparo aunque no lo anula, y bajo la insignia de Eros busca evitar los desbordes pulsionales, lo que la autora llama de “dominio por el amor”. Sin embargo, este dominio puede convertirse en una búsqueda de poder absoluto, característico de la “patología de poder”, pudiendo estar incluso conectada con el sadomasoquismo, lo cual revela el imperio de las pulsiones de muerte. En A. M. Alizade (1996: 10 y 13). Como quiera que sea, los múltiples avatares de esta pulsión de apropiación y sus diversas formas de expresión sellan la diferencia entre los cuadros clínicos. No menos significativa es la participación de otras pulsiones parciales, “pulsión de ver” (*Schautrieb*), “pulsión de concretación” (*Kontrektationstrieb*), “pulsión de saber” (*Wisstrieb*), esta última considerada como la sublimación de la “pulsión de dominio” (*Bemächtigungstrieb*). En S. Freud (1905d: 177). En la medida en que son objetales, conducen también a un tipo de relación interpersonal, ya sea para expandirse a costa de los objetos (narcisismo de vida), ya sea con la finalidad de rechazar a los objetos (narcisismo de muerte). Lo que hace Schule (1981: 405) es destacar a la pulsión de dominio entre las demás por perfilarse como un recurso general para establecer algún tipo de contacto, por su virtud de mezclarse con

Por otra parte, del mismo modo que la hipótesis del conflicto entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas o de autoconservación se inspira en la oposición entre hambre y amor propuesta por Schiller, en el segundo dualismo pulsional la intuición básica freudiana tiene como referente la oposición entre “amor” (*Philia*) y “discordia” (*Neikos*) introducida por Empédocles de Acragas.³²⁰ Freud concibe el amor como un combinado entre ternura, sexualidad y narcisismo, así como lo vincula a la pulsión sexual. Con la hipótesis sobre el narcisismo, la sexualidad dejará de ser concebida como una fuerza que contamina al yo, convirtiéndose en un principio necesario para su constitución.

sus modalidades específicas.

³²⁰ Freud analiza detenidamente la doctrina de Empédocles de Acragas (945 a.C.) en “Análisis terminable e interminable” (1937c). Revela sus más heterogéneas formaciones: fue investigador, pensador, poeta, mago, político, filántropo y médico naturalista. Aunque en su tiempo fue muy criticado, concibe ideas que han encontrado aceptación en la era moderna, tales como el desarrollo en etapas de los seres vivos, el papel del azar en el desarrollo y la supervivencia de los más aptos. Empédocles explicó la diversidad entre las cosas a través de las mezclas entre cuatro elementos distintos, pero que se combinan en proporciones variables generando todas las cosas: tierra, agua, fuego y aire. Las únicas mudanzas que existen estarán bajo el comando de dos fuerzas motoras de unión y desunión, el amor y la discordia. A partir de esta doctrina sobre la existencia y oposición entre dos principios, el amor y la discordia, Freud realizará una operación de transmutación hacia la oposición entre Eros y destructividad; el primero busca reunir y ampliar lo existente, el segundo destruir los productos por ellas generados. Pero si, según Empédocles, el amor mantiene una lucha cósmica y sin final con la discordia ya que trata de reunir las mezclas, mientras que la discordia busca separarlas, para Freud las sustancias básicas no son los cuatro elementos y la discordia procura desunir las “mezclas pulsionales” ya que plantea la separación tajante de lo inanimado respecto a la vida; oposición que busca su fundamento en la biología. Sin embargo, al hacer hincapié en la tendencia de la pulsión de muerte en retornar hacia lo inorgánico desde el punto de vista de la biología, se desecha totalmente la posibilidad de que una pulsión análoga existiera antes de la aparición de la vida. En S. Freud (1937c: 246-248).

Con el segundo dualismo pulsional, introduce el concepto de Eros, tomado del pensamiento filosófico de Platón. La finalidad específica será la de ampliar la noción de libido, dándole un carácter más subjetivo³²¹ con una reflexión sobre el mito del andrógino.³²² No obstante, Freud advierte:

³²¹ Desde luego, todas estas remodelaciones ocurridas en función del dualismo entre pulsiones de vida y pulsión de muerte, requieren una agrupación de las definiciones de Freud sobre la libido. Desde el punto de vista cuantitativo, que será el que predominará en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921c), Freud define la libido como una “energía, considerada como de magnitud cuantitativa -aunque por ahora no medible-, de aquellas pulsiones que tienen que ver con todo lo que puede sintetizarse como ‘amor’”. En S. Freud (1921c: 86). Si en los *Tres ensayos* (1905d: 198) la libido medía procesos en el ámbito de la “excitación sexual”, ahora, lo será en una proposición más totalizadora, el “amor”, aunque sin alterar significativamente su perspectiva cuantitativa. Lo que sí se altera es su dimensión cualitativa. En este mismo texto, *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921c), algunos párrafos después de su definición cuantitativa, la libido aparecerá identificada con el amor del mito platónico, será Eros que busca unir, conservar y ampliar todo lo viviente. En S. Freud (1921c: 87). También en S. Freud (1920g: 49). En la misma línea, en “Psicoanálisis” (1923a [1922]), la libido será definida como la manifestación dinámica de la pulsión sexual en la vida psíquica. En S. Freud (1923a [1922]: 240). Sin embargo, en *El yo y el ello* (1923b), asocia la libido con sustancias materiales concretas, que cuando son expulsadas permiten a la pulsión de muerte realizar sus propósitos. En S. Freud (1923b: 47-48) Concepción biológica que contrasta nítidamente con sus concepciones sobre la libido, pero que a la vez revela un deslizamiento semántico entre pulsiones sexuales y pulsiones de vida o Eros, tal y como plantea Green (1986: 69). Deslizamiento que llevará a Freud a nombrar como *función sexual* a las pulsiones sexuales, que a su vez, no deben ser confundidas con Eros ya que se trata del medio en el cual se puede acceder a él.

³²² Fábula citada por Platón en *El Banquete*. Freud, a su vez, se referirá a ésta en los *Tres ensayos* (1905d): “La fábula poética de la partición del ser humano en dos mitades -macho y hembra- que aspiran a reunirse de nuevo en el amor se corresponde a maravilla con la teoría popular de la pulsión sexual.” Teoría que entiende de este modo esta clase de pulsión: “Faltaría en la infancia, advendría en la época de la pubertad y en conexión con el proceso de maduración que sobreviene en ella, se exteriorizaría en las manifestaciones de atracción irrefrenable que un sexo ejerce sobre otro, y su meta sería la unión sexual o, al menos, las acciones que apuntan en esa dirección.” En S. Freud (1905d: 123-124). Pero la describirá de modo más detallado en *Más allá del principio de placer* (1920g). Hela aquí: “‘Antaño, en efecto, nuestra naturaleza no era idéntica a la que vemos hoy, sino de otra suerte. Sepan, en primer lugar, que la humanidad comprendía tres géneros, y no dos, macho y hembra, como hoy; no, existía además un tercero, que tenía a los otros dos reunidos (...) el andrógino...’. Ahora bien, en estos seres humanos todo era doble: tenían, pues, cuatro

manos y cuatro pies, dos rostros, genitales dobles, etc. Entonces Zeus se determinó a dividir a todos los seres humanos en dos partes ‘como se corta los membrillos para hacer conserva.’ (...) El seccionamiento había desdoblado el ser natural. Entonces cada mitad, suspirando por su otra mitad, se le unía: se abrazaban con las manos, se enlazaban entre sí *anhelando fusionarse en un solo ser...*”. En S. Freud (1920g: 56). Ahora bien, cotejando ambas citas, se colige que los aspectos fundamentales que las separan, más allá de cuestiones estilísticas -aunque teniendo en cuenta que en 1920 Freud presenta una lectura shopenhauriana del mito del andrógono-, es el texto y, consecuentemente, el contexto en que fueron presentadas. Si en los *Tres ensayos* (1905d), cuya tesis principal es la contingencia del objeto de la pulsión, Freud teje incluso la estructura molecular de esta obra en el sentido de relativizar la noción de objeto y consecuentemente refutar la concepción popular sostenida acerca de la pulsión sexual, lo cual revela el carácter profundamente subversivo de esta obra, en *Más allá del principio de placer* (1920g), tomando prestadas las palabras de Laplanche (1993a: 30), Freud está en contradicción consigo mismo. En concreto, respecto a las ideas expuestas en los *Tres ensayos* (1905d) ya que buscará sostener la hipótesis según la cual existe un estado de unidad originaria al que se busca alcanzar, o que, en última instancia, la sexualidad, que ahora presenta como protagonista Eros, es predeterminada. Para un análisis detenido sobre esta cuestión, véase Laplanche (1993a: 27-31). Por cierto, estos derroteros en la teoría freudiana y, sobre todo, el movimiento del lector que los detecta, pueden ser muy útiles *cuando* se busca entender el proceso de construcción de una teoría, que en el caso del pensamiento freudiano está caracterizada por un movimiento dialéctico y discontinuo. Por eso, no se pretende aquí justificar esta contradicción, ni tampoco delatarla, como si el retorno de una concepción sobre una sexualidad predeterminada se constituyera como una especie de “retroceso” del pensamiento freudiano. Desde luego, este movimiento en el pensamiento freudiano revela una vez más que el desarrollo de las ideas de Freud no es necesariamente la sustitución de lo primero en el tiempo por lo más reciente. Dicho en otros términos: sería una paradoja volver con una concepción predeterminada sobre la sexualidad humana. En la misma línea, estas aseveraciones también revelan que el desarrollo de las ideas de Freud no se ubicaría en una supuesta *evolución* de unidades más simples hacia unidades más complejas ya que no siempre evolución supone complejidad; es decir, si bien la hipótesis sobre el estado de unidad originaria se presenta como extremadamente compleja, no es señal de evolución. Pero tampoco se trataría de retroceso. En efecto, emplear los términos “evolución” o “retroceso” para definir el movimiento de un pensamiento equivaldría a una modalidad de lectura reduccionista. En definitiva, lo que se pretende subrayar aquí es que los modelos del aparato psíquico que Freud construyó a lo largo de su obra se perfilan como estructuras de pensamiento que si bien mantienen una relación de derivación, son interdependientes entre sí. De ahí, la necesidad de conocer en todos los aspectos el giro radical que se produjo a partir de 1920 con el establecimiento del segundo dualismo pulsional, que a pesar de las críticas Freud se empeñó en mantenerlas. Como este tema será tratado a continuación, conviene de antemano señalar que, a partir de este orden de consideraciones, es posible plantear que, lo que sí ocurrió en el periodo que separa los *Tres ensayos* (1905d) de *Más allá del principio de placer* (1920g) fue el intento, por parte de Freud, en compaginar la hipótesis sobre la naturaleza transformadora de las pulsiones, expuesta desde los *Tres ensayos*, con la tendencia regresiva de las pulsiones, hipótesis introducida en *Más allá del principio de placer* (1920g).

Pero su concepción “ampliada” del amor no es una creación novedosa. Por su origen, su operación y su vínculo con la vida sexual, el “*Eros*” del filósofo Platón se corresponde totalmente con la fuerza amorosa {*Liebeskraft*}, la libido del psicoanálisis, según lo han expuesto en detalle Nachmansohn (1915) y Pfister (1921)...(1920g: 87; las llaves son de Etcheverry).

Es decir, pese a la coincidencia, procura fundamentar el Eros desde el psicoanálisis. Ahora bien, cabría preguntarse si la concepción de un Eros eterno, totalizante, universal, al ampliar la noción misma de sexualidad y ultrapasar el amor sexual, no cambiaría la naturaleza de la sexualidad en el pensamiento de Freud. O, más bien revelaría una cierta disimetría entre Eros y libido, lo cual generaría problemas teóricos y clínicos de máxima importancia. Es que, como advierte Green (1986: 69), la libido no presenta todas las propiedades de Eros. Por otra parte, el odio, aunque vinculado a las pulsiones de autoconservación proporciona satisfacciones sádicas y masoquistas y estará vinculado a la pulsión de muerte.³²³ El concepto de pulsión de muerte, a su vez, presenta raíces filosóficas, particularmente del pensamiento de Schopenhauer, “para quien la muerte es el ‘genuino resultado’ y, en esa medida, el fin de la vida, mientras que la pulsión sexual es la encarnación de la

³²³ Asimismo, para un análisis sobre el desarrollo de los conceptos de odio y de destructividad en la metapsicología freudiana, véase L. C. Menenzes (1991: 17-23).

voluntad de vivir” (1920g: 48-49).³²⁴

Ahora bien, pese a sus posibles herencias filosóficas, el concepto de pulsión de muerte debe ser atribuido al fundador del psicoanálisis (Moreno y Soriano, 1996: 11). Desde la mención de este concepto en el pensamiento de Schopenhauer hasta la elaboración que Freud hace del mismo, con todas las ambigüedades que ello implica, se revela una verdadera operación de transmutación que conferirá a la *Todestrieb* toda su originalidad.³²⁵

Tal y como se mencionó antes, Freud no estableció un término análogo a la libido cuando se trata de la energía que le confiere a la pulsión de muerte su carácter destructor,³²⁶ de modo que será esta libido desexualizada la que estará al servicio de la pulsión de muerte. Monismo energético³²⁷, como

³²⁴ Además, la concepción dualista -pulsiones de vida y pulsión de muerte- presenta, según Freud, una estrecha relación con la teoría de Hering sobre la sustancia viva, según la cual existen “dos clases de procesos de orientación contrapuesta: uno de anabolismo -asimilatorio- y el otro de catabolismo -desasimilatorio.” En S. Freud (1920g: 48).

³²⁵ ¿Acaso no serán estas ambigüedades en las que se asienta el psicoanálisis las que le confieren toda su originalidad?

³²⁶ “Carecemos de un término análogo a ‘libido’ para la energía de la pulsión de destrucción.” En S. Freud (1940a [1938]: 147).

³²⁷ Monismo que no sólo evoca la polémica entre Freud y Jung, sino que también se refleja en las diversas construcciones sobre la pulsión de muerte después de Freud.

quiera que sea, plantear una única fuente energética, la libido, no excluye en modo alguno su firme posición dualista.

Nuestra concepción fue desde el comienzo dualista, y lo es de manera todavía más tajante hoy, cuando hemos dejado de llamar a los opuestos pulsiones yoicas y pulsiones sexuales, para darles el nombre de pulsiones de vida y pulsión de muerte (1920g: 51-52)

En cuanto a la irreductibilidad entre pulsiones de vida y pulsión de muerte³²⁸ a propósito de las relaciones de amor y de odio, en *El yo y el ello* (1923b: 45-46), Freud propondrá una solución: la existencia de una energía “desplazable”, “indiferente”, derivada de la libido narcisista que actuaría como “Eros desexualizado”.³²⁹ Solución que permitió encontrar un hilo entre las pulsiones

³²⁸ Un autor como Rosemberg (1989: 560) hace hincapié sobre la imposibilidad de unión entre ambas pulsiones, de por sí heterogéneas. A la vez, destaca el papel del objeto como el lugar en el que ambas acciones “opuestas – antagónicas” actúan, dando resultados diversos según la fuerza económica.

³²⁹ “Desexualización” (*Desexualisierung*), término que Freud define como una “resignación de las metas sexuales”. En S. Freud (1923b: 46). Aparece a partir de 1920 en algunos textos de Freud tales como, *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921c: 98), “Teoría de la libido” (1923a [1922]: 251), en *El yo y el ello* (1923b: 46) y “El problema económico del masoquismo” (1924c: 175). Tampoco será parte integrante del conjunto de conceptos analizados por Laplanche y Pontalis en el *Vocabulaire de la Psychanalyse* (1967). Un autor como Scarfone (1996: 4), en un estudio sobre las consecuencias de la introducción del término desexualización en el seno del segundo dualismo pulsional, no lo considera un concepto psicoanalítico propiamente dicho. Ahora bien, se podría preguntar si es la comprobación histórica sobre la desaparición de un término en el pensamiento freudiano el índice para refutar su valor en cuanto concepto psicoanalítico o si es su fuerza o pertinencia en el sentido de problematizar el descubrimiento freudiano sobre la sexualidad inconsciente. Por ejemplo, el concepto de “ideal del yo” (*Ichideal*), mencionado por Freud solamente en dos de sus textos, “Introducción del narcisismo” (1914c) y en la

de vida y pulsión de muerte y revelar, si no otras pulsiones distintas a las libidinales actuantes en el yo, por lo menos la existencia de una energía que aún siguiendo el propósito de Eros, el de reunir y conservar a las cosas, es desexualizada, transformando, así, la naturaleza sexual de la libido. Dice Freud:

Si esta energía de desplazamiento es libido desexualizada, es lícito llamarla también *sublimada*, pues seguiría perseverando con el propósito principal de Eros, el de unir y ligar, en la medida en que sirve a la producción de aquella unidad por la cual -o por la pugna hacia la cual- el yo se distingue (1923b: 46).

Presentación de las teorías de J. Laplanche, de A. Green y de M. Klein sobre la pulsión de muerte.

Ahora bien, de las cuestiones presentadas hasta ahora sobre el concepto de pulsión de muerte y del giro teórico a que ha dado lugar su inclusión en el

260 de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-1917 [1915-1917]), presenta un valor heurístico tan considerable como polémico en determinadas líneas de pensamiento posfreudianas. Ocurre, pues, que algunos de los conceptos introducidos por Freud terminan por desviarse del centro de la problemática psicoanalítica, lo sexual inconsciente y, por lo tanto, del conflicto psíquico en que él se inserta. Subrayan más bien determinadas categorías, tal y como revela la noción de “falta en ser”, que deriva de la problemática del narcisismo desgajado de la condición esencial que lo introduce en el aparato psíquico, a saber, las pulsiones. Cuando, del mismo modo que el narcisismo está unido a los designios de la sexualidad, la “falta en ser” puede ser entendida como una de las fuentes mismas de la excitación sexual.

pensamiento de Freud, fueron muchos los autores, después de Freud, que no sólo han descifrado las paradojas contenidas en *Más allá del principio de placer* (1920g), sino que también han contribuido con teorías estructuradas de modo consecuente.³³⁰ Se destacan dos autores del conjunto de autores que

³³⁰ Sobre este propósito, los autores posfreudianos se dividen en *cuatro tendencias* circunscritas a partir de la polémica discusión sobre el origen endógeno y biológico de la pulsión de muerte: 1ª Los que no defienden este concepto; 2ª Los que defienden este concepto; 3ª Los que evitan todo el maniqueísmo implícito en defender o no este concepto; 4ª Los que no sólo defienden, sino conciben la pulsión de muerte como un concepto imprescindible.

De estos tres grupos se difunden diferentes líneas interpretativas. La *primera*, no reconoce la utilidad de la pulsión de muerte:

- Por considerarla equivalente al instinto de muerte, de orden biológico, lo cual subrayaría su carácter biológico en detrimento de las investiduras de objeto. De ahí, proponen: a.) Reemplazar la teoría de los instintos por la teoría de las relaciones objetales. En W. R. Fairbain (1952: 86-87) y H. Guntrip (1961: 116-118). b.) Articular los impulsos destructivos con los influjos del ambiente. En D. W. Winnicott (1971: 121-131). Asimismo, para una panorámica sobre la posición de Winnicott respecto a la pulsión de muerte, véase E. Romano (1996: 519- 535).

- Por la ausencia de bases metapsicológicas, ya que no es posible clasificar este concepto según los términos de la pulsión (fuente, meta, objeto, esfuerzo) y por constituirse como un concepto abstracto, desexualizante y de ineficacia clínica. De ahí, proponen: a.) Profundizar los hechos de la negatividad humana a partir de la reflexión freudiana sobre el erotismo anal. En J. Guillaumin (1989: 593-618). b.) Sustituir el concepto de pulsión de muerte por el de “violencia fundamental”. En J. Bergeret (1985: 1461-1478 y 1994:361-376).

A su vez, la *segunda* corriente defiende el planteamiento freudiano sobre la pulsión de muerte:

- Por reconocer sus características endógena y biológica. Pero, al subrayar determinados aspectos de la teoría freudiana en detrimento de otros y, a su vez, incluirlos en una teoría o sistema de pensamiento singular, terminan por distanciarse del planteamiento freudiano. De ahí, procuran: a.) Subsumir la pulsión de muerte al ámbito de la agresividad (que si bien ya estaba presente en la reflexión de Freud no se ha consolidado) con el mismo nivel de dignidad que la sexualidad. En H. Hartmann (1948: 85-87). b.) Subrayar el potencial representativo y “ruidoso” de la pulsión de muerte o, lo que es lo mismo, considerar a la pulsión de muerte como psicológica. En M. Klein (1932) y H. Segal (1986: 35-49).

La *tercera* corriente, a su vez, evita todo el maniqueísmo implícito en defender o no la pulsión de muerte:

- Por relativizar sus características endógena y biológica, proponer una profundización de las relaciones del yo con los objetos y conceptualizar a la pulsión de muerte en los términos de agresividad, no sin reconsiderar el monismo energético. De ahí, proponen: a.) Redefinir

la génesis de la pulsión de muerte como la intromisión (ataque) del otro adulto. En J. Laplanche (1986: 15-34). *b.*) Redefinir las pulsiones de vida y la pulsión de muerte a partir del componente narcisístico en los procesos de ligadura y de desligadura. En A. Green (1986: 65-78). *c.*) Redefinir los componentes auto y heteroagresivos, como el sadismo el masoquismo y la pulsión de apropiación. En J. Bergeret (1985: 1460-1478 y 1994: 361-376), J. Gillibert (1982: 1211- 1243), B. Rosemberg (1989: 568-576).

- Por buscar otras alternativa acerca del biologicismo de la pulsión de muerte y considerarla ante todo como un concepto y no un desvío de la concepción racionalista. De ahí, propone: *a.*) Emplear la lógica del significante que consiste en la repetición y advenimiento de un significante marcado por la negatividad (la pulsión de muerte) que no corresponde con el encuentro con el objeto sino con la falta (la Cosa). En J. Lacan (1954-1955: 103-122).

Y, finalmente, una *cuarta* corriente entiende la *Todestrieb* como un principio fundador de toda pulsión, sea de vida o de muerte. De ahí, propone: *a.*) Subrayar que el “trabajo de lo negativo” (de la pulsión de muerte que busca destruir a las pulsiones de vida), es condición necesaria para elaborar lo no representable pero sólo en la medida en que esté anclada en la referencia al falo. En S. Leclaire (1975: 48-66).

Ahora bien, cabría, al menos, señalar las consecuencias de tan variados planteamientos. Desde luego, como se ha visto en estas líneas, el rechazo del concepto de pulsión de muerte presenta fundamentos heterogéneos entre sí. Si, por un lado supone un desmerecimiento de la teoría de las pulsiones introducida por Freud respecto a una radical teoría de las relaciones de objeto (Fairbain y Guntrip), por otro lado, puede desgajar este concepto de un entendimiento propiamente psicoanalítico en detrimento de una versión psicológica sobre la pulsión de muerte, ya que la reflexión sobre la importancia del ambiente (Winnicott) en la irrupción de la destructividad puede hacer hincapié más en los aspectos interpersonales que en los intrapsíquicos y desembocar en una modalidad de interpretación psicológica, aunque siguiendo el supuesto freudiano sobre el origen endógeno y biológico de la pulsión de muerte (Melanie Klein y Hanna Segal). En efecto, estas ambigüedades ya estaban presentes en la reflexión introducida por Freud a propósito de la pulsión de muerte, que oscila entre la metabiología y la metapsicología, pero de modo alguno aniquila por completo el modelo de la pulsión de muerte en detrimento de una concepción anclada en supuestos fisiológicos sobre la agresividad (Hartmann). En la misma línea, la cuestión sobre la energía psíquica indiferenciada o del monismo energético fue controvertida no sólo en los tiempos de Freud, sino que también es todavía asunto de polémicas. Pero es distinto plantearla como una energía psíquica indiferenciada que se diferenciaría entre sexualidad y

agresividad, ésta última como un componente de origen no sexual, que redefinir esta energía psíquica indiferenciada como libido y de reconocer que tanto las pulsiones de vida como las pulsiones de muerte presentan libido distribuida en determinados niveles (Laplanche) o, lo que es lo mismo, reconocer un componente erótico en la agresividad y de ahí establecer una teoría consecuente (Bergeret), más allá de una irreductibilidad entre ambos componentes (Hartmann). Desde luego, vale subrayar que tales redefiniciones encuentran referencias en el pensamiento freudiano; si es cierto que en algunos trabajos de Freud se delinea la dicotomía entre libido y agresividad, es justo en igual medida subrayar que Freud no ha nombrado una clase especial de energía para las pulsiones de muerte y que, incluso, ha reconocido que las pulsiones de muerte pueden estar reguladas por el principio de placer. A partir de lo que se delinea como una continua invitación a una

buscan relativizar la reflexión freudiana sobre la pulsión de muerte: Jean Laplanche y André Green que han expuesto sus ideas en el Simposio sobre la pulsión de muerte celebrado en Marsella en el año de 1984.³³¹ Contribuciones de máxima importancia si se pretende buscar, al menos, soluciones ancladas en un basamento conceptual sólido para superar toda polémica surgida alrededor de este concepto, desde su introducción en 1920. Por último, se esbozarán algunas contribuciones de Melanie Klein, quien contribuyó decisivamente en el conocimiento y entendimiento del funcionamiento psíquico temprano.

reflexión propiamente científica, se investiga también los aspectos y destinos de la pulsión de muerte todavía no suficientemente esclarecidos, como el sadismo (Bergeret) y el masoquismo (Rosemberg), así como se busca para las pulsiones de apropiación el mismo estatuto de las pulsiones primordiales (Gillibert). Así las cosas, el hecho de no reconocer la utilidad del concepto de pulsión de muerte no constituye necesariamente una ruptura con el pensamiento freudiano ya que también es posible considerar que los hechos de la agresividad (reacción terapéutica negativa, compulsión de repetición, etc.) ya habían sido integrados en su teoría independiente de las especulaciones sobre la pulsión de muerte (Guillaumin). En ese sentido, la experiencia clínica de cada analista también se perfila como un importante criterio para reconocer la utilidad (Leclaire) o no (Guillaumin) de la pulsión de muerte, dimensión en que se perfila más detenidamente la resonancia afectiva que evoca la pulsión de muerte en los planteamientos que se tejen sobre este concepto. Por último, también se perfila como una invitación a la investigación el establecimiento de otras modalidades de análisis, cuando de pulsión de muerte se trata; que aunque partiendo de la misma fuente, los textos de Freud, adquieren otras dimensiones (Lacan), teniendo en cuenta que buscar soluciones sobre la dimensión biológica del planteamiento freudiano sobre la pulsión de muerte, no implica necesariamente desestimar la importancia que la biología ocupa en el establecimiento de las hipótesis psicoanalíticas. Asimismo, para una detenida discusión sobre la situación de la pulsión de muerte en los trabajos psicoanalíticos, sobre todo en lo que se refiere a la segunda tendencia, véase T. Bokanowski (1989: 509-534). En cuanto al polémico tema de la agresividad, véase y J. Gutiérrez-Terrazas, A. Escrivá, A. Miguel et alii. (1996: 45-57).

³³¹ En J. Laplanche, A. Green, H. Segal et alii (1986).

Laplanche (1986: 15-16) cuestiona el concepto de pulsión de muerte en términos de tendencia no sexual a la destrucción. También advierte acerca del peligro de “adoptar el concepto de pulsión de muerte dotándolo de un contenido (p. ej., agresividad) que no responde ni a las exigencias contempladas por Freud ni a la función de esta noción dentro del equilibrio general del pensamiento freudiano.”

De la problemática presente desde Freud sobre si una única energía, la libido, sería característica tanto de las pulsiones de vida y como de la pulsión de muerte, y basándose en la idea según la cual toda pulsión es sexual por excelencia, Laplanche sostiene el monismo sexual de base en el conflicto psíquico: tanto las pulsiones de vida como la pulsión de muerte están atravesadas por la sexualidad. Lo cual le lleva a sostener la hipótesis sobre las “pulsiones sexuales de vida” (*pulsions sexuelles de vie*) en oposición con las “pulsión sexual de muerte” (*pulsion sexuel de mort*) desde la perspectiva del funcionamiento energético, de la meta, de la relación con el yo y del objeto-fuente. Las pulsiones sexuales de vida obedecen a un modo de funcionamiento que corresponde a la energía ligada, presentando la “síntesis”, la “conservación” y la “constitución de unidades” como su finalidad. El yo aparece conforme a sus designios y su objeto-fuente es “un objeto ‘total’, regulador” (1986: 31). A su vez, las pulsiones sexuales de muerte,

corresponden a la energía libre cuya meta es la descarga total de la pulsión aun destruyendo al objeto. No están conformes con los propósitos del yo y su objeto-fuente “es un aspecto clivado, unilateral, un indicio de objeto” (1986: 31), lo que el autor nombra como “pulsión de indicio”, opuesta radicalmente a la de objeto.

En otro trabajo, Laplanche (1987a: 146-147) señala que la pulsión de muerte no constituye el descubrimiento esencial de los años veinte; lo novedoso fue la pulsión de vida propiamente dicha, es decir, la sexualidad ligada en el objeto y en el yo. Este autor insiste en el hecho de que Freud no estableció una energía equiparable a la libido en el ámbito de la pulsión de muerte. Ambas pulsiones, a su vez, no son simétricas y corresponden a aspectos ligados y no-ligados del psiquismo: el primero relacionado con la tendencia de la pulsión sexual de vida a conservar el objeto y el yo; el segundo representado por el afán de la pulsión sexual de muerte de librarse por completo de la tensión a costa del aniquilamiento del objeto y la desestructuración del yo.

André Green (1986: 66-67), a su vez, propone incluir factores tales como el narcisismo y la destructividad, que se desprenden de la elaboración teórica-clínica propuesta por Freud, manteniendo una cuestión tajantemente reconocida por todos los autores que investigan este tema, la hipótesis

fundamental sobre el conflicto psíquico. Plantea la dificultad de investigar un concepto como el de pulsión de muerte con la misma precisión que vincula la sexualidad a las pulsiones de vida.

Green (1986: 72-73) hace hincapié en la “función objetalizante” (*fonction objectalizante*), del lado de las pulsiones de vida, que no conduce necesariamente a una relación de objeto, sea externo, sea interno. Mediante la “investidura significativa”, esta función modificaría “las estructuras en objeto”, incluso cuando el objeto no está en cuestión. Es decir, la función objetalizante también “puede hacer advenir al rango de objeto lo que no posee ninguna de las cualidades, de las propiedades y de los atributos del objeto, con la condición de que una sola característica se mantenga en el trabajo psíquico realizado: el *investimento significativo*.” (Green, 1986: 72-73). La pulsión de muerte, a su vez, cumpliría la “función desobjetalizante” (*fonction désobjectalizante*) mediante desligadura, en la que están comprometidas no sólo las relaciones con el objeto sino sus sustituciones: el yo y la investidura misma que sufre el proceso de objetalización, lo que lleva a Green a (1986: 74) postular un “narcisismo negativo” (*narcisismo negatif*).

No menos significativa es la aportación de Melanie Klein, quien tomó de Freud el supuesto del origen endógeno de la pulsión de muerte como

fundamento teórico para explicar las manifestaciones tempranas del superyó, el sadismo infantil, la persecución, la paranoia y la envidia en consonancia con el desarrollo de la libido, así como la cualidad específica de la angustia y de la culpa en la posición depresiva. En 1932, en el trabajo titulado *Psicoanálisis de niños*, Klein introduce la pulsión de muerte en el conjunto de su teoría. Al sostener la tesis sobre el funcionamiento temprano del superyó, concibe el conflicto entre instintos de vida e instintos de muerte a partir de la observación de los fenómenos de la primera infancia, en el que el último aparece como el elemento más destructivo del yo ya que “la tensión causada por la necesidad sirve solamente para reforzar los *instintos* sádicos en el niño” (1932: 142). Los instintos toman originalmente al individuo como objeto; en el caso del instinto de muerte, como objeto de destrucción. Para evitar la muerte del organismo por los ataques de las fuerzas destructivas, que se perfila como frustración, la libido narcisista proyecta el instinto de muerte hacia un objeto exterior. De modo que la primera defensa ante esa ansiedad persecutoria (por el temor que conlleva la amenaza de aniquilación, acción misma de los instintos de muerte) es la “escisión” (*Spaltung*) entre instinto de muerte e instinto de vida y la “proyección” (*Projektion*) de ambos sobre la representación fantasmática del pecho malo y del pecho bueno, respectivamente. Es este mecanismo el que permite el desarrollo de la vida psíquica ya que promueve la separación entre los dos pechos y la consiguiente

“introyección” (*Einverleibung*) del objeto, el que servirá de barricada contra los instintos de muerte que actúan en el interior del organismo (1932: 143).

Ocurre que mientras en la obra de Freud está presente el supuesto de una pulsión de muerte vinculada a lo irrepresentable o a lo que no presenta ninguna posibilidad de simbolización, Melanie Klein, a su vez, busca suprimir el carácter propiamente especulativo que gravita alrededor de la reflexión freudiana. Tarea que se ha logrado gracias al supuesto según el cual los objetos internos, ubicados en un mundo fantasmático, atentarían contra el bienestar del yo a partir de figuras del mundo exterior.³³²

La discusión sobre los aspectos que caracterizan la polémica tendencia regresiva de las pulsiones introduce dos cuestiones como objeto de debate.

Primera cuestión: Sobre el ámbito específico de la pulsión de muerte.

Segunda cuestión: Sobre el empuje constante de la pulsión

fragmento clínico. He lo aquí: “Un niño de cinco años se figuraba que tenía toda clase de animales salvajes, tales como elefantes, leopardos, hienas y lobos, para ayudarlo contra sus enemigos. Cada animal tenía su función especial. Los elefantes aplastar al enemigo hasta pulverizarlo, los leopardos despedazarlo, las hienas y los lobos comérselo. A veces imaginaba que estos animales salvajes que estaban a su servicio se volvían contra él y esa idea le ocasionaba gran ansiedad. Esto significaba para su inconsciente la transformación de varias fuentes de sadismo; el elefante era su sadismo muscular, los animales que desgarran, eran sus dientes y sus uñas; los lobos, sus excrementos. El temor de que aquellos temibles animales que él había domado a su vez le exterminarían se refería al temor de su propio sadismo como un enemigo interno.” En M. Klein (1932: 143, n. 19).

La definición según la cual la pulsión

sería entonces el esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica (1920g: 36),

proviene de los hechos de repetición observados en la clínica y debe ser leída a partir de la relación entre pulsión y compulsión de repetición. De modo que la hipótesis especulativa según la cual las pulsiones buscan repetir un estado anterior, lleva a Freud a relativizar el supuesto sobre la naturaleza transformadora de las pulsiones y a señalar su esencia conservadora. Como señala Bercherie (1983: 404), “el automatismo de repetición ya no aparece en adelante como la expresión de la vida pulsional, sino como su fuente, la matriz de las pulsiones”. Esta tendencia conservadora de las pulsiones se anuda con la energía pulsional no-ligada en la medida en que conduce, vía regresión, a un estado anterior o, dicho de otro modo, al eterno retorno de lo igual (1920g: 36).

Las pulsiones de vida lo mismo se esfuerzan hacia el cambio como presentan

cierto carácter regresivo. Su tendencia a la repetición debe ser leída a la luz del principio del placer; son sumas de excitación ligadas o en vías de serlo. De ahí el placer de desear en el juego del Fort-da que, a pesar de ausencia de ligadura, opera en el sentido de adquirirla.

La pulsión de muerte también actúa en el sentido regresivo, pero su tendencia busca, según Freud, retornar al estado inorgánico. En la misma línea, los planteamientos de Freud como:

Si no es lícito admitir como experiencia sin excepciones que todo lo vivo muere, regresa a lo inorgánico, por razones *internas*, no podemos decir otra cosa que esto: *La meta de toda vida es la muerte*, y, retrospectivamente: *Lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo* (1920g: 38),

indica, entre otros aspectos, que la muerte repetiría el estado anterior al nacimiento. Bajo el nombre de Eros, la tendencia a la ligadura formará la base para la emergencia de las pulsiones de vida a partir del movimiento que conjuga lo orgánico en unidades cada vez mayores. No obstante, en ambos casos, lo que la pulsión repite es el estado inicial en el cual el organismo se ha alejado por los influjos externos. Si la vida es perturbación del equilibrio orgánico, existe una tendencia a recuperar el estiaje energético perdido. Al apartar los estímulos externos que atentan contra el organismo, las pulsiones

de vida laborarían en el sentido de recuperar el estiaje, es decir, de recobrar el camino hacia la muerte. Así, el objetivo de la vida no es el de evitar que la muerte ocurra, sino el de evitar que ella ocurra por razones externas.

La tendencia conservadora de las pulsiones introduce dos cuestiones como objeto de debate.

Primera cuestión: Sobre el ámbito específico de la compulsión de repetición.

Se trata de dilucidar cuál es el lugar de la compulsión de repetición respecto a lo pulsional; se perfilan dos líneas de debate.³³³ La primera, representada por Laplanche (1986) y Segal (1986) se basa en el estrecho vínculo entre pulsión de muerte y compulsión de repetición. La segunda, representada por Green (1986), sitúa la compulsión de repetición como característica de *todo funcionamiento mental* y no exclusivamente de la pulsión de muerte; lo que significa vislumbrar una tendencia repetitiva en toda pulsión.

En la misma línea, Pasche (1985: 1487) define la compulsión de repetición como el “instinto del instinto” porque no sólo orienta la acción de los instintos y la conduce necesariamente a una realización (ya sea a la conservación de los

³³³ En J. Laplanche, A. Green, H. Segal et alii. (1986: 120-124).

seres vivos, ya sea a su destrucción) sino porque se perfila como una suerte de memoria que reproduce los estados pasados de la materia y su desarrollo en formas vivas, pero su finalidad última sería la muerte. Para Pasche (1985: 1488) la tendencia regresiva es suscitada por el mundo exterior; a su vez, la compulsión de repetición no tiene otra función que recomenzar o fijar aquello que llega, sea la progresión o la regresión.³³⁴

Freud modificó su concepción sobre la esencia de la pulsión y de los principios del funcionamiento psíquico. Según Assoun (1994: 348) se trata del “*ser de la repetición o la ‘compulsionalidad’ de la pulsión misma*”, es decir, de algo en el “ser pulsional” que quiere repetir, más allá del placer o del displacer que esto produce.

Segunda cuestión: Sobre el empuje constante de la pulsión. “La pulsión, en cambio, no actúa como una *fuerza de choque momentánea*, sino siempre como una fuerza *constante*.” Esta afirmación de Freud presente en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c: 114) introduce la siguiente pregunta: ¿Qué es la constancia del principio del placer y del más allá de este principio? En otros

³³⁴ Será el yo el que mediará en este conflicto entre el mundo exterior y la compulsión de repetición, que, a su vez será trabajado sordamente por los instintos, más o menos mezclados entre sí, a fin de unirlos o separarlos del objeto, tendencia correlativa con la reunión o la autodestrucción. En F. Pasche (1985: 1491).

términos, ¿la reducción de la suma de excitación tanto de una reducción hacia nivel cero como de una reducción hacia nivel mínimo? Es con este propósito que Goldstein (1994: 814) distingue la constancia del principio de Nirvana como “empuje constantemente constante, no periódico” y sin interrupción y la constancia del principio del placer como homeostasis: “periodización de la energía a un nivel constante”. En todos los casos, se trata de una fuerza que aguijonea al yo, pero mientras la segunda convoca al deseo o al movimiento que encuentra satisfacción por el mismo hecho de desear, la primera supone su realización, empuje que tiende a retornar hacia el estado anterior. La cara regresiva de las pulsiones encuentra en el cumplimiento del deseo su más singular manifestación.

La discusión sobre las bases metabiológicas y metapsicológicas que sostienen el concepto de pulsión de muerte remite a la necesidad de resituar su fundamento heurístico.

Freud recurre a la teoría de Weissman sobre la duración de la vida y de la muerte de los organismos para especular sobre la naturaleza de las pulsiones (1920g: 43-48). Las pulsiones sexuales son las que favorecen la copulación

entre las células germinativas y dan origen a un nuevo soma, a un nuevo individuo. Son células que se han independizado del organismo como un todo, es decir, de su parte mortal recurriendo al camino opuesto al de la muerte natural; por eso son potencialmente inmortales. Pero tampoco laboran en busca de un desarrollo avanzado, son también conservadoras en el sentido de alcanzar el estado anterior, que no es el retorno hacia lo inorgánico, sino el de conservar la vida por lapsos más largos. Es ésta la dicotomía entre soma y germen. Las pulsiones sexuales reproducen el estado primitivo del ser vivo, pero la meta buscada es la fusión de las células germinativas. La independencia de las células germinales respecto al soma ocurre en la medida en que el germen contiene las disposiciones pulsionales heredadas. Generan al soma y vuelven a repetir el proceso vivido por sus antepasados.

Ahora bien, estas especulaciones presentan una cierta paradoja puesto que el psicoanálisis no se edifica como teoría sobre el origen de la vida, sino como una teoría sobre el inconsciente psíquico. Especulaciones que se desarrollan a partir del interés sobre el origen de la vida, sobre la oposición entre germen y soma... Según Laplanche (1993a: 33), el extravío biologizante continúa, en concreto, con la reintroducción del instinto al explicar la esencia de la pulsión a partir de los hechos de la etología animal (migración de los peces y de las aves a su ambiente de origen).

Así las cosas, tal y como se propuso en el capítulo anterior (véase II.1.2. y II.2.2.), conviene clarificar una vez más cuál es la *función de la biología* en la hipótesis freudiana sobre la pulsión de muerte, no sin antes cotejarla con el primer modelo pulsional.

Diferente del primer modelo pulsional en el que el campo de la biología se representaba por las pulsiones de autoconservación o yoicas, perfilándose, a la vez como uno de los polos del conflicto con las pulsiones sexuales, ahora tanto las pulsiones de vida como la pulsión de muerte presentan bases psicológicas y biológicas. Lo cual, no deja de generar una cierta confusión ya que siguiendo las ilaciones desarrolladas en el capítulo anterior, la noción de *apuntalamiento* aparece como equivalente a la definición de pulsión como concepto límite entre lo anímico y lo somático, es decir, que sirve de puente entre estos dos dominios. Dentro de este mismo orden de consideraciones, el fundamento biológico de la pulsión de muerte adquiere más importancia que su valor psicoanalítico propiamente dicho ya que destaca su fuente endógena. Pero, el hecho de que lo biológico esté representado en el conflicto pulsional, “no implica que la pulsión sea una fuerza biológica ni implica tampoco la ‘exigencia de trabajo’ ejercida por lo somático sobre lo psíquico” (Laplanche, 1986: 21). Caso contrario, la pulsión de muerte se reduciría a la categoría de

instinto de muerte, paradoja subyacente en el concepto de pulsiones de autoconservación si no se la designa como una de las funciones del yo.

Desde luego, la noción de “apuntalamiento” mantendrá su vigencia, pero del lado de las pulsiones que pertenecen a Eros, ahora distintas entre sí cualitativamente. Razonamiento que ni se aplica a la pulsión de muerte ni a las pulsiones de agresión, de poder y de destrucción. Diferentes de las pulsiones sexuales y de las pulsiones yoicas o de autoconservación, las pulsiones de poder y de agresión son pulsiones parciales y que no presentan una relación de derivación o de complementariedad como con la articulación entre las pulsiones que componen a las pulsiones de vida, sino que son expresiones de la pulsión de muerte. Tanto es así, que Freud siempre emplea el concepto de pulsión de muerte en singular.

De antemano se impone el siguiente interrogante: compulsión de repetición y agresividad, ¿son compatibles entre sí o bien el concepto de pulsión de muerte prioriza uno en detrimento del otro?³³⁵ Desde luego, el conjunto de ideas

³³⁵ Dentro de este mismo orden de consideraciones, para Trucco y Alperowitch (1991: 8), la pulsión es de “muerte” porque Freud incluye los aspectos clínicamente observables de la repetición, en cuanto fuente de displacer, en la especulación sobre el retorno hacia lo inorgánico. Sugieren también que sin la especulación sobre el retorno hacia lo inorgánico o sobre la muerte biológica como reducción de las tensiones, la pulsión de muerte, más allá de todo romanticismo implícito, podría ser llamada “pulsión de repetición”, “pulsión de displacer”, “pulsión antieconómica”. Laplanche (1993a: 33), a su

utilizadas en la construcción y fundamentación del concepto de pulsión de muerte se revelan muchas veces dispares y marcadamente heterogéneas. Lo cual, hace imposible establecer una lectura lineal sobre su elaboración, ya que ésta se caracteriza por sus cortes, disparidades y contradicciones. Se puede decir que este concepto es el efecto de nociones que preocupaban mucho a Freud, pero que solamente *a posteriori* se constituyeron como problemas. La amplitud de dominios con los que Freud intenta fundamentarlo, sumada a la naturaleza negativa de lo que se concibe como muerte da a lugar a una multiplicidad de designios, de expresiones y de manifestaciones de este concepto en las que están incluidas la especulación biológica, la observación clínica y la experiencia.

Por esto, se está lejos de sostener una suerte de jerarquía entre repetición y agresividad para fundamentar heurísticamente la pulsión de muerte. Son conceptos irreducibles entre sí. La compulsión de repetición no se expresa exclusivamente en un comportamiento agresivo y el componente agresivo puede también plasmarse en fuentes no sexuales. Como señala Bergeret

vez, señala que para mantener el término “muerte” (*Tod*) es necesario añadir que se trata de una “pulsión de muerte por el yo”, de una “pulsión sexual de muerte” o de una “pulsión de desligadura”.

cada proposición considerada aisladamente puede parecer en sí justificable pero que en cuanto estas proposiciones se encuentran juntas, no solamente se excluyen entre ellas sino que, en resumidas cuentas, se llega incluso a excluir la representación del objeto de partida (1994: 364).

Así, pues, el concepto de pulsión de muerte presenta bases biológicas y metapsicológicas, cuestión que no sólo determina su peculiaridad, sino que también caracteriza la polémica respecto a su aceptación como un concepto psicoanalítico propiamente dicho. Ocurre que la reflexión freudiana plasmada en los capítulos que componen *Más allá del principio de placer* (1920g) genera problemas en el momento en que se intenta descifrar la especulación, puesto que la preocupación de Freud por encontrar un modelo biológico que fundamente a la pulsión de muerte termina por oscurecer su derivación de la experiencia clínica. Consciente de este problema, Freud advierte:

la incerteza de nuestra especulación se vio aumentada en alto grado por la necesidad de tomar préstamos de la ciencia biológica. La biología es verdaderamente el reino de posibilidades ilimitadas; tenemos que esperar de ella los esclarecimientos más sorprendentes y no podemos columbrar las respuestas que decenios más adelante dará a los interrogantes que le planteamos. Quizá las dé tales que derrumben todo nuestro artificial edificio de hipótesis (1920g: 58-59).

Ahora bien, ¿qué lugar ocupa la especulación? De antemano, el concepto mismo de “muerte” (*Tod*) invita a la especulación por su carácter abstracto. De

modo que, parece lícito recurrir a la biología para fundamentar heurísticamente la pulsión de muerte con bases más sólidas. Ocurre, pues, que al hacer esto, Freud emplea modelos que amplían aún más la especulación ya que tampoco la biología presenta una definición unívoca sobre la muerte. Desde luego, el recurso a la biología no convence pero, “sin recurrir a la biología, no sabríamos decir que la nueva pulsión postulada es de muerte” (Trucco y Alperowitch, 1991: 8).

El combate entre Eros y destructividad recae más en un combate mítico con una interpretación subjetivizante entre entidades míticas que también son de naturaleza biológica (Laplanche, 1993a: 34). Así, más que apuntar a la subjetividad, la especulación invita a una interpretación subjetivizante que encuentra su base en la biología.

Así las cosas, para inferir una hipótesis a partir de esta especulación biológica y aproximarla más a la experiencia, parece pertinente *concebir este organismo al que Freud se refiere como el yo*. Como advierte Laplanche (1986: 19), la pulsión de muerte no se refiere a la muerte del organismo, “sino a la muerte de este ‘organismo’ que en el ser humano, representa los intereses del individuo biológico, es decir, el yo.”

Es decir, del mismo modo que existe una especie de “distanciamiento” de la experiencia para convertir los datos significativos de la observación en conceptos psicoanalíticos, existe otro movimiento que los une a ella. De modo que aunque la pulsión es de un orden distinto al de la experiencia, se encuentra unida a ésta por el yo en la medida en que es éste quien sufre el empuje constante de la pulsión y quien es corroído por los efectos de la pulsión de muerte.

Como se trató de analizar en el capítulo anterior, la biología y los modelos importados por Freud de la biología cumplen una importante función en el conjunto de ideas que componen el pensamiento freudiano. Sin embargo, como si de una paradoja se tratase, la dimensión adaptativa en el segundo modelo pulsional se convierte en una abstracción, tal y como advierte Laplanche (1986: 23 y 1993a: 33). Lo cual, revela que aunque la autoconservación subraya el reconocimiento de la perspectiva biológica, eso no impide que la función adaptativa sea una exigencia en el pensamiento psicoanalítico. Sea como la originaria apertura del organismo respecto al mundo exterior, concebida de antemano como parcialmente fallida debido al estado de prematuración psicofisiológica, sea representada en el conflicto psíquico por el yo, siempre subsumida en el campo de la sexualidad.

En la misma línea, es lícito afirmar que Freud realiza una operación de transmutación sumamente original de los modelos tomados de la biología, convirtiéndolos en metáforas, tal y como se verifica en el modelo de la vesícula viva, lo que demuestra su perspicacia al efectuar este tipo de operación. Como advierte Perron (1991: 226-231), tales analogías sólo son útiles en la medida en que constituyen un apoyo “provisional” a la especulación. Freud mismo confiesa:

Podría preguntárseme si yo mismo estoy convencido de las hipótesis desarrolladas aquí, y hasta dónde lo estoy. Mi respuesta sería: ni yo mismo estoy convencido, ni pido a los demás que crean en ellas (1920g: 57).

Así, las ideas presentes en *Más allá del principio de placer* (1920g) reflejan el intento de Freud en inscribir el psicoanálisis como ciencia y dar cuenta, a la vez, de las exigencias de su descubrimiento, la sexualidad inconsciente.

Si bien será el fundamento clínico de las relaciones amor-odio el que abrirá una brecha en sus teorizaciones para, finalmente, incluir la subjetividad dentro de su modelo de aparato psíquico, parece que “cada vez que tropieza con lo que parece indescomponible, irreductible a las circunstancias de la historia ‘dramática’ del sujeto, Freud recurre a referencias biologizantes” (Bercherie, 1983: 411). Tal es el caso de la *negatividad* en el obrar humano. Ahora bien,

no se trata sólo de señalar la distancia entre los modelos biológicos y los modelos psicoanalíticos propiamente dichos para fundamentar la pulsión de muerte, sino de interrogarse sobre la posibilidad de compaginar la dimensión subjetiva de este concepto con su dimensión mítica que es nada menos que una concepción endógena de la pulsión que actuaría sobre las células.

Como quiera que sea, la dimensión biológica, bajo la pluma de Freud, se convirtió en una dimensión peculiar, más allá de toda concepción físico-química de la pulsión, algo característico por la influencia que la escuela de Helmholtz ejerció sobre su pensamiento. Ahora es el lamarckismo de Darwin el que cautivará a Freud por la posibilidad de unir ciencia e historia, así como la naturaleza antropomórfica implícita en el romanticismo de Goethe y de Schelling. En definitiva, de un planteamiento sobre las ciencias naturales “en lo que esta última tiene de más misterioso y sobrenatural: la vida” (Bercherie, 1983: 412).

De modo que la dificultad que genera discernir este concepto genuinamente freudiano se produce cuando se plantea la tarea de cómo *abordar* las bases metapsicológicas y biológicas que le sustentan. ¿Rechazando uno de sus componentes? Pero en este caso ya no se trataría del concepto freudiano de pulsión de muerte. ¿Esperar de la biología el elemento faltante que fundamente

psicoanalíticamente la pulsión de muerte, tal y como era la expectativa de su fundador? Pero, los términos “vida” (*Leben*) y “muerte” (*Tod*) en psicoanálisis, a pesar del matiz de realidad que denotan, no conducen necesariamente ni a la vida ni a la muerte. En la misma línea, si se prosigue con esta alternativa parecería una especie de abandono del descubrimiento freudiano del inconsciente, el verdadero objeto del psicoanálisis, para dirigir la atención hacia teorías que versan sobre el origen de la vida.

En definitiva, es imposible no hacerse cargo de la dimensión metabiológica presente en la reflexión freudiana sobre el segundo dualismo pulsional en consonancia con una concepción ampliada de la sexualidad humana, ahora, el Eros al que todo quiere reunir. Pero es igualmente lícito señalar, una vez más, que fueron los fenómenos observados en la clínica, como la reacción terapéutica negativa, la repetición, el sadismo, el masoquismo, entre otros, los móviles de tan sorprendente giro teórico-clínico. Como quiera que sea, será posible vislumbrar más nítidamente el poder de alcance del conflicto entre Eros y destructividad plasmados en tales fenómenos clínicos, prudencia que se logrará con la presentación de la segunda tópica, del cual presentan un estrecho vínculo, por una cautela mayor de Freud respecto a la dimensión

³³⁶ Cabe preguntarse por el sentido de la preocupación y el empeño de determinados autores en reevaluar las especulaciones metabiológicas y en descifrar las entrelíneas de la formulación a que ha dado lugar el establecimiento del concepto de pulsión de muerte. Concepto que, desde su introducción, no ha parado de engendrar controversias. Desde luego, conviene subrayar la resonancia afectiva que genera reflexionar sobre este concepto. Hasta tal punto que paradójicamente se investiga más sobre la pulsión de muerte que sobre la sexualidad, el objeto por excelencia del psicoanálisis. Resonancia afectiva considerada inicialmente por Freud en *Más allá del principio de placer* (1920g): “Sólo que, por desdicha, rara vez se es imparcial cuando se trata de las cosas últimas, de los grandes problemas de la ciencia y de la vida. Creo que cada cual está dominado por preferencias hondamente arraigadas en su interioridad, que, sin que se lo advierta, son las que se ponen por obra cuando se especula.” En S. Freud (1920g: 58). En la misma línea, en *El malestar en la cultura* (1930a [1929]), confiesa que esta hipótesis le ha conmocionado hasta el punto de no poder pensar de otra manera. En S. Freud (1930a [1929]: 115) Resonancia que, según Bergeret (1994: 362-363), está vinculada con el miedo a la muerte presente en todos los momentos de su vida, temor relacionado con los años de infancia en Freiberg, intensificado con los años en que padeció de cáncer. El conflicto entre Eros y destructividad, es presentado como si se tratara de un combate mítico de buenos contra malos, cuando lo que la oposición entre Eros y pulsión de muerte pone más bien en cuestión es la idea según la cual todo lo que es malo atenta contra la supervivencia del sujeto y todo lo que es bueno viene a mantenerla y a fortalecerla. Si bien es cierto que la irreductibilidad entre ambas pulsiones puede conducir a un cierto maniqueísmo, más lícito aún sería afirmar la dificultad de aceptar la complejidad de este dualismo pulsional, ya que pulsión de muerte y Eros no se perfilan sólo como antagonistas, también se mezclan. Aún más, como señala Pasche (1985: 1487), además de incluir las ideas de desintrincación total, de destrucción y de muerte, el concepto de pulsión de muerte incluye también el concepto de escisión, de separación y de individuación que es una connotación neutra, positiva e incluso vital. Tanto es así que es el eterno retorno de lo igual lo que impulsa al sujeto a emprender el trabajo de cura analítica. En ese sentido, cabría matizar que no es que la sexualidad pierde terreno respecto a la pulsión de muerte, sino que la libido presenta múltiples modalidades; lo cual revela que la pulsión de muerte es nada menos que el aspecto más radical de la sexualidad, tal y como sostiene Laplanche (1981: 214).

IV. YO, ANGUSTIA Y VIDA PULSIONAL: DESARROLLOS FREUDIANOS DE LA PULSIÓN CON LA SEGUNDA TÓPICA.

La introducción de la segunda tópica, en virtud del cambio de miras que supuso concebir la porción inconsciente del yo, trae como consecuencia: por una parte, una mayor complejidad del concepto de yo (en lo que se refiere a su origen y a su esencia); por otra, una cierta obnubilación de la dimensión pulsional de las instancias (el yo, el ello y el superyó) por la dimensión antropomórfica, cuando es precisamente la pulsión la que introduce el campo de la subjetividad.

IV.1. La noción de conflicto y el estatuto de la pulsión en el paso de la primera a la segunda tópica: *El yo y el ello* (1923b).

IV.1.1. Los fundamentos de la segunda tópica: *El yo y el ello* (1923b).

El yo y el ello (1923b), abre interrogantes acerca del entramado conceptual que permitió el paso de la primera a la segunda tópica o, de otra manera, el paso de una tópica de sistemas a una tópica de instancias.

El camino que va de la primera a la segunda tópica encuentra en la noción de “conflicto” (*Konflikt*) su denominador común. Noción central dentro de la teorización propuesta por Freud, que, sumada al desarrollo de la teoría de las pulsiones, producirá un nuevo modo de pensar el funcionamiento del aparato psíquico. En la primera tópica el conflicto consistía en la oposición entre dos sistemas, *Icc* y *Prcc/Cc*, separados por la censura, simétrica a la lucha entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas o de autoconservación y, a partir de 1920, entre Eros y pulsión de muerte. Desde la perspectiva del yo se delineaba el conflicto entre el yo y las pulsiones, debido a la dimensión inconsciente de éstas. Pero, esta polaridad se muestra insuficiente ahora para explicar el funcionamiento del aparato psíquico como un todo. Manteniéndose la perspectiva de un conflicto entre los sistemas *Icc* y *Prcc-Cc* o entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas o de autoconservación, se introduce una “concepción intrasubjetiva”, como si sus componentes fueran verdaderos personajes en pugna por alcanzar un mayor dominio en el interior del aparato psíquico.

Desde luego, hablar sobre la segunda tópica es hablar sobre el texto que la introduce, *El yo y el ello* (1923b); texto que constituye una de las más significativas reordenaciones en la lectura del funcionamiento psíquico. Tal y como Freud menciona en el prólogo, *El yo y el ello* constituye una “síntesis” respecto a los planteamientos de *Más allá del principio de placer* (1920g), pero, a diferencia del énfasis dado en éstos modelos de la biología, sobre los cuales confiesa haber tenido “cierta curiosidad benévola”, la presente obra es tratada desde una perspectiva metapsicológica, lo cual revela una prudencia mayor, por parte de Freud, respecto a la biología (1923b: 13).³³⁷

Sin embargo, ¿cuáles fueron los atolladeros lógicos subyacentes al primer

³³⁷ A diferencia de *Más allá del principio de placer* (1920g), que produjo cierta resistencia por parte de los discípulos de Freud, *El yo y el ello* (1923b) obtuvo una aceptación unánime. En lo sucesivo, las reflexiones sobre los contenidos de esta obra darán lugar al desarrollo de diversas teorías psicoanalíticas que, aunque partiendo de un mismo texto y de una misma temática, producirán teorizaciones incluso opuestas entre sí, de acuerdo con el énfasis dado al concepto del yo respecto a la teoría de las pulsiones. Lo que apunta a la diversidad de posiciones que la lectura de un texto puede suscitar, aun partiendo de una misma fuente. Un buen ejemplo, es la traducción de la célebre frase de Freud en el final de la 31ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, titula “La descomposición de la personalidad psíquica”, a saber, “*Wo Es war, soll Ich werden*”, que traducido literalmente del alemán significa: “donde ello era, yo debo advenir”. En S. Freud (1933a: [1932]: 74). Una historiadora como Roudinesco (1993) describe la serie de equívocos a que ha dado lugar la traducción que Anne Berman, colaboradora de Marie Bonaparte hizo: “*Le moi doit déloger le ça*”, “el yo debe desalojar el ello”. Maletendido que determina el origen y el destino de muchas líneas psicoanalíticas de pensamiento después de Freud, como la de la denominada Psicología del Yo y como la de Lacan. Asimismo, véase E. Roudinesco (1993: 274-275).

esquema tópico que han requerido este cambio de perspectiva? ¿Qué ha permitido el paso de un esquema tópico a otro? El mencionado cambio de tópicos es el resultado de la introducción del concepto de narcisismo y del desarrollo de la segunda teoría de las pulsiones. Desarrollo que condujo al establecimiento de la hipótesis estructural del aparato psíquico y de las instancias que la componen, a saber, el “yo” (*Das Ich*), el “ello” (*Das Es*) y el “superyó” (*Das Über-Ich*). Constituye también la prueba ineluctable de que la pulsión está estrechamente vinculada a la perspectiva tópica.

En la misma línea, en el capítulo anterior (véase III.1.1.) se esbozaron tres proposiciones que propulsarán la introducción del concepto de pulsión de muerte, pero que también están unidas con el establecimiento de la segunda tópica. Hasta el punto de que un autor como Green (1973:259) no concibe la existencia autónoma de la segunda tópica separada de la segunda teoría de las pulsiones:

Ya que el concepto del Ello, en tanto que remplace al concepto de un inconsciente (a fin de cuentas siempre organizado, estructurado), tiende precisamente a reconocer en el seno de esta instancia a esas fuerzas ciegas, opacas, inaccesible a la exploración, todavía más “salvajes” que aquellas que fueron descubiertas a nivel del inconsciente, aún más rebeldes a la domesticación (1973: 259).³³⁸

³³⁸ “Parece que, si quisiéramos ser coherentes con nosotros mismos, el rechazo de la última teoría de las pulsiones debería rigurosamente acompañarse del rechazo de la

Siguiendo esta línea de razonamiento, que objetivo de la lectura sobre *El yo y el ello* (1923b) consiste en sostener la estrecha relación entre dimensión pulsional y perspectiva tópica, a partir de la noción de yo inconsciente, para de ahí discutir el entramado conceptual que se despliega de este texto tan emblemático.

Serán dos los factores, relacionados con la reflexión freudiana sobre las pulsiones, los que revelarán la amplitud de miras de la noción de yo: 1º) la nueva concepción del yo unido a los designios de la sexualidad; 2º) la concepción de un yo que desconoce su saber mismo acerca del síntoma y que no logra la tarea de nombrar los afectos que habitan en él, desconociendo así, su autenticidad.

Como se vio anteriormente (véase II. 4.1.), los fundamentos de la primera tópica dejan asentado el estrecho vínculo entre lo reprimido y el inconsciente. Sin embargo, son dos los factores que, desde el punto de vista estructural, alteran este esquema: el que asigna que no todo lo inconsciente es reprimido, y el que revela la parte del yo inconsciente que participa en el conflicto

defensivo.³³⁹ Con lo cual, muestra una cierta asimetría de lo reprimido con el inconsciente, por un lado, y del yo con el preconscious y el consciente, por el otro, sumado a la circunstancia de que es dentro del yo donde el inconsciente se muestra como inconsciente reprimido.

Esta expansión de los límites del inconsciente, ya que no se reduce a lo reprimido y que también abarca a una parte del yo, producirá un cambio en el juego de oposiciones inherentes al conflicto psíquico. El yo, en cuanto representante de las funciones adaptativas, dejará de perfilarse como uno de los polos del conflicto respecto a las pulsiones sexuales, ubicadas, hasta entonces, en el sistema inconsciente. El conflicto psíquico se desarrollará de modo intrasistémico y su “lugar” será el sistema inconsciente. La conciencia queda ahora más explícitamente relegada a un segundo plano.

Así, pues, será la noción de yo inconsciente, es decir, la noción de inconsciente reprimido y que pertenece al yo, la que será uno de los puntos clave que no sólo permitirá efectuar el paso de un esquema tópico a otro, sino, también, la que unirá los cambios de la segunda tópica con la teoría de las pulsiones. En *Más allá del principio del placer* (1920g) dice Freud,

³³⁹ Como señala Laplanche (1981: 161), “aquello que reprime, lo que se defiende, la manera misma en que uno se ha defendido, cayó, del mismo modo que aquello de lo cual

los motivos de las resistencias, y aun estas mismas, son al comienzo inconscientes en la cura (...). Eliminamos esta oscuridad poniendo en oposición, no lo consciente y lo inconsciente, sino el yo coherente y lo reprimido. *Es que sin duda también en el interior del yo es mucho lo inconsciente: justamente lo que puede llamarse el “núcleo del yo”; abarcamos sólo una pequeña parte de eso con el nombre de preconscious* (1920g: 19).

En la misma línea, en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921c), Freud menciona la existencia de un núcleo del yo inconsciente, la “herencia arcaica” del alma humana, distinto del inconsciente reprimido, pero cuya génesis proviene de esta herencia.

No desconocemos, por cierto, que el núcleo del yo (el ello, como lo he llamado más tarde), al que pertenece la “herencia arcaica” del alma humana, es inconsciente, pero además distinguimos lo “reprimido inconsciente”, surgido de una parte de esta herencia (1921c: 71, n. 3).

Aunque en una nota al pie de página de *El yo y el ello* (1923b) vuelve a reiterar que el núcleo del yo es preconscious.

También manifestaciones anteriores, bastante imprecisas, referidas a “núcleo del yo” requieren enmienda en este punto: sólo puede reconocerse como núcleo del yo el sistema *P-Cc* (1923b: 30, n. 2).³⁴⁰

uno quiere defenderse, en ‘lo inconsciente’.”

³⁴⁰ Aunque las formulaciones no se libran de ambigüedad; en un trabajo titulado “El humor” (1927d), Freud considera el “superyó” como el núcleo del yo. En S. Freud

En este mismo texto, menciona que la distinción entre procesos conscientes e inconscientes no es suficiente en la práctica clínica.

Hemos hallado en el yo mismo algo que es también inconsciente, que se comporta exactamente como lo reprimido, vale decir, exterioriza efectos intensos sin devenir a su vez consciente (...). *Discernimos que lo Icc no coincide con lo reprimido; sigue siendo correcto que todo lo reprimido es icc, pero no todo Icc es, por serlo, reprimido. También una parte del yo, Dios sabe cuán importante, puede ser icc, es seguramente icc* (1923b: 19).³⁴¹

En un mismo orden de razonamiento acerca de la noción de yo inconsciente, que refleja la amplitud y la complejidad de la que será objeto el concepto de yo hasta los últimos escritos de Freud, *serán dos factores que posibilitarán el cambio de tópicos*, estrechamente vinculados con la introducción del segundo dualismo pulsional. Helos aquí.

El primer factor que posibilita el cambio a la segunda tópica es la nueva concepción de un yo unido a los designios de la sexualidad. Desde luego, la introducción del concepto de narcisismo desde el punto de vista psicoanalítico

(1927d: 160).

³⁴¹ Se delinea en estas palabras de Freud el cambio de matiz en sus formulaciones para llegar a la hipótesis sobre el yo inconsciente. Si bien *afirma* que “sigue siendo correcto que todo lo reprimido *es* inconsciente (...)”, también *conjetura* que “una parte del yo, Dios sabe cuán importante, *puede ser icc, es seguramente icc.*” En S. Freud (1923d: 19).

comprometió seriamente el primer dualismo pulsional ya que supuso el reconocimiento de un yo y, por lo tanto, del polo pulsional que él representa en el conflicto con las pulsiones sexuales, contaminado de libido en todos los momentos de su constitución (véase II.3.2.). Con el segundo dualismo pulsional, protagonizado por Eros y pulsión de muerte, la concepción tópica del aparato psíquico será aún más problematizada; el desarrollo trazado por Freud viene a señalar que ambas pulsiones actúan en el mismo territorio: el ello.³⁴² Al situar la diferencia entre ambas teorías pulsionales desde la perspectiva tópica,³⁴³ muestra que las perspectivas a las que se aplica la noción

³⁴² Freud dice, tras un largo desarrollo, en los párrafos finales de *El yo y el ello* (1923b): “Eros y pulsión de muerte luchan en el ello”. En S. Freud (1923b: 59). Este reemplazo del inconsciente por el ello como “lugar” en que se desarrolla el conflicto, da una respuesta tajante al interrogante planteado en este mismo texto, a propósito de las posibles correspondencias entre las dos clases de pulsiones y los nuevos protagonistas de la segunda tópica. El conflicto entre pulsiones de vida y pulsión de muerte no corresponde a un conflicto psíquico entre las instancias que componen el aparato psíquico. Si el ello se perfila como el terreno de combate entre las dos pulsiones, el yo, mediante la sublimación y la identificación contribuye no sólo a la proyección de la pulsión de muerte hacia el exterior, sino que también la direcciona hacia el objeto. El superyó, a su vez, se nutre de pulsión de muerte. En S. Freud (1923b: 43).

³⁴³ “Sencillamente la diferencia entre ambas variedades de pulsiones, que en el origen se había entendido con alguna inflexión cualitativa, ahora debía definirse de otro modo, a saber, *tópico*.” En S. Freud (1920g: 51). Sin embargo, tampoco desestima la primera teoría de las pulsiones ya que ésta le permite, según el Freud de 1920, el entendimiento sobre las neurosis de transferencia, el “genuino objeto de estudio del psicoanálisis”. En S. Freud (1920g: 51). Hecho que de antemano sirve de argumento para refutar los desarrollos posteriores a su obra que utilizan el factor cronológico como criterio de análisis, situando la “verdad” de las ideas de Freud en sus últimos escritos. Ahora bien, no se trata de desechar lo antiguo y acoger lo nuevo, sino más bien de compaginar las diferentes teorías que brotan de su teoría, pues en la medida en que surgen las contradicciones como efecto del encuentro entre las teorías, es que se puede aportar algo nuevo.

de conflicto, sea a nivel tópico (*Icc- Prcc/Cc*) o pulsional (pulsiones de vida y pulsión de muerte), no son simétricas entre sí, es decir, una determinada instancia no es necesariamente equivalente a una determinada clase de pulsiones. Hecho que atestigua que la concepción del yo constituido por la sexualidad altera las series de equivalencias anteriormente propuestas por Freud, en particular, la que versa precisamente sobre la relación de las pulsiones con la topografía del aparato psíquico.

El segundo factor que posibilita el cambio a la segunda tópica es la concepción de un yo que enferma al mejorar, que desconoce su saber mismo acerca del síntoma y que no logra la tarea de nombrar los afectos que habitan en él, desconociendo, así, su autenticidad. Es a partir de estas descripciones clínicas, tales como la “resistencia” (*Widerstand*), la “reacción terapéutica negativa” (*negative therapeutische Reaktion*), el “sentimiento inconsciente de culpa” (*unbewussten Schuldgefühl*), o de fenómenos como la “repetición” (*Wiederholen*), que Freud formula la tesis de un radical extrañamiento del yo respecto a una parte de sí “desconocida”, a la vez que temida, y que le muestra que su deseo, supuestamente su más precioso bien, puede convertirse en su mayor fuente de padecimiento. El resultado es una reacción del yo según las modalidades del pensamiento inconsciente; por eso es que sus defensas presentan un matiz compulsivo y repetitivo ya que están comandadas por la

pulsión de muerte, es decir, por un resto de energía no-ligada que será la base de la compulsión de repetición.^{344 345}

De ahí el establecimiento de la hipótesis estructural del aparato psíquico y de la formulación de los conceptos fundamentales que la constituyen, pero manteniendo la primera tópica, eso sí, completamente renovada ya que será concebida como una tópica intersubjetiva.³⁴⁶ Son ellos,

- el “yo” (*Das Ich*), que, tal y como se mencionó, comprende el consciente y el inconsciente;
- el “ello” (*Das Es*), que corresponde al inconsciente reprimido así como a la porción inconsciente del yo que retorna a pesar de la represión;³⁴⁷

³⁴⁴ Quedan, así, más resaltados los límites que en se mueve la interpretación. Véase A. Green (1973: 257).

³⁴⁵ Asimismo, para una panorámica sobre la noción de “yo inconsciente” en la obra de Freud, véase F. R. Cesio (1980: 467- 471).

³⁴⁶ Sobre este propósito, dice Green (1973: 265): “Nada de lo adquirido anteriormente sobre el deseo o la sexualidad es recusado. Lo que es modificado es el ordenamiento de los conceptos. El inconsciente, lo reprimido, el proceso primario, siguen constituyendo el núcleo de la teoría. Pero sus efectos son relativizados según dos órdenes de referencia. Por una parte, el Edipo como un nudo de relaciones intersubjetivas, por otra parte el aparato psíquico como sistema de relaciones intrasubjetivas. En esta perspectiva, el par Eros-pulsión de destrucción es lo que hace a la vez que se mantenga el edificio teórico sobre sus pies y lo que sirve de mediación entre complejo de Edipo y aparato psíquico.”

³⁴⁷ Freud toma el pronombre neutro *Das Es* del pensamiento de Georg Groddeck, psiquiatra alemán vinculado al psicoanálisis y que ha acaparado la atención de Freud por la originalidad de sus ideas, entre las cuales la que construye acerca de este concepto. Retoma la concepción de Groddeck según la cual “lo que llamamos nuestro ‘yo’ se comporta en la

- el “superyó”,³⁴⁸ (*Das Über-Ich*), que, así como el yo, es inconsciente y mantiene un vínculo con la realidad.

El conflicto se establecerá entre los componentes pulsionales (con su modo específico de organización) y el yo consciente (a su vez con su modo propio de organización).³⁴⁹ Tales conclusiones se deducen de estas reflexiones: 1º) *el*

vida de manera esencialmente pasiva, y -según su expresión -somos ‘vividos’ por unos poderes ignotos {*unbekannt*}, ingobernables.” En S. Freud (1923d: 25; las llaves son de Etcheverry). Con lo cual, se perfila un modo de concebir al yo como profundamente dependiente y pasivo respecto al influjo de otras instancias. En lo sucesivo, Freud se percatará de las consecuencias teórico-clínicas de tal concepción, que en última instancia daría a su teoría un talante pesimista, y buscará en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d) relativizar esta relación de servidumbre del yo. En ese sentido, aunque el psicoanálisis vino a postular que la razón no es dueña absoluta de su propia casa o que existen unos poderes en el yo y más allá de él, Freud plantea una suerte de dominio del yo sobre los influjos del ello. Como advierte Gay (1988: 459), Freud era un determinista, no un fatalista. Asimismo, para una panorámica de las ideas de Groddeck respecto a las de Freud, véase también J. Laplanche (1981: 166- 190).

³⁴⁸ Tal y como se mencionó antes (véase II.3.2.), Freud define inicialmente el superyó en “Introducción del narcisismo” (1914c) como la instancia que buscaría asegurar una satisfacción narcisista centrada en el “ideal del yo” (*Ichideal*) y equiparar al “yo actual” con el ideal. En S. Freud (1914c: 92).

³⁴⁹ Conviene subrayar que no se debe concebir el polo pulsional como *desorganizado* ya que también se somete a leyes de funcionamiento, lo que le da una cierta coherencia. Gutiérrez-Terrazas (1996: 3, n. 3) lo define como el modo de funcionamiento de lo sexual reprimido, en cuanto no integrado por la organización yoica. Ocurre, sin embargo, que lo pulsional tampoco se reduce a lo no-ligado; tanto es así que la formulación freudiana sobre las pulsiones de vida da cuenta de un funcionamiento pulsional ligado e integrado por el yo. A partir de este orden de consideraciones, es lícito oponer el polo pulsional (lo no-ligado) con el polo “organizado” (lo ligado) en función de leyes de funcionamiento *no simétricas* entre sí. Este orden de consideraciones revela que los niveles de reflexión sobre la pulsión no son excluyentes entre sí. Es decir, si bien la pulsión se perfila como un *concepto* límite entre lo psíquico y lo somático no impide su vínculo con determinadas experiencias subjetivas, como con el complejo de castración. Ahora bien,

inconsciente no será más uno de los polos del conflicto en oposición al yo; 2º) la pulsión, a su vez, se constituirá como una fuerza presente sea en el ello, sea en el superyó, sea en el yo (consciente e inconsciente); 3º) el yo asumirá un estatuto metapsicológico. Sufrirá de modo intermitente los influjos de la pulsión y se constituirá como parte integrante de una estructura junto con el ello como y el superyó.

IV.1.2. La segunda tópica o el establecimiento de la hipótesis estructural del aparato psíquico.

Presentación de los nuevos protagonistas que compondrán la perspectiva intrasubjetiva del conflicto psíquico: El yo, el ello y el superyó.

En cuanto al yo, he aquí algunas de sus características respecto al ello esbozadas en El yo y el ello (1923b). El yo es una organización coherente de procesos mentales. Su génesis está en el ello, del cual constituye su parte

¿cómo se perfila la pulsión en la experiencia subjetiva? O, dicho en otros términos, ¿cuál es su relación con el “complejo de castración”? Si bien la castración representa la dimensión más subjetiva de la pulsión (lo ligado) ¿no presentaría también lo no-ligado? Como se verá a lo largo de este capítulo, parece que a partir de la segunda tópica, Freud intenta compaginar la dimensión pulsional del lado de lo simbolizado (dado por el complejo de Edipo y el complejo de castración) y con el modo de funcionamiento más allá del yo y del principio de placer, a saber, la pulsión de muerte.

modificada y subordinada gracias a los influjos del mundo exterior representado por el sistema preconsciente-consciente, que es su núcleo. Se asienta sobre el ello sin envolverlo completamente. La percepción asume en el yo la misma función que las pulsiones ejercen en el ello. Lo reprimido es, a su vez, parte del ello, de modo que el recurso del yo para apartarlo de la conciencia es la represión, lo que en el proceso analítico se revela como resistencias. Este objetivo no siempre se logra dado que lo reprimido retorna a la conciencia sea en los sueños, en los actos fallidos o en los casos de neurosis, como formaciones sustitutivas, como productos del inconsciente. Es por esta constelación que el yo intenta dominar los influjos del ello reemplazando el “principio de placer” (*Lustprinzip*), que comanda el quehacer pulsional actuante en el ello, por el “principio de realidad” (*Realitätsprinzip*). El objetivo último es el de conciliar las exigencias pulsionales del ello y las del mundo exterior, que influyen en el yo como las percepciones. Sin embargo, como enseña el símil del jinete (1923b: 27), el afán de poder del ello es más intenso puesto que su energía es genuina al tiempo que la del yo es la modificación de esta misma energía puesta a su servicio. De modo que para mantener el influjo conciliatorio, el yo muchas veces se somete al ello. Este afán del yo, que de por sí constituye un intento fallido, muestra la debilidad de su esencia ya que no se reduce al estado de conciencia, sea por sus raíces en el ello sea por recibir los influjos del superyó.

En cuanto al ello, esa “caldera llena de excitaciones borboteantes”³⁵⁰ tal y como Freud lo define en la 31ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a [1932]: 68) titulada “La descomposición de la personalidad psíquica”,³⁵¹ para expresar su característico estado de caos³⁵², que busca solamente la descarga de la energía pulsional según el principio de placer *sin ningún miramiento hacia la realidad*. Freud lo asimila al inconsciente, así como a sus contenidos, para hacer hincapié sobre su ajenidad respecto al yo coherente.³⁵³ Como está abierto a lo somático, se constituye de

³⁵⁰ En esta metáfora del ello refleja la prioridad que el factor cuantitativo va a adquirir en el pensamiento de Freud respecto a las representaciones, tal y como se tratará de analizar en las próximas secciones de este capítulo.

³⁵¹ Artículo que no sólo reelabora las aportaciones de *El yo y el ello* (1923b), sino que introduce cambios significativos en los esquemas del aparato psíquico, tal y como enseña la ubicación topográfica del superyó.

³⁵² Como se verá a continuación, la ausencia de organización en el ello es relativa ya que esta instancia asimila las mismas características del sistema inconsciente que funciona según el “proceso primario” (*Primärvorgang*), a saber, la ausencia de representación de espacio y de tiempo, la ausencia de negación, y en que la contradicción entre las mociones pulsionales es distinta de las que son regidas por el proceso secundario.

³⁵³ “Lo inconsciente es la cualidad que gobierna de manera exclusiva en el interior del ello. Ello e inconsciente se copertenecen de manera tan íntima como yo y preconscious, y aun la relación es en el primer caso más excluyente aún. (...) Sin duda que en el origen todo era ello (...). Durante este largo desarrollo, ciertos contenidos del ello se mudaron al estado preconscious y así fueron recogidos en el yo. Otros permanecieron inmutados dentro del ello como su núcleo, de difícil acceso. Pero en el curso del desarrollo, el yo joven y endeble devuelve hacia atrás, hacia el estado inconsciente, ciertos contenidos que ya había acogido, los abandona, y frente a muchas impresiones nuevas que habría podido recoger se comporta de igual modo, de suerte que éstas, rechazadas, sólo podrían dejar como secuela una huella en el ello. A este último sector del ello lo llamamos, por miramiento a su génesis, *lo reprimido* {esforzado al desalojo}. Importa poco que no siempre podamos distinguir de manera tajante entre estas dos categorías en el interior del

investiduras pulsionales que en él encuentran expresión psíquica.

El superyó es fundamentalmente el resultado de la represión de las investiduras de objeto depositadas en los padres lo que dará lugar y a la vez reforzará el “periodo de latencia” (*Latenzperiode*). Como heredero del

ello. Coinciden, aproximadamente, con la separación entre lo congénito originario y lo adquirido en el curso del desarrollo yoico.” En S. Freud (1940a [1938]: 160-161; las llaves son de Etcheverry). Con estas consideraciones póstumas de Freud queda establecido el estrecho vínculo entre ello e inconsciente, razón por la cual el reemplazo del inconsciente por el ello no elimina la especificidad del primero. En efecto, aunque el concepto de ello sustituyó al de inconsciente en la descripción de la segunda tópica, no por eso el concepto de inconsciente pierde importancia estructural. Al contrario, estas matizaciones culminarán con mejores precisiones en cuanto a la especificidad del inconsciente. Prueba de ello es la porción inconsciente del yo y del superyó. Tal y como señalan Laplanche y Pontalis (1967), si bien el ello englobará los mismos contenidos del sistema inconsciente, el conjunto del psiquismo inconsciente será parte integrante de otras instancias. En J. Laplanche y J.-B. Pontalis (1967), voz: “Ello”. Para Laplanche (1981: 157) este reemplazo ocurrió en función de los límites de la hipótesis sobre el inconsciente en lo que se refiere a su posición en el conflicto psíquico ya que no puede ser caracterizado como uno de sus polos, y por los contenidos inconscientes, expresión psíquica de las pulsiones. Green (1973: 257), a su vez, considera que el cambio del inconsciente por el ello ocurrió en función de la introducción del concepto de “compulsión de repetición” concebido como hecho característico de toda pulsión. El inconsciente si bien era concebido como el lugar de las representaciones reprimidas bajo la legalidad del proceso primario y conocido por medio de las llamadas formaciones del inconsciente (síntomas, sueños, actos fallidos), no tenía el poder de alcance sino para esclarecer el origen y la estructura de sus formaciones mismas sin ninguna “modificación práctica”. Este sería el “límite” de su poder interpretativo explicitado, según este autor, a partir del análisis de los casos de reacción terapéutica negativa. Dice Green (1973:257): “Dicho de otra manera, no es tanto que el inconsciente se revelase a la experiencia más opaco o menos inteligible que antes, es que la inteligibilidad a la cual daba pie, por su forma inversa en la interpretación, tropezaba con una fuerza oscura que tendía a deshacer lo que el trabajo conjugado del analizando y del analista había realizado.” Refiriéndose al rasgo que separa el inconsciente del ello y planteando, a la vez, una línea evolutiva para designar una mutación estructural en el aparato psíquico que uniría estos dos conceptos, Green (1973: 260) subraya: “*La mayor diferencia entre el concepto de inconsciente y el concepto de Ello reside en el hecho de que, a nivel del primero, las pulsiones de destrucción no tienen ningún lugar, mientras que a nivel del segundo, no solamente su lugar está determinado, sino que su papel es considerado como dominante.*”

“complejo de Edipo” (*Ödipuskomplex*)³⁵⁴, es la agencia representante del vínculo parental, basada en alojar normas e ideales. En *El yo y el ello* (1923b: 30) Freud concibe el superyó y el “ideal del yo” (*Ichideal*) como sinónimos. Pero, años después, en la 31ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a [1932]) al superyó se le adscribirán las funciones de “observación de sí” (*Selbstbeobachtung*), de “conciencia moral” (*Gewissen*) y de “función del ideal” (*Idealfunktion*). Con lo cual, el ideal del yo se perfilará como un núcleo o función del superyó al que el yo toma como referencia para su perfeccionamiento basado en la representación de los padres. Se trata de una diferenciación en el seno del yo que se nutre del ello desde el punto de vista energético, incluso de sus adquisiciones filogenéticas. Prueba de las primeras elecciones de objeto del ello, el superyó muestra también una formación reactiva contra ellas. Su relación con el yo no se limita a la advertencia: “‘Así (como el padre) *debes* ser’, sino que comprende también la

³⁵⁴ Será en estos años cuando el complejo de Edipo alcanzará definitivamente su componente estructural. Éste desempeña una función determinante en el coronamiento de la sexualidad infantil, estructurando la orientación del deseo humano. Se caracteriza como la estructura fundamental de las relaciones interpersonales; los objetos no son concebidos como parciales sino como totales, sitúa al sujeto en un entramado de relaciones y le concede una función específica. En J. Laplanche y J. B. Pontalis (1967); voz: “Complejo de Edipo”. Permite también a Freud ubicar la etiología sexual de las neurosis en un momento específico del desarrollo de la sexualidad humana. Situado en la fase fálica del desarrollo de la libido, caracterizada por la primacía de los genitales pero funcionando según la lógica fálico-castrado, sucumbirá a la represión y será relevado por el periodo de latencia. Freud esboza dos posibilidades acerca del desenlace del complejo de Edipo, a saber, como el resultado de una imposibilidad (ontogenético) o determinado por la herencia (filogenético). En S. Freud (1924d:181-182).

prohibición: ‘Así (como el padre) *no te es lícito ser*’” (1923b: 36).

La condición que favorece el advenimiento del superyó es el “desvalimiento” (*Hilflosigkeit*) psicofisiológico del niño respecto a sus padres. La profundidad de las relaciones parentales establecidas en este periodo representará a un superyó que además de perdurar en la vida adulta busca dominar al yo.

Es el monumento recordatorio de la endeblez y dependencia en que el yo se encontró en el pasado, y mantiene su imperio aun sobre el yo maduro. Así como el niño estaba compelido a obedecer a sus progenitores, de la misma manera el yo se somete al imperativo categórico de su superyó (1923b: 49).

El superyó es más afín a los designios del ello ya que está más distanciado de la conciencia por sumergirse en el ello, que respecto al yo.³⁵⁵ De modo que el conflicto del yo respecto al ello puede encontrar en el superyó una solución de continuidad sobre todo cuando se trata de un desenlace fallido del complejo de Edipo.³⁵⁶

³⁵⁵ Para Freud el superyó no es sólo un representante del ello, sino también de la realidad en la medida en que la instancia parental que le representa encuentra objetos en la realidad, a saber, los padres. De modo que el superyó no sólo es el heredero del complejo de Edipo, también es representante del mundo exterior y constituye el prototipo de aspiraciones del yo. En S. Freud (1924c: 173).

³⁵⁶ En la 31^a de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a [1932]), Freud postula la existencia de un superyó inconsciente, que así como el yo inconsciente, es responsable por la represión o “lo hace por encargo suyo el yo que le obedece. Entonces, si

Si la tendencia a la “antropomorfización” de las instancias que componen la segunda tópica es llevada al límite, se llega a la obnubilar la dimensión pulsional de las mismas.

Con la segunda tópica, la noción de “conflicto psíquico” (*psychischer Konflikt*), debe entenderse como efecto de una “escisión” (*Spaltung*)³⁵⁷

se da el caso de que en el análisis al paciente no le deviene consciente la resistencia, ello significa o bien que el superyó y el yo no pueden trabajar de manera inconsciente en situaciones importantísimas, o bien - lo cual sería aún más sustantivo- que sectores de ambos, del yo y del superyó mismos, son inconscientes”. En S. Freud (1933a [1932]: 64). Conviene tener en cuenta que, en la “geografía” del psiquismo propia de la segunda tópica, las fronteras entre los sistemas no están tajantemente delimitadas. En S. Freud (1933a [1932]: 74). Incluso, como ha señalado H. Bleichmar (1986: 136-137), podría hablarse de un *doble inconsciente*, a saber, el inconsciente dinámico del ello, el “verdadero” de las representaciones-cosa, el de la ausencia de contradicción, de dispersión de las representaciones y el inconsciente del yo y del superyó, el “otro” inconsciente, el de los juicios de valor, de una contradicción singular de los significados respecto a la contradicción inherente en el sistema preconsciente-consciente. Lo sorprendente, señala este autor, es precisamente este “otro” inconsciente en que está volcada toda la reflexión propuesta por Freud y que legitima la práctica psicoanalítica dado que en él se plantean el conflicto psíquico, los deseos edípicos propulsores de la culpa y del masoquismo, del fetichismo, de las fantasías defensivas, el de la necesidad de castigo, el de la oposición fálico-castrado, el del significado reprimido de los síntomas y de los sueños. Superyó y yo inconsciente en el sentido dinámico pero que carecen de los “caracteres primitivos e irracionales del ello” que también es inconsciente. En S. Freud (1933a [1932]: 70). Asimismo, para una panorámica sobre la noción de superyó inconsciente, véase J. L. Valls (1983: 523-537) y C. E. Bahamonde y J. C. Scapusio (1981: 799-807).

³⁵⁷ La “escisión” (*Spaltung*) resurgirá en los trabajos de Freud, tras un periodo de equivalencia con el concepto de “represión” (*Verdrängung*; véase I.1.3.), no sólo como un

intrasistémica, a partir de la represión primordial, entre yo y ello y del progresivo establecimiento del superyó. También, la escisión entre el yo y el yo-ideal permitirá, a su vez, un mayor entendimiento acerca de los momentos constitutivos del yo. Estas diversas modalidades de escisión, generadas por el conflicto entre la realidad y las pulsiones, pueden considerarse “precursoras” del complejo de Edipo y ocurren en función de la ausencia de ligadura de la pulsión.^{358 359} Se perfilará, entonces, una versión antropomórfica del aparato

mecanismo de defensa neurótico, lo cual muestra que el yo puede escindirse sin caer en la psicosis o en las perversiones. Desde luego, todas las teorizaciones en las que Freud designa a lo reprimido como *tierra extranjera interior* o la realidad externa como *tierra extranjera exterior* respecto al yo, así como también la metáfora del “cuerpo extraño”, están relacionadas con sectores del yo que pueden escindirse pero que pueden volver a reunificarse. Verbigracia, S. Freud (1933a [1932]: 53). En dos obras póstumas plantea la antigüedad del concepto de escisión del yo aunque anteriormente ya había hecho mención. Véase S. Freud (1927e y 1940a [1938]). De modo general, el resurgimiento de esta noción en la obra de Freud ha servido precisamente para señalar la existencia de una modalidad de defensa distinta de la represión y de la desmentida (*Verleugnung*) en las relaciones del yo con la realidad. Sobre el desarrollo del término *Spaltung* en la obra de Freud, véase J. Laplanche y J. B. Pontalis (1967), voz: “Clivaje del yo”.

³⁵⁸ Escisión que dará lugar a dos mecanismos estructurantes: la “represión” (secundaria) y la “desmentida”, así como la apertura a las identificaciones secundarias. Esta concepción remite al tema del “doble”, planteado por Freud en “Lo ominoso” (1919h): “En efecto, el doble fue en su origen una seguridad contra el sepultamiento del yo, una ‘enérgica desmentida {*Dementierung*} del poder de la muerte [la angustia de castración]’ (O. Rank), y es probable que el alma ‘inmortal’ fuera el primer doble del cuerpo.” En S. Freud (1919h 235; las llaves son de Etcheverry). El yo desmiente el temor a la aniquilación creando un doble protector calcado en el narcisismo parental. Doble protector que, con la constitución de un yo que, a su vez, busca acceder a su deseo y no al deseo representado por el narcisismo parental, se transformará en embajador de la muerte. Se desmiente el origen del deseo, concibiéndolo como propio cuando proviene de la instancia parental. En ese sentido, lo ominoso será la manifestación de algo familiar pero dado que está destinado a permanecer oculto por obra de la represión, se transforma en algo extraño. Para un desarrollo del tema, véase N. C. Marucco (1980: 233-246).

³⁵⁹ A partir de este orden de consideraciones se perfilará un muy significativo problema, a saber, si las instancias ideales (ideal del yo y superyó) están del lado de la

psíquico: la segunda tónica remitirá, pues, a un conflicto entre personajes -en el sentido metafórico del término. Sobre este propósito, dice Bercherie:

Fiel a su género propio, el psicoanálisis produjo una psicología globalista muy particular: plurales, conflictivas, inconexas, las instancias antropomórficas que constituyen esta personología reconducen sus experiencias fundamentales (1983: 416).

Ocurre, sin embargo, que esta versión antropomórfica del aparato psíquico y de su funcionamiento remite a una cuestión polémica (no sólo en el pensamiento freudiano sino en los desarrollos psicoanalíticos posteriores) y esboza una suerte de contrapunto con las teorizaciones metapsicológicas propiamente dichas. Es decir, se incurre fácilmente en la tendencia a transponer la relación intrapsíquica entre las tres instancias a la relación del yo con los objetos, operación sutil que transforma a éstos en personajes en el interior del aparato psíquico.

Tal trasposición se intenta realizar a partir del análisis de “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915c; véase II.4.3.), es decir, de un texto que trata sobre los orígenes del aparato psíquico y de los orígenes del yo dentro de una modalidad de temporalidad *a posteriori*. Quizá por la dificultad misma, inherente al

represión primordial o de la represión propiamente dicha (véase IV. 2.2.).

concepto de pulsión, de sacar la pulsión de una dimensión estrictamente conceptual para aproximarla a la experiencia, sin perder su estatuto metapsicológico. Ahora bien, cuando se procede así, se termina por obnubilar toda dimensión pulsional en las instancias psíquicas.

Otro aspecto problemático surge cuando se constata que, con la segunda tópica, la pulsión presenta una relación muy estrecha con lo somático, diferente de la definición misma del concepto de pulsión presentada en 1915 como concepto límite entre lo psíquico y lo somático.

Se hace necesario, pues, esclarecer cómo el ello, abierto a lo somático y sede del conflicto entre pulsiones de vida y pulsión de muerte, encuentra expresión psíquica; dilucidar los modos de circulación de la pulsión en cada uno de los sistemas que componen el aparato; y discutir, dentro de los presupuestos que gobiernan la segunda tópica, el lugar de la biología y de las hipótesis filogenéticas sobre la pulsión, para esbozar sus modos de inscripción en el aparato psíquico.

Anteriormente se mencionó que el acercamiento de Freud a una parte inconsciente del yo fue el resultado del desarrollo mismo de la teoría de las pulsiones. Puesto que la segunda tópica revela que Eros y pulsión de muerte

no sólo se originan en el ello sino que también luchan en este territorio, la pulsión no se perfila exclusivamente como uno de los polos del conflicto: proveniente del ello, será entendida como la energía característica del funcionamiento de cada sistema psíquico, no sólo del yo, y establecerá series de articulaciones tanto desde el punto de vista intersistémico como desde el punto de vista intrasistémico.

En la misma línea, si en la primera tópica los sistemas se caracterizaban por su carácter cerrado, eso sí, separados por la barrera de la censura, la segunda tópica está caracterizada por ser una “estructura abierta” tanto a los intercambios recíprocos entre las instancias que la componen, como a lo exterior a ella misma. Y el organismo, lo “somático”, es la primera realidad “exterior” a la estructura.

En ese sentido, se requiere un análisis más detenido acerca de cómo opera la pulsión *en cada una de las tres instancias*.

a.) Respecto al ello. En la 31ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, Freud describe así el ello:

Imaginamos que en su extremo está abierto hacia lo somático, ahí

acoge dentro de sí las *necesidades pulsionales* [*Triebbedürfnisse*] que en él hallan su expresión psíquica, pero no podemos decir en qué sustrato. Desde las *pulsiones* se llena con energía, pero no tiene ninguna organización, no concentra una voluntad global, sólo el afán de procurar satisfacción a las *necesidades pulsionales* con observancia del principio del placer (1933a [1932]: 68-69).³⁶⁰

Como señala Strachey en una nota al pie de página de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a [1932]: 68, n. 15), la pulsión es concebida “como algo físico que tendría su representación psíquica en los procesos mentales.” Lo cual revela la “inadecuación de los límites semánticos tradicionales para designar lo psíquico en sus relaciones con lo somático”, tal y como advierte Green (1973: 244).

El problema que emerge en esta teorización es, precisamente, al ubicar este concepto en la frontera entre lo psíquico y lo somático y cómo hacer derivar la dimensión simbólica. En la misma línea, ¿cómo situar el “deseo” (*Wunsch*), expresión simbólica del movimiento de la pulsión, en esta teorización?³⁶¹

Desde luego, hay que tener en cuenta que la reflexión freudiana sobre la

³⁶⁰ Se debe entender el término “necesidades pulsionales” como la *acción* de las pulsiones para cancelar la fuente del estímulo.

³⁶¹ Green (1973: 276) sitúa el deseo del lado del inconsciente y la pulsión del lado del ello. En el primer caso, porque el inconsciente es el lugar tanto de las representaciones reprimidas como de los procesos simbólicos. En el segundo caso, en virtud de que el ello es el reservorio de energía con una modalidad particular de organización.

pulsión presenta varios niveles: Además del nivel estrictamente conceptual (*concepto* límite entre lo psíquico y lo somático), la pulsión presenta relación tanto con un modo de funcionamiento no-ligado (pulsión de muerte) como ligado (pulsiones de vida), perfilándose en las experiencias subjetivas (complejo de Edipo y complejo de castración). No sin mencionar que los movimientos de la pulsión se perfilan en el desarrollo de los procesos afectivos y del deseo. Más aún, es posible sostener que la pulsión no pierde su estatuto metapsicológico cuando aproximada a la experiencia. Como quiera que sea, dicha teorización sobre el ello, que en última instancia refleja el endurecimiento de la pulsión del lado de lo somático, introduce otro interrogante: ¿Es posible *devolver* a la pulsión su dimensión de concepto límite?

Según Laplanche (1981: 189), lo que libera al ello de un puro determinismo biológico y le confiere expresión psíquica es su vínculo con el yo a partir de los contenidos reprimidos que intentan irrumpir en esta instancia (véase II.4.1. y II.4.3.).³⁶²

³⁶² En efecto, tal y como se mencionó antes, por tratarse de una estructura abierta, no son claros los límites entre el yo y el ello, incluso en lo que se refiere a lo reprimido. Sin embargo, no se trataría de la represión primordial sino de la represión secundaria. Por otra parte, este influjo biologizante en el pensamiento freudiano revela, continúa Laplanche (1981: 189), que en un primer momento la introducción del ello subraya la dimensión biológica que existe en lo pulsional. Es también una opción en cuanto al problema de los orígenes, un modo de hacer hincapié respecto al territorio extranjero que habita en el sujeto

Green (1973: 272) parte de las características de la pulsión y su estrecho vínculo con lo somático; muestra que la ausencia de organización del ello es relativa por someterse a la legalidad del proceso primario y, en consecuencia, a los procesos de desplazamiento y de condensación, lo que le confiere un “nivel de simbolización primario”. Se trata de una energía caracterizada por la regulación de los procesos de carga y de descarga que, por producir tensiones de placer y de displacer, presenta también un aspecto cualitativo.

Además, el conflicto entre pulsiones de vida y pulsión de muerte en el ello, influye directamente en esta descarga y propiciará una cierta estructuración, constelación vinculada con la tendencia del aparato psíquico a regular la descarga de energía impidiendo su descarga absoluta, pues ello conduciría a la muerte psíquica. Con lo cual, no se trata de una descarga anárquica, sino que presentará las dos tendencias que caracterizan el modo de funcionamiento de las dos clases de pulsiones (pulsiones de vida y pulsión de muerte), a saber, la tendencia a la ligadura y la tendencia a la desligadura. Son estas características del ello -que presenta elementos innatos (inconscientes) y adquiridos (convertidos en inconsciente)- las que transforman la energía

y una manera de dilucidar el conflicto en el momento de emergencia de las instancias ideales (yo ideal, ideal del yo y superyó).

somática en libidinal y convierten la pulsión en representante psíquico.³⁶³

Esta operación de transformación energética, en la que la estructura de las pulsiones mantiene intercambios tanto con lo somático como con el yo, termina por *devolver* a la pulsión su característica de concepto límite entre lo psíquico y lo somático. Será el ello, territorio de las pulsiones de vida y de la pulsión de muerte, la frontera o el puente entre las fuentes orgánicas y el yo.

b.) Respecto al yo. El yo, a su vez, se opondrá tanto a los influjos del ello y del superyó, del mismo modo que a la dimensión pulsional que habita en él; la noción de yo inconsciente señala que lo pulsional (lo no-ligado o lo no traducido de la pulsión) es parte integrante de la instancia yoica. Más aún, el “*ser de la repetición o la compulsionalidad misma de la pulsión*”, término acuñado por Assoun (1994: 348), refiriéndose al movimiento de la pulsión más allá del placer o del displacer, será el modo de funcionamiento tanto de esta porción inconsciente del yo como de las demás instancias que componen el aparato. Teniendo en cuenta que si bien la porción coherente del yo establece una tajante oposición respecto a la dimensión pulsional,³⁶⁴ tiene, a

³⁶³ A partir de este orden de consideraciones Green (1973: 272) introduce una “teorización metafórica de inspiración estructural”, en que las estructuras no son sólo abiertas, sino que mantienen una relación de conjunción de disyunción. Helas aquí: Orden de estructura del soma: simbólico; orden de estructura de las pulsiones: simbólico primario; orden de estructura del yo: simbólico secundario.

³⁶⁴ Lo cual, refleja la hipótesis de Anna Freud (1961: 68) acerca de la animosidad

costa de su supervivencia psíquica y por “el amor del yo”, que asegurar un cierto cumplimiento de la meta pulsional. De modo que si bien la pulsión puede ser vivida por el yo como un cuerpo extraño, es su implantación y su satisfacción lo que garantiza la vida psíquica.

c.) Respecto al superyó. El superyó, como parte modificada del yo representa tanto a la realidad transmitida por la cultura como al ello.^{365 366} Dicho en otros términos, representa tanto a lo pulsional como a lo cultural (intersubjetivo). Tal y como señala Laplanche (1987a: 138), ambos aspectos desembocarán en la conflictiva edípica y en el complejo de castración.³⁶⁷

básica entre yo y pulsión.

³⁶⁵ Por eso, más allá de buscar el origen del superyó en la “filogénesis de la familia humana”, cabría de dilucidar su estatuto polimorfo.

³⁶⁶ Ahora bien, la realidad a la que el superyó representa, a pesar de corresponder al vínculo con los padres, no es necesariamente el fidedigno acogimiento de normas transmitidas por éstos. Tanto es así que es posible el desarrollo de un superyó severo aunque la educación haya sido apacible.

³⁶⁷ Green (1990: 22) lo define como “un complejo de representaciones preconscientes e inconscientes y de afectos conscientes e inconscientes, ligados entre sí, de tal forma que, cuando uno entre ellos se encuentra activado en el mundo externo o interno, los demás también lo son por contigüidad e inferencia y convocan el desencadenamiento de señales notificando el peligro, para impedir su desarrollo (angustia o aumento de resistencias).” Expresión de complejo son las teorías sexuales infantiles que se perfilan a modo de preguntas sexuales acerca del origen y de la diferencia entre los sexos en la fase fálica del desarrollo de la libido - momento del desarrollo caracterizado por el reconocimiento de un único órgano sexual, el masculino-, resultado del comercio sexual con los padres. El complejo de castración se configura en la “percepción de la realidad” y el consecuente reconocimiento o desmentida de la misma, en especial, de la madre como figura castrada y del padre como el castrador, problemática que remite a la escena primaria. He aquí sus componentes: 1. La fantasía de castración, que consiste en la respuesta acerca

IV.2. La constitución del yo como función y como efecto de identificaciones.

IV.2.1. La constitución del yo y del inconsciente que habita en él.

Presentación de tres vectores que atestiguan la complejidad de la noción del yo en el pensamiento freudiano: a) el yo como efecto de identificaciones y su relación con las instancias ideales; b) el yo concebido como función; c) el yo como sede de los afectos y, en particular, de la angustia.

del origen y de la diferencia entre los sexos. Se centran diversos símbolos, conectados, a su vez, con la representación del pene asociado a la imagen del yo. 2. La amenaza de castración, proferida por el padre, que será resignificada tras el reconocimiento de la diferencia entre los sexos y que repercutirá como una herida narcisística para la integridad yoica. 3. La angustia de castración, como el efecto traumático de la amenaza de castración, en la que el factor pérdida es fundamental y en la que el yo pondrá en acción mecanismos de defensa (represión, negación, escisión) para su eliminación. Como efecto de esta angustia de castración, puede establecerse estructuras patológicas como la homosexualidad o el fetichismo, del mismo modo que la envidia del pene, el tabú de la virginidad o el sentimiento de inferioridad. Como más adelante se especificará en el desarrollo del complejo de castración en el niño y en la niña, conviene subrayar que su atravesamiento se caracteriza por la renuncia del deseo incestuoso y parricida hacia los padres. En J. Laplanche y J.-B. Pontalis (1967); voz: “Complejo de castración”.

El yo en cuanto representante del mundo exterior retendrá los primeros destinos pulsionales del ello, convirtiendo la libido narcisista en objetal, y mantendrá una relación conflictiva tanto con esta instancia como con el superyó. Así, pues, se arroja una nueva luz sobre la noción de conflicto al poner en tela de juicio las contradicciones del yo ya que acusa a un yo fuerte, pero, a la par, débil. Fuerte por su conexión con la percepción, por el acceso a la conciencia y el paso a la acción sobre el mundo exterior, es decir, por una serie de funciones que le permite dar una cierta coherencia a los procesos psíquicos. Débil por someterse a tres servidumbres que le acosan, a saber, la realidad exterior, la libido del ello y la severidad del superyó (1923*b*: 56).

Como es una organización, presenta una tendencia conciliatoria respecto a las diversas exigencias; el objetivo último es mantener el dominio alcanzado con miras a ampliarlo, como si de una batalla se tratase. Es evidente el juego de poder que parte de estas tres instancias: lo que está en juego es el mayor dominio que una puede ejercer sobre la otra, cuyo objetivo último es la injerencia en el mundo exterior. Puesto que conciliar no significa necesariamente dominar, el hecho de constituirse como una instancia organizada o regulada bajo la legalidad del proceso secundario, no excluye posibles alteraciones en su estructura, determinadas, a su vez, por la intensidad de los influjos emanados de cada instancia. Se remite, pues, a la idea de un yo

siempre en vías de reafirmación. Sometido a un proceso marcado por momentos de discontinuidad, el yo gobierna la actividad de pensamiento mientras es gobernado por fuerzas ajenas.

La angustia emerge en este panorama como reacción del yo ante lo no simbolizado, de por sí amenazante por constituirse como lo más pulsional (no-ligado), carente de simbolización. El intento mismo de librarse de lo peligroso conduce a tres tipos de angustia, la del yo, la del ello y la del superyó.

El yo es el genuino almacén de la angustia. Amenazado por las tres clases de peligro, el yo desarrolla el reflejo de la huida retirando su propia investidura de la percepción amenazadora, o del proceso del ello estimado amenazador, y emitiendo aquella como angustia (1923b: 57).

Esta concepción según la cual el yo es el lugar en que se engendra la angustia, implicará una reformulación de la teoría sobre la angustia que el texto *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d) tratará de esbozar, así como una revisión sobre la teoría de las neurosis. Ahora bien, teniendo en cuenta el entramado conceptual que emerge a partir de las reformulaciones sobre la teoría de la angustia, no sería lícito analizarlas sin antes presentar algunas de las vicisitudes de la problemática del yo en la obra de Freud a partir de la segunda tópica. Vicisitudes que delimitan tres vectores de abordaje vinculados entre sí y que se tratarán de esbozar a continuación: *a.*) el yo como resultado

de identificaciones y su relación con las instancias ideales; *b.*) el yo concebido como función; y *c.*) el yo como expresión de los afectos, en particular la angustia.³⁶⁸ Para tratar estas cuestiones es necesario hacer un repaso sobre el papel que la percepción de la realidad desempeña en el yo puesto que es precisamente este vínculo con la realidad el que aporta al yo un cierto dominio sobre el ello, sobre el superyó y sobre la realidad misma.³⁶⁹

El yo, proyección psíquica de la superficie del cuerpo, representa, además, la superficie del aparato psíquico.

En *El yo y el ello* (1923b), Freud retoma el esquema de la vesícula viva desarrollado inicialmente en *Más allá del principio del placer* (1920g)³⁷⁰ para, una vez más, destacar que la conciencia se sitúa en la superficie del aparato

³⁶⁸ Teniendo en cuenta que, en el capítulo II (véase II.3.) se trató de esbozar, a partir del análisis del texto sobre el narcisismo, un cuarto vector, la constitución del yo como representación.

³⁶⁹ Asimismo, para un análisis sobre el concepto de yo en la obra de Freud, véase C. Schalayeff (1995: 559-580); C. L. Borensztein y L. V. Greif (1987: 633-642); C. O. Pérez (1986: 103-126); y N. C. Marucco (1980: 233-246).

³⁷⁰ Texto en el que Freud plantea la estructuración del yo dentro de un modelo anátomo-fisiológico de la corteza cerebral: el origen de la conciencia con su barrera antiestímulo ocupará espacialmente la superficie del aparato psíquico como sede de las percepciones sensoriales y de los estímulos provenientes del interior del organismo.

psíquico, tanto en el sentido funcional como en el sentido anatómico. Así, se acerca a estos mismos planteamientos utilizando como recurso las funciones del yo, entre las cuales destaca la conciencia y la motilidad. Dado que la conciencia es un fenómeno pasajero, se hace necesaria una conexión con los restos mnémicos contiguos al sistema preconsciente; proceso llevado a cabo gracias a la asociación con las representaciones-palabra pertenecientes a este sistema. La conexión establecida tiene por condición restituir la cualidad consciente que estas “huellas mnémicas” (*Erinnerungsspur*) han tenido, de modo que “sólo puede devenir consciente lo que ya una vez fue percepción *cc*” (1923*b*: 22). Y, puesto que el desplazamiento de las representaciones-palabra hacia la conciencia requiere cierta organización, el sistema preconsciente-consciente también es incluido en el yo. Señala que “son *cc* todas las percepciones que nos vienen de afuera (percepciones sensoriales)” (1923*b*: 21), así como las sensaciones y los sentimientos.

La importancia de los restos visuales y auditivos es capital en la medida en que es a través de la conexión con ellos que la representación deviene preconsciente. En cuanto al yo, “lo vemos partir del sistema *P*, como de su núcleo, y abrazar primero al *Prcc*, que se apuntala en los restos mnémicos” (1923*b*: 25). Pero el yo es también inconsciente, de modo que el “in-dividuo” (*Individuum*) es

un ello psíquico, no conocido (*unerkannt*; no discernido) e inconsciente, sobre el cual, como una superficie, se asienta el yo, desarrollado desde el sistema *P*, como si fuera su núcleo [el sistema *P* es el núcleo del yo]. Si tratamos de obtener una figuración gráfica, agregaremos que el yo no envuelve al ello por completo, sino sólo en la extensión en que el sistema *P* forma su superficie [la superficie del yo] (1923b: 25-26).³⁷¹

La percepción, que permite al yo diferenciarse del ello por su relación con la conciencia y por el reconocimiento de la realidad, se inscribe en la cadena de representaciones. El yo, a su vez, es un lugar de partida de percepciones exteriores e interiores, una superficie del ello modificada, un representante del cuerpo. Anzieu (1987: 94) recuerda que uno de los fundamentos del psicoanálisis consiste en que todo lo que es psíquico se desarrolla por referencia a lo corporal, de modo que el yo deriva de lo corporal: “la envoltura psíquica deriva, por apuntalamiento, de la envoltura corporal”.³⁷²

³⁷¹ Como señala Anzieu (1987: 93), el yo es considerado aquí como el que *envuelve todo*, es decir, como una “envoltura psíquica” en la que no le corresponde un papel de receptáculo de informaciones, sino que las recoge y las transmite en su contacto con el mundo exterior, funcionando como un plano que delimita el mundo psíquico del sujeto respecto al mundo psíquico del otro. El yo-piel desborda cuando esta envoltura psíquica *no envuelve del todo* y producirá déficits en las funciones envolventes, limitantes y continuantes que se perfilan en los estados fronterizos en las enfermedades psicosomáticas en las psicosis. Asimismo, para una panorámica sobre concepto de yo-piel en el marco de la clínica de la transferencia y de la contratransferencia, véase R. Jarast (93-102).

³⁷² Anzieu recuerda que uno de los fundamentos del psicoanálisis consiste en que todo lo que es psíquico se desarrolla por referencia a lo corporal, de modo que el yo deriva de lo corporal, “la envoltura psíquica deriva, por apuntalamiento, de la envoltura corporal”. En D. Anzieu (1987: 94). Partiendo de este orden de consideraciones es que Anzieu introduce una nueva zona erógena al establecer la hipótesis sobre el “yo-piel”, es decir, de un yo-corporal con envoltura psíquica (por la necesidad de envolver narcisísticamente el

El yo es sobre todo una *esencia-cuerpo* (*ein körperliches*); no es sólo una *esencia-superficie* (*ein Oberflächenwesen*), sino, él mismo, la *proyección* (psíquica) *de una superficie* (*einer Oberfläche*; 1923b: 27).[En una nota al pie de página agrega:] O sea, que el yo deriva en última instancia de sensaciones corporales, principalmente de las que parten de la superficie del cuerpo. Cabe considerarlo, entonces, como la proyección psíquica de la superficie del cuerpo, además de *representar*, como se ha visto antes, la superficie del aparato psíquico (1923b: 27-28, n. 16).

El término “esencia-superficie” evoca a la diferenciación misma del yo respecto a los otros sistemas psíquicos; instancia que, en este caso, es responsable por la articulación entre las pulsiones y el mundo exterior. Desde luego, no se trata exclusivamente de la porción consciente del yo; si así fuera, el yo sería concebido exclusivamente como agente de la racionalidad, cuando lo que la noción de yo inconsciente viene a revelar es que este yo racional también desconoce o presenta “conocimientos contradictorios” sobre su historia. A su vez, los términos “esencia-cuerpo” y “proyección (psíquica) de una superficie”, evocan a la idea de un yo que, bien sea dominando las demás

aparato psíquico con la finalidad de asegurar al yo, al menos, un bienestar básico). Sus funciones, que están al servicio de la pulsión de apego y, después de la pulsión libidinal, son: de mantenimiento, de continente, de protección antiestímulo, de protección de la individualidad, de intersensorialidad, de sostén de la excitación sexual, de recarga libidinal y de inscripción de huellas sensoriales táctiles. Su función negativa, es decir, su “antifunción” que estaría al servicio de la pulsión de muerte, es la de autodestrucción de la piel y del yo. Siguiendo las consideraciones de Anzieu, Laplanche (1993a: 18) señala que el yo es, metafóricamente, la piel del aparato psíquico. Para un análisis detenido del tema, véase D. Anzieu (1987: 107-120).

instancias, bien sea dominado por ellas, busca perpetuar su realidad psíquica en su relación con los objetos. Se volverá sobre esta cuestión más adelante. Ahora, se hace necesario averiguar las vías de pasaje entre este “yo superficie” y este “yo-cuerpo”.

En esta misma línea, Laplanche (1993a: 13) plantea dos rutas de derivación definidas como “derivación metonímica” y “derivación metafórica”. La primera caracteriza al yo como un órgano diferenciado del conjunto del organismo por las funciones específicas que cumple: un yo que percibe, que recuerda, que actúa en el mundo, pero que es también determinado por los síntomas y los actos fallidos. Se trata de la concepción freudiana según la cual el yo (y el sistema percepción-conciencia derivado de él) constituye la parte diferenciada del organismo, actuando como una “envoltura”. En la segunda concepción, el yo “no es sólo una esencia-superficie, sino, él mismo, la proyección (psíquica) de una superficie” (1923b: 27). Es la forma en que el sujeto articula sus vivencias, su relación con su historia, con sus proyectos, con su cuerpo, etc.

La afirmación de Freud según la cual cabe “*considerarlo* [al yo], entonces, como la proyección psíquica de la superficie del cuerpo, además de *representar*, como se ha visto antes, la superficie del aparato psíquico”

(1923b: 27-28, n. 16), remite también al estatuto de los términos *Repräsentant* (representante) y *Vorstellung* (representación), que como se vio anteriormente (véase II.4.3.), presentan una base etimológica distinta. Ahora bien, decir que el yo *representa* la superficie del cuerpo no es lo mismo que decir que el yo *representa* la superficie del aparato psíquico. En el segundo caso, el término representar subraya la idea de *delegación* de poderes, de representancia (*Repräsentanz*), como una parte diferenciada del cuerpo en que se delega ciertas funciones (metonimia). En el primer caso, el término proyección evoca a algo que estando en la superficie es similar (metáfora) a su origen. Remite, por lo tanto, al nuevo estatuto que Freud da acerca del concepto de representación (*Vorstellung*), más allá de las disquisiciones filosóficas, a saber, lo proyectado nunca es una fiel copia de su fuente. Por lo tanto, se puede decir que la realidad psíquica que la que el yo busca articular en su relación con los objetos sufre los mismos procesos del trabajo del sueño, a saber, condensación, desplazamiento, figurabilidad y elaboración secundaria.

<p><i>Puntualizaciones sobre el desarrollo del concepto de “percepción” en “La negación” (1925h).</i></p>

Así, según Freud, es a partir de la percepción de las sensaciones corporales

producidas en el contacto físico y psíquico entre el niño y la madre que se formará el yo, proceso correlativo con el establecimiento de otros “fenómenos estructurantes”, tales como la memoria, el recuerdo, el pensamiento, las representaciones y las fantasías.³⁷³

Como fenómeno estructurante, la percepción es necesaria para organizar el psiquismo. Sin embargo, no es fácil colegir, a partir de las afirmaciones de Freud, cuál sea la acepción del término “percepción” si la percepción sensorial, la autopercepción, o la percepción endopsíquica. Como tampoco es fácil decidir, en cada contexto, cuándo se refiere a la percepción con el acto por el que se ejerce una función o como resultado de una operación (el contenido).^{374 375}

³⁷³ La comunicación entre el niño y el adulto da lugar a una serie de fenómenos estructurantes que se puede considerar “previos” a la constitución del yo, tales como la memoria, la percepción, el pensamiento, etc., que, a su vez, culminarán con la vivencia de satisfacción, la satisfacción alucinatoria del deseo, el advenimiento de la actividad fantasmática, la modificación del principio de placer por el principio de realidad y del proceso primario por el proceso secundario. Para una panorámica acerca del establecimiento de estos fenómenos estructurantes, véase E. S. Fainblun y J. L. Valls (1982: 1029-1034), V. M. Andrade (1988: 251-273) y C. Roitman (1996: 867-883).

³⁷⁴ Como señalan Botella y Botella (1995: 129), la noción de percepción no está clarificada en el pensamiento freudiano. Estos autores atribuyen este “descuido”, por parte de Freud, a la primacía que el concepto de representación adquiere en su obra. Asimismo, para un análisis del tema en cuestión, véase C. y S. Botella (1995: 129-149).

³⁷⁵ Partiendo del supuesto según el cual la percepción está indisolublemente ligada a las relaciones de objeto, los autores que representan la línea de pensamiento introducida por Klein plantean que es a partir de las primeras percepciones y de las operaciones que la constituyen que se va formando un mundo interno en continuo interjuego con el mundo externo, sea en la apertura hacia lo placentero (introyección), sea en el rechazo hacia lo

Pues, a partir del nacimiento, van a establecerse progresivamente varios niveles de sensaciones corporales (percepción interoreceptiva, por ejemplo), correlativos, a su vez, con diversos niveles de representación (representación-cosa, representación-palabra).

En el trabajo sobre “La negación” (1925*h*) se esboza el nivel de complejidad entre percepción y representaciones a ella coligadas, se subraya el origen de las representaciones a partir de las percepciones, se presenta la negación como un mecanismo de defensa de los que se vale el yo para integrar a lo reprimido y se define los conceptos de “juicio adverso” (*Verurteilung*) y “juicio de existencia”. Las puntualizaciones que siguen a continuación buscan esbozar la noción de percepción a partir de su relación con las representaciones en estos momentos constitutivos del yo.

displacentero (proyección), correlativos con la formación del yo. Asimismo, véase P. Heimann (1952: 118-119). Ocurre, sin embargo, que la hipótesis desde los comienzos de la vida de un yo temprano anudado a la prioridad del factor empírico dada por esta escuela, termina por obnubilar la idea según la cual sólo existe relación del yo con los objetos y aún más, que el objeto sólo se constituirá en cuanto tal, cuando el yo se establece como objeto de representación.

Concibiendo también el origen temprano del yo, Hartmann (1950: 114), al considerar la percepción como una de las funciones *autónomas* del yo, prioriza los aspectos adaptativos en detrimento de la sexualidad, hasta el punto que el conflicto psíquico es pensado en términos de una contaminación de la sexualidad en la esfera libre de conflicto del yo, influyendo e incluso obstaculizando la función de percepción y convirtiéndola en la expresión de esfuerzos oral-libidinales u oral-agresivos. Es decir, no sólo subraya el plano de la autoconservación en detrimento del plano de la sexualidad, sino también se afianza en una concepción naturalista, presente en los comienzos del pensamiento freudiano según la cual todo lo que es “bueno” estaría relacionado con la supervivencia del individuo y todo lo que es “malo” relacionado con la destrucción.

Trabajo en el que Freud busca esclarecer la negación como una de las modalidades del yo para “tener noticia” de lo reprimido. Este mecanismo de defensa consiste en reconocer intelectualmente (y no desde el punto de vista de la afectividad) lo reprimido aunque negándolo. Lo cual muestra que lo reprimido puede también acceder a la conciencia a condición de ser aceptado sólo intelectualmente (1925*h*: 253-254).³⁷⁶

Refiriéndose a la función del juicio, Freud menciona que uno de sus recursos es el “juicio adverso” (*Verurteilung*) como “sustituto intelectual de la represión”. Consiste en atribuir una cualidad basada en un principio económico: lo placentero es incorporado y lo displacentero arrojado fuera. Corresponde a uno de los momentos organizadores del yo, definido como “yo placer purificado”; de un yo que funciona según categorías maniqueístas (bueno-malo; placer-displacer) y no reconoce el mundo exterior.³⁷⁷ El paso del

³⁷⁶ Freud extrae su hipótesis del mecanismo de la negación a partir de la clínica. El siguiente ejemplo sirve de prototipo de las situaciones en las que el yo recurre a esta función. Dice el paciente: “‘Usted pregunta quién puede ser la persona del sueño. Mi madre *no* es’.” Pero al mismo tiempo permite el reconocimiento -aunque sea negándolo- de lo reprimido y libera al yo de sus restricciones. De modo que Freud rectifica: “Entonces *es* su madre.” Traduciendo e invirtiendo el discurso manifiesto del paciente es como si éste dijera: “‘Con respecto a esa persona se me ocurrió, es cierto, que era mi madre; pero no tengo ninguna gana de considerar esa ocurrencia’.” En S. Freud (1925*h*: 253).

³⁷⁷ Supone también una supuesta autosuficiencia de las pulsiones, pero revela que tanto su instauración como su nutrición ocurre en función del narcisismo parental.

“yo placer purificado” al “yo realidad definitivo”, se caracteriza por atribuir existencia en la realidad y en aparato psíquico a un objeto mentalmente representado. A esta operación, la denomina “juicio de existencia”.

no se trata de si algo percibido (una cosa del mundo) debe ser acogido o no en el interior del yo, sino de si algo presente como representación dentro del yo puede ser reencontrado también en la percepción (realidad; 1925*h*: 255).

Sólo en este nivel puede hablarse de capacidad de pensar,³⁷⁸ en cuanto se relativiza el maniqueísmo característico del modo de funcionamiento del yo placer purificado. El objeto bueno no necesita ser ávidamente introyectado, ya que el principio de realidad aumenta el margen de tolerancia al posponer la satisfacción de la pulsión.³⁷⁹

³⁷⁸ Dice Freud (1925*h*): “el pensar posee la capacidad de volver a hacer presente, reproduciéndolo en la representación, algo que una vez fue percibido, para lo cual no hace falta que el objeto siga estando ahí fuera.” En S. Freud (1925*h*: 255).

³⁷⁹ En este momento del desarrollo yoico, el niño necesita confirmar que las cosas del mundo existen. Pero no se trata de confirmar la realidad material del objeto sino de reencontrarlo. “Ahora bien, discernimos una condición para que se instituya el examen de realidad: tienen que haberse perdido objetos que antaño procuraron una satisfacción objetiva {real}.” En S. Freud (1925*h*: 256; las llaves son de Etcheverry). En la medida en que el objeto perdido es el objeto idealizado implantado por el narcisismo parental, lo que se añora es reencontrar el momento -en realidad, nunca sido- en que todas las demandas eran colmadas a partir de un ilusorio estado de totalidad y de omnipotencia entre sujeto y objeto. Paraíso antaño abandonado debido al ingreso del sujeto en el mundo del lenguaje, de la ley, de la cultura.

Conviene subrayar el carácter estructurante del psiquismo perfilado que cumplen tanto el juicio adverso como el juicio de existencia. La negación y la afirmación son recursos intelectuales con los que el “yo realidad definitivo” impugna o admite la existencia de una determinada representación sea en la realidad exterior, sea en el aparato psíquico. Pues bien, si hubo represión de representaciones que ofrecían un modo de satisfacción narcisista y si esta represión se mantiene por la fuerza de la repetición, nada más lógico que recurrir a la negación cuando se percibe que lo reprimido acecha a la conciencia con la finalidad de mantener su estatuto de coherencia.

Será el “examen de realidad” lo que marcará la oposición entre objetividad y subjetividad. Su condición de desarrollo es la pérdida de objetos que antaño proporcionaron una satisfacción real. Sin embargo, a la vez que se pierde o se renuncia a los objetos que proporcionaron una satisfacción narcisista, existe un intento de reencontrarlos en la realidad. Dice Freud (1925*h*: 256): “El juzgar es la acción intelectual que elige la acción motriz, que pone fin a la dilación que significa el pensamiento mismo, y conduce del pensar al actuar.”³⁸⁰

³⁸⁰ Concibe entonces el sujeto como un ser que recurre a la palabra en un intento de recuperar el objeto perdido y, con ello, un modo de satisfacción narcisista; palabra misma que con su poder fue la causa que hizo al sujeto renunciar a este objeto para integrarlo en su mundo. Palabra plagada de deseo ya que éste es también un nivel de realidad y participa de todo acto perceptivo. Como señala Ody (1985: 899), la cosa sexual no será exclusivamente sensación y pasa a representarse, a figurarse.

Si bien la actividad del pensar hace perder el objeto de la vivencia de satisfacción, no significa que la búsqueda de satisfacción se queda detenida en el pasado. Al contrario, el hecho mismo de disponer del recurso del lenguaje concede al sujeto la posibilidad de restituir este antiguo modo de satisfacción narcisista. Se puede decir que la realidad empieza a existir para el yo y que el yo se convierte en la sede del pensamiento cuando se abre la posibilidad de reencontrar la satisfacción mediante acciones eficaces. Sin embargo, no solamente el placer invade al yo; el dolor será entonces lo que el yo pugna por aplacar.

Así se inscribe el ulterior desarrollo del juzgar, regulado por el principio de placer. La afirmación como un representante de Eros y la negación como un representante de la pulsión de muerte, con el reconocimiento del inconsciente.

<i>La participación del otro en la constitución de la sexualidad, I.</i>	
--	--

Con lo cual, el yo deriva de las experiencias corporales, particularmente de las que demandan la participación del adulto. Será la percepción de las sensaciones corporales la que, partiendo de la sensorialidad que investirá a los

órganos y dará lugar al establecimiento de zonas erógenas, produciendo la unión del psiquismo del niño con el de adulto y culminará con el advenimiento del yo como representación. El adulto, más allá de un mero agente que propiciará la adaptación del niño se delinea como fundamental, hasta el punto que es imposible pensar psicoanalíticamente el niño sin la figura del adulto, tal y como se mencionó anteriormente (véase IV.4.3.).

Muchos son los autores que han investigado el papel que la madre cumple en la constitución y en el desarrollo del aparato psíquico infantil, más allá de una mera relación de interacción entre estos dos protagonistas y haciendo hincapié en la relación entre el aparato psíquico del niño y el inconsciente de la madre.³⁸¹

³⁸¹ Winnicott (1971: 25) introduce el concepto de “madre suficientemente buena” y de “madre no suficientemente buena”, es decir, una persona capaz de efectuar la “adaptación” del niño; si bien en el inicio se perfila como activa en el sentido de suplir las necesidades del niño, su actividad tenderá a disminuir en la medida en que el niño pueda tolerar la frustración. Se establece una zona de ilusión entre ambos protagonistas que varía de acuerdo con la adaptación de la madre a las necesidades del hijo. Bion (1967: 158), a su vez, subraya la capacidad de “ensueño” de la madre, es decir, de la capacidad de ésta para entrar en resonancia con los sentimientos que el niño desea liberar, dada por lo que este autor nombra de “función alfa”. La función alfa consiste en un proceso que convierte los datos sensoriales, evacuados en la madre, en elementos elaborados, los “elementos alfa”, es decir, contenidos mentales dotados de significado, material necesario para el pensamiento de los sueños (capacidad de despertarse y dormirse, de estar consciente o inconsciente). El estado de prematuración psicofisiológica del niño no le permite elaborar los sentimientos asociados a los datos de los sentidos, por eso, necesita evacuarlos en la madre. Depende de la madre aceptar o no la proyección del niño, y devolver estos sentimientos (transformarlos en “elementos alfa”) de modo que le sea más tolerable. Si eso no ocurre, prepondera lo no elaborable, los llamados “elementos beta”. En este caso, lo que es reintroyectado por la ausencia de resonancia entre madre y niño es un “terror sin nombre”. Sin encontrar en la

De modo que más allá de una mera relación de interacción entre madre y niño, puesto que, como bien advierte Winnicott (1971: 27) no existe, en lo primeros estadios de desarrollo, intercambio entre madre y niño en la medida en que lo percibido por el niño es concebido por él como un prolongamiento suyo (véase II.4.3.), la relación entre madre y niño, en el nivel de la autoconservación y de la ternura viene agregada de formas de comunicación verbal y no-verbal. En la misma línea, anteriormente se trató (véase II.4.3.), partiendo de la “teoría de la seducción originaria” de Jean Laplanche, de reubicar la génesis de la pulsión del lado de lo exógeno, con su hipótesis sobre el objeto-fuente de la pulsión. Así, cuando la madre amamanta al niño también le toca, le habla, realizando una serie de gestos; comunicación con el niño embebida de sus fantasías. Dicho en otros términos, a la vez que le alimenta o le limpia, le saca de su estado de desamparo originario con acciones específicas destinadas a eliminar el estado de tensión de la necesidad biológica, también le nutre de sexualidad. Es decir, implanta sexualidad en el niño inicialmente en el cumplimiento de las funciones adaptativas, pero por el hecho de que estas funciones mismas están comprometidas por la dimensión sexual, estos cuidados repercuten en el niño a modo de mensajes enigmáticos, inconscientes, que sólo en un segundo

madre la posibilidad de evacuar los sentimientos, el niño pasará a evacuarlos en el cuerpo propio, movimiento que produce, en última instancia, graves consecuencias para el

momento demandarán decodificación. En ese sentido, la madre, en su función paraexcitadora y en cuanto sujeto escindido, no sólo ofrecerá resistencias a los mensajes embebidos de sexualidad provenientes del mundo exterior; es también percibida por el hijo como un objeto sexual que implantará una sexualidad polimorfo-perversa (lo no-ligado) y como objeto de amor (lo ligado).

Como señala Laplanche (1993a: 9), el adulto (que puede ser la madre, el padre u otro) no se contenta con presentarse como un servidor neutro y anónimo, sino que estará siempre dominado por una fantasía, sea oral, anal o fálica. Fantasía que el adulto desconoce puesto que es inconsciente.

S. Bleichmar (1993), define a la madre no sólo como un objeto apaciguante de la necesidad, sino también como un sujeto excitante:

es necesario considerarla [a la madre] como un ser en conflicto, provisto de inconsciente y agitado por mociones de deseo enfrentadas que abren la posibilidad de clivaje en la tópica del cachorro humano cuya humanización tiene a cargo (1993: 46).

La madre propicia, por una parte, la implantación de cantidades sexuales no-

ligadas (es decir, de elementos reprimidos de su sexualidad infantil, pulsional) y, por otra, la investidura narcisista del niño (con representaciones totalizantes) (1993: 209).

Estas consideraciones revelan que lo que se inscribe en el niño de la sexualidad materna no equivale a una internalización de la “madre real externa” pero tampoco de lo que se define por el “deseo de la madre”. Es decir, tanto la presentación del objeto en la realidad no coincide con su representación inconsciente, del mismo modo que la representación inconsciente del otro acerca de un objeto, no es una fiel copia de la representación inconsciente que el sujeto tiene acerca de este mismo objeto. Dicho en otros términos, lo que se inscribe será objeto de múltiples mutaciones que, con la represión primordial, escindirá el aparato psíquico infantil y dará lugar a los primeros objeto-fuente de la pulsión. La madre se “presenta” como narcisista, amorosa y especular, pero también como castrada y sexuada. En la misma línea, el objeto-pecho también puede perfilarse como anal o fálico. Es decir, *el inconsciente del niño no es el inconsciente de la madre*.

Laplanche (1981) introduce el término “metábola”, para explicar las transformaciones que el deseo materno, desconocido incluso por la madre, experimenta al inscribirse, como representaciones, en el aparato psíquico infantil, mediante los cuidados, la protección y la nutrición que ésta la brinda

al niño.³⁸² Dice Laplanche:

Pueden ver ustedes en qué sentido es demasiado fácil y se va demasiado rápido cuando se dice que el inconsciente *es* el “discurso del otro” (...). El inconsciente no es el discurso-deseo del otro, es el resultado de un metabolismo extraño que, como todo metabolismo, lleva consigo descomposición y recomposición (...). Si seguimos esta idea vemos que tal mensaje, en la medida en que sólo vehicula energía, excitación, es - por naturaleza- traumatizante, y es en tal sentido que la madre, necesariamente y no sólo debido a sus características contingentes, es “mala” o “insuficientemente buena” (para retomar, a la inversa, la formulación de Winnicott); y es necesario, por supuesto, que ella sea también “suficientemente buena” para paliar este “insuficientemente buena” que está implicado en su función (1981: 130-131).

De modo que ni el deseo del niño es lisa y llanamente el deseo de la madre ni el proceso de traducción del “mensaje enigmático” viene del otro. Es la “impulsión a la traducción” que proviene de la madre y que moviliza al aparato psíquico del niño a la traducción (Laplanche, 1994: 86). Se trata, pues, de representaciones producidas por los “mensajes enigmáticos” de la madre, que penetran traumáticamente en el aparato psíquico infantil, y quedan

³⁸² Este concepto de “metábola”, de Laplanche, coincide con el concepto de “metabolización”, introducido por Castoriadis-Aulagnier (1975: 23-24) que reubica la actividad de representación como el equivalente psíquico del trabajo de metabolización característico de la actividad orgánica. El trabajo de metabolización se constituye por tres modos de funcionamiento: originario, primario y secundario. Se define por la función mediante la cual un elemento heterogéneo es rechazado o transformado en un material homogéneo, es decir, en una información pasible de ser asimilada por la estructura. Las representaciones originadas de este trabajo son, respectivamente, la representación pictográfica, la representación fantaseada y la representación ideica. Asimismo, para una panorámica del pensamiento de Castoriadis-Aulagnier, véase M. C. R. Hornstein (1987: 475-490).

destinadas, en un tiempo *a posteriori*, a la represión.³⁸³ Lo traumático, que se introduce en el aparato psíquico del niño al modo de un “cuerpo extraño”, sólo se constituye en cuanto tal a partir del reconocimiento de la ausencia del objeto, con el consiguiente odio por no satisfacerse la demanda. Se instaura la dimensión fantasmática que obturará la falta de objeto y colmará la discrepancia entre la identidad erógena del yo y la ausencia de respuesta que el entorno suscita.

IV.2.2. El yo como efecto y como propulsor de las mismas identificaciones.

Puntualizaciones sobre el concepto psicoanalítico de identificación en “Duelo y melancolía” (1917a [1915]) y Psicología de las masas y análisis del yo (1921c).

³⁸³ Castoriadis-Aulagnier emplea el término “violencia de la interpretación” para designar el proceso que dará lugar a la humanización del niño a través de la violencia que ejerce el discurso de la madre. Discurso materno que ofrece al niño una realidad ya investida por su libido, dotado de un elemento de violencia necesario pero que puede convertirse en exceso cuando predomina el deseo de la madre de permanecer ante el niño en la posición de sujeto omnipotente. Este deseo de no cambiar o como dice la autora, “deseo de preservar el *status quo* de esta primera relación o, si se prefiere, deseo de preservar aquello que durante una fase de la existencia (y sólo durante una fase) es legítimo y necesario”, puede perfilarse como abuso de esta violencia. Los efectos más devastadores de este deseo de no cambio serían la imposibilidad del niño en desarrollar una zona autónoma de la actividad del pensar independiente de la madre. “Se comprueba cuán frágil es el intervalo que, en esta fase, separa lo necesario del abuso, lo estructurante de lo desestructurante.” En P. Castoriadis-Aulagnier (1975: 132 y 134).

Estas representaciones producidas por los mensajes gravitan a modo de presencias en el psiquismo infantil. El concepto psicoanalítico al que Freud recurre para explicar las diferentes modalidades de presencia será el de “identificación” (*Identifizierung*), concepto fundamental ya que Freud le atribuye un valor estructurante con la introducción de la segunda tópica y con la puesta en primer plano del complejo de Edipo. Pero, el análisis detenido del concepto lo realiza en dos de sus textos, a saber, “Duelo y melancolía” (1917e [1915]) y *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921c). Textos que no sólo han permitido una ampliación de miras a las puntualizaciones que anteriormente había desarrollado sobre la “identificación histérica” (*hysterische Identifizierung*) con la introducción de otras modalidades de identificación, sino que también constituye un muy significativo ordenamiento para los desarrollos presentes en *El yo y el ello* (1923b).

En “Duelo y melancolía” (1917e [1915]), Freud expone que el duelo realizado por el melancólico se basa en la identificación y en el sustrato narcisista de la elección de objeto. Tras la elección narcisista de objeto ocurrió un desengaño con éste, bien sea por una pérdida real, bien sea por un ultraje, bien sea por una desilusión. Lo que produce la ruptura del vínculo con el objeto y la regresión hacia el “narcisismo primario” (*primärer Narzissmus*), estadio

correspondiente a la fase oral o canibalística de la libido, caracterizada por la ausencia de distinción entre el yo y el objeto y por el deseo de incorporar el objeto por devoración. La retirada de la investidura libidinal no recae sobre el objeto exterior, sino sobre el yo y lo “escinde” en una parte crítica y otra alterada por la “introyección” (*Introjektion*)³⁸⁴ del objeto abandonado. Esta

³⁸⁴ Término introducido por Sandor Ferenczi (1873-1933), psicoanalista húngaro que mantuvo una estrecha relación amistosa e intelectual con Freud. En una línea de razonamiento que hace hincapié en la relación entre introyección y transferencia, expone los vínculos entre proyección e introyección, mecanismos característicos no sólo de la paranoia y de la neurosis, respectivamente, sino también de todo funcionamiento psíquico normal. En S. Ferenczi (1909: 110-111). Ferenczi (1912: 217) define la introyección como “la extensión del interés de origen autoerótico al mundo exterior, mediante la introducción de los objetos exteriores en la esfera del yo”. Objetos exteriores amados que se fusionan con el yo, lo que hace a este autor subrayar que el “*mecanismo dinámico de todo amor objetual y de toda transferencia sobre un objeto es una extensión del yo, una introyección*”. En S. Ferenczi (1912: 218). Véase también S. Ferenczi (1913: 63-79). En los años posteriores planteará un tercer estadio en que ambos mecanismos mantienen entre sí una relación dialéctica. En S. Ferenczi (1926: 463). Siguiendo las huellas de Ferenczi y las de Freud acerca de los desarrollos sobre la melancolía y de la relación entre identificación y libido oral, Abraham (1924: 338) plantea la pérdida del objeto como un proceso anal y la introyección del mismo como un proceso oral, ubicando, así, la introyección como uno de los procesos que caracteriza el desarrollo de la libido. Pero será Melanie Klein quien otorgará a la introyección un lugar destacado en la teoría psicoanalítica, aunque no totalmente reconocido por todos los psicoanalistas. No sólo amplía las reflexiones de Freud y de Abraham al afirmar que el duelo por la pérdida del objeto es parte integrante del desarrollo normal del individuo, sino que también plantea la introyección como un mecanismo de defensa típico de la posición depresiva que sustituye la proyección de la fase esquizoparanoide. Permite al yo temprano establecer relaciones con los objetos internos, creando así un mundo de fantasía compuesto tanto de objetos buenos como de objetos malos, ya que la proyección de lo que el yo considera malo no es completa, es decir, siempre habrá unos perseguidores internos de los que el yo debe defenderse. Por otra parte, en lo sucesivo se observará el empleo de tres términos, “identificación”, “introyección” e “incorporación”, que aunque sean similares, expresan realidades distintas. La *introyección* es un proceso psíquico estrechamente vinculado con la identificación dado que constituye el paso que dará lugar a su advenimiento. Pero se diferencia de ésta en la medida en que la identificación produce una alteración en el yo. Constituye el prototipo corporal de la incorporación-introyección de una relación de objeto. A su vez, la *incorporación* es el proceso psíquico, que desde el punto de vista fantasmático, responde sobre la apropiación de partes del objeto para controlarlo y convertirlo en parte de uno mismo, para destruirlo o para vengarse de sus ataques, modo de relación característico de la fase oral. La

identificación, denominada “identificación narcisista” sería la sustituta de una investidura de amor, también narcisista, lo cual muestra que el conflicto se mantiene en el yo aunque el objeto haya sido abandonado.

La sombra del objeto cayó sobre el yo, quien, en lo sucesivo, pudo ser juzgado por una instancia particular como un objeto, como el objeto abandonado. De esa manera, la pérdida del objeto hubo de mudarse en una pérdida del yo, y el conflicto entre el yo y la persona amada en una bipartición entre el yo crítico y el alterado por identificación (1917e [1915]: 246-247).

Freud coloca frente a frente la “identificación histérica” (*hysterische Identifizierung*) y la “identificación narcisista” (*narzisstische Identifizierung*), ambas relacionadas con el mecanismo de formación de síntoma. Pero, si en la identificación histérica el proceso de investidura del objeto es *constante*, limitándose a ciertas acciones e inervaciones, manteniendo el vínculo libidinoso con el objeto y asimilando algunas de sus características, el fundamento de la identificación narcisista será el *abandono* de esta investidura de objeto. También advierte la dificultad de estudiar la identificación histérica, al paso que la identificación narcisista, por ser originaria, puede ampliar el escaso conocimiento acerca de la identificación histérica.

No se trata de mantener el vínculo con el objeto con el fin de mantener la

incorporación, aunque no de modo exclusivo, corresponde a fantasías canibalísticas, y las identificaciones primitivas suelen ser experimentadas como incorporación del objeto. En J.

investidura o identificarse con el deseo del otro, ambas características de la “identificación histérica” (*hysterische Identifizierung*), sino de cancelar la investidura de objeto, buscar fusionarse con el otro, así como atacar con odio una parte del yo, precisamente la que fue reemplazada por el objeto.³⁸⁵

En *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921c), Freud trata sobre la génesis de lo que en lo sucesivo será designado como “identificación primaria” (*primäre Identifizierung*), de su papel en el “complejo de Edipo” (*Ödipuskomplex*). De modo que la identificación dejará de estar vinculada estrictamente con el proceso de formación de síntoma y pasará a ser concebida como parte del desarrollo del yo. También utiliza la identificación para esclarecer los fenómenos de masas, el enamoramiento y la hipnosis.

Define la identificación como “la forma más originaria de ligazón afectiva con un objeto”; “pasa a sustituir a una ligazón libidinosa de objeto por la vía regresiva, mediante introyección del objeto en el yo”; y “puede nacer a raíz de cualquier comunidad que llegue a percibirse en una persona que no es el objeto de las pulsiones sexuales” (1921c: 101).

La “identificación primaria” (*primäre Identifizierung*) será uno de los

Laplanche y J.-B. Pontalis (1967); voz: “Incorporación” e “Introyección”.

³⁸⁵ Asimismo, para un comentario actualizado de “Duelo y melancolía”, véase

componentes fundamentales que configurará la conflictiva edípica. El niño *quiere ser* como el padre y, en una actitud masculina, lo toma por ideal, por *modelo*. Al mismo tiempo, establece una *investidura de objeto* sobre la madre según el tipo de apuntalamiento. Ambos movimientos pulsionales coexisten por un periodo y de su confluencia nace el complejo de Edipo. Freud establece la distinción entre elección de objeto e identificación en la siguiente formulación: el padre es lo que el niño quiere *ser* (identificación) y la madre es lo que el niño quiere *tener* (investidura de objeto).

La “ambivalencia” (*Ambivalenz*) de sentimientos asumirá una considerable importancia en el proceso de identificación, ya que una de las características del complejo de Edipo es el cambio de sentimientos del niño respecto al padre, quien se convertirá en una figura hostil. La homosexualidad se configuraría si predomina la identificación con la madre y la elección del objeto sobre el padre, los componentes que caracterizan el complejo de Edipo negativo, cuestión analizada detenidamente en el estudio sobre Leonardo da Vinci (1910c).

Vuelve a tomar también las consideraciones acerca de la identificación

histérica (contagio psíquico) en el proceso de formación del síntoma,³⁸⁶ que no depende de la elección de objeto (sexual). Subraya, una vez más, la oposición entre identificación y elección de objeto: “*La identificación reemplaza a la elección de objeto; la elección de objeto ha regresado hasta la identificación*” (1921c: 100).

Define al yo del melancólico como un yo dividido, alterado por la introyección, que se asoma al yo con una severidad implacable. Lo llama “ideal del yo” (*Ichideal*), heredero del narcisismo primario y una diferenciación del yo, con las funciones de conciencia moral, de censura onírica y de observación. La fusión entre yo y objeto acentúa la función de la conciencia moral, es decir, el ideal del yo no se reemplaza por el objeto; el yo crítico corresponde al sujeto.

Ocurre que la identificación es también un fenómeno observable en otros comportamientos humanos, como en los *fenómenos de masas*. Freud define a ésta como “*una multitud de individuos que han puesto un objeto, uno y el mismo, en el lugar de un ideal del yo, a consecuencia de lo cual se han*

³⁸⁶ Ya en *La interpretación de los sueños* (1900a [1899]: 168), Freud había mencionado que los histéricos expresan en sus síntomas las vivencias de una serie de personas, identificándose con el *drama* de cada una de ellas, aun teniendo en cuenta que la identificación por contagio no explica totalmente la identificación histérica.

identificado entre sí en su yo” (1921c: 109-110). Analiza a dos tipos de masas, con conductor (ejército) y sin conductor o cuando éste es reemplazado por una idea (la iglesia), cada una con dos tipos de vínculo: el que une a los individuos entre sí y el que los une con la figura del conductor (1921c: 95). En estos casos, la identificación apreciada en los grupos sería otra modalidad de vínculo afectivo que no tendría como meta la satisfacción directa de la pulsión sexual (1921c: 98). Lo cual, perfila una relación de comunidad entre la identificación apreciada en los componentes de un grupo y la identificación histérica, además de la coincidencia según la cual en la histeria también está presente la identificación con una multitud de objetos.

A su vez, el *enamoramiento* y la *hipnosis* se distinguirían de la identificación. El enamoramiento puede culminar con la entrega total del yo al objeto y su consecuente empobrecimiento por la ausencia de la función crítica ejercida por el ideal del yo o, como dice Freud: “*El objeto se ha puesto en el lugar del ideal del yo*” (1921c: 107). En la identificación, al contrario, el yo se enriquece con lo que introyecta del objeto. Pero Freud no excluye la posibilidad de la introyección del objeto en el enamoramiento. En la misma línea, si en el enamoramiento el objeto se mantiene y es investido por el yo, aunque con el riesgo potencial de un posible empobrecimiento energético, en la identificación existe una suerte de ruptura con el objeto que, al ser

introyectado por el yo, le produce una alteración según las mismas características del objeto perdido.

Lo mismo que en el enamoramiento, en la *hipnosis* el objeto reemplaza el ideal del yo; de ahí la falta de la función crítica. Pero la entrega total del hipnotizado con la figura del hipnotizador no conduce al cumplimiento de la satisfacción sexual, como es el caso del enamoramiento. Ubica la hipnosis como equivalente a los fenómenos de masas, con la diferencia que el número de integrantes es reducido.

Parece, pues, que la resignación de la investidura de objeto sería una de las condiciones de la identificación. Sin embargo, Freud se pregunta si no puede haber identificación manteniendo el objeto, para luego enseguida plantear dos destinos al objeto introyectado: del lado del yo o del lado del ideal del yo. Es decir, el objeto se mantiene a nivel inconsciente y puede, por regresión, ser reinvestido.³⁸⁷

³⁸⁷ Dentro de este orden de consideraciones, un autor como Widlöcher (1985) opina que la pérdida del objeto no explica la identificación narcisista; lo que caracteriza a esta modalidad de identificación sería la “regresión a una forma primaria de relación con el objeto caracterizada por el deseo de ser uno con el objeto.” En D. Widlöcher (1985: 74).

En El yo y el ello (1923b) Freud estudia la identificación (primaria y secundaria) y el complejo de Edipo -en su relación con la bisexualidad- en una perspectiva metapsicológica.

En *El yo y el ello* (1923b), Freud transpone su reflexión sobre la identificación dentro de la terminología instaurada con la segunda tópica y con el segundo dualismo pulsional. Así, retoma el estudio del proceso de configuración del yo en relación con el concepto de “identificación narcisista” (*narzisstische Identifizierung*) en el proceso de duelo melancólico. La melancolía ofrece el modelo con el que pensar la operación mediante la cual el yo se estructura: la *sustitución* de la investidura de objeto por identificación.

La modificación del yo respecto al ello, al cual debe su origen, a partir de *investiduras de objeto abandonadas*, será determinada entonces por las sucesivas identificaciones a las que se somete en el curso de su desarrollo. Freud plantea que el yo se configura con la “introyección” (*Introjektion*) de estas mismas investiduras, *transmutando libido objetal en libido narcisista*.³⁸⁸

³⁸⁸ Con lo cual, señala el importante cambio teórico respecto a la posición del yo. El ello será “el gran reservorio de libido” (*das grosse Reservoir der Libido*), y el yo se apoderará de las investiduras de objeto del ello abandonadas. Freud considera que este proceso da origen al *narcisismo secundario*. “Por lo tanto, el narcisismo del yo es un narcisismo secundario, sustraído de los objetos.” En S. Freud (1923b: 47).

Es decir, el yo se apodera de las investiduras del ello abandonadas, considerándolas como “objetos” y las transforma en libido narcisista (narcisismo secundario). Por eso, puede hablarse en transformación de libido objetal en libido narcisista; proceso que recibe el nombre de “introyección”.

El “momento” *inicial* de constitución del yo es similar a lo que se ha descrito en la melancolía; permite al yo profundizar sus vínculos con el ello no sin adquirir un cierto control sobre esta instancia. Al asumir las características del objeto, el yo se “impone” (*drängt*) al ello como objeto de amor (1923b: 32). Están en juego tres factores, el de la pérdida, el de la ambivalencia y el de la identificación. Si bien, en el caso de la melancolía -que Freud está utilizando como modelo-, la identificación con el objeto perdido conlleva una “pérdida

Sin embargo, en *Esquema del psicoanálisis* (1940a [1938]) Freud vuelve a mantener el planteamiento según el cual el yo es el reservorio de libido ya que todavía no están diferenciadas las instancias: “Es difícil enunciar algo sobre el comportamiento de la libido dentro del ello y dentro del superyó. Todo cuanto sabemos acerca de esto se refiere al yo, en el cual se almacena inicialmente todo el monto disponible de libido. Llamamos *narcisismo primario absoluto* a ese estado. Dura hasta que el yo empieza a invertir con libido las representaciones de objetos, a transponer libido narcisista en *libido de objeto*. Durante toda la vida, el yo sigue siendo el gran reservorio desde el cual investiduras libidinales son enviadas a los objetos y del interior del cual se las vuelve a retirar, tal como un cuerpo protoplasmático procede con susseudópodos.” En S. Freud (1940a [1938]: 148). Mantendrá, por lo tanto, el punto de vista expresado en “Introducción del narcisismo”. Véase S. Freud (1914c: 73). Sobre este propósito, un autor como Laplanche (1970: 102) considera que esta oscilación de las posiciones de Freud acerca del origen de las investiduras de objeto es derivada de la ambigüedad misma del yo que aparece como *fuelle* (aprovisionador) y *depósito* (como un tanque de almacenamiento) de libido. Aunque no sea el sujeto del deseo, ni el lugar en el que la pulsión se origina, lugar atribuido al ello, puede especularmente pretenderse como tal: a la vez que es una organización coherente de procesos mentales que recibe continuamente el influjo del ello.

del yo”, mientras que en el proceso que se está discutiendo se trata del movimiento que dará lugar a la instancia yoica. Por eso, Freud caracteriza el “momento” en el cual se establecen las primeras identificaciones (es decir, el momento en que se origina el yo) en términos bien de “transmutación de libido objetual en libido narcisista”, o bien de “desexualización” (*Desexualisierung*) e, incluso, de “sublimación” (*Sublimierung*)³⁸⁹ de las metas sexuales que -garantiza al yo un determinado monto de energía para actuar tanto sobre el ello como sobre el mundo exterior- (1923*b*: 32). En efecto, en ambas situaciones se verifica una desmezcla pulsional, es decir, la puesta en escena de la pulsión de muerte en tanto independiente de Eros. Pero al referirse a las primeras investiduras del yo, lo que ocurre tras la desexualización, es que el yo no queda libre de los influjos del ello. De modo que la libido -proveniente del ello- sigue tutelando este proceso, con la diferencia de que la energía sexual es desplazada hacia metas no sexuales (sublimación) -Eros desexualizado. En la melancolía, al contrario, no hay

³⁸⁹ Sobre este propósito Green (1993: 305-306) establece la distinción entre sublimación y desexualización: mientras la primera sería la “sustracción de las propiedades” de lo sexual, un desvío de meta, que incluso puede plasmarse como inhibición, la desexualización altera lo sexual en su naturaleza misma. Pero en ambos casos está presente la relación con los ideales. No sólo lo sublimado está vinculado con el objeto ideal, sino que también la desexualización está insertada en una serie de equivalencias entre los términos “desmaterialización” e “idealización”. Asimismo, para una reflexión distinta de la planteada por Green sobre la sublimación, muestra de la complejidad de este concepto y de la polémica que se tejió alrededor de él, sobre todo en lo que se refiere a sus vínculos con las pulsiones de vida y con la pulsión de muerte, véase J. F. Oliveira (1996: 941-947).

participación de la libido. La transformación del amor en odio obedece a los parámetros de una desmezcla pulsional: lo que se perfila, como efecto de la predominancia de la pulsión de muerte, es la agresión dirigida hacia el cuerpo propio, una actitud sádica del sujeto representada por la instancia superyoica respecto a una parte de sí identificada con el objeto perdido.

De acuerdo con lo visto hasta ahora, si bien la identificación narcisista sirve para explicar el proceso de constitución del yo a partir del modelo que ofrece la elaboración del duelo melancólico, conviene insistir en la diferencia de ambos procesos. En el primer caso, la identificación *precede* a una investidura de objeto, mientras que en el segundo caso la identificación es *posterior* a dicha investidura y ocurre precisamente en función de una elección narcisista de objeto.³⁹⁰

Esta *identificación estructurante primaria* será correlativa a la relación de

³⁹⁰ Si *toda identificación* es expresión del movimiento de la pulsión, la “identificación narcisista” responde a una exigencia pulsional narcisista, al amor narcisista. Expresa también uno de los avatares de la elección de objeto, la *elección narcisista*, en contraposición a la *elección de objeto por apuntalamiento*. Mientras esta última busca la complementariedad con el objeto sexual, la primera (la identificación narcisista) busca una suerte de fusión con el objeto, amando “*a*. A lo que uno mismo es (a sí mismo), *b*. A lo que uno mismo querría ser, *c*. A la persona que fue una parte del sí-mismo propio.” En S. Freud (1914c: 87). A diferencia de la elección de objeto por apuntalamiento que no necesariamente implica una identificación.

incorporación oral y marcará las identificaciones posteriores que van del amor a la identificación. De manera que si bien toda identificación primaria es narcisista, no toda identificación narcisista es primaria. Consiste más bien en una regresión a un modo primario de elección de objeto.

Al comienzo de todo, en la fase primitiva oral del individuo, es por completo imposible distinguir entre investidura de objeto e identificación. Más tarde, lo único que puede suponerse es que las investiduras de objeto parten del ello que siente las aspiraciones eróticas como necesidades. El yo, es todavía endeble al principio, recibe noticia de las investiduras de objeto, les presta su aquiescencia o busca defenderse de ellas mediante el proceso de la represión (1923*b*: 31).

Es “directa”, puesto que se trata de apoderarse del objeto sin conflictos; “inmediata”, es decir, sin mediadores; y “anterior” a la investidura de objeto (1923*b*: 33). Presenta el prototipo de una incorporación de partes de él sin reconocerlo como ajeno, como exterior al yo propio. Encuentra en la fase oral o canibalística su modelo, no menos marcado de ambivalencia que las posteriores identificaciones, puesto que lo que le caracteriza es el movimiento que apunta hacia el amor y a la destrucción del objeto para la consiguiente conservación del mismo en su interior.

Anterior al complejo de Edipo y condición necesaria para su establecimiento, es mediante su “atravesamiento” que el niño adquiere la representación de su

imagen corporal. Es decir, esta relación inmediata con el otro es una identificación narcisista, base sobre la cual se asentarán las identificaciones posteriores. Se destaca entre las demás identificaciones como la de efectos más duraderos y más grávidos de consecuencias, puesto que dará lugar a la génesis del yo ideal.

A su vez, Freud plantea que la *identificación secundaria a una investidura de objeto* adviene como uno de los avatares del complejo de Edipo, precisamente, el que trata de su sepultamiento y que es decisiva para la conformación del yo. La elección de objeto, según el tipo de apuntalamiento, dirigida hacia la madre (toma como modelo el pecho) y la actitud profundamente ambivalente respecto al padre, sufrirá dos destinos: la represión y la identificación.

En el atravesamiento del complejo de Edipo, la ambivalencia de sentimientos respecto al padre se intensifica: éste asume el puesto de rival del niño respecto a su primera elección de objeto sexual, la madre. El resultado final es la represión de la moción erótica hacia la madre y la identificación (secundaria) con el padre bajo el impacto de la amenaza de castración y de la angustia suscitada por el conocimiento de la diferencia entre los sexos. Este abandono de investidura de objeto tiene dos posibles desenlaces: la primera, la más normal, es el incremento de la identificación con el padre y el mantenimiento

del vínculo tierno hacia la madre, lo que reafirma la masculinidad del niño; la segunda sería la identificación con la madre.³⁹¹

Será en “El sepultamiento del complejo de Edipo” (1924*d*) donde Freud cambiará la concepción expuesta en *El yo y el ello* (1923*b*: 34) acerca de la analogía del complejo de Edipo en el niño y en la niña. Si en el niño la repercusión de la amenaza de castración culmina con una “destrucción” y “cancelación” del complejo de Edipo, Freud reconoce que en el caso de la niña el material se vuelve “oscuro” y “lagunoso”, aunque desarrollando los mismos avatares del complejo de Edipo en el niño, como el superyó y el periodo de latencia. Está de acuerdo con que la niña también presenta el complejo de castración y la organización fálica, pero de modo distinto al niño.³⁹²

³⁹¹ Conviene señalar que, ahora y en lo sucesivo, se mencionarán algunos de los trabajos de Freud, a partir de los años veinte, sobre el desarrollo de la sexualidad tanto en el hombre como en la mujer. Trabajos sumamente significativos ya que intentan poner en primer plano el complejo de Edipo así como los derivados conceptuales que emergen de esta conflictiva, tales como el complejo de castración y la cuestión de la bisexualidad. Son ellos: “La organización genital infantil” (1923*e*); “El sepultamiento del complejo de Edipo” (1924*d*); “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” (1925*j*); y uno de los años treinta titulado “Sobre la sexualidad femenina” (1931*b*). En la misma línea, es conocida la polémica que se tejió alrededor de las afirmaciones de Freud sobre el desarrollo de la sexualidad femenina. Véase, por ejemplo, G. Jarast (1996: 445-455). Sin embargo, escapa al propósito del presente trabajo penetrar en las entrelíneas de tales afirmaciones de Freud. Una versión más actualizada de esta problemática puede verse en E. D. Bleichmar (1997).

³⁹² Lo que le hace parafrasear la siguiente frase de Napoleón, “la anatomía es el destino” (1924*d*: 185). Sin embargo, E. D. Bleichmar (1997: 195) comenta que Freud no contaba con una elaboración suficientemente pormenorizada para averiguar si la anatomía es “*el destino*” o “*un destino*”. Dice la autora: “Queda claro que las afirmaciones de Freud se desprenden de un plano conjetural, que no responden a conclusiones derivadas de

La mencionada laguna sobre los destinos del complejo de Edipo en la niña se esclarece, por lo menos en parte, en el trabajo titulado “Sobre la sexualidad femenina” (1931*b*: 228): a diferencia del niño, la niña efectuará dos elecciones de objeto, con la madre, tal y como sucede con el niño, y tras ésta con el padre. En la misma línea, menciona que el complejo de Edipo en la niña solamente alcanza su estado normal, a saber, positivo, tras haber superado su aspecto negativo. Si en el niño, uno de los avatares del complejo de castración es la angustia ligada a este complejo, en la niña predomina la angustia generada por la amenaza de perder el amor. En la misma línea, si en el niño es el complejo de castración el que sepulta el complejo de Edipo, en la niña el complejo de castración es posterior al complejo de Edipo, lo que conduce a una no superación de este complejo.

La vida sexual de la mujer se descompone por regla general en dos fases, de las cuales la primera tiene carácter masculino; sólo la segunda

estudios de niñas, ni de específicas reconstrucciones clínicas de mujeres adultas; no se inclina a enunciar conclusiones que se desprenden de su propio análisis de mujeres, ni de tomar en cuenta los trabajos de Horney, Jones o Melanie Klein.” Además, añade que “la anatomía no tiene por qué recubrir el hijo como fin obligado de la pulsión para la niña y no para el varón, la vida doméstica, la prohibición para oficiar la misa o la prostitución, como algo propio e inherente al sexo femenino.” Desde luego, cuando Freud determina el destino de la sexualidad femenina por su sexo anatómico, no se basa en la diferencia jerárquica que se capta en cada cultura entre hombres y mujeres, sino de una “inferioridad orgánica” que se extiende al psiquismo. A partir de este orden de consideraciones, la autora subraya que si el psicoanálisis recibe críticas de las feministas y de los medios académicos es porque en este aspecto se atiene a una diferencia anatómica para pronunciarse sobre el destino de la sexualidad femenina. Y sugiere: “Es necesario resituar el psicoanálisis de las diferencias anatómicas desde la perspectiva de su interpretación por el sujeto humano, por los adultos que preexisten a la niña.” En E. D. Bleichmar (1997: 200-201).

es la específicamente femenina. Por tanto, en el desarrollo femenino hay un proceso de transporte de una fase a la otra, que carece de análogo en el varón (1931b: 230).

El tema de la bisexualidad, es decir, la constitución bisexual básica y universal entendida como el deseo sexual por objetos sexuales masculinos y femeninos, conducirá a Freud al entendimiento según el cual toda la conflictiva inherente al complejo de Edipo no se da de forma simple ya que todos los deseos pulsionales se constituyen como parte integrante de este complejo. Es decir, siempre se presenta de modo completo, positivo (la identificación con el padre y la elección de objeto recayendo en la madre) y negativo (la identificación con la madre y el padre como objeto elegido). Explica tanto la ambivalencia de sentimientos, como su participación en estos destinos del complejo de Edipo. Será la fuerza de uno de los componentes de esta disposición bisexual, el activo o el pasivo (masculinidad o feminidad) la que determinará las características de las identificaciones.³⁹³

³⁹³ En “Sobre la sexualidad femenina” (1931b) Freud menciona que la bisexualidad se destaca más en el caso de la niña que en el niño, ya que ésta posee dos órganos rectores, el clítoris y la vagina que corresponden a las dos fases de desarrollo de la sexualidad femenina. Véase S. Freud (1931b: 229-230). Sobre esta cuestión, E. D. Bleichmar (1997: 207) comenta: “Controvertido argumento que, lejos de ser invocado como principio que podría apoyar la feminidad primaria de la niña como componente de esta supuesta bisexualidad, es utilizado de forma totalmente contraria, para sostener su tesis sobre la masculinidad del clítoris y de los deseos ‘activos’ hacia la madre, es decir, lo primario en ella sería la masculinidad.” Para más adelante advertir: “*El criterio clínico de Freud lo inclinaba a sostener un alto coeficiente de masculinidad en la mente de una mujer; no se equivocaba en esto, fallaba en situar el fundamento de esta masculinidad en*

Otras precisiones sobre los conceptos de identificación primaria y secundaria.

Las teorizaciones de Freud respecto a la identificación primaria dejan algunas dudas, en particular sobre el objeto de esta modalidad de identificación. Al introducir la génesis del “ideal del yo” menciona que

tras este se encuentra la identificación primera, y de mayor valencia [*denn hinter ihm verbirgt sich die erste und bedeutsamste Identifizierung*], del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal. A primera vista, no parece el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto: es una identificación directa e inmediata {no mediada}, y más temprana que cualquier investidura de objeto. Empero, las elecciones de objeto que corresponden a los primeros periodos sexuales y atañen a padre y madre parecen tener su desenlace, si el ciclo es normal, en *una identificación de esa clase, reforzando de ese modo la identificación primaria* (1923b: 33; las llaves son de Etcheverry).³⁹⁴

su cuerpo, en su clitoris y no hacerlo en sus deseos de igualdad humana y -no sexual- con el hombre.” En E. D. Bleichmar (1997: 208).

³⁹⁴ Ahora bien, el hecho de que Freud utilice el término “identificación primera” (*erste Identifizierung*) no implica necesariamente que esté refiriéndose a la “identificación primaria” (*primäre Identifizierung*) propiamente dicha. Esta conjetura se confirma en los párrafos siguientes: si bien la caracteriza como “directa”, “inmediata” y anterior a la investidura de objeto, luego, enseguida, parece no excluir a la elección de objeto misma como el corolario de esta identificación primera, que configuraría y reforzaría la identificación primaria como resultado de todo este proceso. Es precisamente el interrogante acerca de la ubicación de investidura de objeto respecto a la identificación primaria, es decir, si se procesa antes o después de ésta, que ha convertido la identificación primaria en un concepto polémico en pensamiento psicoanalítico.

Sin embargo, en una nota al pie de página se reitera:

Quizá sería más prudente decir ‘con los progenitores’ pues padre y madre no se valoran como diferentes antes de tener noticia cierta sobre la diferencia de los sexos, la falta de pene. En la historia de una joven que tuvo hace poco oportunidad de saber que, tras notar su propia falta de pene, no había desposeído de este órgano a todas las mujeres, sino sólo a las que juzgaba de inferior valor. En su opinión, su madre lo había conservado. En aras de una mayor simplicidad expositiva, sólo trataré la identificación con el padre (1923*b*: 33, *n.* 9).

Según Laplanche (1980*a*: 319) Freud se refiere al entendimiento a la prehistoria personal como momento anterior al complejo de Edipo en el que el padre está presente en cuanto “potencia”, no en el sentido del reconocimiento de la diferencia entre los sexos. Pero, tampoco se puede decir que existe la discriminación de género al que el sujeto pertenece. Anterior al reconocimiento de la diferencia entre los sexos, la identidad de género es uno de los efectos de esta identificación primaria.³⁹⁵ Lo importante es retener la idea según la cual la identificación con el objeto idealizado es notoriamente distinta a la relación objetal propiamente dicha, y dará lugar al mecanismo primitivo en que se asentará la constitución de los ideales.

Aparte de la dificultad que entraña el concepto de “identificación primaria” en

³⁹⁵ Widlöcher (1985: 76), a su vez, menciona la constancia por parte de Freud en tomar como ejemplo al niño y se interroga si en el caso de la niña la imagen compuesta

sí mismo³⁹⁶, es también problemática la cuestión referente a los destinos de esta identificación, puesto que el objeto que se inscribirá es un objeto perdido que las identificaciones secundarias tratarán en recomponer como un intento de mantener la identificación primaria. Pero, como subraya Widlöcher (1985: 77), a pesar de las dificultades de este término, conviene retener su dimensión pulsional y el establecimiento del dualismo entre el deseo de identificarse con el objeto (identificación primaria) y el deseo de entrar en relación con él (relación de objeto) que culminará con el complejo de Edipo.³⁹⁷ Winnicott (1971: 114) estima que la identificación primaria es la base del “sentimiento de ser” en que (sujeto y objeto son uno), y, además, el fundamento de las sucesivas experiencias de identificación.

estaría menos impregnada de la imagen paterna.

³⁹⁶ Debido a la ambigüedad que supone identificarse con un objeto en el momento anterior a la elección de objeto propiamente dicha, es decir, en una etapa del desarrollo de la libido en que yo y objeto no están diferenciados.

³⁹⁷ Dice este autor: “El deseo de identificación es primario [como deseo de identificarse con el objeto respecto al deseo de entrar en contacto con él] en el sentido de que no deriva de las pulsiones participantes en la relación de objeto [sino de pulsiones que no han se sometido al trabajo de metabolización]. Es quizá lo que justifica su existencia como una entidad de pleno derecho, incluso si tenemos que reconocer que este deseo primario se ejerce en formas que son mucho más complejas y variadas de lo que se podría prever al principio. Es también lo que justifica que, junto a un estudio estructural de los efectos de las identificaciones, haya que preservar un lugar igualmente importante a lo que podríamos llamar pulsiones de identificación,” haciendo, así, hincapié a la dimensión pulsional presente en todo proceso identificatorio. En D. Widlöcher (1985: 77). Asimismo, véase R. H. Etchegoyen (1985: 11-39).

Lo que fundamenta el concepto de identificación desde el punto de vista metapsicológico es su dimensión pulsional.

Por otra parte, los obstáculos que se asoman en conferir a la identificación primaria un estatuto metapsicológico propiamente dicho no son de muy diverso orden que los problemas de la identificación. Freud mismo reconoció esta dificultad.^{398 399}

El problema del concepto de identificación es que a la vez que permite una

³⁹⁸ “Ni yo mismo estoy satisfecho con estas puntualizaciones acerca de la identificación”. En S. Freud (1933a [1932]: 59).

³⁹⁹ Si bien toda construcción de un concepto psicoanalítico parte de la observación de los fenómenos de la experiencia, no se detiene ahí; se trata más bien de un primer momento en la transmutación de estos mismos hechos hacia un lenguaje metapsicológico. Tanto es así que una autora como Melanie Klein construyó su sistema de pensamiento a partir de la observación de los juegos de los niños, observación que culminó con el establecimiento de un método de análisis, no sin suscitar críticas. Desde luego, el juego infantil ya había interesado a Freud y fue una de las exteriorizaciones que le permitió fundamentar el concepto de compulsión de repetición desde el punto de vista metapsicológico. “Se advierte que los niños repiten en el juego todo cuanto les ha hecho gran impresión en la vida; de ese modo abreaccionan la intensidad de la impresión y se adueñan, por así decir, de la situación. Pero, por otro lado, es bastante claro que todos sus juegos están presididos por el deseo dominante en la etapa en que ellos se encuentran: el de ser grandes y de poder obrar como los mayores. También se observa que el carácter displacentero de la vivencia no siempre la vuelve inutilizable para el juego.” En S. Freud (1920g: 16). En el caso de Melanie Klein, el concepto de identificación es un buen ejemplo de dicha fundamentación. Partiendo del supuesto según el cual el niño dramatiza en el juego las diferentes identificaciones, desarrollará la concepción de un mundo interno en los primeros años de vida constituido de objetos fantásticos, sean buenos, sean malos, persecutorios o idealizados, correlativos a los objetos del mundo externo, que se instauran en el psiquismo a partir de los mecanismos de proyección, de introyección y de identificación. Véase M. Klein (1926: 137-147 y 1929: 205-215).

aproximación a la experiencia corre el riesgo de perder su estatuto metapsicológico si no es conectado con la dimensión pulsional. La consecuencia inmediata sería la confusión de la identificación con otros mecanismos⁴⁰⁰, convirtiéndola más en una modalidad de comportamiento que de actividad inconsciente en que las representaciones se condensan y se desplazan bajo la legalidad del proceso primario comprometiendo la relación del yo con los objetos. Anudado a la constelación según la cual si bien toda identificación resulta de una relación de objeto no toda relación de objeto conduce a una identificación.⁴⁰¹ Así, como el problema acerca de la fuente de

⁴⁰⁰ Como es el caso de la *imitación*, es decir, la reproducción consciente o inconsciente de una cualidad o una propiedad del otro. Las mismas vicisitudes atraviesan el concepto de “introyección”. Grinberg (1985: 10) señala que este concepto recibe múltiples acepciones, a saber, como resultado de la identificación, como el proceso identificatorio mismo, o como ambos a la vez, ya que para algunos autores es imposible separar el resultado del proceso mismo, alternativa a la que este autor se adhiere. En la misma línea, el sentimiento de *identidad* también está muy unido a la identificación; tanto es así, que el proceso de desidentificación puede comprometer la identidad del sujeto. Véase M. Baranger, N. Goldstein y R. Z. Goldstein (1989: 895-903). Desde luego, la identidad se establece a partir de las representaciones de sí, que en parte son resultados de identificaciones pero se distinguen de la conciencia de uno mismo, ya que sus actividades se establecen independientemente de las identificaciones y están relacionadas con la comunicación intersubjetiva (Widlöcher, 1985: 85).

⁴⁰¹ Tanto es así que una autora como Melanie Klein esboza tanto la identificación que se basa en la introyección del objeto, la llamada “identificación introyectiva”, como la puesta en escena del mecanismo de introyección sin conducir a la identificación, como es el caso del superyó; la introyección de los padres se constituye como una instancia separada del yo, es decir, no existe identificación de los padres con la instancia parental. Conviene recordar que Melanie Klein hace hincapié en los mecanismos de introyección y de proyección como defensa contra las pulsiones y la angustia, que buscan separar lo bueno de lo malo, que moldean las relaciones de objeto, que intervienen en la constitución del yo y del superyó, y que preparan el terreno para el complejo de Edipo temprano. En M. Klein (1946: 11). La introyección del pecho bueno sería la precondition para el desarrollo normal, punto central en que contribuye a la cohesión del yo. Pero el yo también introyecta

las identificaciones, ya que no existe identificación en el ello dado su carácter impersonal, pero la identificación puede ser una producción de esta instancia, como el cumplimiento del deseo (Widlöcher, 1985: 85).

Introduce, también, cuestiones tales como si la identificación consiste en la presencia inconsciente del sí-mismo o del otro en el psiquismo unida, a su vez, con la idea según la cual lo que se instala en el aparato psíquico corresponde a una modalidad de presencia sin ninguna posibilidad de metabolización por parte del sujeto; concepciones que subrayan más su dimensión antropomórfica que metapsicológica (Widlöcher, 1985: 68). Como si se sustituyera la dimensión pulsional de este concepto por la presencia del sí mismo o del otro en el psiquismo, cuando es la dimensión pulsional la que lo fundamenta psicoanalíticamente. Tratar la identificación desde la perspectiva de la teoría de las pulsiones implica desechar definitivamente la idea según la cual el sujeto es una tabla rasa que se identificaría y reproduciría lisa y llanamente el

objetos malos, del mismo modo que proyecta objetos buenos. Una de las consecuencias del intento por parte del yo en conservar objetos buenos es la idealización para escapar de los perseguidores y establecer una separación nítida entre lo bueno y lo malo, pero que pueden culminar con un sentimiento de que el yo no tiene ni vida ni valores propios. En M. Klein (1946: 11). Subraya la autora que el objetivo último para un desarrollo normal se circunscribe en el equilibrio entre introyección y proyección en los estadios tempranos del desarrollo. En M. Klein (1946: 20). Asimismo, para una panorámica de las ideas de Klein y de su escuela sobre la introyección y la proyección, véase Heimann (1952: 115-152), quien también considera estos mecanismos como acontecimientos de primera magnitud, bien sea como mantenedores de la vida psíquica, bien sea promoviendo un intercambio activo entre sujeto y objeto.

comportamiento o rasgos del comportamiento del otro. Como se mencionó anteriormente (véase II.4.3.), la pulsión presenta una naturaleza activa y, aunque el yo reciba pasivamente los estímulos exteriores, reacciona activamente ante ellos. Dicho en otros términos, lo que se instala en el aparato psíquico sufre un trabajo de traducción. La identificación, en la medida en que expresa el trabajo de traducción de la pulsión, es uno de sus efectos.

<i>Puntualizaciones sobre la identificación y las relaciones de objeto.</i>

Por otra parte, el interés de Freud por el concepto de identificación es correlativo al progresivo énfasis que adquiere el concepto de “objeto” (*Objekt*) en su teoría. Sin embargo, esa primacía de lo que es externo entraña las mismas dificultades de entendimiento que las vicisitudes de la identificación con el objeto. Problema estrechamente vinculado con lo que Winnicott (1971: 24) señala acerca de la paradoja del objeto: cuando el niño “crea el objeto” no impide que éste exista en la realidad exterior a la espera de ser investido. Así, el objeto de la identificación es el objeto de la pulsión y no el objeto en sí. Como correlato de la pulsión, se satisface con el objeto parcial y se opone al

objeto del amor del yo que supone una relación totalizada con los objetos. Una vez más vale subrayar que no es lícito oscurecer la dimensión pulsional, y por lo tanto, metapsicológica de este concepto en detrimento de un lenguaje antropomórfico.

En la misma línea, teniendo en cuenta que los interrogantes que se asoman desde el punto de vista teórico corresponden a los interrogantes de la cosa misma, se puede decir que incluso el objeto del psicoanálisis es el objeto de la pulsión definido como objeto externo modificado. El objeto del yo, en cuanto objeto de amor totalizado, es equivalente al trabajo de traducción de la pulsión, concibiéndola como exógena y psíquica.

Es la traducción de lo implantado en el psiquismo infantil que conduce a la identificación; aún más, la identificación es el equivalente a la traducción misma. Dicho en otros términos, la identificación no es lo que conduce al vínculo sino el vínculo mismo. La humanización del yo, si bien presenta como condición las relaciones de objeto, no excluye la dimensión pulsional. Es precisamente ésta la que permite su humanización. La cantidad de energía pulsional en el aparato psíquico, su exceso y su consecuente descarga indica las primeras respuestas del niño hacia su entorno. Respuestas que muchas veces señala la angustia ante la no satisfacción de la necesidad. Por eso, uno de

los modos que el aparato psíquico encuentra para escapar de la angustia es la identificación. Por lo tanto, no es lícito oscurecer la dimensión pulsional y por lo tanto metapsicológica de este concepto en detrimento de un lenguaje antropomórfico. El problema, en última instancia, consiste en cómo compaginarlos.⁴⁰²

⁴⁰² Desde esta perspectiva, la Teoría de las Relaciones Objetales y la Teoría de las Pulsiones no deben ser concebidas como opuestas, sino complementarias. Ocurre, sin embargo, que el énfasis dado por Melanie Klein y su escuela a la existencia de relaciones objetales desde el inicio de la vida y, como consecuencia, de una dimensión extremadamente antropomórfica del funcionamiento del aparato psíquico termina por oscurecer la cuestión según la cual el concepto psicoanalítico de identificación está fundamentado en la teoría de las pulsiones. Pero es imposible no valorar la importante contribución de la Teoría de las Relaciones Objetales en el establecimiento de otras modalidades de identificación tales como la “identificación introyectiva”, la “identificación proyectiva”, así como las “identificaciones cruzadas” planteada por Winnicott y la “identificación adhesiva”, concepto introducido por Meltzer y Bick. Como quiera que sea, en la medida en que la implantación de la pulsión en el psiquismo no constituye una operación acabada sino que empuja hacia delante en busca de traducción, movimiento que dará lugar al deseo, es posible establecer una suerte de articulación entre la Teoría de las Pulsiones y la Teoría de las Relaciones Objetales. En H. Moreno (1994: 62).

Leyendo las definiciones de algunos autores sobre el concepto de “identificación” se constata una tendencia a compaginar ambas teorías. Paz (1994: 75) lo define como el hilo conductor de la teoría psicoanalítica y una noción básica para comprender la estructuración del sujeto, que se vincula con la teoría del complejo de Edipo. Para Moreno (1994: 58) la identificación remite a la organización de las defensas y de las fantasías inconscientes que subyacen en las mismas, de los primeros vínculos afectivos, de los destinos de las introyecciones, de la formación del superyó, del ideal del yo, de las relaciones psíquicas e interpersonales. Grinberg (1985: 7), la considera concepto central y básico que interviene en la formación del yo y del ideal del yo, del carácter y de la identidad, siendo el elemento clave que permite el interjuego continuo entre el yo y los objetos. La concibe como el “conjunto de mecanismos y funciones que determinan como resultado el activo proceso estructurante que ocurre dentro del yo, sobre la base de la selección, inclusión y eliminación de elementos provenientes de los objetos externos y/o internos que formarán los componentes que ampliarán la estructura rudimentaria del yo de los primeros instantes de la vida.” En L. Grinberg (1985: 12). Widlöcher (1985: 64), la define como un “concepto bisagra” entre las perspectivas económica y dinámica, vinculada a la reflexión sobre las pulsiones y la perspectiva tópica y estructural relacionadas con la estructuración del aparato psíquico.

Paradojas que plantea la cuestión de la génesis del superyó. Las posturas de Laplanche y de Klein.

Releyendo los textos de Freud sobre el superyó -más concretamente, sobre el origen del superyó-, no es difícil apercatarse de las contradicciones que aparecen, pues, si por un parte, ubica la génesis del superyó tras el derrumbe del complejo de Edipo, por otra, afirma también que el superyó se genera a partir de las primeras identificaciones. El superyó consistiría en una alteración en el yo en un momento caracterizado por su endebles y tendría el carácter de una desexualización e, incluso, de una sublimación. Las primeras identificaciones de objeto quedarían resignadas por el imperativo que registra el reconocimiento de la realidad objetal.

Así, como resultado más universal de la fase sexual gobernada por el complejo de Edipo, se puede suponer una sedimentación en el yo, que consiste en el establecimiento de estas identificaciones,⁴⁰³ unificadas de alguna manera entre sí. Esta alteración del yo recibe su posición especial: se enfrenta al otro contenido del yo como ideal del yo o

⁴⁰³ En el caso del varón, bien sea la identificación-madre del complejo de Edipo negativo, bien sea la identificación-padre del complejo de Edipo positivo.

superyó (1923b: 35-36).⁴⁰⁴

Así, ya dijimos repetidamente que el yo se forma en buena parte desde identificaciones que toman el relevo de investiduras del ello, resignadas; que las primeras de estas identificaciones se comportan regularmente como una instancia particular dentro del yo, se contraponen al yo como *superyó*, en tanto que el yo fortalecido, más tarde, acaso ofrezca mayor resistencia {*Resistenz*} a tales influjos de identificación (1923b: 49; las llaves son de Etcheverry).

Sobre estas afirmaciones de Freud se delinean dos clases de paradojas:

a.) el *superyó* se perfila como el sedimento en el yo, del complejo de Edipo (de las identificaciones de ese estadio).

b.) *no hay mención* del complejo de Edipo. Freud habla de las primeras identificaciones que constituyen una instancia en el yo: el *superyó*, ante el cual, el yo, al principio es débil, luego, más resistente.

El problema que deriva de estas dos contradicciones, que de antemano se perfilan como insuperables (véase n. 26), es el de dilucidar cuál es en definitiva el origen del *superyó*: si en las primeras identificaciones, resultado de las investiduras del ello resignadas, reprimidas por el yo, o en las que

⁴⁰⁴ Vale subrayar que los conceptos de “ideal del yo” y de “*superyó*” aparecen, aquí, como sinónimos.

sepultan el complejo de Edipo, es decir, si del lado de la represión primordial o si del lado de la represión secundaria.

Melanie Klein, es sabido, sería partidaria de la primera postura. Sostiene el origen temprano del superyó (pregenital), al confirmar, en su trabajo clínico con niños de dos años, sentimientos de culpa y remordimientos vividos de modo intenso. Este superyó no estaría sellado por el complejo de castración y sería el resultado de la introyección de objetos (parciales) en las fases oral-sádicas y anal-sádicas del desarrollo de la libido.⁴⁰⁵

Sin embargo, las paradojas mismas del superyó freudiano confrontadas con las afirmaciones de Klein, indican que más allá de una mera cronología en cuanto a la génesis del superyó, lo que está en juego son dos aspectos de una única instancia que no se excluyen entre sí, aunque tampoco se compaginan, a saber, la concepción del superyó desde el punto de vista estructural y la

⁴⁰⁵ Dice la autora en “Estadios tempranos del conflicto edípico” (1928): “El análisis de los niños pequeños revela que la estructura del superyó se origina en identificaciones que datan de diferentes periodos y estratos de la vida mental. Estas identificaciones son sorpresivamente contradictorias en su naturaleza; excesiva bondad y excesiva severidad coexisten juntas.” En M. Klein (1928: 194). Por otra parte, una autora como Heimann (1952: 125) advierte otra contradicción sobre el superyó a partir de los textos de Freud: a la vez que el superyó debe su origen al complejo de Edipo y es su sucesor, “contribuye” en su sepultamiento. Contradicción que Heimann trata de esclarecer, reforzando la hipótesis de Melanie Klein sobre el superyó temprano, según la cual no existe la instalación de la instancia superyoica posterior al complejo de Edipo, sino el logro de un nuevo avatar en su formación, correlativo al advenimiento de una nueva constelación edípica. En P. Heimann (1952: 126-127).

concepción del superyó como un estadio. Dicho en otros términos, si el superyó está del lado de la represión primordial o de la represión secundaria.

En el primer caso, el superyó estaría *desde el principio*, es decir, como uno de los efectos de la escisión entre el yo y el ello a partir de la represión primordial y en constante entremezcla con todo el desarrollo libidinal. En el segundo caso, que desde luego también remite a la concepción estructural del superyó, remetería a la hipótesis de un superyó como efecto del sepultamiento del complejo de Edipo, y, por lo tanto, del lado de la represión secundaria.

Basándose en este orden de cuestionamientos sobre el superyó y ubicándolos en el marco de la “teoría de la seducción originaria”, de Laplanche, un autor como Gutiérrez-Terrazas (1996: 4) vincula lo pulsional y lo cultural; entre lo que permanece intraducible del mensaje del otro atacando el yo y el trabajo de traducción o simbolización.

Gutiérrez-Terrazas (1996:7) considera que, si bien situando el complejo de Edipo del lado de las identificaciones secundarias, lo cual supone una elaboración o traducción de la pulsión y la consecuente inserción del niño en un mundo de relaciones subjetivas, la pulsión continuará siendo caracterizada como un modo de funcionamiento no-ligado. En ese sentido, la subjetivación

de la pulsión no se inserta en un proceso meramente evolutivo (de lo pulsional, lo no-ligado a la subjetividad): siempre habrá restos no-traducibles del mensaje que constituirá el superyó. De modo que lo pulsional no se contrapone con lo intersubjetivo; lo que sí se contrapone es lo no traducido, lo no-ligado que también es parte de lo pulsional.

Es dentro de este orden de consideraciones que Gutiérrez- Terrazas (1996: 8) ubica la génesis del superyó del lado de la represión secundaria. Pero advierte que eso no implica desechar su vínculo con lo originario,

no sólo porque la represión originaria -como ha puesto muy de relieve J. Laplanche- necesariamente tiene que consolidar a la originaria, hasta el punto de que la represión originaria se establece verdaderamente o no alcanza una posición intrapsíquica definitiva sin la participación de la represión secundaria; sino también porque lo originario no remite a lo primero cronológicamente dado o a los comienzos de la vida psíquica, sino al modo de funcionamiento de lo sexual reprimido (1996: 8).

Ahora bien, retomando lo mencionado anteriormente (véase II.3.2.) y realizando algunos tanteos a fin de especificar el estatuto de las instancias ideales, se sostiene que no existe una diferencia tajante entre “yo ideal” (*Idealich*) e “ideal del yo” (*Ichideal*), sino un proceso de transformación correlativo a las etapas previas de organización del yo, pero que mantienen intactas sus peculiaridades, es decir, el segundo no excluye al primero. De un

yo incondicional e omnipotente, resultado de una de las modalidades escisión hacia un yo que acepta las condiciones del entorno y busca un modelo a quien imitar, pero sin el reconocimiento de su diferencia respecto al objeto. En ese sentido, el yo ideal deriva de la identificación primaria y es el heredero del “narcisismo primario” (*primärer Narzissmus*), mientras que el superyó remitiría a las identificaciones del complejo de Edipo, es decir, identificaciones calcadas en el reconocimiento del otro. Ahora bien, si bien Freud, en *El yo y el ello* (1923b: 35-36), considera ideal del yo y superyó como equivalentes, una relectura más detenida sobre el contenido y el alcance de ambas instancias hace constatar que el ideal del yo, a diferencia del superyó, sería una “instancia bisagra” entre estructura narcisista y estructura edípica. Aunque sea el heredero del narcisismo primario y de las identificaciones primarias, reconoce la ley pero no quien la dicta.⁴⁰⁶

IV.2.3. La concepción del yo como sede de funciones.

La contribución del pensamiento de Jacques Lacan al poner de relieve la función de desconocimiento del yo, lleva a ciertas precisiones sobre el concepto de yo freudiano.

⁴⁰⁶ Asimismo, para un análisis sobre las relaciones entre yo ideal, ideal del yo y superyó, véase M. Abadi (1983: 513-521), B. Winogard (1983: 505-512) y H. Mayer (1980: 262- 272).

La introducción del inconsciente en la instancia yoica viene a subrayar que, además de existir un “sector” del yo definido como una organización coherente de *procesos mentales*, y con *funciones* especializadas (tales como el pensamiento racional y lo que ello conlleva: a la síntesis, la precisión de los acontecimientos, la memoria de los mismos como también el control de la motilidad, la capacidad de decisión, el ejercicio del examen de realidad, etc.), existe otro “sector” que Freud denomina “servidumbre del yo” respecto al ello, al superyó, a la realidad exterior y al yo inconsciente, respondiendo por lo menos racional, lo menos autónomo y lo más oscuro.⁴⁰⁷ Y a lo que Lacan designa como “función de desconocimiento” (*fonction de méconnaissance*).

Siguiendo las líneas del pensamiento freudiano, especialmente en lo referente al narcisismo, Lacan, “presenta” el nacimiento del yo con su teoría del “estadio del espejo” en un trabajo titulado: “El estadio del espejo como formador de la función del yo [*Je*] tal y como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” (1949).⁴⁰⁸ Antes de presentar los ejes centrales en que se basa este trabajo

⁴⁰⁷ Se puede decir que incluso las funciones coherentes del yo anteriormente descritas aunque sean conscientes en su resultado, quizá sean inconscientes en su proceso de engendramiento. Laplanche (1981: 158) trata sobre esta cuestión.

⁴⁰⁸ Presentado en el XVI Congreso de la IPA, este trabajo ya había sido pronunciado por Lacan en 1936, en el XIV Congreso de la IPA celebrado en Marienbad, con el título “Le stade du miroir, théorie d’un moment structurant et génétique de la

conviene, al menos, situar la trayectoria de Lacan en el momento temporal en que fue pronunciada la teoría del estadio del espejo (1936). En este periodo, Lacan se interroga sobre la génesis del yo a partir de la reflexión hegeliana sobre la conciencia de sí, lo cual la permite situar la concepción de sujeto -el *je* distinto del yo-⁴⁰⁹ opuesto a toda Filosofía Cartesiana y a la Psicología del Yo. Es precisamente la hipótesis sobre el advenimiento imaginario del yo a partir de la identificación con el semejante que la teoría sobre estadio del espejo viene a mostrar.

Es posible resumirla así: La contemplación jubilosa (risa) del niño de seis meses delante de su imagen en el espejo *precipita* una alienación imaginaria: el niño “cree” ser esa imagen que aparece en el espejo. Si antes experimentaba el propio cuerpo como fragmentado, ahora, ante la imagen unificada (*Gestalt*), queda fascinado. A los dieciocho meses pasará a reconocer no sólo su imagen en el espejo, sino que también aprehenderá la imagen del

constitution de la réalité, conçu en relation avec l'expérience et la doctrine psychoanalytique”. Roudinesco (1993: 121-131) trata detenidamente las circunstancias bajo las cuales este trabajo “olvidado” y “perdido” es retomado en 1949.

⁴⁰⁹ La distinción entre *je* (yo) y *moi* (yo) son centrales en la construcción de la teoría lacaniana del “sujeto”. La primera, pronombre personal de la primera persona del singular se refiere al sujeto, en oposición al *moi* (yo), lugar imaginario, de resistencias, y que, a su vez, es equivalente al yo (*Ich*) freudiano. Para un análisis de estos términos vertidos al idioma español, véase I. Gárate y Marinas, J. M. (1996); voz: “Yo”.

otro como un doble suyo.⁴¹⁰ Tanto su imagen en el espejo como la del semejante, serían vividas como expresiones reales del ser de ambos. Esta identificación espacial con la imagen será la base en que se asentarán las fantasías con las que habrá de construir su “identidad enajenante”. Así, sostiene Lacan que

el estadio del espejo es un *drama* cuyo empuje interno se *precipita* de la *insuficiencia* a la *anticipación*; y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se sucederán desde una *imagen fragmentada* del cuerpo hasta una forma que llamaremos *ortopédica* de su totalidad -y la *armadura* por fin asumida de una *identidad enajenante*, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental (1949: 90).⁴¹¹

Se trata de un “drama” en la medida en que da cuenta de las transformaciones sucesivas del sujeto cuando asume como propia una imagen derivada de su relación con la realidad, lo que Lacan define como un caso particular de la función de la *imago* (1949: 89), a saber, la *imago del cuerpo propio* (1949: 88). Este organismo prematuro psicofisiológicamente “anticipa” una modalidad de relación con la realidad, en concreto, de la tendrá cuando adulto.

⁴¹⁰ El estadio del espejo es observable a partir de los seis meses de edad y encuentra su corolario a los dieciocho meses. Se configura a partir de tres etapas: Primera: el *infans* reacciona ante la imagen que se le presenta en el espejo como perteneciente a la realidad o como la imagen de otra persona. Segunda: el *infans* deja de intentar “coger” la imagen que se le presenta en el espejo. Tercera: el *infans* se reconoce en la imagen que se le presenta en el espejo. En J.- B. Fages (1977: 24).

⁴¹¹ Como bien advierte Laplanche (1980a: 319), la identificación primaria expuesta por Freud *no* corresponde con la teoría de la identificación del estadio del espejo puesto que ésta última responde acerca del proceso de advenimiento imaginario de yo a partir de la identificación con la forma del otro en su totalidad.

Por eso, salta de una “imagen del cuerpo fragmentada”⁴¹² hacia una “imagen unificada” de sí-mismo. Ésta que le devuelve el espejo le hace creer que su ser está también unificado. Por eso, dice Lacan que le sirve capa protectora, como una “armadura” contra los ataques provenientes de la realidad; lo contrario, si no dispusiera de esta armadura, su enajenación -la que proviene de las distintas zonas y funciones corporales *no unificadas* en la experiencia- se convertiría en locura. De modo que su identidad es una *prótesis* rígida que mascara “todo el desarrollo psíquico”. En definitiva, lo que Lacan viene a subrayar es que el sujeto deberá convivir con esta alienación, atado a esta especie de red que forja su recorrido y con los celos que se desprenden de esta función enajenadora del yo [*je*] en la relación con el otro (1949: 91).⁴¹³

⁴¹² Término que se refiere al estadio inicial del cuerpo del sujeto, anterior a la identificación. Según Lacan, “se muestra regularmente en los sueños, cuando la moción del análisis toca cierto nivel de desintegración agresiva del individuo. Aparece entonces bajo la forma de miembros desunidos y de esos órganos figurados en exoscopia, que adquieren alas y armas para las persecuciones intestinales, los cuales fijó para siempre por la pintura el visionario Jerónimo Bosco”. En J. Lacan (1949: 90). En definitiva es un “cuerpo prematuro, en el registro del imaginario, de un *infans*, anterior al sujeto, pero en proceso de nacer, puesto que el nacimiento del sujeto se conquista (...); de un cuerpo dislocado abierto a toda significación posible, de un cuerpo que aún no ha entrado en el registro del significante (Nombre-del-Padre)”. En I. Gárate y M. Marinas (1996); voz: “Cuerpo fragmentado (fantasía del)”.

⁴¹³ Celos primordiales que reflejan la incompatibilidad entre dos conciencias. Dice Lacan en el *Seminario 2* (1954-1955): “Lo cual no quiere decir que una conciencia no puede concebir otra conciencia, sino que un yo enteramente pendiente de la unidad de otro yo es estrictamente incompatible con él en el plano del deseo. Un objeto aprehendido, deseado, lo tendrá él o lo tendré yo, tiene que ser el uno o el otro.” En J. Lacan (1954-1955: 83).

De este modo, revela que el yo no está ni asentado por el sistema percepción-conciencia, ni por el principio de realidad, sino que la supuesta *autonomía del yo*, es nada menos que ilusión que enmascara la “función de desconocimiento” constitutiva de esta instancia (1949: 92).

A partir del *Seminario 11*, titulado *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964), Lacan sustituirá la alienación especular por la alienación estructural. El sujeto se funda en un desconocimiento originario e intenta rellenar este espacio vacío con imágenes que fortalecen a su yo, cuando “el análisis revela que la conciencia es irremediablemente obtusa y la instituye como principio, no sólo de idealización, sino de desconocimiento –*escotoma*” (1964: 90). Retoma la relación entre imagen y alienación pero desde la perspectiva de la pulsión para subrayar que esta relación totalizadora con las imágenes, definida como “presunción de idealización” (1964: 88), especie de ilusión de plenitud por parte de la conciencia, es un juego de engaños. Siempre habrá algo que escapa y que se desliza incesantemente, huyendo de cualquier intento imaginario de completud. Se trata de la presencia del inconsciente, momentos de hiancia donde el significante irrumpe con tanta fuerza que es imposible detenerlo.⁴¹⁴ Significante que viene desde afuera, desde el Otro,

⁴¹⁴ Cuando el significante emerge, captura al sujeto. Sin embargo, la emergencia de un sólo significante no produce efecto de sentido, sino la articulación entre dos o más

vislumbrando un roce con lo Real del deseo. Estos momentos puntuales son homólogos a la esquizia entre la visión y la mirada. Por eso, Lacan incluye la pulsión escópica en la lista de las pulsiones (1964: 85).

<i>Precisiones terminológicas sobre el concepto de yo.</i>
--

La “función de desconocimiento” podría definirse entonces por aquello que el sujeto desconoce de su discurso a la vez que reconoce la existencia de “otra escena” en la que “aparecen”, a modo de retoños de lo reprimido, aquellos determinantes de su padecimiento a los que resiste. Pero conviene analizar más detenidamente esta función de desconocimiento. Para esta tarea, se hace necesario volver sobre algunas de las reflexiones que se hizo anteriormente sobre el concepto de yo en la obra de Freud (véase IV.1.1.).

El concepto de yo en la obra de Freud, tal y como se trató anteriormente, es extremadamente complejo: sus características, su relación con las pulsiones, su relación con el inconsciente (sobre todo, a partir de *El yo y el ello*). Incluso

significantes, como pertenecientes a los hilos de una misma red. Por eso, según Lacan, el sujeto es lo que representa un significante para otro significante. Asimismo, para una introducción al pensamiento de Lacan, conviene consultar el trabajo de Fajes (1977) y de Clément (1981).

se encuentra, en algunos de sus textos, el término *selbst* (“sí-mismo”)⁴¹⁵ en contraposición al usual *Ich* (“yo”). Mientras en el primer caso Freud parece referirse a la persona en cuanto totalidad (incluyendo su cuerpo), en el segundo caso se trata del yo como instancia psíquica con funciones determinadas.⁴¹⁶

En cuanto al entendimiento del yo como persona, cabría distinguir al yo como una organización coherente de procesos mentales del yo inconsciente. Como anteriormente se esbozaron las características de estas dos facetas del yo, cabría introducir algunas variaciones terminológicas, así como averiguar sus similitudes y discordancias entre las nociones de sujeto y de *self* (sí-mismo). Anteriormente (véase II.4.3.) se señaló que Freud emplea el término “sujeto” (*Sujet*) al referirse al sujeto agente de la *acción activa* en lo que se refiere a dos de los destinos pulsionales (trastorno hacia lo contrario y la vuelta hacia la persona propia) tanto de la pulsión de apropiación como de la pulsión escópica. Y que en esta acción, mediatizada por su sexualidad inconsciente y

⁴¹⁵ De acuerdo con la traducción de Strachey. Véase J. Strachey en S. Freud (1923b: 28).

⁴¹⁶ Hartmann (1956: 247) señala la preocupación tardía de Freud sobre este concepto. Laplanche y Pontalis (1967), por el contrario, estiman que el yo como persona y el yo como instancia están presentes desde los inicios del pensamiento de Freud. En J. Laplanche y J.- B. Pontalis (1967); voz: “Yo”.

su narcisismo, queda subjetivizado el que la recibe. Es claro que, en estos dos casos, el concepto de “sujeto” engloba tanto al yo consciente como al yo inconsciente. La noción de *self* designa, más bien, el sentimiento de pertenencia a sí-mismo y de continuidad psíquica.⁴¹⁷

Conviene esbozar cómo es entendida la noción de *self* por parte de los autores más significativos, que la han defendido en contraposición al yo. En primer lugar, Hartmann, uno de los principales representantes de la Psicología del Yo, establece la hipótesis según la cual tanto el yo como el ello, *contemporáneos entre sí*, se distinguen a partir de un todo indiferenciado. En un trabajo titulado “Influencias mutuas en el desarrollo del yo y del ello” (1952), si bien Hartmann se muestra de acuerdo con la hipótesis de Freud según la cual el yo provendría del ello, sea por sus características innatas, sea por la influencia de los impulsos instintivos -lo cual explicaría la “sinergia” que mantiene con el ello (1952: 145)-, considera insuficiente explicar el desarrollo del yo a partir de la Teoría de las Pulsiones (1952: 146) ya que éstas, según éste autor, no dan cuenta de las funciones del yo, entre las cuales la de síntesis; tema que confluye directamente con la hipótesis que plantea, la *autonomía* del yo.

⁴¹⁷ Asimismo, para una panorámica acerca de la noción de sujeto psíquico, véase J. E. Abadi, O. P. Aprea, R. J. Aragonés et alii. (1987: 275-297).

Hartmann sostiene que la diferenciación entre el yo y el ello ocurre mediante una relación “circular” en la que están implicados placer y conservación del individuo (1952: 147). Dicha diferenciación entre el yo y el ello vendría acompañada por el desarrollo de determinadas funciones del yo: como la anticipación, el pensamiento, la acción, etc. La integración de tales funciones denominadas “función sintética del yo”, está basada esencialmente en el control de los impulsos instintivos a fin promover la adaptación del individuo respecto a la realidad externa.

Véase, a modo de ejemplo, como Hartmann “traduce” los textos de Freud. Refiriéndose a la distinción freudiana entre “libido yoica” y “libido objetal”, dice en “Comentarios sobre la teoría psicoanalítica del yo” (1950):

Muchas veces al hablar de la libido del yo, lo que queremos decir no es que esa forma de energía catectice al yo, sino que catectiza a nuestra propia persona más bien que a una representación de objeto. También en muchos casos donde estamos acostumbrados a decir “la libido se ha retirado al yo” o “la catexia de objeto ha sido remplazada por la catexia del yo”, lo que debemos expresar en realidad es que “se retiró al sí-mismo”, en el primer caso, y “por el amor de sí-mismo” o “por una forma neutralizada de catexia de sí-mismo”, en el segundo. Si queremos señalar el importante papel teórico y práctico de la catexia del sí-mismo, localizada en el sistema del yo, preferiría no hablar simplemente de “narcisismo”, sino de catexia del yo narcisista (1950: 119).

De modo que el narcisismo será definido como la investidura del *self* y no

como la investidura del yo. A lo cual se podría objetar: ¿cómo puede haber una investidura del *self* sin que el yo esté constituido?

Por otra parte, también resultan problemáticas dos concepciones del yo: como *función* y como *identificación*. Laplanche (1993a: 13) las define como vías de derivación de la concepción del yo como instancia a partir del yo como persona: “metonímica” y “metafórica”, respectivamente (véase IV.2.1.).

Ahora bien, según esta clasificación realizada por Laplanche (1993a: 13), la Psicología del Yo se adueñaría de la “concepción metonímica del yo”, subrayando el sector racional del yo, el control sobre el empuje de las pulsiones con la finalidad de adaptar el yo respecto al mundo exterior.⁴¹⁸ Y, si bien busca una suerte de derivación respecto a la concepción metafórica, termina por recurrir al concepto de *self* y, por lo tanto, revela según Laplanche (1993a: 14) la dificultad que resulta de derivar la concepción metonímica y la concepción metafórica; dificultad presente también en la función de desconocimiento propuesta por Lacan, quien se atiene a una derivación metafórica.

⁴¹⁸ Dice Hartmann (1950: 114): “Freud ha subrayado con insistencia la importancia del yo corporal, en el desarrollo del yo. Eso indica, por una parte, la influencia de la imagen corporal, particularmente en la diferenciación del yo del mundo de los objetos; pero también apunta al hecho de que las funciones de esos órganos que establecen el contacto con el mundo externo vienen gradualmente a quedar bajo el control del yo.”

Partiendo de la afirmación de Freud según la cual el yo es la “proyección de una superficie” (1923b: 27), Lacan “añade” que se trata de una superficie sin borde, de modo que la identificación, uno de los mecanismos de que el yo dispone para articular su realidad psíquica, es estructuralmente alienante; dicho de otra manera, el sujeto se constituirá en el campo del Otro.⁴¹⁹

Pero, antes de desarrollar esta cuestión, se hace necesario subrayar que la misma noción de *self* entra en contradicción con la lectura de las pulsiones, tal y como está perfilada en los capítulos que componen el presente trabajo. Un buen ejemplo es la teoría de Kohut (1977), quien emplea la noción de *self* e instaaura la llamada Psicología del *Self*, partiendo de la hipótesis según la cual el sentimiento de sí es la primera lucha psicológica del niño, precisamente cuando el narcisismo primario abre las condiciones a la conciencia del objeto y a la relación con éste. Este sistema de pensamiento, que se pretende independiente de la Psicología del Yo, se basa en un rotundo distanciamiento respecto a la Teoría de las Pulsiones.

Para Winnicott (1971: 141 y 148), a diferencia de la Psicología del Yo, el *self*

⁴¹⁹ Las últimas consideraciones de Lacan a que se ha referido fueron tomadas de I. Gárate y J. M. Marinas (1996); voz: “Yo”.

es no sólo equivalente al yo sino también a los objetos (madre) y a los espacios transicionales. Diferencia entre *self* verdadero y *self* falso: el primero requiere un nivel de madurez, el establecimiento de una “membrana protectora” y la distinción entre lo exterior y lo interior; el segundo, obnubila el *self* verdadero y no permite la integración entre mundo consciente y mundo inconsciente.

En una posición intermedia, y siguiendo las ideas planteadas por Winnicott, Kernberg (1977: 99) define al *self* auténtico “como el resultado de la organización de diversas imágenes del sí-mismo en un concepto integrado de sí-mismo, que a su vez está vinculado con representaciones objetales integradas”.

Melanie Klein no establece una nítida distinción entre yo y *self*. Dice en “Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia” (1959):

Según Freud, el yo es la parte organizada del *sí-mismo*, sometida a la influencia constante de los impulsos instintivos, pero ejerciendo control sobre ellos a través de la represión; además, dirige todas las actividades y establece y mantiene la relación con el mundo externo. El *sí-mismo* cubre la personalidad total, que incluye no sólo el yo sino también la vida instintiva que Freud denominó el *ello* (1959: 253).⁴²⁰

⁴²⁰ Asimismo, véase R. D. Hinshelwood (1989); voz: “Self”.

En estas teorías anteriormente esbozadas, la madre es concebida como un agente exterior responsable de la adaptación del niño, lo que destaca el poder de alcance de los factores adaptativos respecto a la sexualidad inconsciente propiamente dicha cuando la reflexión psicoanalítica trastoca la tópica de los procesos psíquicos y no considera a la madre como un agente exterior ni tampoco en estado de fusión con el niño, sino como un objeto escindido y atravesado por sus propios embates pulsionales; que al cuidar y nutrir al niño, también le implanta la sexualidad mediante las caricias que acompañan los cuidados.

En la misma línea, teniendo en cuenta que la imagen del sí-mismo se construye respecto a representación del otro, el *self* es un efecto de ilusión. La Teoría de las Pulsiones, reducida al campo de la biología, se queda ubicada en un segundo plano y, por lo tanto, ofusca una reflexión metapsicológica propiamente dicha del funcionamiento del aparato psíquico.

Lacan, a su vez, desestima la concepción del yo como un “centro rector” de las más variadas funciones; privilegiará una única función claramente atribuible al yo, la de desconocimiento del yo, sobre todo, respecto al lugar que ocupa en el conjunto del psiquismo: ser un lugar residual de identificaciones múltiples. Al

contrario de la Psicología del Yo, este autor busca reconducir el yo hacia el ello con la finalidad demostrar que se estructura a partir de imágenes prestadas del otro. Es decir, parte del supuesto de que todas las identificaciones son alienantes, para de ahí instaurar una nueva función -la de desconocimiento- en contraposición a la función sintética del yo. El yo queda claramente referido al inconsciente. Por eso, formulará Lacan: “sujeto del inconsciente”. Así, pues, cuando Lacan formula “sujeto del inconsciente” hace hincapié en la dimensión pulsional.⁴²¹

Ahora bien, tras estas precisiones terminológicas conviene subrayar que no se ha pretendido dar la razón a un autor en detrimento de otro o de confrontar las diferentes posturas, sino de vislumbrar “vías de pasaje” entre los planteamientos anteriormente esbozados, modo de funcionamiento definido

⁴²¹ Tras estas últimas consideraciones sobre la situación de la Psicología del Yo y del sistema de pensamiento propuesto por Lacan, parecen muy pertinentes las frases de Green que siguen a continuación: “Por un extraño efecto, Hartmann y Lacan, en las antípodas el uno del otro, se encuentran más próximos de lo que se supondría. Hartmann eclipsa (o domestica) el ello en beneficio de un yo autónomo y defiende una concepción de la vida psíquica donde los aparatos del yo pertenecen a la esfera cognitiva, haciendo representar a la función de *señal* un papel mayor. Lacan eclipsa el ello en beneficio de un inconsciente estructurado como un lenguaje, constituido por los efectos del significante, del cual el ello reflejaría la gramaticalidad, sometiendo lo imaginario a lo *simbólico*.” En A. Green (1973: 274). Ambos autores reducen los aspectos teóricos y clínicos del psicoanálisis a una única función: a la “función sintética del yo” (Hartmann) o a la “función de desconocimiento” (Lacan). El tema de los afectos, del que se tratará en la próxima sección no escapa a este orden de proximidades. Continúa Green: “Que Hartmann, al igual que Lacan, no digan nada del afecto no es sorprendente, puesto que en el primero, el afecto es lo que contesta la pretendida autonomía del yo, y en el segundo el afecto está sometido a los juegos del significante (...). Su omisión con respecto a la teoría nos parece ser el signo de una forclusión donde se sabe que el efecto es el de volver siempre al sujeto por la vía de lo real.” En A. Green (1973:275).

como “dialectización” -versus atomización y extensión- (Gutiérrez-Terrazas, Escrivá, Miguel et alii, 1996: 46).⁴²² Así, queda abierta, para algunos autores la cuestión de cómo construir “vías de pasaje” entre esta función de desconocimiento hacia el yo, pasaje que el verbo alemán *werden* (llegar o advenir) refleja de modo más claro.

S. Bleichmar (1984: 127) señala que el objeto de la pulsión conduce al desconocimiento acerca del objeto ya que no se dirige a una relación totalizada, sino parcial. Según S. Bleichmar (1984: 129), estas vías de pasaje ocurren por derivación y complementariedad del objeto amoroso, en especial de la sexualización implantada por la madre, un ser atravesado por sus embates pulsionales (entre lo objetual y las pulsiones parciales). Considera el “desconocimiento” como equivalente al desconocimiento de “los significantes claves pulsionales que quedan inscritos en el Icc a partir de la represión, como residuos del vínculo sexualizante de los orígenes” (1984: 90). Equivaldría, pues, al intento de *desconocer* aquello que es inconsciente, por efecto de la represión y que, a su vez, acecha al yo en busca de traducción dado que la represión es atribuida al yo, sería esta circunstancia la que tendría por *función*,

⁴²² Anteriormente se mencionó la suerte de equívocos que ha generado la conocida frase de Freud *Wo Es war, soll Ich werden* “donde ello era, yo debo advenir” y que ha dado lugar a orientaciones teóricas opuestas. En S. Freud (1933a [1932]: 74).

precisamente, el desconocer estos significantes claves.

Represión, pues, e inhibición del yo. En *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d: 83 y 85) Freud dice que las “inhibiciones” son limitaciones de las funciones yoicas, establece un estrecho vínculo entre inhibición y función, y analiza algunas funciones yoicas (sexual, de alimentación, de locomoción, y de trabajo profesional). Vincula también la inhibición con la angustia: es para evitar la angustia que el yo renuncia a determinadas funciones.

Ahora bien, la función de desconocimiento, al contrario de las otras funciones yoicas, representa la pura negatividad, y está implicada en el padecimiento psíquico. Al contrario de las otras funciones que son el sustituto más inmediato del yo para evitar la represión (secundaria), es también constitutiva del yo y, por lo tanto, está vinculada con la represión primordial que, a su vez, necesita de la represión secundaria para mantenerse. Presenta, pues, un valor estructural que, en los casos de neurosis apunta a un déficit en la represión primordial, sirviendo de obstáculo en la construcción de un espacio psíquico, tal y como plantea S. Bleichmar (1984: 90). Así, como toda formación sintomática, se resuelve cuando es levantada la represión.

Lo que convierte al yo en lugar de desconocimiento es que lo excluido de la

conciencia no es necesariamente lo que el yo no quiere ver, sino que puede estar en conexión con el objeto real del conflicto. Como señala Laplanche (1981: 154), el olvido de un nombre no implica que éste sea insoportable. Un buen ejemplo es el olvido de Freud acerca del nombre Signorelli: la represión no ocurre porque este artista desagradaba a Freud, sino en función de las conexiones de este nombre con representaciones desagradables.⁴²³

En la misma línea, ni el “darse cuenta” o la “toma de conciencia”, como tampoco el recuerdo de lo más profundo que los recuerdos preconcientes, son suficientes para producir la desidentificación⁴²⁴ respecto a los objetos que siembran, turban y favorecen las vías del padecimiento. Es necesario realizar un trabajo de “reelaboración” (*Ducharbeitung*). Dice Freud en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d):

Ya tenemos claro (...) que la resistencia, que debemos superar en el análisis, es operada por el yo, que se afirma en sus contrainvestiduras. Es difícil para el yo dirigir su atención a percepciones y representaciones de cuya evitación había hecho hasta entonces un precepto, o reconocer como suyas unas mociones que constituyen lo más totalmente opuesto a lo que le es familiar como propio. Nuestro combate contra las resistencias en el análisis se basa en esa concepción de ellas. Hacemos consciente la resistencia toda vez que, como es tan

⁴²³ Véase S. Freud (1901b: 9-15).

⁴²⁴ Para un estudio sobre la “desidentificación” en el trabajo analítico, véase W. Baranger, N. Goldstein y R. Z. Goldstein (1989: 895-903).

frecuente que ocurra, ella misma es inconsciente a raíz de su nexa con lo reprimido (...). En cuanto a la resistencia del yo, entonces, no hay nada que poner en duda o rectificar. En cambio, es cuestionable que ella sola recubra el estado de cosas que nos sale al paso en el análisis. Hacemos la experiencia de que el yo sigue hallando dificultades para deshacer las represiones aun después que se formó el designio de resignar sus resistencias, y llamamos “reelaboración” {*Durcharbeiten*} a la fase de trabajoso empeño que sigue a ese loable designio. Ahora parece indicado reconocer el factor dinámico que vuelve necesaria y comprensible esa reelaboración. Difícilmente sea otro que este: tras cancelar la resistencia yoica, es preciso superar todavía el poder de la compulsión de repetición, la atracción de los arquetipos inconscientes sobre el proceso pulsional reprimido; y nada habría que objetar si se quisiese designar ese factor como *resistencia de lo inconsciente* (1926d: 149; las llaves son de Etcheverry).⁴²⁵

Como constitutiva del yo, la función de desconocimiento está teñida de sexualidad. Aún más es la sexualidad que hace pensar estas categorías impensables que se despliegan de esta función de desconocimiento, tales como “falta en ser”, “ausencia” y “diferencia”. En “La organización genital infantil” (1923e), a propósito del primado del falo en el complejo de castración, dice Freud:

En el curso de estas indagaciones el niño llega a descubrir que el pene

⁴²⁵ “En eso consiste realmente su movimiento hacia el pasado, esto es, en disolver el presente o, dicho de otro modo, en destruir los conjuntos o las perspectivas racionales de lo manifiesto, si bien ese movimiento es convertido con demasiada frecuencia en un explicar el presente por el pasado o en un remontarse hacia la fantasía última, hacia lo más íntimo de nosotros mismos o la identidad más escondida, según una idea estereotipada y romántica que sigue negando el trabajo de duelo o de des-anudamiento que caracteriza al método psicoanalítico.” Con estas palabras explica, Gutiérrez-Terrazas (1997: 78) el método psicoanalítico, a la vez que lo distingue del “interaccionismo psicologista” (que concibe la represión bajo la teoría de la memoria) y de la “interpretación hermenéutica” (que pretende buscar el sentido oculto del inconsciente respecto al consciente, cuando el sentido está del lado del proceso secundario).

no es un patrimonio común de todos los seres semejantes a él. (...) Es notoria su reacción frente a las primeras impresiones de la falta de pene. *Desconocen* (*leugnen*) esa falta; creen ver un miembro a pesar de todo; cohonestan la contradicción entre observación y prejuicio mediante el subterfugio de que aún sería pequeño y ya va a crecer, y después, poco a poco, llegan a la conclusión, afectivamente sustantiva, de que sin duda estuvo presente y luego fue removido. La falta de pene es entendida como el resultado de una castración, y ahora se le plantea al niño la tarea de habérselas con la referencia de la castración de su propia persona (1923e: 147).⁴²⁶

Así, pues, la formulación de teorías sexuales infantiles que pretenden dar cuenta del origen y de la diferencia entre los sexos, sería el efecto de la función de desconocimiento, tal y como se la está analizando. Del ejercicio de una “pulsión de saber” (*Wissstrieb*) que da continuidad al trabajo de traducción de los significantes enigmáticos. El descentramiento que desplaza el saber sobre el sexo hacia la sexualidad inconsciente no implica una ocultación, pero tampoco conduce a que la serie de respuestas encontradas sean aquellas que el sujeto pueda reconocer; traducción de la pulsión que no encuentra solución de continuidad. Por lo tanto, al envés de hablar de “función de desconocimiento” cabría hablar de “conocimientos contradictorios” de un sujeto que si bien tiene asegurado un lugar suyo, constantemente tiene que asegurar un lugar para sí-mismo.

⁴²⁶ Strachey, en una nota al pie de página de “La organización sexual infantil” (1923e), comenta que el concepto de desconocimiento o desmentida, ocupará, en lo sucesivo, una importancia progresiva en los trabajos de Freud, apareciendo más frecuentemente como *verleugnen*, desmentida. Véase J. Strachey, en S. Freud (1923e: 147, n. 4).

IV.3. Reformulaciones sobre la angustia en el marco de las dos teorías pulsionales.

IV.3.1. Los antecedentes de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d):

Teorías de la angustia y desarrollo de la teoría de los afectos.

Puntualizaciones sobre una posible lectura de Inhibición, síntoma y angustia (1926d).

En la obra de Freud se perfilan tres modos distintos de concebir la angustia: *a.*) como un mecanismo de transformación automática de la excitación sexual; *b.*) como uno de los destinos del monto de afecto asociado, a su vez, con la formación del síntoma; y *c.*) como señal, emitida por el yo, condición necesaria para el desarrollo y mantenimiento del aparato psíquico.

El propósito de las páginas que vienen a continuación es analizar la versión que Freud presenta sobre la angustia en el texto *Inhibición, síntoma y angustia*, publicado en 1926, con hincapié en el factor cuantitativo y con la dimensión subjetiva inherente a toda producción de afecto. Conviene tener en cuenta que cada concepto psicoanalítico debe situarse en una lectura histórica,

y lo que ésta viene a subrayar es que precisamente no existe un “progreso” en las ideas de Freud, sino, más bien, momentos temporales dotados de una singularidad que les es propia. No podría, por lo tanto, hablarse de un desarrollo lineal, sino al contrario, de momentos de discontinuidad y contradicción.

Variantes de la hipótesis sobre el factor cuantitativo a partir de la relación entre punto de vista económico y teoría de los afectos.

Anteriormente (I.3.2. y II.4.3.) se mencionó las líneas de interés de Freud sobre el factor cuantitativo así como las series de equivalencias entre los términos “proceso excitatorio”, “suma de excitación”, “monto de afecto”, “factor cuantitativo” y “energía pulsional”. Similitud no exenta de contradicciones: si la pulsión -energía psíquica indiferente- equivale a monto de afecto, ¿cómo compaginar la afirmación según la cual uno de los tres destinos del factor cuantitativo de la agencia representante de la pulsión “es la *trasposición* de las energías psíquicas de las *pulsiones* en *afectos*, muy particularmente, en *angustia*”, tal y como Freud menciona en “La represión”

(1915d: 148)?⁴²⁷

El problema inicial que se plantea consiste en interrogarse sobre la naturaleza de esta “energía pulsional” -o sus equivalentes. Siguiendo las ideas de Freud derivadas del “Proyecto”, anteriormente se planteó (véase II.1.1.) que la concepción sobre la pulsión como una cantidad de energía indiferente, estaría desde el inicio vinculada con la idea según la cual toda pulsión es ante todo “pulsión sexual”. Ocurre, sin embargo, que las serie de equivalencias anteriormente citadas terminan por obnubilar este vínculo.

Dicha problemática fue explicitada por Freud en *Más allá del principio de placer* (1920g), al señalar la naturaleza ignota de la energía sexual:

El carácter impreciso de todas estas elucidaciones nuestras, que llamamos metapsicológicas, se debe, por supuesto, a que no sabemos nada sobre la naturaleza del proceso excitatorio en los elementos del sistema psíquico, ni nos sentimos autorizados a adoptar una hipótesis respecto de ella. Así, operamos de continuo con una gran X que trasportamos a cada nueva fórmula (1920g: 30).

Laplanche (1980a: 82) ha sugerido que el monto de afecto, la energía sexual,

⁴²⁷ En la misma línea, Green (1986: 185) advierte dos planteamientos, contradictorios entre sí, realizados por Freud. El primero: que la energía que produce la angustia es neutra. El segundo: la neutralización de la energía es el resultado del trabajo de

estaría más próximo a esa “X” de energía que se traspone a cada nueva fórmula. Así, en la aparente serie de equivalencias antes mencionada, el monto de afecto corresponde a una manifestación particular de la suma de excitación. Pero si bien puede parecer menos especificado que el “representante-representación” -que se vincula al deseo mediante fantasías, escenas, recuerdos, etc.-, hay que tener en cuenta que el afecto también presenta una marca cualitativa que se exterioriza en el más variado abanico de sentimientos (Laplanche, 1980a: 82).

Por otra parte, esa energía psíquica *indiferente* desemboca en la polémica entre Freud y la escuela de Zurich, que sostenía la hipótesis sobre un monismo energético “abstracto” e “indiscriminado”, hipótesis que Freud descarta rotundamente ya que se distancia de la hipótesis estructural sobre la sexualidad inconsciente.⁴²⁸ No obstante, aunque en el periodo correspondiente a la publicación de los trabajos metapsicológicos (1915), se encuentra vigente la distinción entre libido e interés - desde luego, oscurecida por la introducción del concepto de narcisismo-, en “Lo inconsciente” (1915e: 179), Freud propone sustituir el término “investidura” (*Besetzung*) por “libido” (*Libido*), al

la pulsión de muerte.

⁴²⁸ Jung especulaba acerca de la existencia de una única libido primordial (sexualizada y desexualizada). Véase S. Freud (1923a [1922]: 251).

referirse a los destinos de la represión en la “neurosis de transferencia”. Consideración que conlleva una vez más a interrogarse sobre si son dos tipos de energía o solamente una -la sexual- la que Freud plantea a lo largo de sus escritos. Freud mismo reconoce esta dificultad. Dice en “Teoría de la libido” (1923a [1922]):

se suscitó la apariencia de que la lenta investigación analítica no había hecho sino seguir con retraso a la especulación de Jung sobre la libido primordial, en particular porque la transmutación de la libido de objeto en narcisismo conllevaba inevitablemente una cierta desexualización, una resignación de las metas sexuales especiales. Empero, se impone esta reflexión: el hecho de que las pulsiones de autoconservación del yo hayan de reconocerse como libidinosas no prueba que en el yo no actúen otras pulsiones (1923a [1922]: 252).

En la misma línea, se perfila una suerte de aproximación entre esa energía psíquica indiferente, tema no menos polémico tal y como fue planteado, y la sexualidad. Si bien es cierto que de acuerdo con la reflexión freudiana toda pulsión es sexual por excelencia, muchos son los atolladeros lógicos que datan desde los comienzos del pensamiento freudiano (véase I.3.1.) y que culminan en *Más allá del principio de placer* (1920g), a saber, la aproximación de la pulsión a esa cantidad de energía indiferente.

A partir de este orden de consideraciones, se podría realizar algunos tanteos

que ensayasen o que, por lo menos, sugiriesen la aproximación de esta cantidad de energía indiferente y la sexualidad. Así, se puede decir que el término “monto de afecto” hace referencia a la energía psíquica indiferente, mientras que el de “invertidura” denota el comportamiento de esa energía en el interior del aparato.⁴²⁹ Por otra parte, si Freud mismo propone la sustitución del término invertidura por libido, nada más lógico que considerar que esta energía psíquica indiferente conduce a la idea según la cual la pulsión es, ante todo, pulsión sexual.

Primera teoría sobre la angustia: La angustia es concebida como un mecanismo de transformación automática y de descarga anárquica de la excitación sexual.

Una de las primeras noticias sobre la angustia en la obra de Freud se

⁴²⁹ Un planteamiento similar es destacado por Perinot (1987: 1122), cuando señala que los afectos son capaces de desarrollarse y se denominan también invertidura psíquica. Maldavsky (1982: 141), a su vez, distingue los desarrollos de afecto de los fenómenos de invertidura y de desinvertidura. La invertidura implica el empuje de la pulsión hacia la conciencia; los desarrollos de afecto, en cambio, conducen a una conversión que hace que la energía se libere fuera del sistema representacional. Pero tampoco excluye la posibilidad de que una particular modalidad de invertidura se convierta en descarga de afecto. En cuanto a los fenómenos de desinvertidura de la libido de ciertas representaciones preconcientes, no necesariamente implican en su descarga -transformación en afectos- ya que pueden dar lugar a un desplazamiento y a una posterior invertidura de las formaciones sustitutivas. Pero, la desinvertidura en el desarrollo de los afectos siempre será una descarga.

encuentra en el Manuscrito A (escrito a fines de 1892), parte integrante de la relación epistolar entablada con Fliess, a propósito de la “neurosis de angustia” (*Angstneurose*). “¿Proviene la angustia de la neurosis de angustia de la inhibición de la función sexual o de la angustia coligada con la etiología?” (1985 [1887-1904]: 24). Pregunta que manifiesta su duda en definir la angustia como transformación de la excitación sexual por inhibición de la función o en si está más bien relacionada con aquello que, en el pasado histórico dio origen a la enfermedad; dos alternativas que, como se verá en el desarrollo freudiano posterior, no son excluyentes entre sí, pero que en este periodo es formulada en estos términos.

También revela la preocupación, que se mantendrá, a lo largo de toda su obra, por la nosografía. Interés que, en este caso específico, culminará con la hipótesis según la cual la “neurastenia” (*Neurasthenie*) y la “neurosis de angustia” (*Angstneurose*) constituyen dos entidades nosográficas distintas; hipótesis enunciada en el trabajo “Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en cualidad de ‘neurosis de angustia’” (1895b [1894]).

Mientras define la neurastenia como el efecto de una vida sexual anormal en la que se han reemplazado acciones adecuadas -coito normal- por acciones

menos adecuadas -masturbación-, con la finalidad de aliviar la tensión sexual (1895b [1894]: 109), la neurosis de angustia es explicada como la incapacidad de tramitar psíquicamente la excitación sexual. Se caracteriza -esta última- por un cuadro clínico de irritabilidad general en el que se desarrollan las siguientes manifestaciones: una “angustia de la conciencia moral”, una “expectativa angustiada” (*ängstlicher Erwartung*) debido a la circulación de una “angustia libremente flotante”, preparada para ligarse a cualquier contenido de representación, ataques de angustia rudimentarios (vértigos, trastornos cardíacos y respiratorios, oleadas de sudor, etc.) que pueden acompañar a otra variante de la angustia, el “terror nocturno” (*Pavor nocturnus*).

También se desarrollan síntomas fóbicos. A pesar de haber desplazamiento del afecto y ligazón a una representación sustituta, que en el caso de la neurosis de angustia ocurre siempre con “posteridad” (*nachträglich*), se distingue de lo que en lo sucesivo será designado como “histeria de angustia” (*Angsthysterie*) ya que en ésta es posible encontrar la representación originaria a la vez que descifrar el sustituto simbólico de la representación reprimida. Mientras que el síntoma fóbico de la neurosis de angustia no proviene de una representación reprimida -por lo tanto carece de sustituto simbólico- y su afecto es siempre el mismo, la angustia; de modo que no es posible restaurar, mediante un trabajo asociativo, la causa desencadenante de tal desplazamiento del afecto

(1895*b* [1894]: 98).

El origen de la angustia es definido en el Manuscrito E como la “*mudanza* desde la tensión sexual física acumulada” (1985 [1887-1904]: 74). Se trata de un mecanismo automático que transmuta directamente la excitación somática de origen sexual en angustia. Es decir, cuando la tensión sexual física alcanza un cierto umbral -umbral necesario para despertar “libido psíquica”- pero carece de condiciones para ser valorada psíquicamente y no puede, por insuficiencia, convertirse en afecto sexual, se transforma en angustia.⁴³⁰

Freud también se refiere a este mecanismo en el trabajo sobre las neurosis de angustia de 1895 titulado “Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de ‘neurosis de angustia’” (1895*b* [1894]). La excitación somática suele convertirse en “estímulo” (*Reiz*) para el aparato psíquico cuando inviste a un grupo de representaciones. Este proceso genera “el estado psíquico de la tensión libidinosa que conlleva el esfuerzo {*Drang*} a cancelar la tensión” (1895*b* [1894]: 108).

⁴³⁰ De acuerdo con lo mencionado anteriormente (véase I.1.2. y I.1.3.), se puede colegir que el punto de partida de toda reflexión psicoanalítica es la separación entre representación y afecto perfilada inicialmente en *Estudios sobre la histeria* (1893-1895). Prueba también del interés temprano de Freud acerca del factor cuantitativo de las magnitudes del afecto: desde las primeras formulaciones el afecto aparece como una cierta cantidad de energía sujeta a descarga, sea motora o mediante un trabajo asociativo, pero en todos los casos regulado por la función homeostática que cumple el yo.

En el caso de la angustia señala la incapacidad de descargar o de reequilibrar la excitación sexual endógenamente por vías específicas. Bien sea en función de la enajenación de los factores somáticos y psíquicos, bien sea por la defensa: en ambos casos, se produce una descarga anárquica mediante vías no organizadas, evidentemente contrarias a los designios de la sexualidad -en este periodo entendida en términos de genitalidad- puesto que ésta se satisface mediante descargas específicas. De modo que la angustia emerge como cantidad de energía sexual que, al sobrepasar cierto umbral, es descargada anárquicamente cuando el yo no encuentra medios específicos para librarse del “monto de afecto” (*Affektbetrag*, en cuanto manifestación de la “suma de excitación”, *Erregungssumme*).

Mientras el afecto de angustia ocurre por la dificultad en tramitar un “peligro” que proviene del mundo exterior, la neurosis ocurre cuando no se reequilibra la tensión endógena. Se comporta entonces como si proyectara la excitación hacia fuera, despertando, así, el afecto de angustia (1895*b* [1894]: 111-112).

Conviene también subrayar que el fenómeno de “conversión” que se observa en las neurosis de angustia es similar a lo que ocurre en la histeria: en ambos casos existe el desplazamiento de la excitación sexual hacia lo somático y una

insuficiencia psíquica en tramitar la excitación; pero, mientras en la neurosis de angustia la fuente de la perturbación es puramente somática, en la histeria es de orden psíquico y encuentra como punto central la noción de conflicto psíquico (1895b [1894]: 114).⁴³¹

Segunda teoría sobre la angustia: a partir de su relación con la teoría de la libido, la angustia será entendida como consecuencia de la represión y como el resultado de la disociación entre afecto y representación.

Ocorre, sin embargo, que con el énfasis dado a la represión, la primera teoría mecanicista de la angustia resultará insuficiente. A partir del establecimiento de la hipótesis estructural del inconsciente el acento recaerá sobre las

⁴³¹ Será en 1898 cuando Freud reunirá las “neurosis de angustia” y la “neurastenia” según la expresión “neurosis actuales” (*Aktualneurose*) en oposición a las “psiconeurosis” (*Neuropsychose*). Sobre esto, véase S. Freud (1898a). Mientras la primera se refiere a un factor explícitamente sexual y actual, las segundas presentan una etiología y se remontan a *acontecimientos* de la vida pasada. En lo sucesivo, incluirá la “hipocondría” (*Hypochondrie*) como tercera neurosis actual. Véase S. Freud (1914c). Aunque se trata de una teoría que prioriza el mecanismo somático de formación de los síntomas, Freud nunca la abandonó, entre otros motivos, por tratar de forma más acabada su hipótesis sobre la naturaleza química de la libido. Por otra parte, si bien entre neurosis actuales y psiconeurosis la separación es rotunda, no implica que en las segundas no exista un núcleo somático en la formación simbólica de los síntomas. En J. Laplanche y J.-B. Pontalis (1967); voz: “Neurosis actuales”. Esta concepción de Freud sobre las neurosis de angustia se pone hoy en relación con los denominados “trastornos psicosomáticos”. Como señala Green (1973: 110), la somatización psicosomática no incluye la angustia, sino el desvío de una “tensión física o sexual” hacia “las vías de descarga somáticas (internas)”. Laplanche (1980a: 58-60) ha tratado detenidamente sobre la somatización. Asimismo, véase H. Kohan (1988: 983-1010) e I. Usobiaga (1997: 47-66), quienes tratan sobre las

relaciones entre angustia y libido reprimida con la finalidad de distinguir la angustia de la neurosis de angustia en las psiconeurosis.

Esa nueva exigencia del pensamiento se perfila en el “Análisis de la fobia de un niño de cinco años” (1909*b*). En este estudio, Freud separa la angustia como entidad nosológica distinta de la fobia: en la primera, la libido está desligada de su representación correspondiente, mientras que la fobia se manifiesta necesariamente por su ligadura con un determinado objeto. Si bien se confirma la primera teoría inaugural sobre la angustia como la descarga anárquica de la libido por carecer de vías específicas, resulta, sin embargo, insuficiente reducir la angustia a un proceso meramente físico. Es la represión del desbordamiento de energía no-ligada producido por la hiperternura de Hans respecto a su madre, por ser vivido como prohibido, lo que se transforma en angustia. Será, entonces, la represión antecesora y causa directa de la angustia: es la moción pulsional reprimida que, al liberar un monto de afecto, se manifiesta como angustia. Por otra parte, aunque la angustia será mencionada en los trabajos metapsicológicos de 1915, será sólo en 1926 cuando Freud aborde la angustia desde la perspectiva metapsicológica. Extraña paradoja ésta dado que en los trabajos metapsicológicos de 1915

Freud trata precisamente de analizar los afectos desde la metapsicología, mientras que la angustia es tratada de modo descriptivo (libido reprimida = angustia), según él mismo reconoce. Ahora bien, ¿qué impedía que en 1915 Freud tratase la angustia desde el punto de vista metapsicológico? Parece que las aportaciones de la primera tópica eran claramente insuficientes para el abordaje metapsicológico de la angustia, ya que ésta se encuentra vinculada con la cuestión de la “cualidad” (*Qualität*) de los afectos, es decir, a los aspectos sensibles de la percepción, tema desarrollado más cabalmente en la segunda tópica.

En “La represión” (1915*d*: 148) la “mudanza en angustia” aparecerá como uno de los destinos del monto de afecto. Los otros dos son la “sofocación” (*Unterdrückung*) completa de la pulsión y su expresión como un afecto coloreado cualitativamente de algún modo. En todos los casos, la represión actúa como un mecanismo de defensa cuya tarea consiste en separar el destino del afecto del de la representación. Su finalidad es la de evitar el displacer, que es, a su vez, un estado afectivo.

Para Freud, un afecto nunca sufre represión, sino más bien “sofocación” (*Unterdrückung*) dado que, a diferencia de la representación inconsciente, presenta la posibilidad de devenir nuevamente investidura. El problema estriba

precisamente en la formulación sobre el origen de la angustia y en los términos de *transformación* del afecto a su aspecto energético menos específico. Según Freud, “el destino del monto de afecto de la agencia representante de la pulsión importa mucho más que el destino de la representación” (1915d: 148).

A pesar de que la representación sea consciente o inconsciente, por lo general se mantiene inalterada ya que el único objetivo de la represión es evitar el sufrimiento (displacer): se da por fracasada cuando no logra el objetivo de sofocar el afecto, aunque cumpla su meta respecto a la representación.

Suponiendo que la angustia se despliega desde el inconsciente, se puede pensar que la investidura, que alberga determinadas representaciones, al toparse con la barrera impuesta por la represión produce el desgajamiento entre representación y afecto; este último, no pudiendo ser ligado, se transmuta en angustia. En el caso contrario, una representación preconscious es desinvertida de su carga y arrojada hacia el inconsciente; como el afecto no puede ser sofocado se transmuta en angustia flotante.

En la 25ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-1917 [1915-1917]) titulada “La angustia”, Freud encuentra en el acto del nacimiento la fuente de una modalidad de angustia que se repetirá a lo largo del desarrollo del sujeto, relacionando así afecto y memoria. Afecto suscitado por la

separación de la madre, se caracteriza por la irrupción de sensaciones displacenteras, sensaciones corporales y acciones de descarga.

También distinguirá la “angustia realista” (*Realangst*) de la “angustia neurótica” (*neurotische Angst*). La primera, como manifestación de la “pulsión de autoconservación” (*Selbsterhaltungstrieb*), sería una de las reacciones del yo ante la percepción de un peligro exterior; la otra reacción sería la huida. La angustia neurótica se presenta:

- “libremente flotante” (*frei flottierende*), acechada por un peligro interno, pulsional;
- fijada a cualquier objeto externo, que será vivido como peligro, tal es el caso de la fobia;
- sin conexión ninguna con la situación de peligro, como es el caso de la histeria, bien sea junto con síntomas, bien sea como la plasmación de estados afectivos que no sea el de la angustia, bien sea como ataques o como estado permanente (1916-1917 [1915-1917]: 364-365).

De manera que la angustia es concebida como el resultado de la disociación entre afecto y representación por la puesta en marcha del proceso represivo. El afecto sustituido por la angustia puede presentar las más variadas cualidades

tales como los anudados con los sentimientos eróticos o agresivos. En el caso de la histeria, la angustia puede venir acompañada de síntomas o en estado no ligado. En la neurosis obsesiva, la angustia, aparentemente ausente, es sustituida por una formación de síntoma. En ese sentido, Freud definirá la angustia como “moneda corriente por la cual se cambian o pueden cambiarse todas las mociones afectivas cuando el correspondiente contenido de representación ha sido sometido a represión” (1916- 1917 [1915-1917]: 367-368).

En todos los casos, la formación de síntoma estará estrechamente vinculada con la angustia, sea impidiendo su aparición, sea como una de sus características. En este caso, la angustia neurótica será una consecuencia de la falta de “apronte angustiado” para defenderse o huir de la situación de peligro. Por lo tanto, tendrá un efecto desestructurante y nocivo.

IV.4. Perspectivas, categorías y formas de angustia bajo la égida de las “situaciones de peligro”: *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d).

IV.4.1. Derivaciones entre concepción económica y concepción histórica de la angustia

Generalidades sobre el paso de la segunda a la tercera teoría de la angustia y sobre la relación entre pulsión y afecto en el marco de la segunda tópica.

De modo general, el paso hacia un nuevo modo de concebir la angustia esbozado en el texto *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d) presenta un estrecho vínculo con los fundamentos de la segunda tópica. En efecto, el supuesto según el cual el yo es el almacigo de la angustia, además de ampliar determinados puntos de la teoría al incluir los conceptos de “pulsión de muerte” (*Todestrieb*), de “narcisismo” (*Narzissmus*) y de “objeto” (*Objekt*), conllevó también al agrupamiento de algunos resultados anteriores de su teoría sobre la angustia, que aunque no se oponían, tampoco se compaginaban, sea en lo que se refiere a sus distintas formas, las llamadas “angustia realista” (*Realangst*) y “angustia neurótica” (*neurotische Angst*), sea a su modo de presencia, como “libremente flotante” (*frei flottierende Angst*) en las neurosis o “ligado” (*Gebunden*) en las fobias, lo cual profundiza la relación entre angustia y síntoma, sea profundizando la naturaleza del peligro. Pero a la vez que permite esta clasificación y que introduce, además de la perspectiva económica, la perspectiva histórica de la angustia -la llamada “señal de angustia” (*Angstsignal*)-, también engendra un problema tópico, a saber, si la angustia proviene del ello o del yo.

Se puede decir que, salvo la ubicación de la angustia en el proceso defensivo, no existe una nítida diferenciación entre las dos últimas versiones de la angustia, sino una ampliación de miras hacia una concepción metapsicológica,

ya que la angustia deja de ser asociada con la formación de síntoma y pasa a ser concebida como condición necesaria para el desarrollo normal. Se verá, pues, que la distribución de la angustia en dos categorías, una integrada en la cadena de representaciones, que en este caso tendrá el valor de una señal, y la otra como factor de desorganización traumática, serán retomadas como teorías explicativas de la angustia en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d).

En la misma línea, este momento temporal coincide con el cambio de naturaleza del problema de los afectos respecto a los planteamientos metapsicológicos de 1915. La similitud de términos para distinguir a los “afectos” (*Affekts*) y a las “mociones pulsionales” (*Triebregungen*) señala el inicio de un desarrollo teórico que dará prioridad más a las mociones pulsionales que a la teoría de las representaciones.

¿Por qué este desplazamiento de prioridades? Green (1985: 778-779) lo atribuye al fracaso de la problemática percepción-representación ya que el “examen de realidad” (*Realitätsprüfung*) no funciona de modo automático y presenta equivocaciones.⁴³² En la misma línea, en la segunda tópica, Freud

⁴³² Cuestión que no escapa a la polémica, sobre todo tratándose de los planteamientos posfreudianos que hacen hincapié sobre la noción de “representación” (*Vorstellung*) ya que subrayan la “cura por la palabra” como la meta del análisis. A su vez, al afecto aparentemente está más distante del lenguaje y presenta un vínculo más estrecho con el cuerpo. Pero eso no impide tratar a los signos somáticos de los afectos como una

dará a los afectos el estatuto de inconscientes al afirmar que

seguimos teniendo justificación para afirmar que también las sensaciones y sentimientos sólo devienen conscientes si alcanzan al sistema *P*; si le es bloqueada su conducción hacia adelante, no afloran como sensaciones, a pesar de que permanece idéntico eso otro que les corresponde en el decurso de la excitación. Así pues, de manera abreviada, no del todo correcta, hablamos de *sensaciones inconscientes*: mantenemos de ese modo la analogía, no del todo justificada con “representaciones inconscientes”. La diferencia es, en efecto, que para traer a la *Cc* la representación *icc* es preciso procurarle eslabones de conexión, lo cual no tiene lugar para las sensaciones, que se transmiten directamente hacia adelante. Con otras palabras: La diferencia entre *Cc* y *Prcc* carece de sentido para las sensaciones; aquí falta lo *Prcc*, las sensaciones son o bien conscientes o bien inconscientes. Y aun cuando se ligen a representaciones-palabra, no deben a estas su devenir-conscientes, sino que devienen tales de manera directa (1923d: 24-25).

Así, su reflexión sobre las relaciones entre pulsión y afecto esbozadas en los trabajos metapsicológicos (véase II.4.3.) continúa en *El yo y el ello* (1923b). Parece, pues, que la ambigüedad que reviste el concepto de afecto en la obra de Freud, sea tendiendo a lo fenomenológico, sea tendiendo a lo metapsicológico, es equivalente a la ambigüedad misma de este concepto.⁴³³

modalidad del lenguaje. Tanto es así que un afecto como el de la angustia presenta dos niveles de lenguaje o dos modalidades de transferencia: el lenguaje somático y la dificultad para pensar con la finalidad de evitar el encuentro del sujeto con su realidad e impedir su elaboración. En A. Lichtmann (1993:1233).

⁴³³ Sobre este propósito, un autor como Green (1985: 773), sostiene no sólo un estatuto metapsicológico para los afectos con el mismo nivel de dignidad que los otros conceptos psicoanalíticos, sino que también aboga por su naturaleza representativa. Además, en otro de sus trabajos dedicados al estudio de los afectos, plantea la especificidad

A la vez que puede ser entendido como efecto de las pulsiones, desemboca en un universo que caracteriza la vida afectiva propiamente dicha, universo caracterizado por las emociones y los sentimientos, reflejo mismo de la relación del yo con los afectos. Ocurre, sin embargo, que el desarrollo de todo el universo afectivo a partir de la matriz básica de las sensaciones de placer y de displacer es también expresión de las pulsiones, pero en un nivel más simbolizado.

Lo cual, revela más claramente la naturaleza representativa de los afectos, expresada como una de las categorías del afecto, a saber, la que está unida a una red de representaciones, la “angustia señal” (Green, 1973: 116). Es ésta la categoría a partir de la cual se delinea la posición especial del yo respecto a los afectos. La otra categoría sería la que remite a la “angustia automática” vinculada con la desorganización traumática debido a la efracción de la protección antiestímulo, sin la ayuda de la representación. Es decir, a la vez que remite a sensaciones de placer y de displacer -concepción económica-, el afecto está vinculado a determinadas representaciones que le dan su talante

de la concepción psicoanalítica de los afectos respecto a las teorizaciones presentes sobre este concepto en otras disciplinas, advierte que en *El yo y el ello* (1923b), Freud vacila en concebir el afecto como un concepto psicoanalítico, tendiendo a describirlo como un fenómeno. En A. Green (1985: 774). Como quiera que sea, *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d) refleja el intento por parte de Freud de estudiar el afecto de la angustia desde una perspectiva metapsicológica.

psicológico e histórico.

En la misma línea, el desarrollo de las sensaciones de placer y de displacer, primeros derivados bajo los cuales derivará una amplia gama de afectos, está estrechamente vinculado con el desarrollo del yo y del superyó (Brenner, 1987: 448). En definitiva, a la vez que expresan el movimiento de la pulsión, los afectos expresan también la reacción del yo en concordancia o discordancia con este movimiento, sea *inhibiendo* los procesos pulsionales, sea *dominando* las descargas.

Como quiera que sea, *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d) reflejará el intento, por parte de Freud, de ubicar el concepto de afecto, en particular el de la angustia, desde el punto de vista metapsicológico. Por otra parte, el afecto concebido como movimiento de la pulsión no es similar a la relación entre afecto y “deseo” (*Wunch*). Si bien ambos, como resultados de experiencias de satisfacción y de dolor, implican un aumento cuantitativo de la tensión, en el caso del afecto la energía pulsional se desprende y, si antes investía determinadas representaciones, termina por quedarse desligado de ellas (Maldavsky, 1982: 141-142). Pero, es posible establecer algunas articulaciones entre afectos y estados desiderativos, sea bajo el modo de funcionamiento del principio del placer, sea más allá de él en la medida en que el deseo, es decir,

la investidura de determinadas representaciones por la pulsión, puede suscitar placer o displacer.

Las concepciones económica e histórica de la angustia derivan del estudio sobre las complejas relaciones entre angustia y displacer.

De modo particular, la última formulación sobre la angustia en la obra de Freud reposa en la relación entre displacer y descarga, por un lado, y angustia y libido⁴³⁴, por el otro. Según las leyes que rigen el “principio del placer” (*Lustprinzip*), el displacer como tensión sexual acumulada corresponde al supuesto de una transformación automática de libido en angustia. A partir del énfasis en la represión como uno de los mecanismos de defensa actuantes en el yo, la angustia pasa a ser descrita como consecuencia de la represión, cuya tarea sería la de bloquear la libido o la de alterar los vínculos asociativos entre el afecto y su representación o red de representaciones correspondientes.

⁴³⁴ En un agregado de 1920 a los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), Freud plantea así la relación entre angustia y libido: “El hecho de que la angustia neurótica nace de la libido, es un producto de la trasmutación de ésta y que mantiene con ella la relación del vinagre con el vino es uno de los resultados más significativos de la investigación psicoanalítica.” En S. Freud (1905d: 204-205, n. 24).

La angustia es un afecto displacentero: el displacer es sentido en la descarga misma de la libido, y no sólo en su acumulación, puesto que no existe una organización entre las vías asociativas que permita una descarga específica.

Freud se pregunta:

¿cómo es posible, desde el punto de vista económico, que un mero proceso de débito y descarga, como lo es el retiro de la investidura yoica preconsciente [de la agencia representante de la pulsión] produzca un displacer o una angustia que, de acuerdo con nuestras premisas, sólo podrían ser consecuencia de una investidura acrecentada? Respondo que esa causación no está destinada a recibir explicación económica, pues la angustia no es producida como algo nuevo a raíz de la represión, sino que es reproducida como estado afectivo siguiendo una imagen mnémica preexistente (1926*d*: 89).

Por esto, ha aflojado el vínculo entre angustia y libido y, en la medida en que el yo acciona la represión y trabaja con energía desexualizada (1926*d*: 151), la angustia encuentra su origen en él como operación defensiva. Por un lado, revela que la servidumbre del yo respecto al ello es relativa ya que puede convertir una moción pulsional proveniente del ello en displacentera. He ahí el elemento clave que produce el cambio respecto a las anteriores formulaciones sobre la angustia: es utilizada como señal por el yo, de modo que la represión anteriormente fomentadora de la angustia pasa a ser su consecuencia. La angustia estará del lado del represor y no del lado de lo reprimido (de las investiduras libidinosas de las mociones agresivas). El

represor es el “complejo de castración” (*Kastrationskomplex*): la angustia crea la represión, la provoca.⁴³⁵

Si antes Freud concebía la angustia como un síntoma, (libido reprimida=angustia), con este nuevo planteamiento, la angustia no será un síntoma, sino un motor que va, dentro de la vida psíquica, a movilizar a las defensas. En la misma línea, por tener un lugar psíquico -el yo-, la angustia adquiere una dimensión histórica: la señal es reproducida, rememorada.

En cuanto a las relaciones entre angustia y displacer, Freud define a la primera como un estado displacentero (sin que ello justifique reducir todas las sensaciones de displacer a la angustia: tanto el “dolor” como el “duelo” producen displacer sin necesariamente engendrar angustia).⁴³⁶ Especifica el

⁴³⁵ “La angustia de las zoofobias es la angustia de castración del yo. (...) La mayoría de las fobias, hasta donde podemos abarcarlas hoy, se remontan a una angustia del yo, como la indicada, frente a exigencias de la libido. En ellas, la actitud angustiada del yo es siempre lo primario, y es la impulsión para la represión. La angustia nunca proviene de la libido reprimida.” En S. Freud (1926d: 104). En la misma línea, la angustia también puede hacer fracasar la represión, pero en ningún caso se puede decir que el trabajo psíquico se ha derrumbado puesto que el movimiento pulsional no se detiene. En R. Bérouti (1996: 1129).

⁴³⁶ Por ahora, vale mencionar que, según Freud, el dolor es la reacción frente a la pérdida del objeto, mientras que la angustia es la reacción frente al peligro involucrado en esta pérdida y, por un desplazamiento, del peligro de la pérdida misma del objeto. En S. Freud (1926d: 159). El duelo, a su vez, implica necesariamente el examen de realidad que confirma que el objeto ya no existe. En S. Freud (1926d: 160). Esta pérdida del objeto produce no sólo dolor, sino que también es un acontecimiento que se caracteriza por la angustia de desamparo, que es nada menos que la angustia automática, es decir, el efecto

problema del displacer ligado a la angustia:

El análisis del estado de angustia nos permite distinguir entonces: 1) un carácter displacentero específico; 2) acciones de descarga, y 3) percepciones de estas. [En la medida en que los puntos 2 y 3 se refieren también al dolor y al duelo, Freud centra su interés en el punto 1 ya que le permite especificar la angustia:] Por tanto, la angustia es un estado displacentero particular con acciones de descarga que siguen determinadas vías (*Bahn*, 1926d: 125-126).

Sin embargo, más allá de la fisiología de la angustia que convoca inervaciones motrices y procesos de descarga e involucra a los órganos de la respiración y al corazón, Freud hace hincapié en el factor histórico de la angustia; de ahí que especifica este afecto desde esta perspectiva:

Con otras palabras: que el estado de angustia es la reproducción de una vivencia [el nacimiento] que reunió las condiciones para un incremento del estímulo como el señalado y para la descarga por determinadas vías, a raíz de lo cual, también, el displacer de la angustia recibió su carácter específico (1926d: 126).

Se perfilan, pues, las complejas relaciones entre displacer y angustia: aunque

del desbordamiento de una cantidad de energía que invade al yo. Sobre esta vertiente de la angustia automática, que es el estado de desamparo, dice Green (1973: 118): “Aquí el Ello habla su lenguaje propio: el del afecto no verbalizable y el Yo está bajo el efecto de una sideración que lo vuelve impotente, en desamparo (*Hilflosigkeit*).” Asimismo, para una panorámica de la angustia de desamparo, véase A. Lichtmann (1993: 1233-1246).

la angustia sea displacentera es utilizada por el yo para evitar un displacer mayor. Por otro lado, se tiene, pues, una concepción económica sobre la angustia en el marco de la tercera teoría, que da prioridad al factor histórico. En efecto, las formulaciones sobre la angustia sólo son excluyentes entre sí en el sentido de la ubicación de la angustia en el proceso defensivo.⁴³⁷ Puesto que, de modo general, las dos primeras destacan más la perspectiva económica y la última el histórico⁴³⁸, se puede decir que son distintos modos de subrayar la importancia que este afecto adquiere a lo largo del pensamiento freudiano.

⁴³⁷ Desde luego, a lo largo de su obra Freud insistirá en el origen somático de la angustia. Tanto es así que, como bien advierte Strachey en una nota a pie de página en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), Freud menciona prácticamente con los mismos términos que había expresado en “Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de ‘neurosis de angustia’” (1895b [1894]: 109) la cuestión de la abstinencia sexual como uno de los factores de trastorno sexual, desplazando la excitación sexual de su “procesamiento psíquico”. Véase J. Strachey, en S. Freud (1926d: 133, n. 11). Teniendo en cuenta que esta similitud de ideas refleja el endurecimiento de ciertas nociones relativas a lo sexual- como la idea de asociar la libido con sustancias sexuales concretas plasmada en *El yo y el ello* (1923b: 47- 48) -, estas consideraciones sirven para señalar que toda teoría psicoanalítica que pretenda tratar sobre la angustia no se descentra del descubrimiento esencial del psicoanálisis al abordar las modificaciones somáticas que se producen con el desencadenamiento de la angustia. Enseguida se verá que, paradójicamente, aunque Freud sostenga el origen somático de la angustia, busca priorizar la perspectiva histórica de este afecto en detrimento de la perspectiva económica.

⁴³⁸ Se puede decir que el abordaje de la angustia desde el punto de vista histórico caracteriza toda una línea de razonamiento introducida con la segunda tópica, de antropomorfización de las instancias que constituyen el aparato psíquico, en este caso específico, de la instancia yoica. En la misma línea, no es lícito ser tajante al afirmar que el aspecto histórico de la angustia predomina en detrimento de la perspectiva económica, puesto que no se trata de concepciones excluyentes. Sin embargo, Freud enfatiza la diferencia: “La diferencia está en que yo antes creía que la angustia se generaba de manera automática en todos los casos mediante un proceso económico, mientras que la concepción de la angustia que ahora sustento, como una señal deliberada del yo hecha con el propósito de influir sobre la instancia placer-displacer, nos dispensa esta compulsión económica.” En

Manifestaciones de la angustia automática en el desarrollo del sujeto.

El hecho de que la angustia sea rememorada remite al acto del nacimiento como el *prototipo* de todas las vivencias de angustia. Del nacimiento real, puesto que provoca una serie de procesos fisiológicos y psicológicos como el aumento de tensión y sus reacciones de descarga. Ya en la 25ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-1917 [1915-1917]: 360), Freud atribuye a determinados afectos la marca de la “repetición de una determinada vivencia significativa” relacionada con el pasado filogenético, tal y como se mencionó antes (véase II.4.3.). Sin embargo, sería más lícito hacer hincapié más en el carácter repetitivo de esta experiencia que en una supuesta disposición filogenética. Ocurre, pues, que la reproducción de una vivencia no distingue a la angustia respecto a otros afectos, puesto que todos los afectos son reproducciones de situaciones antiguas. De modo que lo que le otorga a la angustia una posición especial es su definición como *reacción o preparación del yo ante situaciones de peligro* (1926d: 127).

La preocupación de Freud sobre el tema de los orígenes, en particular, el de la

angustia, le conduce hacia una concepción genética del sujeto humano inherente al modo mecanicista de explicar el funcionamiento del aparato psíquico. Como se mencionó, este aparato psíquico realiza una suerte de trabajo que consiste en ligar el afecto a su representación correspondiente (Laplanche, 1980a: 49). Cabe destacar, pues, que existen distintos niveles de elaboración del afecto respecto a las representaciones. Tanto la angustia subsumida en el acto del nacimiento como una variante de la angustia aproximada al espanto, una de las vertientes de la angustia automática, sería el nivel menos elaborado del afecto dado que supone una descarga anárquica.⁴³⁹

Este nivel que desencadena la angustia de modo automático, repercute en el sujeto como una infiltración de una energía pulsional en situaciones en las cuales la protección antiestímulo no se encuentra accionada para cumplir su función paraexcitadora. De modo que, al mismo tiempo, lo que se infiltra en el psiquismo también es percibido como una invasión de cantidades de energía pulsional más allá del nivel tolerado.

⁴³⁹ Cuestión que se enlaza con la distinción que Freud establece entre *Angst* (angustia), *Fürcht* (miedo) y *Schreck* (terror) que en la lengua alemana aparecen regularmente como sinónimos. Mientras *Angst* se aplica a la expectativa o preparación frente al peligro (desconocido), *Fürcht* supone de antemano la existencia o presencia de un objeto determinado, sentimiento distinto de *Schreck* que supone enfrentarse ante el peligro sin una preparación previa. En S. Freud (1920g: 12).

En este yo desprevenido, desprovisto de recursos para metabolizar esta inundación de la pulsión o para, al menos, controlarla, sea por un estado de prematuración psicofisiológica, sea por la intensidad, domina más la fuerza de la pulsión que la acción del yo para metabolizarla. Son los estados de sorpresa, traumáticos por así decirlo. La única alternativa que se le reserva al yo es la de almacenar la huella de esta infiltración para precaverse en situaciones similares.

La génesis de la angustia puede ser explicada a partir de sus dos variedades: la angustia automática y la angustia señal.

Son los aspectos económicos -intensidad hipertrófica de la excitación y ruptura de la protección antiestímulo- los determinantes de la primera situación de angustia, la del nacimiento, precisamente en un momento en que el yo no se encontraba constituido. Es esta situación, traumática⁴⁴⁰ por excelencia, la que da paso a la represión primordial.

⁴⁴⁰ La noción de “trauma” (*Trauma*), a partir de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), no se referirá más a un trauma único y puntual, sino a una cadena de situaciones traumáticas como parte integrante del desarrollo del sujeto. Estará en juego no sólo la efracción de la protección antiestímulo, sino también el estado de desamparo, la base a partir de la cual se desarrollarán las sucesivas situaciones traumáticas, la de separación, la del complejo de Edipo y la del complejo de castración, centradas, sea en la pérdida del amor, sea en el desbordamiento en el yo de una cantidad de energía no elaborada. En M. Baranger, W. Baranger y J. M. Mom (1987: 1229).

Sin embargo, la tercera concepción de la angustia supone también un nivel más elaborado de este afecto: es la llamada “angustia señal” (*Angstsignal*) que funciona como una especie de *vacuna* ante la inminencia del peligro. Todo se explicaría como reacciones del yo acordes o desacordes con la primera situación de peligro, el nacimiento.

Tanto en el caso de un peligro exterior como de un peligro interior, el yo procura huir de la representación peligrosa. Pero, mientras que puede sí emprender acciones musculares para huir del peligro externo, no es posible la huida en el caso de una amenaza pulsional: “El yo quita la investidura (preconsciente) de la agencia representante de la pulsión que es preciso reprimir {desalojar}, y la emplea para el desprendimiento del displacer (de la angustia)” (1926*d*: 88-89; las llaves son de Etcheverry). Lo que significa que sólo existe protección antiestímulo para los estímulos externos y no frente a las exigencias pulsionales internas (1926*d*: 90). La señal de displacer emitida por el yo contra los procesos desiderativos del ello se traduce en angustia: al funcionar según el principio de placer, el yo se sustrae de todo el estímulo proveniente del ello emitiendo una señal anterior a la puesta en escena del proceso represivo. Esta señal de angustia emitida por el yo le conduce a poner en acción los mecanismos de defensa con la finalidad de ligar psíquicamente lo

que fue reprimido (Green, 1973: 115).⁴⁴¹

En ese sentido, la angustia señal sería un modo que el yo encuentra para anticipar la situación de peligro a nivel representacional antes de que el peligro propiamente dicho salga a su encuentro (1926*d*: 155). Ahora bien, parecería incongruente afirmar que si bien Freud quiso subrayar la distinción entre angustia automática y angustia señal y buscó priorizar el análisis de la segunda en detrimento de la primera, no excluyó una suerte de articulación entre la perspectiva económica y la perspectiva histórica de la angustia a través de la percepción de las situaciones de peligro.

Con la experiencia de que un objeto exterior, aprehensible por vía de la percepción, puede poner término a la situación peligrosa que recuerda al nacimiento, el contenido del peligro se desplaza de la situación económica a su condición, la pérdida del objeto. La ausencia de la madre deviene ahora el peligro; el lactante da la señal de angustia tan pronto como se produce, aun antes que sobrevenga la situación económica temida. Esta mudanza significa un primer gran progreso en el logro de la autoconservación; simultáneamente encierra el pasaje de la neoproducción involuntaria y automática de la angustia a su reproducción deliberada como señal de peligro (1926*d*: 130).

⁴⁴¹ Como señala Abadi (1996: 1099) estas estrategias defensivas como efecto de la angustia no son más que formaciones de compromiso que buscan plasmar el conflicto entre los requerimientos del ello y los del superyó, entre el deseo y su prohibición, entre principio de placer y principio de realidad.

En la misma línea, la angustia señal no sólo antecede a un estado de sorpresa como también los mecanismos por los cuales el yo anticipa la situación de peligro movilizan a la instancia placer-displacer.⁴⁴² Con lo cual, tanto la angustia automática como la angustia señal son modos legítimos para entender el origen de la angustia.

Ocorre que en la medida en que uno de los avatares de la perspectiva económica es la instancia placer-displacer así como los procesos de descarga, la concepción histórica de la angustia también incluye uno de los avatares de la perspectiva económica: la situación de peligro es vivenciada por el yo ante todo como displacentera.

⁴⁴² Parece, pues, que la distinción entre angustia automática y angustia señal no se inserta en la categoría “o bien, o bien”. Sin embargo, como señala H. Bleichmar (1986: 234), si se conduce esta cuestión hasta el extremo de rechazar el concepto de “angustia señal” (*Angstsignal*), se pierde la esencia de las situaciones de peligro que Freud intenta delimitar mediante la distinción entre los dos tipos de angustia: una en la que el aparato psíquico es invadido por una cantidad de estímulos más allá del nivel tolerado, y otra en la que almacenando la huella de la situación traumática y creyendo en la inminencia de una situación angustiante, acciona representaciones con la finalidad de delimitar lo peligroso. Distinción que resalta la importancia de la angustia, pues se trata de un afecto en el que confluyen diversas cuestiones, sea desde el punto de vista del objeto que invade al yo a modo de una cantidad de energía pulsional intolerable a los designios de esta instancia, sea desde el punto de vista de las representaciones de las que el yo dispone para elaborar lo que acecha en demanda de traducción. Pero, sobre todo, de concebir al yo como sujeto “activo” en búsqueda creativa de solución o como objeto que sufre “pasivamente” la carencia de recursos simbólicos para elaborar la situación traumática.

Derivaciones entre angustia de nacimiento, angustia de separación y angustia de castración bajo la característica común de las “situaciones de peligro”.

El estudio sobre la vida infantil enseña, además, otros fenómenos angustiosos en que tales teorías convergen dado que el “apronte angustiado” (*Angstbereitschaft*) del lactante es el resultado de su desvalimiento físico y psíquico y le impide realizar una acción coordinada y eficaz. El niño siente angustia cuando está sólo, cuando está en la oscuridad y cuando encuentra a otra persona en el lugar de la madre; lo que indica que la angustia es una reacción ante la pérdida del objeto (1926d: 129). Freud la nombra como “angustia de separación” (*Trennungsangst*). Objeto ausente y profundamente añorado en la medida en que su presencia da por asegurado que las necesidades del niño serán suplidas. Lo discernido por el niño como peligroso son los efectos producidos por la ausencia de objeto.⁴⁴³

Así, el peligro designa tanto la situación de aumento de la tensión como lo que

⁴⁴³ Sobre este propósito, Laplanche (1980b: 149) especifica que “el peligro no es directamente la separación, sino la *situación* en la cual el niño corre el riesgo de encontrarse *si esta separación se produce*.” Más adelante, plantea que la separación “es la causa real del peligro si examinamos *nosotros* la situación objetivamente, y al propio tiempo deviene subjetivamente, *para el niño*, el peligro mismo.” En J. Laplanche (1980b: 150).

es potencialmente capaz de desencadenar esta misma situación. Es en este último caso donde actúa la angustia señal con la finalidad de avisar de la inminencia de una situación de aumento hipertrófico de la excitación y su consecuente desbordamiento energético antes de que esta situación se produzca. Sin embargo, este aumento de la excitación se convierte en estado de desvalimiento, relacionado con la vivencia traumática, si el sujeto no puede dominarlo y es desbordado por él.

Freud establece la distinción entre experiencia traumática y situación de peligro: la primera estaría relacionada con el estado de desvalimiento psíquico y la segunda constituye el proceso mediante el cual el yo espera el advenimiento de la situación traumática en lugar de ser sobrepasado por ella.⁴⁴⁴ Pero la situación de nacimiento que constituye el peligro equivale a la angustia, es decir, el peligro no se distingue de la angustia. Pero, existen peligros que pueden precipitar la situación traumática, a saber, la pérdida del objeto, la pérdida del amor del objeto, la pérdida del pene y la pérdida del amor del superyó.

⁴⁴⁴ En ese sentido, el apronte angustiado, además de ser una de las adquisiciones del yo en el curso del desarrollo, corresponde a una medida preventiva contra la emergencia de la situación traumática, en lugar de ser sobrepasado por ella. En S. Freud (1926d: 129).

De manera que la insatisfacción, traducida en términos de aumento de tensión (intensidad hipertrófica de excitación) y desbordamiento (ruptura de la protección antiestímulo) se anuda con un proceso de descarga automática, equivalente a la vivencia del nacimiento. El resultado se ve como una serie de reacciones corporales tales como el llanto y el pataleo. Pero el puente entre la angustia del nacimiento y la angustia de separación no será el nacimiento, sino el destete, que, a su vez, se ampliará hacia el componente histórico de la angustia, la angustia señal. En efecto, el niño emite la señal de angustia por la ausencia del objeto-madre, que satisface las necesidades biológicas pero que también aporta elementos clave para su constitución como sujeto psíquico. La señal deliberada de angustia emitida antes mismo de la reacción traumática es lo que guiará la relación con el deseo y con la fantasía, caracterizándola como específicamente humana.

La “angustia de castración” (*Kastrationsangst*), que consiste en el temor del niño a ser desposeído de los genitales, no se reduce a las angustias que desembocan en la amenaza de castración, sino que también se refiere a aspectos implícitamente sexuales (Green, 1990: 37-38).⁴⁴⁵ Aquí, aparece

⁴⁴⁵ A propósito de la formación de síntoma en la neurosis obsesiva dice Freud: “La hostilidad del superyó es la situación de peligro de la cual el yo se ve precisado a sustraerse. Aquí falta todo asomo de proyección; el peligro está enteramente interiorizado. Pero si nos preguntamos por lo que el yo teme del superyó, se impone la concepción de que el castigo de éste es un eco del castigo de castración. Así como el superyó es el padre que

como análoga a la angustia de nacimiento y de separación, puesto que encuentra en la separación su factor común, pero que tiene un efecto mucho más impactante que la angustia de separación.⁴⁴⁶ Freud define aquí el término castración como el desprendimiento de material fecal del intestino y la pérdida del pecho materno al finalizar el periodo de amamantamiento (1926*d*: 123).⁴⁴⁷ En todos los casos se trata de objetos percibidos: la madre, el pecho, las heces que asumen una significancia propia a medida en que fue posible accionar este proceso de desprendimiento. No obstante, aunque el nacimiento se constituye de una separación física de la madre, dicha separación no es perceptible por

devino apersonal, la angustia frente a la castración con que éste amenaza se ha trasmutado en angustia social indeterminada o en angustia de la conciencia moral.” En S. Freud (1926*d*: 121-122). Así, la angustia frente al superyó puede ser también desmentida y su aparente transformación en angustia social revela que la angustia frente al superyó no es nada menos que la angustia de castración, tal y como revela Green (1990: 58). En el mismo capítulo, continúa Freud: “Me ha parecido que la última mudanza de esta angustia del superyó es la angustia de muerte (de supervivencia), la angustia frente a la proyección del superyó en los poderes del destino.” En S. Freud (1926*d*: 132). Si bien la angustia de castración es equivalente a la angustia frente al superyó, la angustia de muerte, según Abadi (1996: 1104) se refiere al miedo a lo desconocido, se trata o bien de una regresión tópica de la angustia de castración, o bien de una forma de angustia que sirve para protegerse la angustia de castración. Bérouti (1996: 1131) ha tratado detenidamente este tema.

⁴⁴⁶ Un autor como Green (1973: 115), señala la reunificación entre la angustia de castración y la angustia de separación. La primera “depende de la amenaza de la pérdida del objeto parcial, el pene, cuyo efecto sería el de hacer imposible cualquier reunión con la madre” e “implica el abandono del goce del pene para conservar la integridad narcisista” (sacrificio de la función para conservar el órgano). La segunda “depende de la amenaza de la pérdida del objeto total” e “implica el abandono del deseo para conservar el objeto” (sacrificio de la autonomía para conservar a la madre).

⁴⁴⁷ Son éstos los precursores de la castración que, a pesar de que no están ubicados en la fase fálica, periodo del desarrollo estrechamente vinculado con el complejo de castración y que especifica el complejo de Edipo, presenta como efecto una modalidad de

el niño como tal; lo que ocurre es una alteración económica a la que él tendrá que adecuarse, y no una vivencia subjetivada del nacimiento como separación.

Para el niño no existe percepción de la separación a raíz del nacimiento, pero la madre lo vive como separación objetiva y subjetiva: es la relación con la madre, de importantes consecuencias, la que permitirá al niño subjetivar esta experiencia y accionar los mecanismos necesarios para su evitación.

Al plantear una angustia de castración, Freud reconsidera la importancia de la percepción puesto que, para él, la castración se relaciona con la percepción de la diferencia, con una amenaza real y con la consumación del acto propiamente dicho de ser desposeído de los genitales.⁴⁴⁸

angustia comparable con la pérdida misma del pene. En A. Green (1990: 57).

⁴⁴⁸ En el trabajo titulado “El sepultamiento del complejo de Edipo” (1924d), Freud introduce y describe el desarrollo del complejo de castración en el niño y en la niña. En el periodo en que ocurre este complejo, el pene como zona erógena rectora, será el órgano del cuerpo cuya extrema valoración conducirá al establecimiento de un sistema de creencias en ambos sexos. La amenaza de castración en el niño obtiene su efecto a posteriori cuando, tras la *desmentida* acerca de la diferencia entre los sexos, la observación de los genitales femeninos, que destruirá la creencia de la no diferencia e introducirá otro tipo de creencia y de sentimiento, a saber, la intelección de que la mujer fue castrada y el consecuente temor a de ser desposeído de los genitales. Esta nueva intelección conduce a la renuncia de cualquier satisfacción proveniente del complejo de Edipo. Renuncia que se procesa en los términos de represión y de identificación con la figura paterna, que si no es lograda por completo permanecerá en el inconsciente y posteriormente revelará su contenido patógeno. En la niña, el clítoris cumple la función del pene en el niño, del que ésta, al comparar el tamaño de ambos se siente inferior (envidia del pene) y nutre la expectativa de que luego crecerá (complejo de masculinidad) o que cree que lo tenía pero lo perdió por la castración. Así, la niña acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el niño tiene miedo a la posibilidad de su consumación. En S. Freud (1924d: 181-187). Será en “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” (1925j), cuando Freud analice detenidamente una de las consecuencias del complejo de castración

Se trata de un peligro real percibido por el yo: la castración es una amenaza que parte de la realidad y se relaciona con la angustia como un intento de huida ante un peligro objetivo.⁴⁴⁹

Así, pues, toda la dificultad en abordar el problema de la angustia es el de saber por dónde ataca ella. En efecto, la noción de angustia realista relacionada con un peligro real siempre supondrá un grado de abstracción, de modo que el núcleo del problema se inscribe en cuestiones topológicas difíciles de

en la niña, la envidia del pene o la inferioridad del clítoris, que ni se reduce al complejo de masculinidad ni encuentra solución de continuidad, a diferencia del complejo de castración en el niño que sepulta el complejo de Edipo; por eso, presenta múltiples consecuencias, una de las cuales son los celos, que aunque Freud reconozca que se trata de un rasgo común en ambos sexos, subraya que en la mujer es más acentuado, puesto que se refuerza por el desvío de la envidia del pene. Otra consecuencia es el aflojamiento del vínculo tierno entre hija y madre, ya que la niña atribuye a la madre la responsabilidad de su falta de pene, así como una corriente opuesta al onanismo; la niña renuncia a la masturbación (por rechazo de sus propios genitales o por abandonar la competencia con el niño; ahí se abre la brecha que dará lugar al desarrollo de la feminidad). E. D. Bleichmar llama la atención sobre que Freud sea tan rotundo al dilucidar la envidia del pene y sus consecuencias, aunque dispusiera de pocos casos que corroborasen sus hipótesis. Propone sustituir la envidia del pene por la “*envidia al falo en tanto símbolo, no del pene erecto, sino de lo que el pene erecto pasa a ser símbolo: del apoderamiento masculino de las instituciones de lo simbólico.*” En E. D. Bleichmar (1997:199). Asimismo, para un análisis actualizado del complejo de castración en la mujer, véase N. Ferro (1991).

⁴⁴⁹ Ahora bien, el hecho de que la angustia fóbica sea un asunto de percepción, no implica exclusivamente su conexión con un objeto exterior puesto que la angustia realista o el miedo se caracterizan de la misma forma. Lo que los diferencia es que el contenido angustiante permanece inconsciente y sólo adviene consciente cuando está desfigurado. Sin embargo, no existe distinción neta entre ambas clases de angustia puesto que la angustia realista también remite a un contenido inconsciente: es precisamente este elemento el que, no pudiendo ser elaborado en el ámbito psíquico, se desplaza hacia la realidad. En la misma línea, es la pulsión de muerte la que permite la articulación entre angustia realista y angustia pulsional: “Acaso ocurra bastante a menudo que en una situación de peligro apreciada correctamente como tal se agregue a la angustia realista una porción de angustia pulsional. La exigencia pulsional ante cuya satisfacción el yo retrocede aterrado sería entonces la masoquista, la pulsión de destrucción vuelta hacia la persona propia.” En S. Freud (1926d: 157, n. 13).

descifrar. Esta cuestión, a saber, si la angustia ataca desde el interior o desde el exterior, se anuda con la formulación que Freud realiza sobre la castración.

En este trabajo Freud plantea que la pulsión no es, de por sí, amenazadora; sólo adviene peligrosa en la medida en que se conecta con un objeto exterior: la castración le da esta cualidad. De modo que es el enlace entre pulsión y objeto lo que resignifica a ésta como peligrosa. De la misma manera que no conocemos la pulsión a no ser por sus representantes, lo que se representa de la pulsión no corresponde con la “verdadera” moción pulsional reprimida debido al proceso de desfiguración. La proyección hacia un objeto exterior constituye un importante logro ya que se pueden implementar medios de huida; lo que no ocurre con las sensaciones internas: nadie puede huir de su propio cuerpo.

De la angustia de nacimiento a la angustia de castración, ocurren significativas variaciones dadas por el advenimiento de la actividad fantasmática. En ese sentido es lícito matizar la afirmación según la cual el nacimiento real es la primera experiencia de angustia: lo que es pertinente en el análisis sobre la angustia de nacimiento son los procesos de descarga, alteración que se repite a

lo largo de las experiencias del sujeto y que da paso a la vivencia subjetiva⁴⁵⁰ de la angustia en la medida en que introduce la dimensión fantasmática de esta experiencia. Es por esta razón que el nacimiento sirve de *prototipo* para las siguientes experiencias de angustia.⁴⁵¹ Por lo tanto, el estudio sobre la angustia ocurre en función de su relación con la realidad y con la fantasía. La noción de realidad introduce, a su vez, la noción de peligro real.

Ahora bien, la hipótesis según la cual el nacimiento constituye el prototipo de todas las experiencias de angustia no implica elevarlo a la categoría de la más significativa entre todas las situaciones de peligro, tal como hizo Otto Rank (1924)⁴⁵² con su teoría del “trauma del nacimiento” (*das Trauma der*

⁴⁵⁰ “De manera que en adelante el modelo globalista impone que la *función subjetiva* (funcionalismo) de un elemento psíquico regule sola su status.” Bercherie (1983: 419) explica así las consecuencias en el pensamiento freudiano acerca de la función que la angustia asume a partir de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d) como repetición, a partir de la matriz básica del nacimiento, de una reacción ante una situación de peligro.

⁴⁵¹ Laplanche (1981: 243, n. 108) establece una analogía entre la situación del nacimiento y la de la muerte: “Al decir que no tenemos idea de muerte, o que no hay idea de muerte en el inconsciente, se pondría también en evidencia que no hay idea del nacimiento; el nacimiento en el sentido estricto, no sólo como proceso físico, sino como llegada al ser, es tan impensable como la muerte.”

⁴⁵² Otto Rank (1884-1939), filósofo y psicoanalista vienés y uno de los primeros colaboradores de Freud, con el cual mantenía una actitud afectuosa y fraternal. Eso ocurriría hasta 1926, año de la ruptura de Rank con Freud y sus discípulos debido a las ideas sobre el trauma del nacimiento y sobre los análisis breves. Proceso de ruptura que tardó tres años en concretar, sea por una actitud más cautelosa por parte de Freud, casi forzado a posicionarse por la presión de algunos de sus discípulos como Abraham, quien veía en las ideas de Rank una amenaza para la causa psicoanalítica, sea por los intentos estériles por parte de Rank de disculparse ante la comunidad psicoanalítica por las posibles divergencias respecto a Freud. *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d) fue, ante todo, una

Geburt).⁴⁵³ Aunque Freud sugiere que la primera situación de angustia es el trauma del nacimiento, de ningún modo subestima la importancia del “complejo de Edipo” (*Ödipuskomplex*) ya que establece una cronología de angustias estrechamente vinculadas con el advenimiento y sepultamiento de la conflictiva edípica. Con lo cual, la angustia de separación adviene en un estado de prematuración del yo, la angustia de castración en la fase fálica y la angustia frente al superyó en el periodo de latencia. Cronología de angustias que subraya aún más el carácter acumulativo de unas respecto a las otras, lo cual supone que una forma no excluye a la otra, como también puede conllevar a la posible acción a posteriori de estas formas (1926d: 134).⁴⁵⁴

especie de manifiesto contra las ideas de Rank sobre el trauma del nacimiento. Gay (1988: 425-457) trata detenidamente sobre este proceso de ruptura.

⁴⁵³ El trauma del nacimiento, tal y como lo expone Rank en un libro que lleva este mismo nombre, consiste en “un fenómeno en apariencia puramente corporal que nuestras experiencias, no obstante, autorizan a encarar como una fuente de efectos psíquicos de una importancia incalculable para la evolución de la humanidad y en el cual nos hacen ver el último sustrato biológico concebible de la vida psíquica, el núcleo mismo del inconsciente.” En O. Rank (1923: 15). El neurótico es concebido por Rank como el sujeto que no pudo abreaccionar el trauma del nacimiento. La importancia atribuida al factor hereditario produce una rotunda discordancia respecto al pensamiento de Freud ya que no sólo destituye al complejo de Edipo como el complejo nuclear de las neurosis, sino también porque reduce la etiología de las neurosis a un factor fisiológico en detrimento del soporte básico del pensamiento freudiano según el cual la etiología de las neurosis es sexual. En esta concepción, todas las modalidades de angustia, incluso la angustia de castración, estarían subsumidas a la angustia de nacimiento. Freud mismo ha tejido un examen crítico sobre estas ideas de Rank. Véase, por ejemplo, S. Freud (1926d: 141-143). Asimismo, véase N. Caparrós (1991: 36-45), quien incluye en su análisis las cartas de Freud dirigidas a algunos de sus discípulos y allegados más íntimos en las que expone más abiertamente sus críticas sobre las ideas de Rank.

⁴⁵⁴ Aunque Freud eleva a la angustia de castración como el factor común que

De modo que la situación de peligro varía de acuerdo con el desarrollo psicofisiológico del yo y se vuelve más impersonal al despersonalizar la instancia parental. Por otra parte, se verifica que en la angustia de nacimiento planteada por Freud interviene exclusivamente el factor que da cuenta de la desorganización traumática, es decir, el factor económico. Con lo cual, entre esta primera manifestación -fisiológica y adaptativa- de la angustia y las formas posteriores de la misma, existirán una serie de desarrollos tales como la constitución del yo, el advenimiento de la sexualidad, el establecimiento de las primeras heridas narcisistas y su corolario, el complejo de Edipo. Periodo intermedio donde también se estructura toda la dinámica entre las representaciones y sus afectos correspondientes. Serán todos estos procesamientos los que darán a la angustia su rasgo histórico.⁴⁵⁵

conduce a la neurosis, muestra con cierta regularidad una tendencia a relativizar la importancia de esta angustia respecto a las otras. Esta tendencia se evidencia cuando Freud destaca más la angustia de separación en el caso de la histeria dado que el peligro de castración “no podría ser decisivo para la niña”, de modo que “más que la pérdida real del objeto, se trata de la pérdida del amor por parte del objeto”. Llega incluso a establecer una suerte de equivalencia entre las diversas formas de angustia y las neurosis; así, en el caso de la neurosis obsesiva, la angustia dominante sería la angustia frente al superyó y, sólo en las fobias, la angustia de castración desempeñaría una función dominante. En S. Freud (1926d: 135).

⁴⁵⁵ Este planteamiento de Freud según el cual la angustia cambia de acuerdo con las diferentes etapas de la vida, revela la importancia del contenido de la fantasía o de la realidad inherente a la perspectiva histórica de la angustia. Fue partiendo de estos elementos que Melanie Klein construyó una teoría sumamente original. Desde muy temprano, esta autora prestó atención a la angustia. *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d) ejerció un

IV.4.1. Yo, angustia, pulsión y complejo de castración.

<i>Correlaciones entre la tónica de la angustia y la tónica de la pulsión.</i>
--

Releyendo el conjunto de los textos de Freud sobre la angustia, no es difícil constatar que las líneas de desarrollo esbozadas desembocan siempre en su ambigüedad tónica. Aunque Freud sostenga la hipótesis según la cual el yo es el genuino almacén de la angustia, no desestima la posibilidad de una angustia originada en el ello, cuestión de por sí ambigua ya que plantea la existencia de un afecto originado más allá del yo, precisamente en una instancia que carece de percepción y que, por lo tanto, no puede distinguir una situación de peligro. Desde luego, eso no implica desestimar la función que cumple el ello -e incluso el superyó- en el engendramiento de la angustia, al contrario pues, como Freud comenta, en el ello también puede consumarse procesos que

influye decisivo en sus formulaciones. En lo que se refiere al trauma del nacimiento, Klein lo considera como el momento de angustia máximo, en la medida en que constituye los albores de una desmezcla pulsional impulsado por el intenso sentimiento de amenaza sentido por el yo a causa de la acción del instinto de muerte. Este sentimiento de amenaza puede ser traducido por el temor a la aniquilación (a la muerte) y adquiere la forma de un miedo persecutorio. Esta angustia persecutoria, típica de la posición esquizoparanoide, lleva al yo a desarrollar mecanismos de defensa tempranos, escindiendo el instinto de muerte y el instinto de vida, y proyectándolos hacia objetos parciales ya que el instinto tiende siempre hacia el objeto. Véase R. D. Hinshelwood (1989); voz: "Angustia".

proporcionan al yo el desarrollo de angustia como las represiones más tempranas o las posteriores (1926d: 133).

Laplanche (1980a: 152) estima que toda angustia *proviene* del ello, de la fuerza pulsionante incitada en esta instancia, pero se *produce* en el yo.⁴⁵⁶ De modo que, siguiendo este razonamiento, la distinción realizada por Freud entre “angustia yoica” (*Ich-Angst*) y “angustia pulsional” (del ello; *Trieb-[Es]-Angst*) sería equivalente a la distinción entre angustia señal y angustia automática.

Ya se comentó anteriormente (véase IV.1.2.) las similitudes y las diferencias del reemplazo de la noción de inconsciente por la de ello. Ahora bien, la concepción freudiana sobre los afectos sufre un reajuste como consecuencia de este reemplazo. Si antes el concepto de inconsciente se ajustaba a la concepción del afecto como descarga automática, ahora la noción de ello debe también incluir el advenimiento de los afectos como representaciones, que sería la concepción histórica de la angustia. El problema de los afectos en el

⁴⁵⁶ Para este autor, la “angustia del yo” o “angustia realista”, la “angustia del ello” o “angustia neurótica” y la “angustia frente al superyó” o “angustia de la conciencia moral” pueden incitar el desarrollo de angustia, pero el lugar donde se produce el desarrollo de angustia es en todos los casos el yo. Lo cual, refleja una concepción de un yo activo y que presenta un cierto dominio frente a las mociones pulsionales del ello y del superyó. En J. Laplanche (1980a: 231).

ello será el de relacionar la dimensión no psíquica presente en el proceso de descarga automática con el proceso de subjetivación a partir de su vinculación con la cadena de representaciones, tema que anteriormente se trató, a propósito de la pulsión, siguiendo la línea de pensamiento expuesta por Green (1973: 116-17; véase IV.1.2.).

Aunque, por otra parte, desde un punto de vista tópico la angustia debe colocarse también del lado de la pulsión por el énfasis sea en su manifestación somática, sea en su manifestación psíquica. En todo caso, es la “ambigüedad tópica” lo que la caracteriza, el estar en el límite entre lo psíquico y lo somático.⁴⁵⁷

El problema del origen de la angustia, es el mismo que el origen de la pulsión: se trata del interrogante acerca de la génesis de lo traumático de la excitación sexual: lo que se infiltra en el psiquismo desde el exterior es percibido por el yo como una invasión de cantidades de energía pulsional más allá del nivel

⁴⁵⁷ Así, un autor como Bérouti (1996: 1124), plantea que la angustia es un movimiento pulsional que, por carecer de representaciones, se expresa en un nivel de lenguaje del deseo y de la muerte. Señala también, la “a-territorialidad” entre lo psíquico y lo somático de la pulsión y de un afecto como el de la angustia. En R. Bérouti (1996: 1130). Jallinsky (1993: 1174), haciendo hincapié más en la dimensión somática, plantea que angustia y pulsión expresan un cuerpo somático que produce una descarga automática de efecto desorganizante de una energía que no puede ser ligada, del retorno de lo reprimido y que produce un efecto traumático de un peligro máximo: el de no-ser o no-sobrevivir.

tolerado. Tanto en la angustia automática como en la angustia señal - en este caso con matices, ya que el yo podrá prever la situación de peligro-, el yo estaría librado al ataque de la pulsión, ataque interno-externo de lo que no se puede huir (véase II.4.3.). Que proviene del exterior, pero es vivida por el sujeto como un cuerpo extraño interno que le ataca. La angustia automática indica los efectos de lo pulsional (no-ligado) y se perfilaría como el afecto menos psíquico, es decir, que transita directamente del ello al yo sin la mediación del preconscious. Lo cual, revela que si bien el yo puede defenderse de la pulsión mediante los mecanismos de defensa, en el caso de esta modalidad de angustia se perfila un yo más sujetado a tales desbordamientos energéticos y sin posibilidades de metabolizarlos, tal y como señala Green (1986: 200). La angustia señal, a su vez, delinea la dimensión simbólica de la pulsión, como una “vivencia” (*Erlebnis*) subjetiva.

El dolor, definido por Freud como pseudo-pulsión, es el correlativo al sufrimiento psíquico.

En la misma línea, en el trabajo titulado “La represión” (1915d: 141), Freud

nombró al dolor como una “pseudo-pulsión” (*Pseudotrieb*) y describe el proceso que culmina con esa sensación; aunque proviene del exterior, ataca el organismo desde su interior y presenta un empuje constante sin que el organismo encuentre posibilidades de huida.⁴⁵⁸ Será en *Más allá de principio de placer* (1920g: 29-30), donde explicará el dolor corporal como efecto de una perforación siempre traumática de la protección antiestímulo, lo que él llama “intrusión” (*Einbruch*), así como de la necesaria difusión de excitaciones continuadas provenientes del interior del organismo.⁴⁵⁹ Proceso que produce una profunda perturbación en la economía energética del organismo. La reacción será la de crear una contrainvestidura de nivel correspondiente a la investidura que ha dado lugar a la perforación, lo que da lugar a una parálisis o rebajamiento de los sistemas psíquicos con la consiguiente dificultad de diferenciar entre fuentes externas e internas.

Es en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d: 139) donde, Freud vuelve a la

⁴⁵⁸ Freud describe así el proceso que culmina con esa sensación: “Puede ocurrir que un estímulo exterior sea interiorizado, por ejemplo si ataca o destruye a un órgano; entonces se engendra una nueva fuente de excitación continuada y el incremento de tensión. Tal estímulo cobra, así, notable semejanza con una pulsión. Según sabemos, sentimos este caso como dolor. Ahora bien, la meta de esta pseudo-pulsión es sólo el cese de la alteración de órgano y el displacer que conlleva.” En S. Freud (1915d: 141).

⁴⁵⁹ Por eso, el dolor se distingue del displacer ya que no se caracteriza por un aumento o disminución de la tensión sino por la perforación de la protección antiestímulo y la intrusión de las excitaciones que van, a su vez, a quebrar la homeostasis del organismo e imposibilitarán la distinción entre fuentes internas y fuentes externas. En S. Freud (1920g: 29).

concepción ya presente en el “Proyecto” (véase I.3.2.): explicará el dolor psíquico por referencia al dolor en el proceso de conversión del síntoma histérico: es la pérdida del objeto el factor que produce dolor (1926*d*: 124). Si bien en el “Apéndice” vuelve a la metáfora de la vesícula viva sobre la perforación de la protección antiestímulo. Tal metáfora es ahora metáfora de la “pérdida del objeto”. El dolor por la pérdida del objeto amado es sentido como una “ruptura interna”. Por eso, atento a las creaciones del lenguaje dirá: “no dejará de tener su sentido que el lenguaje haya creado el concepto del dolor interior, anímico, equiparando enteramente las sensaciones de la pérdida del objeto al dolor corporal” (1926*d*: 159). La intensa añoranza del objeto perdido es “equivalente” al dolor corporal, con la diferencia de que mientras éste corresponde a una investidura narcisista, el dolor psíquico corresponde a la investidura objetal. Así, pues, la representación de la pérdida del objeto es, en lo psíquico, lo que el dolor es en lo corporal (1926*d*: 160).

Pero mientras la ruptura del dolor físico se refiere a un proceso fisiológico - de ahí el término “pseudo-pulsión” (*Pseudotrieb*) - angustia y pulsión se refieren a una ruptura psíquica; desemboca en el “sufrimiento”.⁴⁶⁰ Como quiera que sea, la pérdida del objeto sería en lo psíquico lo que el dolor es en

⁴⁶⁰ Al que Gillibert (1982: 1224) define como excitación sin zona erógena. Laplanche (1980*a*: 248), siguiendo las ilaciones desarrolladas por Freud, concibe el dolor

lo corporal.

Pero, por otra parte, es esta metáfora del dolor corporal, como ruptura de la membrana protectora por la invasión del estímulo la que, trasladada al ámbito psíquico, ofrece posibilidades de metaforizar la ruptura *intromisiva* e *invasora* que se produce en el niño por la sexualización del otro. Intromisión siempre traumática; de ahí su vínculo con la pulsión de muerte, tal y como se verá a continuación.

<p><i>El papel de la pulsión de muerte en los primeros momentos de la vida es equivalente al proceso de emergencia de lo sexual.</i></p>
--

Ocurre que el “primer tiempo” de la vida no corresponde con el “primer tiempo” de la sexualidad. De manera que la experiencia que servirá de prototipo a todas las vivencias de angustia, la angustia de nacimiento, se ubicaría en un “tiempo” anterior a la implantación de la pulsión (concibiéndola a partir de su origen exógeno). Si bien la experiencia del nacimiento es el primerísimo indicio de una energía móvil en busca de descarga, esta energía es

como una efracción limitada y la angustia como una efracción extendida.

estrictamente somática, fisiológica y con fines adaptativos.⁴⁶¹

Se trata de la angustia ante una “amenaza de peligro objetivo para la conservación de la vida” (1926d:128). Ésta es la función de la angustia desde el punto de vista biológico. Sin embargo, este peligro del nacimiento carece todavía de contenido psíquico ya que el yo ni está constituido ni tiene la percepción subjetiva del acto del nacimiento. Suponer, pues, una de “angustia de nacimiento” si se le quiere dar dimensión psíquica al término conllevaría aceptar una disposición filogenética hacia este afecto.⁴⁶² Pero, hay que tener en cuenta que lo biológico ni se reduce a lo instintual o, lo que es lo mismo, a lo filogenético. Eso significa que los “montajes reguladores” descritos por la biología y que explican el acto de nacimiento son mucho más amplios y complejos.

Helos aquí. El acto de nacimiento estará marcado por un exceso de excitación interna debido al impacto del organismo con el mundo exterior y con sus

⁴⁶¹ Como se señaló anteriormente (véase III.2.2.), esta energía sigue la tendencia adaptativa de descargarse totalmente, es decir, está de acuerdo con el principio de Nirvana.

⁴⁶² Hipótesis que Freud sostiene: “Los estados afectivos están incorporados {*einverleiben*} en la vida anímica como unas sedimentaciones de antiquísimas vivencias traumáticas y, en situaciones parecidas, despiertan como unos símbolos mnémicos. (...) En el hombre y en las criaturas emparentadas con él, el acto de nacimiento, en su calidad de primera vivencia individual de angustia, parece haber prestado rasgos característicos a la

estímulos (sonoros, táctiles, entre otros). El mismo organismo buscará la forma de reducir tal exceso de excitación a través de mecanismos reguladores que buscan recuperar el estado de estiaje energético, típico de la vida intrauterina.⁴⁶³ Estado que sólo será colmado con la “acción específica” proveniente del mundo exterior, dado que estos montajes son todavía inadecuados para cumplir esa función; sólo serán plenamente desarrollados progresivamente.

Habría, pues, una “disposición congénita” a reducir el exceso de excitación, que no puede identificarse como puro retorno al instinto, sino que consistiría en “una *adquisición patológica y desadaptativa*: una tendencia general a la ansiedad, presta a aprehender ‘toda novedad’ -incluida la aparición del deseo [*désirance*]- como un peligro y a tratarlo como tal” (Laplanche, 1987a: 104). Es decir, si bien existen, desde el nacimiento, *comportamientos adaptativos*, para orientarse hacia la supervivencia, tales comportamientos muestran que el sujeto que les porta, desde el punto de vista psicofisiológico, es profundamente prematuro e incapaz de llevar a cabo la adaptación sin la ayuda ajena.

expresión del afecto de angustia.” En S. Freud (1926d: 89; las llaves son de Etcheverry).

⁴⁶³ Los fenómenos fisiológicos participantes de este proceso serán la urgente necesidad de oxigenación y de descarga de la excitación en virtud de la interrupción del flujo sanguíneo y la reactivación de los órganos de la respiración y del corazón.

Ahora bien, ¿qué papel cumple la pulsión de muerte en los primeros momentos del individuo? Anteriormente se trató (véase III. 2.3.) sobre su papel *en la constitución del aparato psíquico*. Sin embargo, la última formulación sobre la angustia presenta una laguna *en lo que respecta al conflicto pulsional*.⁴⁶⁴

Ahora bien, tratar sobre el papel que cumple la pulsión de muerte en los orígenes de la vida es tratar sobre el proceso de implantación de la pulsión o de la emergencia de lo sexual a partir de la dimensión adaptativa. Implantación que, de entrada, subvierte todos los mecanismos reguladores inherentes a la adaptación del organismo al medio a partir de la “acción modificadora” - término empleado por S. Bleichmar (1984: 59)- del adulto, introduciéndose a modo de una ruptura traumática, tal y como se mencionó antes. *Desde el punto de vista económico*, la implantación convertirá la descarga absoluta de la tensión (o el principio de Nirvana) apenas en una tendencia, ya que la pulsión

⁴⁶⁴ Concibiendo la angustia de nacimiento como un estado originario pero estrictamente económico, Freud no determina qué energía está involucrada en la descarga. Lo único que se tiene claro es que la angustia de nacimiento hace hincapié más en el aspecto adaptativo. La misma dificultad se presenta al detectar cuál pulsión se somete en el proceso defensivo en la histeria de angustia. Dado que no existen mociones pulsionales en estado bruto sino bajo mezcla pulsional (la represión compromete a ambas), le es indiferente detectar cuál pulsión está en juego. Lo que interesa a Freud es encontrar el elemento significativo que reúna la sintomatología de las fobias, y éste viene dado por la relación entre represión y angustia: lo que impuliona la castración es la angustia frente a una castración inminente. En las fobias, el yo procede contra la investidura libidinosa de objeto del ello, lo que configura el complejo de Edipo positivo y negativo, puesto que ceder a ella conllevaría el peligro de castración. El complejo de castración acciona la represión y las mociones pulsionales constituyen lo reprimido: son éstas las pulsiones que configuran el complejo de Edipo y que sucumben a la represión.

se distingue de toda energía somática por ser inevacuable. *Desde el punto de vista tópico*, la implantación de la pulsión permitirá la fundación de lugares psíquicos a partir de la represión primordial y, consecuentemente, el establecimiento del yo. *Desde el punto de vista dinámico*, de la autoconservación brotará la sexualidad. Será la traducción de lo implantado lo que configurará tanto las pulsiones de vida como el conflicto de éstas con lo no-ligado, la pulsión de muerte, donde se plasmarán las sucesivas formas de angustia a lo largo del desarrollo. Lo cual significa que será con la implantación de la pulsión que el niño será humanizado.

<i>La participación del otro en la constitución de la sexualidad, II.</i>

La madre, en cuanto objeto de la pulsión, se inscribe traumáticamente en el psiquismo infantil. Tal modo de inscripción, que puede en propiedad denominarse “intromisión”, otra vertiente de la implantación de la pulsión en que hay una especial presencia de la pulsión de muerte-, viene a mostrar que la madre no sólo cumple un papel apaciguante, sino también excitante, traumático en el niño que, aunque *activo* desde el punto de vista de la

autoconservación, es *pasivo* desde el punto de vista de la sexualidad.⁴⁶⁵

Ahora bien, el niño, expuesto a la intromisión de la madre en los términos antes expresados, podrá ligar la energía móvil mediante un trabajo de traducción que la convertirá en pulsiones de vida, trabajo que sólo será posible con una madre capaz de investir narcisísticamente al niño. Lo cual revela que la función ligadora viene dada por la madre. De lo contrario, el niño quedaría librado exclusivamente a los ataques constantes de la compulsión de repetición bajo el imperio de la pulsión de muerte.⁴⁶⁶

El niño, pues, está expuesto tanto a la “intromisión traumática” como a la “acción ligadora” de la madre. Así nace la vida pulsional. Por eso, puede hablarse de la “angustia de nacimiento”. En los procesos fisiológicos involucrados es posible vislumbrar como brota la sexualidad a partir de lo adaptativo; habrá, también, otras necesidades, como el hambre, que demandarán la participación de la madre para ser suplidas. Tal y como se

⁴⁶⁵ Partiendo de la idea de un monismo sexual de base que coloca tanto a las pulsiones de vida como a la pulsión de muerte bajo el dominio de la libido, con la diferencia de que la tendencia de la primera es la ligadura y la segunda es la desligadura; idea sostenida por Laplanche, tal y como se trató anteriormente (véase III.3.1.).

⁴⁶⁶ Como quiera que sea, el niño experimentará la intromisión de la madre más como violencia que como deseo, como excitación en estado bruto que, si bien será elaborada hasta convertirse en lenguaje, siempre habrá, en todos los casos, un resto de la pulsión implantada que no será traducible, metabolizable o representable.

señaló, esta primerísima experiencia conduce, en primer lugar, a una respuesta *biológica* para que se requerirá energía estrictamente biológica. Pero, en segundo lugar, de tal respuesta quedará una “impronta” que, en lo sucesivo, se constituirá como el modelo de reacción ante todo tipo de situación de peligro y ello se irá articulando a medida que se establezcan las primeras vías de comunicación entre madre y niño, vínculo indispensable para colmar el estado de desvalimiento psicofisiológico. Serán los mecanismos de defensa, accionados por el yo, que no sólo avisarán el peligro, sino constituirán maneras de evitar la angustia asociada a la situación traumática.⁴⁶⁷ Si acaso

⁴⁶⁷ “El yo como sujeto de la represión y objeto de la amenaza, ¿no sería también fuente y destinatario de la pulsión, en posición ni de sujeto ni de objeto sino de los dos y de la energía común que los une?” En R. Bérouti (1996: 1124). Se delinea, así, la relación dialéctica entre el yo y las pulsiones, a saber, en la que lo externo repercute en el aparato psíquico como si fuera interno. Remite a una extraterritorialidad que permite pensar metapsicológicamente la relación entre el yo, las demás instancias que componen el aparato, y la fuerza que empuja continuamente el aparato psíquico y que aguijonea el yo en busca de satisfacción, la pulsión. Es la pulsión que uniría el yo y los objetos; vínculo que corrobora su aproximación con la experiencia, sin que eso implique en la pérdida de su estatuto metapsicológico. Extraterritorialidad en la que el yo está situado y que dita la siguiente sentencia: el afán de dominio del yo respecto a las instancias psíquicas es limitado ya que es necesario buscar una solución de compromiso respecto a las pulsiones, aunque modificando su meta o sustituyendo al objeto. De lo contrario, el afán de poder del yo respecto al ello y al superyó incurriría contra su propia dicha; la defensa respecto a lo pulsional que habita en el ello, en el superyó y en el yo inconsciente se convertiría en rechazo al empuje constante de la pulsión, convirtiendo la relación entre yo y los objetos próxima a una modalidad de funcionamiento de la libido definida como erotismo anal. La angustia, en este caso se perfilaría como una “mensajera” que recordaría al yo sus límites. Continúa Bérouti: “La angustia, proveniente de lo impensado, aun de lo impensable, puede así concebirse como un movimiento pulsional que, al no poder decir nada, comunica todo del registro del deseo y de la muerte. La angustia, esbozo de eco y rudimento narcisista, da ritmo a las dudas y oscilaciones de las investiduras del psiquismo.” En R. Bérouti (1996: 1124). Asimismo, para una estimulante discusión sobre las perspectivas clínicas de la angustia, véase N. C. L. Aconcia, L. Gojman, J. C. Gorlero et alii (1996: 1071-1090).

eso no ocurre, tenderán a “repetir” la situación traumática del nacimiento.

En lo sucesivo, la angustia se irá constituyendo como una vivencia *subjetiva*, lo cual significa un gran progreso en el logro de la autoconservación. Con la experiencia de que un objeto exterior, aprehensible por vía de la percepción, puede poner término a la angustia asociada a la situación peligrosa que recuerda la del nacimiento, el contenido de peligro se desplaza de la situación económica a su condición, la pérdida del objeto (1926*d*: 130).

Este proceso de implantación de la pulsión no es una operación acabada, sino que se reactualiza y se complejiza. El niño será pasivo, en cuanto recibe tal implantación, y *activo* en cuanto se empeña en la tarea constante de “traducción”. El movimiento mismo que delega a la pulsión su “representante psíquico” refleja la traducción de la pulsión. A este proceso continuado pasivo/activo de estructuración psíquica es nominado el “advenimiento del yo”. El niño en la medida en que va traduciendo su propia pulsión implantada va fantaseando las primeras relaciones con los adultos, en especial, los padres, a quienes irá “adhiriendo” sus propias representaciones y afectos. Cuando hayan alcanzado un cierto nivel de estructuración podrá hablarse de “complejo de Edipo”. Pero ello requiere que el nivel de estructuración cumpla ciertas condiciones. Es lo que se verá a continuación.

Desarrollos de la angustia de nacimiento a la angustia de castración bajo la óptica de la seducción que la madre ejerce sobre el niño.

El yo, gracias a la angustia señal, es capaz de prever la situación de peligro, lo cual le libra, por lo menos al principio, del proceso de desbordamiento traumático, característico de la angustia automática. Ahora bien, ¿cuál es la verdadera situación de peligro para el yo? Y, ¿dónde la sitúa el yo? Se puede responder que la verdadera amenaza de peligro proviene del exterior y es tal, es decir, vivida como peligrosa, por su conexión con la castración.

La amenaza de castración proviene del exterior, viene de la realidad, porque la percepción acerca de la ausencia o de la presencia del pene está del lado de la realidad. En la misma línea, la serie de “teorías sexuales” que se formulan sobre el origen y la diferencia de los sexos es una forma de respuesta a ésta *constatación* de la que hace el niño, y, al mismo tiempo, de la *desmentida* de ésta.

En las “teorías sexuales” queda patente, pues, el afecto que las anima: angustia

de castración, continua reedición del horror a los genitales femeninos, contemplados en la realidad y desmentidos.⁴⁶⁸

Cabe, ahora, preguntarse: ¿Cómo se ha llegado a la angustia de castración a partir de las reflexiones realizadas sobre la angustia de nacimiento? ¿Cómo adquiere el niño esta modalidad de angustia que es la angustia de castración? Es sabido que la madre, en el momento del nacimiento, no existe para el niño como un objeto. Pues bien, es precisamente el influjo materno sobre el niño lo que le va a permitir adquirir una cierta representación del otro y del sí propio; proceso que camina junto con el narcisismo. La madre pasa a existir para el sujeto como un objeto que le nutre y que le saca del estado de desvalimiento. Al saciar sus necesidades orgánicas -tal y como se ha desarrollado en las páginas anteriores- implanta la sexualidad que será resignificada *a posteriori*. Es la seducción subyacente en los primeros cuidados maternos la que hace que la madre no sea exclusivamente el objeto de las necesidades, sino también el objeto de deseo. Se hace necesario concebir este proceso desde el lado de la madre, tal y como se hará a continuación.

⁴⁶⁸ Green (1990: 53) señala que la angustia de castración responde a un doble conflicto, a saber, el *temor* y el *deseo* de castración. En este último, la angustia de castración es sustituida por el goce inconsciente que satisface el deseo de castración. Se perfila en el complejo de Edipo negativo y conduce al sujeto al masoquismo y a la reacción terapéutica negativa.

Se mencionó que el niño no tiene percepción del nacimiento como separación, lo que no ocurre con la madre. En efecto, además de la separación propiamente física, también surgirá para la madre, en un primer momento, un proceso de separación psíquica relacionado con la propia actividad fantasmática de su complejo de Edipo y de castración.

Ocorre que la madre tiene otra función además de la de ser madre nutricia, por eso “desvía” su atención hacia el niño y la “dirige” hacia al padre. Es, precisamente, esta “ausencia” de la madre, este orientarse hacia al padre, lo que marcará en el niño la presencia inevitable de lo traumático. Es decir, esta ausencia despierta la hiperexcitación en el cuerpo del niño que no podrá ligar y contrainvestir más que a través de ella. Se distingue de la situación traumática del nacimiento porque ahora la madre es añorada: la primera representación que el niño tiene de su madre es la esta ausencia. Al mismo tiempo, la percepción de esta ausencia abre el paso de una angustia automática a una angustia señal.

Es la identificación con la madre la que permitirá al niño ligar la hiperexcitación y adquirir la representación de su imagen corporal junto con la representación del cuerpo de la madre. Ahora bien, el padre siempre estuvo en

<i>La angustia es un afecto necesario que abre un abanico de posibilidades de simbolización.</i>
--

esta relación dual madre-hijo, en cuanto objeto al que se orienta la madre; de modo que la ausencia del padre no supone su inexistencia sino una presencia en potencia. La madre impedirá la representación de la doble imagen corporal -de ella y del niño- si no es capaz de remitir el niño al padre.⁴⁶⁹

Mientras tanto, el niño se mueve en este terreno de presencias y ausencias. Será la angustia señal la que le permite responder *activamente* respecto a experiencias que ha vivenciado de forma *pasiva* y así conducirse de una forma más acorde con sus posibilidades. *Actúa* en el mismo campo en que fue *invadido* involuntariamente. De modo que la angustia señal es, ante todo, espera con relación a la indeterminación que la ausencia de objeto produce, y repetición anticipada del desvalimiento. La situación de peligro es entonces recordada. Funciona como una especie de vacuna, pero también como desplazamiento activo del trauma o de un peligro pulsional sobre una situación de peligro exterior, contra la que el sujeto puede ahora defenderse. Cuando el yo en vez de actuar activamente y utilizar la angustia como señal responde pasivamente, el efecto es el fracaso de la defensa y la producción de la angustia automática. En este caso, no hay nada que pueda representar a la

⁴⁶⁹ Lo que está en juego no es la presencia del padre en cuanto imagen viril sino una “investidura fálica originaria en tanto vínculo identificadorio primordial, paliado por la

pulsión, es decir, que pueda ligar la pulsión a un objeto. Se produce una desorganización, una derrota del yo que reacciona con angustia.

Esta constelación evoluciona en cadena hasta la angustia de castración, que permite focalizar la angustia y desencadenar el trabajo de represión. El paso de la angustia como desbordamiento energético a la angustia de castración resignificada como separación, supone la constitución del yo, la puesta en escena de otras necesidades, el advenimiento de la fantasía, la posibilidad de ver al otro como objeto. Todas estas variantes influyen sobre el contenido de la situación de peligro. En este contexto, la madre se constituye como objeto *prohibido*. El niño tendrá que desplazar la investidura dirigida hacia el cuerpo de la madre y elaborar subjetivamente esta pérdida. La figura paterna aparece en este contexto para representar la *prohibición* y para ofrecer la multiplicidad de sentidos de los que el niño carece por el desplazamiento de investidura. La angustia de castración surge ante el peligro inherente al paso de un vínculo corporal hacia el intercambio simbólico. Es cuando la madre pasa a existir como objeto para el niño.

Se vislumbra, pues, una evolución en cadena sin que los componentes que

engendran este desarrollo se excluyan, de modo que las diferentes manifestaciones de angustia pueden coexistir. No obstante, lo que paulatinamente el estudio sobre la angustia viene a poner de relieve se refiere a los recursos simbólicos de los que el yo dispone para accionar la angustia señal. Supone, pues, un trabajo de elaboración, bien sea echando mano de viejos recursos, lo que da lugar a dos niveles de angustia, la angustia repetitiva y la angustia de la compulsión de repetición (más allá del principio del placer, en el orden de la pulsión de muerte inherente a la producción sintomática), bien sea demandando el interrogante que lo nuevo produce hacia otras vías, ejercitando la curiosidad y las ganas de saber aunque enmascarando el deseo de no saber. Como quiera que sea, la angustia es un afecto percibido, desconocido y temido, reflejo de los múltiples pero contradictorios saberes de los que el yo dispone para construir su espacio psíquico y reconocer los objetos que habitan en él. Reflejo también de los avatares a los que el yo tendrá que someterse para reconocer los objetos que en él habitan. Si bien la pulsión siempre empuja hacia adelante en busca de satisfacción, el yo corre el riesgo de convocar los objetos no para cumplir los designios de Eros, sino para dejar las pulsiones insatisfechas. La angustia será el resultado de este recorrido inacabado y servirá como un sendero prometiendo un sentido aún por descubrir.

V. CONCLUSIÓN

Tras las consideraciones expuestas a lo largo de los capítulos que componen el presente trabajo sobre el concepto de pulsión en los textos de Freud, llega momento de destacar los principales fundamentos de la *Trieb* freudiana; a la vez que sirven como un modo de concluir este trabajo, se perfilan como senderos hacia investigaciones futuras. Helos aquí:

1. Se reconoce que la pulsión presenta diferentes niveles de articulación:
 - sea entre los demás conceptos que componen la teoría psicoanalítica (por ej. el concepto de narcisismo y el de identificación); conceptos que sólo adquieren la dimensión metapsicológica cuando son articulados con la teoría de las pulsiones;
 - sea entre los dominios de saber (la biología y la psicología); elasticidad entre dominios distintos que, si bien aparecerá como un problema epistemológico, no deja de revelar la fecunda elasticidad de la *Trieb* freudiana;
 - sea por las temáticas que la reflexión misma sobre la pulsión evoca, ya que la dimensión pulsional no se reduce a lo no-ligado, sino que también se perfila en las experiencias subjetivas, tales como el complejo de Edipo y el complejo de castración, lo cual revela su aspecto ligado.

2. Se sugiere desvelar la naturaleza sexual de la cantidad de energía indiferente, cuestión que, si bien se insinúa desde los primeros trabajos de Freud, es explicitada en *Más allá del principio de placer*, de 1920, lo cual significaría que el planteamiento sobre una cantidad de energía indiferente *necesariamente* conduce a la idea según la cual toda pulsión es ante todo pulsión sexual.

3. Se ha observado la amplitud de miras que adquiere la noción de sexualidad en el pensamiento de Freud. Si en los comienzos, la sexualidad aparece asimilada a la genitalidad, con el establecimiento de la hipótesis estructural sobre el inconsciente, este vínculo se queda descentrado, lo cual revela que no existe saber sobre lo sexual forjado en las calderas del cogito cartesiano. La operación de ampliación acerca de la sexualidad humana encuentra su colofón con la introducción del concepto de narcisismo; el yo, ahora, se unirá a los designios de la sexualidad. Con el establecimiento del segundo dualismo pulsional, la sexualidad también estará unida a la concepción de un Eros totalizador, a que todo busca reunir y ampliar.

4. En la misma línea, a partir del análisis de los textos freudianos y basándose en los presupuestos que rigen la “teoría de la seducción originaria”, de Laplanche, es posible afirmar que la pulsión de muerte también representa la

sexualidad, pero en su aspecto más radical. Dentro de este orden de consideraciones, es posible afirmar que uno los designios de la pulsión de muerte, en concreto, la compulsión de repetición, puede también se delinear como referente de las pulsiones de vida.

5. Se reconoce la importancia de una obra como el “Proyecto de psicología”. Mediante la lectura de este escrito, fue posible vislumbrar en la pulsión el puente que condujo a Freud entre un modo de explicación mecanicista hacia un modo de explicación biologicista y que, a su vez, apunta a la dimensión subjetiva del encuentro del organismo con el objeto. De ahí es posible rastrear los diferentes niveles de articulación de la pulsión antes mencionados.

6. La ambigüedad constitutiva de la pulsión, como “concepto-límite” entre dos dominios, lo psíquico y lo somático -que a la vez que los une, los separa-, introduce un nuevo paradigma que permite el paso de lo biológico a lo psíquico; no se puede pensar el uno sin el otro, por eso, el interés del psicoanálisis se direcciona hacia un cuerpo biopsíquico.

7. Se reconoce que si bien la definición misma de pulsión evoque realidades no tangibles, no implica considerarla como mitología del psicoanálisis. Se reconoce, también, que la misma modalidad de reflexión que subraya el

carácter indeterminado de la pulsión, es la misma que sitúa el conflicto entre Eros y pulsión de muerte como un combate entre entidades míticas que son también de origen biológico. En ese sentido, la especulación freudiana sobre el segundo dualismo pulsional, que encuentra su fundamento en la biología, conduce a una interpretación subjetivizante de la pulsión.

8. Se reconoce la estrecha relación entre la pulsión y la tópica de los procesos psíquicos, hasta el punto en que no es posible pensar la teoría estructural freudiana desgajada de la teoría de las pulsiones.

9. La construcción de los conceptos psicoanalíticos, entre los cuales el de pulsión, si bien parte de los hechos de la experiencia, no se reduce a este nivel de elaboración ya que la pulsión encuentra su fundamento heurístico cuando está asentada en la metapsicología. Pero, del mismo modo que existe una especie de “distanciamiento” respecto a los datos de la experiencia para convertir los datos significativos de la observación en conceptos psicoanalíticos, existe otro movimiento que los une a ella, sin perder su fundamento estructural.

10. Se ha rastreado la dimensión biológica del concepto de pulsión. Allí se ha constatado que es imposible no hacerse cargo de esta dimensión en la obra de Freud, al contrario de ciertas tendencias que incluso desmienten esta

dimensión en los textos freudianos, reflejo mismo del modo en que se “traduce” la palabra de Freud.

11. En esta misma línea, se reconoce que la teoría evolucionista es compatible con la hipótesis estructural sobre la sexualidad inconsciente desde que:

- no reduzca lo biológico a lo instintual y en detrimento a lo pulsional;
- no trate la génesis y la evolución del aparato psíquico en los términos de adaptación a la realidad;
- no reduzca la reflexión sobre la sexualidad a la reproducción de los individuos.

12. Se sugiere, también, que la biología puede aparecer como una referencia para que el psicoanálisis pueda acompañar la evolución científica, pero garantizando la especificidad de su objeto de estudio: la sexualidad inconsciente.

13. En lo que se refiere a los desarrollos posfreudianos, ciertos autores, como André Green y Jean Laplanche buscan desarrollar la teoría freudiana de las pulsiones respetando cuidadosamente el pensamiento de Freud no sólo por tratarse del fundador de una disciplina, sino también por ser un pensamiento que “fundamenta” y “resignifica” continuamente el psicoanálisis.

VI. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

VI.1. Textos de Freud

Se ha empleado la Edición Amorrortu de las *Obras Completas de Sigmund Freud* (Buenos Aires, 1985), versión directa de la *Gesammelte Werke*, edición en alemán, realizada por José Luis Etcheverry. Salvo mención contraria, a partir de ahora se citará esta edición con la sigla A.E. y la edición original con la sigla G.W., indicando a continuación el número del volumen correspondiente en romanos y sus respectivas páginas en árabe.

- (1888-1889). Traducción, con prólogo y notas complementares, de H. Bernheim, *De la suggestion et de ses applications à la thérapeutique*, con el título de *Die Suggestion und ihre Heilwirkung*, G.W., **XIX**, 107-120 (trad. cast.: “De la sugestión y sus aplicaciones a la terapéutica”, A.E. **I**, 77-93).

- (1889a). Reseña de A. Forel, *Der Hypnotismus, seine Bedeutung und seine Handhabung*, G.W., **XIX**, 123-139 (trad. cast.: “Hipnotismo, su significación y su manejo”, A.E., **I**, 92-110).

- (1892-1894). Traducción con prólogo y notas complementarios, de J. M. Charcot, *Leçons du mardi à la Salpêtrière (1887-8)*, con el título *Poliklinische Vorträge* (trad. cast.: “Lecciones policlínicas”, A.E., **I**, 163-177).

- (1893-1895). *Studien über Hysterie*, G.W., **I**, 75-312 (trad. cast.: *Estudios sobre la histeria*, A.E., **II**).

- (1893f). “Charcot”, G.W., **I**, 19-36 (trad. cast.: “Charcot”, A.E., **III**, 7-24).

- (1893h). “Über den psychischen Mechanismus hysterischer Phänomene”, G.W., **I**, 81-98 (trad. cast.: “Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos”, A.E., **III**, 25-40).

- (1894a). “Die Abwehr-Neuropsychosen”, G.W., **I**, 57-74 (trad. cast.: “Las neuropsicosis de defense”, A.E., **III**, 41-68).

- (1895b [1894]). “Über die Berechtigung, von der Neurasthenie einen bestimmten Symptomenkomplex als ‘Angstneurose’ abzutrennen”, G.W., **I**, 313-342 (trad. cast.: “Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de ‘neurosis de angustia’”, A.E., **III**, 85-115).

- (1896a). “L’hérédité et l’étiologie des névroses”, G.W., **I**, 405-421 (trad. cast.: “La herencia y la etiología de las neurosis”, A.E., **III**, 139-156).

- (1897b). *Inhaltsangaben der wissenschaftlichen Arbeiten des Privatdozenten Dr. Sigm. Freud (1877-1897)*, G.W., **I**, 461-488 (trad. cast.: *Sumario de los trabajos científicos del docente adscrito Dr. Sigmund Freud*, A.E., **III**, 219-250).

- (1898a). “Die Sexualität in der Ätiologie der Neurosen”, G.W., **I**, 489-516 (trad. cast.: “La sexualidad en la etiología de las neurosis”, A.E., **III**, 251-276).

- (1899a). “Über Deckerinnerungen”, G.W., **I**, 529-554 (trad. cast.: “Sobre los recuerdos encubridores”, A.E., **III**, 291-315).

- (1900a [1899]). *Die Traumdeutung*, G.W., **II** y **III** (trad. cast.: *La*

interpretación de los sueños, A.E., **IV** y **V**).

- (1901b). *Zur Psychopathologie des Alltagslebens*, G.W., **IV** (trad. cast.: *Psicopatología de la vida cotidiana*, A.E., **VI**).

- (1905d). *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, G.W., **V**, 27-146 (trad. cast.: *Tres ensayos de teoría sexual*, A.E., **VII**, 109-224).

- (1905e [1901]). “Bruchstück einer Hysterie-Analyse”, G.W., **V**, 161-286 (trad. cast.: “Fragmento de análisis de un caso de histeria”, A.E., **VII**, 1-107).

- (1906a [1905]). “Meine Ansichten über die Rolle der Sexualität in der Ätiologie der Neurosen”, G.W., **V**, 147-159 (trad. cast.: “Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis”, A.E., **VII**, 259-271).

- (1907b). “Zwangshandlungen und Religionsübungen”, G.W., **VII**, 129-139 (trad. cast.: “Acciones obsesivas y prácticas religiosas”, A.E., **IX**, 97-109).

- (1908a). “Hysterische Phantasien und ihre Beziehung zur Bisexualität”, G.W., **VII**, 189-199 (trad. cast.: “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad”, A.E., **IX**, 137-147).

- (1908b). “Charakter und Analerotik”, G.W., **VII**, 201-209 (trad. cast.: “Carácter y erotismo anal”, A.E., **XI**, 149-158).

- (1908c). “Über infantile Sexualtheorien”, G.W., **VII**, 169-188 (trad. cast.: “Sobre las teorías sexuales infantiles”, A.E., **IX**, 183-201).

- (1908d). “Die ‘kulturelle’ Sexualmoral und die moderne Nervosität”, G.W., **VII**, 141-167 (trad. cast.: “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna”, A.E., **XIX**, 159-181).

- (1909b). “Analyse der Phobie eines fünfjährigen Knaben”, G.W., **VII**, 241-377 (trad. cast.: “Análisis de la fobia de un niño de cinco años”, A.E., **X**, 1-118).

- (1909c [1908]). “Der Familienroman der Neurotiker”, G.W., **VII**, 225-231 (trad. cast.: “La novela familiar de los neuróticos”, A.E., **IX**, 213-220).

- (1909d). “Bemerkungen über einen Fall von Zwangsneurose”, G.W., **X**, 379-463 (trad. cast.: “A propósito de un caso de neurosis obsesiva”, A.E., **X**, 119-251).

- (1910a [1909]). *Über Psychoanalyse*, G.W., **VIII**, 1-60 (trad. cast.: *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*, A.E., **XI**, 1-52).

- (1910c). *Eine Kindheitserinnerung des Leonardo da Vinci*, G.W., **VII**, 127-211 (trad. cast.: *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, A.E., **XI**, 53-127).

- (1910h). “Über einen besonderen Typus der Objektwahl beim Manne (Beiträge zur psychologie des Liebeslebens, I)”, G.W., **VIII**, 65-77 (trad. cast.: “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor, I)”, A.E., **XI**, 155-168).

- (1910i). “Die psychogene Sehstörung in psychoanalytischer Auffassung”, G.W., **VIII**, 93-102 (trad. cast.: “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis”, A.E., **XI**, 205- 216).

- (1910k). “Über ‘wilde’ Psychoanalyse”, G.W., **VIII**, 117-125 (trad. cast.: “Sobre el psicoanálisis ‘silvestre’”, A.E., **XI**, 217-227).

- (1911b). “Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens”, G.W., **VIII**, 229-238 (trad. cast.: “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”, A.E., **XII**, 217- 231).

- (1911c [1910]). “Psychoanalytische Bemerkungen über einen autobiographisch beschriebenen Fall vom Paranoia (Dementia paranoides)”, G.W., **VIII**, 239-320 (trad. cast.: “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente”, A.E., **XII**, 1-76).

-(1912c). “Über neurotische Erkrankungstypen”, G. W., **VIII**, 321-330 (trad. cast.: “Sobre los tipos de contracción de neurosis”, A.E., **XII**, 233-245).

- (1912d). “Über die allgemeinste Erniedrigung des Liebeslebens (Beiträge zur Psychologie des Liebeslebens, II)”, G.W., **VIII**, 78-91 (trad. cast.: “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II)”, A.E., **XI**, 169-183).

- (1912g). “A Note on the Unconscious in Psycho-Analysis”, bajo el título “Einige Bemerkungen über den Begriff des Unbewussten in der Psychoanalyse”, G.W., **VIII**, 429-439 (trad. cast.: “Nota sobre el concepto de lo inconsciente en psicoanálisis”, A.E., **XII**, 265-277).

- (1912-1913). *Totem und Tabu*, G.W., **IX** (trad. cast.: *Tótem y tabú*, A.E., **XIII**, 1-164).

- (1913i). “Die Disposition zur Zwangsneurose”, G.W., **VIII**, 441-453 (trad. cast.: “La predisposición a la neurosis obsesiva”, A.E., **XII**, 329-345).

- (1913j). “Das Interesse an der Psychoanalyse”, G.W., **VIII**, 389-420 (trad. cast.: “El interés por el psicoanálisis”, A.E., **XIII**, 165-192).

- (1914c). “Zur Einführung des Narzissmus”, G.W., **X**, 137-170 (trad. cast.: “Introducción del narcisismo”, A.E., **XIV**, 65-104).

- (1914g). “Erinnern, Wiederholen und Durcharbeiten”, G.W., **X**, 125-136

- (trad. cast.: “Recordar, repetir y reelaborar”, A.E., **XII**, 145- 157).
- (1915*b*). “Zeitgemässes über Krieg und Tod”, G.W., **X**, 323-355 (trad. cast.: “De guerra y muerte. Temas de actualidad”, A.E., **XIV**, 273-301).
- (1915*c*). “Triebe und Tribschicksale”, G.W., **X**, 209-232 (trad. cast.: “Pulsiones y destinos de pulsión”, A.E., **XIV**, 105- 134).
- (1915*d*). “Die Verdrängung”, G.W., **X**, 247-261 (trad. cast.: “La represión”, A.E., **XIV**, 135-152).
- (1915*e*). “Das Unbewusste”, G.W., **X**, 263-303 (trad. cast.: “Lo inconsciente”, A.E., **XIV**, 153- 213).
- (1915*f*). “Mitteilung eines der psychoanalytischen Theorie widersprechenden Falles von Paranoia”, G.W., **X**, 233-246 (trad. cast.: “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica”, A.E., **XIV**, 259-272).
- (1916-1917 [1915-1917]). *Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, G.W., **XI** (trad. cast.: *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, A.E., **XV** y **XVI**).
- (1917*c*). “Über Triebumsetzungen, insbesondere der Analerotik”, G. W., **X**, 402- 410 (trad. cast.: “Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal”, A.E., **XVII**, 113-123).
- (1917*d* [1915]). “Metapsychologische Ergänzung zur Traumlehre”, G.W., **X**, 412- 426 (trad. cast.: “Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños”, A. E., **XIV**, 215-233).
- (1917*e* [1915]). “Trauer und Melancholie”, G. W., **X**, 427- 446 (trad. cast.: “Duelo y melancolía”, A.E., **XIV**, 235-255).

-(1918*b* [1914]). “Aus der Geschichte einer infantilen Neurose”, G.W., **XII**, 27-157 (trad. cast.: “De la historia de una neurosis infantil”, A.E., **XVII**, 260).

- (1919*e*). “Ein Kind wird geschlagen” (Beitrag zur Kenntnis der Entstehung sexueller Perversionen), G.W., **XII**, 193-226 (trad. cast.: “Pegan a un niño” (Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales), A.E., **XVII**, 173-200).

- (1919*h*). “Das Unheimliche”, G.W., **XII**, 227-268 (trad. cast.: “Lo ominoso”, A.E., **XVII**, 215- 251).

- (1920*g*). *Jenseits des Lustprinzips*, G.W., **XIII**, 1-69 (trad. cast.: *Más allá del principio de placer*, A.E., **XVIII**, 1-62).

- (1921*c*). *Massenpsychologie und Ich-Analyse*, G.W., **XIII**, 71-161 (trad. cast.: *Psicología de las masas y análisis del yo*, A.E., **XVIII**, 63-136).

- (1923*a* [1922]). “‘Psychoanalyse’ und ‘Libidotheorie’”, G.W., **XIII**, 209-233 (trad. cast.: “Dos artículos de enciclopedia: ‘Psicoanálisis’ y ‘Teoría de la libido’”, A.E., **XVIII**, 227-254).

- (1923*b*). *Das Ich und das Es*, G.W., **XIII**, 235-289 (trad. cast.: *El yo y el ello*, A.E., **XIX**, 1-66).

- (1923*e*). “Die infantile Genitalorganization”, G.W., **XIII**, 291-298 (trad. cast.: “La organización genital infantil”, A.E., **XIX**, 141-149).

- (1924*c*). “Das ökonomische Problem des Masochismus”, G.W., **XIII**, 369-383 (trad. cast.: “El problema económico del masoquismo”, A.E., **XIX**, 161-176).

- (1924d). “Der Untergang des Ödipuskomplexes”, G.W., **XIII**, 395-402 (trad. cast.: “El sepultamiento del complejo de Edipo”, A.E., **XIX**, 177-187).

- (1925d [1924]). *Selbstdarstellung*, G.W., **XIV**, 31-96 (trad. cast.: *Presentación autobiográfica*, A.E., **XX**, 1-70).

- (1925g). “Josef Breuer”, G.W., **XIV**, 562-563 (trad. cast.: “Josef Breuer”, A.E., **XIX**, 299-300).

- (1925h). “Die Verneinung”, G. W., **XIV**, 11- 15 (trad. cast.: “La negación”, A.E., **XIX**, 249-257).

- (1925j). “Einige psychische Folgen des anatomischen Geschlechtsunterschieds”, G.W., **XIV**, 19-30 (trad. cast.: “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”, A.E., **XIX**, 259-265).

- (1926d [1925]). *Hemmung, Symptom und Angst*, G.W., **XIV**, 111-205 (trad. cast.: *Inhibición, síntoma y angustia*, A.E., **XX**, 71-164).

- (1926e). *Die Frage der Laienanalyse*, G.W., **XIV**, 207-296 (trad. cast.: *¿Pueden los legos ejercer el análisis?*, A.E., **XX**, 165- 244).

- (1927c). *Die Zukunft einer Illusion*, G.W., **XIV**, 321-380 (trad. cast.: *El porvenir de una ilusión*, A.E., **XXI**, 1-55.).

- (1927d). “Der Humor”, G. W., **XIV**, 383-389 (trad. cast.: “El humor”, A.E., **XXI**, 153-162).

- (1927e). “Fetischismus”, G.W., **XIV**, 311- 317(trad. cast.: “Fetichismo”, A.E., **XXI**, 141-152).

- (1930a [1929]). *Das Unbehagen in der Kultur*, G.W., **XIV**, 419-506 (trad. cast.: *El malestar en la cultura*, A.E., **XXI**, 57-140).

- (1931b). “Über die weibliche Sexualität”, G.W., **XIV**, 517-537 (trad. cast.: “Sobre la sexualidad femenina”, A.E., **XXI**, 223-244).

- (1933a [1932]). *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, G.W., **XV** (trad. cast.: *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, A.E., **XXII**).

- (1937c). “Die endliche und die unendliche Analyse”, G.W., **XVII**, 57-99 (trad. cast.: “Análisis terminable e interminable”, A.E., **XXIII**, 211-254).

- (1940a [1938]). *Abriss der Psychoanalyse*, G.W., **XVII**, 63-94 (trad. cast.: *Esquema del psicoanálisis*, A.E., **XXIII**, 133- 209).

- (1941a [1892]). “Brief an Josef Breuer”, G.W., **XVII**, 5-6 (trad. cast.: “Carta a J. Breuer”, A.E., **I**, 187).

- (1950a [1887-1902]). “Entwurf einer Psychologie”, G.W., **XVII**, 375-486 (trad. cast.: “Proyecto de psicología”, A.E., **I**, 323-446).

- (1985 [1887-1904]). *Brief an Wilhelm Fliess 1887-1904*, Fancfort, S. Fischer Verlag (trad. cast.: *Cartas a Wilhelm Fliess 1887-1904*, Buenos Aires, Amorrortu, 1986).

- (1985 [1915]). *Übersicht der Übertragungsneurosen*, edición facsímil, transcripción alemana, presentación y comentario de I. Grubrich-Simitis por acuerdo con Mark Peterson (trad. cast. de A. Ackerman y A. Vicens: “Sinopsis de las neurosis de transferencia. Ensayo de metapsicología”, Barcelona, Ariel, 1989).

- (1990 [1915]) “Nosotros y la muerte”, en *Freudiana*, publicación de la

Escuela Europea de Psicoanálisis del Campo Freudiano, Barcelona, Paidós, 1991, 1 (trad. cast. de A. Ackerman).

- (1997a [1871-1886]). *Correspondencia de S. Freud, I, 1871-1886: La prehistoria del psicoanálisis. Edición crítica establecida por orden cronológico*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997 (trad. cast. de N. Caparrós).

- (1997b [1909-1914]). *Correspondencia de S. Freud, III, 1909-1914: Expansión. La Internacional Psicoanalítica. Edición crítica establecida por orden cronológico*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997 (trad. cast. de N. Caparrós).

VI.2. Literatura Crítica.

Abadi, J. E., Apreda, O. P., Aragonés, R. J. et alii.

(1987). “Teorías del yo y del sujeto psíquico en psicoanálisis”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 44 (2), 375-397.

Abadi, M.

(1983). “Los precursores del yo: El Yo Ideal, el Ideal del Yo y el Superyó en la construcción de la estructura yoica”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 40 (3), 513-521.

(1996). “Identikit de la angustia”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 53 (6), 1093- 1108.

Abraham, K.

(1924). “Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales”, en *Selected papers of K. Abraham, M. D.*, Londres, The Hogarth Press, 1959 (trad. cast. de D. R. Wagner: *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Hormé, 1994, 30 edición, 319-392).

Aconcia, N. C. L., Goijman, L., Gorlero, J. C. et alii.

(1996). "Mesa redonda: La angustia", en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 53 (6), 1071-1091.

Aguilar, P. y Antar, C. E.

(1986). "Escisión del yo. Evolución del concepto en la obra de Freud", en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 43 (6), 1433-1440.

Aisa, M. M. y García, B. P.

(1995). "El punto de vista económico: una evaluación actual de la obra 'Proyecto de una psicología para neurólogos'", en *Revista del Psicoanálisis*, Madrid, publicación de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 22, 21-34.

Aizemberg, S.

(1980). "Las zonas erógenas, las identificaciones y el pensamiento", en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 37 (2), 247-258.

Alarcón, J. F.

(1995). "De lo insoportable a lo inconciliable. Cien años después de los 'Estudios sobre la histeria'", en *Revista de Psicoanálisis*, Madrid, publicación de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 22, 71-91.

Alizade, A. M.

(1996). "Desamparo y dominio. Senderos pulsionales e inferencias clínicas", en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 53 (5), 9- 19.

Andrade, V. M.

(1988). "O universo sem palavras: O conceito psicanalítico de Afeto", en *Revista Brasileira de Psicanálise*, São Paulo, publicación de la Sociedade

Brasileira de Psicanálise, 22, 251-273.

(1991). “‘Trieb’ e conhecimento instintivo. A diferenciação do Ego e do Id, a partir de uma matriz comum, como característica distintiva do psiquismo humano”, São Paulo, publicação de la Sociedade Brasileira de Psicanálise, en *Revista Brasileira de Psicanálise*, 25 (1), 91-108.

(1996). “Sexo e vida em Freud”, en *Revista Brasileira de Psicanálise*, São Paulo, publicação de la Sociedade Brasileira de Psicanálise, 30 (4), 799-820.

Anzieu, D.

(1959). *L’auto-analyse de Freud*, Paris, P.U.F.

(1987). *Le moi-peau*, Paris, Bordas Dunot (trad. cast. de S. V. Zimmermann: *El yo-piel*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1994).

Assoun, P.-L.

(1976). *Freud: la philosophie et les philosophes*, Paris, P.U.F.

(1994). “La passion de répétition. Genèse et figures de la compulsion dans la métapsychologie freudienne”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 58 (2), 335-357 (trad. cast. de T. Onendía: “La pasión de repetición. Génesis y figuras de la compulsión en la metapsicología freudiana”, 1-34, no publicado).

Badaracco, J. E. G.

(1996). “‘Duelo y melancolía’ 80 años después”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 53 (1), 39-51.

Bahamonde, C. E. y Scapusio, J. C.

(1981). “Génesis y evolución del concepto de superyó en la obra de Freud”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 38 (4), 799- 807.

Baranger, M., Baranger, W., Mom, J. M.

(1987). “El trauma psíquico infantil, de nosotros a Freud: Trauma puro, retroactividad y reconstrucción”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 44 (4), 745-774.

Baranger, W., Goldstein, N. y Goldstein, R. Z.

(1989). “Acerca de la desidentificación”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 46 (6), 895-903.

Baruj, J. W. V.

(1987). “Realidad y aparato psíquico”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 44 (2), 347-360.

Bastos, L. A. M.

(1993). “A dor é mulher?”, en *Revista Brasileira de Psicanálise*, São Paulo, publicación de la Sociedade Brasileira de Psicanálise, 27 (1), 43-58.

Bercherie, P.

(1983). *Genèse des concepts freudiens*, Paris, Navarin (trad. cast. de J. Piatigorsky: *Génesis de los conceptos freudianos*, Barcelona, Paidós, 1988).

Bergeret, J.

(1985). “Les ‘pulsions’ dans la métapsychologie d’aujourd’hui”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 49 (6), 1461-1478.

(1994). “Une ‘pulsion’ qui n’en finit pas de mourir”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 58 (2), 361-376 (trad. cast. de T. Onendía: “Una pulsión que no termina de morir”, 1-22, no publicado).

Bérouti, R.

(1996). “La angustia como identificación: su función ‘gobetwen’ o mensajera de la cura”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 53 (6), 1123-1140.

Bion, W. R.

(1966). *Elements of Psycho-Analysis*, Londres, Willian Heinemann (trad. cast. de H. Fernández: *Elementos de psicoanálisis*, Buenos Aires, Hormé, 1988, 2a edición).

(1967). *Second Thoughts*, Londres, Willian Heinemann Medical Books Limited (trad. cast. de D. R. Wagner: *Volviendo a pensar*, Buenos Aires, Hormé, 1996, 5a edición).

Bleichmar, H.

(1986). *Angustia y fantasma: matrices inconscientes en el más allá del principio del placer*, Madrid, Adotraf.

Bleichmar, S.

(1984). *La fundación del inconsciente*, Buenos Aires, Amorrortu.

(1993). *En los orígenes del sujeto psíquico. Del mito a la historia*, Buenos Aires, Amorrortu.

Bleichmar, S., Hornstein, L., Gutiérrez-Terrazas, J. et. alii.

(1990). *Lecturas de Freud*, Madrid, Lugar.

Bodemer, C. W.

(1973). “La embriología”, en Entralgo, L., *Historia Universal de la Medicina*, VI, Madrid, Espasa-Calpe, 47-57.

Bokanowsky, T.

(1989). “Le concept de pulsion de mort. Bibliographie critique des auteurs psychanalytiques français”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 53 (2), 509-534.

Borensztein, C. L. y Greif, L. V.

(1987). “El yo, la realidad y un espacio vacío”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 44 (3), 633-642.

Botella, C y Botella, S.

(1995). “Sobre el proceso analítico: de lo perceptivo a la causalidad psíquica”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F. (trad. cast. de P. Artaloytia: *Libro anual del psicoanálisis, I*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998, 129-149).

Bowlby, J.

(1969). *Attachment and Loss. I. Attachment*, Londres, The Hogarth Press (trad. cast. de M. Valcarce Avello: *El apego y la pérdida. I. El apego*, Barcelona, Paidós, 1998).

Braunschweig, D.

(1970). “Le narcissisme dans la cure”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 34 (2), 191-206.

(1991). “Fantasmes originaires et Surmoi: la phylogenèse”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 55 (5), 1253-1264.

Braunschweig, D. y Fain, M.

(1975). *Le nuit, le jour. Essai psychanalytique sur le fonctionnement mental*, Paris, P.U.F. (trad. cast. de L. Wolfson: *La noche, el día. Ensayo psicoanalítico sobre el funcionamiento mental*, Buenos Aires, Amorrortu).

Brenner, C.

(1987). “Sobre la naturaleza y el desarrollo de los afectos: una teoría unificada”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 44 (3), 441-463.

Cantalejo, G. C.

(1996). “La hipocondría: revisión teórica desde una perspectiva psicoanalítica”, en *Apuntes de psicología*, Andalucía, publicación del Colegio Oficial de Psicólogos, 48, 73-82.

Canteros, J.

(1995). “Consideraciones acerca del ‘Proyecto’ freudiano”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 52 (2), 313-338.

Caparrós, N.

(1991). “Teoría estructural freudiana y el modelo de tetraedro (I)”, en *Clínica y Análisis Grupal*, Madrid, publicación del Grupo Quipú de Psicoterapia, 13 (1), 17-46.

Castoriadis-Aulagnier, P.

(1975). *La violence de l'interprétation. Du pictogramme à l'enoncé*, Paris, P.U.F. (trad. cast. de V. Fischman: *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977)

(1984). “Condenado a invertir”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 41(2/3), 283-306.

Cesio, F.

(1980). “El yo inconsciente: la represión, lo inconsciente reprimido y el a posteriori de la represión”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 37 (3), 467-472.

(1986). “Tragedia y muerte de Edipo. Pulsión de muerte, letargo y reacción terapéutica negativa”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 43 (2), 239-251.

Chamorro, E.

(1991). “Anotaciones a un texto de Freud recientemente aparecido: ‘Nosotros y la muerte’”, en *Revista de Psicoanálisis*, Madrid, Publicación de la

Asociación Psicoanalítica de Madrid, 13, 109-126.

Chiland, C.

(1981). "Le scandale de la psychanalyse", en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 45 (6), 1315-1323.

Chirinos, M. P.

(1994). *Intencionalidad y verdad en el juicio. Una propuesta de Brentano*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra.

Clément, C.

(1981). *Vies et légendes de Jacques Lacan*, Paris, Grasset & Frasnelle (trad. cast. de J. Jordá: *Vidas y leyendas de Jacques Lacan*, Barcelona, Anagrama, 1993, 2ª edición).

Consentino, J. C.

(1994). *Construcción de los conceptos freudianos*, Buenos Aires, Manantial.

Delouya, D.

(1992). "O biológico em Freud: 'corpo estranho' ou heresia?", en *Percursos: Revista de Psicanálise*, São Paulo, publicación del Instituto Sedes Sapientiae, 4 (8), 39-45.

Derrida, J.

(1967). "Freud y la escena de la escritura", en *L'Écriture et la Différence*, Paris, Seuil (trad. cast. P. Peñalver: *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Antrhopos, 271-317, 1989).

Dio Bleichmar, E.

(1997). *La sexualidad femenina: de la niña a la mujer*, Barcelona, Paidós.

Diringer, S.

(1980). "Identificación", en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires,

publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 37 (2), 353-366.

Dor, J.

(1987). *Structure et Peversions*, Paris, Denöel (trad. cast. de M. Mizraji: *Estructura y Perversiones*, Barcelona, Gedisa, 1988).

Duprac, François

(1988). “Transfert latéral, transfert du négatif”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 52 (4), 887-898.

Etchegarray, E. V. y C. M. Borgnia

(1996). “Psicoanálisis y poder”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 53 (5), 63-75.

Etchegoyen, R. H.

(1985). “Las vicisitudes de la identificación”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 42 (1), 11-39.

Etcheverry

(1978). “Sobre la versión castellana. Volumen de presentación de las *Obras Completas* de S. Freud”, Buenos Aires, Amorrortu, 1985, 2ª edición.

Fages, J.-B.

(1977). *Comprendre Jacques Lacan*, Toulouse, Edouard Privat & Cie.

Fain, M.

(1991). “A propos du sujet, du soi et du self”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 55 (6), 1721-1723.

Fainblun, E. S. y Valls, J. L.

(1980). “Acerca del yo del ‘Proyecto’...”, en *Revista del Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 37 (2), 273-281.

(1982). “Psiquismo temprano: cantidad, pulsión y angustia”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 39 (6), 1029-1034.

Fairbain, W. R.

(1952). *Psycho- Analytic Studies of the Personality*, Londres, Routledge & Kegan Paul (trad. cast. de H. Friedhental: *Estudio psicoanalítico de la personalidad*, Buenos Aires, Hormé, 1978, 5a edición).

Ferenczi, S.

(1909). “Transferencia e introyección”, en *Ouvres Completes de S. Ferenczi, I (1908-1912)*, Paris, Payot, 1968 (trad. cast. de F. J. Aguirre: *Obras Completas de S. Ferenczi, I (1908-1912)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, 99-134).

(1912). “El concepto de introyección”, en *Ouvres Completes de S. Ferenczi, I (1908-1912)*, Paris, Payot, 1968 (trad. cast. de F. J. Aguirre: *Obras Completas de S. Ferenczi, I (1908-1912)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, 217-219).

(1913). “El desarrollo del sentido de realidad y sus estadios”, En *Ouvres Completes de S. Ferenczi, II (1913-1919)*, Paris, Payot, 1970 (trad. cast. de F. J. Aguirre: *Obras Completas de S. Ferenczi, II (1913-1919)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, 63-79).

(1926). “El problema de la afirmación del desagrado”, en *Ouvres Completes de S. Ferenczi, III (1919-1926)*, Paris, Payot, 1974 (trad. cast. de F. J. Aguirre: *Obras Completas de S. Ferenczi, III (1919-1926)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, 471-480).

Ferro, N.

(1991). *El instinto maternal o la necesidad de un mito*, Madrid, Siglo Veintiuno.

Freud, A.

(1961). *Das ich un die abwehrmechanismen*, Viena, Imago (trad. cast. de Y. P.

Cárcamo y C. E. Cárcamo: *El yo y los mecanismos de defensa*, Barcelona, Edim).

Gárate, I. y Marinas, J. M.

(1996). *Lacan en castellano. Tránsito razonado por algunas voces*, Madrid, Quipú.

Garcia-Rosa, L. A.

(1986). *Acaso e repetição em psicanálise: uma introdução à teoria das pulsões*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1993, 4ª edición.

(1991a). *Introdução à metapsicologia freudiana, I*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1994, 2ª edición.

(1991b). *Introdução à metapsicologia freudiana, II*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar.

Gay, P.

(1988). *Freud. A Life for Our Time*, Nueva York, W. W. Norton and Co. Inc. (trad. cast. de J. Piatigorsky: *Freud. Una vida de nuestro tiempo*, Barcelona, Paidós, 1990, 2ª edición).

Gillibert, J.

(1982). "L'objet pulsionnel de la pulsion d'emprise", en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 46 (6), 1211-1243.

Goldstein, C.

(1995). "Maîtrise de la pulsion ou maîtrise par la pulsion (pour une théorie de l'économique)", en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 59 (3), 811-830 (trad. cast. de T. Onendía: "¿Dominio de la pulsión o dominio por medio de la pulsión? (para una teoría económica)", 1-31, no publicado).

Green, A.

(1973). *Le discours vivant*, Paris, P.U.F. (trad. cast. de P. G. Nácher y A. G. Martínez: *El discurso vivo. Una concepción psicoanalítica el afecto*, Valencia, Promolibro, 1998).

(1983). *Narsissisme de vie et narcissisme de mort*, Paris, Minuit (trad. cast. de J. L. Etcheverry: *Narcisismo de vida y narcisismo de muerte*, Buenos Aires, Amorrortu, 1986).

(1985). “Réflexions libres sur la représentation de l’affect”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 49 (3), 773-788 (trad. cast. de T. Onendía: “Reflexiones libres sobre la representación del afecto”, 1-21, no publicado).

(1986). *On Private Madness*, Colchester, Mark Paterson & Associates (trad. cast. de J. L. Etcheverry: *De locuras privadas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1990).

(1987). “La pulsión en los escritos terminales de Freud”, en Sandler, J. (comp.), *On Freud’s “Analysis terminable and interminable”*, Londres, International Psychoanalytical Association (trad. cast.: *Estudio sobre el “Análisis terminable e interminable” de Sigmund Freud*, Madrid, Tecnipublicaciones, 147-165).

(1990). *Le complexe de castration*, Paris, P.U.F.

(1992). *Révélations de l’Inachèvement*, Paris, Flammarion.

(1993). “La sublimación: del destino de la pulsión sexual al servicio de la pulsión de muerte”, en *Le travail du négatif*, Paris, Minuit (trad. cast. de I. Argoff: *El trabajo de lo negativo*, Buenos Aires, Amorrortu).

(1996). “Apertura para una discusión sobre la sexualidad en el psicoanálisis contemporáneo”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la

Asociación Psicoanalítica Argentina, 53 (3), 669-676).

Grinberg, L.

(1985). *Teoría de la identificación*, Madrid, Tecnipublicaciones.

Guignard, F.

(1994). “Sigmund Freud et Wilfred R. Bion: Filiation et commensalité”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 58 (5), 1619-1637 (trad. cast. de T. Onendía: “Sigmund Freud y Wilfred R. Bion: Filiación y comensalidad”, 1-27, no publicado).

Guillaumin, J.

(1989). “La pulsion de mort, prothèse théorique de l’impensé du contre-transfert dans la psychanalyse?”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 53 (2), 593-618.

Guntrip, H.

(1961). *Personality structure and human interaction. The Developing Synthesis of Psychodynamic Theory*, Londres, The Hogarth Press (trad. cast. R. Malfé y A. Korembli: *Estructura de la personalidad e interacción humana. La síntesis de la teoría psicodinámica*, Buenos Aires, Paidós, 1971).

Gutiérrez, G.

(1994). “Acerca del concepto freudiano de *Unheimlich*. Lo siniestro: un verdadero enlace”, en *Revista de Psicoanálisis*, Madrid, publicación de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 17, 127- 139.

Gutiérrez-Terrazas, J.

(1990a). *Los dos pilares del psicoanálisis: La psicodinamia inconsciente*, Barcelona, Hogar del Libro.

(1990b). “‘Introducción del narcisismo’ o el orden primordial de las valoraciones”, en *Lecturas de Freud*, Buenos Aires, Lugar, 101-169.

(1996). “El superyó, una prueba de la prioridad del otro”, en *3º Coloquio Internacional J. Laplanche: Práctica psicoanalítica y mensaje enigmático, nuevas investigaciones en psicoanálisis*, Madrid, 19-21 Julio de 1996, 1-23

(1997). “La crisis actual de la práctica psicoanalítica permite re-pensar sus fundamentos metapsicológicos”, en *Revista de Psicoanálisis*, Madrid, publicación de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 26, 67-82.

Gutiérrez-Terrazas, J., Escrivá, A., Miguel, A. et alii

(1996). “La agresividad, una cuestión controvertida”, en *Revista de Psicoanálisis*, Madrid, publicación de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 24, 45-57.

Hartmann, H.

(1948). “Comentarios sobre la teoría psicoanalítica de los impulsos instintuales”, en *Essays on Ego Psychology*, Nueva York, International University Press, 1964 (trad. cast. de M. Escalera: *Ensayo sobre la psicología del yo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, 71-87).

(1950). “Comentarios sobre la teoría psicoanalítica del yo”, en *Essays on Ego Psychology*, Nueva York, International University Press, 1964 (trad. cast. De M. Escalera: *Ensayos sobre la psicología del yo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, 107-130).

(1952). “Influencias mutuas en el desarrollo del yo y del ello”, en *Essays on Ego Psychology*, Nueva York, International University Press, 1964 (trad. cast. de M. Escalera: *Ensayo sobre la psicología del yo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, 142-164).

(1956). “El desarrollo del concepto del yo en la obra de Freud” en *Essays on Ego Psychology*, Nueva York, International University Press, 1964 (trad. cast. de M. Escalera: *Ensayo sobre la psicología del yo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, 237-260).

Isacs, S.

(1952). “Naturaleza y función de la fantasía”, en Klein, M., Isacs, S., Heimann, P. et alii., *Developments in Psycho-Analysis*, Londres, The Hogarth Press (trad. cast. De H. Friedenthal: *Desarrollos en psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1974, 73-115).

Heimann, P.

(1952). “Algunas funciones de la introyección y de la proyección en la temprana infancia”, en Klein, M., Isacs, S., Heimann, P. et alii., *Developments in Psycho-Analysis*, Londres, The Hogarth Press (trad. cast. de H. Friedenthal: *Desarrollos en Psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1974, 115-152).

Heymer, A.

(1982). *Ethologisches Wörterbuch*, Paul Parey, Berlín (trad. cast. de A. de Haro: *Diccionario etológico*, Barcelona, Omega).

Hinshelwood, R. D.

(1989). *A Dictionary of Kleinian Thought*, Londres, The Cathy Miller Foreign Rights Agency (trad. cast. de J. L. Etcheverry: *Diccionario del pensamiento kleiniano*, Buenos Aires, Amorrortu).

Hornstein, L.

(1990). “‘Recordar, repetir y reelaborar’: una lectura”, en *Lecturas de Freud*, Buenos Aires, Lugar, 171-209.

(1991). “Leitura de Freud”, en *Percurso: Revista de Psicanálise*, São Paulo, publicación del Instituto Sedes Sapientiae, 3 (5/6), 23-28.

Hornstein, M. C. R. (1987).

“Historia y proyecto: el yo como devenir. Introducción al pensamiento de Piera Aulagnier”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 44 (3), 475-491.

Izemberg, G. N.

(1991). “Seducidos y abandonados: auge y ocaso de la teoría freudiana de la seducción”, en Neu, J. (comp.), *The Cambridge Companion to Freud*, Gran Bretaña, Cambridge University Press (trad. cast. de M. Santana: *Guía de Freud*, Gran Bretaña, Cambridge University Press, 1996, 29-51).

Jallinsky, S.

(1993). “La angustia o Pasión y agonía de la pulsión”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 50 (6), 1169-1187.

Jarast, G.

(1995). “Lo femenino en Freud: entre dos desmentidas”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 52 (2), 445-455.

Jarast, R.

(1998). “Yo-piel y contratransferencia”, en *Revista de Psicoanálisis*, Madrid, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, Extra, 93-102.

Jones, E.

(1960a). *Life and work of Sigmund Freud, I*, Londres, Basic Books Inc. (trad. cast. de M. Carlisky: *Vida y obra de Sigmund Freud, I*, Buenos Aires, Hormé, 1996, 4ª edición).

(1960b). *Life and work of Sigmund Freud, II*, Londres, Basic Books Inc. (trad. cast. de M. Carlisky: *Vida y obra de Sigmund Freud, II*, Buenos Aires, Hormé, 1997, 4ª edición).

Kancyper, C.

(1995). “Complejo fraterno y complejo de Edipo” en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 52 (3), 675-690.

Kernberg, O.

(1977). *Object Relations Theory and Clinical Psychoanalysis*, Nueva York, Jason Aronson (trad. cast. de S. Abreu: *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*, México, Paidós, 1979).

Kessler, C.

(1980). “Le concept de pulsion dans l’oeuvre de Freud”, en *Bulletin de Psychologie*, Paris, publicación del Groupe d’études de Psychologie de l’Université de Paris, 34 (352), 775-797.

Klein, M.

(1926). “Principios psicológicos del análisis infantil”, en *Love, Guilt and Reparation and Other Works (1921-1945)*, Londres, The Hogarth Press, 1975 (trad. cast. de H. Friedenthal, A. Aberastury, E. G. de Garma et alii.: *Amor, culpa y reparación y otros trabajos*, en *Obras Completas de Melanie Klein*, 1, Buenos Aires, Paidós, 1988, 137-147).

(1928). “Estadios tempranos del conflicto edípico”, en *Love, Guilt and Reparation and Other Works (1921-1945)*, Londres, The Hogarth Press, 1975 (trad. cast. de H. Friedenthal, A. Aberastury, E. G. de Garma et alii.: *Amor, culpa y reparación y otros trabajos*, en *Obras Completas de Melanie Klein*, 1, Buenos Aires, Paidós, 1990, 193-204).

(1929). “La personificación en el juego de los niños”, en *Love, Guilt and Reparation and Other Works (1921-1945)*, Londres, The Hogarth Press, 1975 (trad. cast. de H. Friedenthal, A. Aberastury, E. G. de Garma et alii.: *Amor, culpa y reparación y otros trabajos*, en *Obras Competas de Melanie Klein*, 1, Buenos Aires, Paidós, 1990, 205-215).

(1932). *The Psycho-Analysis of Children*, Londres, The Hogarth Press, 1975 (trad. cast. de A. Aberastury: *Psicoanálisis de niños*, en *Obras Completas de Melanie Klein*, 2, Buenos Aires, Paidós, 1987).

(1935). “Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos”, en *Love, Guilt and reparation and Other Works (1921-1945)*, Londres, The

Hogarth Press, 1975 (trad. cast. de H. Friedenthal, A. Aberastury, E. G. de Garma et alii: *Amor, culpa, reparación y otros trabajos (1921-1945)*, en *Obras Completas de Melanie Klein, 1*, Buenos Aires, Paidós, 1990, 267-295).

(1946). “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”, en *Enjoy and Gratitude*, Londres, The Hogarth Press, 1975 (trad. cast. de H. Friedenthal, V. Fischman, S. Dubcovsky et alii: *Envidia y gratitud y otros trabajos*, en *Obras Completas de Melanie Klein, 3*, Buenos Aires, Paidós, 1988, 10-33).

(1952). “Los orígenes de la transferencia”, en *Enjoy and gratitude*, Londres, The Hogarth Press, 1975 (trad. cast. de H. Friedenthal, S. Dubcovsky, V. Fischman et alii: *Envidia y gratitud y otros trabajos*, en *Obras Completas de Melanie Klein, 3*, Buenos Aires, Paidós, 1988, 57-69).

(1957). “Envidia y gratitud”, en *Enjoy and gratitude*, Londres, The Hogarth Press, 1975 (trad. cast. de H. Friedenthal, S. Dubcovsky, V. Fischman et alii: *Envidia y gratitud y otros trabajos*, en *Obras Completas de Melanie Klein, 3*, Buenos Aires, Paidós, 1988, 181-240).

(1959). “Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia”, en *Enjoy and gratitude*, Londres, The Hogarth Press, 1975 (trad. cast. de H. Friedenthal, S. Dubcovsky y V. Fischman et alii: *Envidia y gratitud y otros trabajos*, en *Obras Completas de melanie Klein, 3*, Buenos Aires, Paidós, 1988, 251-267).

Kohan, H. C.

(1988). “Sobrevivir: la gran lección del mundo infantil. Acerca de los instintos tanáticos y sus destinos. Un aporte al estudio de las enfermedades psicosomáticas en la infancia”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 45 (5), 983-1012.

Kohut, H.

(1977). “¿Necesita el psicoanálisis de una psicología del sí-mismo”, en *The restoration of the self*, Nueva York, International University Press (trad. cast. N. Rosenblatt: *La restauración del sí-mismo*, Paidós, Barcelona, 1980, 58-104).

Kraut, D. S.

(1995). "A cien años del *Proyecto de una psicología para neurólogos*: la 'experiencia de satisfacción' y el objeto en psicoanálisis", en *Revista de Psicoanálisis*, Madrid, publicación de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 22, 49-62.

Kristeva, J.

(1995). "El escándalo fuera del tiempo", en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F. (trad. cast. de P. Artaloytia: *Libro anual del psicoanálisis*, I, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, 109-127).

Lacan, J.

(1949). "El estadio del espejo como formador de la función del yo [*je*] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", en *Écrits*. Paris, Seuil, 1966 (trad. cast. de T. Segovia: *Escritos*, I, México, Siglo Veintiuno, 1984, 12ª edición).

(1954-1955). *Le Séminaire de Jacques Lacan. Livre 2: Le moi dans la théorie de Freud et dans la technique de la psychanalyse, 1954-1955*, Paris, Seuil, 1978 (trad. cast. de I. Argoff: *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica, 1954-1955*, Buenos Aires, Paidós, 1983).

(1964). *Le Séminaire de Jacques Lacan. Livre 11: Les quatre principes fondamentaux de la psychanalyse, 1964*, Paris, Seuil, 1973 (trad. cast. de J. L. Delmont-Mauri y J. Sucre: *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, 1964*, Buenos Aires, Paidós).

Lalande, A.

(1932). *Vocabulaire technique et critique de la philosophie*, Paris, P.U.F. (trad. cast. de L. Alfonso y V. Quintero: *Vocabulario técnico y crítico de la filosofía*, Buenos Aires, El Ateneo, 1966, 2ª edición).

Laplanche, J.

(1970). *Vie et mort en psychanalyse*, Paris, Flammarion (trad. cast. de M. Horne: *Vida y muerte en psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973).

(1980a). *Problématiques I. L'angoisse*, Paris, P.U.F. (trad. cast. de C. Michelena: *Problemáticas I. La angustia*, Buenos Aires, Amorrortu).

(1980b). *Problématiques II. Castration. Symbolisations*, Paris, P.U.F. (trad. cast. de S. Bleichmar: *Problemáticas II. Simbolizaciones*, Buenos Aires, Amorrortu).

(1980c). *Problématiques III. La sublimation*, Paris, P.U.F. (trad. cast. de S. Bleichmar: *Problemáticas III. La sublimación*, Buenos Aires, Amorrortu).

(1981). *Problématiques IV. L'inconscient et le ça*, Paris, P.U.F. (trad. cast. de S. Bleichmar: *Problemáticas IV. El inconsciente y el ello*, Buenos Aires, Amorrortu).

(1987a). *Nouveaux fondements pour la psychanalyse. La séduction originaire*, Paris, P.U.F. (trad. cast. de S. Bleichmar: *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*, Buenos Aires, Amorrortu).

(1987b). *Problématiques V. Le baquet. Transcendance du transfert*, Paris, P.U.F. (trad. cast. de S. Bleichmar: *Problemáticas V. La cubeta. Trascendencia de la transferencia*, Buenos Aires, Amorrortu).

(1992). *La révolution copernicienne inachevée*, Paris, Aubier (trad. cast. de S. Bleichmar: *La prioridad del otro en psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu).

(1993a). "Le fourvoiement biologisant de la sexualité (II)", en *Psychanalyse à l'université*, Paris, P.U.F., 18 (69), 3-36.

(1993b). *Le fourvoisement biologisant de la sexualité*, Paris, Synthélabo (trad. cast. de S. Bleichmar: *El extravío biologizante de la sexualidad en Freud*, Buenos Aires, Amorrortu).

(1994). “O sexual, suas mensagens e traduções”, en *Percursos: Revista de Psicanálise*, São Paulo, publicación del Instituto Sedes Sapientiae, 13 (2), 83-93.

Laplanche, J. y Pontalis, J.-B.

(1967). *Vocabulaire de la Psychanalyse*, Paris, P.U.F.

(1985). *Fantasme Originare, Fantasmés des Origines, Origines du Fantasme*, Paris, Hachette.

Laplanche, J. y Leclaire, S.

(1981). “El inconsciente: un estudio psicoanalítico”, en *Problématiques IV. L'inconsciente y et le ça*, Paris, P.U.F. (trad. cast. de S. Bleichmar: *Problemáticas IV. El inconsciente y el ello*, Buenos Aires, Amorrortu).

Laplanche, J. Green, A., Segal, H. et alii.

(1986). *La pulsion de mort*, Paris, P.U.F. (trad. cast. de S. Bleichmar: *La pulsion de muerte*, Buenos Aires, Amorrortu, 1989).

Larreategui, E.

(1985). “Malestar en la cultura de nuestros días”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 42 (6), 1273-1284.

Leclaire, S.

(1975). *On tue un enfant. Un essai sur le narcissisme primaire et la pulsion de mort*, Paris, Seuil (trad. cast. de V. Fischman: *Pegan a un niño. Ensayo sobre el narcisismo primario y la pulsión de muerte*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977).

Lichtman, A.

(1987). "Narcisismo, pulsión de muerte y reacción terapéutica negativa", en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 44 (2), 257-278.

(1993). "Hilflosigkeit, narcisismo e historicidad. Acerca de la angustia de desvalimiento o desamparo", en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 50 (3), 1233-1246.

(1996). "Pulsión de muerte y masoquismo: la erotización de la destructividad", en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 53 (4), 887-901.

Maladesky, A. Picollo, A. y D'Avila, R.

(1983). "Algunas reflexiones acerca de la teoría instintiva en las obras de Freud y de Melanie Klein", en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 40 (4), 737-764.

Maldavsky, D.

(1982). "Sobre la esencia de los desarrollos de afecto", en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 39 (1), 139-168.

Mancia, M.

(1995). "Una posible lectura del 'Proyecto de psicología'", en *Revista del Psicoanálisis*, Madrid, publicación de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 22, 9-19.

Mannoni, O.

(1968). *Freud*, Paris, Seuil (trad. cast. de J. Jinks y M. Levín: *Freud: el descubrimiento del inconsciente*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1987).

Marucco, N. C.

(1980). “Introducción de [lo siniestro] en el yo”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 37 (2), 233-246.

Masotta, O.

(1994). *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, Barcelona, Gedisa.

Mayer, H.

(1980). “Del Yo Inicial al Ideal del Yo”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 37 (2), 259- 272.

Menezes, L. C.

(1991). “Questões sobre o Ódio e a Destrutividade na Metapsicologia Freudiana”, en *Percurso: Revista de Psicanálise*, São Paulo, publicación del Instituto Sedes Sapientiae, 3 (7), 17-23.

Meseguer, J. M. M.

(1973). “Psiquiatría y neurología”, en Entralgo, L. (org.), *Historia Universal de la Medicina*, VI, 217-228.

Mezan, R.

(1987). “Viena imaginária”, en *A vingança da Esfinge: ensaios de psicanálise*, São Paulo, Brasiliense, 271-307.

(1991). *Freud: a trama dos conceitos*, São Paulo, Perspectiva, 3ª edición.

(1993a). “Explosivos na sala de visitas”, en *A sombra de Don Juan e outros ensaios*, São Paulo, Brasiliense, 119-152.

(1993b). “Esquecer? Nao: In-quecer”, en *A sombra de Don Juan e outros ensaios*, São Paulo, Brasiliense, 51-62.

Moreno, E. y Soriano, J. F.

(1996). “La agresión: paradoja de vida y muerte”, en *Revista de Psicoanálisis*, Madrid, publicación de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 24, 9-28.

Moreno, E.

(1994). “Identificación y desidentificación en el proceso psicoanalítico”, en *Revista de Psicoanálisis*, Madrid, publicación de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 19, 57-74.

Neu, J.

(1991). “Freud y la perversión”, en Neu, J. (comp.), *The Cambridge Companion to Freud*, Gran Bretaña, Cambridge University Press (trad. cast. de M. Santana: *Guía de Freud*, Gran Bretaña, Cambridge University Press, 1996, 208-250).

Nietzsche, F.

(1885). *Jenseits von Gut und Böse. Vorspiel einer Philosophie der Zukunft* (trad. cast. de A. S. Pascual: *Más allá del bien y del mal*, Madrid, Alianza, 1997, 17ª edición).

Ody, M.

(1985). “Travail de deuil, représentation animique, représentation de chose”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 49 (3), 897-901.

Oliveira, J. F. P.

(1996). “Sublimação e sexualidade”, en *Revista Brasileira de Psicanálise*, São Paulo, publicación de la Sociedade Brasileira de Psicanálise, 30 (4), 941-947.

Papp, D.

(1973). “Visión sinóptica de la ciencia durante el positivismo (1848-1914)”, en Entralgo, L. (org.), *Historia Universal de la Medicina*, VI, 11-27.

Pasche, F.

(1985). “Des concepts métapsychologiques de base”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 49 (6), 1479-1492.

(1991). “Les fantasmes de l’instinct”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 55 (5), 1069-1078.

Paz, T. O.

(1994). “Identificación y desidentificación en el proceso psicoanalítico”, en *Revista de Psicoanálisis*, Madrid, publicación de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 19, 75-92.

Penot, B.

(1993). “Passivation pulsionelle, incomplétude et subjectivation”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 57, (5), 1663-1670.

Pereira, M. N.

(1993). “Puntualizaciones sobre el concepto de pulsión escópica en el Seminario 11 de Jacques Lacan” (Trabajo para la obtención del título en Especialista en Teoría Psicoanalítica, Universidad Complutense de Madrid. No publicado).

(1999). “Consideraciones sobre la sobredeterminación del síntoma fóbico en el caso Hans” (Disertación para la obtención del título en Máster en Teoría Psicoanalítica, Universidad Complutense de Madrid. No publicado.).

Pérez, C. D.

(1986). “El loco con carnet. La noción de yo en la obra de Freud”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 43 (1), 103-126.

Perinot, W.

(1987). “Intensidad constitucional de las pulsiones... Hiperpoder del factor cuantitativo...”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 44 (5), 1117-1130.

Perron, R.

(1991). “Des diverses sens du terme ‘modèle’ et de leurs usages possibles en

psychanalyse”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 55 (1), 222-231.

Piñero, J. M. L.

(1973). “La anatomía comparada evolucionista y su penetración en la ciencia del cuerpo humano”, en Entralgo, L. (org.), *Historia Universal de la Medicina*, VI, 29-35.

Rank, O.

(1923). *The trauma of birth*, Londres, Kegan Paul (trad. cast. N. M. Finetti: *El trauma del nacimiento*, Barcelona, Paidós, 1991).

Rezende, A. M.

(1993). “A investigação em psicanálise: exegese, hermenêutica e interpretação”, en Silva, M. E. L. (comp.), *Investigação e psicanálise*, São Paulo, Papirus, 103-118.

Rezze, C. J.

(1997). “Transferencia: Rastreamento do conceito e relação com transformações em alucinação”, en *Revista Brasileira de Psicanálise*, São Paulo, publicación de la Sociedade Brasileira de Psicanálise, 31 (1), 137-166.

Ribas, D.

(1996). “Quelques jalons sur la place de la mort dans l’oeuvre de Freud”, en *Revue Française de Psychanalyse*, 60 (1), 7-14.

Ricoeur, P.

(1965). *De l’interpretation. Essai sur Freud*, Paris, Seuil (trad. cast. de A. Suárez: *Freud: una interpretación de la cultura*, México, Siglo XXI, 1970).

Roitman, C.

(1996). “Narcisismo primario: Entramado pulsional y yoico en la infancia temprana”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 53 (4), 867-885.

Rolla, E. H.

(1989). “El tema de la fusión y de la defusión pulsionales”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 46 (2-3), 206-214.

Romano, E.

(1996). “Tiempo de encuentro: Regresión y creatividad en Winnicott”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 53 (2), 519-535.

Rosemberg, B.

(1989). “Pulsion de mort et intrication pulsionelle ou la pulsion de mort dans la construction de l’objet et l’appareil psychique ou la pulsion de mort et la dimension masochique de l’existence”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F. 53 (2), 557-576.

(1991). “Les relations du narcissisme avec la deuxième théorie des pulsions”, en *Revue Française de Psychanalyse*, Paris, P.U.F., 55 (1), 103-109.

Roudinesco, E.

(1993). *Jacques Lacan: Esquisse d’une vie, histoire d’un système de pensée*, Paris, Arthème Fayard.

Sapisochin, G.

(1995). “Freud y/o Klein: a 50 años de las ‘Controversial Discussions’”, en *Revista de Psicoanálisis*, Madrid, publicación de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 21, 77-100.

Sandler, J.

(1982). “Reflexiones sobre algunas relaciones entre los conceptos psicoanalíticos y la práctica psicoanalítica”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 39 (4), 579-596.

Sandler, J. (comp.), Etchegoyen, R.H., Yorke, C. et alii.
(1991). *On Narcissism: an introduction (1914)*, Londres, International Psychoanalytical Association (trad. cast.: *Estudio sobre "Introducción del narcisismo" de Sigmund Freud*, Madrid, Julián Yébenes).

Schaeffer, J.
(1995). "La histeria: del lenguaje del cuerpo a la encarnación del lenguaje", en *Revista del psicoanálisis*, Madrid, publicación de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 22, 117-132.

Schalayeff, C.
(1995). "Evolución del concepto de Yo en la obra de Sigmund Freud", en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 52 (2), 559-580.

Scarfone, D.
(1996). "La Desexualisation", en *3º Coloquio Internacional J. Laplanche: Práctica psicoanalítica y mensaje enigmático, nuevas investigaciones en Psicoanálisis*, Madrid, 19-21 de julio, 1996, 1-19.

Schenquerman, N. E.
(1991). "Aportes al estudio de las resistencias al cambio psíquico en el psicoanalista", en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, Asociación Psicoanalítica Argentina, 48 (5-6), 1061-1074.

Schorske, C. E.
(1961). "Política y psique: Schnitzler y Hofmannsthal", en *Vienna Fin-de-Siècle. Politics and Culture*, Nueva York, Alfred A. Knopf (trad. cast. de I. Menéndez: *Viena Fin-de-Siècle. Política y cultura*, Barcelona, Gustavo Gilí, 1981, 25-44).

Shüle, N.
(1991). "La pulsión de dominio [Bemächtigungstrieb]. Un concepto desdeñado en una teoría controvertida", en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 48 (2), 399-411.

Simon, B. y Blass

(1991). “Desarrollo y vicisitudes de las ideas de Freud sobre el complejo de Edipo”, en Neu, J. (comp.), *The Cambridge Companion to Freud*, Gran Bretaña, Cambridge University Press (trad. cast. de M. Santana: *Guía de Freud*, Gran Bretaña, Cambridge University Press, 1996, 192-207).

Soriano, J. F.

(1995). *Psicoanálisis y Biología. Aspectos convergentes*, Valencia, Promolibro.

Spruiel, V.

(1996). “Examen de la teoría psicoanalítica de la sexualidad”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 53 (3), 687-695.

Trucco, R. A. y Alperowitch, E.

(1991). “Esta pulsão é de norte”, en *Percursos: Revista de Psicanálise*, São Paulo, publicación del Instituto Sedes Sapientiae, 3 (7), 5-13.

Usobiaga, I. (1997). “La psicósomática. Un nuevo desarrollo del psicoanálisis a final de siglo”, en *Revista de Psicoanálisis*, Madrid, publicación de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 26, 47-66.

Valadares, M. S. R. M.

(1996). “Sexualidade e cultura”, en *Revista Brasileira de Psicanálise*, São Paulo, publicación de la Sociedade Brasileira de Psicanálise, 30(4), 855-864.

Valls, J. L.

(1983). “Acerca del superyó inconsciente”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 40 (3), 523-537.

Vilanova, R. F.

(1995). “Metapsicología y transferencia en ‘Psicoterapia de la histeria’”, en *Revista de Psicoanálisis*, Madrid, publicación de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 22, 93-105.

Widlöcher, D.

(1985). “Deseo de identificación y efectos estructurales en la obra de Freud”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 42 (1), 63-89.

(1996). “Le mythe biologique de la pulsión”, en *Les nouvelles cartes de la psychanalyse*, Paris, Odile Jacob, 69-95.

Winnicott, D. W.

(1971). *Playing and Reality*, Londres, Tavistock Publications.

Winogard, B.

(1983). “Las relaciones entre los conceptos de Superyó e Ideal del yo: Perspectivas en la articulación teórico-clínica”, en *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, publicación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 40(3), 505-512.

